

PRIMERA EDICION.

DOÑA MARINA.

NOVELA HISTORICA

ESCRITA

POR IRENEO PAZ.

Continuacion de la novela del mismo autor
que tiene por título

AMOR Y SUPLICIO

MÉXICO.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE IRENEO PAZ
2ª de la Independencia número 2.

1883.

DOÑA MARINA.

DOÑA MARINA.

NOVELA HISTORICA

ESCRITA

POR IRENEO PAZ.

Continuacion de la novela del mismo autor
que tiene por título

AMOR Y SUPLICIO.

PRIMERA EDICION.

I

MEXICO.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE IRENEO PAZ
2ª DE LA INDEPENDENCIA NUMERO 2.
1883.

DOÑA MARINA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Pequeñas Intrigas.

En una de las noches del mes de Junio de 1522, cuando apenas comenzaba á reedificarse de un modo ordenado la ciudad de México, dándose á las casas un aspecto distinto del que ántes tenian, bajo la arquitectura azteca, que fué destruida en su mayor parte, la nueva puerta de madera que se habia puesto á una pequeña entrada del palacio conocido con el nombre de Axayacat, se veia entreabierta y medio alumbrada por la escasa luz de un farol. En esa parte estaban las habitaciones de Julian de Alderete, que habia traido á la conquista de esta parte de la América la investidura de tesorero real, con instrucciones de recoger el quinto de todas las riquezas que fueran adquiridas como botin, por Hernan Cortés y sus compañeros, lo mismo que los objetos que por su particular riqueza y estimacion debieran pertenecer á la corona.

Se habiá dado con las cornetas, porque todavía no se acababan de vaciar las primeras campanas hechas en México, la señal de la queda, despues de la que nadie más que las rondas tènian derecho de transitar por las calles; pero á pesar de la prohibicion que comprendia al mismo capitan general ó alguacil mayor, veiase de cuando en cuando, á la luz del desvencijado y sucio farol, de que ántes hablamos, entrar de dos en dos por la puerta entreabierta del palacio de Axayacat, á hombres embozados que andaban de puntillas sujetando sus espadas y hasta los alientos para no hacer ruido, sin duda por temor de despertar á los centinelas ó de atraer sobre sí la atencion de las cuadrillas de trabajadores apostados en las plazas y en las calles más anchas, bajo rústicas tiendas, fabricadas con telas burdas.

Por lo demas, la oscuridad profunda de la noche, cuyo cielo estaba encapotado con espesas nubes, que dejaban caer á intervalos tupidas lluvias, ayudabà poderosamente á los encubiertos para nò ser vistos ni sentidos en su cautelosà travesía.

Así que acabaron de entrar hasta unas diez personas al alojamiento del intendente real, el farol desapareció del lugar que ocupaba, la puerta se cerró sin hacer el más leve ruido y todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

Alderete habia saludado con toda cortesía á sus diez visitantes, entre los cuales se encontraba uno que no habia dejado el embozo, y que despues de hacer un signo de inteligencia al tesorero, se habia retirado á un extremo oscuro de la sala.

Vestia el personaje encubierto un trage de terciope-

lo, todo negro, en el cual se destacaban los blancos encajes del cuello y de los puños solamente. El sombrero de anchas alas tenia tambien una gran pluma negra, y la capa, del mismo color, subia hasta confundirse con el sombrero, dejando descubrir, al descuido, la blancura de los encajes. Conservaba su espada al cinto, y para más seguridad de no ser visto, se habia colocado casi detrás de una escultura de gran tamaño que estaba colocada sobre una base de madera.

Todas las demas personas que allí se encontraban, habian dejado caer el embozo al entrar en la sala, llamándose por sus propios nombres y sin dar la menor muestra de desconfianza ó disimulo, sin apercibirse ni del signo de inteligencia que Alderete habia cambiado con el encubierto, ni de que éste se hubiera retirado al rincon de la sala sin hacer el más leve ruido.

—Creo, dijo Alderete luego que llegaron los dos últimos, que estamos ya todos.

—Paréceme, contestó Pánfilo de Narvaez, no ver por aquí á Salazar ni á Chirinos.

—Por causas que os pondré en conocimiento más tarde, no los he citado á esta reunion que ha de ser más que otras, de confianza, por la gravedad de los negocios que á tratar en ella vamos.

—Siendo así, tengo por bien empleada vuestra reserva y discrecion: réstanos sólo, á los que presentes estamos, oir de vuestra boca el caso extraordinario que os ha precisado á reunirnos en noche como esta.

—Sentaos en torno mio, que voy á decíroslo luego.

Ocupó el tesorero un sillon que estaba detrás de una mesa cubierta de pergaminos y papeles, y á su ejem-

plo, todos acercaron sitiales y formaron un círculo al rededor de dicha mesa.

—En esta vez, más que en ninguna otra, véome en la estrechez de dirigiros exhortacion tocante al sigilo que debe guardarse sobre todo lo que aquí va á decirse y á saberse, dijo con voz solemne Alderete, lo mismo que á hacer renovacion de nuestros juramentos sobre ser fieles á Su Magestad (todos se levantaron é hicieron una inclinacion de cabeza), sobre sostener contra quien quiera que fuese, las preeminencias de sus delegados y sobre hacer de nuestras voluntades una sola voluntad, para llegar al fin que nos hemos propuesto.

—Hablaisnos en razon, contestó Narvaez que parecia llevar la voz por sus otros compañeros, y dispuestos estamos no sólo á renovar nuestros juramentos, sino á hacer otros de más fuerza y apremio en caso que fuere necesario.

Alderete, queriendo dar el primero el ejemplo, abrió por la mitad un libro que estaba en la mesa, acercó un crucifijo, y poniéndose de pié y colocando la mano derecha en el libro, pronunció estas palabras:

—Júro por los santos evangelios y por nuestro Señor Cárlos V, emperador de Alemania, de España y de América, guardar sobre lo que aquí va á tratarse, el más grande secreto, obedecer ciegamente lo que se disponga en esta junta y dejarme matar por su servicio, como fiel súbdito de Su Magestad. Si á estos mis juramentos faltare yo, Julian de Alderete, tesorero real, consiento en que se me queme en cuerpo vivo, se echen al aire mis cenizas y mi alma vaya á penar eternamente en los profundos abismos del infierno.

La misma ceremonia repitió cada uno de aquellos conjurados, poniendo la una mano en las escrituras y la otra en la empuñadura de su espada, y así que todos hubieron terminado, dijo Alderete:

—Como esta no es la vez primera que nos hablamos y nos entendemos los que agora presentes estamos, pero sí la única en que con falta sólo de dos de nuestros amigos nos hemos ajuntado los más, he á bien de deciros que el sentimiento que de uno en uno há ido cundiendo á todos, es el de poner algun freno al capitan Hernando Cortés, que de súbdito de Su Magestad se ha querido convertir en Señor absoluto, dueño de estas tierras y de todos sus habitantes y sus haciendas, sin que nadie pueda disponer de cosa alguna si no es con su permiso y bajo la pena de rendirle pleito homenaje. Así mismo, es opinion de todos los que aquí estamos, que no sólo debemos reprobar y reprobamos la conducta desarreglada que sigue Cortés, que llega en muchas ocasiones hasta á la desobediencia de las órdenes reales, sino que estamos en el estrecho deber de dar todo el apoyo de nuestro brazo, y si no se puede más, de nuestros consejos y nuestra valía, á todos aquellos que obren en legítima representacion y con órdenes expresas de nuestro señor el Emperador ó su regente don Adrian, que Dios guarde.

Aquí hubo nuevamente la acostumbrada inclinacion de cabeza.

—En eso mismo estamos todos, dijo con voz firme el alférez Leon Cisneros: todos hemos venido aquí con esperanza de que fueran recompensadas nuestras privaciones y sufrimientos, y al último solo el capitan

Hernando es el que ha echado mano á todas las riquezas conseguidas en esta tierra.

—Y si en eso sólo topara, agregó Diego de Soto: pero sois testigos vosotros de los malos tratamientos que el capitan manda dar á los indios y de que á nosotros no nos mira con mejores ojos, si no es para encomendarnos las más grandes penalidades y fatigas.

Siguió cada cual haciendo cargos á Cortés, hasta que Pánfilo de Narvaez, que era el que más le odiaba, no sólo porque le guardaba el más profundo rencor desde que le derrotó en las inmediaciones de Tlaxcala, sino porque no le habia dado ningun mando, y ántes bien, le humillaba dándole un sueldo que no ganaba por no quererle ocupar en cosa alguna, dispensándole exteriormente muchas atenciones, que eran las que más le indignaban porque no le daban lugar para quejarse públicamente, Pánfilo de Narvaez, decimos, despues de oir las quejas de todos, pronunció estas palabras con arrebato:

—Inútil paréceme que hombres de espada, como somos cada uno de nosotros, estemos gastando nuestro tiempo en quejas y lamentaciones á que debemos dar otra forma, si buscamos un resultado. Lo que se ha dicho, y más que se dijera, es todo muy cierto, porque á todas horas lo estamos presenciando. Réstanos dar respuesta á estas preguntas: ¿hemos de seguir tolerando en silencio y como si fuéramos mujeres, que Cortés con los títulos que él solo se ha dado esté siempre haciendo lo que más le viene en voluntad? ¿Hemos de seguir consintiendo en que desconozca las órdenes reales y se burle de los que las traen consigo,

sin alcanzar siquiera que se les respete? ¿Hemos de seguir permitiendo que trate peor que si fueran bestias de carga á los pobladores de estas tierras? ¿Hemos de darnos por satisfechos con que á nosotros mismos que hemos participado de sus propias fatigas y trabajos nos oculte los tesoros que ha cogido entre las manos, nos prive de los repartimientos que nos corresponden, nos señale nuevos servicios con rudeza y nos mire tambien como si fuéramos siervos suyos y no como hijos de Castilla, nuestra madre comun, ni como conquistadores? ¿Hemos de dejar, por último, que sea un rebelde á Su Magestad desoyendo sus mandatos y, además, un mal súbdito, escondiéndole la mayor parte del quinto lo mismo que las joyas de más precio y las más ricas curiosidades?

—Nó, contestaron todos á una voz.

—Entónces ya es tiempo de que empecemos á obrar saliéndole al encuentro, si fuere necesario, ó empleando medios prudentes, pero eficaces, porque si nó, estamos en el riesgo de acabar nuestra vida con el disgusto, ántes de vernos satisfechos en nuestros agravios, ni de ver respetada en estas apartadas regiones, la Magestad de nuestro Emperador.

El encubierto que se habia medio ocultado en la sombra detrás de una imágen, habia ido adelantándose poco á poco, de manera que cuando se pronunciaban las últimas palabras, ya estaba cerca de aquel grupo de desalmados conspiradores.

En ese momento exclamó con voz robusta, causando en todos los presentes una extraña emocion:

—¡Bien dicho! Ha llegado la hora de poner térmi-

no á los abusos y pretensiones de ese rebelde, y con ese fin he venido á vosotros.

Todos volvieron la cara y se quedaron mirando con extrañeza al nuevo personaje, llegando algunos hasta á desenvainar sus aceros.

—Quedaos quietos, dijo entónces Alderete con voz reposada; ese que veis delante de vosotros es Cristóbal de Tapia, con nombramiento de Gobernador de estas tierras por Su Magestad, quien ha venido secretamente llamado por mí á esta ciudad, á donde nunca le dejara penetrar de buen grado Hernando Cortés, teniendo que volverse esta misma noche, porque dentro de tres dias ha de tener con él una conferencia entre el camino de aquí á Veracruz. Reportaos, pues, y suplicoos veais en este caballero un amigo nuestro que necesita de nuestra ayuda para salir bien de la empresa que la corte ha encomendado á su nobleza y lealtad.

Dieron asiento entre ellos al nuevo personaje, despues de haberlo saludado cada uno con grandes muestras de cortesía, y entónces él explicó cuál era su mision, que ya de los más, á aquellas horas, era bastante conocida, por haberse circulado desde que se tuvo conocimiento de su desembarque en Villa Rica.

Cristóbal de Tapia agregó á esa explicacion estas otras palabras:

—Ahora que ya sabeis, nobles caballeros, que vuestro amigo soy, encargado especialmente del alto y digno Señor el adelantado de Cuba, de administrar aquí justicia y resolver lo más conveniente para los leales súbditos de S. M., sólo me resta deciros cuáles son los planes que hemos, de comun acuerdo, pensado mi ami-

go Alderete y yo, para mejor cumplir con los deberes que tenemos encomendados.

Todos se prepararon á oir la relacion que iba á hacérseles, con el más religioso silencio.

—Espero que nuestro amigo el señor tesorero real, añadió Tapia, que tiene con vosotros más conocimientos y más habilidad que yo en el decir, exponga claramente los planes de que hemos ambos tratado amigablemente.

Alderete tosió, escupió, se llevó á las narices un fino pañuelo de batista, y dijo con el tono de prosopopeya que le era propio y que acentuaba más en ciertas solemnidades:

—Nobles y valientes conquistadores: el comandante general de la Isla de la Cuba, adelantado del reino, nobilísimo señor Diego de Velasquez, haciendo uso de los grandes poderes que tiene conferidos por Su Magestad, tuvo por bien fijarse en uno de sus amigos más leales, como lo es el que presente está caballero Cristóbal de Tapia, para que viniese á esta Capital de la hoy Nueva España á cumplir una de las más delicadas comisiones que se han conferido jamás á embajador alguno, cual es la de inquirir los procedimientos de don Hernando Cortés y rebajarle su autoridad en caso de ser necesario, ó mandarlo con segura custodia hasta aquellos sus dominios ó á España, tomando él el gobierno en sus manos, pues que tambien trae su nombramiento en forma, de gobernador.

El tesorero reposó un poco del esfuerzo que habia hecho para sacar de su enmarañada cabeza ese mal forjado discurso, y luego prosiguió:

—Dirigióse á mí de luego á luego este caballero que tal encomienda trae, y le hice presente lo muy difícil que le era cumplirla por estar Cortés adueñado de los principales oficiales españoles y de los caciques más poderosos entre los indios, habiéndose captado por quién sabe qué malas artes el respeto de todos en cuyos ánimos no dejaria de causar terror cualquiera cosa que se intentase contra su persona, y en tal virtud, convenimos en que no era posible tocar esto, ni tampoco menoscabar su autoridad con ningun procedimiento, tanto más cuanto que ahora está engreido con su poder, y sus amigos esperanzados de que los llene de recompesas. Por eso nos hemos figurado que lo que mejor podemos hacer en tales circunstancias, es no darle nada á que sospeche y hacer jugar todas nuestras armas en la corte, miéntras llega el tiempo en que aquí mismo podamos desposeerlo de tantas usurpaciones como está haciendo en su favor y en el de sus protegidos Sandoval, Alvarado, Rodrigo de Paz, Jaramillo y otros á quienes ha llenado de más dones que los que pudieran reclamar por sus merecimientos.

—¿Entónces no debemos proceder á la venganza inmediatamente? preguntó Diego de Soto.

—Seria dar con nuestra empresa en los suelos.

—Ello es que alguna determinacion debemos tomar, dijo á su vez Pánfilo de Narvaez.

—Para eso estamos aquí, contestó el tesorero, y esa providencia es engañar á Cortés con falsos acatamientos, hasta que ménos despierto que ahora que sueña en ver enemigos por todas partes, podamos obrar con

más seguridad. Entre tanto, uno de nosotros, que será el alto y noble militar señor Pánfilo de Narvaez, que acaba de dejar la palabra, irá acompañado á España del señor don Cristóbal de Tapia para dar informes ciertos á la corona de lo que aquí pasa, llevando los dos, memoriales firmados por todos nosotros, que añadirán crédito á sus palabras y acusaciones.

El único ojo que quedaba á Pánfilo de Narvaez, brilló con alegría: si alguna cosa deseaba, era separarse de la vista de Cortés, pues con sólo la presencia de éste se sentia humillado desde la fatal jornada en que aquel le hizo su prisionero. Desde aquel momento, tanto Cristóbal de Tapia como Alderete, tuvieron en Narvaez el más ardiente colaborador en favor de sus planes.

Estos, en pocas palabras, eran los siguientes:

Cristóbal de Tapia se dejaria sobornar por Hernan Cortés; el cual de seguro y como lo tenia por costumbre, iria á tratar de convencerlo por esos medios para que no llegara á presentarse en México como comisionado.

Los dones que se recibieran de él serian un nuevo capítulo de acusacion.

Llevaria á su lado á Pánfilo de Narvaez, tanto á Cuba como á España, para que unidos formularan una larga y formal acusacion contra Hernan Cortés, apoyados por Diego de Velasquez, y por el obispo Fonseca, á quien tenian de su parte en la corte.

Recogerian firmas de todos los descontentos que podrian llegar hasta unos veinte, entre los principales señores que habia en México.

Emprenderian el viaje á España, siempre que no diera resultado un golpe de mano que intentaria realizar Garay, del cual respondian dos ó tres de los conjurados.

Francisco de Garay era un capitan que Diego Velasquez habia nombrado conquistador, el cual se encontraba expedicionando por las costas orientales, y que ya estaba prevenido contra Hernan Cortés, tanto por el celo que le inspiraba, como por el temor que le tenia.

—Paréceme, dijo Diego de Soto, que esos planes tienen que tardar mucho para su ejecucion. Si el señor Cristóbal de Tapia trae nombramiento del mismo Emperador y poderes bastantes del adelantado de Cuba, don Diego de Velasquez, que ejerce mayor autoridad, no tiene más que presentarlos, darlos á conocer á la armada y al mismo Cortés, y éste no se negará á obedecerlos ni ninguno de los súbditos de Su Magestad.

—Presentaré mis títulos, agregó Tapia, pero en el caso solo de que no se les rinda acatamiento, será cuando hagamos lo demas que hemos dicho.

—Y no nos quedaremos cortos en procurar cuantos medios nos faciliten realizar nuestra venganza, dijo á su vez Pánfilo de Narvaez.

—Yo ofrezco por mi parte, exclamó el tesorero, dar los ducados que se necesiten para la obra, y ayudar con mi persona y bienes á salvar á esta Nueva España, de las tiranías de Cortés.

—¡Por la gloria del Emperador y por la ruina del rebelde! gritó el oficial Valdenebro.

—¡Abajo el rebelde! contestaron todos.

—Ruegoos que no metais tanta bulla, dijo Alderete, pues que todo se echaria á perder con las imprudencias. Y como no hay tiempo que perder, paréceme conveniente que se vaya retirando cada cual á su alojamiento.

—Sí será, pero no sin quedar cada uno comprometido con su palabra y con su honor, á desempeñar la parte que le toque en la gran empresa que hemos acometido.

—Todos estamos dispuestos, agregó otro, á jugar nuestras cabezas en este lance.

Alderete encaminó hasta la puerta á cada uno de los conjurados, hasta quedarse solo con Cristóbal de Tapia.

—Ahora, ¿qué os parece que hagamos? preguntó éste.

—Ya que estamos seguros de contar con hombres valientes y leales, podemos acometerlo todo. Si no da completo resultado la presentacion de nuestros títulos á Cortés, haremos venir las armas de Francisco de Garay, que pertenecen á Diego de Velasquez; si las armas del adelantado de Cuba no pueden nada contra Cortés, entónces algo valdrán en la corte nuestros informes escritos y nuestras acusaciones verbales; si en la corte sale desairada nuestra pretension justa, entónces, como último recurso, yo me quedo encargado aquí de dar un golpe de mano de que no pueda librarse Cortés. ¿Estais conforme?

—Conforme estoy, señor tesorero, y dispuesto á hacer cuanto vos me ordeneis, en pro de nuestros propósitos.

—Ahora, voy á acompañaros una legua fuera de las ruinas de esta ciudad, hasta poneros en lugar conveniente y seguro.

—¿Estais cierto de que los caballeros que me han visto esta noche no me descubrirán?

—Podeis contar con su reserva como con la mia propia.

—Entónces marchemos.

Ambos caballeros, cubiertos con sus capas hasta los ojos, y marchando con precaucion, atravesaron la calzada de Tlaltelolco hasta encontrarse completamente fuera de la ciudad. Una vez allí, Tapia hizo una señal con un silbato, la que le fué contestada con otra igual. A poco salieron dos hombres del centro de un montecillo, conduciendo cuatro cabalgaduras. Montaron en ellas los dos caballeros y los dos criados. Los primeros echaron á andar por delante, entretenidos conversando, miéntras los segundos iban siguiéndoles á regular distancia, no sin visitar el aguardiente que llevaban en las cantinas.

Por fin, ambos caballeros llegaron á un punto del camino en que se detuvieron: allí cambiaron algunas palabras en secreto, y por último, volvieron bridas despues de darse un último abrazo. Los escuderos hicieron otro tanto, tomando cada uno de ellos atrás de su señor.

Comenzaba á alborear la aurora cuando Alderete llegó á las orillas de México.

—Fuenleal, dijo á su escudero, aquí esperamos á que comience á alumbrar el sol, y mucho silencio sobre lo que has visto esta noche.

—Así haré como siempre, mi señor.

Cuando Alderete estuvo por fin en su casa, á eso de las seis de la mañana, pudo ya decir restregándose las manos:

—En esta vez, el famoso don Hernando me las va á pagar todas juntas.



CAPITULO II.

Marina.

HERNAN Cortés habia escogido para su residencia, miéntras se reedificaba la ciudad de México, el pueblo de Coyuacan, en donde encontró suficientes habitaciones para él y algunos de sus oficiales, lo mismo que los edificios necesarios para las oficinas militares, cuarteles y demás, que era necesario ocupar con su numerosa comitiva.

La casa, ó mejor dicho, el palacio que él eligió, fué el que pertenecia ántes al rey de Coyuacan, y que ahora habia sido trasformado añadiéndosele otras casas contiguas y espaciosos jardines. El clima benéfico, la exuberancia de la vejetacion, el cariño que le dispensaban sus moradores, lo pintoresco del lugar, la cercanía de México, la facilidad que allí tenia para comunicarse por tierra y por agua con sus dominios comarcanos, fueron otros tantos alicientes que decidieron á Cortés

á fijar allí su corte, compuesta, como hemos dicho, de sus oficiales, de muchos caciques indígenas con sus familias y de las pocas damas españolas que habian tenido el valor suficiente para acompañar á los conquistadores en sus aventuras.

La poblacion de Coyuacan, con ese motivo, habia sufrido una trasformacion completa: fuera de la pequeña iglesia que se habia edificado frente al palacio de Cortés que ocupaba todo un lado de la plaza principal, se habian construido otras muchas casas, poblándose en una gran extension todos los alrededores.

Si en la ciudad de México se veia reinar la actividad de unos cincuenta mil trabajadores, por lo ménos, que demolian los teocalis y las casas, haciendo grandes modificaciones en las poquísimas que no habian sido incendiadas y destruidas, en Coyuacan se veia el movimiento de una corte en ciernes, en la cual no faltaban ni las músicas, ni los juglares, ni los danzantes, ni los adivinos, ni los bufones que entretenian los ocios de Cortés y sus amigos.

Imprimia mayor vida á la residencia del conquistador, el despacho de los negocios, pues que diariamente recibia las comisiones que venian de largas distancias en nombre de los potentados indios, á ofrecer vasallaje ó á entrar en arreglos para la vida futura de estas comarcas; el entrar y salir de tropas, el cúmulo de gente que atraian los mercados y la infinidad de negociantes en toda clase de artículos, que donde quiera improvisaban barracas y tiendas.

Una vez que tenemos una idea, aunque sea superficial, del aspecto que guardaban esos lugares despues

de la conquista, miéntras llega la oportunidad de entrar en otros detalles, podremos pasar al interior de las habitaciones de Cortés, en donde encontrarémos á éste sentado á su mesa, con su secretario el licenciado Suazo escribiendo una de sus cartas á Cárlos V.

Acababa Cortés de ver pasar por la puerta que tenia enfrente, á la hermosa india yucateca Marina, la cual le habia dirigido una mirada llena de inteligencia, como ella acostumbraba cuando tenia deseos de hablar con el conquistador, y éste dirigiéndose al secretario, le dijo:

—Dejemos esto por ahora, que mañana tendremos tiempo de continuar el trabajo.

—Está muy bien, contestó el secretario.

Y alzando el legajo de papeles en un cajon de la mesa, saludó con una profunda reverencia y se alejó de la estancia, haciendo otra inclinacion más profunda al trasponer la puerta.

Cortés se ciñó su espada, se caló el sombrero y se introdujo á las otras habitaciones hasta encontrar á Marina que le esperaba ya con los brazos abiertos.

—Dueño mio, exclamó ella estrechándole ardientemente contra su corazon.

—¿Querias hablarme, Marina? preguntó el conquistador correspondiendo cariñosamente á los agasajos de la jóven.

—Siempre, siempre quiero oír tu voz, exclamó ella rodeando con sus brazos el cuello de Cortés y extraviándose en su mirada.

—Bien, sentémonos para que podámos solazarnos á toda nuestra satisfaccion.

—¿Quieres que vayamos al jardin? Allí te diré muchas cosas.

—Vamos, vamos.

Y Cortés se dejó conducir por la hermosa india, como si fuera un chiquillo.

Cuando estuvieron en aquel berjel, que embalsamaba el espacio con el perfume de sus malezas cubiertas de olorosas flores, Marina echó á correr por delante del conquistador, hasta detenerse en el lugar más cubierto y más apartado. Una vez allí, abrió los brazos, pudiendo respirar apenas despues de la carrera que habia dado, disponiéndose á recibir en ellos al objeto principal de su cariño, y se puede decir tambien, de su gratitud, como vamos á ver más adelante.

Cortés se dejó abrazar cariñosamente, no sin devolver algunas de sus caricias á la jóven india, y sentándose luego en un banco hizo que ella se le sentara en las piernas, en cuya actitud, y mirándose ambos con sobrado cariño, comenzaron su conversacion.

Antes, sin embargo, de decir lo que estos personajes platicaron, nos parece conveniente poner al lector al tanto de algunos pormenores respecto de quién era nuestra horoína, y por qué cúmulo de circunstancias vino á ejercer una poderosa influencia en todos los sucesos que se desarrollaron en México ántes y despues de la conquista.

Marina, en los momentos en que nosotros tomamos esta relacion, contaba apenas unos veinte años, y segun la expresion de casi todos los historiadores de aquel tiempo, era tan bella, les pareció á todos tan linda luego que apareció entre ellos por primera vez, que los

Dª MARINA.

......Veianse de cuando en cuando á la luz del farol entrar de dos en dos....á hombres embozados que andaban de puntillas....."

ménos entusiastas tuvieron que decidirse á exclamar:

—¡Parece una diosa! ¡Esta no es una hermosura de la tierra, sino que es un encànto sobrenatural!

En efecto, Marina descollaba entre todas las mujeres de su raza como un portento de belleza.

Refiérese que tenia unos ojos tan negros como el azabache, sombreados por unas largas pestañas que les imprimian la más dulce melancolía; que sus miradas eran apacibles, produciendo destellos de luz en que iban significadas la malicia ó la inteligencia; que en sus ojos principalmente era en donde se leia la perspicacia, la vivacidad, la astucia y la energía, que eran otros tantos distintivos del carácter de nuestra heroina. A la vez que sus ojos eran negros, y grandes, y rasgados, y vivos, y cariñosos y llenos de bondad, despedian chispas de inteligencia y de audacia, encubriendo á veces, bajo sus pobladas pestañas, rencorosos sentimientos que no se podian percibir porque pasaban por allí como pasa un relámpago por la superficie de un espejo.

Su boca era con más propiedad, segun la expresion que muchas veces usan inconscientemente los novelistas, un nido de perlas. Sabido es que no hay dentaduras tan finas ni tan blancas como las de las indias en general, ¿pues cómo seria la de Marina, que causaba la admiracion y la envidia de todas sus compatriotas? Verdaderamente era admirable aquella boca de Marina, parecida á un boton de rosa entreabierto, y dejando adivinar dos hileras de dientes que, al verlos ya descubiertos, significaban un prodigio de arte y de belleza. ¡Qué pequeños sus dientes, qué iguales,

sentir animada toda su inteligencia en persecucion de un hilo: una vez teniendo el hilo más insignificante, ya no se le escapaba ninguna trama. Era la más sensible, la más fina percepcion de todos los sentidos que podia darse en una criatura como especialmente organizada para velar por la existencia del hombre que la habia sacado de la esclavitud, para elevarla casi hasta su altura. Era tal la vivacidad de doña Marina, que particularmente á las personas á quienes trataba con frecuencia, solia advertirles su pensamiento, adelantarse á sus deseos, sin que alguna vez dejara de confesar que ella habia acertado con lo que ellos se imaginaban ó querian. Este don sirvió mucho á Marina en su papel de intérprete, en multitud de ocasiones, áun tratándose de lenguas que no conocia. Bastaba que viera ciertas líneas de la fisonomía, los movimientos de la boca, la espresion de los ojos, para que en el acto se pusiera en posesion de todo el asunto. Su mirada nunca dejaba de abarcar en un segundo todos los pormenores de las escenas que se presentaran á su vista

El intervalo de un relámpago le bastaba para saber con toda seguridad si las personas que se acercaban á Cortés venian animadas de buenas ó malas intenciones. En instantes apenas observaba todas las miradas, todos los semblantes, todos los gestos y hasta las particularidades más minuciosas de los trajes y los detalles más insignificantes de una localidad. La rapidez con que estaban acostumbrados á mirar sus ojos, unida á la viva imaginacion que poseia, le formaban un admirable buen sentido con el que casi nunca se equi-

vocaba. Lo que ella decia ó se figuraba, eso era exactamente.

Despues de su virilidad, despues de su astucia, despues de su golpe de vista tan seguro, Marina estaba dominada por un corazon grande y generoso. Para ella tenian el mayor encanto las acciones magnánimas, y lo mismo se sentia con fuerzas para cometer un crímen, si éste era necesario, como para evitar un mal mayor ó para ejercer una justa venganza. Marina solia olvidar las ofensas que se le hicieran; pero era necesario que estuviese impresionada, hondamente impresionada por un sentimiento de amor ó de placer, de otra manera no olvidaba nunca.

El amor, sobre todo, era el que ejercia en ella la mayor influencia. Podia decirse que estaba hecha para el amor. En este respecto era arrebatada, celosa, implacable. Cuando ella amaba, queria ser amada de la misma manera, esto es, con dedicacion extrema, con ardor sin límites, con locura. Criada en climas cálidos, su pecho era una hoguera de sentimientos volcánicos, dispuesto á estallar siempre.

Grandes brochazos hemos tenido que dar para formar un bosquejo siquiera del gran carácter de Marina, que los historiadores nos dejaron dibujada como una silueta de Cortés apenas; pero de sus aventuras, de sus lides amorosas, de sus servicios como consejera, de sus cualidades, en fin, desplegadas como mujer en aquella época, se desprende una figura verdaderamente grandiosa que no queda ni un escalon abajo de la que dejó al mundo el conquistador. Cortés y Marina son, en efecto, las dos más grandes figuras que se

destacan, que tienen que destacarse siempre en aquel cuadro histórico.

Los antecedentes de Marina, su nacimiento, las contrariedades de que fué víctima desde pequeña, el modo como vino á dar á los brazos de Hernan Cortés, nos lo contará ella misma tal vez próximamente, y esto nos acabará de proporcionar una idea más completa de su carácter y afecciones.

Para presentarla por de pronto al lector como el personaje principal de esta novela, creemos que basta con las líneas que sobre su busto hemos perfilado.

Todo ello puede quedar condensado en estas conclusiones.

Marina era jóven cuando llegó al lado de Cortés, y lo era aún en el momento en que nos ocupamos de ella, toda vez que no habian trascurrido sino dos ó tres años.

Marina era bella como una diosa.

Marina era inteligente.

Marina poseia una perspicacia singular.

Marina era enamorada y soñadora.

Marina, en fin, era un sér ideal en aquella época y en aquellas circunstancias.

Vamos ahora, para conocerla mejor, á escuchar la interesante conversacion que tuvo en aquella tarde con el conquistador Hernan Cortés.



CAPITULO III.

Amante y consejera.

ANTES que todo, contéstame otra vez más á esta pregunta: ¿me amas, Hernando?

—Sabeislo vos mejor que nadie, Marina, contestó Cortés con tono grave; os amo.

—No quiero que me trates así: ya te lo he dicho mil veces, que cuando me dirijes ese "vos" que nunca se aparta de tus lábios y que usas con las otras gentes, me hielas el corazon.

En ese entónces no se acostumbraba tutear sino á las personas más íntimas de la familia, y los mismos hermanos á veces se hablaban con todo ese respeto, con todo aquel miramiento que en ese tiempo se estilaba, haciendo del "vos" y de las conjugaciones en eis y en ois, las palabras más favoritas.

Cortés, sin embargo, á instancias de Marina, infringia cuando estaba á solas con ella esa costumbre, cosa

que no hubiera hecho estando cualquiera persona delante.

—Nada me cuesta, Marina mia, complacerte......

Marina sonrió con tal placer y de un modo tan hechicero al verse correspondida por su amante, que éste, extasiado ante aquella dulce sonrisa, no pudo ménos que pagarla con un beso.

—Eso es, eso es, así te quiero, siempre ardoroso, siempre amante, siempre dulce con la mujer que sólo vive con tu amor y con tus caricias. Mira, cuando te pones sério, como has estado en toda esta tarde, me llegan vehementes deseos......

—¿De qué, Marina?

—De matarme.

—Pero ya me estás viendo: sólo tú puedes hacer en mí estas mudanzas, cuando hay tantas cosas que me preocupan en las obligaciones de mi cargo.

—Algo de eso queria decirte cuando te llamé.

—¡Ah! ya comprendo: de seguro tienes algun nuevo servicio que prestarme.

—Es mi deber: velar siempre por tí, cuidarte de todas las acechanzas de tus enemigos.

—¿Y qué sabes ahora?

—Te lo diré con una condicion.

—Sea.

—Díme que me quieres mucho.

—Con toda mi alma.

—Díme que siempre me serás fiel.

—Te lo juro por Dios vivo.

—Díme que nunca me dejarás por otra.

—Demasiado sabes que tengo mil motivos de grati

tud para contigo, que me unen á tí con lazos eternos.

—Júrame esto tambien.

—Te lo juro.

—En ese caso, déjame levantar de encima de tí y arrodillarme á tus piés para estarte viendo de frente.

—¡Vaya!

—No quiero perder ninguna mirada de tus ojos: ya sabes que en ellos leo mejor que tú en los libros.

Y Marina se levantó, puso las rodillas en tierra, se sentó así sobre los piés y con los brazos rodeó casi la cintura de Cortés.

En esta actitud, y mirándole fijamente, comenzó á decirle:

—En estos momentos, Hernando mio, estás corriendo uno de los más grandes peligros. Escúchame con atencion. Sé, aunque tú no me lo has dicho, que un español llamado Cristóbal de Tapia desembarcó en Veracruz, trayendo poderes de tu rey y del gobernador de Cuba, para quitarte la autoridad y quedarse en tu lugar.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Es cierto ó no es cierto?

—Sí es cierto; pero ¿quién te lo ha dicho?

Marina, desentendiéndose de la pregunta de Cortés, continuó así su relacion:

—Ese embajador, ó burlando la vigilancia de tus oficiales, ó logrando aliarse con algunos de ellos, lo mismo que ayudado de otros caciques que te odian, vino hace dos noches á Tenochtitlan, estuvo en casa del tesorero Alderete en donde habló con varios españoles; salió de allí en la misma noche, lo fué acom-

pañando hasta dos leguas el tesorero; en seguida lo recibieron unas escoltas de tlaxcaltecas, que lo entregaron á otras de totonacos, más adelante, y llegó otra vez á Medellin, en donde espera que tú le contestes sobre su embajada: el tesorero, á la mañana del dia siguiente, entró á México acompañado de un criado suyo diciendo á los que encontraba á su paso que habia salido aquella misma madrugada para sorprender á unos mercaderes que traian una carga de contrabando ó cosas parecidas.

—¿Pero es cierto todo eso que me dices?

—Tan cierto como que estoy mirándote y como que estás asombrado de que pueda darte tales pormenores.

—Es verdad: continúa.

—La noche en que vino Tapia á Tenochtitlan estaba lluviosa, y por ese motivo las calles permanecian solitarias, de suerte que á favor de la oscuridad pudieron reunirse en la casa del tesorero Alderete hasta unos diez españoles, los cuales no pudieron ser conocidos porque estaban muy encubiertos y porque la única luz del farol que fué colocado en la puerta de la casa para que no se equivocaran, daba una luz muy escasa. Lo que hablaron allí dentro no se pudo traslucir; pero por lo que iban hablando muy en voz baja los que salian, fué fácil comprender que conspiraban contra tu autoridad, preparando una armada para que viniera á destrozar tus tropas, ó para asesinarte cuando estuvieras más descuidado. A uno de los que salieron se le oyó decir esto en claras palabras: "si Alderete no cumple su palabra de destruir el poder de Cortés, yo me comprometo á matarle."

No obstante la frescura de la tarde, gruesas gotas de sudor aparecieron en la frente del conquistador, y de sus garzos ojos salian verdaderas centellas de luz que significaban ó cólera ó deseos de venganza.

—Vuelvo á preguntarte, Marina, ¿cómo has sabido todo eso?

—Lo de que ha llegado al país Cristóbal de Tapia para quitarte el poder, en nombre de tu soberano, lo cuchicheaban algunos soldados tuyos, y yo los oí desde una ventana de mis habitaciones que cae á la plaza; pero lo que ha pasado en México me lo dijeron unos indios amigos mios que tienen encargo de vigilar la casa del tesorero, lo mismo que á los demas españoles que sospecho te tienen mala voluntad.

—¿Y cómo supieron que era Cristóbal de Tapía el que vino á México?

—Porque oyeron que este nombre le daba el tesorero al despedirse, ocultos detrás de la maleza del camino. Los conspiradores creian que no habia ánima viviente que los apercibiera, pero mis vijías estuvieron observando la casa toda la noche, siguieron sin hacer ruido á cuantos entraron y salieron y retuvieron en la memoria algunas palabras desconocidas para ellos, con las cuales formé yo la relacion que acabo de hacerte.

—Eres admirable, Marina.

—¿Crees que es verdad cuanto te he dicho?

—Lo creo.

—Pues entónces no hay tiempo que perder: prepárate para combatir contra uno de tus capitanes que se apellida Garay, el cual es el encargado de traerte la

guerra; despacha cuanto ántes fuera del país á Cristóbal de Tapia, si no quieres perder tu autoridad, y encárgame á mí de ir á México para desbaratar las maniobras de tus enemigos. Casi los conozco á todos, y si no puedo luchar con ellos como mujer, entónces tomaré los hilos para que tú seas el que deshagas la madeja.

Cortés se habia quedado meditabundo.

Marina lo contemplaba de hito en hito.

Entre tanto, el sol habia ocultado sus últimos rayos detrás de las montañas, y en el cielo no se veian más que pequeñas nubes agrupadas formando figuras caprichosas, iluminadas en sus bordes con franjas de oro y de carmin.

Los pájaros buscaban sus nidos en los árboles, y la brisa húmeda anunciaba que se acercaba la diosa de la noche tendiendo sus negras alas por el Oriente.

El sitio que nuestros personajes ocupaban, estaba ya medio envuelto en sombras, cercado como se encontraba de copudos árboles. En torno las rosas y los nardos despedian exquisita fragancia y más léjos se oia el murmurio de una cascada artificial que formaba el depósito de las aguas para el riego de los jardines.

A pesar de las sombras producidas por la arboleda y por las anchas alas del sombrero de Cortés, con el que al caer la tarde se habia cubierto la cabeza, Marina seguia adivinando en su fisonomía sus pensamientos, puesto que le dijo así que hubieron pasado unos instantes:

—Veo que tú que siempre eres resuelto en tus de-

terminaciones, ahora sostienes una lucha interior que te hàce sufrir.

—Sí, Marina; encuéntrome en situacion muy comprometida y no sé qué partido tomar en estos momentos.

—¡Ah! dueño mio, si yo estuviera en tu lugar....

—¿Qué harias?

—Díme primero lo que tú piensas.

—Pienso ir yo mismo á encontrar á Cristóbal de Tapia.

Algo muy horrible debió pasar en el interior de la hermosa Marina, porque una palidez mortal apareció en su rostro y temblaron sus brazos y sus piernas de un modo que hicieron prorumpir á Cortés:

—¿Pero qué es lo que tienes, Marina mia?

—Me has asustado con esa resolucion.

—Tú, siempre tan valerosa, tan esforzada, tan resuelta; tú que siempre me has aconsejado salirles de frente á los más récios peligros, ¿ahora quieres que no los afronte como en otras veces? ¿Crees acaso que el reposo en que ahora vivo me ha vuelto afeminado?

—Nó, Hernando, nó; sino que ahora no combates con enemigos leales que salen á disputarte el paso: ahora tus enemigos están en la sombra: temo que al marchar de aquí, salga un hombre alevoso armado de una daga, para matarte, de cada uno de los arbustos que están á uno y otro lado del camino. Mira, Hernando, el tesorero es un hombre de mal corazon y te odia mortalmente. Pánfilo de Narvaez te guarda un rencor profundísimo, y desconfío tambien de Salazar, de Olid, de Albornoz, de Soto, de Estrada y de otros

muchos en quienes tú sueles depositar tus mayores confianzas. En fin, Hernando, si no lo sabes, es necesario que lo sepas: Cristóbal de Tapia trae órdenes terminantes no sólo para quitarte el mando, sino para aprisionarte entre los mismos tuyos, y si te resistes, para mandar al gobernador de Cuba tu cabeza.

Cortés se levantó airado, despidiendo rayos de cólera de sus hermosos ojos y exclamó con acento lleno de resolucion:

—Iré á ver yo mismo al embajador Cristóbal de Tapia.

Marina apenas pudo calmar un tanto el coraje del conquistador á fuerza de caricias, y luego que lo vió un poco más sereno, le dijo:

—Bien: no me opongo ya á que vayas; sé que eres valiente; sé que te proteje el cielo en todas tus empresas, pero al ménos hazme el gusto de rodearte de algunas precauciones. Envía delante de tí á Nuño de Guzman, á Alvarado ó á algun otro de tus capitanes de confianza, con tropas escojidas para que escolten el camino; manda un comisionado inteligente para que entretenga con pláticas y con regalos á Cristóbal de Tapia: estaria bien para este encargo el padre Melgarejo, que tanta adhesion te tiene...... yo en tanto me quedaré en México velando sobre tus enemigos.... ¿quieres?

Cortés se quedó pensativo y como reflexionando, y despues de algunos instantes, contestó:

—Está bien.

—Puede quedar con tu autoridad el licenciado Suazo, tu secretario, que es un hombre sagaz y valeroso,

pues tus enemigos no van á echarse á dormir durante tu ausencia.

—Esta misma noche lo dispondremos todo, Marina.

Y así diciendo, se dirigieron ámbos al palacio, aparentando una serenidad tal en sus semblantes, como si nada hubiera pasado.

En el comedor les esperaban ya el licenciado Suazo y los oficiales y sacerdotes que en número de treinta ó cuarenta personas formaban el diario acompañamiento de Hernan Cortés.



CAPITULO IV.

Documento salvador.

Como habia ofrecido Cortés á doña Marina, en aquella misma noche, despues de la cena, reunió en una sala de su palacio á su secretario el licenciado Suazo, á sus principales capitanes, á los eclesiásticos de más nota y á los miembros del Ayuntamiento.

Les explicó la situacion que, condensada, venia á quedar en estos términos:

Sus enemigos, que lo eran más todavía de todos los que estaban allí presentes, habian insolentádose con la llegada de Cristóbal de Tapia.

Las falsas acusaciones habian encontrado algun eco en la corte de España, y ésta habia resuelto quitar su investidura á Cortés.

Cristóbal de Tapia no sólo traia autorizaciones en toda forma para recibir el mando de la Nueva Espa-

ña, sino que entre sus facultades estaba la de aprehender á Cortés y á todos los que se opusieran y aún para arcabucearlos si necesario fuese.

El descontento que habia comenzado á iniciarse al repartirse el botin de la conquista, con el cual no habian querido conformarse los que soñaban hacerse poderosos, estaba más pronunciado desde que sabian éstos que podian contar con el apoyo de Cristóbal de Tapia, revestido de autoridad sin límites.

Esos enemigos habian celebrado reuniones en México, y llegaba ya á tal grado su audacia, que se habian juramentado para dar muerte á Cortés si no acataba las órdenes del soberano.

Por otra parte, venia á complicar más la situacion la noticia de que algunos indios de las cercanías estaban haciendo acopio de armas para insurreccionarse en el momento más oportuno.

Los pequeños cuerpos de ejército que andaban expedicionando, habian sufrido fuertes descalabros y algunos habian sido destruidos completamente.

Con motivo de haber sido capturada por los ingleses una flotilla en que iba un cargamento de oro, plata y objetos preciosos para el emperador, éste pedia que se repusiese cuanto ántes, y se hacia necesario emprender la conquista de Michocan y otros reinos que tenian fama de disfrutar de algunas riquezas, para apagar la sed de tesoros que estaba devorando á la corte de España.

Estaba para verificarse un acontecimiento de la mayor trascendencia:

Francisco de Garay, que se habia presentado en

otra vez con el carácter de amigo, estaba para hacerles traicion.

No cabia duda ya de que habia recibido armas y hombres del adelantado de Cuba, con un nombramiento de gobernador de Pánuco, de cuya provincia intentaba posesionarse.

Tal vez á aquellas horas, estaba para desembarcar en las costas con poderosos elementos de guerra, en inteligencias con Cristóbal de Tapia y con el tesorero Julian de Alderete.

Los soldados que habia en los destacamentos situados desde México hasta Veracruz, viendo que continuaban sus mismas fatigas, sin haber obtenido mayores recompensas, comenzaban á vacilar en su fidelidad, sobre todo, desde que se habian apercibido de la llegada de Cristóbal de Tapia, de quien esperaban que pudieran ser atendidas sus quejas.

Y por último, en general los españoles, fuera del reducido número de fieles amigos que le acompañaban, despues de haber contribuido á concluir con las poblaciones enteras de indios, ahora en los repartimientos se quejaban de que no les hubieran tocado miles de esclavos para poder labrar sus tierras.

A todo esto era necesario proveer, y proveer prontamente, si no se queria que en un momento viniera á tierra aquella situacion como un castillo de naipes.

Y el peligro principal no lo veia Cortés en que se trastornaran sus proyectos de reconstruccion, ni en que se provocara una lid de españoles contra españoles, sino en que se perdieran todos los sacrificios hechos

para consumar la conquista, puesto que los conquistados se aprovecharian del nuevo desórden entre ellos para recobrar su libertad.

Sabia bien que los indios no estaban conformes con la servidumbre á que se les habia sujetado en su mayor parte, y que sólo esperaban un momento oportuno para emanciparse.

Su venganza seria terrible, porque en llegando á levantarse, estaba seguro de que no quedaria con vida un solo español.

Tal exposicion hecha por Cortés en términos precisos, consternó á todos los que estaban presentes, ligados como se hallaban completamente al destino del conquistador.

Unos por verdadero cariño personal, otros porque tenian confianza en su estrella y los demas por espíritu de disciplina, estaban dispuestos á hundirse ó á salvalse con él, de suerte que no faltó uno de entre ellos que expresara este sentimiento general:

—Mandad lo que gusteis, y en el acto sereis obedecido: vos sois la cabeza que piensa y nosotros somos el brazo que ejecuta.

—Gracias, mi querido Sandoval, contestó Cortés, ya sé que estoy entre mis leales amigos y por eso les ábro todo mi corazon. Si desconfiara de uno sólo de vosotros, mi semblante en estos momentos estaria sereno y mi voz no vacilaria. Pero se trata de que nos salvemos todos, del mayor peligro que podemos haber corrido en todas nuestras aventuras; se trata de salvar la conquista y de servir lealmente á nuestra patria, combatiendo á los envidiosos que vienen contra

nosotros movidos por la codicia, y por eso tales cuales los siento mis temores, aquí los manifiesto.

—Mandad, mandad, volvieron á decir varias voces.

—Tengo determinado ir al encuentro de Cristóbal de Tapia, dijo Cortés con ademan resuelto.

Casi todos los semblantes se pusieron lívidos.

Entónces se apresuró á agregar el conquistador:

—Pero no iré sin tomar ántes todas las precauciones de seguridad, no tanto por mi persona, que nada vale, cuanto por mis amigos, á quienes dejo comprometidos, y por mi soberano, á quien engañan pérfidamente.

Despues de algunas explicaciones y combinaciones reservadas, se convino en que aquella misma noche saliera Fray Pedro Melgarejo, padre mercedario, en comision cerca de Tapia, precediendo á Cortés.

—Estoy listo, hermanos mios, dijo el reverendo metiendo las manos en los manguillos é inclinando la cabeza con humildad.

—Yo conozco mucho á Cristóbal de Tapia, dijo Hernan Cortés, y sé que vos podeis reducirlo completamente: además de que aquel es muy cerrado de cabeza, tiene un respeto por las gentes religiosas que raya en adoracion.

—Dios me iluminará para poder persuadir á aquel capitan, de que sirve de instrumento á malos designios, dijo Fray Melgarejo, y si además llevo conmigo algunos recursos para hacerle dádivas, y puedo disponer de otras cosas para agasajarle como conviene, creo que no saldré mal en mi empresa.

—De todo lo que querais, disponed inmediatamente.

Se le arregló en el acto un buen tren al hermano Melgarejo, montó en su mula y se puso en marcha, seguido de criados que iban cargados con comestibles y muchos objetos de regalo para Cristóbal de Tapia.

Cortés se quedó con sus amigos deliberando todavía.

Entónces dijo Diego de Ordaz:

—Yo soy de opinion, señor, que vos no vayais á ver á Cristóbal de Tapia. Si órden trae de aprehenderos, y esto es sabido por los hombres del regimiento nuestro, pudiera ser que le prestaran ayuda y que ya no os dejaran volver sino que os embarcaran inmediatamente.

—De seguro que cuando lo mandan á que os haga prisionero, agregó Rodrigo de Paz, es porque confian en su firmeza para cumplir las reales provisiones. Mejor no vayais.

—Si no fuera, creeria Tapia que me ha intimidado ó que no tengo buena conducta, ó que huyo dar cuenta de mis actos, y yo quiero que se vuelva persuadido por mis razonamientos, ó daréme á prision, y terminarán de una vez así todos los enredos que mueven en la corte mis enemigos.

Tras estas palabras, todos los presentes hicieron instancias á Córtes para que desechara el pensamiento de presentarse personalmente á Cristóbal de Tapia.

Cuando él consideró que estaba bien preparado el terreno para presentar el proyecto que meditaba:

—Bien, dijo, no veré yo mismo á Cristóbal de Ta-

pia, ó lo veré en terreno donde me convenga atrayéndolo de Medellin para Tlaxcala; pero de todos modos es necesario que se me vea salir á su encuentro, tanto para que no se rebaje el brío de los nuestros, como para que no vaya á decir á los que lo envían que yo me he escusado, dando lugar á interpretaciones que no se necesitan. Para podernos volver del camino en caso preciso, ó para determinar á Tapia á que venga más al centro del país, es necesario que el Ayuntamiento de México, que es la autoridad más respetada de todos, suscriba una exposicion encareciéndome la necesidad de que no me separe del gobierno ni me ausente de estos lugares, bajo la pena de perder estos dominios para la corona de Castilla, al ver entronizada la anarquía entre los nuestros y alzarse las tríbus dominadas, toda vez que mi persona es la única cosa que puede tener quietos á los indios.

El paso propuesto era tan avanzado y de tanta responsabilidad para cada uno de los rejidores, que no dejaron de vacilar ántes de aceptarlo; pero como Cortés se habia dado mañas para presentarlo cuando más oportunamente fuese, se comprometieron todos los del Ayuntamiento á extender el papel en cuestion y los demas á apoyarlo tambien con sus firmas. El objeto de Cortés era no tanto servirse de él para deslumbrar á Cristóbal de Tapia, cuanto para aprovecharlo en la corte de Castilla, destruyendo con un testimonio irrecusable todas las acusaciones de sus enemigos. En otras circunstancias no hubiera conseguido semejante voto de confianza de una corporacion que tenia concedidas las mayores preeminencias, y que estaba llamada á ejer-

cer más autoridad que él en ciertas ocasiones; pero en aquellos momentos en que todos peligraban, y que él supo aprovechar hábilmente, no hubo uno solo que manifestara la menor vacilacion.

Cuando el salvador documento estuvo firmado en el original y la copia, Cortés se introdujo á sus habitaciones, y abrazando á Marina que le esperaba llena de ansiedad, exclamó alborozado:

—Sois mi ángel bueno, Marina, gracias: nos hemos salvado.



CAPITULO V.

Dos mujeres astutas.

APENAS habrian trascurrido unos seis meses despues de la conquista, es decir, despues de la ocupacion de la ciudad de México por las tropas de Hernan Cortés y sus aliados, cuando ya se veian levantadas algunas casas de soberbia apariencia, dirijidas unas por los arquitectos indios que demostraban grande habilidad en este arte, y otras por algunos españoles, entre los que se consideraban con mejores conocimientos, con más gusto ó con mayor atrevimiento en arquitectura. Uno que habia sido en su tierra maestro de obras, se asociaba con otro que conocia el dibujo de ornato, y un tercero que habia viajado por Francia é Inglaterra, venia á dar á los primeros la idea, y de esta manera pudieron levantarse planos magníficos en que la suficiencia fué suplida con la fuerza de la necesidad. Los frailes principalmente, que habian visto levantar en España

conventos y castillos feudales, ilustraron á los indios con sus consejos, y de esta manera pudieron verificarse construcciones que si no revelaban un órden seguido con método y con precision, presentaban una mezcla agradable á la vista, por lo ménos, segun el gusto que reinaba en aquella época para las fachadas y fondo de los edificios.

No podemos negar que si desde entónces se hubiera edificado la ciudad de México bajo un sistema previsor, hoy podria ser la más hermosa capital del mundo, tanto por el lugar en que fué situada, como porque no se iba á formar segun los caprichos del tiempo, sino que ya se fundaba bajo la inteligencia de que iba á ser la capital de un país tan opulento como poblado; pero se careció entónces de un hombre de génio que diera direccion á los trabajos con inteligencia y seguridad, y ya se ve que ni las calles fueron bien alineadas, ni anchas, ni arregladas á un sólo tamaño, como tampoco se tuvo el cuidado de señalar bajo medida de compás, el lugar de las plazas, el de los templos, el de los edificios de importancia y el de los barrios que pudieran irse formando en lo sucesivo, dando lugar á un desórden que no podria corregirse nunca sino es bajo un costo inmenso y venciendo dificultades que seria imposible afrontar.

El palacio que más llamaba la atencion por entónces, construido al lado de los jardines de Moctezuma, bajo un órden que pudiera llamarse morisco y que fué el más cuidadosamente levantado por los españoles, era el de la princesa Tecuichpotzin que en el bautismo tomó el nombre de doña Isabel.

Era Tecuichpotzin la única hija legítima del emperador Moctezuma, pues aunque contaba con otros sesenta hermanos de ambos sexos, éstos eran hijos de las concubinas del monarca, miéntras que la primera habia nacido de la misma emperatriz, cuya matrona sucumbió pocos dias despues de haberla dado á luz.

Moctezuma permaneció viudo hasta su muerte, prefiriendo la vida libre á la del matrimonio, haciéndose notable por su pasion á las mujeres, pues bien sabido es que llegó á tener á más de cincuenta á la vez, en estado interesante.

Segun cuentan los historiadores, y principalmente los españoles que tuvieron un trato íntimo con la princesa Tecuichpotzin, era ésta de una belleza notable y de prendas nada comunes, distinguiéndose no sólo por su hermosura privilegiada, sino por sus bondades, por su buen juicio, por su inteligencia, por su facilidad para instruirse en todo lo que pudo aprender en su época, por la nobleza de sus sentimientos y por la dignidad de su porte, revelándose en toda ella su estirpe real.

Hé aquí el informe de Thoan Cano respecto de esta noble dama:

«La hija legítima de Moctezuma, dice, llamada doña Isabel, es tal persona, que aunque se hobiera criado en nuestra España no estobiera más enseñada é bien dotrinada é católica é de tal conversacion é arte, que os satisfaria su manera é buena gracia; y no es poco útil é provechosa al sosiego é contentamientos de los naturales de la tierra; porque como es señora en todas sus cosas é amiga de los christianos, por su

respeto en ejemplo, más quietud é reposo se imprime en las ánimas de los mexicanos.»

Despues diremos quién era Thoan Cano, que tanto conoció á la princesa Isabel, y por ahora bástanos saber que ésta se encontraba, cuando comienza nuestra historia, habitando un magnífico palacio, construído de propósito, primero que los demas, por consideracion á su persona.

En los momentos en que presentamos á la hermosa Tecuichpotzin con nuestros lectores, contaba apenas unos diez y seis años. Moctezuma la habia casado, teniendo diez años, con el rey de Texcoco, para celebrar una alianza ventajosa; pero como éste era sumo socerdote, y ella además muy niña, nunca habian tenido oportunidad de reunirse ámbos esposos en el lecho nupcial. La muerte del terrible y poderoso rey Netzahualpilli, acaeció tres años despues; de suerte que la hija de Moctezuma quedó viuda de su primer marido á los trece años, siendo todavía vírgen y estando apenas iniciándose su desarrollo moral y personal.

La princesa Tecuichpotzin, como única heredera de dos reyes poderosos Moctezuma y Netzahualpilli, debia ser poseedora de inmensas riquezas; pero como Moctezuma habia saqueado á Netzahualpilli despues de su muerte y Cortés habia hecho lo mismo con Moctezuma, la princesa sólo habia podido escapar algunas joyas que podian estimarse con valor de algunos millones de reales, las cuales unidas á las mercedes que le habia hecho generosamente Cortés de algunas tierras y vasallos, la presentaban como una de las prin-

cipales señoras de aquella época, no sólo por sus riquezas como por su rara hermosura, y por su singular inteligencia y discrecion.

Habia recogido en su casa á todos los restos de su familia, entre los que se encontraban algunas tias, algunas primas y otra multitud de personas que podian tener parentesco con la dinastía que acababa de desaparecer.

No sólo por esta circunstancia, sino porque la princesa doña Isabel era considerada como el centro de los indios y como el personaje más influente para los españoles, su casa estaba constantemente llena de toda clase de personas, desde las más elevadas hasta las más humildes gerarquías, considerándose que allí estaba no una parte del gobierno sino la principal, puesto que de allí salian frecuentemente las más importantes resoluciones.

Cortés y sus capitanes, que las tenian todas consigo, halagaban cuanto podian á la princesa sabiendo que ejercia una influencia decisiva entre los suyos; y los indios por su parte la veneraban más que á una diosa, puesto que por dos lados estaba representando las venas de dos reyes, por lo cual contemplaban en ella todas sus tradiciones, todos sus recuerdos, todas sus grandezas y tambien todas sus esperanzas.

Si un dia, tarde ó temprano, volvian á ser libres, indudablemente nadie los gobernaria sino la hija de Moctezuma ó sus descendientes.

Era la única reliquia casi del imperio que acababa de desmoronarse.

Una vez siendo dueños de estos antecedentes, mién-

trás la relacion nos pone en posesion de otros de mayor interés, podemos entrar al palacio que acababa de ser ornamentado con lo más rico, entre todo lo que podia proporcionar aquella época.

Se notaba desde luego la mezcla de los objetos fabricados por los españoles con el tinte europeo, con los hechos y pulidos por los aztecas. Al lado de un sillon acojinado con terciopelo, se veia un yepalli de juncos ó una estera de hojas de palma; al lado de los cortinajes de punto estaban los tapices de plumas de colores; junto á las lámparas de cristal se encontraban los pebeteros de mármoles bruñidos toscamente, y por fin, se veian confundidas las lunas de Venecia con los cuadros de conchas, y láminas de oro, y jarrones de porcelana, y relieves indígenas, y todo cuanto habia de más raro y de más precioso; pero todo ese desórden indicaba riqueza y buen gusto, pues por más que existiera heterogeneidad en los adornos, estaban de tal modo dispuestos, que presentaban una perspectiva suntuosa.

Este era el lujo que reinaba en los salones principales: las demas habitaciones, segun el uso á que estaban destinadas, podian tambien admirarse por sus muebles y colgaduras.

En lo que principalmente se habia puesto el mayor esmero, segun la costumbre del país, era en los baños y en los jardines. Los primeros estaban sombreados de árboles, rodeados de flores que los embalsamaban, conteniendo en el interior de ellos todas las comodidades apetecibles. Los segundos eran espaciosos, simétricos y enteramente poblados de los arbustos más

exquisitos, de las rosas más delicadas y de las plantas más raras por su fragancia ó por su belleza. De trecho en trecho habia grutas cubiertas de follaje y de flores que convidaban con su atmósfera fresca á pasar allí las horas calurosas de los meses de otoño.

En el momento en que nosotros penetramos al palacio de Isabel, estaba ella en un gran salon, sentada sobre un mullido canapé y rodeada de sus doncellas y algunas personas de su familia. Se hablaba de una nueva partida de españoles que acababan de llegar á México, entre los cuales venian sacerdotes, médicos, letrados, hombres de armas, pintores y otros varios que poseian la habilidad de confeccionar trajes, calzado y todo lo demas que se necesitaba para que pudieran irse generalizando las modas europeas. Hasta entónces sólo se habian podido adoptar á medias, algunos objetos del uso comun de los españoles, para el vestido ó para el servicio doméstico. Con la llegada de la nueva caravana, pronto se iban á conocer los trajes de crujientes sedas, los abanicos de marfil, los calzados de terciopelo, los géneros finos para vestirse interiormente, los adornos de cuentas de colores para el cuello, los brazos, las piernas y la cabellera. Lo que parecia de mayor interés para las mujeres, era haber sabido que los mercaderes traian un brillante surtido de espejos de todos tamaños y adornos de mucha vista para colgar en las orejas. De buena gana hubieran querido que se hiciera extensiva en ellas la moda que tenian algunas tríbus de llevar tambien pendientes en las narices.

Cuando más entretenidas estaban en la conversa-

cion, un muchacho, vestido de todos colores, que hacia las funciones de ugier, se presentó anunciando á doña Marina.

—¿Qué vendrá á hacer aquí la Malinche? dijo la princesa Isabel: seguramente la traen asuntos de su amante el gobernador. Que pase.

Marina, con la agitacion de la marcha un poco precipitada que traia, llegó con los colores de las rosas en las mejillas y con ese voluptuoso abandono de la mujer hermosa que necesita tomar descanso.

Abrazó cariñosamente á Isabel, la pidió perdon por haber interrumpido su coloquio, y la manifestó que seria corta su visita, pues que todavía le faltaba buscar donde establecerse en la Capital, miéntras volvia Cortés de una expedicion que duraria una ó dos semanas.

Miéntras Marina se explicaba así, dándose apenas lugar de descansar respirando y tomando aliento, todas las personas que estaban en la sala fueron ausentándose, hasta dejar solas á nuestras dos jóvenes, que no cesaban de estrecharse la mano y de darse repetidas muestras de cariño.

—¡Ah! ¿te vienes á vivir á México, Marina mia?

—Solamente por una ó dos semanas.

—En ese caso no necesitas buscar habitacion: aquí la tienes.

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de Marina.

—¡Aquí! ¿en tu mismo palacio, princesa querida? De ninguna manera. Seria exijir mucho de tu bondad.

—¿Y por qué habias de rehusar tú esa pequeña muestra de mi cariño?

—No es que yo rehuse, querida hermana y princesa, sino que no quiero causarte molestias.

—De ninguna manera las tendré, y vas á ver como en un momento se arregla todo.

Llamó doña Isabel á una camarista, y la dijo que en el acto quedaran arregladas unas habitaciones contiguas, las que estuvieran más cómodas, para Marina, á la cual se proponia agazajar debidamente miéntras quisiera permanecer en su palacio.

Ni un cuarto de hora se habria pasado, cuando se presentaron cuatro doncellas para conducir á Marina á sus habitaciones.

—¿Te veré pronto, Isabel? preguntó á la princesa levantándose.

—Todas las veces que quieras, Marina mia. No nos dividen más que unas cuantas paredes; de suerte que siempre que lo desees, puedes llamarme ó venir en busca mia, segura de que siempre me encontrarás con los brazos abiertos.

Marina cubrió de besos á la hija de Moctezuma y siguió á las doncellas.

Cuando se encontró sola é hizo un reconocimiento prolijo del lugar en que se encontraba, exclamó con alborozo:

—Gracias á Dios que está saliendo todo como yo lo deseaba.

La princesa Tecuichpo, entre tanto, habia llamado á una jóven india encargada del servicio de Marina, y la habia dicho á la vez que se ponia un dedo en la

boca recomendándole con esa señal demasiado siguilo:

—Xolotla, vas á velar dia y noche al lado de la Malinche: todo lo que haga, todo lo que diga, y si es posible hasta lo que piense, me lo vienes á decir en el acto. Necesito que ejerzas sobre ella una vigilancia tal, que no se te escape ningun gesto, ninguna palabra, nada, nada....... ¿entiendes?

—Así lo haré, señora.

—Si cumples bien con este encargo, yo te prometo una magnífica recompensa. ¿Te gustaria poseer un espejo y un collar de vidrios brillantes de esos tan lindos que han traido los españoles?

—Sí, sí.

—Pues tendrás ambas cosas.

La jóven esclava salió brincando y palmoteando llena de placer.



CAPITULO VI.

Pedro Gallego.

ACABABAN de pasar todas estas cosas en los salones de la princesa, cuando fué anunciada la visita del oficial español don Pedro Gallego.

Al oir este nombre Isabel, sintió que los colores se le agolpaban á la cara y que un lijero estremecimiento recorria todo su cuerpo. Dió órden de que entrara y ella corrió á sus habitaciones.

Se acercó á un espejo, compuso su caballera lo mejor que pudo, cambió sus pendientes, arregló los pliegues de su vestido y cuando estuvo satisfecha de sí misma, salió á la sala en donde estaba ya aguardándola el caballero.

—Dios os guarde, hermosa doña Isabel, murmuró aquel con voz turbada haciendo una profunda inclinacion de cabeza y oprimiendo despues su pecho con ambas manos.

—Sed bien venido, don Pedro, dijo ella con voz en que se advertia una lijera emocion.

Isabel tomó asiento en el canapé y él permaneció de pié á una distancia respetuosa, conservando su elegante sombrero lleno de plumas, en la cabeza, y despues de unos instantes se decidió á preguntar:

—¿Estais sola?

—Estóilo aquí al ménos, pero en las habitaciones próximas se encuentran las personas de mi familia y todas mis damas.

—¿Quereis concederme la gracia de hablaros del amor que por vos me consume, señora?

—Ya me habeis dicho que me amais, don Pedro, y yo os he contestado que sois demasiado jóven para estar segura de vuestros sentimientos.

—Paje era ántes de venir á México y estaba en Cuba al servicio del gobernador Velasquez desde la edad de diez y seis años. Ahora voy á contar veinte y soy oficial. ¿Por qué no he de tener títulos bastantes para pretender vuestra mano?

—Porque como sabeis, soy viuda y os llevo esa ventaja que quisiera ver igualada con algo más de tiempo en que me tratárais y conociérais.

—Sí, ya sé que sois viuda, pero que nunca estuvísteis al lado de vuestro primer marido, por ser ámbos niños de diez ó doce años.

—Hoy cuento, segun tengo entendido, de diez y siete á dieziocho, soy viuda, soy libre; no tengo que consultar á nadie para disponer de mi corazon y mi mano; podria desde luego deciros que estais correspondido en vuestro amor, porque os profeso un gran

cariño; pero quiero ántes estar convencida de que podremos ser felices si llegamos á celebrar la union que pretendeis, y para resolverme á amaros, quiero que pasen todavía algunos meses pues necesito tener mejores pruebas de vuestra pasion.

—¡Isabel! ¡Isabel! exclamó el jóven cayendo de rodillas y enclavijando las manos; no me atormenteis.

—Vamos, don Pedro, sed juicioso y no deis lugar á que os encuentre en esa posicion alguna de las personas de mi servidumbre, que puede entrar repentinamente.

—No me levantaré de aquí si no me decís que me amais.

—Ya os he dicho que os estimo, y que necesito reflexionar ántes de resolverme á amaros.

—¿Pero qué es lo que teneis que reflexionar?

—Muchas cosas: os repito que sois demasiado jóven, que esas impresiones que hoy sentís, pueden desvanecerse; que lo que llamais amor, es tal vez sólo un vértigo; que por vuestro propio bien, quiero que me conozcais mejor, hasta que veais claramente que una india como yo puede haceros feliz.

—Os juro que os amo con toda mi alma.

—Levantaos, si quereis que os siga escuchando.

—Ya os obedezco.

—Bien: ahora sentaos cerca de mí y escuchadme.

—Ya os escucho.

—Decidme todo lo que sepais respecto de Hernan Cortés y de un Cristóbal de Tapia, que dicen ha venido á reemplazarlo.

—¿Y mi amor? preguntó el jóven casi con deses-

peracion viendo que la princesa iniciaba otro asunto muy diferente al del que él queria que se tratase.

—De vuestro amor, hablaremos dentro de veinte dias, en que tal vez podamos tambien hablar del mio, segun las pruebas que me deis.

El atrevido paje cogió una mano de Isabel y la cubrió de besos, diciéndole al rosar sus mejillas tambien con los lábios:

—Vereis si tengo valor para esperar.

—Ahora vamos á los otros negocios de que os he preguntado: ¿qué sabeis de Cortés?

—Perdonadme que os diga, mi amada y respetada princesa, que vuestras preguntas me parecen un tanto indiscretas: ¿no sabeis que hay prohibicion entre nosotros de hablar de esas cosas?

—¡Ah! pero esa prohibicion no puede extenderse á una princesa mexicana, agena á vuestras intrigas, ni ménos á dos jóvenes que si llegan á comprenderse y á amarse, serán dos buenos esposos.

—¡Oh! dejadme acariciar vuestra mano una vez más.

—Reparad en que os he dicho que no somos amantes todavía.

—Reparad en que os amo, y en que un amor tan ardiente como el mio, no puede soportar cadenas que lo tengan encerrado en el corazon.

—Cedo por mi parte: ceded vos por la vuestra.

El jóven oficial se apoderó de la mano de Isabel, la llenó de caricias y luego dijo tomando un aire sério:

—Preguntad.

—¿A dónde ha ido Hernan Cortés?

—A celebrar una entrevista más allá de Zempoala, con Cristóbal de Tapia.

—¿Quién es y qué quiere ese Cristóbal de Tapia?

—Ya lo sabeis: viene con nombramiento de Su Majestad, á sustituir en el mando á Cortés.

—¿Y éste se conforma?

—Nó: todos los oficiales hemos recibido órdenes de estar preparados para poner en armas á nuestras tropas á la primera señal, para correr á la defensa de nuestro caudillo.

—¿Desobedeciendo á vuestro rey?

—Nuestro rey no nos ha comunicado nada.

—Pero vosotros sabeis que Cristóbal de Tapia trae órdenes para que le obedezcais.

—Miéntras nuestro capitan no nos lo comunique, nosotros no tenemos obligacion de saberlo.

—¿Y todos pensais de la misma manera?

—Nó: muchos hay que sólo esperan que Cristóbal de Tapia se aproxime para rendirle acatamiento.

—¿Y vos?

—Yo no me mezclo ni con los partidarios de Cortés ni con sus enemigos, pues siendo mi condicion tan humilde, seguiré el camino que sigan los que me mandan.

—¿Qué calidad teneis en el ejército?

—Soy alférez.

—¿Y cuántos soldados mandais?

—Mando todo mi regimiento porque soy el único oficial que conozco las leyes y servicios militares que aprendí al lado del gobernador de Cuba.

—¿Pues no dicen que Velasquez, el gobernador de

Cuba, es el más fuerte enemigo de Hernan Cortés?

—Eso es muy público.

—Entónces debiendo lo que sois al gobernador de Cuba, teneis que ser tambien enemigo de Cortés.

—Os diré, que cuando vine en una de las expediciones que mandó el adelantado Velasquez, recibí como todos los demas que la componian, un recado de aquel en que nos prevenia que hiciéramos toda clase de guerra á este capitan; pero como casi todos mis compañeros se pusieron á su servicio y éste nos ha tratado bien, ya nadie pensó en cumplir con aquel encargo.

—¿De suerte que estais contento con don Hernando?

—Estoy contento en tanto que, sirviéndole, es como he tenido la dicha de conoceros y de hablaros.

—¿Pero creeis que esté obrando con vuestros paisanos y con los indios de una manera justa y arreglada?

—Creo, porque lo estoy viendo como todos, que comete grandes injusticias: á unos de los nuestros los distingue de tal modo, que los llena de poder y de riquezas, miéntras que á otros que quizás tienen más méritos los abate de tal suerte, que se sienten humillados y despreciados. Por lo que toca á los indios, comete crueldades que horrorizan, sin haber necesidad alguna, cuando todos acatan sus determinaciones sin oponerse de ningun modo. Entended que os hablo así en plena confianza y seguro de vuestra discrecion.

—Perded cuidado. Lo que hablemos vos y yo, quedará encerrado aquí como en un sepulcro.

Dª MARINA

¿Estais sola? Se atrevió á preguntar el doncel despues de un momento.

—Pero vos comprendereis que aunque yo perciba eso y me forme mi opinion, ni tengo la suficiente edad para que se me consulte, ni yo busco la ocasion de manifestarme, porque vivo más tranquilo en mi oscuridad.

—¿No teneis ambicion?

—¿A qué cosa llamais así?

—Al deseo de ser capitan, de ser noble, de elevaros por vuestra fama sobre los demás.

—Entónces, mi ambicion es poseeros.

—¿Habeis pensado en que teniéndome á mí por esposa, que soy princesa, os podeis vos llamar príncipe?

—Nó, porque vuestro gran título acaba con vos desde que ha concluido este imperio y desde que ya no son los vuestros los que gobiernan, sino los españoles.

—Teneis razon, aunque nadie puede quitarme que sea la única hija legítima de Moctezuma: habiendo acabado el imperio, acabó mi estirpe; pero, ¿no pudiera ser muy bien que vuestro mismo rey, si sigue imperando aquí, ó los que se queden viviendo en este país gobernándose por sí solos, lleguen á reconocer que siga la monarquía y proclamen que se eleve al trono á la hija de Moctezuma?

Los ojos de Pedro Gallego se animaron con un repentino entusiasmo. Por primera vez llegó á pasearse por su imaginacion el pensamiento de que el marido de la princesa Isabel, por uno de tantos azares tan comunes en las monarquías, llegara á ser el monarca llamado por su posicion y por sus partidarios, y con-

testó con timidez, como si realmente en ese instante viera abierta tan hermosa perspectiva:

—Veo, pues, que estais muy alta para que un simple alférez pueda enlazarse con vos.

—Al contrario, será un motivo más que yo tenga para amaros. Si procurais que vuestra sangre se eleve hasta la mia, que es de régia alcurnia, quizás me decida á amaros, á enlazarme con vos desde que os vea audaz y ambicioso.

—¿Qué debo hacer para agradaros?

—Poneos en comunicacion con todos los oficiales descontentos; haced que os cuenten en ese número para inspirarles confianza, y de ese modo os pondrán al corriente de todos sus proyectos, y despues yo os dirijiré en lo demás que tengais que hacer para llevar la aventura á buen término.

—¿Cuál aventura?

—La de conquistar la mano de una princesa y con ella un trono.

—¿Qué es lo que decís?

—Lo que puede suceder muy bien si vos y yo sabemos sacar partido de estos acontecimientos que están pasando.

—No os comprendo.

—No comprendeis, porque no habeis vivido como yo en medio de las intrigas de una corte; pero poco á poco ireis comprendiendo y sereis hábil intrigante, pues que poseeis las principales condiciones: sois jóven, sois audaz, sois inteligente, sois discreto...... lo demás corre de mi cuenta.

Pedro Gallego, en medio de la turbacion que le

produjeron todas estas palabras, no se acordó más de acariciar las manos de la princesa, y salió de allí aturdido, lleno de emociones, hasta entónces desconocidas para él, palpitándole el corazon como si quisiera partirle el pecho.

Solo al llegar á su alojamiento y dejarse caer sobre una butaca, abrió sus pulmones para respirar con fuerza, y como si acabara de salir de un profundo sueño exclamó paseando miradas extraviadas en torno suyo:

—¡Yo jefe de una conspiracion! ¡Yo marido de una princesa! ¡Yo emperador!...... Nó; pues si ella ha querido burlarse de mí, voy á probarle que no me faltan fuerzas para intentarlo.

Y sin vacilar más, se refrescó las fauces con un trago de aguardiente que debia servirle á la vez para darle más ánimo; se ciñó su tizona, se colocó echado hácia atrás el sombrero y salió de su habitacion acariciando estas ideas:

—¿Quién es Hernan Cortés? Un gran capitan que ha sabido conquistarse la admiracion del mundo á fuerza de su brazo. ¿Qué era ántes Hernan Cortés? Un aventurero. ¿Quién soy yo? Un pobre oficial, pero ayudado por una poderosa princesa. Yo cuento, pues, ahora con mayor caudal que Hernan Cortés, cuando comenzó sus aventuras. ¿De qué medios se valió él para conseguir elevarse hasta donde está? Audacia y corazon...... yo tengo tambien las dos cosas.... Hernan Cortés es una estrella que va á su ocaso.... yo voy á la vida........ la princesa quiere que sea ambicioso...... voy, pues, á disputar á Cortés este reino.

Al pasar por la guardia apenas se dignó pasear una mirada indiferente sobre sus compañeros.

Luego salió á la calle y continuó diciéndose interiormente:

—Empéñase la princesa en que me haga conspirador, en que sea un afiliado de los descontentos, en que alcance fama con mis hazañas...... pues ¡vive Dios! que lo que es ahora me estoy sintiendo con fuerzas para conmover al mundo....

En estos pensamientos iba embebido Pedro Gallego, cuando al doblar una esquina se encontró, de manos á boca, con el tesorero Alderete y otros descontentos, que iban charlando amigablemente, lo cual le proporcionó tener la explicacion que veremos en otro capítulo.



CAPITULO VII.

El escondite.

INMEDIATAMENTE que salió Pedro Gallego del salon en que se encontraba con Isabel, ésta corrió á la cámara de comunicacion, levantó un tapiz, oprimió un resorte y quedó abierta una puerta que daba entrada á un departamento secreto, formado de pequeñas habitaciones.

Es preciso advertir que en aquella época se siguió la costumbre de Europa por los dueños de fincas, que consistia en destinar alguna parte de ellas para usos reservados, gratificando fuertemente á los maestros de obras para que no divulgaran el sitio en donde se encontraban los resortes, los pasadizos y las puertas giratorias disimuladas artísticamente en la pared. Y como este uso iba de acuerdo con el gusto de los aztecas naturalmente inclinados al misterio, la princesa asistió

ella misma al tiempo de la fabricacion para que á su vista se formaran las trampas que mandó hacer en su palacio.

Hizo una señal, y miéntras salia la persona que estaba allí oculta, se aseguró de que las otras puertas de las habitaciones estaban bien cerradas para que no pudiera ser sorprendida.

Un jóven como de unos veinticuatro años apareció por la puerta secreta y tendió los brazos á la hija de Moctezuma, en los cuales ella se abandonó con efusion.

—Al fin me dejas que respire, dijo él imprimiendo dos besos en la frente de la jóven.

—¿Te enfadas en la prision, mi buen Cuauhtlizin?

—Mucho: despues de haber pasado tanto tiempo en las selvas, amo más el aire de la libertad.

—Bien: abrázame otra vez y sentémonos para hablar, porque tengo que decirte muchas cosas.

—Sí, déjame abrazarte una y mil veces, pues á pesar de que estoy mirándote, me parece un sueño, y más todavía, el estar con vida despues de la persecucion que me hicieron los propios y los extraños.

—Todos te creiamos muerto.

—Pero desde anoche que me presenté á tí, sabes que estoy vivo.

—Desde anoche estoy dando gracias al que dispone de todas las cosas, por haberte sacado con bien de tantos peligros.

—¡Oh! qué feliz soy estando á tu lado, querida Tecuichpo.

—Yo tambien he sentido la dicha más grande al volverte á ver. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Estás hermoso, príncipe.

—¡Vaya!...... Tú sí que estás ahora más linda que nunca.

Ambos jóvenes se abrazaron cariñosamente por la décima vez y tomaron asiento en dos yepallis inmediatos.

—¿Cuentas tú primero ó cuento yo? dijo la princesa.

—Lo que yo tengo que decirte es una misma cosa, pues desde que el destino nos separó, he llevado una vida monótona. Habla tú primero.

—Bueno: despues me contarás tus aventuras, en las que me intereso vivamente. Lo principal es ponerte al tanto de todo lo que pasa, ántes de que venga alguno á interrumpirnos.

—Habla, Tecuichpo mia, habla.

Antes de reproducir la conversacion que tuvieron estos dos jóvenes, daremos una idea acerca del nuevo personaje y otros detalles que pongan al lector al corriente de la situacion.

Como hemos dicho, este jóven contaba como unos veintitres ó veinticuatro años, tenia consigo todo el vigor y toda la frescura de la juventud, unido esto á una figura arrogante y llena de magestad.

Sus ojos eran negros como la noche, su color aperlado, sus muslos atléticos, sus dientes blancos, su boca bien formada y sobre ella un lijero bozo que apenas comenzaba á sombrear su lábio superior. Su cabelle-

ra profusa y fina caia sobre la espalda, y en todo su aire respiraba inteligencia, atrevimiento y sagacidad.

¡Con razon Tecüichpo habia dicho que le encontraba hermoso!

Ya hemos dicho que la princesa tambien era hermosa como un ángel; así, que ambos formaban un grupo verdaderamente encantador.

La habitacion en que se encontraban era espaciosa y servia de alcoba á doña Isabel, así es que se veia en un extremo, entre columnas de mármol, un lujoso lecho cubierto con continajes blancos finísimos sembrados de flores color de rosa, en el otro extremo un mueble de ébano que queria semejar un tocador, puesto que ostentaba un pequeño espejo en el fondo, cuatro perfumadores á los lados y algunas esencias sobre una plancha labrada artísticamente.

Las paredes estaban cubiertas de tapices blancos, tambien sembrados de rosas, y aquí y allá asientos finísimos de mimbres; luego pebeteros, jarrones, pieles y otros muchos objetos que presentaban un agradable golpe de vista.

La habitacion estaba alumbrada por la luz que podia penetrar por una ancha ventana, la cual estaba cubierta de arriba abajo por una cortina de color verde pálido.

Por lo demas, y ántes de que el lector vaya á formarse una mala idea de la hermosa doña Isabel, juzgándola capaz de dar asilo en su mismo palacio y en su misma alcoba á un amante, le dirémos que el príncipe Cuauhtlizin no era otro que el hijo mayor de Moctezuma, tambien legítimo, hermano carnal de la

princesa Tecuichpo, al cual se creyó muerto por los mismos mexicanos cuando se encontraba preso Moctezuma, con el fin de que no pudiera pasar la corona á sus manos inexpertas en los momentos en que se necesitaba de la mayor inteligencia y de la mayor energía para hacer la defensa nacional.

Eran, pues, dos hermanos los que se encontraban allí reunidos, ambos hijos del emperador Moctezuma, los cuales volvian á verse despues de cerca de dos años de separacion y cuando se creia que el uno estaba muerto ya para la otra.

Oigamos lo que se dijeron en esta estrevista:

—Fuera de lo que precipitadamente te dije anoche, cuando te oculté en esas habitaciones secretas, dijo la princesa, respecto de los sucesos que no has presenciado, hoy tengo que añadir á esa relacion, que los españoles están á punto de hacer armas los unos contra los otros.

—¿De veras?

Al hacer esta pregunta, los ojos del príncipe brillaron con una expresion extraordinaria.

—Sí: hay uno llamado Cristóbal de Tapia que viene con poderes de su rey para sustituir en el gobierno á Cortés, y no sólo para esto, sino para aprehenderlo y mandarlo á su país bien custodiado.

—Y Cortés, ¿qué hace? ¿se somete?

—No quiere someterse, y piensa vencer á sus contrarios por medio de la fuerza ó de la astucia.

—¿Son muchos los contrarios?

—Muchos; no sólo allá léjos entre los poderosos de su nacion, sino aquí mismo entre los que le rodean.

—Pero ese hombre es muy afortunado, dijo con desaliento el jóven príncipe.

—¿Y sabes, hermano mio, de dónde le viene prin cipalmente su fortuna?

—¿De dónde?

—De que le ayuda Marina, que es la mujer más astuta que hay en la tierra.

—¿Quién es Marina?

—Una india de las lejanas tierras de Yucatan, llamada Malintzin, y que la han seguido conociendo con el nombre de Malinche ó doña Marina. De ahí viene que tambien á Cortés le llaman muchos el Malinche.

—¡Ah! sí, ya he oido nombrar á Marina; ¿pero tan fuerte de inteligencia ó de penetracion es esa mujer, que le sirva á Cortés para salir con bien de todas sus aventuras?

—Sí, hermano mio, sí; y tanto, que muchos dicen que es hechicera ó adivinadora.

—¿Es jóven ó vieja?

—Es muy jóven y muy hermosa.

—Bien quisiera yo conocerla.

—Ahora está viviendo en mi palacio.

—¿Aquí mismo?

—Aquí mismo. Aunque tiene su residencia en Coyuacan, con el gobernador, hoy que éste ha salido con rumbo á Zempoala, se ha venido á vivir unos dias en México y yo me empeñé en que se quedara en mi palacio para vigilarla.

—Entónces la conoceré.

—Te guardarás bien de ello, porque serias perdido.

—Le ocultaré mi nombre y mi rango.

—Lo adivinará en tus ojos.

—Imposible.

—Es adivinadora.

—No lo creas: su reputacion le ha de venir del conocimiento que tiene de la tierra, y de las costumbres; lo mismo que de los idiomas que ha sabido aprovechar en favor de Cortés.

—Siempre seria muy peligroso.

—Ya veremos más adelante: ahora continúa refiriéndome lo que haya de más interés para nosotros.

—Hay un jóven militar, valiente y resuelto, que me enamora.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es muy oscuro: Pedro Gallego.

—No he oído nombrar á ese blanco.

—Hace poco tiempo que llegó á México.

—¿Y bien? preguntó el príncipe arrugando el ceño.

—Me enamora, y he pensado aprovechar ese amor para nuestros designios.

—Continúa.

—Esta tarde lo he recibido y me ha jurado hacerse enemigo de Cortés y ponerse de acuerdo con los descontentos para acabar con su poder.

—¿Y qué podrá hacer?

—Te he dicho que es valiente y resuelto.

—¿Tiene tambien inteligencia?

—Mucha: sólo que es demasiado jóven y no conoce las intrigas.

—¿Y tú qué le das en cambio?

—Le he ofrecido darle mi mano si nos sirve fiel y lealmente.

—¿Es ambicioso?

—Le he hecho que piense hasta en ser emperador.

—Veremos más tarde si conviene seguir con ese juego peligroso, puesto que te compromete á cumplir una palabra que tal vez puede pesarte en el futuro.

—No me pesará.

—¿No te pesará dar tu mano á ese jóven extranjero?

—Nó, porque es hermoso y le amo.

—¿Le amas? dijo el príncipe levantándose.

—Creo que podré amarle, se apresuró á contestar Isabel para disipar una nube que creia ver formarse sobre su cabeza.

El príncipe se tranquilizó un tanto, volvió á sentarse y agregó:

—¿No temes que ese jóven llegue á hacerte traicion?

—Nó, porque es todo nobleza y lealtad.

—Creo que ya le amas.

—Te engañaria si no te dijera que me inspira el mayor interés.

—Está bien: obra en este punto como te parezca, ya que á mí me está vedado ejercer sobre tí cualquier género de influencia ó de mandato.

—¿Qué es lo que dices?

—Que eres libre, que tu hermano Cuauhtlizin está muerto, que á nadie en el mundo tienes que dar cuenta de tus acciones.

—¡Hermano mio!......

—Perdona.... soy celoso por naturaleza, y no quisiera que tu hermosura perteneciera á ningun extranjero.

—¿Y á quién de los nuestros podria darle mi mano, Cuauhtlizin? No quedan en esta tierra más nobles que tú, pues los que no están muertos, gimen en los calabozos ó en la esclavitud......

—Calla..... no me recuerdes nuestra ignominia.

—A los vencidos, no nos queda más esperanza que vengarnos.

—Y nos vengarémos tarde ó temprano, si los dioses nos ayudan.

—Ahora, hermano mio, cuéntame tus aventuras

Cuauhtlizin dijo con aire triste:

—Recordarás que luego que fué muerto nuestro padre, los nobles mexicanos me buscaron para inmolarme, con el fin de que no pudiera heredar la corona del emperador, creyendo que mi juventud seria un obstáculo para la defensa de la patria.... ¡Oh! ¡cuánto mejor les hubiera valido sujetarme á la prueba, pues que yo me sentia con las fuerzas necesarias para em prender la lucha con los extranjeros, que eran sólo un puñado, y que hubieran concluido á nuestros golpes si se obra contra ellos con más energía y con más cautela; pero no lo creyeron así; pensaron en que yo seria heredero de la debilidad y preocupaciones de mi padre, y quisieron librarse de mí como de un estorbo. Recuerdas tambien que Hernan Cortés me mandó buscar por todas partes, para tomarme en rehenes en ugar de Moctezuma, y que fué necesario que entre tú los de mi familia, simularan mi muerte y me sepul-

taran, saliendo fugitivo esa misma noche para las montañas de Axusco, en donde he permanecido viviendo en compañía de las fieras, y sin llegar á comunicarme, en más de veinte lunas, con ninguna criatura humana. Sin fuego, sin abrigo, sin alimentos, sin armas siquiera para defenderme de los animales feroces, pensé que iba á morir bien pronto, abandonado allí á mi suerte; pero el instinto de la conservacion me sugirió los medios de preservarme de los peligros, y á fuerza de paciencia, fuí proporcionándome cuanto me hacia falta, hasta llegar á tener una cómoda habitacion entre las rocas, caza abundante para alimentarme, pieles para vestirme y todo cuanto es necesario para la vida, hasta conseguir, si no el contento, al ménos la tranquilidad. Un dia, por fin, cansado de aquella existencia solitaria, y creyendo por otra parte que mis enemigos me habrian echado al olvido, bajé á la aldea más inmediata, diciendo que era miembro de una tríbu errante que me habia dejado dormido en el bosque: los leñadores á quienes me dirijí, me dieron franca hospitalidad y me pusieron al corriente de todos los sucesos que habian tenido lugar en la comarca..... supe que vivias..... tomé el disfraz con que me viste llegar y.... aquí me tienes, hermana mia, resuelto á buscar venganza de todos los ultrajes que hemos recibido. Hoy lo que quiero es salir de aquí, dirijirme á los mios, levantar su ánimo que está muy abatido y entonar el grito de guerra que ha de concluir con todos los blancos.

—Tu relacion, aunque breve, es bastante dolorosa, dijo la princesa derramando lágrimas: ya me conta-

rás todos tus sufrimientos de ese largo término de nuestra separacion, y yo con mi cariño haré que los olvides; pero por de pronto te diré que es imposible que salgas de este palacio sin exponerte á una prision ó á la muerte quizás.

—¿Cómo?

—Casi todos los de nuestra raza han sido repartidos como esclavos á los españoles: con excepcion de los tlaxcaltecas, de los totonacos y de algunos pocos mexicanos de ilustre estirpe que por vejez ó por otras consideraciones, viven independientes; todos los demas reconocen á un amo ó señor al que pertenecen en cuerpo y vida, los cuales señores tienen tal autoridad, que á la hora que les parece pueden, si quieren, dar muerte á sus esclavos sin que nadie les pida cuentas.

—¿Es posible todo eso?

—Sí, hermano mio sí: ¿no has sabido que todos nuestros compatriotas gimen en la esclavitud?

—Yo creia que, como es costumbre en la guerra, entre nosotros, los blancos sólo hacian esclavos á los prisioneros.

—Cortés ha hecho repartimientos no sólo de tierras, sino tambien de familias: mujeres, niños, hombres... todos, todos son esclavos.

—¿Y se han conformado los nuestros con esa condicion?

—¿Qué querias que hicieran sin caudillos, hambrientos, reducidos ya á un corto número y sin sacerdotes siquiera que pudieran guiarlos á tierras lejanas?

—Eso es lo que yo quiero, hermana mia, irme al

Occidente del país, á esas tierras vírgenes que todavía no son pisadas por los españoles, formar una alianza con los reyes que han sido en otras veces nuestros tributarios y traer de esas naciones un lucido ejército con el que podré recobrar nuestras ciudades perdidas y nuestro imperio destrozado.

—Esperemos primero el fin que tiene la lucha entre Cortés y Cristóbal de Tapia. Quizás aquí mismo podrás encontrar lo que quieres ir á buscar tan léjos.

En esos momentos se oyó una voz que llamaba á a princesa.

—¡Qué voz tan dulce! ¿De quién es? preguntó el iijo de Moctezuma.

—¡Es Marina! contestó la princesa asombrada, y tomando á su hermano por un brazo agregó:

—Pronto, pronto, ocúltate.

—Quiero verla.

—¡Imprudente!

Empujando á su hermano, cerró la trampa y salió sonriente á recibir á doña Marina.



CAPITULO VIII.

Las dos zorras.

—¡Hermana mia! exclamó Marina tendiendo los brazos á la princesa; aquí me tienes ya labada de cara siquiera, para estar el tiempo que me permitas en tu compañía....

—Siempre, agregó á su vez la hija de Moctezuma estrechando en sus brazos á la linda yucateca.

—¿Estabas con alguna persona? preguntó Marina con aire ingénuo, pero fijando á la vez sus penetrantes ojos en la princesa.

—Con nadie......

—¡Ah! creia haber oido......

—Puede ser que estuviera dando instrucciones á alguna persona de mi servidumbre.

—Cabalmente.

Al decir esto Marina, paseó con rapidez su mirada por toda la alcoba, y en ménos de un instante, vió dos

taburetes fuera de su lugar, una cortina que estaba medio levantada y por donde se pudo haber dado entrada á alguna persona por una puerta secreta: aún creyó percibir la leve huella en el tapiz de álguien que habia salido por allí, con precipitacion.

—Pero aquí, en el aposento donde doy descanso á mi cuerpo por las noches, no estamos con comodidad, Marina, pasemos á otro de mis salones.

—¡Cómo! ¿no me tratas á mí como si fuera de tu misma familia?

—¡Oh, sí!

—Pues entónces aquí conversaremos, querida princesa.

Y sin esperar á ser resistida más por la princesa, tomó asiento en uno de los sitiales que parecian estar dispuestos al efecto.

Isabel miró con angustia hácia el lado por donde habia desaparecido el príncipe, mirada que no se escapó á la amante de Cortés; pero no queriendo infundir sospechas á ésta, tomó asiento cerca de ella.

Entónces, procurando recuperar las ventajas que habia perdido con la sorpresa, preguntó á Marina:

—¿Qué asuntos dices que te han traído á Tenochtitlan?

—¿Asuntos? Ningunos, hija mia, contestó Marina con toda tranquilidad. Creo haberte dicho solamente que don Hernando ha salido para Veracruz ó Medellin, dándome quince dias de licencia para visitar á mis amigos y parientes en esta ciudad.

—¡Ah! ya no me acordaba que me lo habias dicho; pero como segun dicen, los negocios políticos se están

complicando para el gran capitan, yo creia que traerias una segunda mision.

Doña Marina se puso á reir con el aire más natural del mundo, y luego que acabó de reirse, dijo:

—¿Qué mision habia de traer yo, princesa querida, que no fuera de acuerdo contigo? Pero nó, no traigo ninguna, ni habia de ser á mí á quien la confiara Cortés, puesto que yo soy la ménos á propósito para inspirar confianza á sus enemigos.

—Pero no me negarás que don Hernando, á nadie mejor que á tí, confiaria sus secretos.

—Ahora está todo tan tranquilo, que no tiene ningunos.

—Y sin embargo, todos dicen que la tempestad ruje sobre su cabeza.

—No hay más que las conspiraciones del viejo Alderete, que por ser tan conocidas no inspiran temor. ¿Quién quieres tú que ayude á ese hombre en sus locuras?

—Los descontentos.

—No los hay, ó por lo ménos no lo manifiestan, y á cualquiera hora en que se les necesita, obedecen ciegamente. Si á algunos de esos descontentos, sin escojer, les ordena Cortés que aprehendan y arcabuceen al tesorero Alderete, ¿crees tú que desobedecerán?

—¡Psé! ¿quién sabe? Yo no entiendo nada de cómo andan esas cosas.... metida casi siempre en este palacio, no llegan á mí más que algunos rumores que recoje por las calles mi servidumbre.

—Pues yo te aseguro, princesa, que don Hernando no tiene nada sério que temer de sus pocos y bien in-

significantes enemigos: sin embargo, te diré, que yo, aunque no traigo de él ningun encargo, siempre que pueda servirle en algo, le serviré.

—Eso ni quien lo dude: bien sabido es que le amas, que él por su parte corresponde á tu cariño, y que cualquiera de los dos está dispuesto á perder la vida por el otro.

—La vida no es nada para mí, tratándose de servir á mi señor.

—¿Tanto le amas?

—Como no creo que haya amado álguien en el mundo.

—¡Hermoso debe ser amar así!

—Es un amor lleno de felicidades, pero tambien lleno de tormentos.

—¿Tormentos?

—Sí: ¿crees que en esas expediciones tan peligrosas que siempre emprende don Hernando, que en esas frecuentes luchas en que su vida corre los mayores peligros, no soy yo la que más sufre y la que derrama más lágrimas?

—¡Oh, sí!

—Pero ni él ni yo tenemos una naturaleza propia para vivir en la inercia, y vamos así gozando los pequeños períodos de tranquilidad y pasando otros más largos de privaciones y riesgos.

—¿Tambien en esta expedicion corre algun peligro?

Marina estuvo á punto de ser cogida en sus propias redes, pero se apresuró á dar esta respuesta:

—Nó: ahora ha tomado el Capitan todas sus pre-

cauciones. El mismo Cristóbal de Tapia vendrá á encontrarle en un lugar en donde está apostado el regimiento más adicto de Cortés.

—Entónces ha de ser falso eso que dicen.

—¿Qué dicen?

—Que Tapia trae órdenes para quitar el mando á Cortés y áun para aprehenderlo si se resistiese.

—Es cierto que trae algunas órdenes, pero que no tienen fuerza alguna en presencia de otras posteriores que ha recibido Hernan Cortés. En las pláticas que van á tener ambos generales, sólo se va á arreglar la mejor manera de que se vuelva Cristóbal de Tapia, sin que llegue á ser visto en México para no despertar aspiraciones ni provocar rencillas.

En estos momentos se oyó un lijero ruido por el lado donde estaba el tapiz levantado, indicando que por allí habia podido pasar una persona ántes de que Marina entrara á la alcoba.

—¿Oiste? preguntó ella volviendo la cabeza hácia el punto en donde oyó el ruido.

—¿Qué? preguntó á su vez Isabel algo turbada.

—Parece que hay alguna persona oculta y tal vez ha escuchado nuestra conversacion.

—¡Qué ocurrencia! ¿Quién osaria tener tanto atrevimiento? Pero tranquilízate: esta alcoba no tiene comunicacion por esa parte, y......

—¿Me permites investigar yo misma?

En un instante comprendió Isabel que resistirse era venderse, y contestó esforzándose en dar á su voz alguna entonacion de naturalidad ó cuando ménos de indiferencia:

—Sí.

Marina se lanzó entónces hácia la cortina que estaba medio levantada, la descorrió toda y con suma rapidez y con suma malicia, buscó las junturas de una puerta que encontró luego, y con su puñalito, hizo saltar el resorte, quedando la trampa enteramente descubierta y apareciendo allí cerca de ella el hermoso hijo de Moctezuma contemplándola de hito en hito en muda absorcion.

Cualquiera otra, al encontrarse tan inopinadamente cerca de un hombre, hubiera lanzado un grito ó dado alguna muestra de su sorpresa. Marina sólo dijo:

—¡Ah! aquí está un hombre....

Y volvió á correr la cortina.

Isabel entónces, que habia pasado por todos los grados de la angustia y casi del terror, echó mano de sus mayores fuerzas y levantándose y, acercando á Marina, volvió á levantar la cortina y dijo al príncipe:

—Entra, hermano mio, Marina es tambien hermana nuestra.

—¡Tu hermano!

—Ven y cuenta tú mismo quién eres y de dónde vienes: hablando con una mujer de nuestra raza, como Marina, nada tienes que recelar.

El jóven, que desde ántes estaba impresionado oyendo la argentina voz de la amada de Cortés, cuando pudo contemplar á todo su sabor aquella hermosura, se habia quedado sumido en fervoroso éxtasis: obedeció, pues, la voz de su hermana maquinalmente, y adelantándose tres pasos y doblando una rodilla y colocándose la mano derecha en el corazon, dijo así:

—Gran señora, hermosa Malintzin......

—¡Conoce mi nombre! exclamó doña Marina alborozada.

—Si no te conociera, tu hermosura misma me lo revelaría. Yo soy Cuauhtlizin, hijo del emperador Moctezuma, á quien todos juzgaban muerto.....

En un instante lo comprendió todo doña Marina y alargando una mano exclamó con tono respetuoso:

—Alza del suelo, príncipe, yo la humilde esclava era la que debia estar de hinojos á tus plantas: perdona que haya tenido la osadía de descubrir el sitio en que te ocultabas y manda á tu sierva.

—No me hables así, Malintzin, que me confundes. Yo no soy ya nada en esta tierra. Anduve errante por los bosques como una fiera, durante muchas lunas; he muerto para todos, excepto para mi hermana. Tu nombre me era ya conocido y te admiraba por tu valor, por tu inteligencia, por tu hermosura. Nada pedia á los dioses con más fervor, que llegar á verte. Hoy, sabiendo que estabas aquí, yo mismo me he entregado en tu poder, porque me ha sido difícil dominar mi emocion. Ahora tú dispones de mí lo que quieras. ¿Quieres que muera? Ordénalo. ¿Quieres que viva todavía? Díme qué es lo que debo hacer para agradarte.

—Calla, Cuauhtlizin, que me confundes hablando de esa manera. Yo soy la que debo tranquilizarte despues de la imprudencia que he cometido descubriendo tu escondite. Tanto tú, como tu hermana la hermosa Tecuichpo, podian haberme engañado diciendo que eras otro hombre y no el hijo de Moctezuma, supuesto que ya para todos eras muerto. No lo hicieron

así, y yo debo corresponder como pueda á esa confianza y á esa nobleza. De hoy en adelante, cuentas conmigo, príncipe. Si quieres presentarte á Hernan Cortés, yo te serviré con él de guía y de amparo. Si quieres permanecer oculto, yo guardaré eternamente tu secreto.

Isabel creyó deber intervenir en esta conversacion, porque al oir el nombre de Hernan Cortés, el semblante de su hermano se animó con vivas muestras de cólera y temió que vertiera expresiones de ódio, así es que, echándose en brazos de Marina, llena de lágrimas exclamó:

—¡Cuán buena eres, hermana mia! ¡qué generoso pecho tienes! Tú, Cuauhtlizin, vuelve á tu alcoba que ya llegará el momento en que, reunidos de nuevo los tres, decidamos sobre tu suerte.

—No me iré sin imprimir mis lábios en tu quezehuatl en señal de gratitud y de veneracion. Permíteme, bella Malintzin, darte las gracias por tu benevolencia.

—Príncipe Cuauhtlizin, Dios vaya contigo.

—Señora, Ilhuicatl te guarde.

Diciendo esto el príncipe, se retiró sin volver la espalda, siempre mirando ardientemente á Marina, hasta introducirse en la habitacion de donde habia salido, la cual cerró Isabel cubriendo en seguida la entrada con la espesa cortina que cubria todo aquel lado de la alcoba.

—Ahora vamos á otra parte, le dijo á Marina.

—Vamos.

Cuando estuvieron en el salon más inmediato, don-

Dª MARINA

"Entra, hermano mio, Marina es tambien hermana nuestra."

de al principio habia entrado Marina, le dijo la princesa:

—Y bien, Marina, has descubierto mi más grande secreto, secreto que yo misma he querido que descubrieras para que me ayudaras á salvar á mi hermano, ¿qué debemos hacer ahora?

—Esperar á que venga Hernan Cortés y á que yo le hable.

—¿Crees que puede correr peligro la vida del príncipe si llega á saberse que está en mi palacio?

—Seguramente; pero ni tú ni yo revelaremos á nadie este secreto. El príncipe es arrogante, fogoso, y me ha interesado vivamente.

—Él no se ha impresionado ménos con tu hermosura.

—Calla.

—Sí, sí; yo le ví próximo á estallar de celos cuando le nombraste á Hernan Cortés.

—Tambien yo observé que se demudaba....

—Por lo demás, ningun hombre puede fijar en tí los ojos sin enamorarse de tu prodigiosa hermosura.

—Vuelve á él, hermana mia, y ruégale que no cometa ninguna imprudencia: díle que su encierro sólo durará miéntras regresa Hernan Cortés. Yo entretanto voy á hacer una visita al tesorero Alderete.

—¿Al tesorero?

—Sí: voy á provocar al leon en su misma madriguera.

—Tú sabes lo que haces, tú que no te equivocas nunca.

Diciendo esto, besó la princesa á Marina en ambos

carrillos y la acompañó hasta la puerta del salon. De allí volvió, rápida como una saeta, á encontrar á Xolotla que en cumplimiento de su cargo estaba allí cerca.

—Sigue á Marina, la dijo, y no la pierdas de vista hasta que regrese á este palacio.

La india se inclinó, y sin murmurar una sola palabra, salió en seguimiento de doña Marina.

Isabel entónces, oprimiéndose la cabeza con ambas manos, dió rienda suelta á su exasperacion exclamando:

—Yucateca infernal, me ha vencido en astucia, pero el combate se encuentra apenas comenzado. Si ella se deja subyugar por el amor de Cuauhtlizin, éste puede permanecer en mi palacio miéntras toman desarrollo nuestros planes; si Marina quiere traicionarnos..... ¡oh! entónces siempre habrá tiempo de que el príncipe se ponga en salvo....... Vamos á prevenir á ese niño imprudente.

Y se dirigió luego muy excitada á la habitacion del príncipe.



CAPITULO IX.

Fray Pedro Melgarejo de Urrea.

A la vez que pasaban estos sucesos en la gran Tenochtitlan ó Temixtitan, como se le llamó entónces, el hermano Fray Melgarejo habia cabalgado en su mula todas las horas disponibles del dia y de la noche: esto es, desde las tres de la mañana hasta el medio dia, y desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la noche. De esta manera lograba dormir seis horas por la noche y cuatro cuando ménos á la hora de la siesta.

El hermano Melgarejo no sólo era afecto á dormir bien, sino á comer y beber mejor; de suerte que en su viaje iba observando el método siguiente: al llegar al paraje en que debian alumbrar los primeros rayos del sol, ya le estaba esperando su despensero, que se habia adelantado con las provisiones, teniéndole lista una mesita de campaña, con su servilleta, y encima de ella una gran taza de chocolate acompañada de un enor-

me vaso de leche, recien ordeñada. El hermano Melgarejo, una vez concluido su frugal desayuno, se enjuagaba la boca, fumaba un largo cigarro, decia algunas oraciones y volvia á ponerse en camino luego que se sentia con el humor correspondiente para soportar el movimiento de la cabalgadura. Desde aquella hora no volvia á probar bocado en toda la mañana. Sólo á eso de las once, y con el fin de llamar el apetito, hablaba á su mozo de confianza que llevaba las botellas en dos grandes sacos, quien le servia un vasito de rico aguardiente.

A las doce en punto se llegaba precisamente al paraje en donde se debia sestear. El mayordomo se adelantaba una hora, como de costumbre, para preparar la colacion, y cuando llegaba su caridad Fray Melgarejo, ya la mesa estaba servida. No porque anduviera viajando su reverencia alteraba en un ápice las prácticas del convento.

En la mesa estaban, por principio de cuentas, dos regulares frascos, uno de vino tinto y otro de vino blanco: el tinto era Chinchilla ó Valdepeñas, y el blanco, Jerez de pura uva, del mejor que se traia á la Nueva España.

Lo primero que comia su paternidad al sentarse, era una media docena de huevos cocidos; luego seguia lo que daba la tierra, ya fueran aves de caza, trozos de ternera, de jabalí ó de venado, pescado fresco, una que otra costilla de carnero, chanfaina, chorizones bien conservados, algunos trocitos de jamon, queso, frutas, tres ó cuatro platos de dulce, cerrando su frugal almuerzo con una gran taza de chocolate perfumado con

vainilla. Despues de esto, su reverencia componia un cigarro de hoja de maíz, que fumaba con delicia, se echaba un sorbo de aguardiente, y colorado ya como unas granas con los humos de las bebidas, se acostaba á dormir la siesta, dando órden de que lo despertaran cuando estuviera lista la remuda.

A las cinco le hablaba su mayordomo, presentándole la taza de chocolate que apuraba á grandes sorbos, como quien tiene prisa; se tomaba un jarro de agua, sobre que su paternidad se sentia como quien tiene rescoldo adentro, componia su cigarro y se lo iba fumando sobre el lomo de la mula.

Pero ántes de las ocho se llegaba á la posada, en donde debia estar ya lista la colacion de la noche. Esta consistia en arroz, carne, leche, frijoles y una gran taza de chocolate.

Despues de esto, á pasar la noche en un colchon muy mullido y en una buena cama de camino, pues es de advertir que el humilde hijo del Señor, encargado accidentalmente de los asuntos de Cortés, llevaba dos ayudantes legos, dos reposteros, un mayordomo, dos ayudas de cámara y seis hombres de armas, todos dispuestos á servirle al pensamiento. Las mulas que iban cargadas con sus equipajes y víveres de boca y comodidad, lo mismo que con los regalos para Cristóbal de Tapia, eran unas treinta, fuera de los indios de carga que eran muchos, yendo todos bien ocupados.

Así es que cuando Fray Melgarejo se aproximaba a cualquiera poblacion, todo el mundo se ponia en movimiento, pues ya se creia que era el mismo Cortés en persona, ó ya los tesoros reales que se encamina-

ban para el puerto, que eran las únicas cosas que podian llevar tan grande comitiva. Cuando los curiosos se cercioraban de que el jefe de la expedicion era un humilde siervo de Dios, sumian los hombros y se preguntaban unos á otros:

—¿Qué será?

De esta manera tan rumbosa llegó el hermano Melgarejo á una legua de Medellin, en donde estaba ya esperando el noble señor don Cristóbal de Tapia la comision de Hernan Cortés, segun un correo que varios dias ántes habia recibido.

Hizo alto la comitiva, y de ella se destacó un hermano lego acompañado de dos hombres de armas, para pedir permiso de llegar á la poblacion.

—Decid al hermano Melgarejo, contestó Tapia, que yo soy quien humildemente le pido que venga cuanto ántes á echarme su santa bendicion.

Volvió el lego al campo en donde estaba Melgarejo, y tras él se vino Tapia con un lucido acompañamiento para encontrar á una milla fuera de la poblacion al ilustre comisionado de Hernan Cortés.

Cuando ambas comitivas se avistaron, Cristóbal de Tapia echó pié á tierra, y lo mismo hizo Fray Melgarejo; pero al estar más cerca aquel, dobló las rodillas delante de éste y pidió la mano para besársela.

Despues de dejarse besar el hermano Melgarejo, dijo:

—Ahora, venid á mis brazos, ilustre capitan.

Y ambos se abrazaron cordialmente.

Una vez unidas ambas comitivas, entraron á la poblacion estre arcos de flores y ruido de atabales y

campanas, yendo directamente á la casa municipal que servia de alojamiento á Cristóbal de Tapia.

Concluido el besamanos, se sirvió un refrigerio y entónces el hermano Melgarejo mandó que sé trajeran los presentes destinados para Cristóbal de Tapia, que queria recibiera miéntras fumaban el cigarrillo de sobremesa.

Entraron los indios cargados con algunos tejos de plata y de oro, que podian importar cuando ménos unos veinte mil pesos, y en la puerta aparecieron dos españoles conduciendo un caballo ricamente enjaezado que era un especial obsequio de Cortés, porque el caballo era el último que habia montado en los combates, siendo el más hermoso de toda la comarca; y la montura, cuajada de oro, se habia construido expresamente para hacer con ella un regalo al alto y poderoso señor Cristóbal de Tapia. De tal manera se conmovió éste al ver tanta esplendidez, en que ni siquiera soñaba, que no pudo ménos que levantarse y echar los brazos al hermano Melgarejo, diciéndole con las lágrimas en los ojos:

—Cuando veais á don Hernando Cortés, decidle que no hay palabras en el idioma español para demostrarle mi reconocimiento, y dadle este abrazo en mi nombre, agregándole que en vida y en muerte, cuente con un amigo y un fiel servidor.

—Así lo haré, señor, y él sabrá apreciar vuestra hidalguía.

Muy espansivo estuvo el resto de la tarde el caballero Cristóbal de Tapia, bajo la impresion de todo punto favorable que le habian hecho los regalos de

Hernan Cortés. Al llegar la noche, despidió á todas las personas extrañas que presentes se encontraban é invitó al hermano Melgarejo á entrar en una alcoba apartada para tener un momento de plática.

—¡Loado sea Dios! que estamos solos, exclamó el hermano Melgarejo dando otro abrazo más al ya casi rendido Cristóbal de Tapia, pues con tantos testigos, ni habia podido poner en vuestras manos mis credenciales, ni deciros todas las cariñosas espresiones que os traigo de mi señor.

—Yo tambien queria mostraros mis papeles y pediros vuestros sábios consejos.

El hermano Melgarejo sacó del manguillo un legajo y añadió:

—Aquí teneis una carta de Hernan Cortés; aquí teneis el nombramiento que me extendió para hablaros en su nombre; aquí está la memoria con que os da cuenta de sus últimos actos; aquí está la súplica que le dirigió el Ayuntamiento de México, pidiéndole que no saliera de allí un paso, so pena de que pudieran perderse en un momento los frutos de la conquista; aquí está......

—Basta, hermano. Con que me digais vos de palabra lo que hay y lo que debe hacerse, quedo bien entendido, pues yo no tengo paciencia para registrar documentos, ni soy ducho en achaque de papeles.

—Mostradme ahora, si gustais, los vuestros, para deciros algo de lo que sobre ellos sabe el magnífico capitan general don Hernando Cortés, segun las instrucciones que me tiene encomendadas.

Cristóbal de Tapia sacó de su jubon dos pergami-

nos. Uno era la órden firmada por el obispo Fonseca, consejero privado de Adrian, el regente de España, en que tomando el nombre de éste deponia á Hernan Cortés de todo mando en México, prevenia á los españoles le negaran su obediencia, y autorizaba al portapliegos para reducir á aquel á prision y mandarlo encadenado, caso que resistiera las órdenes.

El otro pliego estaba firmado por el adelantado de Cuba, ratificando en todas sus partes aquellas órdenes y haciendo responsable á Cristóbal de Tapia en caso de que por cualquier circunstancia no pudiera ó no supiera cumplirlas. Prevenia á los habitantes de México, en los términos más imperiosos, que dieran toda clase de auxilios á Cristóbal de Tapia, y la misma autoridad de los Ayuntamientos, que era entónces la principal, quedaba subalternada provisionalmente á las determinaciones del comisionado.

El padre Melgarejo leyó en voz alta estos documentos, teniendo cuidado de suprimir las palabras más apremiantes, y en todo el curso de la lectura hacia esfuerzos supremos para dominar su emocion, dando buena entonacion á la voz y quietud al semblante.

Cuando concluyó se dió algun tiempo de reposo, y dijo:

—Por fortuna, para vos y para don Hernando, estos documentos no están en regla.

—¿Que no están en regla decís?

—Y lo repito.

—¡Cómo!

—Porque no pueden considerarse sino como cartas ivadas de los enemigos de Cortés, que no son otra

cosa los dos altos personajes que las firman. La primera no tiene el sello real ni las firmas del consejo, y la segunda debiera contener las facultades con que está dictada, pues que Velasquez, en Cuba, no tiene más autoridad que Cortés en México, y de igual á igual no pueden darse tales órdenes.

—¿Luego creeis que estos papeles no son suficientes?

—Sí lo creo, y agrego más, que deben ser repuestos y hechos de nuevo en todas sus partes, cubriéndose los requisitos que les faltan, si realmente es voluntad de nuestro rey y señor Cárlos V (Q. D. G.), quitar el dominio que en estas tierras ha dado á Hernan Cortés. En caso de que no tuviéramos un arreglo amigable, que sí lo tendremos segun espero, á vuestras órdenes pudiera oponer las de puño y letra del mismo Emperador que reviste de toda autoridad al Ayuntamiento de México, no dejando por encima de él más que á la misma persona real; y pudiera mostraros asimismo las disposiciones de ese cuerpo, mandando que don Hernando Cortés sea quien gobierne en México y quien prosiga las conquistas, miéntras se determina por la autoridad real que esta sea nacion y la forma que deba tener.

—Hablaisme con razones que si no me dejan del todo tranquilo, introducen dudas sobre mi mision que ya se me está haciendo difícil de llevar, si he de obrar como hombre escrupuloso y como cumplido caballero.

—Bastaráme, para tranquilizaros del todo, poner á vuestra simple vista este otro legajo de papeles en

donde están los principales rescriptos reales. Aquí teneis, y de últimas fechas, una carta de puño y letra de Su Magestad á Hernan Cortés, aprobando todas sus determinaciones y dándole plena facultad de obrar en lo sucesivo; aquí teneis una real órden con todos sus sellos y rúbricas para que el Ayuntamiento de México posea el gobierno de la comarca; aquí teneis el reconocimiento que esa noble corporacion ha hecho del absoluto poder de don Hernando Cortés; aquí teneis......

—Ya no necesito seguir viendo más, reverendo padre; en cuanto á documentos y escrituras, veo que me llevais una enorme delantera. Fáltame ahora saber si creeis que la armada reconocerá con más gusto á Cortés que á cualquiera otro capitan que venga á mandarla.

—Os contestaré á eso, caballero de Tapia, que la armada se compone en lo general de amigos de Cortés, á quienes él metió en la cabeza que lo acompañaran, y de algunos otros que si no son de su provincia, están del todo acostumbrados á seguirlo en los peligros y á obedecerlo en los trabajos. Sin embargo, siendo ese capitan un cumplido hidalgo como vos, la armada toda se pondria á vuestras órdenes respetando la voluntad del rey, despues que se le hiciera conocer en la debida forma. Sobre eso no tengais duda alguna.

—Está bien, hermano Melgarejo; os doy las gracias por haberos prestado tan de buen grado y afectuoso omportamiento, á responder á todas mis preguntas, que quién sabe si calificareis de impertinentes. Ahora, justo es que os retireis á descansar, pudiendo con-

tar con que yo seguiré en todo, los prudentes consejos que tengais á bien comunicarme mañana.

—Permitidme que ántes de retirarme os dé mi bendicion.

Cristóbal de Tapia se puso de rodillas y besó fervorosamente la mano del padre Melgarejo.

Este cerró los ojos con uncion, pronunció algunas palabras latinas y dió las buenas noches á Cristóbal de Tapia, yéndose al departamento que ocupaba ya su comitiva y en el cual le esperaba su mayordomo con la colacion de la noche, para ántes de acostarse.



CAPITULO X.

Golpe de audacia.

EL preámbulo anterior indicó lo suficiente á Fray Melgarejo, que estaba sobre terreno seguro; así es que despues de cenar se acostó á dormir á pierna suelta.

Muy temprano estaba ya de pié á la mañana siguiente; pero más temprano se habia levantado Cristóbal de Tapia para montar el magnífico caballo que le mandó de regalo Hernan Cortés. Esto pareció de buen agüero al hermano Melgarejo, que no pudo ménos de decir para sus adentros:

—Es muy afortunado mi amo y señor, cuando tan fácilmente se está conjurando la tempestad que rugia sobre su cabeza. El bueno de Tapia es más nuestro ya que de nuestros enemigos que lo mandaron y que del mezquino tesorero Alderete, que no ha sabido regalarle ni tan siquiera un maravedí.

Cuando llegó caracoleando en su caballo Cristóbal de Tapia, el hermano Melgarejo salió á recibirle al corredor, y aquel le dijo despues de los correspondientes saludos:

—Soberbio es en verdad el hermoso caballo que me mandó con vos el generoso capitan don Hernando Cortés. Ni en la misma España los he visto mejores que éste.

—Poco conocimiento, señor, contestó Fray Melgarejo, tengo en esto de caballerías, pero segun he oido decir, este es un caballo digno sólo de reyes y de gentes de armas, de las más altas y distinguidas, pues que trae su orígen de las más puras razas de Andalucía. Cuando Cortés se ha desprendido de él para dároslo, es, estad seguro de ello, porque os tiene en grande estima, y porque quiere que lleveis de su persona un grato recuerdo.

—Y sí lo llevaré, sin necesidad de sus dádivas, porque ya desde ántes su nombre me arrebataba, sus proezas me hacian tenerle respeto y su prestigio y sus merecimientos me obligaban á reconocer en él un hidalgo tan valiente como generoso y cumplido.

Por más de media hora que duró la plática delante del caballo que sustentaba de la brida un palafrenero, ambos estuvieron prodigando los mayores elogios á Hernan Cortés, y todavía hubieran seguido otra media hora, si no les hubierán venido á dar aviso de que el chocolate estaba ya servido.

Se desayunaron en buena paz y compañía, y á renglon seguido continuaron su conferencia interrumpida la víspera, despues de la cual ya no era dable dudar que

Cristóbal de Tapia se encontraba dispuesto á volverse por donde habia venido. Así lo escribió Fray Melgarejo á Hernan Cortés, mandándole la carta por medio de una hilera de indios, que estaban apostados en el camino á la usanza de Moctezuma, los cuales hicieron llegar el mensaje aquella misma noche á su destino.

Hernan Cortés, que habia enviado detrás de Fray Melgarejo de Urrea á Nuño de Guzman, con doscientos ginetes escogidos de su regimiento, fuerte con esas medidas y otras no ménos importantes que habia tomado para su seguridad personal, lo mismo que con el acta del Ayuntamiento y las noticias que le daba su enviado, se puso en marcha aquella misma madrugada, pues ya no le fué posible moderar su impaciencia. Cuando Cristóbal de Tapia supo lo que estaba pasando, fué cuando oyó las trompetas del regimiento y vió desfilar á Nuño de Guzman con sus tropas por frente de la casa municipal. A la vez casi se presentó un emisario avisando que Hernan Cortés, en persona, se encontraba á las puertas de la villa y pedia la venia de presentarse con su comitiva.

Cristóbal de Tapia no pudo disimular su turbacion y aun cambió varias veces de color al estar escuchando esta noticia; pero el hermano Pedro Melgarejo vino en su ayuda, contestando en su nombre lo siguiente:

—Decid al magnífico Capitan General señor don lernando Cortés, justicia mayor y gobernador de la ieva España, que el enviado de la corte, don Crisbal de Tapia, tendrá gran honra en recibirle.

—Pero vamos á su encuentro, murmuró entónces Cristóbal de Tapia.

—Es inútil, le contestó su caridad despues que el emisario hubo partido al galope, allí veo desembocar por aquella esquina la comitiva, y el capitan viene á la cabeza.

Dos minutos despues hacia alto la brillante comitiva de Cortés, frente á la casa municipal de Medellin, y Cristóbal de Tapia salia á recibirle con las mayores muestras de asombro y de respeto; de asombro, porque los oficiales de Cortés deslumbraban con sus riquezas; de respeto, porque le parecia que venia á él no un rudo soldado, sino un poderoso emperador. Se descubrió por lo mismo al presentarse delante de Cortés y casi estuvo á punto de doblar una rodilla.

—Venid á mis brazos, exclamó don Hernando jovialmente y despues de haberlo abrazado, agregó:

—Espero que me permitais entrar á vuestra casa, miéntras se me destina aquí cerca un alojamiento.

—Vos sois el amo aquí, contestó Cristóbal de Tapia tartamudeando; haced, señor, lo que más os plazca.

Dió Cortés algunas órdenes á los suyos y en seguida penetró al palacio municipal seguido de Tapia, de Fray Melgarejo y de algunos de sus oficiales.

Cortés, segun su costumbre, luego que estuvieron en el estrado abordó de frente la cuestion para suprimir dificultades y para no dar tregua ni tiempo de reflexionar al enemigo.

—Me he apresurado á venir, dijo, porque ya el hermano Fray Pedro Melgarejo me habia comunicado

vuestra resolucion de regresar á la corte, y ántes queria ofreceros mis servicios, daros las gracias por vuestro buen comportamiento acerca de mi persona y haceros portador de un mensaje para la corona.

—Mucho honor será para mí serviros en algo, gran capitan, dijo siempre tartamudeando Cristóbal de Tapia.

—Pero ántes permitidme entregaros yo mismo una joya de gran valor, que quiero conserveis en recuerdo de mi amistad.

Diciendo esto Hernan Cortés, puso en manos de Cristóbal de Tapia una sortija riquísima formada con una gran esmeralda rodeada de brillantes.

La esmeralda figuraba un corazon atravesado con una flecha, y todo el dije era de un trabajo artístico inimitable.

—De hoy en adelante, dijo Cortés, los reyes más ricos de la tierra os envidiarán dos cosas que llevais de México: vuestro caballo enjaezado con sus ricos arneses y vuestra esmeralda, de la cual ni el romano pontífice podrá presentaros otra igual. No sólo es rara y estimable por su tamaño, sino por el primor con que está labrada. En ninguna parte del viejo mundo encontrareis artífices que sepan hacer ese trabajo.

—En efecto, exclamó Tapia que no podia salir de su asombro examinando aquel magnífico regalo; esta joya es de un gran precio, principalmente porque viene de vuestras manos. El caballo y las demas cosas n que me habeis obsequiado con mano pródiga, merecen ménos mi admiracion y mi agradecimien- Sólo dudo en estos momentos, si debo aceptar una

joya tan rica, pues en verdad nada he hecho para merecer tantos agasajos de vuestra parte.

—No tengais reparo alguno en aceptar esos y los demas regalos que os haga todavía; pues á más de que sois digno de ellos por la prudencia y tacto con que os habeis conducido en vuestra mision, aquí, desde que pisamos este suelo los españoles, aprendemos á ser magnánimos, de los mexicanos, siempre dispuestos á dar cuanto tienen, cifrando su orgullo en ser hospitalarios hasta la exageracion. Ya habreis sabido por allá cómo nos regalaron Moctezuma y sus príncipes.

—Sí, sabiamos que á todos vosotros os habian llenado de riquezas.

—Ahora que os habeis dignado recibir ese presente, que llevareis como un recuerdo de mi estima particular, permitidme volver á la conversacion interrumpida, diciendoos: que en verdad me teneis muy obligado, como lo estará más tarde el emperador, cuando sepa cuál ha sido vuestra conducta en la Nueva España, pues pudiendo trastornar su tranquilidad haciendo mal uso de los pliegos de que sois portador, ligandoos con mis enemigos y promoviendo una revuelta, habeis sábiamente seguido los consejos de Fray Pedro Melgarejo, que tiene fama de ser el hombre más prudente, más juicioso y más recto que ha venido á estas comarcas. Cualquiera otro, en vuestro lugar, sin tomar en cuenta los males que pudiera hacer á una posesion de nuestra España, que tanta sangre y tantos sacrificios le han costado, y sin tomar en cuenta tampoco si sus papeles estaban ó nó bien acondicionados, al apercibirse de que yo tengo muchos enemigos, ce-

losos de mi autoridad, ó mas bien, de la fortuna que me ha favorecido ornándome siempre con los laureles del vencedor, entre cuyos enemigos se cuentan personajes poderosos como el tesorero real Alderete y Narvaez, á quienes he colmado de favores, y otros muchos que me deben la fortuna que han ganado; al ver eso, digo, hubiera procurado buscarse entre ellos buenos aliados y entre los oficiales descontentos, que no faltan, encontrar los medios de hacer un levantamiento que diera por resultado el fin de nosotros todos, que pereceriamos, debilitados, á manos de los indios. Pero vos, varon esforzado, dotado por Dios de una rara inteligencia y de un carácter tranquilo, prudente y conciliador, habeis preferido el buen camino, aunque éste no os lleve á la autoridad que otros envidian, sin saber que está rodeada de espinas, de grandes trabajos y de no pocos sinsabores. En fin, señor, no por mí, que sólo anhelo ya entregar estos dominios á nuestro rey despues de que estén todos conquistados, pues no tenemos de ellos ahora ni una décima parte; no por mí que ya estoy cansado de esta vida trabajosa, que no es vida, sino por la honra de nuestro pabellon que está interesado en ello y por el bienestar de los españoles que han venido, os doy las más rendidas gracias en nombre de ellos y de nuestro reino, pues de hoy en adelante á vos, más que á mí, se deberá esta conquista, porque á vuestra conducta prudente se debe y, que léjos de encontrarnos en el campo de bata- frente á frente, pueda tener el gusto de estrecha- s en mis brazos y de poder deciros: ¡oh noble señor n Cristóbal de Tapia, dignaos recibir este poder que

ya me pesa, y continuad vos mi empresa comenzada! Sin necesidad de órdenes, ni de pliegos, ni de otras formalidades, sois dueño aquí para disponer de mi persona, de mi autoridad y de todas cuantas armas tengo bajo mi mando.

Cristóbal de Tapia, enternecido, se puso de rodillas y abrazó, llorando, las de Cortés.

Todos los que allí se encontraban, se salieron discretamente, algunos limpiándose tambien las lágrimas con sus pañuelos. El hermano Melgarejo se cubrió con su capucha y se volteó al lado de la pared para que no se pudiera advertir la sonrisa que se dibujaba en sus lábios.

—A mis brazos, dijo Cortés, siempre á mis brazos.

—Ningun otro hombre, dijo Cristóbal de Tapia así que se hubo repuesto un poco de la emocion, ningun otro hombre, fuera de vos, es digno de gobernar estas tierras ni de llevar adelante la gran obra que os habeis propuesto. Antes de conoceros, se puede dudar de vuestra gran capacidad, se puede creer que habeis sido un soldado afortunado; pero ya conociendoos hay que inclinarse ante vos y reconocer el génio y el valor, la constancia y la abnegacion, que á tan pocas personas el cielo concede entre sus grandes dones. Quedaos, señor, prosiguiendo tranquilo vuestras conquistas, para bien de España y para gloria vuestra. Ahora mandadme lo que gusteis.

—Bien pudiera ser, con franqueza os lo digo, exclamó Cortés con voz reposada, que por los informes que os han dado ya mis enemigos, suponiendo que hu-

bieran hecho mella en vuestro ánimo, me viera en el duro aprieto de teneros alguna desconfianza: ahora despues que hemos hablado, no sólo no os tengo ya ninguna, sino que os reputo como mi mejor amigo y como el más leal de los hombres. En esa virtud, voy á confiaros una comision que, á ninguno más que á un servidor fiel y amigo íntimo, hubiera dado. Quiero que entregueis al emperador, en persona, este pliego, en donde va una carta mia muy extensa sobre los últimos acontecimientos, algunas proposiciones para el nuevo órden que se ha de establecer en esta Nueva España y unas actas del Ayuntamiento relativas á mi persona, que más bien las mando por la honra que me dan, que por el servicio que me prestan, deteniéndome en el gobierno de estos pueblos, pues ya os he dicho que habiendo ganado tanta gloria, quiero dejar un lugar para que vengan otros que tambien quieran ganarla.

—Mucho os agradezco vuestra confianza, y os juro por Dios Nuestro Señor, que corresponderé á ella como caballero y como amigo, cuyo nombre de parte de vos quiero merecer, dandoos pruebas de que he podido ganar tan elevado título.

—Está bien. Ahora podeis marcharos cuando mejor os acomode.

—Sólo me daré el honor de comer hoy en vuestra compañía, y despues de la comida saldré para la Veracruz, en donde me haré á la vela para España mañana mismo.

—Como gusteis.

Y levantándose Cortés salió de la sala no sin gui-

ñar el ojo á Fray Melgarejo para que él hiciera el resto.

Ya poco habia que hacer, y por lo mismo el hermano Melgarejo se limitó á echarse en el manguilló los papeles de Tapia, que más podian interesar á Cortés, y á estar haciendo durante dos horas los elogios más rumbosos de nuestro personaje.

La comida estuvo en esta vez ántes de las doce y aunque fueron más de treinta las personas que se sentaron á la mesa, el servicio anduvo activo, y á la una en punto Fray Melgarejo, segun la costumbre, se puso en pié y dió las gracias á Dios por haberles dado un pan que comer sin merecerlo.

Cristóbal de Tapia anunció entónces que iba á dar sus órdenes para que engancharan los caballos y despues emprender la marcha.

—No os molesteis en ello, dijo Cortés, pues conociendo vuestros deseos he dispuesto que todo estuviera preparado para estas horas, y ya vuestros caballos, lo mismo que vuestros equipajes, están listos. En manos de vuestra servidumbre se han mandado poner los víveres y otras pequeñeces que vienen á completar el cargamento de regalos que llevareis en la embarcacion en recuerdo de vuestro nuevo amigo.

—Gracias, contestó Cristóbal de Tapia siempre enternecido, y pues que ya nada falta para mi viaje, desde luego voy á emprenderlo, pidiendoos á vos vuestras últimas órdenes y al reverendo Fray Pedro Melgarejo su santa bendicion.

—Que os sean prósperos los vientos, agregó Cortés abrazándole.

—Hijo mio, exclamó á su vez Fray Melgarejo poniendo ambas manos sobre la cabeza de Tapia cuando éste estuvo arrodillado, recibid mi bendicion como si fuera de Dios mismo, que ella os protejerá contra todos los peligros, y os llevará sano y salvo hasta los piés mismos del emperador para cumplir debidamente la alta mision que nuestro amo y señor el poderoso Hernan Cortés os ha confiado. "Vade in pace."

—Amen, contestó Cristóbal de Tapia.

Y salió á la calle llevado por ambos lados del brazo por Cortés y el padre Melgarejo.

—¿Y esos soldados? dijo señalando los doscientos hombres que mandaba Nuño de Guzman y que estaban ya formados en la plaza.

—Esos soldados, respondió Hernan Cortés, son vuestra escolta de honor y están enteramente á vuestras órdenes. Capitan, dijo luego dirigiéndose á Nuño de Guzman.

Nuño de Guzman se adelantó respetuosamente.

—No solamente vais con esa tropa, agregó Cortés, escoltando al noble caballero don Cristóbal de Tapia, sirviéndole de guardia y de respeto, sino que le obedecereis en todo cuanto os mandare, pues que hasta poner el pié en el navío que le ha de llevar á España, será vuestro jefe, y tendreis que acatar sus órdenes como si fueran las del mismo rey.

—Así será, contestó Nuño de Guzman.

—Gracias, infinitas gracias, volvió á repetir Cristóbal de Tapia.

al montar él á caballo, sonaron las trompetas y os se pusieron en movimiento.

Cuando la comitiva desapareció en las últimas calles, se entró Cortés al palacio exclamando:

—¡Loado sea Dios!

—¿Pero para qué le habeis puesto esos soldados á sus órdenes? le preguntó Melgarejo.

—Nuño de Guzman sabe muy bien que Tapia se embarcará de grado ó por fuerza. Es uno de mis más fieles capitanes que hará todo á medida de mis deseos.

—¿Y no temeis que el dicho Tapia reflexione y deje de presentar vuestros pliegos al emperador?

—En el mismo navío van con copias iguales Alfonso Dávila y Antonio Quiñones, que esperan ya en el puerto. Otras copias iguales llevan en una embarcacion diferente Juan de Rivera y Diego de Ordaz.

—¡Cuán previsor sois! exclamó Fray Pedro Melgarejo.

—Ahora, hermano, dispongámonos á regresar á nuestra capital que debe haberse revuelto mucho durante nuestra ausencia.



CAPITULO XI.

Francisco de Garay.

MIÉNTRAS estas cosas pasaban en la naciente corte de México, llena de intrigas y de escándalos, aun ántes de tener vida propia, nadie habia pensado en Francisco de Garay que habia llegado con once navíos á Villa Rica, que habia desembarcado con más de mil hombres y que habia comenzado á internarse en el país, armado no sólo de cañones y de ballestas, sino de unas provisiones reales en que se le nombraba gobernador de la provincia de Pánuco, y se le daban facultades amplísimas para poblar en aquella tierra y extender sus conquistas por las costas orientales hasta donde pudiera, todo esto en beneficio de la corona de España.

ero los lectores podrán formarse una idea mejor de e pasaje histórico, imponiéndose del siguiente fragento de la declaracion que rindió Alonso Lúcas, se-

cretario de Francisco de Garay, ante la Audiencia, en la averiguacion promovida contra Hernan Cortés, el cual secretario refiere los hechos como testigo presencial:

"Francisco de Garay, dice, gobernador é capitan proveydo por su Magestad, de la provincia de Pánuco é Vitoria Garayana, que descubrió, con quien este testigo vino é pasó á estas partes, fizo en la isla de Jamaica una armada de honze navíos é ciento é cincuenta de caballo, é cuatrocientos peones, é mucha artillería é cosas de resgate para venir como vino por mandado de Su Magestad á poblar é conquistar las tierras é provincias que descubrió, de que Su Magestad le fizo merced de gobernador, é que antes que viniese é partiese de la dicha isla de Jamaica, muchos dias escribió el dicho don Fernando Cortés al dicho Francisco de Garay ciertas cartas, diziéndole por ellas cómo á ciertos capitanes que avia enviado á la poblascion é conquista del rio Pánuco les avia suscedido mal la venida, porque los yndios los avian desbaratado é que no le convenia otra cosa syno venir muy brevemente é quel le prometia é daba su fee que sy no bastase la gente que truxese quel mismo yria con la mas gente que pudiese á ayudarle á conquistar é pacificar aquella tierra, pues todo lo uno y lo otro era serviscio de Su Magestad, é con estas cartas é crédito, el dicho Francisco de Garay comenzó á aliñar é fazer la dicha armada no embargante que tenia temor y no estava bien saneado del dicho don Fernando Cortés, porque muchos le decian del estrago é desbarato é prisyones que habia hecho en Pánfilo de Narvaez é otros, no

ostante las provisyones de Su Magestad; pero todavía Francisco de Garay teniendo respeto á lo mucho que habia gastado é lo que le habiá costado el dicho descubrimiento, pospuestas todas aquellas cosas que le dezian, quiso dar fin á su venida é armada como lo fizo, é estando la cosa de esta manera fueron á la isla Fernandina el señor Almirante don Diego Colon é los señores oydores de la abdiencia real de Santo Domingo é determinó de los yr á ver asy para darles relascion é parte de su venida como para que le diesen favor é ayuda é liscencia para sacar alguna gente de la dicha isla Fernandina, en el tiempo que allí estuvo, asy como por el dicho Almirante como por el adelantado Diego de Velasquez é por otras personas que desta tierra avian ydo, le fué puesto mucho ynconviniente á su venida, aconsejándole que no lo fiziese, porque el dicho don Fernando Cortés lo avia de destruyr y echar á perder é que no le escrevia aquellas cartas syno para engañallo, para que llegado á esta tierra toviese maña de desbaratallo é quedarse él con la gente é armas; é ni por esas cosas el dicho Francisco de Garay dexó de seguir su propósyto é bolvió á la dicha isla de Jamaica adonde acabó de aderezar su armada é se partió con la gente é cavallos, navíos é aparejos, é viniendo su viaje supo en el puerto de Xagua ques cerca de la villa de la Trenidad en la isla Fernandina, cómo el dicho don Fernando Cortés avia venido al dicho rio de Pánuco é avia poblado é hecho Villa á fin que si el dicho Francisco de Garay vi-se, paresciese que ya él tenia aquello conquistado poblado, é se lo fiziesen saber luego para quel pro-

veyese lo que le paresciese; de manera que la dicha armada vino á apostar al rio de Palmas é de allí el dicho Francisco de Garay se vino por tierra con la mayor parte de los de cavallo é peones, é dexó los navíos en el dicho rio de Palmas para que se viniesen tras él, teniendo esperanza é confianza el dicho Francisco de Garay quel dicho don Fernando Cortés avia de fazer é cumplir lo que por sus cartas le avia prometido, é confiándose del, creyendo que fuese tan leal vasallo de Su Magestad, como fuera razon, le escrevió dos cartas con ciertos mensajeros, por las cuales le fazia saber su llegada é que viese todo lo que convenia que se fiziese para que ambos toviesen esta tierra en serviscio de Su Magestad como sus gobernadores, é oviese entre ellos conformidad, porque se maravillaba de ver aquella novedad en fallar aquella Villa hecha, en la cual venia á conquistar é poblar por mandado de Su Magestad, é que fasta tanto no le escreviese é respondiese no entendia entrar en la dicha Villa ni fazer ninguna novedad, syno estarse por esos pueblos de yndios comiendo é holgando él é su gente. Llevadas estas cartas, Pero de Vallejo que allí era teniente del dicho don Fernando y los alcaldes é regidores vinieron á fablar al dicho Francisco de Garay donde tenia sentado su Real junto á la dicha Villa, é le dixeron que no estaba allí bien, ni se podia sostener, ni podian ellos proveer ni dar de comer á tanta gente: que se fuese á un pueblo adonde ellos le llevarian é que allí estaria entretanto que viniese respuesta; y desta manera Francisco Ramirez que era allí alcalde llevó al dicho Francisco de Garay é su gente á

un pueblo que se dize Taculula, é porque la gente hera mucha é no valia allí el dicho Francisco Ramirez la repartió por ciertos pueblos de yndios comarcanos por capitanías, y asy repartida la dicha gente, la primera respuesta que del dicho don Fernando Cortés vino, fué Pero de Alvarado con mucha gente de cavallo é de pié é con ynfinitos yndios á resystir al dicho Francisco de Garay la dicha poblacyon é gobernascion é desbaratalle su gente, como por los otros pareció, porque viniendo á la dicha Villa de Pánuco, pasó por un pueblo que se dize de Guazaltepec é por otro nombre las Lajas, é habló allí á Gonzalo Dovalle, capitan del dicho Francisco de Garay con cierta gente de cavallo é de pié, é les tomó los cavallos é armas é les prendió é llevó á la dicha Villa, adonde asentó el dicho Pero de Alvarado su real, y en este medio é ynstante vino un mandamiento del dicho Pero de Vallejo, theniente, é de ciertos regidores de la dicha Villa, para el dicho Francisco de Garay, por el cual le mandaron que so pena de perdimiento de todos sus bienes, luego sin dilascion recogiese toda su gente é se embarcase en sus navíos, á lo cual el dicho Francisco de Garay respondió ciertas razones por donde no lo debia de fazer, al cual se refiere porque este testigo le a dado originalmente al señor Presidente de la dicha Audiencia. Vista la dicha respuesta por el dicho consejo, é aun dizque por el dicho Pero de Alvarado, dió otro mandamiento el dicho Perode Vallejo como theniente, hado relascion del otromandamiento, por el cual ndó al dicho Francisco de Garay que luego syn poninguna escusa ni dilascion, recogiese toda su gen-

te é se fuese á embarcar á los navíos, é se volviese adonde vino, é adonde quiziese so pena de muerte é de perdimiento de todos sus bienes, en la qual dicha pena desde entónces le daba por condenado lo contrario faziendo. E visto por el dicho Francisco de Garay el dicho mandamiento y las traysciones y maldades con que todo aquello se movia, y visto tambien que venidos aquellos mandamientos á notiscia de su gente, se le amotinaria cada uno por su parte, acordó de tomar un remedio sy pudiera salir con él para separarse é remediarse, y fué que luego enbió á llamar los capitanes é gente que tenia por aquellos pueblos comarcanos para que viniesen luego é quel los esperaria en el pueblo de Tamacuyl, y esto faziado el dicho Francisco de Garay, segun el le dijo á este testigo porque hera su secreto, pasarse de la otra parte del rio Pánuco é fazerse allí fuerte con su gente é resystir á quien le quisiese contradezir su conquista é poblascion...... "

Otro fragmento de la declaracion del mismo testigo en la residencia promovida contra Hernan Cortés, dice:

"El dicho Pero de Vallejo theniente, é un Bartolomé López, alguacil, é otros vezinos de la dicha Villa é gente que allí estava, al tiempo que tomaron los dichos navíos dieron en ellos muy gran grito é alzaron pendones diziendo ¡biba Fernando Cortés! como si la armada del dicho Francisco de Garay fuera de turcos, é dieron saco á los dichos navíos tomando todo lo que en ellos estava é faziendo á su voluntad, é el dicho Pero de Vallejo puso maestres é quitó maestres en ellos é los fizo subir junto á la Villa, adonde los

fizo amarrar, é sabido esto por el dicho Francisco de Garay recibió tan gran alterascion que cayó enfermo é cada dia comunicava con este testigo é con algunas personas particulares de las traysciones é maldades que en esta tierra avia é de cómo el dicho Cortés le avia tan malamente engañado, é confirmase todas las cosas pasadas hechas contra el serviscio de Su Magestad."

Aunque Francisco de Garay no hubiera desembarcado con ánimo hostil hácia Cortés, tanto la conducta de éste como los informes que recibia por todas partes, le fueron predisponiendo, hasta que resueltamente se puso en contacto con los conspiradores de Tenochtitlan ó Temextitan y ayudado de ellos, pensó poner coto á las demasías del conquistador.

Por otra parte, las provisiones reales que traia, las que habia traido Cristóbal de Tapia, la influencia del adelantado Velasquez, la del almirante Colon y la del obispo Fonseca, todos, si no enteramente ligados contra Cortés, bien dispuestos á concluir con él, le decidieron á salirle al frente, considerando empresa sencilla aniquilarle con todos aquellos poderosos elementos, reunidos á la animosidad de los indios y de muchos de los españoles contra aquel hombre que les habia hecho tantos perjuicios.

Desde que se puso al tanto de todo esto Francisco de Garay, y tomó su resolucion de defenderse enérgicamente de los amaños y las celadas de Cortés, en- ó en relaciones estrechas con Alderete y los demas escontentos, cultivando con ellos una corresponden- a que lo ponia al corriente de cuanto estaba pasan-

do en el centro de las intrigas. Con la oportunidad debida recibió un pliego en el que se le decia lo siguiente:

"Estad alerta, porque el momento del desenlace ha llegado. Aproximaos todo lo más que podais á Veracruz, y si es posible á Medellin, para que presteis vuestra ayuda, en caso ofrecido, á Cristóbal de Tapia que está conferenciando con Fray Pedro Melgarejo, enviado de Cortés. No estareis vosotros solos, pues que contareis acá con parte de la armada que se aliará con nosotros y con las cajas reales que estarán abiertas para los amigos de la justa causa. Procurad poneros en relacion con Cristóbal de Tapia para que obreis segun sus avisos, y en caso de que sea verdad de que el mismo Hernan Cortés en persona sale á encontrarlos por esos rumbos, ayudadle á hacerle preso, y de esa manera se evitará que corra sangre castellana. Lo os vuelvo á repetir, que importa mucho apresureis vuestra marcha para que esteis cuanto ántes cerca de Medellin."

Este papel tenia todas las contraseñas de Alderete y los demas conspiradores, de suerte que Francisco de Garay luego que lo recibió se impuso de él tres y cuatro veces, siguiendo las indicaciones que se le hacian, inmediatamente tomó con sus tropas la direccion de Medellin, y al efecto verificó sus marchas por los caminos que él creyó más escusados.

Hernan Cortés, por su parte, no se habia limitado á llevar consigo las doscientas lanzas que á las órdenes de Nuño de Guzman habia mandado que escoltaran á don Cristóbal de Tapia, sino que á su lado te-

nia otros cien hombres, de los más aguerridos, y en el camino habia dejado escalonados á unos cuatrocientos indios de los más fieles y de los más listos guerreros. De la misma manera tenia establecido un sistema de correos hasta México, para comunicarse con Alvarado y sus capitanes de más confianza. Así es que cuando habia resuelto regresar á México, el hermano Melgarejo, en la duda de si podria acostarse á dormir la siesta ó si tenia que alistar desde luego sus maletas, se dirigió á Cortés preguntándole:

—¿Quereis que partamos hoy mismo?

—Partiremos mañana, tan luego como reciba el primer correo de Nuño de Guzman.

—En ese caso, con vuestro permiso voyme á dormir mi siesta.

—Yo tambien me recostaré un poco, que bien necesito de algun reposo despues de la viajata que he hecho y de lo que mi espíritu ha estado en agitacion por ese perro de Cristóbal de Tapia, que venia á disputarme la autoridad en los momentos que más la necesito.

Despues de la siesta, tomaron juntos el chocolate, y por la tarde salieron á dar un paseo á caballo por los alrededores, acompañados de una docena de hombres de armas.

Nada particular ocurrió en su pequeña expedicion á l[illegible] dos personajes; pero sí pudo observar el herma-n[illegible] [illegible]lgarejo que Cortés estaba inquieto y que aún el [illegible]mor de las hojas de los árboles le hacia muchas v[illegible] volver la cabeza, como si temiera un próximo p[illegible]o.

—¿Qué temeis? se aventuró en una de esas veces á preguntarle el padre Melgarejo; ¿teméis algo que os pueda pasar?

—No sé, pero me parece que nuestros enemigos no se duermen, y á cada paso temo encontrarme envuelto en una celada. Es un mal presentimiento y nada más.

—Pensad en Dios para que se os vayan esas ideas, que aquí, segun mi parecer, nos encontramos en lugar más seguro que en ninguna parte.

—Haré por dormir tranquilo esta noche, aunque, si debo hablaros con verdad, hermano, siento un peso que me oprime el corazon, como muchas veces cuando ha sido la víspera de esperar algun combate.

—¿Con quién habeis de combatir ahora?

—No lo sé, pero os aseguro que tengo mis temores.

—¡Bah! se conformó con decir el hermano Melgarejo sumiendo los hombros.

Y por la noche, despues de la colacion, se acostaron ambos en habitaciones vecinas. Fray Melgarejo comenzó á roncar luego que puso la cabeza en la almohada: no así Hernan Cortés, que sin saber por qué, tuvo un sueño de los más desasosegados.

A eso de la una de la mañana, sintió que daban tres golpecitos á la puerta. Se incorporó en el lecho y gritó con voz robusta á la vez que echó mano á su espada.

—¿Quién va?

—Correo, le contestaron.

Como estaba casi vestido, saltó luego de la cama,

y sacando la bujía que estaba oculta ardiendo en un rincon, fué á abrir la puerta.

Su paje le entregó una carta que reconoció en el acto ser de doña Marina.

«Don Hernando, le decia en ella, cuidaos mucho de don Francisco de Garay, porque aquí he sabido de una manera segura, que os traiciona, y cuentan con él los descontentos para que os entregue prisionero á Cristóbal de Tapia ú os dé muerte si presentais alguna resistencia. Se dice tambien que le han dado órdenes para que os sorprenda cuando esteis más tranquilo en el pueblo que se llama Medellin ó en algun otro entre la Veracruz y Tlaxcala. Toda vuestra en alma y corazon.—MARINA.»

—Hé aquí de dónde provienen mis preocupaciones, pensó Cortés: no adivinaba que Francisco de Garay era traidor, cuando tantas sospechas debian habérmelo certificado. ¡Buena Marina! agregó besando la carta; siempre salvándome de los peligros más recios y más encubiertos. ¿Qué habria sido ya de mí sin la astucia con que me sirve esa mujer? ¡Y dicen que estos indios no son leales! ¡Y la traicion y la infamia están de continuo entre nosotros los blancos!

Todavía se encontraba Cortés entregado á sus reflexiones, con la carta de Marina en las manos, cuando recibió un segundo mensaje.

Este era de Nuño de Guzman, y su contenido indicaba, más clara y terminantemente que el de Marina, sérias consecuencias.

Segun Nuño de Guzman, Francisco de Garay, on cerca de unos dos mil hombres entre indios y

blancos, pues á su paso habia venido recogiendo todos los destacamentos, se debia encontrar á la madrugada del dia siguiente en las goteras de Medellin, pues que hacia media hora habia pasado á un tiro de ballesta de aquel camino con aquella direccion.

Cristóbal de Tapia lo ignoraba, y lo seguiria ignorando, pues ni de dia ni de noche dejaban que se le acercara nadie ni podia hablar con persona alguna: iba más que preso, supuesto que no apercibiéndose de ello, no hacia por su parte ningun empeño para estar más en libertad.

Como Nuño de Guzman tenia lo suficiente con cien hombres para custodiar á Cristóbal de Tapia, habia mandado que retrocediesen los otros cien que le servirian de mucho á Cortés en un lance apurado, y los cuales llegarian á Medellin ántes de la madrugada, es decir, á tiempo oportuno para resistir al enemigo en caso que llegara, y en caso que Francisco de Garay fuera realmente enemigo.

Cortés entró á la habitacion de Fray Melgarejo, y despues de lograr despertarlo con grandes trabajos, le dijo:

—Levantaos, hermano, y vamos á ponernos en estado de defensa, pues ha llegado el momento de acercarse el enemigo.

—¿El enemigo? exclamó Fray Melgarejo más bien creyendo que estaba dormido que despierto.

—Sí, hermano, lo mismo que os decia yo esta tarde.

Fray Melgarejo se restregó los ojos, empezando

á creer ó que aquello era una simple broma de Cortés, ó que realmente habia que esperar algun peligro.

—¿Con que decís, señor....

—Digo que mis presentimientos de esta tarde, se realizaron. Francisco de Garay está aquí cerca, con muchas tropas, y viene á rendirme á prision por órden del tesorero Alderete.

—¡Jesucristo! ¡Jesucristo! exclamó su reverencia comprendiendo en un momento toda la horrible verdad. ¿Y decís que Francisco de Garay se encuentra cerca?

—A una legua de camino poco más ó ménos.

—Entónces, no hay tiempo que perder.

Y en un instante se vistió Fray Melgarejo, y en otro instante estuvieron listos todos los que formaban el acompañamiento de Cortés para atacar ó para defenderse, segun se les ordenara.

Cuando asomó la primera luz por el Oriente, Cortés tenia ya formado un ejército de cosa de unas trescientas lanzas castellanas, con una pieza pequeña de artillería y unos trescientos indios de los aliados.

De la poblacion y de los alrededores, luego que se supo la noticia, se le incorporaron al conquistador otros quinientos cuando ménos, pero él los rehusó diciendo que con la gente que tenia le era suficiente para dar una leccion á Francisco de Garay.

Este se anunciaba en aquellos momentos con sus atabales y trompetas, trayendo sus banderas desplegadas.

Cortés en el acto mandó hacer una salida con sus

pequeñas tropas, poniéndose él á la cabeza de sus lanceros, miéntras que los aliados, tomando por un flanco, iban á cortar la retirada al enemigo.

A los primeros rayos del sol vió Garay aquella pequeña tropa que se lanzaba á su encuentro y no pudo ménos de sonreirse.

Pero...... tenemos que referir otros sucesos ántes de dar cuenta á nuestros lectores del resultado de esta gran batalla.



CAPITULO XII.

Nuevo aliado.

En el capítulo VI de esta historia, dejamos al alférez Pedro Gallego en camino para satisfacer las ambiciones que le habia despertado la princesa Isabel, hija de Moctezuma.

No habremos olvidado que despues de echarse un sorbo de aguardiente, salió á la calle embebido en esos pensamientos, cuando tropezó de manos á boca con el tesorero Alderete, y otros descontentos, como si el diablo mismo hubiera querido ponerle la ocasion por delante para que diera principio á su nueva carrera de intrigante.

—Dios os guarde, les dijo encarándoseles.

—Id con El, señor alférez, contestó el tesorero pasándose de largo.

—Soy de los vuestros, agregó Gallego resueltamente.

Al oir estas palabras, Alderete y sus amigos se detuvieron.

—¿Qué decís? le preguntó aquel con aire desconfiado.

—Lo que habeis oido, señor tesorero: yo soy de los vuestros.

—Es decir......

—Es decir que odio á Hernan Cortés, y que quiero unirme á vosotros que trabajais en favor del rey y de la justicia.

—Ese es nuestro lema, en efecto; pero vos......

—Yo cuento con mi regimiento; pero en el último caso, si mi regimiento no me sigue, vosotros contais con mi espada.

—Seguidnos, dijo Alderete.

Y todos juntos echaron á andar para la casa del tesorero, que estaba ya cerca del lugar en que habian tenido el encuentro.

Luego que estuvieron en el interior del gabinete del tesorero, y despues de cubrirse todas las entradas como se hacia siempre que iba á tratarse allí un negocio grave, dijo aquel arrellenándose en su poltrona:

—¿Conoceisnos á los que estamos presentes?

—Os conozco, dijo el jóven con arrogancia.

—Decid nuestros nombres.

—Vos sois el tesorero Alderete; este caballero de la capa encarnada llámase Diego de Soto, y ese otro del vestido negro es el valiente capitan don Pánfilo de Narvaez, que podrá ser ménos afortunado que Cortés, pero que no se le queda en zaga en cuanto á ducho y atrevido.

—Dadme vuestra mano, jóven, exclamó Narvaez con voz hueca; desde hoy os acojo bajo mi proteccion.

—Gracias, bizarro caballero, contestó Pedro Gallego.

Pero como Alderete era un tanto desconfiado y en todo creia ver asechanzas, desentendiéndose de todo aquello, agregó:

—¿Qué motivos teneis para venir á alistaros en nuestra causa?

—Tengo ambicion, y quiero merecer premios aunque sea á costa de mi vida.

—¿Pero no estais vos al servicio de Hernan Cortés, alférez Pedro Gallego? preguntó Alderete con tono imperioso.

—Lo estoy como lo estais vosotros mismos, contra mi voluntad.

—Es que nosotros, es al rey á quien servimos.

—Yo tambien tengo en mis manos las armas del rey y no las de don Hernando.

—Bien, ya veo que sois inteligente para dar vuestras respuestas, y eso mismo me hace sospechar que os hayan elegido como diestro para expiarnos.

El semblante de Pedro Gallego se demudó de coraje, y áun tuvo que reprimir un movimiento para empuñar su tisona; pero se contentó con adelantar un paso y exclamar con voz sorda:

—Ved, señor, que me haceis la más sangrienta de las injurias.

ι estas y otras pruebas, más terribles todavía, ti en que sujetarse todos los que vienen con nosotros

á trabajar por el bien del reino y en contra del usurpador.

—Sujetadme en ese caso á las pruebas que tengais por más duras; pero por Dios vivo os suplico que no me injurieis.

—Sois altivo.

—Me precio de serlo.

—Entónces, ¿qué garantías podeis darnos de vuestra lealtad?

—Una que es la más grande de todas: soy amante de la hija de Moctezuma, que aborrece á Cortés más que á nadie. Ella es quien me ha inspirado el odio que ya profeso á ese hombre; ella quien me ha ordenado que me ligue con vosotros para derribarle; ella que sólo sueña en su venganza, me ha exigido este paso que he dado, como precio de su amor.

Un movimiento de admiracion se operó en aquellos hombres al oir estas palabras, y Alderete no pudo ménos que exclamar:

—¿Con que sois amante de la princesa?

—La amo con frenesí y ella me otorgará su mano cuando yo haya vengado en Cortés la muerte de su padre.

—Sois de los nuestros, dijo entónces Alderete levantándose; pero como nuestras fórmulas son generales para todos, ántes de ser definitivamente aceptado entre nosotros, teneis que hacer un solemne juramento ante este crucifijo.

—Sea, exclamó el jóven extendiendo la mano.

Y juró sobre los libros sagrados ser fiel á su nueva bandera, guardar secreto sobre cualquier comision ó

encargo que se le confiara y hacer guerra sin cuartel al enemigo comun.

Despues de esto, fué cordialmente agasajado por cada uno de aquellos caballeros, recibiendo además las escusas del tesorero, por las palabras un poco duras que para probarle se habia visto precisado á dirigirle.

Cuando acabaron los cumplimientos, dijo el intrépido jóven:

—Ahora, ordenadme lo que gusteis.

—Quizás no se necesite poner vuestro valor á prueba, contestó el implacable tesorero, pues que por ahora dos de nuestros amigos son los que tienen que darnos buenas cuentas de Cortés: uno es Cristóbal de Tapia: el otro es Francisco de Garay.

—Pues no olvideis que estoy impaciente por daros á conocer mi audacia.

—Tratad sólo de estar bien con vuestro regimiento por ahora y de investigar cuáles elementos tiene la hija de Moctezuma, para ayudarnos, en caso de un conflicto.

El jóven saludó y se fué.

Cuando se perdió el ruido de sus pisadas, dijo Narvaez:

—Paréceme que hemos hecho con ese jóven una adquisicion importante.

—Y mucha, contestó Alderete: ciertamente es jóv y me parece atrevido; pero sobre todo, en lo que n va á servir más que en otra cosa, es en sus amor on la princesa.

¿Pues cómo?

—Solo ella es la que tiene los hilos en las manos de toda la clase indígena que se encuentra remontada en las montañas, y que á una voz suya, obrará como un solo hombre. Ella allí, como la veis, puede en un momento dado, disponer de más de cien mil guerreros.

Los dos caballeros que escucharon esta noticia, abrieron los ojos desmesuradamente para manifestar su asombro, y Alderete continuó:

—Juro á Dios y á todos sus santos que, cuando nos dijo Pedro Gallego que era el amante de la princesa, estuve á punto de echarlo todo á perder, tomándole en los brazos y diciéndole que era para nosotros la joya más preciosa.

—¿Tanto así?

—Sin duda alguna. Ahora, despachémonos nosotros.

—¿Qué hay que hacer? preguntó Diego de Soto.

—Tenemos que hacer mucho.

—A la obra pongamos las manos, contestó Narvaez levantándose y empezando á dar vueltas, pues era generalmente llevado en álas de la impaciencia.

El retrete del tesorero estaba ligeramente alumbrado por la luz de la tarde. Se veia, sin embargo, resaltar la barba blanca de ese personage, destacándose de su vestido de terciopelo negro, cuya barba se acariciaba siempre con su fina mano, al mismo tiempo que brillaban como carbunclos sus dos ojitos garzos, en los cuales se retrataban todas sus pasiones.

Alderete se clavó de codos en la mesa, delante de la cual permanecia sentado, y siempre acariciándose su blanca barba dijo·

—Hemos recibido cartas de nuestros amigos Tapia y Garay: el primero ha presentado sus cartas á los oficiales de Veracruz y Zempoala, y lo han reconocido ya como gobernador de estas tierras con la gente que les acompaña. El segundo dice que está haciendo subir el número de sus tropas, para venirse con todas juntas cuando sea necesario.

—Bueno, dijo Narvaez deteniendo sus paseos, eso poco más ó ménos es lo que hemos estado sabiendo ántes.

—Dígoslo yo de nuevo, contestó el tesorero un tanto sulfurado, en primer lugar, para que veais que nuestros amigos están siempre en lo dicho, y en segundo lugar, porque ya es tiempo que les digamos que se preparen á dar el golpe.

—¿Cómo? exclamó Soto.

—Porque Cortés ha mandado al fraile Melgarejo para que se traiga á Cristóbal de Tapia á Tlaxcala, dizque para tener con él allí una entrevista.

—¡Ah! ¿entónces se resuelve Cortés á ir á encontrar á Tapia, mejor que recibirlo acá en sus posesiones?

—Cortés quiere á todo trance evitar que venga el comisionado de la corte y del adelantado de Cuba, porque sabe que, en viniendo, le desmorona todo su poder.

—Es cierto, murmuró Soto.

Pues bien, agregó el tesorero, si Fray Pedro Mel-g jo ha ido á hablar con Tapia, paréceme que es bue-r revenir á éste que no se deje sorprender, y á Ga-r que esté listo para acercarse.

—Indudablemente, contestó Soto.

—Ahora, sólo me falta saber si quereis que mande mos un simple correo, ó que nombremos de comisionado á Pedro Gallego para empezar á poner á prueba su valor.

—A Pedro Gallego lo enviaremos cuando salga Cortés, dijo Narvaez; es valiente, y Garay debe tener valientes á su lado.

—Eso es: Pedro Gallego se irá al lado de Garay, y vos os ireis al lado de Tapia.

Narvaez se puso pálido, pero contestó con voz aparentemente firme:

—Iré.

Despues de este coloquio, se separaron con las debidas cautelas, pues sabian que eran expiados por los agentes de Hernan Cortés.



CAPITULO XIII.

La leona y el lobo.

Miéntras que la princesa Tecuichpo volvia á su alcoba y llamaba á su hermano Cuauhtlizin para establecer reglas de conducta una vez que habia sido descubierto el escondite por la astuta Marina, ésta, como hemos dicho, se dirigió á grandes pasos á la casa del tesorero Alderete.

Era precisamente el momento en que ponia el pié en la calle, el último de los conspiradores que habia estado á tomar la consigna en la casa del jefe conocido como más entusiasta en la empresa de derribar á Cortés.

Marina dejó pasar el tiempo suficiente, y luego tocó y se hizo anunciar.

Cuando Alderete oyó aquel nombre, se extremeció de piés á cabeza, y hasta cambió de color; pero una vez recobrado, se caló prontamente unos anteojos

azules, se dió con una pluma una lijera pasada de colorete por las mejillas y los lábios, tomó una actitud reposada y esperó á que entrara aquella mujer ante la cual todos los enemigos de Cortés temblaban, porque la suponian en posesion de sortilegios que la convertian no sólo en sagaz, sino en adivinadora.

—Tomad asiento, dijo el tesorero luego que vió entrar á Marina á su gabinete: ¿qué os ha movido á hacerme esta visita?

Marina colocó un sitial muy cerca de la mesa, con objeto de poder ver al descuido los papeles que estaban encima, en desórden, y contestó:

—Hernan Cortés me encargó que os hiciera una visita.

—¡Ah! ¿vuestro amante?

—Mi dueño.

—Lo mismo da. Yo me honro en recibiros como si fuera la misma persona que representais.

—Gracias. ¿Os conservais bien, señor tesorero?

—Sí; á pesar de mis años, gozo de completa salud.

—Bien se conoce, por el encendido color de vuestras mejillas.

El tesorero se limpió instintivamente con el pañuelo, pensando en que se habia cargado mucho la mano de colorete.

—¿Y vos?

—Yo completamente buena.

—¿Y ahora vivís?....

—En el palacio de la princesa Isabel.

El tesorero dió casi un salto en su asiento y preguntó con ojos asorados:

—"A cada paso temo encontrarme envuelto en una nueva celada."

—¿En casa de la princesa?....

—Qué, ¿os maravilla eso?

—Pensaba que no estábais bien con la princesa.

—¿Yo?

—Como ella.... es decir.... parece.... que no tiene mucha estimacion por Hernan Cortés.

—No sé: sólo puedo deciros que lo que és á mí, me adora la princesa.

—Lo celebro muchísimo.

—No hay por qué: desde que nos conocimos nos amamos.

—¿Y decís que estais viviendo en su mismo palacio?

—Desde esta mañana.

El criado entró en estos momentos con una bujía, porque empezaba á oscurecer, y como se interpuso instantáneamente entre el tesorero y Marina, ésta pudo con todo sigilo apoderarse de un papel, y sobre el cual tenia fijos los ojos hacia rato, esperando sólo una oportunidad para atraparlo.

Ya fuera porque el escrito era un pergamino, ya por el cuidado con que hizo ella la extraccion, el tesorero, que no la perdia de vista, no sólo no oyó ruido alguno, pero ni siquiera observó el movimiento.

El criado dejó la bujía sobre la mesa, y desapareció haciendo muchas reverencias.

—No quisiera perder la ocasion, dijo Marina con oz enteramente tranquila, de hablaros un poco en avor del hombre que es mi amo y señor.

—¿De quién? preguntó Alderete frunciendo el eño.

—Del invicto capitan general Hernan Cortés.

—Os suplico, señora, que no me lo nombreis.

—¿Tan grande así es vuestro odio contra una persona que sabeis bien os estima?

—¿Decís que Cortés me estima?

—Me lo ha dicho no una, sino repetidas veces.

—¿A vos?

—Sí.

—Perdonadme si os digo que no lo creo.

—Y sin embargo....

—Cortés me aborrece más todavía de lo que yo le aborrezco.

—Os engañais: Cortés tiene por vos la más grande predileccion.

—Y suponiendo que así fuera....

—¿Qué?

—Yo no debo ver en él sino al enemigo del Emperador, de la corte, de los españoles, de los indios y de todo lo que no es su pequeño círculo, en el cual estais vos, señora.

—¡Ah! bien veo que no estais dispuesto á ceder, caballero Alderete.

—Es un deber de conciencia defender en todas circunstancias al soberano y á la patria.

—Entónces tendriais que defender primeramente al bizarro capitan general don Hernando, que ha conquistado este reino para España.

—Conquista que por culpa suya no puede producir fruto alguno hasta ahora.

—¿Quereis más todavía? Aparte de que todos vosotros estais ricos, la corte de España, toda entera,

luce en sus fiestas las telas y el oro de los indios conquistados. ¿Acaso no sabemos aquí que España ha vendido á Inglaterra hasta las plumas y los pericos, fuera de los ídolos de oro y las piedras preciosas de los mexicanos, sacándoles un precio fabuloso?

—Paréceme que esas son historias vulgares; pero aunque verdaderas fueran, Cortés no cumple como buen caballero ni como buen cristiano.

—¿Pues qué querriais vos que él hiciera?

—Ahora, cualquier cosa que haga es inútil: ántes debia haber nombrado una junta de gobierno que dictara las medidas que fueran de necesitarse; debia haber hecho compartimientos de tierras y de indios entre todos los españoles, sin distinguir á éstos de los otros, por que sean sus más amigos; debia haber empezado porque el rey recompensara sus servicios con títulos y distinciones, poniendo en sus manos las tierras conquistadas y las riquezas habidas en ellas; debia, por fin, haber procedido en todo con llaneza, abandonando el mal camino que ha llevado que es el de la avaricia, el del orgullo, el de la opresion, y si quereis que os lo diga todo, el de la insensatez.

Marina escuchó atentamente esta relacion, y en seguida preguntó, haciendo por conservar su entereza:

—¿Creeis entónces superfluo que yo os prometa empeñarme con don Hernando en que adopte otro g ero de conducta?

—Ya es tarde, señora. Hoy todos los pasos están d y nosotros los que nos oponemos á su gobier- p daremos uno solo atrás.

—Quizás no es pese......

—¿Por qué habia de pesarnos?

—Porque don Hernando tiene siempre muy buena estrella.

—Ya se eclipsará.

—El tiene muy buenos amigos y aliados, miéntras vos no podeis decir otro tanto.

—A mí me basta la justicia.

—¡Oh! si fuera la justicia la que triunfara siempre, dijo Marina dibujándose en su rostro una sonrisa llena de amargura, no estariais aquí ni Cortés ni vosotros.

—¿Por qué?

—Porque esta es una tierra que no os pertenece.

—La hemos ganado.

—Aun así, debiais dejar algo á los indios en vez de la esclavitud. Esa sí que seria la justicia.

—Pues bien, señora, dijo Alderete cogido en sus propias redes como estaba, nosotros lo que queremos á todo trance es que no gobierne aquí Hernan Cortés.

—Y Cortés seguirá gobernando.

—Nó seguirá.

—Ya lo vereis.

—A estas horas quizás....

—¿Qué?

Marina, al oir esas palabras que envolvian una amenaza terrible contra su amante, no pudo permanecer serena, y se levantó del asiento á pesar suyo.

Alderete conoció que habia ido demasiado léjos y agregó:

—A estas horas ya debe estar destituido de su cargo, por el mismo emperador.

—No era eso lo que ibais á decirme, señor tesorero.

—¿Pues qué?

—Que á estas horas don Hernando podia estar en poder de vuestros aliados. ¿Le habeis puesto alguna celada?

—Acaso vos sabeis mejor que nadie que no necesitamos de eso, cuando estais al tanto tambien, como nosotros, que se halla en el país Cristóbal de Tapia, que es quien viene á sustituir á vuestro señor.

—¿Y vosotros esperais que Hernan Cortés entregue el mando á Cristóbal de Tapia?

—Si no es un rebelde á Su Majestad el Emperador, se lo entregará.

—Pues desde ahora podeis estar seguro de una cosa.

—¿De cuál?

—De que Cortés, despues de su conferencia con Cristóbal de Tápia, convencerá á éste de que debe volverse, hasta tanto que el rey se imponga de las nuevas determinaciones del Consejo Municipal de la Nueva España.

—¿Qué decís?

—Digo que no sereis vosotros, por lo ménos en muchos años, quienes destruyan el poder de ese gigante.

—¿Nos amenazais, Marina?

—Nada de eso, señor tesorero; solamente os prengo que os va á pesar no haberos entendido conmi, cuando os he venido á buscar con la paz.

—Prefiero que siga la guerra.

—Sea. No os quejeis si por mi parte uso de todas armas.

Marina, al decir esto, alzó de nuevo el papel que estaba dispuesta á dejar en su sitio respectivo.

El tesorero sólo dijo haciendo un ademan lleno de orgullo:

—Id con Dios.

CAPITULO XIV.

Escenas de amor.

La hermosa princesa Tecuichpo entró en su alcoba, y llegándose á los cortinajes que ocultaban la trampa del cuarto del príncipe, dijo pegando sus lábios á la cerradura:

—Ven, Cuauhtlizin.

Este, como si ya estuviera esperando tal órden, oprimió el boton y salió presuroso de su escondite.

—¿En dónde está Marina? preguntó con acento lleno de un supremo interés.

—Marina salió del palacio.

—¿A dónde ha ido?

—¿Qué quieres que yo sepa de sus intrigas? Fué, segun me dijo, á visitar al tesorero Alderete.

—¿Quién es ese tesorero Alderete?

—Es un anciano.

—¡Ah!

—¿Pero qué te interesa á tí Marina?

—Me interesa mucho, hermana mia; desde que oí su voz estoy soñando con ella, desde que la ví me ha parecido contemplar en ella toda la hermosura del cielo, todo el encanto de las flores, toda la divinidad de una diosa.

—Ya se está viendo, pues, que la manceba de Hernan Cortés te ha impresionado.

—¿Qué es lo que dices?....

—Nada, príncipe, nada. Ven, siéntate aquí y hablaremos.

Diciendo esto, lo cogió de la mano y lo sentó en frente de la ligera luz que entraba del patio por una ventana, pues á la hora que era, empezaba ya á oscurecer.

Despues que Cuauhtlizin se hubo sentado, y que hubo observado la princesa su extrema palidez, se dijo interiormente:

—¡La ama!

Y agregó en voz alta:

—Te decia, hermano, que hacias muy mal en estar alimentando una pasion por esa mujer.

—¿Me reprochas que ame á Marina?

—Sí.

—Pídele al sol que no alumbre, pídele al pájaro que no cante, pide al bosque que no oculte misterios en sus sombras; pero no me pidas á mí que no ame á Marina.

—¡Insensato!

—Sí, muy insensato, porque en este momento estoy ya loco de amor por esa mujer, la más hermosa,

la más dulce, la más interesante de todas las mujeres.

—¿Pero no sabes, desgraciado, que Marina es una esclava de Hernan Cortés?

—Yo no quiero saber nada, sino que la amo.

—Y sin embargo, es fuerza que conozcas tu situacion.

—Sé bastante bien, que es la más mala que puede tener hombre alguno: perseguido por los blancos, que son dueños de esta tierra; pisoteada mi raza y mi corona por los mismos súbditos de mi padre; olvidado de las naciones que podian ser aliadas nuestras; abatido por la suerte que me ha hecho presa de tôdos sus horrores, ¿qué me importa entónces, despues de tantos males, el mal mayor de estar enamorado de Marina? Yo no debo vivir, Tecuichpozin, yo debo ser sacrificado hoy ó mañana; pues vale más que mi sacrificio sea en aras del amor. Yo me presentaré á Cortés, le diré que amo á Marina, y me mandará matar en presencia de ella. Pues bien, esto es todo lo que quiero.

—¡Infeliz! murmuró la princesa.

—Sí, muy infeliz, ó más bien dicho, muy afortunado, puesto que cuando me juzgaba ya perdido para los hombres, para el mundo, convertido sólo en béstia salvaje, encuentro la ocasion de morir por la mujer más hermosa que ha existido en la superficie de la tierra. ¿ [illegible] es esta muerte digna de un hijo de Moctezuma? [illegible] los mis antecesores han muerto en la guerra, en me[illegible]e los combates ó cuando las luchas estaban desata[illegible] mayor fuerza. Hoy me veria precisado á morir

de un modo oscuro, en medio de un camino, ó á palos, al ser encontrado y reconocido en este palacio; pero desde que he conocido á Marina, desde que estoy loco de amor por ella, ya tengo en perspectiva una muerte dulce, una muerte honrosa, una muerte digna de un príncipe. Hermana mia, abrázame como al más feliz de los mortales. ¡Voy á morir por Marina!

—Está bien, Cuauhtlizin, morirás por Marina, pero será en la última extremidad.

—¿Qué dices?

—Que ántes harás por vivir amado y venturoso.

—Te entiendo ménos todavía.

—Cortés y Marina son amantes; pero segun he oido decir, tanto cuanto Marina adora á Cortés él se muestra con ella indiferente. La llama del amor se ha apagado en el corazon del guerrero, miéntras que devora el corazon de la jóven. Quizás el despecho de ella, vendria á ponértela en los brazos. Hay que esperar.

Los ojos del príncipe brillaron con extraordinario fulgor, y dijo estrechando una de las manos de la princesa:

—¡Benditos sean tus lábios que así me pronostican la ventura! Ordéname lo que tenga que hacer y te obedeceré ciegamente, aunque no puedas dar á la pasion que consume mi pecho, más que una fugaz esperanza.

—Bien, espera con prudencia á que yo te proporcione una nueva entrevista con Marina.

—Sí, sí, para echarme á sus piés....

—No para hacer locuras, hermano mio, sino para engañar su astucia provocándole su ambicion.

—No te entiendo.

—Ella es ambiciosa, ella es amante de lo grande, de lo maravilloso, de lo que tiene esplendor, y por eso se ha enamorado de Hernan Cortés. No ha visto á otro hombre superior á él, y por lo mismo se ha convertido en su esclava.

—Y yo pobre, yo desvalido, yo sin estirpe, sin porvenir, sin nada, ¿voy á poderle presentar más perspectivas que ese guerrero que es el dueño del imperio de los Moctezumas?

—Tú.

—No acierto cómo......

—Tú eres el heredero legítimo del trono, y mañana ú otro dia....

El príncipe movió la cabeza y dijo con voz lastimera:

—Imposible.

—Eso lo vemos claro nosotros; pero no tanto Marina, que observa á Cortés cercado de enemigos y en riesgo de que se le escape el poder de las manos.

—Sólo cambiariamos de amo con otro español.

—Pero aparte de tu calidad de príncipe, que siempre te presenta á los ojos de Marina como un hombre superior, puedes ofrecerle lo que Cortés no puede darle.

—¿Qué?

—Tu mano de esposo.

—¡Ah!

—Cortés es casado, y segun las leyes de su país, puede tener otra mujer que doña Catalina, que es próxima á llegar á esta tierra.

—¿Viene la esposa de Cortés?

—Va á llegar muy pronto, y entónces será el momento oportuno de aprovechar el despecho de Marina.

—He comprendido ya todo tu vasto plan, hermana mia. Marina, viéndose abandonada por Cortés, entregará su corazon al hombre que pueda vengarla.

—Pero ella es sagaz y es necesario que no comprenda esto.

—¡Oh! demasiado has visto que desde el momento en que la ví, la he adorado, sin saber nada de lo que ahora me cuentas.

—Necesitas mostrarte con ella siempre enamorado, pero á la vez altivo y orgulloso. Marina gusta mucho de los hombres orgullosos.

—No creo que llegue á amarme; pero haré todo cuanto esté de mi parte, para que al ménos me compadezca. Yo moriré por ella si es preciso.

—Cuídate de dárselo á entender, porque entónces se aprovechará de tí como de un instrumento.

—Que ella no me rechace y yo seré su esclavo.

—Al contrario: lo que yo quiero es que ella sea sierva tuya.

—¿Y cuándo podré verla?

—Mañana, todos los dias, miéntras esté en mi palacio.

—Me harás el más feliz de los mortales.

—¡Silencio! vuelve á tu escondite y espera. He oído la señal de que alguno me busca.

La jóven empujó al príncipe hácia su gabinete, y

ella salió rápidamente á uno de los salones contiguos.

De pié, con la mano puesta en la empuñadura de la espada y con una sonrisa de satisfaccion vagando en sus lábios, la esperaba el alférez Pedro Gallego.

—¿Tan pronto de vuelta, amigo mio? le preguntó Isabel tendiéndole la mano que él besó puesto de rodillas.

—Sí, mi amada princesa; aquí estoy ya para deciros que he cumplido con vuestros deseos, que han sido para mí órdenes sagradas.

—¿Habeis visto al tesorero Alderete?

—Vengo en este momento de su casa.

—¿Y qué ha pasado?

—Que tanto él, como todos sus amigos, me admiten en el número de sus parciales, con gran entusiasmo.

Entónces ambos jóvenes tomaron asiento, y Gallego contó á doña Isabel la escena que acababa de tener lugar en la casa del tesorero.

—Ahora, dijo, mi parte está cumplida; cumplid vos con la vuestra.

—De prisa vais en vuestras pretensiones, mi querido oficial.

—Dejadme besar vuestras manos.

—El amor no se improvisa, don Pedro; habeis dado el paso más grande que podriais dar para merecerlo. Ahora, esperad un poco á que se vaya desarrollando en mi corazon.

¿No me amais, pues?

En este momento no os amo todavía, ó al ménos, no os amo como deseo amaros.

—¿Cómo?

—Como aman las mujeres de mi raza: con todo el alma, con todo cuanto tienen de fuerza y de voluntad...... Desde el momento en que yo diga: contad conmigo, no habrá fuerza humana ni divina que me aparte de vos. Os seguiré por todas partes, cuando no con los ojos con el pensamiento; os colocaré como un ídolo en el fondo de mi corazon; os consagraré mi vida, y mis deseos serán los vuestros, y no tendré otro afan que el de complaceros y serviros.

Pedro Gallego, trastornado con estas palabras que fueron pronunciadas con un fuego indecible, cayó ébrio de amor á los piés de la princesa y besó fervorosamente la orla de su vestido.

—Me volveis loco, murmuró.

—Reportaos, don Pedro, volved á vuestro sitial, os lo ruego.

—Dejadme adoraros, princesa, dejadme siquiera la libertad de entregarme á los trasportes de mi ardiente amor.

Isabel pasó sus manos por la rizada cabellera del jóven, y le dijo casi con pasion:

—Sois encantador.

El jóven se quedó por un momento, desvanecido, sin saber ni qué hacer ni qué decir, hasta que vuelto en sí un poco, exclamó delirante:

—Decidme que me amais.

—Nada os cuesta esperaros un poco para que os lo diga sin que me lo pregunteis.

—¿De veras?

—¿No sois vos el que lo está ganando?

—Sí, sí; y seguiré esforzándome en hacerme digno de vos...... de vuestra predileccion.

—Levantaos.

—Os adoro, princesa.

—Tomad asiento os digo.

—Ya os obedezco.

El jóven, que estaba aún de rodillas delante de la princesa, le estrechó ambas manos entre las suyas, las oprimió con sus lábios, y lanzando un largo y profundo suspiro, volvió á ocupar su sitial, derramando sobre la jóven una mirada llena de pasion.

Las sombras de la noche comenzaban á aproximarse; la última claridad de la tarde daba una luz dudosa, y ante estos pálidos fulgores, Gallego contemplaba á la princesa como en medio de un sueño el más fantástico, pero tambien el más arrobador.

—Ahora será preciso que nos preparemos para el porvenir, dijo Isabel.

—Decidme lo que quereis.

—Quiero que seamos discretos para aprovecharnos de la posicion en que estamos.

—Yo haré lo que vos me digais.

—¿Os ha dicho el tesorero cuándo debeis volver á verlo?

—Nó: tengo que esperar á que él me llame cuando se necesite.

—No tardará ese caso, y entónces tiene que ser nuestra situacion muy comprometida.

—Así lo he juzgado yo, pero tengo que salir de 'la.

—¿De qué modo?

—Pidiendo mi licencia del servicio militar para quedar completamente libre.

—Eso jamás.

—¿Qué me decís, princesa? ¿Pues cómo he de estar al mismo tiempo sirviendo á Cortés y haciéndole la guerra? Ese seria un papel de traidor que yo no podria aceptar.

—No trato de desvanecer vuestros escrúpulos, querido don Pedro, sino de haceros una simple reflexion: desde el punto en que os vean Alderete y sus amigos, sin mando de armas, ya no os estimarán con valor alguno.

—¿Y el de mi brazo?

—Sois demasiado jóven para que os tengan en lo que valeis.

—¡Yo lo probaré!

—No os presentarán la ocasion.

—La buscaré.

—Será trabajar mucho y sin probabilidades de buen éxito.

—¿Qué debo hacer entónces?

—Permanecer en vuestro regimiento hasta que el mismo Hernan Cortés, teniendo sus temores y apoderándose de él la desconfianza que vos le inspireis, os señale como su víctima.

—Cuando eso sea, me encerrarán en un calabozo.

—Yo lo deploraria, don Pedro, pero veria desde ese momento abiertas para vos las puertas del porvenir, y yo seria la primera en exponer mi vida por salvaros.

El jóven no pudo contener otro trasporte de amor, y se acercó buscando entre las sombras la mano de la princesa.

Esta estrechó entre las suyas con fuerza, con la espresion más tierna, las del apasionado jóven, y levantándose rápida como un rayo, dijo, corriendo hácia la puerta:

—Luces.

El alférez Pedro Gallego salió de allí más enamorado que nunca.



CAPITULO XV.

Los pregones.

Un dia, cuando ménos se esperaba, empezóse á oir que sonaba, en el cuartel de Alvarado, la campanita que se llamaba entónces del pregon ó del correo.

Eso significaba que todos los empleados civiles y militares, debian reunirse en las incipientes casas consistoriales para escuchar alguna nueva. Era lo que pudiera llamarse la gaceta de entónces un pregonero que publicaba en voz alta el acontecimiento.

Como Cortés estaba ausente, y todo el mundo esperaba el desarrollo de nuevas importantes, casi no hubo persona, entre los españoles é indios de los principales, que no concurrieran á oir el pregon.

Cuando la muchedumbre estaba compacta, el pregonero salió del edificio municipal, y subiéndose á una especie de tribuna, leyó un manuscrito que en sustancia daba las siguientes noticias:

Cristóbal de Tapia habia hecho un recibimiento amistoso á Hernan Cortés, en la villa de Medellin.

No sólo se habia limitado á salir á recibirlo, sino que lo habia alojado en su mismo palacior indiéndole pleito homenaje y cabal acatamiento.

Hernan Cortés, por su parte, le habia hecho grandes y magníficos regalos, que Tapia habia recibido con orgullo y agradecimiento.

Tambien le habia entregado Cortés alhajas de gran precio, para que Cristóbal de Tapia las entregara en manos propias del emperador.

En cuanto á la mision que se decia haber traido Cristóbal de Tapia, de tomar el mando de las manos de Hernan Cortés y mandar á éste encadenado, si era preciso, á la corte, á dar cuenta de su conducta, todo no habia resultado ser sino una miserable intriga de Velasquez el adelantado de Cuba, en combinacion con los enemigos que Cortés tenia en la corte, resultando que Cristóbal de Tapia se hubiera quedado confuso y avergonzado al ver cuán engañado habia sido, recibiendo documentos y mandatos que no tenian los requisitos ni estaban autorizados por el emperador y su consejo ni por la Regencia.

Cristóbal de Tapia, que era gran amigo de Cortés, que habia comprendido la justicia, que no queria sembrar males en estas comarcas, que estaba mortificado por los engaños de que habia sido víctima, que se encontraba persuadido de que la conducta del capitan general era en todo digna y ajustada á la equidad, que su gobierno no podia ser más arreglado, y que en todo caso, profesaba la justicia como norma de su con-

ducta, habia consentido no sólo en reconocer el gobierno de Cortés y en ausentarse dejándole en su goce tranquilo, sino en llevar pliegos para Su Magestad, comprometiéndose á dar informes ciertos de México, cuya comarca estaba progresando bajo la direccion de los que en ella mandaban.

Añadian los mensajes ó pergaminos oficiales, mandados desde Medellin por Hernan Cortés, que éste habia quedado por su parte complacido del buen porte y de los buenos sentimientos del comisionado, el cual con su buen talento y buena comprension habia advertido que era víctima de un engaño, el cual estaba resuelto á aclarar á su vuelta.

En esto se recalcaban mucho las noticias, esto es, en hacer saber que pronto la corte de España estaria enterada de que los enemigos personales de Cortés, que trabajaban contra él en México, en Cuba y en Madrid, eran los que habian formado aquel embolismo, envidiosos de no haber sido ellos los héroes de la conquista.

Terminaban todas estas noticias con una que fué la que más impresionó á Alderete y á todos los descontentos: con la de que Cristóbal de Tapia habia salido para la Veracruz escoltado por doscientos ginetes que iban al mando del oficial en que Cortés tenia más confianza, y que en las aguas del Golfo estaba ya la embarcacion lista con sus víveres y con cuanto más se necesitaba, en la cual se encontraban ya cuatro oficiales prevenidos para recibir á tan ilustre personaje y servirle de escolta hasta las costas de España, sin que les fuera permitido tocar en la isla de Cuba.

—¡Cristóbal de Tapia va preso! exclamó el tesorero retorciéndose los puños.

—¿Va preso Cristóbal de Tapia? preguntaron algunos que no habian comprendido bien lo que habia dicho el pregonero.

—No, señores, contestó con sorna don Diego de Salamanca que era por entónces uno de los letrados más famosos en materia de chiste: el veedor altísimo señor don Cristóbal de Tapia, va bien cuidado solamente por las tropas de don Hernando, para que no vaya á extraviar el camino.

—¿Y entónces cómo se entiende que cuatro oficiales lo esperan á bordo del navío para no dejarle comunicarse con tierra sino en las costas españolas?

—Eso lo entiende cada cual segun su malicia.

Tal acontecimiento, como era natural, levantó ecos y otros rumores entre los que estaban en la plaza, advirtiéndose principalmente grupos de descontentos que vociferaban aquí y allá, mezclando en sus murmuraciones los nombres de Hernan Cortés y de Cristóbal de Tapia.

—Ha sido un cobarde Tapia, decian unos.

—Hernan Cortés es un rebelde y un traidor, agregaban otros.

—Si Cristóbal de Tapia traia en regla sus provisiones dadas por la regencia. ¿cómo es que se ha dejado sorprender?

—Porque ha sido pusilánime.

—El no conocia las astucias del gobernador.

—No se puede dar el nombre de gobernador á don Hernando.

—Es, sin embargo, el que gobierna.

—Pero gobierna por la fuerza y no por el derecho.

—De todas maneras, no han podido quitarle el poder ni Velasquez, ni la regencia, ni Cristóbal de Tapia.

—Porque se ha alzado con él.

—Cristóbal de Tapia debia haber venido al centro de esta tierra, para hacerse reconocer por indios y colonos.

—Una vez aquí, hubiera contado con los regimientos.

—Y más que con eso, con los barrios y naciones inmediatas que odian á Cortés.

—¿Por qué no vino?

—Porque no le dejaron venir.

—Porque tuvo miedo.

—Nombraron en la corte al hombre ménos á propósito.

—Debian haber mandado á cualquier valeroso caballero que no hubiese tenido temor de ponerse frente á frente de Cortés.

—¿Pero y el señor tesorero don Julian de Alderete que tan bien nos hablaba del tal don Cristóbal de Tápia?

—Paréceme que no debemos adelantar juicios, dijo el tesorero agregándose al grupo en que se habia pronunciado su nombre; para mí hay algo secreto que pronto se descubrirá.

—¿Cohecho? ¿soborno?......

—¡Quién sabe! Id á mi casa, en donde nos reu-

niremos al peso de la noche para tomar el camino que hemos de seguir.

Por el otro extremo de la plaza, un grupo se habia animado más de lo conveniente y estaba ya para pasar de las palabras á los hechos, cuando sonó la campana de la queda, adelantándose más de media hora del tiempo ordinario, sin duda porque al justicia mayor le pareció así más cómodo para conservar el buen órden de la ciudad que empezaba á alterarse y que se alteraba con frecuencia por estar formada aquella de elementos heterogéneos, poco acostumbrados á la obediencia ó poco conformes con el ejercicio de una autoridad que les parecia adolecer de un orígen ilegítimo.

La campana de la queda tenia, sin embargo, una lengua tan imponente, que á su solo sonido todas las demas enmudecieron, se embozaron en sus capas los que las tenian y echaron á andar por diferentes rumbos desbaratándose los grupos de parlanchines como por encanto.

Si no hubiera reinado cierto espíritu de subordinacion engendrado por los hábitos de la necesidad, más que por la violencia, sabe Dios si la ciudad de México, en esa noche, hubiera sido el teatro de una de las luchas más sangrientas, pues estando los ánimos exaltados como se encontraban, tanto por parte de los partidarios de Cortés como por la de sus enemigos, nada más fácil que aprovechar la oscuridad de la noche para irse á las manos, pues el único farol que habia en lo alto de la casa municipal, no era bastante ni siquiera para cubrir, aunque fuera con un

débil resplandor, veinte varas de radio. Todo lo demas se veia sumido en profundas tinieblas, y apenas daba idea de encontrarse la ciudad poblada el ruido de las espadas y de los pasos de los hombres que se alejaban en diferentes direcciones. Ni siquiera podian oirse ya á esas horas, las ocho y media de la noche, las conversaciones de los castellanos ó los cánticos tristes que entonaban los indios á todas horas, y principalmente al oscurecer, pues que despues del toque de queda á nadie era lícito ni mover los lábios, so pena de ser llevado á la cárcel por las rondas que eran las únicas que tenian el privilegio de seguir recorriendo las calles.

El aspecto por lo mismo que presentaba á esas horas la ciudad recientemente conquistada, era más que imponente, aterrador. En el centro, algunas casas ya levantadas, ostentaban sus torres negruscas confundiéndose con la oscuridad del horizonte; los canales cruzándose en todas direcciones con sus puentes medio reparados, ofrecian un paso inseguro, y los montones de escombros por otro lado, impedian el tránsito frecuentemente, formando un laberinto que por las noches infundia espanto, porque estaban contribuyendo á formarlo las hosamentas de los millares de indios y centenares de blancos que allí habian sucumbido. A lo léjos, es decir, en los cuarteles de Tlaltelolco y Tacuba, que era á donde se retiraban las numerosísimas cuadrillas de albañiles, compuestas de nos doscientos mil hombres, segun los cronistas de época, se veian inmensas fogatas que con su clarid lejana contribuian á hacer más sombría y más es-

pesa la oscuridad de las calles céntricas que empezaban á delinearse.

Entre aquellas calles tortuosas, formadas con edificios nuevos, muchos de ellos á medio construir, y entre aquellos escombros y templos derruidos, fueron desapareciendo silenciosos los grupos de castellanos sonando sus espadas, y los silenciósos grupos de indios, al frente de los cuales iban los nuevos mandones á quienes Cortés habia dejado ó investido de alguna autoridad, con el fin de poder dar á las masas aunque fuera una imperfecta organizacion.

Como la situacion de los conquistados era la más delicada, y como era siempre sobre quienes pesaban los cargos, las vigilancias, las sospechas y los castigos, tenian que asistir generalmente como testigos mudos á las escenas de los españoles. Cuando más una guiñada de ojo, un apreton de manos, y de noche el graznido de una ave, todo lo cual lo hacian perfectamente, eran las maneras que tenian para entenderse y para comunicarse tanto sus temores como sus alegrías.

En esta vez tenian sin duda grandes esperanzas fincadas en la llegada del veedor Cristóbal de Tapia, suponiendo que la guerra que emprendiera contra Cortés acabaria con todos los dominadores y los pondria á ellos de nuevo en el dominio de sus tierras, pues que escucharon taciturnos los pregones, y al alejarse de aquel lugar se hablaban unos á otros al oido palabras que sin duda significaban el desaliento, pues que volvian á quedar petrificados casi ó moviéndose á impulsos de una pena que, á ser de dia, no hubieran podido ocultar por más que quisieran.

Sólo cuando estuvieron en sus barrios, seguros de que no habia de ir á turbarlos allí el expionaje de ningun español, pudieron abandonarse á todas sus efusiones y á toda su desesperacion.

Los que habian comprendido mejor el asunto de que se trataba, se ocupaban de explicarlo á los más ignorantes ó á los que no entendian aún el idioma de los españoles, y de esta manera fué comprendiéndose por todos los mexicanos que su esclavitud tenia que prolongarse, puesto que seguiria mandándolos el mismo conquistador que los habia vencido casi en todos los combates.

Cuando circularon las noticias sobre la llegada de un hombre que traia órdenes de otro que era el superior de Cortés, y que estas órdenes se extendian hasta para sujetarlo con cadenas y llevarlo por la fuerza, los indios creyeron que el orgulloso Hernan Cortés iba á resistir y que esta resistencia importaria una lucha en que ambos rivales tendrian que agotar sus fuerzas.

—Entónces, habian dicho, cuando ya estén débiles, matarémos á los que queden y no volveremos á dejar poner la planta aquí á ningun extranjero.

Estos planes habian cundido como el rayo, no sólo entre los indios pobladores de Tenochtitlan, sino de los pueblos lejanos, y fué como la contraseña para que todos alistaran sus armas secretamente como preparándose para un fuerte y reñido combate.

Todo esto que parecia hacerse entre ellos naturalmente, tenia su principio de accion y de inteligencia en el palacio de la princesa Tecuichpo, que era la

que hacia comunicar á sus criados con los demas, haciéndoles llegar oportunamente todas las noticias.

Cuando llegaron las del pregon á sus oidos, estaba la princesa hablando con el príncipe su hermano, sobre todos sus risueños proyectos, creyéndolos ya realizados; pero casi todos ellos vinieron abajo cuando entró Marina llena de júbilo y exclamó echándose en brazos de su amiga:

—Regocíjate, querida hermana mia; Hernan Cortés acaba de destruir con un solo golpe dado á Cristóbal de Tapia, todas las conspiraciones y asechanzas del viejo Alderete.



CAPITULO XVI.

Los conspiradores.

En esta noche estuvo muy concurrida la casa del tesorero real don Julian de Alderete. Más de cincuenta de los principales conjurados se reunieron allí, distinguiéndose por sus bríos el capitan Pánfilo de Narvaez y los caballeros Alonso del Castillo, Cristóbal de Olid, Diego de Soto, Diego de Valdenebro, Alonso Lúcas, Juan de Rivera, Simon de Cuenca, haciéndose notar por su apostura, no ménos que por su resolucion, el alférez Pedro Gallego.

Como la exasperacion de los conjurados habia llegado casi á su colmo, ya poco se cuidaban de observar las precauciones que anteriormente, pareciéndoles ue ya de allí donde se encontraban, iban á salir con armas embrazadas para hacer á Cortés una guea abierta y decisiva.

En esta vez no había embozos ni antifaces, pues que habiéndose venido todos de la plaza principal á la casa del tesorero, aunque extraviando calles, cada cual se encontraba con su traje conocido.

La situacion era para todos bien clara: Cortés, con astucia ó con audacia y valentía, açababa de parar uno de los más terribles y más certeros golpes que podian dirigírsele, cebándose en la pequeñez del pobre hombre á quien habian mandado para que lo derribara y sustituyera.

Pero no todos querian convenir en que el golpe estuviera completamente parado, es decir, no todos convenian en que la partida en que servia de instrumento Cristóbal de Tapia, estuviera perdida completamente, y decian que era necesario hacer un último esfuerzo todavía, ántes de declararse vencidos.

Uno de los que más se empeñaban en que se apuraran las tentativas, era Pánfilo de Narvaez, que no vivia más que alentado por el espíritu de venganza. Para él no habia plan, por descabellado que fuera, que debiera desecharse, tratándose de reducir á la nada al que él llamaba autor de su deshonra, á Hernan Cortés.

Así es que Pánfilo de Narvaez exponia estas razones con todo el aire de la más firme conviccion:

—Acaso Cristóbal de Tapia, decia, haya llevado muy léjos su prudencia consintiendo en volver á la Veracruz sólo el tiempo suficiente para que entre en reflexion don Hernando......

—Cristóbal de Tapia se ha vendido, gritó uno de los más entusiastas.

—Convengo en ello si gustais, dijo sin turbarse como de costumbre Pánfilo de Narvaez, pero no se ha vendido Francisco de Garay, ni se ha vendido el adelantado Velasquez, ni se ha vendido la Regencia, ni nos hemos vendido nosotros, y no es razon la de que, suponiendo que se haya vendido á las dádivas el de Tapia nos haga cruzarnos de brazos y traicionar al rey y á la patria. Yo estoy seguro de que el mismo Cristóbal de Tapia, dado el caso de que nosotros ó Francisco de Garay le apresáramos á Cortés, tornaría gustoso á ejercer el gobierno que hoy tan fácilmente deja, en vista de las muchas dificultades que se le han presentado.

—Pero bien, dijo Juan de Rivera, ¿es verdad ó nó todo lo que rezan los pregones?

—En parte sí, y en parte nó, contestó el tesorero. Yo sé que Cristóbal de Tapia ha consentido, de grado ó por fuerza, en retroceder á la Villa Rica para no verse estrechado en hacer uso de la fuerza para venirse hasta el centro del Real.

—¿Luego no ha cedido ante las dádivas y mercedes de que lo ha llenado Cortés?

—Algo, no lo niego, deben haber pesado en su ánimo esas dádivas, puesto que hacen mella hasta en las almas más firmes y más bien templadas; pero yo digo, agregó el tesorero con tono de entera conviccion, que Cristóbal de Tapia siempre es amigo nuestro, que Cristóbal de Tapia no nos ha traicionado.

—Entónces vamos conviniendo en lo que yo pronia, agregó con todo fuego Pánfilo de Narvaez, pues Cristóbal de Tapia es nuestro, no lo abandone-

mos, y ántes bien, probémosle que tiene entre nosotros un sostén cierto. ¿Cómo quereis que un hombre solo venga en una tierra desconocida á ponerse cara á cara en frente del señor de ella? Pues si Cristóbal de Tapia vuelve en redor los ojos y no encuentra quien le ayude, ¿cómo quereis que batalle solo contra el que lleva á cuestas ya toda la fama de un conquistador? Y aunque no fuera sino un pigmeo el señor de esta tierra, ¿cómo un hombre solo ha de írsele á las barbas? Lo que hará Tapia, esto es, lo que habrá pensado hacer, será volverse á la corte y decir que para echar fuera de aquí á Cortés se necesita una armada, una vez que de nada sirven las provisiones y mandatos. Pues bien, señores, demostremos nosotros á Cristóbal de Tapia que tiene aquí la armada que necesita y vereis como retorna á disfrutar quieta y pacíficamente del gobierno que por sus merecimientos le han dado.

—Muy buenas me parecen las razones que acaba de decir el alto y noble señor don Pánfilo de Narvaez dijo á su turno el tesorero Alderete, y creo que serán por todos aprobadas.

—Es lo que hay que hacer, gritó el impetuoso Pedro Gallego.

—Entónces, si os parece, adoptaremos estas medidas que creo son las que debemos oponer á nuestro orgulloso enemigo. En primer lugar, despacharémos á unos comisionados de entre nosotros para que hagan presente á Cristóbal de Tapia que ha sido engañado por Hernan Cortés si le ha dicho que aquí no seria reconocida su autoridad, puesto que en nuestra mayor parte

lo que más apetecemos es que venga un nuevo gobernador que tenga luces y merecimientos. En segundo lugar, despacharemos á otros de los nuestros para que vayan á ver á Francisco de Garay y le digan que se apresure con su armada á llegar cerca de aquellos lugares, en donde se encuentra ahora Cortés, para que lo aprese ya que así se lo ordena el verdadero gobernante y representante del reino de España, pues que ahora Cortés tiene poca gente, y esa poca gente está como la demas, queriendo que la mande otro capitan, y es casi seguro que se doblegará sin hacer reparos ni resistencias. Y en tercer lugar, otro ú otros de nosotros irán con cualquier pretexto ó como encargados por los indios para ir á encarecerle que se vuelva pronto, pues Hernan Cortés es muy dado á esas vanidades, y es seguro que creerá cuanto le digan, siempre que se trate de hacer elogios de su persona y de sus valentías.

Gran conmocion produjeron las palabras del tesorero Julian de Alderete, que era un lobo de cuenta, como hemos dicho otras veces, y que aunque no era muy pulcro para hablar tenia todas las agallas que se requieren para la intriga y para presentar las cuestiones á su auditorio tanto por el lado más práctico como por el lado más halagador.

Lo que más impresion produjo, porque era el golpe que más se necesitaba asegurar para lograr el fin de tantas conspiraciones, fué lo de hacer venir á Fran- ›o de Garay para que le echara mano á Cortés, pa- ›iéndoles tanto más sencillo entónces, cuanto que ›rtés estaba embelesado con su triunfo obtenido so-

bre el veedor y tal vez por esa razon durmiendo á pierna suelta.

A todos constaba que el conquistador no podia tener en aquellos momentos más que unas cien ó doscientas lanzas, habiéndole sido preciso emplear á su gente de más confianza, para hacer reembarcar á Cristóbal de Tapia.

Así es que ya desde aquel momento, todos los conjurados comenzaron á contar con el triunfo como seguro, una vez que las noventa y nueve probabilidades estaban de su parte.

Ahora lo que interesaba era no perder un solo momento y moverse con toda actividad.

Sobre la marcha fué acordado que saliera con todos los recados necesarios y aquella misma noche para la Villa Rica, el capitan don Pánfilo de Narvaez, acompañado de los caballeros que quisieran ir á probar fortuna, pues en caso de que nada pudiera arreglarse con Tapia, tendrian que embarcarse para ir á España y presentar ante la corte nuevas quejas y nuevas acusaciones contra Hernan Cortés, pues que hoy irian más recargadas con los nuevos hechos que tenian que imputársele en su gobierno, y sobre todo, tenian que hacer mérito de la desobediencia que acababa de cometer á las órdenes reales.

—Me daré tanta maña en este delicado encargo que me dais, dijo don Pánfilo de Narvaez, que si por mala ventura fracasara el golpe aquí mismo y fuera necesario ir á la corte, allí no dejaria piedra sobre piedra, sino que todo lo removeria con cuanta diligencia hubiere de hacerse, hasta conseguir que se nos

administrara la cumplida justicia que merecemos y que es de dársenos.

—Amen, contestaron por lo bajo algunos de los conjurados.

Se acordó tambien, que en aquella misma noche saliera el alférez Pedro Gallego con órdenes del tesorero real para que se le dieran cabalgaduras en los destacamentos, con el fin de ver y ayudar en todo á Francisco de Garay y así dar un certero golpe á Hernan Cortés.

Pedro Gallego sintió que daba un vuelco su corazon, pues que habia llegado el momento tan deseado para él en el que se le presentaba la ocasion de poder lograr sus ambiciones.

Entónces adelantándose dos pasos, y poniendo la mano en la empuñadura de la espada, que era la manera que tenian de jurar en ese tiempo los militares, exclamó con tono firme y resuelto:

—Juro que haré cuanto está en las fuerzas humanas, y más particularmente en las mias, para corresponder á la confianza con que me honrais, y juro tambien que esta espada no saldrá de la vaina sino para combatir con nobleza por nuestra causa sagrada, es decir, por la causa y en servicio de Su Magestad.

—Cumplid como leal y caballero, le dijo Alderete, que tendreis la recompensa merecida.

Por último, á José Jaramillo, que era un jóven apuesto y recientemente enviado por el adelantado Veasquez para explorar la situacion, se le habia nombrao para que inventara un pretexto y eligiera los comañeros que habia de llevar cerca de Hernan Cortés.

La reunion se disolvió despues que fueron arregla dos los demas detalles.

Pedro Gallego, al doblar la esquina de la casa del tesorero Alderete, exclamó terciando su capa y empuñando su tisona:

—¿Y he de irme sin despedida de mi amada la princesa? Aunque es avanzada la noche, he de procurarlo, y Dios sea conmigo.

Diciendo esto, se encaminó apresuradamente en direccion á la casa de la princesa, evitando siempre, aunque tuviera que dar algunos rodeos, el mal encuentro con las rondas.



CAPITULO XVII.

Serenata.

YA hemos dicho cómo eran en aquel entónces las noches de México. Una vez anunciado que iba á ser tocada la campana de la queda, los indios se echaban al hombro sus herramientas de trabajo y se salian en grupos, cantando, para sus barrios. El canto de los indios no cesaba jamás miéntras no daban el toque de queda. Ya que vinieran doscientos ó trescientos cargando una gran viga ó una gran piedra, ya estuvieran subidos sobre los andamios de las obras ó ya ocupados en cualquiera otra faena, siempre estaban melodiando una especie de canto religioso que, si la primera vez impresionaba á fuerza de oirlo constantemente, venia al fin á parecer cansado y monótono.

En otros tiempos, si bien tenian los indios sus cantos sagrados para la salida de la aurora y la puesta del sol, lo mismo que para las fiestas religiosas, si-

quiera eran alternados con sus danzas, con sus idilios y con sus coplas amorosas; pero ahora desde que habian perdido su rey, su libertad y su patria, no hacian otra cosa más que estar implorando la piedad de los dioses todo el tiempo que tenian libre para cantar, sin que dejaran de hacerlo ni los viejos, ni los niños, ni las mujeres.

Los indios, pues, se retiraban en grandes masas de quinientos y de á mil, subiendo á la sazon á cientos de miles los trabajadores que estaban reparando la ciudad, y en sus cuarteles ó campamentos que quedaban casi á extramuros, les estaba permitido encender sus fogatas, pero con la condicion de que se acurrucaran en rededor de ellas, pues que tenian que estar acostados y durmiendo.

Los españoles, si estaban francos siendo militares, corrian inmediatamente á sus cuarteles y los demas empleados civiles ó simples aventureros buscaban sus posadas, dejando la única taberna que habia entónces y las casas de juego.

No quedaba sino un farolillo encendido en lo alto de cada casa donde habia fondos públicos y en las torrecillas de los que habian obtenido el lujo de permitírseles que las tuvieran.

Desde aquella hora salian las rondas de alguaciles, compuestas de diez hombres, las cuales estaban recorriendo toda la ciudad, cada una en la zona que tenia designada.

Cuando los bandos de buen gobierno eran infringidos por quien quiera que fuera, y se infringian andando en la calle despues de la queda, haciendo cualquier ruido en el interior de las casas, abriendo las puertas y

ventanas, etc., etc., el infractor era llevado por la ronda á la casa correccional y allí tenia que pasarse el resto de la noche.

Bien podia ser el rey mismo el que apareciera en el fondo de una calle, que el rey mismo tenia que ser llevado por la ronda.

Sabiendo esto los conspiradores que se reunieron en la casa de Alderete, y sabiendo que las rondas, más procuraban estarse dentro de un portal que recorriendo las calles, y más gustaban de dormir que de estarse velando toda la noche, atenidas á que la costumbre habia hecho que todos, sin excepcion, acataran aquellos decretos, los conspiradores, decimos, se fueron yendo sin hacer el menor ruido evitando tropezar con alguna ronda. Bien es verdad que para evitarse del encuentro con una ronda habia la ventaja de que ésta se hacia notar por las hachas encendidas que llevaba y por el ruido acompasado de sus pisadas.

Quién sabe si alguno de esos amigos nuestros iria á dar á las manos de alguna ronda cuando ménos lo esperaba, pues que tambien sabian ponerse de acecho junto de un resplandor, principalmente en estos tiempos en que habia agitacion política y en que comenzaban á formarse partidos para disputar el mando; pero lo que es Pedro Gallego llegó sin tropiezo hasta el frente del palacio de la hermosísima princesa Isabel Moctezuma.

Una vez en frente del palacio, el jóven suspiró y empezó á decir para sus adentros:

—Y bien, ya estoy aquí...... allí duerme mi amada...... ¿qué es lo que yo debo hacer? Nece-

sito pensar bien las cosas. Si llamo á la puerta, el ruido de mis golpes se oirá á gran distancia, vendrán las rondas, me atraparán, me llevarán á dormir á la cárcel, y no podré salir esta misma madrugada, como he ofrecido, para ir á cumplir mi mision. Si yo estuviera seguro de que al llamar, me abriera doña Isabel, llamaria yo tan apresuradamente como lo he pensado. Pero, ¿y si nó me abre? ¿si me desprecia? ¿Y si sin despreciarme el escándalo la mortifica?.... Nó, no puedo ni debo llamar á la puerta de mi amada....... Pero mucho ménos debo ausentarme sin darla aviso. Póngome en el caso de que me voy sin advertirla...... y pasa un dia.... y pasan tres.... y una semana pasa...... y ella á hilvanársele el ánimo empieza, y averigua al fin que he partido. ¿Y si es que me ama hasta desear verme? ¿Y si siente en el alma que yo no haya venido á decirla adios? ¿Y si al sentirlo se molesta? ¿Y si me juzga desamorado ó infiel? ¿Y si recuerda la hora de mi partida y que por temores vanos no vine á verla? ¿Y si me acusa de ánimo cobarde y de flaca voluntad?...... Nó, nó; mil veces arrastraré mil muertes ántes que darle motivos para que entren en su fantasía tamaños pensamientos....... ¡Ea! Gallego, agregó dándose una puñada sobre el pecho para avivar su valor; aunque pierdas esta noche libertad, honra, porvenir y vida, primero, despues que tu Dios, está tu dama. Encomiéndate de todo corazon al primero y pon el arte de despedirte de la segunda ántes de ausentarte, acaso para siempre, que así es como proceden los hombres animosos y enamorados.

Diciendo así se quedó cavilando un momento sobre lo que debia hacer, sólo miéntras vino á sus mientes el recuerdo de que á sus solas y en sus ratos de descanso en su alojamiento, se entregaba á los ejercicios de un instrumento músico, que no era un violin ni un laud, y que sin embargo tenia unas cuantas cuerdas y era de tal tamaño, que podia en las noches meterlo en su jubon y con él pasearse con sus amigos, por lo que pudiera acontecer.

—¡Eso es! exclamó dándose una palmada luego que concibió el salvador pensamiento; procuraré cantar uno de esos romances que compongo todos los dias, á doña Isabel, acompañándome con estas cuerdas.

Diciendo y haciendo, templó en dos por tres su pequeño instrumento, y despues de cerciorarse de que todo estaba en silencio sin que apareciera ninguna ronda, pues que ya era la hora de que estuvieran dormidos, empezó á entonar con voz dulce su cancion, pegado á las ventanas que le parecieron más próximas á las habitaciones de la princesa.

Como queria que su voz tuviera la fuerza necesaria para ser oida dentro de la casa, y que sin embargo, fuera bastante débil para que no se oyera al través del silencio de las calles, tenia que forzar sus entonaciones dando á su acento una dulzura inimitable, principalmente escuchada así entre el negro misterio de la noche.

Sobre todo, lo que más impresion podia causar á e nora, era el sonido grato de las cuerdas de aquel specie de lira "sui generis," que murmuraba ecos p cidos á los del viento cuando mugen, y ruidos se-

mejantes á los de las puertas cuando murmuran. Parecia aquel canto acompañado de las cuerdas de aquella semi-lira, algo como un fragmento desprendido de la naturaleza, algo como los pajarillos que sonríen acompañados del ruido de las hojas de los árboles mecidas por las brisas y por los suspiros de las corrientes.

Se oian así unas notas arrancadas apenas del musical instrumento, yendo á herir ténuemente las capas de aire en blandas ondulaciones, á la vez que de la garganta del jóven alférez salia una voz tan suave como la del ruiseñor de las selvas.

Se podia decir que las auras estaban recibiendo un beso, un raudal de besos mejor dicho, de sus amantes los zéfiros que andaban jugueteando entre las flores. Tan suave así, tan dulce, tan secreto era el enamorado cántico de nuestro alférez.

La composicion poética, debida á su vena, si bien desaliñada por la falta de instruccion en el compositor, decia la verdad y era oportuna.

Hé aquí el tenor de ella:

Tan escura está la noche
Como escura tengo el alma,
Sin saber si me das vida,
Sin saber si al fin me matas.
Si comprendes los afanes
Del que por tu amor se afana,
Y me tienes compasion
Y al tenérmela me amas....
Entónces me das la vida
Sólo con una palabra;

Pero si mi voz desoyes
Y eres adusta y tirana,
Y mis desvelos desprecias
Sin conmoverte mis lágrimas,
Entónces es que me hieres,
Entónces es que me acabas,
Entónces que me aniquilas....
Entónces es que me matas.
Si quieres matarme, cierra
Los oídos á mis ánsias,
El corazon á mis ruegos
Y á mi cancion tu ventana;
Mas si quieres darme vida,
Asoma tu faz, ingrata,
Que con sólo ver tus ojos
Cobrará fuerza mi ánima,
Pues tus ojos son estrellas
Que me alumbran y me encantan.
Ven, ven que tu trovador
Espera que pronto salgas:
Si no sales le das muerte,
Si sales tendrá esperanzas,
Sal, pues, si eres compasiva,
Sal, sal, princesa adorada.

Al concluir el último verso, se abrieron poco á poco las hojas de una ventana del piso bajo, cerca de las cuales se encontraba Gallego, y apareció en ella el di-io y encantador rostro de la hija de Moctezuma.

Colocándose un dedo en la boca con salamería dijo, alférez:

—¿Qué haceis á estas horas, don Pedro?

—Ya veis, princesa, os doy una serenata.

—Cantais primorosamente, ¿y por qué haceis esto á tales horas?

—Porque vine á despedirme de vos.

—¿Os vais?

—Inmediatamente.

—¿Por mucho tiempo?

—Tal vez para no veros más.

—¿Qué decis?....

Alarmada la princesa, sacó un brazo y cogió una de las manos del alférez.

—Voy á una mision peligrosa de la cual es imposible que salga con bien.

—¡Ah! ¿vais á correr algun peligro?

—Muchos. Figuraos, princesa, que despues que vos me habeis aconsejado que me meta en los enredos políticos, se me ha dado el encargo de ir á traer preso á...... ¿quién pensais?

—¿A quién?

—A Hernan Cortés en persona.

—¡Gran Dios! exclamó doña Isabel despues de habérsele atropellado en la boca la palabra Huitzilopochtli.

—Es decir, voy á ayudar en la empresa á Francisco de Garay, para quien llevo pliegos y órdenes de palabra, que me han dado esta noche.

—¿Y decís que os vais luego?

—Sí, hermosa mia, es la órden que tengo; áun ya tardo más de lo que debo para ponermee n marcha; pero ¿podia irme sin veros por la última vez? ¿podia irme

sin deciros adios? Sé que deteniéndome aquí en vuestras ventanas, á esta hora, arriesgo mi libertad, mi honra y hasta mi misma vida; pero ¿soy dueño de alguna de estas cosas desde que os pertenecen?

—Gracias, hermoso mancebo, gracias.

—¿Me amais? preguntó el jóven que sintió que su mano era estrechada entre las de la princesa con efusion.

—Os lo diré cuando volvais.

—¿Y por qué no ahora que voy á ponerme en mil riesgos?

—Porque para andar pensando sólo en estas cosas, abandonareis los importantes negocios que os han confiado.

—Os juro que velaré más por ellos, os juro que tendré más fuerzas para combatir y triunfar, os juro que saldré ileso si en esta noche me dais vuestro amor.

—¡Tonto! ¿y para qué quereis oír una confesion de mi boca, cuando todos mis hechos os testifican.....

—¿Qué?

—Que os amo con inmensa pasion.

El jóven alférez quedó desvanecido. Por más convencido que estuviera de que se le amara, aquella confesion desprendida de los mismos lábios de la princesa, le impresionó tanto, que estuvo próximo á quedar sin conocimiento.

Cuando se hubo repuesto un tanto de la emocion, llenó de besos y caricias las manos de la hija de Moct ma, y repetia á cada momento:

-Gracias, gracias, princesa, buena y hermosa I cesa, gracias, gracias; me haceis muy feliz, me

Cortés á la corte de España, allí estaban los nombres de los principales descontentos y los de los que deberian ocupar los puestos de la administracion tan luego como aquel capitan fuera depuesto, allí estaban las cantidades del tesoro de que podia echarse mano en caso ofrecido sin tocar el quinto de Su Magestad, allí estaban, en fin, los nombres de las gentes de armas de que podria disponerse en el momento en que fuera preciso dar un golpe de mano.

Marina, luego que comprendió la importancia del documento, y que se cercioró de cuanto pasaba, imponiéndose de la conversacion que habia tenido Pedro Gallego con la hija de Moctezuma, se puso á obrar por su parte.

Ahora bien; ¿cómo hizo para escuchar aquella plática que tuvo lugar á media voz, por la reja de una ventana y en medio del silencio de la noche? Muy fácilmente: como tenia el sueño lijero de una persona acostumbrada á las fatigas y á los peligros, y como además estaba de contínuo vigilante, oyó desde la habitacion contigua á la de la princesa que ocupaba, que se la daba una serenata, y ya fuera por la curiosidad que es tan natural en las mujeres, ya porque de todo estaba acostumbrada á sacar algun partido, echó luego un brinco de la cama, se cubrió con un pañolon y tomando todas las precauciones, abrió con cuidado la puerta de comunicacion con la alcoba de la princesa, y entró allí de puntillas. En esos momentos observó que Isabel salia tambien descalza al salon y abria con cuidado una de las ventanas. Entónces ya no habia que vacilar: se acercó hasta escuchar de tal modo que

Dª MARINA.

" Alarmada la Princesa sacó un brazo y cogió una de las manos del alferez."

no se la fuera una sola palabra. Allí fué donde descubrió dos secretos que podian importarle mucho: los amores de la princesa con Pedro Gallego y lo que se habia resuelto aquella noche en la junta de los conspiradores para perder á Cortés.

De allí á las pocas horas que faltaban para que saliera la aurora, ya no pudo conciliar el sueño, ocupada su imaginacion en lo que debia hacer para comunicar todo aquello á don Hernando. Al efecto, ella, sin necesidad de recurrir á nadie, tenia más elementos que el mismo tesorero Alderete, pues de acuerdo con el conquistador se habia colocado un cordon de indios desde la ciudad de México hasta el punto en donde aquel se encontrara, por cuyo conducto Cortés podia recibir un mensaje en ménos de dos dias.

Así, pues, luego que amaneció, Marina cogió un pergamino y trazó en él con la mala escritura que habia aprendido, todas las noticias que podian ser de más interés para aquel gobernador, diciéndole principalmente quiénes y cómo pretendian atacarlo.

Este era el segundo mensaje de Marina, pues el primero ya hemos visto que fué el que dió la voz de alarma á Cortés cuando estaba muy desahogadamente en el nuevo pueblo de Medellin esperando que Cristóbal de Tapia fuera reembarcado.

Cuando Marina tuvo listo el paquete de pergaminos que enviaba á Hernan Cortés, salió del palacio de la princesa Tecuichpo, evitándose todo encuentro con cualquiera de los de allí, pues que ya conocia la localidad mejor que la princesa misma, y se encaminó al lugar en que la esperaba el indio que habia de recibir

el mensaje para entregarlo á otro que estaba fuera de la poblacion, para que de allí siguiera de mano en mano con una rapidez extraordinaria.

En esta vez el paquete aquel iba acompañado de esta sola palabra repetida de boca en boca: "pronto."

De esta manera Hernan Cortés tuvo sus noticias en el mismo campamento en el instante en que se proponia conseguir algunos arreglos con Francisco de Garay para que no se derramara sangre española.

Es decir, el segundo mensaje de doña Marina, llegó doce horas despues de recibido el primero, en que sólo le advertia que deberia tomar precauciones.

Cortés, así que comprendió toda la importancia del mensaje de doña Marina, no pudo ménos que alzar los brazos al cielo, y derramando lágrimas, exclamar con ternura:

—Amiga leal, la más fiel de las amigas..... ¡bendita seas una y mil veces, Marina hermosa, reina de mi alma!

Entónces tornó á revisar uno por uno los pergaminos, y cuando los hubo leido todos, dijo á los emisarios de Francisco de Garay que llegaban en esos momentos:

—¿Venís á decirme que os entregais todos á prision, perros indios, infieles?

—Señor, no venimos á eso, contestó Juan de Mancilla; nuestro señor nos envía, sabedor de que quereis la paz, á deciros que la acepta con una condicion solamente

—¿Y qué condicion seria esa? preguntó Hernan Cortés con tono altivo.

—Que le dejeis quietamente ejercer sus provisiones y cédulas reales.

—¡Ah! ¿tambien Francisco de Garay trae provisiones y cédulas reales?

—Bien lo sabeis, magnífico señor: el capitan Francisco de Garay ha conquistado toda la provincia del Pánuco que se extiende desde el rio de las Canoas, poblado ha la tierra con su gente, y Su Magestad le ha concedido el título de capitan general y gobernador de ella.

—¿Con que él tiene ya sus provisiones cuando yo no recibo aún las mias?

—Así es la verdad.

—En ese caso, id á decirle que no soy tan bobo para creer en esas cosas: cuando él viene con gente armada sobre mí, dejando sus navíos desamparados, no es porque venga á proponerme su amistad.

—Señor, él ignoraba que os encontrarais por estos rumbos.

—¡Ah! pero si no tropezaba conmigo, de seguro se encontraria con otros de mis capitanes y con alguno de mis regimientos.

—Es muy fácil que os expliquemos todo esto, poderoso señor.

—Pues explicadlo desde luego.

Entónces Juan de Mancilla, doblando una rodilla, dijo con tono solemne:

—Juro á Dios que voy á decir la verdad y nada más que la verdad.

—Amen, contestó don Hernando.

El comisionado se levantó entónces y comenzó así:

su relacion con toda la solemnidad que el acto requeria:

—Sabed, señor, que despues de haber conquistado esa provincia el capitan Francisco de Garay, volvió á Cuba para armar otros navíos, juntar gente y recibir sus provisiones reales. Al tocar los navíos en Villa Rica, conoció que los víveres iban á faltarle para seguir manteniendo tanta gente, y que le seria más fácil cruzar por estas vuestras tierras con vuestro permiso, sirviéndole esto para hablar con vos ó con vuestros capitanes, ofreciéndoles su amistad en cambio de la vuestra, para ayudarse y protejerse en caso necesario. Otra cosa más le decidió á veros ántes, y fué haber sabido que vos habiais mandado poblar en sus posesiones.

—¿De suerte que Francisco de Garay trae su nombramiento por el adelantado Velasquez? preguntó Cortés desentendiéndose del cargo último que se le hacia.

—Lo trae de Su Magestad.

—Del regente, quisísteis decir.

—Es la misma cosa, una vez que de todas maneras se expresa la voluntad real.

—No tanto como os lo figurais, pues que Diego de Velasquez y el obispo Fonseca, amigo del regente, son una misma cosa.... pero continuad.

—Mi amo y señor, de consiguiente, os pide permiso para encaminarse á sus posesiones del Pánuco para que cada cual gobierne en paz sus tierras, sirviendoos retirar de allí las gentes que teneis formando una villa.

—Dispensadme un momento.

El padre Melgarejo hizo una señal á Cortés y éste salió por un instante del aposento.

Cerca de allí estaba un hombre de los de Francisco de Garay que acababa de pasarse á las filas del conquistador de México. Este comprendió inmediatamente la malicia del hermano Melgarejo. Quizás las noticias que el desertor diera, servirian para modificar los términos de aquellas negociaciones.

Interrogado el desertor, dijo que Francisco de Garay tenia ya reunida toda su gente con trescientos de á caballo que le acababan de llegar, con más cien piones y cuatro piezas de artillería. Es decir, el total de gente de Francisco de Garay, seria de unos mil y trescientos españoles y unos dos mil indios.

La gente de Cortés llegaba á unos seiscientos hombres, y de éstos, trescientos eran indios armados con flechas y picas. La lucha tenia que ser desigual. Lo comprendió así, y miéntras pensaba el partido que tomaria para apoderarse de Francisco de Garay, cuya empresa no abandonaba, volvió al aposento donde estaban los comisionados y les dijo con tono arrogante:

—Acabo de saber que vuestro amo don Francisco de Garay se encuentra en relaciones con Cristóbal de Tapia, y con el tesorero Julian de Alderete, y que de acuerdo con ellos, ha querido prenderme, creyendo que me encontraba sin tropas y que era esa fácil empresa. Pues bien, id y decidle que me prenda, que aquí le espero con mis arcabuces y ballestas.

—Haremos lo que vos nos mandeis, dijo tristemene Mancilla; pero si acaso quereis oir una súplica, yo

os la haré para que no se derrame sangre española, ya que el remedio se encuentra en vuestras manos.

—Bien veis que yo no soy quien busco la ocasion para derramarla. Pero en fin, para que veais que soy hombre racional y que no me dejo arrastrar por el ódio ni por ninguna mala pasion, proponed á vuestro señor, en mi nombre, estas dos cosas: primera, que para volverse á sus reales lo ha de hacer en sus propios navíos, desandando el camino que acaba de andar, y segunda, que me ha de pagar el tributo del quinto como á capitan general de toda esta Nueva España. Con estas condiciones aceptadas, lo dejaré partir sin causarle daño alguno; de lo contrario, le mandaré cercar de tropas para que no escape por ningun lado, hasta dar cuenta con él y con el último de los que le acompañan. Decidle, además, que si quiere él apersonarse conmigo, ó tratar con más despacio este asunto y pensarlo, que puedo admitir en bien suyo una tregua de tres dias, siempre que me lo mande avisar de aquí á dos horas.

Los comisionados salieron y volvieron ántes de las dos horas, á manifestar que Francisco de Garay aceptaba la tregua.

Cuando Cortés estuvo solo con Fray Pedro Melgarejo, exclamó alborozado:

—Ahora sí estamos salvos. Si Francisco de Garay no viene á proponerme esas cosas ni acepta la tregua, sino que viene y se echa sobre nosotros, estábamos perdidos.... no hubiéramos tenido ni tiempo para defendernos. Aprovechemos estos tres dias para que esta gente y este asno de hombre no se nos escapen.

Entónces llamó á los soldados en quienes tenia mayor confianza y les cargó de oro, y joyas, á fin de que mezclándose entre los de Francisco de Garay, les hicieran ver las riquezas que tenian los conquistadores de México, con instrucciones de ganarse algunos de ellos á fuerza de regalos.

Miéntras que de esta manera Cortés procuraba minar el ejército enemigo, mandó que su teniente Pedro de Vallejo, con su gente, se apoderara de los navíos cambiándoles capitanes y contramaestres, y á Pedro de Alvarado que se dirigiera con la suficiente gente, armada, á apoderarse de Pánuco, con instrucciones tambien de hacer una carnicería en castellanos é indígenas si encontraba alguna resistencia.

Bien sabia Cortés que Pedro de Alvarado era uno de sus capitanes más brutales, más crueles y más sanguinarios, y que así como sabia ir más léjos en materia de hacer matanzas, de cuanto se le mandara, su nombre solo bastaba para infundir terror entre europeos y americanos, puesto que la fama de Alvarado se habia extendido ya por todas estas comarcas, y se le pintaba desde entónces desgarrando cuerpos humanos y metido en sangre hasta el pescuezo; así es que no habia otro más á propósito para llevar á cabo aquella expedicion.

Pasó la tregua de los tres dias y volvió á proponerse otra de cinco, miéntras seguian unas deliberaciones que cada caudillo trataba de prolongar creyendo sacar ventaja, pues Francisco de Garay esperaba noticias México y de Veracruz: del primer punto, sobre el yo que podrian prestarle los conjurados, en gente

armas y dinero, con lo cual podria ver si le alcanzaban las fuerzas á romper lanzas definitivamente con don Hernando. Del segundo punto esperaba tambien que se le dijera si Cristóbal de Tapia no habia hecho por su parte ningun impulso para evadirse del poder de las gentes de Cortés y ponerse en las manos de sus amigos: es decir, esperaba de un momento á otro un correo en que se le dijera: Cristóbal de Tapia está libre, ó Cristóbal de Tapia se ha embarcado, y ya no tenemos que contar con él para nada.

Garay esperaba cualquiera de esas noticias tanto para dar ánimo á sus tropas como para dárselo á sí mismo, pues que si nó contába ni con un gobernador legalmente nombrado á quien sostener, ni con algunos elementos que no fueran exclusivamente civiles en los centros poblados en los cuales pudiera sostenerse despues de un fracaso, ó para evitar que Cortés volviera á entronizarse despues de su derrota, si no contaba con alguna de esas cosas, repetimos, era hasta cierto punto temerario entrar en pugna con Cortés, principalmente desde que no se habia aprovechado el primero de la sorpresa y habia dejado que el segundo se reforzara hasta donde habia querido.

Francisco de Garay empezó á vacilar y empezó á sentirse espantosamente débil, desde que trató de cerca al audaz conquistador, que todavía en aquellos momentos tenia de su lado la fortuna.

Solamente un dia faltaba para que espirara la segunda tregua, cuando Francisco de Garay, en lugar de las noticias placenteras que esperaba, tuvo una tan funesta que le dejó helado de espanto: todos sus na-

víos habian sido entregados al pillaje, sus armas, víveres y dinero robado, sus tripulaciones pasadas á cuchillo y sus embarcaciones ocupadas por las gentes de Cortés.

Inmediatamente pasó á ver á éste y le expuso su queja, doblando una rodilla, no obstante estar aquel en su alojamiento rodeado de sus oficiales.

—Levantaos, don Francisco, le contestó Cortés tranquilamente, os veo tan pálido, tan demudado, que me parece venís enfermo.

—Enfermo vengo, señor, pero creo que es más del espíritu que del cuerpo.

—¿Decís que vuestras naves han sido entregadas al saqueo y vuestra gente muerta ó despedida?

—Uno de los mios que se encontraba allí, y que hace pocos momentos llegó, me ha referido punto por punto eso mismo.

—Debe haber sido, contestó el conquistador con aplomo, que los mios os vieron venir hácia mí con intenciones de prenderme y hacerme vuestro prisionero y os tratan como á tal enemigo.

—Pero se dijo allí que era hecho todo lo que se hizo por órden vuestra. Si vos no diérais órden ninguna, nadie se atreveria á coger mis naves.

—No me obligeis, don Francisco, á que os diga que andais muy poco cuerdo. Si yo diera la órden, no lo negara, ya que soy absoluto para hacerlo; pero cuando os digo que no he dado órden ninguna, sino ıe mis gentes lo han hecho creyendo mejor servir-
, es menester que así lo creais, porque lo digo yo basta.

—Pero es que esta felonía tiene lugar cuando estamos en tregua, y cuando todavía no se ha declarado si somos amigos ó enemigos.

—La culpa es vuestra, por no proceder abiertamente y con franqueza.

Don Francisco de Garay se levantó pálido de rabia y casi sin saludar á Cortés ni á los que con él se encontraban en el aposento, salió de allí seguido de su secretario y sus oficiales, y se encaminó á su cam pamento, jurando que aquel mismo dia iba á acabar con Hernan Cortés y con todo su poderío.

Cuando llegó á su cuartel fué preciso que lo metieran en brazos hasta colocarlo en su lecho, pues habia llegado á tal grado su coraje y experimentado tales emociones en aquellas dos horas que acababan de pasar, que cayó por fin abatido, acalenturado, febricitante.

Hernan Cortés lo supo y dijo á sus amigos de confianza:

—Esperarémos, pues, á que Francisco de Garay se reponga para prenderlo.

En efecto, fué preciso que pasaran algunos dias para que Garay se restableciera de aquella fiebre biliosa que lo habia puesto en cama.

Durante esos dias, recibió Garay sus enviados de México, por los cuales supo que si bien se contaba con muchos amigos, era tal el miedo que tenian á Hernan Cortés, que no se resolverian á ponérsele en contra hasta que lo vieran encerrado en una jaula.

En estos dias supo tambien que Cristóbal de Tapia se habia embarcado definitivamente, y que con

él iban, á manera de custodia, unos cuatro ó cinco procuradores de don Hernando que lo vigilaban constantemente para impedirle que se volviera ó que se trasbordara á alguna otra embarcacion.

Otro navío más pequeño desplegaba sus velas en pos de la fragata en que iba el burlado gobernador: en ese pequeño navío iban Pánfilo de Narvaez, el implacable enemigo de Hernan Cortés, y sus acompañantes, para presentar en la Corte la primera y la más formal de las acusaciones que se hicieron contra el conquistador y de la que despues nos ocuparémos.

Entretanto, Cortés mandaba decir á Francisco de Garay, que puesto que sus tropas ya no le pertenecian porque casi todas se habian pasado al campo enemigo; y que puesto que ya no tenia embarcaciones, ni tampoco tierras en donde mandar, por el hecho mismo de que Pánuco habia sido ocupado por sus capitanes, le suplicaba que se viniera con él á México, en donde concertarian la manera de dividirse el gobierno y otras cosas.

Los que acababan de llegar de México, le decian á Garay:

—Vos no conoceis, señor, hasta dónde pueden llegar las perfidias del conquistador Cortés; no vayais.

Pero como aquel esperaba por una parte que le vinieran provisiones de España, y por otra confiaba algo en las promesas de Cortés, concluyó por convenir en entregarle cuanto llevaba y ponerse bajo su proteccion.

Terminada así aquella dificultad, al dia siguiente se pusieron todos juntos en camino para la gran Tenochtitlan.

Cuando don Hernando encontró á Marina que salió á recibirlo llevada sobre un palanquin, se apeó del caballo y la dijo abrazándola:

—A vos os debo, hermosa y bondadosa Marina, otra vez más, estar aquí sano y salvo y con más poder que nunca. Ahora sólo nos resta acabar con todos nuestros enemigos.



CAPITULO XIX.

Chasqueados.

COMO se ha visto, todas las previsiones del tesorero real y de su gente, salieron fallidas ante la fortuna que decididamente estaba soplando por buen lado todavía al conquistador don Hernando Cortés.

De consiguiente, fueron infructuosos todos los proyectos y todos los medios que pusieron en planta Alderete y los suyos para lograr su intento, exceptuándose, sin embargo, la comision encabezada por Pánfilo de Narvaez que habia logrado hacerse á la vela, por de pronto en un débil falucho, con esperanza de reponerlo en alguna de las islas españolas. Tampoco éste hubiera alcanzado su propósito de embarcarse, si no fuera porque á la sazon Cortés y todos sus capitanes estaban muy entretenidos, ya en alejar á Cristóbal de Tapia, ya en destruir la nube que se les habia puesto encima de sus cabezas con la aparicion de Francisco de Garay.

Nada hay más inquieto que una conciencia que no está limpia, y como tanto la de Cortés como las de sus amigos estaban cuajadas de lamparones, de aquí es que vivieron en una perpetua zozobra, esperando de un momento á otro que nuevas gentes con sus manos limpias, como ellos decian, vinieran á aprovecharse del fruto de sus trabajos y desvelos. Por otra parte, habian pasado en medio de mil fatigas y de mil peligros para realizar su conquista, creian de fe que todo esto era suyo, puesto que era el resultado de sus luchas incesantes de tres años, y les parecia muy doloroso desprenderse de lo que tanto les habia costado para entregarlo al primer advenedizo, sólo porque el rey mal aconsejado lo quisiera, por más que al rey no le hubiera costado nada de esto un solo suspiro. ¿Qué más queria el rey que el quinto, más ó ménos mermado, que se le destinaba de todo lo que se adquiria por buenos ó por malos caminos? ¿No se le habia dado su parte en el pillaje y la gloria de hacer saber al mundo que era dueño de otros reinos conquistados por sus capitanes? Pues entónces, ¿qué más queria?

Con razon en la Residencia contra Cortés, ó en la sumaria, como diriamos en estos tiempos, hay testigos que declararon como Fernando de Santiago lo siguiente:

"Que oyó dezir á Hernan Rodriguez moso despuelas de don Fernando Cortés estando un dia hablando con él, que estando don Fernando Cortés en la villa de Santiestevan del puerto ques la provincyia de Pánuco al tiempo que ganó aquella provincyia, estan-

do en el rio de la dicha villa ciertas personas questavan con él le dijeron:—Señor, sy viniese agora Francisco de Garay rescebirle y ades? Y el dicho don Fernando dixo:—Que aunque viniese el ynfante don Fernando, le prenderia y con unos grillos le echaria por ay...... abaxo.»

Tal fué el cariño que los conquistadores tomaron á su rica conquista.

Entretenidos, pues, como estaban Cortés y los suyos con el chubasco que habian visto aparecer encima de ellos, no se apercibieron de la salida de Pánfilo de Narvaez y sus compañeros.

Cuando lo advirtieron era ya tarde, y Cortés no pudo ménos que exclamar con mal reprimido despecho:

—¡Pesia tal que más me hubiera valido cuando quebré el un ojo á Pánfilo de Narvaez, haberle quebrado los dos, y áun el alma; de esta manera hubiera evitado los perjuicios que hoy de seguro va á seguirme ante la corte, de acuerdo con el adelantado! ¡Mal haya yo que tuve la debilidad de soltarle las cadenas en que tan bien estuvo por más de un año! Yo, yo soy el que tengo la culpa de que estos desagradecidos se burlen de mí, porque no siempre tengo ánimo de darles un récio castigo.

Por su parte Pánfilo de Narvaez, apenas se vió fuera de la bahía de San Juan de Ulúa, tiró al aire su sombrero exclamando:

—¡Bendito sea Dios, que al fin me pone en sitio en donde Hernan Cortés no puede hacerme daño! ¡Y maldito sea ese hombre á quien yo sí le he de hacer todo el que pueda, en cambio de los muchos que él

me ha hecho! Por él me encuentro tuerto de un ojo, y débil y enfermizo. Por él me han despreciado mis amigos poderosos de la corte, y mi mismo soberano. Por él me he visto abatido, humillado, lleno de la más grande desesperacion durante dos ó más años. Él me quitó en muy poco tiempo mi armada, mi porvenir, mi grandeza, mi libertad, todo, ménos mi vida que me dejó para más sufrir las amarguras y las humillaciones. Pero ahora ya estoy libre, pero ahora ya salí de su poder, pero ahora ya puedo combatir con él frente á frente. Gracias una y mil veces á Dios, que ya vuelvo á ser hombre para adorarle á Él y para servirle á Su Magestad!

Sus compañeros le abrazaron con efusion, y ya tranquilos por encontrarse en alta mar y fuera de todo peligro, se sentaron á la mesa y brindaron á la salud del rey y de Diego de Velasquez, á quien pronto iban á presentar sus homenajes.

Los que sí habian echado mal viaje, fueron los comisionados cerca de Cortés, cerca de Francisco de Garay y cerca de Cristóbal de Tapia.

Especialmente Pedro Gallego, que tan desconocido era de las gentes de Garay como conocido de las de Cortés, se encontró en el mayor embarazo al ver que estaban mezclados unos con otros, pues llegó allí precisamente en la hora en que unas treguas sucedian á las otras, tiempo que se habia tomado Cortés para apoderarse de los buques y para disponer que los españoles que habia en Pánuco de los adictos á Francisco de Garay, fueran asesinados por los indios.

Sobre este hecho histórico que es uno de los bo-

rrones más negros que empañaron las glorias del conquistador Hernan Cortés, declararon varios testigos ante la audiencia real lo siguiente:

"Sabe este testigo que despues dende é un año, ó mas tiempo, riñeron el dicho Pero de Vallejo é Francisco Ramirez diziendo cada uno dellos que habia servido mas quel otro al dicho don Fernando Cortés; y el dicho Pero de Vallejo dijo: quel le avia servido mas, pues que avia tomado los navios al dicho Francisco de Garay é desbaratádole la gente; y el dicho Francisco Ramirez dixo: Sy eso contays por servicio, mas le servi yo que puse la gente de ocho é de diez en diez en los pueblos de los yndios para que matasen como mataron trezientos hombres."

Otro testigo dice: "estando la dicha tierra alzada, el dicho don Fernando Cortés mandó á Gonzalo de Sandoval que fuese apasiguar la dicha provincia é queste testigo oyó dezir á Garcia del Pilar quel dicho Gonzalo de Sandoval avia quemado trezientos e tantos señores de la dicha provincia por el dicho alzamiento, é que los dichos señores avian dicho: que por qué los quemaban é maltrataban, que don Fernando Cortés les avia enbiado á mandar que se alzasen é matasen al dicho Francisco de Garay é á todos los que con él yvan."

Otro testigo rinde sobre este hecho la siguiente interesantísima declaracion que entumece los huesos y hace estremecer de horror el corazon ante semejante barbárie:

....."la gente de la dicha provincia de Pánuco se avia levantado contra los españoles que avian venido

con el dicho Francisco de Garay é avian muerto á muchos dellos, aquel dicho don Fernando Cortés enbió á castigar lo suso dicho á Gonzalo de Sandoval, é este testigo fué con él; é que un dia aplazaron todos ó los mas de los señores de la dicha provincia para les fazer cierto razonamiento, los cuales vinieron á un pueblo que se dize Chachapala, é estando allí el dicho Sandoval prendió dellos fasta trezientos é cincuenta é cuatrozientos señores é principales, á los cuales preguntó que tantos xpianos avian muerto é cada uno dezia los que avia muerto é quel dicho Gonzalo de Sandoval los mandó atar á cada uno en un palo é pegalles fuego, é questando asy atados que les queria quemar, los dichos señores dezian: que porqué les quemavan é matavan é queste testigo les dijo que porque havian muerto á los xpianos, é que los dichos señores en especial el señor de Tazotuco é otro de Guantla é otro de Tamazunchal dezian, que sy ellos les avian muerto que los matasen, porque los yndios de México les avian dicho que el capitan Malinchi, que quiere dezir el capitan Hernan Cortés, se los avia mandado que lo fiziesen, é questo que lo sabe este testigo porque hablava con los dichos yndios é señores como yntérprete é queste testigo lo fué á dezir al dicho Sandoval é quel dicho Sandoval dixo que no se curase de nada syno que los fiziese quemar é mandó que se fiziese fuego.... "

Pero dejemos á la historia esas abominaciones, y continuemos lamentando la estrella que tuvo nuestro jóven Gallego, al llegar á la armada de Garay precisamente en los momentos en que esto estaba ya deshaciéndose.

Tan luego como fué visto por sus compañeros en el campo enemigo, fué puesto en conocimiento de Hernan Cortés, quien lo apuntó en su libro de memorias. El libro de memorias de Hernan Cortés lo tenia en su mismo entendimiento, pues ya cuando se proponia retener algo, era imposible que lo olvidara. Así suplia aquel gran capitan su falta de pericia en los negocios y su gran torpeza para escribir y para comunicar pequeñeces que no valian la pena, á su secretario.

Pedro Gallego, por su parte, comprendió desde luego su situacion y áun ántes de presentarse á Francisco de Garay, lo cual consideró de todo punto inútil, rompió los pergaminos que llevaba y fué á presentarse á Cortés.

—¿Qué haceis aquí? le preguntó éste luego que le vió delante de sí con una rodilla en tierra.

—Señor, balbuceó el jóven, he venido.... creyendo cumplir con mi deber.

—¿Pero no teneis vuestro regimiento en Temextitan?

—Allí está, señor; pero aquí era donde tenia que pelearse, y aquí he venido.

—¿Pero qué andábais haciendo entre los soldados de Francisco de Garay?

—Señor, contestó Gallego poniéndose á cada momento más pálido, tomé el camino que primero se me presentó.

—Alzaos, y cuando estemos allí, veremos.

Despues de un momento agregó:

—Por ahora, daos á prision, y entregad vuestra

espada al capitann Diego de Ocampo, pues mucho se me figura que sois un espia de Alderete, y que sólo habeis venido con el ánimo de traicionarme.

—Señor......

—¡Basta!

Si Cortés no hubiera impuesto silencio tan rudamente al jóven, éste desde aquel mismo momento hubiera confesado todo, pues le pesaba decir una mentira, así como le parecia que era volver deshonrado llegar con vida á México en donde lo veria la princesa Isabel tan pequeño como ántes lo habia contemplado grande.

En aquel momento hubiera querido morir mil veces, ántes que tener el doloroso bochorno de presentarse á la princesa, despues de haber hecho una expedicion tan desgraciada. Le parecia más sencillo el confesar que era un traidor para que lo ahorcaran luego, que esperar á sufrir los desprecios de la princesa y la humillacion de que se le justificara despues con testigos todo lo que él mismo no habia tenido valor de confesar.

Por fortuna para él en aquel momento se presentaron varios personajes en el alojamiento de Cortés que venian á tratar asuntos importantes.

Pedro Gallego salió de allí corrido y fué á entregar su espada al capitan Diego de Ocampo, uno de los paniaguados de Cortés.

Por su parte don José de Jaramillo y las personas que le acompañaron al campo de Hernan Cortés, fueron mejor recibidos desde luego que manifestaron que habian salido de México con el propósito de venir á pelear al lado de sus amigos contra Francisco de Ga-

ray y contra cualquiera que se presentara á disputar el gobierno á su jefe; pero como en ese tiempo se hilaba muy delgado y siempre se vivia con la barba sobre el hombro, previno Hernan Cortés á algunos de los suyos que, aquellos hombres que tan oportunamente habian concurrido allí sin ser llamados, fueran vigilados estrictamente.

Cortés hizo una entrada triunfal á México.

Diego de Ocampo y Sandoval se adelantaron por su órden para disponer las cosas espléndidamente.

Salieron á más de una legua las tropas y las músicas, y al llegar á las afueras de la ciudad se encontraban allí los miembros del cabildo civil, lo mismo que los del cabildo eclesiástico, que aunque todavía pocos en número, no por eso se presentaron con ménos pompa.

A la entrada por las calles, iba la comitiva formada de esta manera:

Ocho hombres de armas, que podian ser llamados batidores, iban á la vanguardia montados en grandes caballos negros.

En seguida iban dos piezas de artillería custodiadas por sus respectivos pelotones.

Luego un porta-estandarte, llevando un guion de terciopelo negro con filetes y borlas de oro. En el centro estaban bordadas las que desde entónces comenzaron á ser las armas del próximo capitan general marqués del Valle.

Seguian á este guion, pié á tierra, los doce individuos que formaban la corporacion municipal, agregándose tambien á la comitiva unos treinta eclesiásticos

entre frailes franciscanos, frailes domínicos y simplemente clérigos.

A la espalda de éstos, entre estandartes, guiones y banderas de las pertenecientes á las tríbus indígenas, iba el magnífico don Hernando Cortés, seguido de su cortejo particular compuesto de unos doscientos caballeros.

Ninguno de ellos lo era todavía, pero despues veremos cómo se compuso Cortés para que lo fueran.

Detras de este brillante cortejo, seguian los caciques de cien leguas á la redonda, los unos en angarillas y los otros pié á tierra debajo de palios.

A éstos, seguian las tropas del conquistador, com puestas de infantería, caballería y artillería.

Cerraba la retaguardia un ejército de veinte mil indios de sus aliados, en desórden aparente por lo que se veia en la formacion, pero perfectamente arreglados respecto de las tríbus á que pertenecian, pues cada cual iba mandada por su capitan respectivo.

Lo primero que hizo Cortés luego que llegó á su palacio, fué mandar que se pusieran en la cárcel, cargados de cadenas á José Jaramillo, á Pedro Gallego y á los demas sospechosos.

El viejo Alderete, al saber con todos sus pormenores lo que habia pasado y que Francisco de Garay se encontraba al lado de Cortés como prisionero, no pudo ménos que arrancarse algunos pelos de la barba y exclamar lleno de cólera:

—El diablo ampara á este hombre, puesto que nos ha vencido.... no queda otro recurso que matarlo!

CAPITULO XX.

Angustias.

NADA cunde tan pronto como una mala noticia. La del fracaso del intrépido alférez llegó muy pronto á los oidos de la princesa Isabel, y desde ese momento ni comió con apetito ni durmió con tranquilidad hasta que llegó Cortés y supo que su amante vivia, pues conociendo los instintos sanguinarios del conquistador, habia creido como muy natural que, una vez descubierta la traicion del jóven, fuera suspendido del primer árbol que se encontrara cerca del campamento, conforme á los usos de la época.

Así es que no pudo contener un grito de alegría cuando entró á su habitacion uno de sus emisarios, diciéndole:

—Ha entrado con los castellanos el jóven Pedro Gallego.

—¿Tú lo has visto? preguntó ella impaciente.

—Sí, princesa.

—¿Con tus propios ojos?

—Yo lo he visto.

—¿Y viene prisionero...... cómo viene?

—Pié á tierra, y cuidado como los otros presos, por veinte hombres con lanzas.

—Está bien. Ahora acércate al alojamiento del Malinche, y encarga á todos los mios que estén alerta observando la suerte que se le depara al jóven guerrero.

El emisario hizo una profunda inclinacion, y salió á mezclarse entre las tropas que llenaban la casa de Cortés.

No tardaron los amigos de doña Isabel, en ver que Pedro Gallego salia entre los hombres armados que lo custodiaban, junto con los demas prisioneros, y que eran conducidos á la cárcel.

La cárcel era uno de los antiguos edificios de Moctezuma, al cual se habian quitado todos los cuartos inútiles, dejando sólo algunas galeras con puertas herradas, que se cerraban con sólidos cerrojos.

Las paredes negruscas le daban un aspecto sombrío que hacia temblar á los más valerosos y mucho más sabiendo que iban á permanecer allí por muy poco tiempo, pues el conquistador para quitarse molestias de mantener gente ociosa, y de establecer una vigilancia pesada, distrayendo en ocupaciones de ese género á sus hombres de armas, habia encontrado mucho más cómodo tener siempre la cárcel vacía lo cual se le proporcionaba haciendo salir á los presos de noche para que desaparecieran en la fosa comun.

Dª MARINA.

—"Cuando Cortés encontró á Marina que salió á recibirle en una litera, se apeó del caballo"

Así, pues, era estribillo entre los españoles decir que el desgraciado que iba á la cárcel, aunque fuera por el más insignificante delito, se encontraba á los puertas de la eternidad.

—Princesa Tecuichpotzin, dijo el emisario de Isabel volviendo á poco y doblando en tierra una rodilla; el jóven guerrero ha sido cargado de cadenas.

—¿En la cárcel? preguntó Isabel poniéndose blanca como la cera y con voz en que apenas se percibia algo de humano.

—En la cárcel, contestó lacónicamente el indio.

La pobre princesa tuvo que cogerse de un mueble para no caer desvanecida.

Cuando se hubo recobrado un poco, dijo empujando al indio que permanecia de rodillas.

—Pronto, que pongan mi palanquin.

El criado salió á ejecutar la órden.

La jóven, entónces, entró apresurada á su alcoba y se puso sus mejores vestiduras, adornando su cabeza con una diadema de oro y piedras preciosas.

Cuando estaba lista, se acordó de su hermano. Llamó á su puerta: éste, que siempre estaba á la mira de lo que se ofreciera, salió en el acto.

—¡Ah! dijo deslumbrado ante la magnificencia con que estaba engalanada su hermana.

—Voy á ver á Hernan Cortés, agregó la princesa.

—¿Tú?

—Sí: voy á pedirle la vida de Pedro Gallego, mi amante.

—¿Tu amante? ¿su vida? ¿qué significa todo esto?

—Que amo locamente á ese jóven, que está prisionero....... que ha sido cargado de cadenas....... que necesito salvarlo......

—¿Pero has reflexionado?......

—No tengo tiempo de decirte más: su vida corre peligro...... ¿no sabes que le amo?

—Pero, ¿no sabes que vas á humillarte al asesino de nuestro padre, al enemigo de nuestra patria, al verdugo de nuestros hermanos?......

—Yo no sé quién es ese hombre, sino que es el todopoderoso en esta tierra, que tiene en sus manos la vida de Gallego...... que la necesito como la mia propia...... En fin...... no quiero perder un minuto más.

—Ni yo quiero que vayas.

—Cuauhtlizin, exclamó la jóven con la mirada centelleante, sólo te he querido participar lo que voy á hacer porque eres mi hermano, pero no te doy derecho á que te mezcles en mis acciones.

—¿Pero no reparas en que eres la hija de Moctezuma?......

—Aunque fuera la hija de los dioses...... ¡Oh! ¿no sabes, pues, que amo á Pedro Gallego? ¿Y qué es lo que no se hace por la persona amada?

Ante aquella lógica, Cuauhtlizin inclinó la cabeza y dijo:

—Anda.

La princesa salió, subió en su elegante palanquin cubierto de ricas telas españolas y se hizo llevar á la casa de Cortés, seguida de su comitiva.

Hernan Cortés habia acabado de recibir las felici-

taciones, por su nuevo triunfo; estaba áun rodeado de sus amigos íntimos y se preparaba á sentarse á la mesa para irse despues de comer á sus posesiones de Coyuacan, en donde queria continuar ejerciendo el gobierno, miéntras se acababa de hacer la limpia de la ciudad y se concluia la edificacion de las casas necesarias, para establecer su corte en toda forma.

La princesa doña Isabel fué anunciada por los ugieres del conquistador.

—Dejadme solo con ella, dijo á sus amigos. Esta es una india á quien conviene tratar todavía con algunos miramientos, siquiera por las riquezas que nos ha dado y que tiene todavía que darnos.

Todos los castellanos despejaron, quedando solo Cortés en uno de los anchos salones de su palacio que estaba edificándose, y que aunque desmantelado todavía, presentaba ya grandes señales de magnificencia, comenzando por unos seis sillones de terciopelo bordados de oro. Descansaba los piés sobre un magnífico taburete, y la mano derecha sobre una mesa de ébano que tenia á su lado sembrada de varios pergaminos.

Cuando apareció la princesa deslumbrante de belleza y con las galas que la adornaban, en la cual habia una agradable mezcla de plumages indígenas y de sedas europeas, el conquistador se levantó, le ofreció una mano con galantería y la llevó á un sitial inmediato al que él ocupaba.

—No, dijo Isabel, cayendo de hinojos; de rodillas es como debo exponer la merced que vengo á pediros, poderoso señor.

—¿Una merced, vos?

—Sí.

—Cualquiera que sea, sentaos, y me la direis.

—Prometedme ántes, bondadoso señor, que vais á concedérmela.

—¡Oh! pero levantaos, os lo ruego.

—Nó.

Ante tal obstinacion que comenzaba á enfadar á Cortés, éste contestó casi con aspereza:

—Os digo que os levanteis, y cuando me digais de qué se trata, veré de complaceros.

La jóven comprendió que habia disgustado al orgulloso conquistador, y levantándose y dando á su semblante el aire de la más grande amabilidad, dijo con toda la expresion que creyó necesaria para ablandar su corazon:

—Pues bien, comienzo por confesaros que estoy enamorada.

—¿Vos? ¿y de quién?

—De un jóven español que pertenece á vuestra armada.

—¿Y estais correspondida?

—Hasta donde se puede desear. Él me ama tambien con toda su alma.

—Decidme su nombre.

—Ese jóven ha cometido quizás alguna falta...... yo no sé...... pero vos lo teneis preso.

—¿Preso?..... ¿quién podrá ser?

—Se llama Pedro Gallego.

—Sí, creo que entre mis oficiales presos, se encuentra uno de nombre Pedro Gallego.

—Sí.... sí.... el desgraciado gime en estos momentos en una prision, cargado de cadenas.

—Muy grave debe ser la falta que cometió.

—Señor, es muy jóven, y cualquiera que sea su delito, es digno del perdon.

—Descuidad, que si su delito no es grave, se le perdonará.

—¡Ah! pero mandadle quitar las cadenas, señor, mucho sufre ya quien carece de la libertad.

—Princesa, me pedís una cosa imposible. Cuandc está encadenado, es porque lo ha merecido seguramente.

—Yo no vengo á deciros que es inocente: ignoro en qué consiste su culpa, pero sé que sufre..... le amo y.... os vengo á pedir para él misericordia.... ¿no os enternecen las lágrimas de una mujer que os pide gracia para un desdichado?

Cortés no se enternecia con nada de este mundo; lo que veia principalmente en todo, era su conveniencia, y como ya queria comer, y le estaban esperando sus amigos, procuró dar fin á esta conferencia contestando:

—Pues porque vos sois la que venís á pedirme una gracia, y es la primera vez que os acercais á mí con tal objeto, os diré con franqueza que Pedro Gallego ha cometido uno de los más grandes delitos que se conocen. Perteneciendo á la armada que se quedó cuidando este real, como sabeis, abandonó sus banderas, desertó de entre sus compañeros y se le ha visto repentinamente al lado de Francisco de Garay, mi enemigo.

—Señor, yo sé que Francisco de Garay no es vuestro enemigo, ni ha peleado contra vos, sino que se ha venido á vuestro lado y aquí está. Señor, Pedro Gallego es muy jóven y no supo sin duda lo que hacia. Tal vez deseoso de aventuras, creyó que no cometia gran delito yéndose á donde vos os encontrábais. Señor, sed bueno, como siempre lo habeis sido...... Señor, sed generoso con los pequeños y los débiles...... Señor: sed grande perdonando.

—Os ofrezco ser todo eso, luego que se averigüe lo que Pedro Gallego andaba haciendo por aquellas partes, sin licencia de sus capitanes.

—Pero mandad al momento que se le quiten las cadenas.

—Basta. Os he dicho mi última palabra.

—¡Oh Malinche! por el Dios que adoramos...... por la Santísima Vírgen....

—No me importuneis más, dijo Cortés levantándose y rechazando las manos de la princesa que se presentaban ante él enclavijadas.

Ella cayó nuevamente de rodillas, y en medio de sollozos insistió diciendo:

—No me abandoneis, señor, ántes de darme algun consuelo..... ved que no es una cosa tan grande lo que os pido.... no me deis su libertad, que bien pudiera pedírosla porque de seguro que es inocente.... lo único que os pido es que le mandeis quitar las cadenas.....

—Imposible, doña Isabel, eso es imposible.

Cortés estaba ya de pié y la princesa le seguia de rodillas.

—Lo que quereis es tenerlo seguro para castigarlo...... ¿pues acaso vuestros hombres no están cuidando la prision? ¿Acaso no hay allí anchos muros, grandes puertas y fuertes cerrojos?

—Desde el instante en que sea bondadoso con vos, ya no se volverá á administrar justicia en este reino.

—Y qué, ¿es justicia cargar de cadenas á un jóven, á un niño casi, solo porque se le ha encontrado léjos de sus cuarteles, tal vez en servicio de su mismo rey?

—Sí, esa es ahora la muletilla: todos los traidores, comenzando desde el tesorero Alderete, abajo, dicen que haciéndome guerra á mí, rinden servicio á Su Magestad.

—Pedro Gallego no es traidor, dijo la princesa levantándose.

—Allá lo verémos.

—¿No me concedeis por fin la gracia que os pido?

—Nó.

—Sois un hombre sin entrañas.....

—Adios, princesa. Idos á vuestro palacio y allí os mandaré noticia de Pedro Gallego, dijo don Hernando con risa siniestra.

—Os comprendo, Malinche, quereis cebaros en un pobre muchacho que no puede defenderse. No podeis herir al tesorero, ni á los capitanes á quienes llamais vuestros enemigos, y descargais toda la fuerza de vuestra cólera contra los séres más débiles. Así son todos los cobardes.

—Me insultais, princesa, dijo Cortés poniéndose ojo de cólera.

—Mandad matar á Pedro Gallego, como habeis

mandado quemar á los indios cuando ya no se defienden. Esas son vuestras hazañas.....

—¡Ira de Dios!

—No, vos no sois hombre, cuando con nada os conmoveis.... vos sois un tígre carnicero..... vos sois una venenosa serpiente.....

Don Hernando echó mano á la empuñadura de su puñal.

—Sí, matadme, dijo Isabel aproximándose; hareis un bien matándome, porque no quiero para nada la vida desde que ha de morir tambien Pedro Gallego. Matadme, y así habreis saciado vuestro coraje en los dos séres más débiles: en el niño alférez y en una dolorida mujer. No sereis ni más ni ménos cobarde, con una accion así, pues que ya os ví llevar la mano á la hoja de vuestro puñal. Ya veis, yo soy mujer, yo no me defenderé.... y vos podeis disfrutar la satisfaccion de hacer otra nueva hazaña de valor.... Mátame, tígre feroz, añadió la princesa abriéndose el vestido por el pecho y presentando un lugar desnudo en que se pudiera herir fácilmente.

Hernan Cortés no habia abandonado el mango de su puñal y pasando su color del rojo al pálido, estaba castañeteando los dientes y arrojando espuma por la boca.

—¿No me matas?.... siguió diciendo la princesa; pues entónces me metaré yo, y se precipitó sobre el conquistador pretendiendo arrancarle el puñal.

—¡A mí! dijo éste dirigiéndose á sus gentes.

La puerta se abrió y entraron varias personas de su guardia.

D.ª MARINA.

_"Princesa Tecuichpotzin, el joven guerrero ha sido cargado de cadenas."

—Sacad á esta mujer, llevadla á su casa y vigiladla allí hasta que yo disponga otra cosa.

En seguida se dirigió al comedor desencajado todavía y sudando.

Aunque durante la comida, tanto el capitan Briones, como el bachiller Diego de Salamanca, lo mismo que el hermano Fray Pedro Melgarejo de Urrea, estuvieron diciendo agudezas y chistes, como lo tenian de costumbre, para hacer llevaderos sus trabajos y aislamiento del mundo civilizado, el conquistador no llegó siquiera á sonreir, demostrando encontrarse con un humor de todos los diablos.

Al concluir la comida dijo secamente:

—A las cuatro partimos para Coyuacan.



CAPITULO XXI.

Revelacion.

MIÉNTRAS esta escena pasaba en el palacio del terrible conquistador Hernan Cortés, Cuauhtlizin, que se habia quedado de pié pensativo en medio de la alcoba de Isabel, despues de estar reflexionando un momento, creyó que bien podia aprovechar la ausencia de su hermana para cometer una pequeña indiscrecion, y con aquella suavidad muy propia de su raza, se deslizó como un gato á la habitacion inmediata, y de ésta á la siguiente, en busca de la hermosa doña Marina, á la cual no tardó en encontrar entretenida en trazar sobre un pergamino algunos garabatos. Probablemente hacia ejercicios para perfeccionarse un poco en el arte de la escritura, ó acaso trascribia al papel sus pensamientos, complaciéndose en la idea de poder así dejarlos consignados como un recuerdo permanente al cual podria ocurrir á la hora que quisiera.

Si bien Cuauhtlizin estaba acostumbrado á deslizarse sin hacer ruido alguno, Marina, por su parte, estaba tambien impuesta á percibir el ruido más insignificante, aunque fuera, por ejemplo, la caida de la hoja de un árbol, como tambien tenia adherida fuertemente á su sér la facultad de los lobos y de las zorras de olfatear á las personas á cualquiera distancia.

Todavía Cuauhtlizin no acababa de poner sus piés en la alcoba, cuando ya Marina habia levantado la cabeza y habia reconócido al personaje que se dignaba visitarla sin anunciar su visita.

Dejó ella sus útiles de escribir sobre la mesa, compuso en un abrir y cerrar de ojos su tocado ante un espejo pequeño que habia frente al mueble en donde escribia, y se vino con semblante si no afectuoso á lo ménos tranquilo, á recibir al príncipe.

—Te pido perdon, Malinzin, si es que he osado... comenzó á decir el príncipe besando la tierra en presencia de la hermosa india y haciendo todas las demas demostraciones de humildad, acostumbradas entre ellos.

—Alza, príncipe, le dijo Marina en la misma lengua azteca en que él le hablaba; si para algo me necesitas, manda á tu sierva.

—Mi hermana ha ido á ver al Malinche con asuntos importantes, y miéntras está ausente, porque ella no lo hubiera nunca permitido, vine á suplicarte que me concedas un momento de conversacion.

—¿Fué á ver al Malinche con asuntos importantes? dijo doña Marina como preguntándoselo á sí misma. ¿Qué asuntos pueden ser esos? ¿Qué le pasará á la hermosa princesa?

—Son asuntos de mi hermana sola que nada nos importan: ¿quieres hablar conmigo un instante, hermosa Marina?

—Estás en tu casa, príncipe, y aunque eso no fuera, siempre será honra para mí que me dirijas la palabra.

—Déjate de hablarme con ese respeto que me corta el ánimo: tú bien sabes que no soy ya príncipe ni soy nada de cuantas dignidades hay en la tierra, para los que nacen en elevada alcurnia. El imperio de mi padre cayó tal vez para no levantarse más, puesto que acabó toda la nobleza y que perecieron á manos de los españoles ó llevados por la peste y el hambre que mandaron los dioses, más de las tres cuartas partes de nuestros guerreros. Ahora no soy más que un hombre, pero un hombre que se siente con fuerzas para todo, siempre que tú no lo rechaces ni lo desprecies.

—¿Yo despreciarte, Cuauhtlizin? ¡Nunca! Podré no rendir mi corazon al tuyo, podré estar léjos de tí porque pertenezco ya al caudillo de los españoles, podré negarme siempre á caer en tus brazos, pero nunca dejaré de contemplar en tí al hijo de un rey desgraciado, al noble príncipe hijo del gran emperador Moctezuma.

—No quiero que me trates como príncipe, sino como hombre.

—Pues como hombre te digo tambien que eres muy digno de mi respeto, porque eres grande, generoso y valiente; porque eres hermano de la amiga mia á quien más amo en el mundo.

—¡Oh, Marina! tus palabras me enloquecen, aunque no me den esperanzas ningunas de amor.

—Calla, Cuauhtlizin, y si quieres que conversemos como amigos, siéntate á mi lado.

El jóven se dejó caer en un pequeño taburete que estaba casi á los piés de doña Marina: ésta se quedó contemplándole con melancolía.

—Quisiera, Marina, dijo el príncipe despues de un momento de silencio, que tú sintieras, aunque fuera por el periodo más corto de tiempo, lo que yo siento cuando oigo tu voz. He oido los trinos de las aves de variado plumaje en las montañas, en las barrancas y en los bosques; he oido cómo murmura el rio y cómo brama el torrente; he oido susurrar las brisas en medio de las noches serenas, lo mismo que los silbidos del viento cuando el vendabal azota los copudos y añosos árboles que levantan sus orgullosas copas hasta confundirse con las nubes; he oido en el interior de las grutas de la montaña la voz imponente de Tlaloc (1) hablándonos en nombre de Texcatlipoca; he oido los cantos de los sumos sacerdotes en el Teotlamacazqui; (2) he oido el dulce sonido de los instrumentos músicos que tañen los compañeros de Macuilxochiquetzall (3) en el silencio de la noche; he oido hablar, en suma, á todo cuanto habla en la naturaleza cuando los dioses quieren impresionar nuestros corazones, y nunca en ninguna parte he escucha-

(1) Dios con plumas en el casco y armado de rayos, ministro del gran dios Texcatlipoca, el primero despues de Huitzilopochtli.

(2) Reunion de los sacerdotes para la práctica de las ceremonias religiosas.

(3) Que quiere decir la diosa del abanico de cinco flores y plumas.

do acentos tan dulces, tan suaves, tan armoniosos como los tuyos. ¿Qué tienes en tu voz, Marina, que me seduces y me encantas con ella? ¿Qué hay en tu voz de mágico y de celestial que llena mi pecho de suspiros, que puebla mi imaginacion de ilusiones, que me trasporta á un paraíso desconocido?......

—Mi voz, príncipe, es como la de una mujer cualquiera, sólo que tú la distingues porque te has forjado la idea de encontrar en ella algo de escepcional..... ¿No quieres que hablemos de otra cosa?

—Háblame de lo que quieras, con tal que no dejes de darme la felicidad de que te escuche.

—Voy á decirte lo que más puede interesar á tu porvenir y á tu libertad, príncipe.

—Ya te escucho, Marina.

—Es preciso que salgas de este encierro en que te encuentras, y creo que entre tu hermana y yo lo conseguiremos muy pronto.

—Sí, yo saldré de aquí dentro de breves dias, para irme á poner al frente de los guerreros que quieran disputar todavía la posesion de esta tierra á los españoles.

—Seria locura tuya, jóven, seria correr á una muerte segura, y yo no quiero que mueras. Yo, como tú sabes, no soy libre, pertenezco á un español, pero ni así quiero que se derrame la sangre de mis hermanos, ni así quiero que haya entre los españoles quien toque un pelo de tu cabeza. No podré ser tuya porque soy de otro, pero, te lo juro, príncipe, si no amara á Hernan Cortés, no amaria á otro hombre más que á tí en el mundo.

Cuauhtlizin se atrevió á coger una mano de Marina y á llevársela á los lábios diciendo á la vez con acento conmovido:

—¡Gracias!

—¿Sabes lo que debes hacer, Cuauhtlizin?

—¿Qué?

—Esperar á que yo hable en tu favor con don Hernando.

—¡Nunca! yo no quiero deber ningun favor al verdugo de mi patria..... los restos de mis antepasados se levantarian airados en sus tumbas, y mis súbditos, es decir, los que fueron súbditos de mi padre y áun viven, se avergonzarian de verme y de pensar siquiera en que alguna vez pudiera ser su soberano.

—El orgullo te pierde, príncipe.

—No creas que esto es orgullo, sino dignidad. La sangre que corre por mis venas, mi sentimiento íntimo, mi alma, mi voluntad, mi vida, todo me está diciendo á voces que para mí, en esta situacion en que me encuentro, mejor es mil veces morir, que someterme, vuelvo á repitir, al verdugo de mi patria.

—¿Pues no está sometida tu hermana y vive feliz, honrada, respetada y rica?

—Mi hermana es mujer.

—¿Y qué importa? ¿Acaso estos blancos saben lo que es respetar á las mujeres? Uno de ellos es mi amante, y cuando te hago tales confesiones debes creerlas. Ellos no distinguen sexo entre nosotros, pues á todos nos consideran de la misma masa de que están hechos los animales. Ni siquiera pueden imaginarse que tengamos pensamientos, que obremos im-

pulsados por nuestra idea, que nuestra civilizacion sea obra de otra cosa diferente que del instinto animal. Para los españoles, Isabel tan hermosa, tan inteligente, tan llena de virtudes, tan amada de todos, no es más que la hija del hombre que les dió las riquezas, y de la cual esperan sacar algun fruto todavía: por eso la consideran como consideran á algunos señores de nuestra raza que tienen prestigio entre la multitud y algunas riquezas en tierras lejanas, no porque busquen su nobleza de alma ni otros merecimientos. A tí te respetarán y te considerarán porque eres hermano de Isabel que tiene ya un palacio, joyas y servidumbre. Lo mismo eres tú que ella ante los ojos de los blancos. Quizás tendrian el mayor gusto en conservarte, esperando que alguna vez les hicieses la revelacion del soñado paradero de los inmensos tesoros de Moctezuma.

—Está bien: yo digo que mi hermana se ha doblegado porque no tiene fuerzas, porque es débil, porque ella es mujer.

—¿Y qué tienes que decir tú cuando tantos caciques de tantos pueblos se han sometido y se siguen sometiendo todavía?

—Esos son cobardes y traidores.

—¿Y qué vas á hacer tú solo, pobre príncipe, rodeado de esos cobardes y de esos traidores? ¿En dónde encontrarás un hombre leal, no digo ya los miles que se necesitan para formar un ejército?

—Tienes razon, dijo Cuauhtlizin inclinando la cabeza con abatimiento.

Pero luego agregó como arrepentido de aquella muestra de debilidad:

—Sin embargo, yo estoy obligado á buscar hombres leales entre esa muchedumbre de séres corrompidos y abyectos, y si no los encuentro, siempre tendré yo sólo bastante sangre para derramarla por la libertad de mi país y de mis hermanos.

—Me aflijes mucho hablando así, príncipe mio.....

—¿Y tú, Marina, eres la que quieres verme con la señal del esclavo en el rostro, con esa horrible señal que ponen los españoles acercando un hierro ardiendo á la frente ó la mejilla de los indios á quienes ellos llaman su propiedad?

—Por eso no saldrás de tu escondite sino cuando yo arregle con Hernan Cortés que seas no sólo hombre libre, sino dueño de algunas de las posesiones de tu padre.

Cuauhtlizin se quedó pensativo por algunos segundos, y luego sacudiendo la cabeza como quien quiere alejar de sí una idea que le entorpece, dijo con resolucion á la vez que mirando á la jóven apasionadamente:

—En fin, Marina, es fuerza dejar eso aparte porque los instantes vuelan; mi hermana no tardará en volver, y yo quiero que hablemos del inmenso amor que me consume. Sin tí, Marina, sin una esperanza al ménos que me ayude á vivir, yo no quiero libertad, yo no quiero riquezas, yo no quiero nada en el mundo.

—¿Pero qué quieres que yo haga contigo, si pertenezco ciegamente á otro hombre? No me obligues, príncipe, á señalarte el inmenso abismo que hay entre los dos.

—¿Dices que entre nosotros dos hay un abismo?

—Tan profundo como de aquí á las nubes.

—Yo lo salvaré.

—Es imposible.

—Díme cuál ese abismo, Marina.

—Nunca.

—¿No me lo dirás?

—¿Para qué?

—Porque quiero saberlo.

—Despues te pesaria.

—¿Qué hay peor que la muerte? Pues si es la misma muerte, dámela.

—Peor que la muerte hay la desesperacion, peor que la muerte son los celos.

—Yo te prometo ser juicioso si me enseñas el abismo que nos separa: te lo juro por Paynalton, el hermano menor de nuestro gran dios Huitzilopochtli.

—Calla, príncipe, no te castigue el cielo.

—¿Y qué más castigo puede haber para un hombre en la tierra, que no tener libertad, qué no tener patria, que no tener templos, que no tener dioses, que no tener ni siquiera una mujer que le ame? Hasta los más infelices tienen el consuelo del amor.... contra todas las penalidades del mundo, encuentran un refugio en los brazos de una mujer.... pero yo, Marina?

—Tú tambien tienes quien te ame.

—¿Yo?

—Tienes á tu hermana que abriga por tí la mayor ternura, y si quisieras los goces del amor, no habria doncella de todas estas naciones que forman la gran tierra del Anáhuac que no correspondiese á tus suspiros, que no se volviera loca con tus caricias. Prueba si no

has tenido amor todavía, jóven, y las más hermosas te amarán porque eres bello, porque eres generoso, porque eres grande.

—Calla, Marina, bien sabes que tú sola eres la mujer á quien amo en el mundo, que no puedo amar á otra......

—Y tú bien sabes que no soy libre.

—Yo sé que fuiste entregada al Malinche entre veinte esclavas por el señor de una de las naciones situadas al Oriente, yo sé que desde entónces le sirves de intérprete y de consejera, yo sé, por fin, que te ama y que tú correspondes á su cariño; pero sé tambien que tú bien podrias romper todos esos lazos en el momento que quisieras irte conmigo á vivir en los bosques. Yo conozco en el fondo de unas barrancas rodeadas de grandísimas montañas, un lugar parecido al que tiene por habitacion Tlaque Nohuaque. (1) Allí hay corrientes de agua cristalina, pájaros que alegran la mañana con sus trinos, frutas que caen maduras de los árboles, rebaños de mansas gacelas que á la caida del sol ellas solas se encaminan al hogar formado por la selva... allí hay bosques de flores y jardines que han formado con sus manos los dioses.. allí hay todo cuanto contribuye en la tierra á hacer al hombre feliz. Allí construiremos una cabaña y formaremos nuestro reino... ¿quieres, Marina?

—Basta, príncipe, me estás haciendo sufrir con esas palabras.... Yo te ruego que vuelvas inmediatamente á tu aposento.

(1) El Creador de todas las cosas.

—¡Ah! pero dices que hay un obstáculo invencible entre nosotros dos, ¿cual es ese obstáculo?

—En otra vez......

—¿Cuál es ese obstáculo? volvió á preguntar con voz airada é hiriendo con el pié el pavimento.

—Te lo diré, puesto que insistes en saberlo.

—Dílo.

—Llevo un hijo del Malinche en las entrañas.

—¡Mátame Teotl! exclamó el infeliz Cuauhtlizin poniéndose lívido, chocando los dientes y amenazando al cielo con los puños.

—¿Ya lo ves? dijo Marina alarmada, eso era lo que yo no queria decirte y lo que tú te has empeñado en saber.

En ese momento fué empujada la puerta y apareció la princesa Isabel descompuesto el semblante y con los ojos llorosos. Ni siquiera se sorprendió al ver á su hermano en la habitacion de Marina, tan grande así era la emocion que la dominaba.

—Marina, exclamó echándose en los brazos de la intérprete de Cortés, el Malinche me ha hecho sufrir las más grandes humillaciones, porque le fuí á pedir la libertad de mi amante.

En seguida le refirió, entre sollozos, lo que acababa de pasarle.

Cuauhtlizin, al oir esto, se precipitó hácia la puerta.

Trabajo tuvieron ambas para contenerlo.

Fué necesario que Isabel concluyera su relacion diciendole:

—¡Desgraciado! ¿no ves que corres á una muerte

segura? En este momento estoy presa en mi palacio el cual se encuentra rodeado, y puedo decir tambien invadido por las guardias del Malinche. Algunos soldados españoles se encuentran en las piezas inmediatas....

—¡Presa! exclamaron á un mismo tiempo Marina y Cuauhtlizin.

Entónces Marina se cubrió los hombros y la cabeza, segun la costumbre de la época, y dijo besando tiernamente á Isabel.

—Aunque nunca he pedido gracia ninguna para los españoles, sino siempre para los de mi raza, hoy, por tratarse de tí, voy á hablar á don Hernando. Sobre todo, voy á rogarle que quite las guardias de tu palacio. Confia en mí, hermosa princesa, pues que ya sabes que te amo.

—Adios, príncipe, dijo haciendo una respetuosa inclinacion ante Cuauhtlizin. Pero como observara que el jóven iba poniéndose lívido como un cadáver, se acercó y pronunció estas palabras á su oido:

—¡Valor y esperanza!

El príncipe, que ya estaba perdiendo el sentido con tantas emociones, tuvo qne abrazarse de Isabel para no caer al suelo desmayado. Hasta entónces pudo la princesa dejar escapar el torrente de lágrimas que habia contenido.



CAPITULO XXII.

Pasaje histórico.

COMO nuestra relacion está enteramente ligada con aquella época de la história de México, ántes de seguir adelante con los importantísimos sucesos que siguieron, y porque nos parece de sumo interés para que nuestros lectores se formen una idea completa de aquella situacion, trascribimos aquí un trozo de la obra de nuestro brillante historiador Orozco y Berra, denominada "Historia antigua de la conquista de México."

Los lectores que gusten pueden saltar este capítulo, que no tiene más contacto con la novela que presentar el aspecto que guardaba México cuando se procedió á su reconstruccion. (1)

(1) Copiamos tambien las notas del Sr. Orozco y Berra por creerlas de sumo interés.

"Despachadas las expediciones anteriores, dice el historiador en la página 661 del IV tomo, y sabido el buen suceso de ellas, don Hernando puso mano á la reedificacion de la destruida Capital azteca. (1) No sería desacertado suponer que el hecho fué dertermiñado por la llegada de Cristóbal de Tapia á la Villa-rica, así como tambien fué la causa de la fundacion de Medellin, segun verémos pronto. Pareceres distintos emitieron los capitanes consultados, opinando porque la ciudad se estableciera en Coyohuacan, en donde á la sazon residía el ejército, ó bien en Tlacopan ó Texcoco, pues de esta manera quedaba segura la puebla; mas prevaleció la opinion de Cortés, quien decia: "Que pues esta cibdad en tiempo de los indios avia "sido señora de las otras provincias á ella comarca-"nas, que tambien era razon que lo fuese en el tiem-"po de los cripstianos e que ansi mismo decia que "pues Dios Nuestro Señor en esta cibdad había sido "ofendido con sacrificios e otras ydolatrias, que aqui "fuese servido con que su santo nombre fuese onrado "e ensalzado mas que en otra parte de la tierra." (2)

(1) Cartas de Relac, página 307.—De estas palabras, confrontadas con el aviso dado por Sandoval á los veinte y cinco dias de haber salido de Coyoacan, se infiere que la reedificacion debió comenzar hácia los últimos dias de Noviembre. En la misma página citada dice Cortés: "de cuatro á cinco me-"ses acá, que la dicha ciudad de Temixtitan se va reparando, está muy hermosa." La carta en que semejante noticia se contiene, lleva la fecha de 15 de Mayo de 1522, lo cual confirma á poco más ó ménos el cálculo anterior.

(2) Residencia contra Cortés.—"169 Item: si saben que acabada de tomar la cibdad de México, quedó tan desvaratada e destruida e asolada, que casi no quedó piedra sobre piedra; é si saben que fué necesario facerse así, é que si así no se ficiera, que nunca se ganaría, porque como en ella había muchos é grandes edeficios é muchas calles de agua, quando no derrocaban lo que una vez se ganaba, todo lo hallaban rehecho é reformado, é tenían necesidad de nuevo, tornarlo á ganar, é rescebían los españoles é amigos mucho dapño dende aquellos edeficios, con piedras, porque se for-

Dª MARINA.

— *"Si matadme! Dijo Isabel aproximandose......"*

La nueva poblacion española ocupó el mismo sitio de la antigua metrópoli indígena.

Para entender en las obras, don Hernando nombró á un guerrero que desde el tiempo de Motecuhzoma conocía, y á fin de darle mayor autoridad le confirmó el cargo de Cihuacoatl que ántes desempeñaba: Tlacotzin, (1) que así se llamaba el guerrero, fué el primer señor nombrado por los castellanos. A éste y á otros subalternos, para halagarles, les dió tierras y vasallos para mantenerse, aunque no tanto como ántes disfrutaban. Por medio de estos mandoncillos fueron recogidos los mexicanos que andaban dispersos por las ciudades comarcanas, y se hicieron venir trabajadores de las poblaciones riveranas de los lagos y de los pueblos amigos. (2) A lo primero á que se puso mano, limpio que estuvo el terreno, fué á adovar el acueducto que conducía el agua potable de Chapultepec, dejándole cual estaba en el tiempo de la gentilidad: igual operacion se practicó en las calzadas, reparándolas hasta dejar libres las comunicaciones con la tierra firme. (3)

Iniciadas las obras, don Hernando procedió al nombramiento de alcaldes, regidores y demas oficiales de república, repartiendo los solares entre quienes qui-

talecían en ellos: é por esto convino que todo lo que se ganaba un dia, se abia de derrocar por el suelo, é no pasar adelante."

171. Item: si saben que á cabsa de quedar la dicha cibdad destruyda é asolada, fue menester reedificarla de nuevo, é fazer nueva traza de nuevo en ella; é que así se fizo en la parte donde están los españoles, é que á esta cabsa, estobo mucho tiempo sin aber casa de cabildo ni otro edeficio público." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pàgs. 368—369.

(1) Así consta en la segunda pintura de las publicadas por Aubin.

(2) Cartas de Relac. pág. 374.

(3) Bernal Diaz, cap. CLVII.

**

sieron asentarse por vecinos. (1) Para este segundo efecto y para determinar las calles y manzanas, sirvió un plano al cual se dá repetidamente el nombre de "traza" en los libros de cabildo. Segun ella, la isla quedó dividida en dos partes: la central, de forma cuadrangular, destinada á los españoles; el resto, fuera de la demarcacion, quedó para los indígenas. (2) Ambas quedaban separadas por un canal ó acequia: "Es "la poblacion donde los españoles poblamos, dice el "conquistador, distinta de los naturales, porque nos "parece un brazo de agua, aunque en todas las calles, "que por ella atraviesan, hay puentes de madera, por

(1) Cartas de Relac. pág. 307.

(2) La *traza*, dice el Sr. Alaman, Disert. tom. 2, pág. 198, "era un cua- "dro que abrazaba todo el espacio que limitan al Oriente, la calle de la "Santísima y las que siguen en la misma direccion; al Sur la de San Jeró- "nimo ó de San Miguel; al Norte la espalda de Santo Domingo, y al Po- "niente la calle de Santa Isabel." En tres de estas demarcaciones estamos conformes: con la del O. marcada por las calles desde el Puente del Zacate. Rejas de la Concepcion, Puente de la Mariscala, Santa Isabel, San Juan de Letran, y de San Juan hasta las Vizcainas; con la del Sur, corriendo por las Vizcainas, Tornito de Regina, San Jerónimo, Cuadrante de San Miguel, la Buenamuerte hasta San Pablo; con la del E. siguiendo la línea irregular del callejon de Muñoz, Curtidores, la Danza, Talavera, Santa Efigenia, Alhóndiga, calles de la Santísima, hasta terminar el callejon del Armado. Ahora, si la demarcacion del N. *la Espalda de Santo Domingo*, se entiende por la calle inclinada que corre por la espalda de San Lorenzo, espalda de la Misericordia, Puerta falsa de Santo Domingo, Pulquería de Celaya y el Apartado, no estamos conformes. Hé aquí nuestras razones. En el cabildo de 17 de Setiembre 1526, se menciona la *calle de Santo Domingo que va al Tatelulco.* En el acuerdo de 12 de Agosto 1527, se hizo merced á D. Juan de Cempual, "de un sytio para un solar *que está fuera de la traza* de la otra parte de la acequia del monasterio de Santo Domingo que atraviesa el ca- "mino del tianguez." Antes, en 14 de Enero de 1527, se hace mencion, "de un "solar en los que se añadieron en la traza hacia do se hace el monasterio de "Santo Domingo," y en 22 de Febrero del mismo 1527, se dió solar á Pedro de Meneses, "en los que se añadieron en la traza hacia el monasterio "que se hace de Santo Domingo, el cual es el quinto solar contando desde "la esquina de la calle que va de San Francisco al Tatelulco en la calle que "va desde allí á Santo Domingo." A nuestro entender, el Sr. Alaman refirió estos antecedentes á la posicion actual de Santo Domingo, sacando de aquí su demarcacion; más no tuvo en cuenta que, segun Dávila Padilla, los domínicos llegaron á México el 23 de Junio 1526; posaron tres meses en el

"donde se contrata de la una parte á la otra." (1) La traza española quedó dividida con el mayor concierto por calles que, corriendo con alguna inclinacion de N. á S. y de E. á O., cortándose en ángulos rectos formaron manzanas rectangulares. Dentro de la demarcacion quedaron todavía algunos canales, resto de los antiguos, á fin de permitir la circulacion y tráfico de las canoas; de estas calles de agua muchas persistieron despues de haberse retirado las aguas del lago, y alguna ha venido á desaparecer hasta estos últimos años.

Cada manzana quedó dividida en solares, de los cuales se concedió uno á cada persona que quiso asentarse por vecino, recibiendo dos si era conquistador; se daban con obligacion de fabricar casa y sugetarse á las cargas que las leyes y las costumbres imponian á los republicanos. Cupieron á don Hernando las "casas nueva y vieja" de Motecuhzoma, es decir, los palacios de Motecuhzoma II y de Motecuhzoma Ilhuicamina: (2) estas construcciones quedaron flanquea-

convento de los franciscanos, es decir, hasta Setiembre 1526; se establecieron entónces en el lugar *donde hoy está la inquisicion, y hasta* 1530, pasaron al convento en que vivieron. Las concesiones, pues, no deben referirse al segundo edificio, sino al primero, esto es, á la inquisicion, hoy Escuela de Medicina. Por esta razon, y algunas otras congruentes, para nosotros el lado Norte de la traza corría desde el Puente del Zacate, (cortando por las manzanas irregulares,) la Misericordia, Cocheras, Chiconautla, Puente del Cuervo y hasta terminar la calle de los Plantados. Esto queda más conforme con los datos históricos, con la irregularidad que pretendió darse á la traza y á las manzanas, dando testimonio de que por aquí pasaba la acequia la denominacion que aún persiste de Puente del Cuervo. Véase Dicc. Universal, art. Mèxico, págs. 608 y sig. García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, págs. 76 y sig. Las concesiones fuera de la traza quedaron anuladas en el cabildo de 8 de Julio de 1528.

(1) Cartas de Relac. págs. 377—78.

(2) El primer edificio ocupaba toda la manzana del actual Palacio Nacional, más lo que fué Universidad (hoy Conservatorio de música.) y la plaza

das por cuatro torres, una en cada esquina; almenas en el parapeto de la azotea y por el cuerpo del edificio troneras y saeteras. De este aparato, que daba á las habitaciones un aspecto señoreal, se hizo cargo á Cortés en la residencia, si bien se encontraba disculpa natural en que, estando la tierra de guerra preciso era dar á las casas consistencia de fortaleza para defenderse caso de un alboroto. Por esa causa de guerra se dió licencia á todas las personas que quisieran labrar casas para que pusieran una torre en una esquina de donde resultó así lo hiciesen, añadiendo troneras, Rodrigo Rangel, Andrés de Tapia, Gonzalo de Sandoval, Jerónimo Ruiz de la Mota, Francisco de Santa Cruz, Antonio de Caravajal, el Lic. Pero López y el Br. Juan de Ortega: (1) se advierte que existió en el permiso una especie de categorías, supuesto que don Hernando ponia en sus casas cuatro torres, mientras los capitanes sólo podían elevar dos y el resto de los constructores una sóla.

Para casas de cabildo quedó señalado el lugar de la Diputacion en donde despues estuvieron tambien la carnicería y la cárcel: para mercado se dejó la parte de la plaza principal, delante de las casas nuevas. —"Puse luego por obra, dice don Hernando, como "esta ciudad se ganó, de hacer en ella una fuerza en "el agua á una parte de esta ciudad, en que pudiese

del Volador (plaza del mercado:) el segundo edificio comprendia las manzanas actuales de la Alcaicería terminadas entre las calles del Empedradillo, Tacuba, la Profesa ó San José el Real y Plateros. Alaman, Disert. tom. 2, págs. 203 y sig.

(1) Residencia contra Cortés, tom. 1, págs. 47, 90, 120, 192, 227, 333, 354, 432, tom. 2, pág. 97.

"tener los bergantines seguros, y desde ella ofender "á toda la ciudad si en algo se pusiese, y estuviese en "mi mano la salida y entrada cada vez que yo quisie- "se, y hízose. Está hecha tal que aunque yo he visto "algunas casas de Atarazanas y fuerzas, no la he vis- "to que la iguale; y muchos que han visto más, afir- "man lo que yo; y la manera que tiene esta casa es, "que á la parte de la laguna tiene dos torres muy fuer- "tes con sus troneras en las partes necesarias; y la "una de estas torres sale fuera del lienzo hácia una "parte con troneras que barre todo el un lienzo, y la "otra á la otra parte de la misma manera; y desde es- "tas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, "donde están los bergantines, y tiene la puerta para "entrar y salir por entre estas dos torres, hácia el "agua: y todo este cuerpo tiene así mismo sus trone- "ras, y al cabo de este dicho cuerpo, hácia la ciudad, "está otra muy gran torre y de muchos aposentos ba- "jos y altos, con sus defensas y ofensas para la ciu- "dad; y porque la enviaré figurada á V. S. M. co- "mo mejor la entienda, no diré más particularidades "de ella, sino que es tal, que con tenerla es en nues- "tra mano la paz y la guerra cuando la quisiéremos, "teniendo en ella los navíos y artillería que ahora "hay." (1) Frente á frente de esta fortaleza, la calle

(1) Cartas de Relac. pág. 376—77. Ignórase el lugar en donde fueron construidas las atarazanas. Los comentadores de las cartas de Cortés dicen, que segun la opinion de algunos, estuvieron hácia el matadero (San Lúcas.) Parece que semejante acerto se funda en que don Cárlos de Sigüenza asegura, que don Hernando construyó dos fortines al principio de la calle de Itztapalapan, los cuales no siendo ya necesarios sirven de rastro (Piedad heróica, fól. 15;) pero como se observa, estos dos fortines no corresponden al edificio que buscamos. Conforme á una lista manuscrita que existía en

enmedio, hacía construir Pedro de Alvarado unasgrandes casas con torres y troneras; los vecinos decian que eran "contrafortaleza," y teniéndola á desacato contra el rey, los oficiales reales mandaron suspender la obra; mas habiendo casado Jorge de Alvarado con una hija del tesorero Alonso de Estrada, éste, al llegar á ser gobernador, permitió que la construccion se siguiera y las casas fuesen terminadas: (1) consta que estas estaban á la entrada de la ciudad. (2)

En medio de aquella reconstruccion, se alzaba todavía dentro de la traza, la gran pirámide del templo de Huitzilopochtli; con algunas obras accesorias, y es probable que aquí y acullá se lavantaran áun las moles más ó ménos destruidas de algunos teocalli; en Tlatelolco se ostentaba como una protesta el templo principal. Por una causa que no sabemos comprender, en este tiempo primitivo no aparece construida ninguna iglesia cristiana y ni áun señalado el solar en que se erigiera. Durante los primeros años—"en ca-"sa del dicho don Fernando Cortés se decía misa en "una sala baja grande, é de allí la hizo sacar la dicha "iglesia para meter allí sus armas en la dicha sala, é

el registro de hipotecas del Ayuntamiento, y lo confirman nuestros autores, dióse el nombre de calle de las Atarazanas á la recta desde las Escalerillas, Santa Teresa, Hospicio de San Nicolás, la Santísima y derecho hasta San Lázaro; evidentemente que esta denominacion determina el rumbo hácia el cual quedaba la fortaleza. Ahora, teniendo en cuenta que la ciudad estaba en una isla, que las atarazanas quedaban orilla de las aguas, que segun aparece ahora por el terreno la parte firme termina en San Lázaro, pues más allá la tierra es áun fangosa y anegadiza, parece lo más verosímil asegurar, que las repetidas atarazanas existieron hácia el lugar en que hoy se encuentra San Lázaro. Véanse Alaman, Disert. tom. 2, pág. 269 y sig. García Icazbalceta, Diálog. pág. 203.

(1) Resid. contra Cortés, tom. I, págs. 47, 90, 120.

(2) Resid. tom. I, pág. 148.

"se pasó el altar á un corredor bajo de la dicha casa "donde solia ántes estar, é porque era pequeño fizo "hacer un colgadizo de paja delante del dicho cor"redor, é aun allí no cabia la gente é se estaba al sol "é al agua." (1) Confirma este aserto el P. Motolinia, diciéndonos: "porque iglesia áun no la habia (á "la llegada de los franciscanos,) y los españoles tuvie"ron tambien, obra de tres años, sus misas y sermo"nes en una sala de estas que servian por iglesia, y "ahora es allí en la misma sala la casa de moneda." (2)

Tal fué el arranque de la nueva ciudad, que conservó su antiguo nombre de Tenochtitlan, si bien estropeado en Temixtitan. Si humilde fué su principio, no costó pocos afanes á los vencidos. Segun quien pudo saber de las obras y vió los trabajos tres años despues.—"La séptima plaga fué la edificacion de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificacion del templo de Jerusalem; porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apénas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras á unos tomaban las vigas, otros caían de alto, á otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad

(1) Resid., tom. I, págs. 91, 162, 201, 267, 337; tom. II, págs. 117, 134, 158, 197.
(2) Hist. de los indios, trat. 2, pág. 1

de piedra."—"Es la costumbre de esta tierra no la mejor del mundo, porque los indios hacen las obras, y á su costa buscan los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros, y si ellos mismos no traen que comer, ayunan. Todos los materiales traen á cuestas, las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas, y como les faltaba el ingénio y abundaba la gente, la piedra ó viga que habia menester cien hombres, traíanla cuatrocientos; y tienen de costumbre de ir cantando y dando voces, y los cantos y voces apenas cesaban ni de noche ni de dia, por el gran fervor que traían en la edificacion del pueblo los primeros dias."(1) El mismo religioso cronista nos informa acerca de la gran muchedumbre de indígenas muertos durante la guerra y en el acedio de la ciudad; como no sembraron, estando todos ocupados en pelear, los unos en defensa de la tierra y de los méxica, los otros en favor de los españoles, ó lo que estos sembraban le talaban aquellos, siguióse gran falta de maíz y hambre que consumió á muchos, mirándose áun los mismos vencedores en grande trabajo luego despues de la toma de la ciudad. Si los vencidos mexicanos concurrieron á reparar los edificios defendidos con tanto brío, no por eso dejó de verificarse que los vencedores aliados reconstruyeran lo por ellos derribado, en sólo provecho de sus nuevos amos.

(1) Motolinia, Hist. de los indios, trat. 1, cap. 1.

D.ª MARINA.

_"Matame Teotl! Esclamó el infeliz poniéndose lívido y amenazando al cielo con los puños."

CAPITULO XXIII.

Terrible sentencia.

SEGUN la usanza de aquellos tiempos, Hernan Cortés habia dictado de sobre mesa la sentencia contra los prisioneros, y no solamente contra los prisioneros, sino contra algunos que no estándolo, merecian alguna pena por haberse declarado sus enemigos.

A José de Jaramillo se le cortaria un pié, por haberse querido largar á Cuba con el adelantado, para darle luces sobre lo que debia hacerse en México contra Cortés.

A Pedro Gallego se le cortaria la mano derecha, porque con ella se proponia desnudar la espada contra su natural señor.

A Cristóbal de Olid, que era alcalde mayor, se le despojaria del baston del mando, de sus bienes y consideraciones.

Al tesorero Julian de Alderete, se le despojaria del cargo, nombrándose uno interinamente, miéntras venian provisiones de Su Majestad.

A Francisco de Garay se le tendria en lugar seguro, miéntras acababa de morir y dispersarse su gente y miéntras que todas las posesiones que habia conquistado con la fuerza de su brazo, acababan de ser ocupadas por los capitancillos de Cortés.

En caso de que vinieran nuevos oficios diciendo que se le diera posesion á Francisco de Garay, de sus provincias conquistadas, ya habria modo de contestar que el favorecido habia dejado de existir.

Contra otros ménos culpables, decretó penas ménos severas, pues que bastante pena era ya por cierto no obtener su favor en esos tiempos en que él era el depositario de todos los bienes de esta tierra y el único repartidor de los beneficios. El que no gozaba del favor de Cortés, bien podia resignarse á vivir de la caridad de los indios que apénas tenian legumbres y algunas otras miserias para participar á los castellanos que estaban en la desgracia. Así, pues, se propuso quitar los indios y las tierras que les habian repartido á todos aquellos que al aproximarse Cristóbal de Tápia, habian hecho siquiera el más leve impulso para sostenerlo, diciendo palabras en su favor, azuzando á sus tropas y esparciendo rumores y alarmas entre los conquistados.

Por supuesto que tanto el licenciado Suazo, secretario entónces de Cortés, como el hermano Melgarejo, como Rodrigo de Paz su primo, como Diego de Ocampo y todos sus demas parientes y amigos que le ha-

bian accompañado á comer, aplaudieron su alta determinacion sin atreverse á contradecirle en lo más mínimo. Aun alguno hubo que murmuró al oido del que tenia al lado, pero no tan quedo que no lo oyera Cortés que era lo que se necesitaba:

—¡Qué noble y qué generoso! Otro conquistador en su lugar, mandaria á la horca á toda esa canalla.

Cortés, que creyó observar una censura de su conducta pusilánime, aunque encubierta con los elogios, dijo en seguida como dirigiendo á los demas una explicacion:

—Os ruego, amigos mios, no penseis que me ha faltado valor para ser más severo. El delito de traicion sólo se castiga con la muerte, pero yo castigo así para no dar esta clase de escándalos á los indios. Además, cada español ménos, en estas circunstancias en que no somos muchos para defendernos de un alzamiento de los indios, vendria á hacernos falta en un caso de urgencia. Por eso no uso ahora de todo el rigor; pero en lo sucesivo no será así, sino que mandaré dar tormento y arcabucear á todo el que sea traidor y haga cualquiera cosa que sea en deservicio de Su Majestad.

Desde la mesa de Hernan Cortés se difundió luego por la ciudad cuál habia sido la sentencia pronunciada contra los prisioneros, y como ya hemos dicho que nada se propaga tan pronto como una mala noticia, Marina supo los detalles al salir apenas de la casa de la princesa. Se puede decir que aun ántes de que Hernan Cortés esternara su pensamiento en la reunion de sus amigos, ya se sabian en la calle todos los por-

menores: ¡tan pronto es así para imponerse de las cosas de interés el espíritu público! O tan fuerte es el instinto de adivinacion que siempre se observa en las masas!

Bien es que tanto Isabel á la vuelta del palacio de Cortés se habia visto embarazada en su marcha por su escolta, por su palanquin y por los miles de obreros que obstruian las calles, como Marina al dar los primeros pasos encontrándose detenida más del tiempo que hubiera podido necesitar Cortés para hacer de sobre mesa sus declaraciones; pero sea como fuere, los mismos indios informaron á Marina de lo que estaba pasando.

—¿No sabes? le dijo uno de los mandoncitos que estaba á la cabeza de una gran cuadrilla de trabajadores en la casa inmediata; el Malinche mandó hacer la ejecucion en los presos.

—¿Y quiénes son los presos?

—Los presos son muchos, pero entre los más nombrados están Francisco de Garay, que saldrá para Coyuacan, Pedro Gallego á quien se le corta la mano derecha y José de Jaramillo á quien le van á cortar una pierna.

—¿Qué dices? ¿Tambien José Jaramillo está en prision?

—Y sentenciado á cojear toda su vida.

Marina se sintió horriblemente impresionada. José de Jaramillo, ese jóven de buena presencia y de una gracia especial para la conversacion, se habia dirijido á ella infinidad de veces, aunque en tono de broma, pidiéndole su corazon y su mano.

—Oye, Marina la Lengua, le habia dicho una vez José de Jaramillo, el dia en que tú quieras desenredarte del capitan, yo estoy dispuesto á darte mi nombre ante el altar de Dios. ¿Quieres desposarte conmigo?... Cuando me busques, siempre me encontrarás.

Antes debemos explicar que Marina la Lengua, segun le decian á nuestra heroína los españoles, en aquel entónces, no era en realidad un apodo, sino que con ello querian designar el oficio que ella desempeñaba: Marina la Lengua, esto es, Marina la intérprete.

En otra vez en que ella habia tenido un disgusto con Cortés, y Jaramillo la encontró llorando, la dijo con ternura:

—Oye tú, Marina la Lengua, cuando te cases conmigo verás cómo te respeto y cómo te amo: yo te juro que jamás aparecerá una lágrima en tus ojos por mi culpa. Deja á ese hombre que te trata mal, y cásate conmigo: si tienes miedo de dejarlo, nos pondremos fuera de su alcance, yéndonos á vivir á cualquiera de las islas españolas donde mandan otros capitanes y donde nada nos faltará.

Como Marina se ponia siempre séria, Jaramillo lanzaba una carcajada para que lo atribuyera á broma y no fuera á decírselo á Cortés, que hubiera ejercido en él una cruda venganza.

Marina, con su instinto de mujer, habia comprendido que Joséde Jaramillo realmente la queria, prefesándole un vivo amor, puesto que le proponia el matrimonio áun sabiendo, como sabia, que era la concubina de Cortés.

En algunas ocasiones pensando lo que haria cuan-

do Cortés la abandonara, que esto seria un dia ú otro, pues que no la habia de tener á ella toda la vida, ni ménos cuando llegaran los centenares de mujeres europeas que estaban ya esperándose, Marina decimos, al considerarse abandonada de Cortés, habia visto, así, como una leve sombra, como un ensueño que deja huellas pasajeras y que se desvanecen al despertar, habia visto á José de Jaramillo tendiéndole como siempre la mano y ofreciéndole el dulce nombre de esposo.

Y luego cuando se ponia á hacer comparaciones entre los dos hombres que le habian declarado su pasion, entre Cuauhtlizin y José de Jaramillo, encontraba siempre á éste más hermoso, más noble, más inteligente, más varonil, y sobre todo, más civilizado. Cuauhtlizin no podia ofrecerle otra cosa que un amor salvaje: para amarlo á él, necesitaba despojarse de sus galas que le habia traido la poca ilustracion aprendida, y volver á tomar la corteza de la barbárie; necesitaba huir de los españoles, quienes eran una parte de su vida y cuyas costumbres eran ya las suyas; necesitaba abandonar la religion del verdadero Dios que era en su corazon una creencia arraigada; necesitaba, por último, remontarse á los montes como las fieras y desterrarse para siempre de todo lo que ahora formaba sus gustos y sus necesidades. José Jaramillo halagaba más sus aspiraciones. Poderse presentar de igual á igual enfrente de los españoles, salir de su condicion de sierva, para ser la ama de su casa como mujer libre, estar en aptitud de conocer las costas europeas viajando por ellas al lado de su marido..... todo esto formaba para ella un ideal en sus horas de

recogimiento. Pero siempre acababa por decir llena de arrebato:

—¡Imposible! yo no puedo amar á nadie más en el mundo que á don Hernando...... moriré siendo esclava suya. Más feliz soy siendo la sierva de don Hernando, que si fuera la reina de España...... no cambio con nadie mis títulos de amante y amada del hombre más grande de la tierra. Además: llevo en mis entrañas un hijo suyo...... nó, nó.... es una profanacion pensar siquiera en la sombra de otro hombre...... yo no amo, yo no puedo amar más que á Hernan Cortés.... yo no soy de otro, ni puedo ser de otro más que de Hernan Cortés. Es mi vida, es la mitad de mi alma, es mi adoracion.. ¿cómo voy siquiera á pensar en que hay alguno que pueda hacerme feliz?

Esa resolucion no impedia que tuviera grandes simpatías por José de Jaramillo, que al revés de los demas españoles, la trataba siempre con finura y con distincion.

Así es que cuando el capitancillo le dijo que se le iba á cortar un pié á José de Jaramillo, Marina se puso pálida y comenzó á temblar.

Sin esperar más noticias, echó á andar entre el enjambre de trabajadores que tenian obstruidas las calles, pidiendo á todos por favor que le dejaran lugar para seguir su camino.

La hora en que Marina cruzaba por el centro de la ciudad, para pasar dos bocas--calles que eran las que mediaban entre el palacio de Isabel y el de Cortés, ambos pertenecientes ántes á Moctezuma, era la de la siesta, cuando el calor reunia á los obreros en la som-

bra, ocupándose en vez de dormir, de elevar su tristes y prolongados cantos con la mirada fija en el cielo.

Los que entendian la letra de aquellos cánticos de los indios, dicen que no se ocupaban de otra cosa más que de lamentar su cautividad presente, sin presentar el más leve destello de una esperanza para lo futuro. Tan remachadas así sentian aquellos pobres sus cadenas.

La voz, por lo mismo, de la hermosa doña Marina, apenas lograba hacerse oir entre aquel barullo, lo cual aumentaba sus ansias y su desesperacion.

Por fin logró llegar al palacio de don Hernando precisamente en los momentos en que éste se preparaba á montar á caballo para dirigirse á su casa de Coyuacan.

Cortés queria permanecer el ménos tiempo posible en México, tanto para evitarse de la corrupcion de los cadáveres que á cada momento se encontraban entre las ruinas, como para no estar aturdido todo el dia con el movimiento del trabajo y el ruido de los trabajadores; pero en realidad para estar más á cubierto de un golpe de mano de sus enemigos. Así como en México era fácil ponerle una celada, en Coyuacan era imposible, porque allí estaba solo entre los que él quería, entre los que eran esclusivamente suyos. Por eso habia dado la órden de marcha para cuando se acabara de comer, sin detenerse ni siquiera á dormir la siesta segun la costumbre.

Marina, luego que lo vió que iba á montar á caballo se precipitó á donde él estaba, le echó los brazos al cuello y le dijo con ternura:

—Quiero hablarte.

Cortés, sorprendido al principio y llevado de su mal humor, la rechazó diciéndole:

—¡Imprudente! ¿qué significa esto?

Pero recordando luego los resientes servicios que le habia prestado Marina, repuso con entonacion ménos brusca:

—¿Qué me quieres?

—Decirte sólo dos palabras que me interesan mucho.

—Sígueme á Coyuacan.

—Me importa que las oigas aquí mismo.

—¿Necesitamos entrar y sentarnos?

—Sí.... un momento.

Marina, como avergonzada de contrariar á Cortés, bajó la cabeza y derramó dos lágrimas.

—Bien, vamos.

Y ambos entraron á una habitacion inmediata. Una vez que estuvo sentado Cortés, Marina cayó ante él de rodillas.

—¿Me explicarás todo esto?

—Mi señor, mi amo, mi adorado dueño, vengo á pedirte gracia para la princesa Isabel, gracia para su amante Pedro Gallego y.... gracia tambien para el pobre José de Jaramillo que.... yo te lo juro por la Vírgen del cielo, es uno de tus principales amigos.

La vista de Cortés pareció nublarse. En el acto se le representó la escena de la comida en que hubo uno que le censuraba porque no daba muerte á sus enemigos: ¿despues que habia sido demasiado generoso llegaria hasta el ridículo perdonando al que queria perderlo?

—Marina, dijo con voz sorda, siento mucho que me pidas eso.

—¿Por qué? ¿acaso has tenido suficiente calma para decretar una justicia?

—Ya los mios me han tachado de pusilánime porque no castigo con rigor.

—Esos tuyos que así te aconsejan, sin ser responsables ante Dios de la sangre que se derrama por tí, ni llevan su nombre unido al tuyo de tal suerte que ellos carguen con las glorias y las responsabilidades que á tí te resulten, ni son los más que se exponen en los peligros..

—Mandaré quitar las guardias á la india doña Isabel, porque se trata de una mujer, pero no puedo perdonar á los hombres.

—Sólo te pido la libertad de Pedro Gallego y José de Jaramillo.

—Lo que haria en servicio tuyo, si fuera tiempo todavía, seria librarles de la mutilacion.

—¡Cómo! exclamó doña Marina desvaneciéndose y próxima á perder el sentido.

—Está dada la órden para que les corten el pié y la mano.

—¡La órden!.... murmuró temblando la infeliz.

—La recibió el alcaide en propia persona.

—¡Jesus! exclamó Marina cubriéndose la cara con las manos....

Se levantó, dió dos ó tres pasos vacilantes y luego tuvo que cojerse de la pared para no caerse.

CAPITULO XXIV.

En la prision.

Cuando volvió en sí Marina de la impresion que acababa de experimentar, se encontró en la pieza del alcaide, medio recostada en un gran sillon forrado de pieles. El español que servia este empleo era un anciano de barba blanca, que se llamaba don Gutierre de Badajoz. Al entrar éste á la habitacion fué cuando Marina recordó todo lo que acababa de pasar, como un sueño, y con los ojos todavía entrecerrados preguntó al anciano levantándose:

—¿Era tiempo todavía?

—Sí, y los presos están muy reconocidos á vos por empeño que habeis tenido en salvarlos. Un minumás, y Gallego se queda manco, lo mismo que Jamillo cojo para toda su vida.

—Permíteme, anciano, que me arrodille ante esa Vírgen para darle gracias por el milagro que acaba de hacerme.

—Ha sido un verdadero milagro, porque el gobernador estaba furioso contra ellos cuando me dió la órden, y sólo por la intercesion vuestra puede haberla revocado.

Marina oró unos momentos, agradecida á la Vírgen, á quien se habia encomendado de todo corazon, al estar hablando con don Hernando, para que éste no se negara á conceder la gracia que le pedia.

Ya hemos visto que Cortés se prestó cuando ménos á levantar la pena de mutilacion que pesaba sobre aquellos desgraciados.

Al montar á caballo para retirarse á sus posesiones de Coyuacan, dió tambien órden para que se dejara en libertad á la hija de Moctezuma. Por más feroz que fuera Cortés, se habia humanizado hasta donde le era posible humanizarse, ante las lágrimas y el empeño de doña Marina.

A la vez que se quitaba la guardia del palacio de Isabel, supo esta princesa que su amante Pedro Gallego estaba condenado á sufrir la pérdida de la mano derecha. Aunque mucho confiaba en lo que pudiera hacer Marina en favor de los condenados, creyó que era indispensable reunir sus esfuerzos, cualesquiera que fueran, para salvarlos, y dió órden á sus gentes de que la siguieran al edificio de la cárcel.

Miéntras ella entraba por una calle, veía desfilar por la otra, con los pendones reales, á la régia comitiva de Hernan Cortés. Entónces vino hácia ella el ca

pitan Gonzalo Mejía, que era su amigo desde meses atrás, quien la preguntó desde el caballo, pues que se dirigía á alcanzar la comitiva:

—¿Qué habeis tenido hoy, princesa, que os he visto desasosegada yendo de una parte para la otra?

—¡Ah! don Gonzalo, bendito sea el cielo que te pone en mi camino.

En pocas palabras lo puso al corriente de lo que le pasaba, y le suplicó que la acompañara á la cárcel.

—¿Pero quereis presenciar vos el espectáculo de la mutilacion?

—Tengo esperanzas de que Marina haya conseguido que no se aplicara á los presos semejante tormento.

—Dificililllo es, porque el capitan don Hernando tiene sus puntos de testarudo.

—Pero hace cuanto le dice Marina.

—Quién sabe si Marina no haya llegado á tiempo.

—¿Cómo?

—Yo ví á don Hernando cuando dió la órden al alcaide de despachar ese asunto inmediatamente. Podeis estar segura de que cuando Marina llegó, ya estaba ejecutada.

Isabel perdia el color á cada momento y se veía precisada á cogerse con las dos manos de su palanquin, para no caer desfallecida.

—Me asustas, don Gonzalo, con el modo que tienes para decir estas cosas.

—¿Os asusto?..... ¡Ah! perdonad.... me olvido á cada momento del grandísimo interés que os inspiran los presos.

—¿A vos no?

—A mí sí, porque son mis amigos y tambien mis pasainos.

—Tambien es amigo mio Pedro Callego y le quiero más que si fuera mi paisano.

—En fin, sea lo que sea, debo conducirme galante con una dama como vos. Ordenadme, que despues alcanzaré en el camino á don Hernando y á su comitiva.

—No es mi ánimo traerte compromiso alguno, don Gonzalo. Lo único que te pido como un señalado favor, es que me acompañes para que tus paisanos no me nieguen la entrada.

Cuando decian esto ya estaban cerca de la cárcel, á la cual sólo pudieron entrar despues de reconocida la comitiva y despues de cerciorarse de que don Gonzalo de Mejía, capitan de los más conocidos y de los más estimados en la armada, respondia del órden de toda aquella gente, y era quien pedia que se descorrieran los cerrojos para que entrara la princesa.

Isabel llegó al cuarto de la alcaidía en los momentos en que Marina acababa de orar.

Luego que la vió, se echó en sus brazos bañada en llanto.

En lengua mexicana le hizo varias preguntas. A todas ellas respondió Marina:

—Están salvados de la mutilacion: yo te respondo de que bien pronto serán puestos en libertad.

A ruegos de Gonzalo de Mejía y de doña Marina, que era tambien respetada y atendida por los españoles, consintió el alcaide en que salieran por un mo-

mento los presos de sus calabozos para que acudieran allí con objeto de saludarlos.

Ambos vinieron con el regocijo pintado en sus semblantes.

Al ver á las dos hermosas indias allí reunidas, y á Gonzalo de Mejía que las contemplaba detrás de ellas con sonrisa burlona, se detuvieron como cortados. Entónces Mejía fué el que quiso sacarlos de aquella situacion embarazosa diciéndoles:

—Debido á estas damas, no estais á estas horas cojos y mancos. Yo las he visto echarse á los piés de don Hernando hasta conseguir gracia para vosotros. Os dejo con ellas para que les deis las gracias á vuestro sabor, que yo tengo que partir en pos de la comitiva. Adios, camaradas.

Se despidió tambien de las damas y se alejó sonando los hierros de las espuelas y la espada

Pedro Gallego, como más impetuoso, fué el primero en abalanzarse casi hácia donde estaba Isabel, cuyas manos besó poniéndose él de rodillas.

Jaramillo, que no adoraba ménos á doña Marina, siguió el ejemplo de Gallego y tambien se dió á besar las manos de su salvadora.

Naturalmente, despues de pasados los trasportes primeros de la efusion, comenzaron á serenarse los ánimos, y entónces tomaron asiento los unos al lado de los otros.

El viejo don Gutierre, estaba con los anteojos calados sentado delante de una mesa de madera blanca, encima de la cual se encontraban un librajo, un tintero de plomo con cuatro plumas de guajolote, y regados

algunos papeles y pergaminos que parecia ordenar cui dadosamente el alcaide.

En otro extremo de la pieza estaban Isabel y Pedro Gallego: ella en un sillon de pieles, él un poco más bajo en un taburete de madera: á la izquierda, Marina que con ojos inquietos miraba á Jaramillo y á los demas circunstantes, miéntras que éste sin dejarla de mirar extasiado, le hacia mil manifestaciones de agradecimiento. En la puerta los soldados que servian de custodia á los presos, y más léjos se divisaban tambien algunas cabezas de los indígenas que habian venido acompañando á la princesa ó que les habia sido permitida la entrada como curiosos, por considerárseles inofensivos.

Así dispuestas las cosas, los jóvenes Gallego y Jaramillo se apuraban á disfrutar de la mejor manera posible los diez minutos que les fueron concedidos de libertad para venir á dar las gracias á sus libertadoras.

Gallego, atropellando las palabras, queria contar apresuradamente á Isabel todas las aventuras de su viaje, desde la noche en que se despidió de ella, siendo encarnizadamente perseguido por una ronda al separarse de sus celosías, hasta el momento en que habiendo atravesado por entre los mayores riesgos, pudo llegar al campamento de Francisco de Garay, que estaba ya rendido á Cortés.

—Figuraos, princesa, añadió, que yo tenia suma confianza en lo que me habia dicho el tesorero Alderete, respecto á la entereza de Cristóbal de Tapia y á la valentía de Francisco de Garay, y que cuando me

D.ª MARINA.

—"Permiteme, anciano, que me arrodille ante esa Virgen."

presenté en el campo de este último, lo que ménos esperaba era encontrame con mis antiguos compañeros.... ¿Qué habia de hacer sino sorprenderme de aquello? A poco supe que Francisco de Garay estaba entregándose y yo tuve que entregarme tambien.

—¿Pero confesaste que ibas á hacer armas contra don Hernando?

—Tan desesperado estaba, que lo pensé y por poco lo declaro todo: lo único que queria era terminar con mi vida de una vez, ya que me encontraba deshonrado y que os consideraba á vos perdida para mí, puesto que ya no podia complaceros; pero no me dejó tiempo Cortés de hacerle confesion alguna, y ahora no me arrepiento de ello, ahora que aunque en desgracia vuelvo á veros; y vuelvo á veros en momentos en que os interesais por mí y en que esto me hace creer que si he perdido algo de vuestro cariño y si no he cumplido las condiciones que me impusísteis como precio de vuestro amor, al ménos tengo el presentimiento de no haberlo perdido todo, y con sólo veros me considero muy feliz todavía.

—Pierde cuidado, don Pedro, que con el auxilio de Marina pronto saldrás en libertad y entónces hablaremos....

—¡Ah!.... pero ¿es verdad que debo seguirme alimentando con la esperanza de ser amado de vos aunque no haya podido cumplir mi compromiso?

—Demasiado lo ves, jóven, en el interés que tomo por tí que soy mujer reconocida.

—¿Y amante?

—Eso vamos á verlo muy pronto.

—¡Vos no sabeis, no, cuánto era el deseo que tenia de veros!

—Ahora vamos hablando de tí, don Pedro, de tí que has estado próximo á sufrir una pena horrible.

—Sí, habia mandado Cortés que me cortaran la mano derecha; pero yo tengo un puñal oculto en mi seno, y con él pensaba defenderme de tal humillacion hasta morir.

—Por eso estaba yo más temerosa y más impaciente: sabia que no habias de querer vivir falto de una mano.

—Cortada en pena del delito de traicion.... ¡jamás!

—Es lo que me causa más entusiasmo, verte tan lleno de valor y de elevados sentimientos.

Gallego se apoderó de una mano de Isabel y la llevó á sus lábios: ella, para disimular delante de las personas que los observaban, lo achacó esto á despedida y se levantó del sitial.

—¡Oh! no, no os vayais.

—Ved que nos observan las gentes.

—Yo tendré prudencia, os lo juro.

Isabel volvió á sentarse.

Entre tanto, Marina y Jaramillo tenian una conversacion no ménos animada.

—Por vos, Marina, yo que he sido y podria seguir siendo el más humilde vasallo de Cortés, me he unido con sus enemigos que querian matarlo.

—¡Matarlo!

—Sí, es el único medio que tienen de trinnfar sobre él, y es el único que yo encuentro tambien para alcanzaros.

—Callad, capitan Jaramillo, os lo suplico.

—Me habeis preguntado cuáles son los motivos que tuve para traicionar á mi capitan, á mi jefe, y os los estoy diciendo á vos como á mi confesor.

—Pues el camino peor que habeis escojido para agradarme, ha sido haceros enemigo de don Hernando.

—No pensaba agradaros, Marina, lo que queria era verme libre de un rival poderoso á quien sólo se puede vencer con la muerte: ahora si vos me decís que sea amigo de Cortés, yo seré su esclavo. Tanto así os adoro, Marina.

—Me causais pena, señor.

—¿Por qué?

—Porque bien sabeis que yo no puedo corresponder á vuestro cariño.

—Sólo quiero que me veais con clemencia.

—Mi presencia aquí os testifica mejor que nada, el interés que tomo por vos.

—Vos sois buena, y por todos los que están en desgracia haceis lo mismo.

—Con las lágrimas en los ojos y de rodillas, he pedido para vos el perdon de don Hernando.

—Y tambien el perdon de los demás condenados á sufrir la mutilacion, ¿no es cierto?

—Es cierto: he pedido gracia para todos, pero al pedirla para todos, era para vos esencialmente que ueria conseguirla, es decir, á vos solo era al que veia llá en el fondo de mi peticion.

—¿Es decir que me amais?

—No quiero decir eso, sino que os distingo con

mi amistad y con mi cariño entre todos los españoles.

—¿Me estimais más que á todos los otros?

—Sí.

—¿Entónces podeis hecerme una promesa?

—¿Cuál?

—Si en alguna ocasion os veis abandonada de Hernando Cortés, vuestro amante, si alguna vez os encontrais libre de ese amor, ¿vendreis á mis brazos?

—No os comprendo. ¿De qué manera juzgais que pueda ser abandonada de Cortés?

—Don Hernando es casado con doña Catalina Juarez, ¿no lo sabeis?

Marina, al escuchar ese nombre, se puso horriblemente pálida y dijo con voz débil:

—Don Hernando nunca ha querido confesarme eso, pero yo lo he sabido.

—¿Sabiais tambien el nombre de su mujer?

—Sí.

—Pues bien: doña Catalina Juarez, que ha estado viviendo últimamente en la Habana, está para venir á México llamada por el mismo Cortés.

—¿Es verdad eso?

—Os lo juro, Marina.

—¿Cortés la ha llamado?

—Cortés ha dado órden secretamente á todos los oficiales que tengan familia en España, ó en las islas españolas, para que las traigan, dando él, primero que nadie, el ejemplo. A la vez ha mandado que se flete una embarcacion por su cuenta para que traiga á todas las mujeres europeas que quieran venirse á formar la colonia.

Marina habia inclinado la cabeza y jugaba distraidamente con uno de los adornos de su vestido. Jaramillo continuó diciendo:

—Ya comprendereis que viniendo doña Catalina Juarez, serán imposibles vuestras relaciones con don Hernando.

—Me atormentais diciéndome esas cosas, Jaramillo.

—Y bien, ¿qué decidís?

—Que si don Hernando Cortés me abandonara por su mujer, ó por cualquiera otra......

Aquí se interrumpió casi llorando.

—Continuad, exclamó Jaramillo gozoso.

—En ese caso seré vuestra.

Al decir esto, abandonó una mano al capitan que él estrechó entre las suyas besándola, y Marina salió de allí altiva como una reina.

Detrás de ella salió tambien doña Isabel, á quien habia hecho mil protestas de amor el alférez Pedro Gallego.

El alcaide mandó entónces que fueran metidos en sus calabozos aquellos dos presos, tan favorecidos del bello sexo indígena.

Jaramillo dijo al alcaide:

—Si no teneis órdenes en contrario, ¿nos permitís estar juntos á mí y al alférez Pedro Gallego?

—Podeis estarlo, contestó el alcaide que en el fon-
) era bueno y que no se consideraba con derecho á
egar una cosa tan sensible.

Gallego se echó en brazos de Jaramillo.

—Hasta ahora, dijo éste, hemos vivido alejados

el uno del otro: ahora creo que hay cosas comunes entre nosotros y que debemos ser amigos.

—Lo seremos hasta la muerte, exclamó con entusiasmo el jóven.

Aquella noche fué consagrada por los dos jóvenes españoles, á hablar de sus amores: los nombres de Isabel y Marina fueron pronunciados frecuentemente.

CAPITULO XXV.

Despedida.

Al dia siguiente de estos sucesos, estaba la princesa Isabel acabando de arreglar su tocado, cuando entró su doncella Xolotla, y despues de las acostumbradas ceremonias que constituian un humilde saludo, la dijo:

—Ama mia, he cumplido por mi parte con la comision que me diste vigilando todos los pasos de Marina, y ahora vengo á que me dés los collares y los demás premios que me prometiste.

—Pero todavía no concluyes tu tarea, Xolotla.

—Sí, ama mia.

—¿Cómo?

—Marina se marcha hoy en la mañana para Coacan.

—¿Se marcha ya?

—Me lo ha dicho, y la he visto mandar á sus criados que recojan sus ropas y preparen el palanquin.

—Nadà me ha comunicado respecto de esa marcha.

—Pero como yo tengo el encargo de vigilarla, sé todo lo que hace y hasta lo que piensa.

—Cuéntame entónces lo que ha hecho últimamente.

—Ayer fué á echarse á los piés del Malinche para conseguir que no aplicaran la pena de mutilacion á su amante Jaramillo ni á tu.... amigo Pedro Gallego.

—Eso lo sé yo: pasa á otra cosa.

—Despues fué contigo á la cárcel y allí estuvieron ambas, unas dos horas.

—Es verdad.... pero eso, ¿quién lo ignora?

—Pues lo que no sabes es que en la tarde, vinieron unos indios de sus parciales y estuvieron entrando y saliendo hasta el anochecer.

—¿Quiénes son esos? ¿de qué trataban?

—Esos son sus espías y vienen á darle cuenta de lo que hacen los españoles.

—¿Podrias conocerles?

—No á todos, porque son muchos, y en cada vez vienen distintos, principalmente totonacos y oriundos de pueblos del Oriente.

—¿Has oido lo que decian?

—Cada vez que entra alguno, Marina sale á registrar todos los rincones, y cuando está segura de que nadie la escucha, se pone á hablar con ellos muy bajito y á veces en una lengua desconocida.

—¿De suerte que no has comprendido?

—Todo no: algo sí.

—Díme lo que sepas.

—Pues bien: por los ademanes de uno que vino muy apresurado y muy desçolorido, y por algunas palabras que sorprendí, yendo y viniendo como que hacia faenas de la casa, supe que se trata entre los españoles de matar al Malinche.

—¿A Hernan Cortés?

—Sí.

—¿Pero cuándo, cómo?

—Eso es lo que no sabe Marina todavía. Hasta ahora hay sospechas solamente de que se han reunido en la casa del tesorero, y que han convenido en echar suertes entre ellos, para que aquel á quien le toque, aunque exponga su vida, vaya y le atraviese con su daga el corazon.

—¡Jesus!

—Anoche, despues de la queda, salió de su habitacion Marina.

—¿A la calle?

—Sí.

—¿Pero cómo se atrevió á correr el riesgo de que la prendieran?

—Fué disfrazada.

—¿Disfrazada?

—Se puso un vestido de hombre español. Llevaba un ancho sombrero que le cubria toda la cara y además una capa negra. Debajo le salia una espada y de jos la cuidaba un indio de esos que tienen la virtud e no hacer ruido con las pisadas y que se deslizan por

junto á las paredes y por entre las ruinas con más facilidad que si fueran sombras.

—¿Y á dónde fué Marina?

—Eso no lo supe, porque si la hubiera seguido, me hubiera visto el hombre que iba detras, y yo tengo prohibido además salir á esas horas del palacio; pero es seguro que fué á probar si podia introducirse á la casa del tesorero, favorecida por el disfraz, pasando como uno de los conspiradores.

—¡Qué mujer tan audaz y tan llena siempre de recursos!

—Estuve en pié hasta que la ví volver, que fué cuando cantan los gallos y brilla la estrella grande encima del cielo.

—¡Ah! volvió á la media noche.

—Habia prevenido á uno de los suyos que la esperase en la puerta, de modo que apenas hizo una señal, se abrió el postigo y entró á sus habitaciones descalza y con las ropas recogidas para que nadie la sintiese.

—Está bien: has ganado la recompensa que te ofreci, Xolotla.

Diciendo esto, Isabel sacó de sus cofres una cajita en la cual habia un espejo chiquito, unas abrazaderas de cuentas azules y unos collares de vidrio.

Xolotla se consideró luego que recibió aquello, dueña de un inmenso tesoro y más poderosa que una reina. Desde que Isabel le habia hecho su ofrecimiento, no habia dejado de pensar en tales dijes ni de dia ni de noche, formando lo más delicioso de sus ensueños.

Apenas acababa de salir Xolotla de las habitacio-

nes de la princesa, cuando apareció en ellas Marina.

—Vengo á despedirme de tí, hermana Tecuichpotzin, princesa mia, querida hermana.

—¿Te vas tan pronto?

—Es mi deber. El Malinche se ha marchado desde ayer, y yo me quedé solo para ayudarte á salvar á Pedro Gallego.

—¿Te vas y dejas en prision á José de Jaramillo? preguntó la princesa Isabel con cierta ingenuidad, pero en el fondo queriendo devolverle la frase maliciosa.

—Pienso conseguir de don Hernando que ponga en libertad á esos dos españoles.

—¡Bueno, Marina! exclamó Tecuichpo.

—Gallego es muy jóven, y tal vez por atolondramiento hizo lo que hizo: Jaramillo es amigo leal de don Hernando, y sólo mal aconsejado por sus pasiones pudo haber pensado en traicionarle. Pero sean culpables ó sean inocentes, yo me propongo seguirme empeñando, y creo que muy pronto podré alcanzar su libertad.

—Dios lo permita, hermana mia. Me harás á mí un señalado servicio, porque te lo diré, puesto que no eres ciega para no haberlo conocido: estoy muy reconocida al alférez Pedro Gallego por el fuego con que me ama, y tal vez acabe por amarle yo misma.

—Ya le amas, princesa: se lee muy bien eso en tus jos.

—Puede ser: yo siento varios afectos, impresiones lesconocidas.... pero estaba dudando aún que esto

fuera amor, puesto que á pesar de ser viuda nunca lo he sentido

—¿Qué amor habias de sentir habiéndote casado de once años con un niño de doce?

—Pues bien, yo siento zozobras cuando pienso en Pedro Gallego; yo estaba casi volviéndome loca cuando supe que iban á triturarle una mano; yo cometí hasta la imperdonable bajeza de echarme á los piés del Malinche para que le perdonara.... No sé, Marina, si esto es amor.

—Le amas ya, Isabel, le amas ya con el amor romancesco, fogoso y apasionado que saben inspirar los españoles. Despues pagan mal, pero al principio son tan tiernos y galantes, que es imposible no delirar por ellos.

—¡Ay, sí! contestó la princesa suspirando.

—Me voy, agregó despues de un rato Marina, sin decirle adios á tu hermano Cuauhtlizin.

—¡Cómo! ¿no te despides de mi hermano?

—Temo que cometa alguna imprudencia: tú que lo conoces debes temerlo más.

—¡Ah! seria capaz de matarse al saber que te habias marchado sin querer verlo.

—Pero es tan insensato el príncipe.

—Está loco de amor por tí, como lo estuvo ántes Hernan Cortés y como lo está ahora José de Jaramillo.

—¡Chist! dijo Marina, poniendo un dedo sobre los lábios de Isabel.

—Pues bien, no seas cruel con mi hermano.

—Tú bien ves que es imposible amarle.

—Lo sé, puesto que tienes dueño; pero ¿qué pierdes, qué arriesgas, qué te cuesta escuchar sus juramentos de amor un instante, si al cabo lo has de echar en olvido?

—Me convences, princesa; puedes decirle que lo espero para participarle que me marcho á mis hogares en Coyoacan.

Isabel partió de la sala en donde se encontraban, á su alcoba, en la cual se hallaba la puerta de comunicacion con el príncipe.

Algunos segundos despues apareció llevando á éste de la mano, el cual traia los cabellos casi en desórden y la mirada, á la vez que extraviada, luminosa y ardiente.

—Tecuichpo me ha dicho que te marchas ya, Malintzin Tenépal. (1)

—Sí, me voy á mis aduares, príncipe.

—¿No estás contenta con nosotros?

—Mucho, pero mis deberes me llaman á otra parte.

El príncipe Cuauhtlizin se puso de tal manera pálido, que la misma Marina tuvo que levantarse, tenderle una mano y obligarlo á que se sentara en un banco que estaba cerca de ella cubierto con cojines de terciopelo y con borlas de oro.

—Gracias, Malintzin, no ha sido nada.... ahora estoy mejor.... ¿qué quieres?.... despues de vivir en las montañas saltando todos los dias por entre las peñas, salvando precipicios, trepando árboles, alimen-

(1) Malintzin Tenépal era el nombre indio de doña Marina, segun el ilustrado Icazbalceta. Segun otros, se llamaba Malinale ó Malinalli, nombre de uno de los veinte dias del mes mexicano.

tándome con las frutas silvestres y de la caza al aire libre, este encierro me causa mal...... yo no permaneceré aquí mucho tiempo.

—No saldrás sino cuando yo te diga que ya no corres ningun peligro.

—¿Tú?

—Sí; ¿no sabes que voy á hablar en favor tuyo á Hernan Cortés?

—Preferiria que no lo hicieras.

—Eres orgulloso como todos los de la raza de los Moctezumas.

—No ès por orgullo, Malintzin, sino porque no quiero ser víctima de los engaños de ese español, que tanto se ha burlado de nosotros.

—¿El?

—¿Qué fué lo que hizo con Guatimozin?

—Obligado por el tesorero y otros....

—!Vana disculpa! le habia dado toda clase de garantías al rendirse; le habia empeñado su palabra de que no le haria daño alguno.... hasta le ofreció su apoyo y su amistad......

—Pero hoy que ya su gobierno está asegurado, no necesita hacer nuevas víctimas.

—Basta lo que tú me ofreces para estarte siempre reconocido; no te ocupes más de eso.

—Quiero que tengas tu palacio, Cuauhtlizin, que tengas tus dominios, tus criados, tus riquezas y todo cuanto te corresponde segun tu gerarquía.

—Yo lo tendré todo cuando sepa conquistármelo por mi brazo.

—¿Quieres tú solo luchar contra todos los españoles, que se aumentan todos los dias?

— No lucharé sino cuando esté seguro de triunfar.

—Desecha ese pensamiento, príncipe; mira á tu hermana como vive tranquila y feliz.

—Ella es mujer, dijo el jóven mordiéndose los lábios.

—Estériles son tus palabras, Marina, dijo Isabel que hasta entónces habia estado fingiendo que colocaba algunas cosas en su lugar, Cuauhtlizin tiene siempre una sola resolucion.

—En ese caso no insisto más.

—Perdona mi obstinacion, dijo entónces el príncipe poniéndose de hinojos delante de Marina, pero me parece que no soy digno de tí desde el momento en que vaya á humillarme al Malinche.

—No te humillarias, dijo ella con dulzura y con timidez.

—¿No seria humillarme solicitar de él mi perdon?

—Lo que yo le diria, seria esto simplemente: hay un jóven que es hijo del emperador Moctezuma viviendo en el seno de las montañas, el cual se llama Cuauhtlizin, ¿quieres que se le llame bajo la promesa de que se le den títulos y propiedades y bajo la garantía de que no sólo se respetará su persona, sino que se le llenará de consideraciones?

—Sí, yo sé que tú eres generosa y grande, todo cuanto el Malinche es pérfido y engañador...... ¡si todo dependiera de tí solamente!....

Marina entónces se alzó de su asiento y sin que- insistir más sobre el asunto, dijo:

—Os dejo, pues.

—¿Volverás pronto? le preguntó Isabel queriendo traer la atencion de su hermano, que se habia le-

vantado y miraba á Marina con mirada melancólica.

—Creo que sí, contestó ésta.

—¿Volverás pronto, dices? volvió á preguntar la princesa con alegría.

—Trayendo la órden de libertad de Gallego.

—¡Cuán buena eres, Marina! le dijo Isabel, estrechándole la mano.

—Por eso me ha inspirado este amor, exclamó el príncipe con tono casi salvaje; por eso los dioses han querido que la ame.

Marina, queriendo poner fin á esta escena, se echó en brazos de la princesa diciendo en sus oidos esta palabra:

—¡Adios!

La princesa, que no tenia los mismos motivos para estar emocionada, le contestó besándola alegremente en ambas mejillas, diciéndola con acento lleno de cariño:

—Que vuelvas pronto, porque siempre á donde tú estás van juntos el consuelo y la dicha.

—Malintzin Tenépal, dijo entónces el hijo de Moctezuma con acento solemne; yo te buscaré cuando esté purificado ante los dioses y pueda merecer tu corazon.

—Príncipe, lo mejor que vas á hacer es olvidarme.

—Nunca.

—Príncipe, bien sabes que yo no puedo corresponder á tus afectos, que estoy enagenada, que es una locura y un crímen pensar en este amor.

—Lo que sé, Malintzin, es que tu señor el Malinche, tiene una mujer española que llegará pronto á esta tierra.... entónces será cuando tú quedarás libre ve drás á mis brazos.

Marina se puso lívida: eran ya dos hombres los que le habian pronosticado casi al mismo tiempo el abandono de Cortés.

Isabel se interpuso entre ambos y exclamó:

—Calla, hermano mio, tu desesperacion te hace impertinente..... ¿no ves que le haces daño á Marina?

—¡Oh! no, exclamó Cuauhtlizin cayendo otra vez de rodillas; que los dioses manden sobre mí mil veces la muerte, ántes que yo produzca el más pequeño dolor á la mujer que es mi esperanza, que es mi religion, que es el consuelo de mi alma...... no...... prefiero perder la lengua arrancada por los animales venenosos, ántes que hacer el menor daño á la que es para mí la más dulce, la más leal, la más bella, la primera entre todas las mugeres.... la primera entre los mismos dioses....

—Si no ofenden nunca las palabras de un príncipe á una humilde esclava, dijo Marina, bajando los ojos con modestia.

Cuauhtlizin, estuvo á punto de lanzarse hácia Marina para cubrirla de besos; pero Isabel, que comprendió su intencion, lo detuvo con una mirada. En seguida exclamó:

—Mi hermano te ama, Marina, pero va á ser prudente. Siente en sus entrañas todo el fuego del amor como lo sienten los de nuestra raza, pero él sabrá sufrir y callar. ¿Es verdad, Cuauhtlizin?

El jóven estuvo por unos segundos como atontado y luego contestó:

—Sí.

—Gracias, exclamó Marina, oprimiéndole una

mano, y de dos saltos se puso fuera de la habitacion.

El príncipe cayó desvanecido en un sitial, oprimiéndose la cabeza con ambas manos. Isabel fué á acompañar todavía á Marina, hasta que hizo que sus criados la subieran en su palanquin.

Al aproximar sus cabezas para besarse de última despedida, dijo Isabel:

—¿A quién preferirás, Marina, entre mi hermano y José de Jaramillo?

—Siempre á Hernan Cortés, contestó aquella, sonriendo.

—Te aguardo pronto, añadió la princesa disimulando su despecho por aquella respuesta.

—Antes que alumbren cinco auroras, espero que puedas estrechar en tus brazos á Pedro Gallego.

—Gracias.

Al decir esta palabra, Isabel oprimió la mano de Marina expresivamente.

La comitiva de ésta se puso en marcha.

Isabel encontró á su hermano desesperado.

—Ten ánimo, le dijo, y has por no contar con esa mujer, ya que hay tantas en el mundo.

—¡Ah! pero esa es la única que yo amo.

—Pero esa está enamorada del Malinche.

—Le mataré.

Isabel consideró inútil razonar con un loco, y lo que hizo fué conducirlo á su habitacion. El se dejó llevar con pasos vacilantes como si estuviera enfermo.

CAPITULO XXVI.

Fiestas.

Lo que la doncella Xolotla habia referido á la princesa Isabel, era apenas una parte insignificante de lo que se habia traspirado sobre la conspiracion de los españoles.

Habian tenido éstos varias reuniones en la casa del tesorero Julian de Alderete, y estaban ya para llegar á una resolucion definitiva animados por el despecho que les inspiraban la insolencia y la fortuna de Hernan Cortés.

Cristóbal de Tapia debia encontrarse á aquellas horas bogando por los mares para arribar á la corte de España, quizás desalentado por lo que le habia sucedido para mezclarse en nuevas empresas; quizás bastante ganado con presentes para no atreverse á informar mal del conquistador. Si bien era cierto que Narvaez y sus compañeros llebavan un largo capítulo de

acusaciones apoyado por firmas principales que ponia en claro la conducta despótica y perversa de Hernan Cortés, no tenian grandes esperanzas de que aquellas fueran atendidas tanto porque á Narvaez debia considerársele poco imparcial desde que habia sufrido una derrota que le habia costado nada ménos que un ojo de la cara, lo que produciria hilaridad entre los cortesanos, como porque esas acusaciones estaban destruidas por el informe de los regidores cuyo texto no era conocido, aunque bastaba saberse que habia sido redactado por el licenciado Suazo, para figurarse que habia de contener un gran surcido de alabanzas en favor del conquistador. Por otra parte, aquel habia tenido cuidado de acompañar el informe con algunas joyas de las más ricas, y si no aquel, éstas harian el acostumbrado efecto en la corte.

Francisco de Garay, con algunos de sus principales capitanes, habia sido conducido á Coyoacan, y segun era voz y fama, arrastraban allí una vida miserable cargados de cadenas.

Algunos de los jefes comprometidos á reconocer á cualquier gobernador que se presentara en Veracruz con previsiones reales, estaban totalmente desmoralizados, abrigaban poca fé en los directores de la conspiracion, y más bien estaban decididos á servir á su antiguo capitan que meterse en nuevas aventuras.

Otros de los amigos que se consideraban de los más decididos como Gallego y Jaramillo, estaban en prision, de suerte que era necesario en virtud de todas estas contrarias circunstancias, resolverse á entrar en arreglos con Hernan Cortés ó dar un golpe decisivo. En

hombres impetuosos y llenos de orgullo como eran el tesorero Alderete y los oficiales que se consideraban con mayores méritos en la conquista y más mal recompensados, por lo cual sentian un inmenso agravio en su corazon, no era fácil que tuviera lugar el espíritu de sometimiento, así es que con facilidad se decidieron por el segundo extremo, esto es, por el de dar un golpe de mano para el cual sólo faltaba esperar una oportunidad que fuera propicia.

Esta no tardó en presentarse, como veremos más adelante.

Marina habia logrado levantar un poco el velo de la conspiracion, y si no habia logrado sorprender todos los secretos que la interesaban, porque en la noche que habia tomado el disfraz de oficial español para introducirse en la casa del tesorero Alderete no le fué esto posible porque las precauciones se habian redoblado, en cambio pudo mezclarse en la calle con los conspiradores y obtener algunas revelaciones que le daban la luz suficiente para velar por la vida de Hernan Cortés.

Sabia ya que los conspiradores, habiendo llegado al colmo de la exasperacion, se resolvian por fin á dar un golpe de mano que acabara en ese momento con aquella situacion. Estaba ya resuelto que el conquistador fuera asesinado: sólo faltaba designar al asesino y escoger el momento oportuno en el cual todos estarian alerta para salvar al criminal y para dar al crímen tintes y color que destruyeran las sospechas.

Una vez sabiendo esto Marina, lo demas lo dejaba á su admirable y siempre segura perspicacia.

Cuando llegó á Coyoacan encontró la ciudad con

un completo aire de fiesta. Las calles habian sido adornadas con arcos de flores, las músicas de los indios atronaban el aire con sus sones, y en la plaza, frente á la casa de Cortés, habia danzas, tablados cubiertos de cortinas, juegos y todo lo demás que constituia en aquella época el regocijo público. Se habian hecho preparativos, además, para una iluminacion y en la galería más ancha se improvisaba una mesa para el banquete que iba á tener lugar al anochecer.

Tanto los demás españoles como las bellas indias que habitaban en el palacio de Cortés, recibieron á Marina festejosamente, anunciándole que llegaba muy bien, pues que los caballeros querian que una vez terminada la cena se bailara un poco hasta la media noche.

Todos iban á tener oportunidad para lucir las telas y adornos que les habian llegado recientemente de España.

—¿Y qué se solemniza con esto? preguntó Marina despues que la hubieron abrazado.

—Los triunfos de don Hernando, le contestó doña Elvira Vera.

Esta era una jóven española de unos veinte años de edad, la cual aunque no era extremadamente hermosa, tenia mucha gracia y era vivaracha y decidora. Pertenecia á la familia de un conquistador, y Cortés la habia tomado al servicio de su palacio lo mismo que á otras damas, con el objeto de que cuando llegara doña Catalina Juarez, su mujer, se encontrara con una servidumbre completa á semejanza de las cortes.

Marina suspiró pensando en que miéntras todas aquellas gentes sólo pensaban en divertirse, ella sola se desvelaba para librar á Hernan Cortés de los peligros que le rodeaban; pero fingiendo un regocijo que no sentia, dijo despues de oir algunos otros pormenores:

—Bueno, entónces vamos á adornarnos con nuestras mejores joyas. Cuando se trata de honrar á nuestro señor, justo es que nosotras contribuyamos con nuestras gracias á dar más esplendor á la fiesta.

Diciendo esto entraron las quince ó veinte damas al palacio haciendo tanto ruido con sus risas y bromas, que más bien parecia una bandada de golondrinas.

El palacio de Hernan Cortés, que segun hemos dicho, era el mismo que pertenecia al señor de Coyoacan, con algunas modificaciones, estaba dividido en dos grandes alas. La ala de la derecha contenia dos salones al frente con ventanas á la calle, en uno de los cuales se celebraban los cabildos, sirviendo el otro como despacho del conquistador, en el cual dada audiencia y acordaba con su secretario. Seguian á éstas otras amplias habitaciones que ocupaban Cortés y doña Marina exclusivamente, y más léjos todavía estaban los aposentos de la servidumbre, compuesta de palafreneros, jardineros, cocineros, camaristas, doncellas, etc., etc., hasta el número de ochenta personas.

La ala derecha era ocupada por los oficiales de confianza de Hernan Cortés, y sus por familias, estando de ese lado en el fondo de un corredor la capilla, y en una gran sala las armas y los despojos quitados al enemigo. En el fondo de la vivienda hácia los jardi-

nes, se encontraba el departamento de las damas, en el cual, como hemos dicho, figuraban las hijas de los mexicanos de mejor aspecto que habian quedado huérfanas, y unas cinco ó seis castellanas que habian querido ingresar á formar un principio de corte para doña Catalina. Los pajes habian sido ya encargados para que la coleccion fuera completa.

Hernan Cortés estaba rodeado de un grupo de aduladores, cuando llegó Marina, los cuales no se cansaban de decir improperios contra los que querian destronar á su señor y de levantar á éste hasta las nubes, alentándolo para que no cediera el poder ni á Su Majestad mismo, si por acaso Su Majestad allí se presentaba.

—A vos os ha costado todo esto vuestra sangre y vuestros desvelos, le decia el hermano Melgarejo siempre alegre y siempre chancista, y no estaría bien que vinieran otros con sus manos limpias á recoger la cosecha de lo que no ha tenido trabajo en sembrar.

Esta frase de que otros vinieran con sus manos limpias á recoger los frutos de la conquista, llegó á hacerse proverbial entre los conquistadores, sirviéndoles como de grito de guerra para defender su presa á toda costa.

—No, sino que habiamos de consentir en ir dejando lo que es nuestro, agregó Alvarado.

—Ni ménos habiamos de dejar el gobierno á gentes como el tesorero Alderete y sus conspiradores, dijo Rodrigo de Paz.

Este habia puesto el dedo en la llaga que dolia más

Dª MARINA.

—"¡Ah!....Esclamó ella dando un ligero grito, luego que entró el Conquistador."

actualmente y fué la señal para que todos ellos prorumpieran en denuestos contra los que no se mostraban ardientes amigos del conquistador. Este, que por su parte nada necesitaba para que se le encendiera la sangre, iba á lanzar un juramento de exterminio, cuando otro de los mercenarios se le acercó diciéndole que acababa de llegar Marina la Lengua.

—¡Ah! dijo Cortés; perdonadme, que tengo que verla

Dejó á sus cortesanos entregados á las murmuraciones del tiempo, y él se introdujo en los aposentos de doña Marina.

La jóven india se habia despojado de sus ropas del camino que estaban llenas de polvo y habia acabado de darse un baño para vestirse de gala, ántes de presentarse á su señor. Este llegó justamente cuando ella se echaba encima una túnica de algodon más blanca que el armiño, dejando descubiertos los hombros, el pecho y una pierna por la abertura que tenia delante, lo cual formaba un contraste encantador, pues el color rosado de la carne era realzado por el blanco nieve que iba á servirle como de traje de casa, miéntras se arreglaba sus trenzas que iba á cubrir de lazos de perlas.

—¡Ah! exclamó ella dando un ligero grito luego que entró el conquistador, y procurando cubrirse.

Aunque la luz de la tarde comenzaba á ser dudosa, tanto pór las ligeras nubes que formaban un velo al sol en el Poniente, como por los cortinajes de enredaderas que cubrian las ventanas, Cortés vió bien la desnudez de su amada por más que ella hubiera an-

dado presurosa en cubrirse, así es que sin poder contener su impetuosidad, se aproximó á ella y la cubrió de besos en el cuello y en los brazos.

—Estás hermosa así, Marina mia.

—Me has sorprendido.... dijo ella tratando de defenderse; no queria que me vieras sino cuando estuviera engalanada con mis ropas de fiesta.

—¿Querrias acaso echarme?

—Si eres mi dueño, señor, y puedes hacer lo que gustes...

—Gracias..... si no se ofende tu pudor, puedes continuar vistiéndote delante de mí.... entretanto hablaremos de negocios.

—¿Pero hemos de hablar de negocios cuando no dejas de besarme?

—Hace tanto tiempo que no nos vemos, que estoy sediento de tus caricias.

—Está bien, siéntate allí; pero has de estar juicioso..... ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

El se sentó y ella, más tranquila, empezó á arreglar sus cabellos.

—¿Por qué no llamas á una doncella para que haga eso?

—Estoy acostumbrada á hacerlo todo por mí misma........ ¿no recuerdas ya que soy mujer de campaña?

—No olvido nunca que ántes y despues de los combates, cuando hemos tenido que andar toda una noche ó que huir por entre las montañas, tú siempre te nos has presentado aseada en tu traje, con tu semblan-

te reluciente de puro limpio, con tus dientes brillantes como el marfil y esto ha llenado de grande admiracion á todos. Cuando no ha habido más, te hemos visto inclinada sobre el arroyo, dando allí esbeltez y suavidad á tus formas.

—La limpieza, señor, da nueva vida al cuerpo y comunica alegría al corazon.

—Tú perteneces á una raza muy distinta de la de las mexica.

—Entre las mujeres de estas regiones tambien hay algunas de color rosado como el mio, de cabellos finos como los mios y cuidadosas de su hermosura como yo lo soy de la mia.

—Han de ser pocas.

—Tienes á la princesa Isabel, por ejemplo, y tienes tambien á las hijas de los nobles que has recojido en tu palacio: todas ellas son lindas, aseadas y guapas.

—Pero ninguna tiene tu discurso ni tu discrecion.

—Yo soy discreta y sábia contigo, porque te amo; tú me encuentras graciosa y llena de encantos, porque me amas....¿qué milagros no hace el amor?

—Te habia visto muy interesada ayer por dos hidalgos que pasan por ser los más buenos mozos del real: José de Jaramillo y Pedro Gallego.

—¿Estás celoso de ellos, señor?

—Si no estoy realmente celoso, al ménos no me sentí bien cuando te interesaste por ellos.

—¿Y cuándo no me he interesado por los que se encuentran en desgracia?

—Sí, pero ahora demostraste mayor interés.

—La princesa Isabel me rogó que implorara por

ellos luego que volvió de haberse echado á tus plantas, sin conseguir ablandar tu corazon.

—Es verdad: tambien la hija de Moctezuma me habló en favor de esos hidalgos.

—Te confiaré un secreto, mi amo y señor, dijo Marina con salamería procurando con esto que se olvidara á José de Jaramillo: Tecuichpotzin tiene amores con el alférez Pedro Gallego.

—¿De veras?

—Despues de haber adivinado yo que ambos jóvenes se aman.... ella no ha podido negármelo.

—¡Ah! comprendo ahora su grandísimo interés por el rebelde.

—Pedro Gallego no era un rebelde, sino un enamorado que iba en pos de aventuras guerreras para presentarse con más brillo delante de una novia que gusta mucho de fantasías.

—Entónces Isabel......

—Se apasiona de los valientes.....por esto está loca por Pedro Gallego creyéndolo un semi-dios.

—Esto me reconcilia con ambos......

—¿Me darás entónces la órden de libertad de Pedro Gallego?

—Sí, y tambien la de José de Jaramillo.

Marina se extremeció.

—Quiero que te deban los dos hidalgos ese favor. Tú misma irás á abrirles la puerta de su prision.

—¿Tambien das libre á José de Jaramillo?

—Sí, es un pobre diablo que fué engañado por mis enemigos, y lo hicieron, á pesar suyo, entrar en la conspiracion.

—El me ha dicho que es muy tu amigo y que si salió de aquí fué con el fin de ayudarte en tus empresas.

—Yo no necesito soldados tan voluntariosos, sino súbditos que obedezcan. Su principal delito fué separarse de sus cuarteles sin órden mia.

—Quiso adelantarse á tus deseos, pero yo te respondo que es de tus amigos más leales.

—Veremos eso más adelante: ahora hablemos de otra cosa, ¿qué dicen los descontentos de México?

—Siguen teniendo sus reuniones; y ahora el peligro más grande que has corrido, se cierne sobre tu cabeza.

—¿Cómo?......

—Ni un momento les he perdido pisada; hasta me he disfrazado de soldado español para penetrar entre ellos.

Cortés, reconocido á esa bondad, se levantó y fué á besar los hombros de Marina, que habiendo concluido su tocado comenzaba á vestirse.

—Cuéntame cómo estuvo eso, Marina mia.

Marina le contó punto por punto lo que habia hecho, y concluyó de esta manera:

—En la última reunion han jurado tu muerte.

—Siempre están matándome esos hombres, dijo volviéndose á sentar y poniéndose ambas manos en las mejillas.

—Y siempre tú estás viéndoles con el más alto desprecio; pero ya es fuerza que despiertes y que te cuides.

—¿No velas tú por mí? ¿no tengo amigos y servi-

dores que se dejarán matar ántes de dejar acercarse á mí á ningun asesino?

—Es cierto, pero uno ú otro dia, á fuerza de constancia, lograrán realizar sus designios.

—Y ¿quién es de entre ellos el que tendrá suficiente valor para darme el golpe?

—Todavía no se sabe: quizás el azar será el que resuelva ese punto. Por ahora está sólo decretado que mueras, y han hecho juramento ante los evangelios, de cumplir con ese encargo, sea quien fuere aquel al que le toque.

—¿Tú sabes bien esto?

—Sí, Hernando, lo sé y por eso tengo este aspecto tranquilo. Si yo no estuviera segura de salvarte, ni me estaria engalanando, ni tampoco concurriria á tus fiestas.

Marina, al decir esto, se volvió hácia Cortés mirándole con ternura, á la vez que se ceñia el corpiño de tela púrpura con una banda roja, dejando descubiertos sus torneados brazos enmedio de unas mangas anchas y abiertas que caian hasta el suelo.

Don Hernando volvió á levantarse, la tomó en sus brazos con facilidad prodigándole toda clase de caricias. En aquel momento, más que el amor, hacian impresion en él la gratitud y la sensualidad.

Al cabo de una hora aparecieron ambos en el gran salon donde estaba puesta la mesa y en donde ya los estaban esperando los caballeros y las damas.

Al anunciar el ugier la proximidad de ambos personajes, todos se pusieron en dos filas formándoles balla, para que fueran á ocupar en la cabecera los dos

primeros sillones acolchonados con terciopelo carmin.

—¿Ya estamos todos? preguntó jovialmente Hernan Cortés.

—Solamente á vos aguardábamos, contestó el hermano Melgarejo que ya se relamia los lábios con el olor de los ricos manjares que iban á servirse.

—Pues que sirvan la cena, contestó el conquistador despues de haber hecho señal á todos de que ocuparan sus asientos.

—En este instante se descorrió una cortina de damasco que cubria una extremidad de la sala y se escucho un himno ensayado en aquel dia, por los músicos españoles, para dar mayor lucimiento á la solemnidad.

Cortés saludó agradecido y tuvo principio el banquete.

La mesa estaba ocupada por más de sesenta personas, las cuales comieron con apetito, rociando los suculentos manjares con buenos vinos de Jerez y de Málaga, que les formaban amenazadora competencia á los de Portugal. La cena estuvo, además, sazonada con las picantes ocurrencias del teniente Segura y del capitan Briones, lo mismo que con las agudezas y latines del hermano Melgarejo y de otros santos varones que formaban el coro de sus alabanzas como persona principal que era y muy de las confianzas del conquistador.

Ni á Julian de Alderete, ni á los demas españoles (e estaban ya marcados como descontentos, entre l s que soportaba la mayor ojeriza Cristóbal de Olid,

se les dejó hueso sano en aquella reunion, siendo fácil predecir que si aquellos no se salian pronto con sus intentos, iban á ser inmolados en el altar de los sacrificios de los dioses reinantes.

Marina estuvo como siempre pensativa y observadora, y sólo al fin de la comida hizo una pequeña libacion en honor de la reina Xochitl, invitada por los españoles que gustaban mucho de oirla pronunciar palabras castellanas mezcladas con su idioma nativo.

Concluida la comida, las damas fueron invitadas por los caballeros para dar un paseo por la plaza, y una vez allí, subieron á un tablado lleno de ramas verdes y flores que se habia levantado en una extremidad, para ver desde allí las danzas y los fuegos de pólvora que estaban todavía en su infancia y que ofrecian por lo mismo poca diversion.

Cuando concluyó esta fiesta volvieron al palacio, siendo entónces Cortés saludado por los gritos de la multitud, sorpresa que le estaba preparada por sus amigos para que sus enemigos refunfuñaran luego que tuvieran conocimiento de aquel espontáneo arranque de popularidad.

Las grandes luminarias que se habian puesto de trecho en trecho, y los mecheros que poco ántes iluminaban la poblacion desde las azoteas, como si fuera de dia, fueron apagándose: los indios se retiraron á extramuros en donde tenian sus habitaciones, las rondas se esparcieron cuidando de que cada cual se redujera á sus hogares y las puertas del palacio se cerraron, viniendo á quedar todo á eso de la una de la mañana, en la más completa oscuridad.

A esa hora se despedian tiernamente Cortés y Marina en la puerta del aposento de esta última, diciéndola el primero:

—Mañana llevarás la órden de libertad para esos presos y pasado mañana iré yo á Tenochtitlan para que de una vez se sepa quién triunfa, si el gobernador ó sus enemigos.



CAPITULO XXVII.

Suertes.

Cortés cumplió su palabra. Al dia siguiente entregó á Marina la contraseña para el alcaide de la prision, con la que habian de salir en libertad Pedro Gallego y José de Jaramillo. Salian sin condiciones, péro bastante escarmentados para que volvieran á pensar en ligarse á los conspiradores y oponerse á los designios de los poderes supremos de la tierra, fueran buenos ó malos.

—Consiento en ir yo misma á llevar esta órden, dijo Marina, porque este pretexto me servirá para espiar á tus enemigos.

—Yo me reuniré contigo mañana.

—¿Pues qué piensas hacer? preguntó la india un nto alarmada, pues no creia que Cortés pensara rmalmente en ir á México.

—Los clérigos me censuran porque sólo hacemos fiestas profanas y desean que se improvise una capilla en el palacio del rey, para que se diga una misa solemne en accion de gracias al Hacedor Supremo.

Cortés le llamaba *palacio del rey* al que se estaba construyendo, con intencion de habitarlo él mismo y para el cual se habian cortado diez mil árboles de cedro de los alrededores de la Capital, destruyendo uno de sus más hermosos bosques.

Este palacio tenia una gran extension, y se estaba fabricando á todo costo, eplemándose más de cincuenta mil peones que acarreaban piedra, vigas y los demás materiales. Los albañiles eran tambien numerosos y escojidos.

Cortés habia tenido cuidado de acostumbrar á todos á que vieran en esta construccion un edificio de Su Majestad, pero con la intencion bien marcada de adjudicárselo en la primera oportunidad, pues le dedicaba más atencion y más recursos que á sus mismas casas que habia mandado construir como de su propiedad.

Don Hernando estaba, pues, decidido á arrostrar la cólera de sus enemigos yendo á recibir homenajes en su presencia misma, ya fuera por no dar á conocer sus temores á las gentes de iglesia que le instaban para hacerle algunas ceremonias religiosas, ya fuera para terminar de una vez con aquella situacion tirante, provocando á los descontentos para obrar y poder hacer con ellos un escarmiento.

Marina, pues, se separó de Coyoacan con la zozobra de que Cortés iba á salir del lugar seguro en que

vivia, para exponerse á las acechanzas de los que habian jurado su muerte.

Naturalmente, luego que llegó á Tenochtitlan, se encaminó al palacio de la hija de Moctezuma, á la cual encontró rodeada de su servidumbre explicándola las máximas de la religion cristiana que ella habia aprendido del padre Olmedo, haciendo recitar á cada uno de sus criados una oracion de memoria.

—Bien, bien, exclamó Marina precipitándose en sus brazos: Dios sabe premiar tus virtudes, querida Isabel, y en prueba de ello, aquí te traigo la órden para que pongas en libertad á Pedro Gallego.

—¿Es cierto? exclamó Isabel casi sin acordarse de corresponder el saludo de Marina.

—Aquí está, dijo ésta enseñándole el pergamino.

—Vamos corriendo, exclamó Isabel á la vez que en sus ojos brillaba la más pura alegría.

—Es fuerza no precipitarse en hacer las cosas sin reflexion, le dijo Marina prudentemente. Ya fuimos á llevarles la salvacion cuando se queria mutilarles y esto era muy natural para cualquiera obra sensible y buena; pero si ahora vamos tambien á dar la libertad á esos españoles, se despertarán las sospechas contra nosotras y no faltarán hablillas que despedacen nuestro honor. Estos blancos, á pesar de ser tan valientes, tienen el gran defecto de ser muy chismosos.

Isabel se contuvo, cortada, diciendo despues de pensarlo un poco:

—Tienes razon, Marina mia; si vamos tan pronto otra vez á la prision de nuestros amigos, hablarán

sus compañeros y ellos mismos se envanecerán mucho creyendo.... no, no; vale más que empleemos otro arbitrio para darles libertad.

—Sí, busca cabalmente un arbitrio que concilie las cosas de que salgan presto y de que sepan que la libertad la reciben de nosotras.

—Mandaremos á mi doncella Xolotla que es muy entendida....

—Eso es, y que la acompañen otros siervos tuyos con presentes y recados de ambas....

Más pronto que lo concibieron lo arreglaron, y en un momento salió de allí Xolotla llevando la órden, y tras de ella los criados cargados de flores, frutas, etc., que se enviaba á los presos en nombre de las dos jóvenes indias.

La sorpresa que recibieron Pedro Gallego y José de Jaramillo, fué de las más agradables, pues si bien no vieron á Marina é Isabel como esperaban en la alcaidía, despues de haberles dicho que una mexicana era la que llevaba la órden de que salieran en libertad, siempre les produjo el más dulce efecto saber que Xolotla era mandada por aquellas, y ver que á la libertad agregaban ambas jóvenes tan delicados obsequios.

Gallego y Jaramilo se encontraron embarazados para buscar palabras que expresaran suficientemente su reconocimiento y su alegría, y se contentaron con hacer un sinfin de demostraciones, que en otras circunstancias hubieran servido indudablemente para encerrarlos en una casa de locos.

Xolotla se volvió á referir todo aquello, despues de haber cumplido su encargo.

Pero no acababa aún de referir todo lo que habian dicho y hecho los dos españoles, cuando se les vió aparecer á éstos en persona y caer en tierra de rodillas delante de sus salvadoras.

La emocion les impedia articular una sola palabra, pero en cambio hablaba mucho la gratitud por las lágrimas que furtivamente aparecian de cuando en cuando en sus ojos, por más que ellos pugnaran por contenerlas.

Marina fué la primera que los invitó á que se levantaran, diciéndoles: que lo que ellas habian hecho no valia la pena, pues que lo mismo se hubieran interesado por cualquiera otro á quien las injusticias ó las desgracias lo agoviaran con su fiereza.

Gallego sólo decia, besando repetidas veces la mano de la princesa:

—Gracias, gracias.

Jaramillo, que tenia más edad, más reposo y más aire caballeresco, se levantó y tomando la empuñadura de su espada, dijo:

—Juro por esta cruz, que de hoy en más, consagraré todo cuanto tengo de sangre en las venas y de voluntad en el corazon á defenderos y á serviros. Despues del Dios á quien adoro, no tendré más culto que vosotras, ilustres damas, que tan hermosos y bellos sentimientos abrigais en vuestras almas. Soy vuestro, vuestro por toda mi vida, y lo mismo, segun lo ha jurado conmigo, lo será Pedro Gallego.

-Sí, exclamó éste lleno de fogosa exaltacion; som , vuestros en pensamiento, palabra y obra.

as dos jóvenes emplearon toda su benevolencia

para acojer aquellas frases entusiastas, agradeciéndolas infinitamente, pero tratando de disminuir el motivo, y despues que hubieron pasado les suplicaron que se sirvieran aceptar algun refrigerio. Era precisamente el medio dia y no se hicieron del rogar mucho para aceptar la invitacion.

La princesa salió luego para ordenar que se sirviera una mesa suntuosa, y media hora despues estaban los cuatro entregados á la dulce ocupacion de devorar los más apetitosos manjares que daba la tierra, entre los que ocupaban el primer lugar las piezas de caza, los pescados y las ricas legumbres que se cultivaban en las islas flotantes de que estaba circundada la gran Tenochtitlan.

Como es natural suponer, el amor que ya profesaba Pedro Gallego á la princesa Isabel se enardecia más á cada momento, tanto por el interés que ella habia desplegado para libertarlo de la pena infamante que iba á sufrir y luego de la prision, como por las escenas de que estos sucesos habian sido acompañados. El verse en aquel momento ocupando un sitio en la mesa de la princesa, cosa que le parecia más bien sueño que realidad, contribuia poderosamente á llenar su exaltada imaginacion de las más risueñas imágenes.

No era tan feliz José de Jaramillo, pues siempre aquellos momentos de ventura eran amargados por tristes presentimientos, entre los cuales aparecia como una amenaza la sombra del conquistador. El veia bien que miéntras Isabel correspondia á las miradas de Pedro Gallego, sin temor ni recelo alguno, Marina sólo de vez en cuando alzaba la cabeza, y si se atre

via á mirar á Jaramillo, era furtivamente y cuando nadie la observaba.

Cuando terminó la comida, ambos hidalgos reiteraron sus protestas y juramentos, aprovechando la ocasion para deslizar algunas palabras que iban muy adelante de la amistad y que se parecian mucho á las que suele dictar el amor más apasionado. Marina é Isabel supieron conservar su circunspeccion, como queriendo aplazar para hora y sitio más convenientes todo aquello que tal vez formaba su mayor halago.

Gallego y Jaramillo se fueron juntos haciéndose mútuas confidencias del sentimiento de que ambos estaban poseidos. El primero decia al segundo:

—Yo bien sé que Isabel me ama, casi me lo ha dicho varias veces; pero si no tuviera en mi abono tales antecedentes, ahora me confirmaria en esa preciosa conviccion al ver el empeño que ha tomado en salvarme.

—Vos estais seguro del amor de Isabel, porque es libre y se ve bien que os ama; pero figuraos, ¿qué esperanzas puedo tener yo estando al frente de mí el más poderoso de los rivales?

—Sin embargo, se puede jurar que Marina os ama tambien.

—Nada ha díchome que me lo haga imaginar.

—Ha tomado igual empeño en veros libre y.... si os he de hablar con franqueza, la he sorprendido varias veces mirandoos con ternura, y en una de ellas ha suspirado con honda tristeza.

—Porque se compadece de mí, y ve bien lo impoible que le es corresponderme.

—Porque quizás la tiene fatigada el orgullo y el mal carácter de don Hernando....

—No digais eso; Marina le ama furiosamente.

—No es creible que le ame hoy lo mismo que le ha amado al pricipio, ni mucho ménos cuando sabe que viene doña Catalina Juarez, la esposa de Córtes, y sabe que más temprano ó más tarde será arrojada de esa casa.

—¡Oh!....

—Cortés no puede ofrecerle el nombre de marido, miéntras que vos....

—Yo me casaria con ella en el momento en que lo determinara.

—Esperad, os digo, y no veais el porvenir negro.

—No tengo tantos motivos como vos para verlo risueño.

Con estas y otras conversaciones, entretuvieron el camino hasta que llegaron á su alojamiento, en donde fueron bien recibidos por sus camaradas.

Por su parte, Marina é Isabel, no se quedaron hablando de otra cosa más que de la apostura, de la discrecion, del talento, de la gallardía y de las demás dotes de que estaban adornados, segun ellas, Pedro Gallego y José de Jaramillo.

Marina, lo más que llegó á decir fué que tal vez hubiera amado á éste, si lo hubiera conocido ántes que á Hernan Cortés.

Despues de estos coloquios, Marina dijo:

—Me he estado distrayendo más de lo que debia con estas cosas, querida Isabel, y tengo que ir á preparar el alojamiento de don Hernando.

—¿Pues cómo?

—Viene mañana para encontrarse en las fiestas religiosas que van á hacerle los clérigos.

—¿Va á haber fiestas aquí?

—Sí, despues de las que se han hecho en Coyoacan con el pueblo y los soldados, se quiere hacer otras acá que tengan más lucimiento con el cabildo y las gentes de iglesia.

Isabel, sin acordarse ya de la política en que solian meterla de cuando en cuando, ora su hermano que soñaba con vengarse de Cortés, ora los emisarios de algunas provincias que no querian someterse y que la reconocian como su soberana, ora, en fin, los españoles descontentos que echaban muchas veces mano de ella para contribuir á sus planes, Isabel, decimos, que habia cogido ántes con fuego la política, la empezaba á echar en olvido, ocupada con el amor, y así es que sin acordarse siquiera de que estaba reputada por enemiga de don Hernando, dió algunas palmadas llena de gusto y exclamó con regocijo:

—¡Qué bueno que tengamos fiestas! Así habrá aportunidad de lucir los vestidos europeos que compré á los españoles y las hermosas cintas de terciopelo que me regaló el tesorero Alderete.

Marina se quedó viéndola con extrañeza.

Isabel agregó:

—¿Te llama la atencion mi alegría porque van á hacerle fiestas al Malinche?..... Pues bien, te diré q yo le quiero desde que me puso libre á Pedro Gall o, y ahora me propongo ayudarte para cuidar de s xistencia. Antes, y principalmente en la vez que

estuviste habitando mi palacio, dí cuenta á los conspiradores españoles de todos tus pasos, logrando que cogieran algunos de los correos que mandabas. Hoy lo que me importa es ser feliz: amo á Pedro Gallego, me ama, y no me importa nada que gobierne quien quiera, ni que haya conspiraciones ó deje de haberlas. Lo principal de todo es mi amor y mi felicidad.

—Bien, bien: yo me alegro por mi parte que sean de tu gusto las fiestas.

Marina no quiso manifestarse más explícita, pues sagaz como era, queria antes persuadirse de que el cambio de Isabel fuese verdadero. La conocia por muy ambiciosa, por muy intrigante, sabia que estaba con ella su hermano que era irreducible de carácter y pensaba que aquella volubilidad era aconsejada del momento. No queriendo, pues, manifestar á su amiga la menor desconfianza, abrevió su despedida con frases muy cariñosas y se alejó dejando á Isabel pensando en los vestidos y joyas con que iba á adornarse en las fiestas.

Marina fué en efecto á las casas en construccion para elegir entre el palacio real ó los edificios de Cortés, el que prestara más comodidad para improvisar la iglesia y dar alojamiento á la comitiva. Se fijó en la misma casa que habia ocupado Cortés pocos dias antes, la cual tenia un segundo piso con corredores, un gran patio y anchos salones para que se verificaran procesiones y cuantas ceremonias se quisieran.

Despues de esto, entregó la casa á los frailes y clérigos, de los cuales habia ya á la sazon como unos cuarenta, quienes se ocuparon desde luego en formar

un altar en el fondo del corredor principal, poniendo allí sus pocos ornamentos traidos de España, bastante maltratados, que era hasta entónces con lo único que contaban.

Inmediatamente se difundió por la ciudad la noticia de la vuelta de Cortés á Tenochtitlan, y del objeto que le traia, que eran las fiestas religiosas en accion de gracias por su buena fortuna. Esto es, iban á decirse una misa solemne, un sermon y quién sabe cuántas otras cosas, para celebrar las desobediencias de Cortés hácia el soberano y la muerte de los trescientos españoles de Pánuco, junto con sus demas bellaquerías.

Esto no lo dice el autor de este libro, lo dijeron en aquel entónces Alderete y los suyos, luego que supieron hasta dónde se permitia llegar la audacia de Cortés. Entónces sí la indignacion no tuvo límites entre los descontentos, los cuales se precipitaron á la casa del tesorero que no sólo consideraban como su cuartel general, sino como su paño de lágrimas, pues allí era donde se producian todas las quejas y donde se combinaban todos los planes.

Estando ya reunidos no quisieron aplazar sus resoluciones para la noche, sino tomarlas desde luego.

—Solo falta que la suerte decida á quién le toca matarlo, dijo uno de los más furiosos.

—¡A las suertes! ¡á las suertes! exclamaron todos.

Entónces se escribieron sus nombres en tiras de ergamino y se echaron en un sombrero.

—Jurémos ántes sobre estos santos libros, dijo el sorero, que aquel á quien le toque dar cuenta de

Cortés no retrocederá ni ante ningun lugar, ni ante ningun peligro.

—Lo juramos, dijeron todos.

Entónces el más jóven sacó una cédula y la pasó á los otros.

—¡Julian de Alderete! exclamaban los que la iban leyendo.

El tesorero se puso verde primero, y despues amarillo, pero pasada la sorpresa, exclamó con voz firme desenvainando su daga:

—¡Paso á la justicia!



CAPITULO XXVIII.

La confesion.

MARINA anduvo diligente cumpliendo con todas las instrucciones que le dió Cortés: despues de haber puesto en movimiento á las gentes de iglesia, llegó su turno á los regidores que acudieron á las cajas públicas para poder hacer los gastos que demandaba el regocijo público, en honor de la tranquilidad del real que se veia libre ya de sus principales enemigos. Los vecinos dieron tambien su óbolo, y al mismo tesorero se le hizo contribuir para las festividades de Hernan Cortés, con algunas piezas de oro sacadas de su caja particular.

Cuando vió nuestra heroína que ya todo estaba bien encaminado y que se habia destinado la mayor parte de la gente á despejar para adornar despues con arcos de flores la principal calzada, se dedicó sin llamar la

atencion y con la cautela que le era familiar á observar á los enemigos de Cortés, por lo ménos á los más conocidos.

En la noche de ese dia sólo supo que habia causado novedad y mucha impresion á los españoles descontentos, la fiesta que iba á verificarse fuera de la corte, esto es, fuera del asiento de Cortés en donde siempre se estaba festejando á todo su sabor, de suerte que veian esto como un capricho raro del conquistador, y más aún, como un desafío lanzado á la cara de todos aquellos que por ser leales vasallos de Su Majestad, veian con indignacion, que ni se acataran sus provisiones ni se ejerciera y practicara la estricta justicia que siempre estaba recomendando de que se diera á cada cual lo suyo y dejara de desplumarse, de asesinarse y de oprimirse, á los que habian tenido la desgracia de ser conquistados, puesto que entre la barbárie de estos y la de los conquistadores no habia más diferencia sino la de que algunos de los primeros sabian comer carne humana.

Marina, mezclándose entre los grupos que se reunian frente al cabildo, que era el lugar de cita en aquel entónces al oscurecer, de los amigos de la charla y de las novedades, habia oído diálogos muy parecidos á éste:

—¿Qué hay de nuevo, hidalgo?

—Nada más sino que viene mañana á la ciudad el capitan Hernan Cortés.

—¿Qué contendrá eso?

—Paréceme que quiere festejarle con misas y responsos, la gente de iglesia.

—Extráñame mucho, hidalgo, que quieran hacer aquí sus fiestas religiosas, cuando bien sabido es que apénas comienzan á ponerse los cimientos de la iglesia que se está fabricando.

—Y más aún, hidalgo, cuando todas las calles están llenas de escombros.

—Y cuando el caudillo que es muy miedoso con las enfermedades, sabe que se están desenterrando todavía los cadáveres de los indios que despiden á veces una peste insoportable.

—Lo que quiere don Hernando, es venirnos á dar en la cara con sus glorias y con su poder.

—Hay algo de eso: quiere que se sepa que es muy suya la gente del altar, el cabildo y los hombres de armas.

—Eso de los hombres de armas tiene su quitolis, hidalgo.

—Yo, como tengo mi oficio de platero que me ocupa de dia y de noche, y que me rinde muy lucidas ganancias, ocúpome poco de saber quién pierde y quién gana, y si andan mal ó bien avenidos los que portan espuela y espada.

—Dáseme á mí tambien un bledo de todo eso, pero soy hombre de conciencia y escuéceme que se hagan las cosas como se hacen.

—¿Y qué dirá á todo esto don Julian el tesorero real?

El tesorero real, que tiene en deseos agarrarse nando ó dárselo á quien fuere de su devocion, se estirando los pelos.

Figúraseme que esto no ha de parar en bien.

—Segun he oído decir, se le prepara una buena al tal don Hernando.

—¿Aquí en Temextitan?

—Aquí mismo: cuéntase que sus mismos hombres de armas están en la conspiracion y que va á llevar su merecido.

—Supóneme muy poco, hidalgo, que le hagan ó que dejen de hacerle; pero alegraráme en el alma que le den un susto para que se quite un poco de liviandades y se ocupe más del bien de esta tierra, en la cual sólo quiere ser señor de horca y cuchillo y mandar sin atenerse á más ley que su capricho.

—Yo tambien veré con gusto que le corten un poco las alas, porque á seguir así, no hallaremos á poco donde meternos y nadie estará seguro en su casa.

—Vése bien que sólo los suyos disfrutan de grandes conveniencias.

—A sus parientes y amigos son á los que ha colmado de dones, dejando á los demás, como suele decirse, mirando al cielo.

—Pues ya verá, hidalgo, como va á pasarla mal el dicho don Hernando con su venida á las dichas fiestas.

—Amen, contestó el otro.

Y ambos tomaron su embozo y se fueron pian, pianito, hablando sigilosamente.

En otros grupos se discurria en tono más amenazante y por todos lados se observaba latente la conspiracion. Algunos manifestaban sus deseos de ver muerto al conquistador, con tal descaro, que no parecia sino que no habia ya que hacer otra cosa sino tomarlo y hacerlo suspender de la horca.

A la mañana siguiente, Marina se encontró con el tesorero Alderete, el cual iba tan distraido que ni siquiera le fijó la mirada. Se puso ella á observarlo y notó que en su semblante aparecian las huellas del insomnio. Iba cabizbajo y meditabundo: sus lábios estaban descoloridos y temblorosos, y su mano derecha iba como instintivamente de cuando á cuando al mango de su daga, el cual acariciaba con actitud febril.

Quizás para cualquiera otro hubiera pasado inadvertida la preocupacion del tesorero, pero para Marina que estaba en ciertos antecedentes, aquello apareció como una amplia revelacion que le dió el mejor hilo que podia buscar para sus pesquisas.

Desde aquel momento dedicó á sus más inteligentes espías á que no perdieran de vista al tesorero, y ella misma se puso á acecharle teniendo cuidado de no despertar sospechas.

En ese mismo dia por la tarde, hizo Hernan Cortés su entrada triunfal á México.

A una legua de distancia habia sido la calzada cubierta de arcos de flores, y el piso, de la misma manera, estaba tapizado de flores azules, amarillas y blancas.

Abrian la marcha las danzas de los indios que iban en grandes grupos llevando sus estandartes y sus músicas.

Despues de las danzas iban los caciques de los pue-
os, en sus literas adornadas de plumas de variados
lores, entre gigantescos abanicos y seguidos de sus
nitivas compuestas de hombres y muchachos que

llevaban en las manos ó tiestos de flores ó ramas verdes, todos cubiertos con collares de girasoles y zempazuchitl.

Luego seguia una tropa de indios armados de flechas y lanzas, con sus penachos de plumas de colores, sus rodelas cubiertas de pieles y las demas insignias que hacian tan vistosos sus ejércitos.

Detras de los zempoalas y chichimecas, que formaban esta armada que era una de las de más confianza de Cortés, seguian los ginetes, alabarderos, ballesteros, alanceadores y demas españoles que formaban la nueva armada de Hernan Cortés. Seguian cuatro cañones con sus artilleros y despues los restos de los antiguos conquistadores que acompañaron al caudillo en el cerco de México, esto es, los veteranos de sus legiones. En el centro de éstos iban las banderas que habian sido desgarradas en los combates, los trofeos del enemigo, todas las reliquias que formaban el orgullo de la conquista; luego el guion de terciopelo negro bordado de oro con las armas de Cortés, y por último, éste acompañado del licenciado Suazo, del hermano Melgarejo, de Pedro de Alvarado, de Alonso de Grado, Diego de Ocampo, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo de Paz y los demas privados de Cortés, que no sólo formaban su corte sino su familia, pues que formian bajo un mismo techo, comian en una misma mesa y disfrutaban de una misma caja.

La procesion era tan extensa, que cuando la cabeza entraba por el puente de Alvarado, el término de ella que eran el conquistador y los suyos, estaban apénas montando á caballo en la plaza principal de Coyoacan.

Aquella ostentacion de fuerzas y poder no se habian visto nunca, así es que los enemigos de Cortés, despechados hasta lo sumo, la agregaron al largo catálogo de los capítulos de acusacion contra el conquistador, que se proponian renovar corregida y aumentada cuando hubiera una oportunidad de entenderse con la corte.

El cabildo, naturalmente, salió á recibir al magnate á las puertas de la ciudad, y desde aquel momento fueron atronados los aires con toda clase de músicas, con los repiques de las pocas campanas que habia y con los disparos de otros dos cañones que se colocaron en la plaza principal. Los indios, por su parte, acudian en pelotones por las calles trasversales ó en las canoas, y arrojaban sus canastos llenos de flores á los piés del fastuoso conquistador.

Muy satisfecho quedó éste de la ovacion que él mismo y sus amigos habian sabido prepararse, y más orgullo tenia, presumiendo que sus enemigos que debian estar acechando por algun agujero, no podrian ménos que estarse retorciendo de coraje.

De la misma manera que salió el cabildo, salieron los frailes con cruz alta y quemando incienso y mirra á la vez que daban al viento sus cánticos, que se diferenciaban poco de los estentóreos acompañamientos que empleaban los indios para sacrificar á sus víctimas en el altar de Huitzilopochtli.

En la puerta del palacio estaban Marina, las damas a servidumbre de Cortés, que se habian adelanta- para recibirle como á su señor, así es que nada tó al conquistador en este dia para que viera cum-

plidos todos sus deseos y satisfechas todas sus vanidades.

Se apeó airosamente de su corcel; imitáronle todos los suyos y se apresuraron á recibir en un salon al cabildo y á los frailes que se habian quedado atrás porque no habian podido andar al paso de los caballos.

Despües de cubierto el ceremonial que se reducia entónces á ver por un rato sentado al señor, miéntras los otros permanecian de pié y á inclinar la cabeza hasta el suelo cuando éste entraba y salia, se fueron todos á visitar el altar que se habia levantado, ante el cual se descubrió en el acto Cortés, y cayendo de rodillas levantó las manos al cielo y besó tres veces la tierra en medio de la más fervorosa oracion.

Todos respetaron los sentimientos religiosos del conquistador y aun algunos le superaron, pues pusieron los brazos en cruz y se dieron de azotes, haciéndose notables en esta circunstancia los frailes franciscanos, que murmuraron en voz alta sus rezos en latin y pronunciaron exorcismos rociando todo con agua bendita.

Concluidas aquellas levíticas demostraciones, se despidieron los miembros de cabildo, fueron despejando tambien los indios y los miembros del ejército, hasta que se quedó solo Cortés rodeado de pocos de sus amigos y algunos de los frailes.

El hermano Fray Bartolomé Quintero, que fungia de padre guardian en tanto que se daba organizacion á aquella horda indisciplinada, ó en tanto que recuperaba sus fueros el hermano Melgarejo, que estaba por

entónces entregado á la política, se acercó al conquistador y le dijo con tono melífluo:

—¿Quereis reconciliaros?

Cortés estuvo á punto de responderle con una insolencia, pero reflexionando al punto, le contestó con tono no ménos devoto:

—Fray Pedro Melgarejo de Urrea es mi confesor de cámara, y ya me he reconciliado, hermano; pero si gustais escucharme en confesion, soy vuestro siervo.

—El siervo soy yo, hermano, que me ocupo de encaminar al redil á las ovejas descarriadas...... pasemos, si gustais, á un lugar excusado.

Al decir esto el hermano Quintero, hizo un guiño de ojillos que comprendió Cortés, el cual le respondió:

—Vamos.

Todos hicieron lado al confesor y al penitente, los cuales entraron en una segunda pieza que estaba completamente solitaria.

Al revés de como se acostumbra ahora, el penitente se sentó y el confesor se puso de rodillas, diciendo éste al primero:

—Líbreme Dios de querer saber vuestras culpas sin la volutad vuestra: si os he invitado á confesion, es porque á solas hablaros queria.

—Comprendílo así desde que observé vuestra primera intencion, y aquí me teneis.

—Conspírase contra vuestro poder en este real, ñor.

—Lo sé, hermano, pasemos á otra cosa.

Picado el fraile, dijo con tono más resuelto:

—A quitaros de en medio, decididos están esos conspiradores.

—Tambien lo sé, hermano.

—Y sólo una oportunidad aguardan, agregó mordiéndose los lábios.

—La cual oportunidad, yo mismo de presentarles me he encargado. ¿Esto es todo lo que decirme queriades?

—Pues que toda la mayor parte sabeis, excusado me es revelaros lo que me han dicho en confesion.

—¿A vos, padre?

—Sí: hoy conmigo se han confesado el tesorero Julian de Alderete y otros, para ponerse bien con Dios en el caso de que su empresa acertadamente no salga.

—¿Qué oigo? ¿A tal punto llevan su audacia esos impíos?

—Creome en el deber de faltar al sigilo de la confesion, cuando peligran los representantes de Dios sobre la tierra, cuando un grave perjuicio puede seguirse al reino de Su Majestad, y cuando se maquina un crímen por el cual tenga que morir alguno de los miembros de la cristiandad.

—Dejemos rodeos, padre, y decidme pronto lo que os han dicho esos desalmados, que Dios confunda.

Acaso más tarde sabremos si realmente Alderete y sus compañeros se habian ido á confesar con el hermano Quintero; si éste se encontraba al corriente de algunas poridades porque estuviera metido en la conspiracion, ó si los conspiradores, previendo que se ha-

ria uso de sus revelaciones, habrian ido á hacer una confesion falsa para desorientar á Cortés y su círculo; el caso fué que las palabras imperiosas del conquistador, desagradaron al fraile; que éste empezó á titubear y que desde entónces carecieron de interés las noticias que habia empezado á dar con tanto misterio.

—Esos desalmados, contestó el hermano Quintero, díchome han que están intencionados á jugaros una mala pasada, y témome que en ésta vez que venís entre ellos, realizar pretendan sus diabólicos planes.

—¿Pero cuáles los planes son que en vuestro conocimiento pusieron?

—Acusáronse conmigo que os tienen mala voluntad y que de haceros no cesarán todo el mal que puedan.

—Eso, hermano, no han necesitado decirlo en confesion.

—Tampoco han podido acusarse de culpas que todavía no salen del entendimiento.

—Pues no veo entónces la necesidad que han tenido de acudir á la confesion, ni en vuestras revelaciones hallo nada que me sea del todo nuevo. Sabido es que me odian, y sabido es que si pudieran, ya me hubieran dado algo con que muriera.

—Así es la verdad, hermano y señor.

—Decidme entónces sus nombres.

—El pecado se dice....

—Bien, dijo entónces Cortés levantándose enfada- no necesito saber otra cosa.

—Para que vivais alerta, es para lo que á comuni- os he venido lo que á saber llegué por designios

de la Voluntad Altísima. Ahora á vos vivir precavido os toca, miéntras os encontreis en estas fiestas.

—Mejor era entónces que á ellas no me hubierais llamado.

—Nosotros haremos por vos rogativas y os escudaremos de vuestros enemigos.

—Amen, contestó Cortés sin esperar la absolucion y salió del aposento arrogantemente.

Cuando se fueron los frailes, llamó á Marina.

Al verla, dijo en su interior:

—Esta debe saber más que todos esos bellacos confesores.

Y dirigiéndose á ella le bastó una mirada para indicar lo que queria.

—Ya está designado, dijo, el que os ha de dar la puñalada.

—¿Quién es? preguntó don Hernando.

—Don Julian de Alderete.

—¡El tesorero!

—Pero yo velo, y no dormiré ni de dia ni de noche.

—¿Cuándo quiere asesinarme?

—Esta noche cuando estés dormido, si logra penetrar en el palacio por un agujero que han estado abriendo bajo de tierra, ó mañana á la hora de la misa.

Cortés no pudo ménos que estremecerse, y se despidió de Marina haciéndole tiernos halagos.

En aquella noche no pudo Cortés entregarse al sueño como en otras veces, pues con frecuencia despertaba sobresaltado viendo delante de sí la siniestra figura del tesorero, armada de un puñal....

CAPITULO XXIX.

La misa.

Como si no pasara nada en el fondo de aquella sociedad que empezaba á organizarse, las primeras horas de la mañana se emplearon en invitar á todos los personajes y señoras de mayor suposicion para que concurrieran á las ceremonias religiosas que iban á tener lugar á las once, en el palacio de Hernan Cortés.

Cuadrillas de indios entraban y salian, cargados los unos de flores y los otros de los escombros de que era necesario desalojar á la finca, para que pudiera caber desahogadamente el inmenso concurso que iba á reunirse

La fachada del palacio fué compuesta con cortina-j de flores y follaje y con otras colgaduras é insig-ɪ ;, y el interior del saguan presentaba el más risue-

ño aspecto por la variedad de sus adornos y la frescura de la gran cantidad de flores que se habia allí acumulado.

Todo el piso estaba alfombrado con ramas de cedro y de pino, que á la vez que despedian un olor grato, refrescaban la atmósfera y daban una vista campestre particular.

Las arquerías de los corredores, tanto arriba como abajo, estaban cubiertas enteramente de musgo y de flores, formando las figuras más caprichosas. Ya eran laureles verdes en fondo amarillo, ya estrellas color de oro en fondo azul, ya zic-zacs de flores blancas en campo encarnado, ó ya pájaros de colores en ramas de árboles figuradas á fuerza de artificio. En cada uno de los arcos habia una combinacion diferente, formando el todo una gruta de las más pintorescas y de las más deliciosas. El mismo cielo del patio que se habia puesto á cubierto de los rayos del sol por lazos de heno y tupido follaje, contribuia á dar una sombra fresca y saturada de agradables perfumes. Los indios, habilísimos para estas faenas, se habian ocupado parte de la noche y las primeras horas de la mañana en decorar todo el patio y los corredores, trasladando allí todos sus símbolos y creencias en figura de variadas flores é infinitas clases de ramajes, y habian logrado convertir el vasto local en un primoroso eden, sin valerse para aquella obra magna más que de los productos de la naturaleza, pues que eran muchas las legumbres que de más vivos colores y de más voluptuósa vejetacion les servian para completar sus figuras magníficas y sus combinaciones prodigiosas.

Los clérigos y sus ayudantes se habian ocupado á su turno de colocar su altar, el cual formaba un contraste con aquella salvaje naturaleza. Envuelto casi entre las gigantescas ramas de los pinos y cedrales, aparecia el altar bajo un dosel de cortinas coloradas y blancas, las primeras de seda y las segundas de tosco género de algodon. Sobre las gradas aparecia una custodia de estaño sobredorado, y á los lados dos esculturas de pésimo gusto, representando la una al seráfico San Francisco y la segunda al Redentor crucificado, ambos vestidos de la manera más estrambótica, pues el primero tenia unos hábitos de color indefinible y una tiara de Papa; miéntras que el segundo, por falta de un cendal elegante, estaba metido en unos calzones no muy limpios.

¡Triste idea debieron formarse al principio, los indios, de una religion que no tenia aún en tres años ni un mal templo, ni unas regulares imágenes, ni ménos unos ornamentos que valieran la pena!

Si no hubiera sido por los tiestos de flores que ellos proporcionaron y por los candelabros formados de ramajes rústicos que improvisaron para que fueran colocadas las velas de cera que iban á arder en la misa solemne, muy mal hubieran quedado con su altar aquellos religiosos.

Bien es que Cortés tenia su buen altar en Coyoacan entre los cañones y las lanzas y al lado de las caballerizas, segun refieren los testigos presenciales que declaran en su *residencia*, y que ese altar estaba surdo de algunos ornamentos de buena calidad que haencargado de la isla de Cuba; pero en esta vez no

pensó siquiera en prestarlos á los frailes de México, temeroso del mal fin que tuvieran, segun la fama que los buenos frailes franciscanos tenian de nocivos, ignorantes y abandonados.

Tenia todavía mejor aspecto que el altar, el sólio ó trono que se habia puesto al lado derecho para el conquistador. Este tenia arriba sus armas rodeadas de cordones y borlas de oro, y desde allí pendian dos anchas cortinas de terciopelo color de púrpura que se abrian en dos hasta el piso, y en medio de las que, á una altura conveniente y sobre una gradería, se encontraba un sillon dorado, guarnecido tambien de terciopelo.

Abajo del sillon estaba un cojin encarnado y con borlas de oro que debia servir para que se arrodillara el conquistador, cuando se le fuera á ofrecer la comunion, pues la base de la ceremonia estribaba en que todos los capitanes de la armada se acercaran á comulgar.

En frente del sólio de Cortés habia otro sillon debajo de una cortina más pequeña, destinado á la princesa Isabel, hija de Moctezuma, á la cual se hacian estos honores como un recuerdo respetuoso debido al monarca, que tan amigo habia sido de los españoles, y tambien para halagar un poco á los indios que nunca dejaban de venerar profundamente á la que llevaba en sus venas la sangre del emperador.

Habia otros sitiales en lugar distinguido para el tesorero real, lo mismo que para el justicia mayor, el veedor, los regidores y demas magnates, hasta quedar lleno todo un lado del corredor con las personas prin-

cipales; en el patio estaría la servidumbre y los indios en el zaguan y en la calle.

Todo se hizo como se habia dispuesto.

A las diez, empezaron los acólitos á encender las velas de cera que habia en el altar y á quemar incienso: á las diez y media, comenzaron á llegar los convidados. A las diez y tres cuartos, llegó el tesorero real vestido suntuosamente, con su justillo de terciopelo negro y sus finísimos encajes de Bruselas apareciendo por el cuello y las mangas lo mismo que en los abajos del calzon corto. Su capilla, tambien de terciopelo negro, le caia del hombro izquierdo cubriendo la empuñadura de una espada, cuya cubierta dorada salia á medias por debajo de la capa. Iba ceñido con un cinturon bordado de oro, del cual pendia una finísima daga, cuya empuñadura brillaba como un grupo de estrellas.

El tesorero real don Julian de Alderete, era un hombre que pasaba ya de los cincuenta años, y su continente todo era el de una gran persona. Se mantenia muy derecho siempre, llevaba bien peinada su barba gris que imprimia á su rostro una gravedad austera, su mirada era penetrante y viva, pues aunque sus ojos eran pequeños, brillaban como dos carbunclos, y su andar era pesado y majestuoso.

Cuando el tesorero se presentó seguido de un pequeño cortejo que le formaban algunos de sus amigos y dependientes, los que ya habian llegado se abrieron en dos filas y él saludó cortesmente á todos, yendo sin afectacion al lugar que uno de los frailes, ocupado en dar colocacion á las personas, le habia designado.

Cuando estuvo allí, abarcó de una mirada el conjunto formado en el extremo del corredor que ocupaban el altar, el sitial de Cortés, etc. Con mirada rápida notó desde luego que Hernan Cortés iba á estar de espaldas á otro corredor cuyos dos arcos primeros se habian cubierto para que el aire no molestara por aquel lado al conquistador.

Hubiera querido Alderete penetrar en aquel rincon para ver si habia gente ó qué especie de obstáculos se presentaban para que una persona que se pusiera por detrás de las cortinas pudiera llegar á la altura de Hernan Cortés, que por medio de la gradería estaba como dos varas sobre el nivel de las demas personas; pero separarse de su colocación en aquellas circunstancias, hubiera sido llamar la atencion y se contentó con saber por de pronto que por allí se le presentaba un conducto seguro para cumplir con el encargo que se le habia confiado.

A las once en punto llegó Hernan Cortés con toda su corte. Las señoras ocuparon el lado izquierdo y los hombres el lado derecho para formarle valla: al pasar el conquistador, las personas que formaban ámbas alas, inclinaron las cabezas.

Cortés, con su mirada de águila, observó que entre todas aquellas cabezas inclinadas habia muchas que aparecian rígidas sobresaliendo la del tesorero: entónces se encaminó á él, le tendió la mano, á cuyo saludo contestó Alderete no sin manifestar alguna turbacion. Cortés pudo observar tambien que la mano del tesorero no queria permanecer mucho tiempo entre las suyas y que estaba visiblemente temblorosa. Sa-

ludó á algunos otros españoles, vió quiénes permanecian con la cabeza erguida, que no eran otros, más que sus enemigos, y en seguida se encaminó á tomar su lugar bajo del pálio que al lado del altar se le habia colocado.

Casi al mismo tiempo aparecieron por la entrada las gentes de iglesia formadas en procesion, y llevando la cruz alta y dos santos en escultura entre arcos de flores y seguidos con largos carrizos que llevaban los indios jóvenes, vestidos de gala.

Despues de despedirse con hisopos algunos asperges de agua bendita sobre la concurrencia, comenzó la misa solemne de tres padres.

A la izquierda del altar estaba una especie de púlpito revestido de manteles blancos con encajes. Este debia ser ocupado "inter missarum solemnia" por el hermano Pedro Melgarejo que era como el más hábil, el sacerdote encargado de pronunciar el sermon alusivo á las circunstancias.

El tesorero tenia su asiento bajo la tercera columna del corredor, por el lado mismo donde estaba Cortés en su trono. Poco á poco fué adelantando su sillon hasta ponerlo fuera de la línea y casi cubierto por el pilar para la concurrencia que estaba á las espaldas. De los que estaban delante no habia que cuidarse, porque todos estaban pendientes de la ceremonia religiosa.

Solamente era observado por sus amigos que estan en el secreto, y que seguian con ansiedad sus niobras, y por Marina que se habia desprendido del ipo de las damas, yendo á confundirse entre los in-

dividuos de la servidumbre de ambos sexos que estaban arrodillados en el patio. Se habia colocado de manera que no perdia de vista al tesorero, y que en caso ofrecido pudiera separarse de allí sin que fueran estorbados sus movimientos.

Hubo un momento en que el humo del incienso formó una nube densísima que se extendió por todo el corredor, y fué aquel el que aprovechó el tesorero para desprenderse de la columna que ocupaba, yéndose en direccion de los arcos cubiertos con cortinas que estaban á la espalda de Cortés. Por precaucion, y para no infundir sospechas á los que le miraran, se habia colocado el pañuelo en las narices, y lo retenia allí como si el humo le molestara y fuera huyendo de esa molestia.

Marina, rápida como una saeta, se desprendió tambien de su sitio y fué á colocarse detrás de las cortinas que cubrian por aquel lado el corredor, quedando así á la espalda de Alderete. Desvió con cuidado la cortina por el lado de la pared, y vió al tesorero pálido y oprimiéndose el pecho con las manos como si tratara de reprimir los violentos latidos de su corazon.

En aquel instante se produjo en todo el concurso el silencio más profundo, de tal suerte, que segun la expresion vulgar, podia oirse el aleteo de una mosca. Se vieron mover las cortinas del tablado que ocupaba Cortés, y era que éste se habia levantado del cojin en donde estaba de rodillas é iba á sentarse en su sillon para oir la plática del hermano Melgarejo. Este se habia puesto el sobrepelliz y se habia colocado

en la tribuna. Tal movimiento era el que habia producido el silencio de la concurrencia, la cual se preparaba á escuchar la palabra divina que iba á salir por los lábios del sacerdote.

Fray Melgarejo habia hecho la señal de la cruz, habia pronunciado un texto latino, y habia invitado á sus oyentes á decir un "Pater Noster," á fin de que escucharan el sermon en gracia de Dios.

Cortés volvió á arrodillarse y volvió á levantarse produciendo con esto un fuerte movimiento á las cortinas, las cuales se habian abierto instantáneamente dejando ver el taliz de su espada que le cruzaba las espaldas, pues habia dejado su capa á un lado del sillon á causa del calor sofocante que empezaba á sentirse.

Entónces fué cuando el tesorero Alderete pudo ver la altura á que se encontraba Cortés, y lo que se nesitaba hacer para dar un golpe seguro.

Arrimó una mesa bastante ancha y bastante sólida que estaba á un lado, y que habia servido ántes para sostener los ramilletes de flores, las velas etc.: todavía se le veia medio cubierta de flores deshojadas y de algunas yerbas marchitas.

Los enemigos de Cortés comenzaron á hacerse señales de inteligencia desde que vieron desaparecer al tesorero, al cual esperaban ver salir de un momento á otro por entre las cortinas del dosel, armado de su daga y dar el golpe fatal que habia de libertarles del ıno.

Hernan Cortés, que se creia por lo ménos entónenteramente á cubierto del golpe que se le habia

preparado, permanecia tranquilo, dando al parecer toda la importancia debida á las ceremonias religiosas que estaban verificándose en su obsequio.

Es preciso advertir que los amigos de Alderete, habian venido perfectamente armados, y que á una señal dada por él que se encontraba al principio más próximo del tesorero, todos habian echado mano á las empuñaduras de sus tisonas y puñales, encontrándose dispuestos para acudir en socorro de su amigo en caso que lo necesitara. Tambien habian apostado en los alrededores, la gente con armas que habian podido, para aprovecharse de la sorpresa que necesariamente debia producir la muerte repentina del conquistador.

Alderete, luego que estuvo bien fija la mesa, la cual habia acercado al dosel con grandes trabajos, se subió á ella con mucha precaucion, y entónces Marina entró tambien de puntillas en el interior de aquel cuadrado que casi formaba la oscuridad, una vez que estaba interceptada la luz por las colgaduras del patio, y allí en aquel pequeño perímetro por las dobles cortinas.

Alderete no sintió la proximidad de Marina, ni estaba en estado de pensar en otra cosa más que en el acto que iba á cometer.

En aquel momento estaban el tesorero y Hernan Cortés á una distancia tan pequeña, que si el último hubiera estado ménos confiado, habria oido con toda claridad la fuerte respiracion de su enemigo.

Fray Melgarejo estaba en el exordio de su discurso, explicando que aquella misa era una manifestacion

al Todopoderoso, en accion de gracias, porque habia sabido proteger con su égida al alto y poderoso señor Hernan Cortés, padre de aquellos pueblos y benefactor de la humanidad, habiendo permitido y ordenado que fueran desapareciendo todos los obstáculos que se habian sembrado en el camino del conquistador, venciendo á enemigos más fuertes y al parecer con más influencia en la corte, conociéndose sólo en esto que estaban de su parte los auxilios espirituales y la justicia divina.

Esta fué la coyuntura que encontró propicia el tesorero real para consumar el asesinato. Desenvainó su daga con la mano derecha levantándola en alto, y con la mano izquierda cogió una de las cortinas que habia de separar para descubrir á Cortés y darle la puñalada por la espalda.

Al ir ya á verificar el hecho como lo habia imaginado, sintió que una mano se apoderaba con fuerza de la suya, que tenia el puñal, miéntras que veía en frente de sí la hoja de otro puñal próxima á clavársele en el pecho si no abandonaba el arma traidora.

Ni habia sentido á la hora que se le habia aproximado otra persona, ni se encontraba su espíritu en situacion de ver nada ni de formarse conciencia de lo que le estaba pasando. Sólo oyó una voz que le dijo al oído en secreto:

—Suelta ó te mato.

Soltó y huyó de allí pálido, temblando y con el rostro desencajado.

No fué tan rápida esta escena ni tan leves los momientos que hicieran los personages que tomaron

parte en ella, que dejara Cortés de percibir cierto ligero ruido á sus espaldas. Entónces no sólo se puso alerta desviándose un poco, sino que iba á separar las cortinas para ver lo que pasaba, cuando observó que éstas se abrian por sí solas y oyó una voz que le dijo:

—Yo soy.... Marina.

—¿Qué haces allí?....

El conquistador iba á volverse y á producir tal vez la alarma entre los circunstantes, cuando Marina le dijo:

—¡Por Dios no te vuelvas ni hagas movimiento alguno!.... ¡estás salvado!

—¡Pues cómo!

—He arrancado de las manos de Julian de Alderete esta daga que iba ya á hundir en tu pecho.... ¡tómala!

Cortés introdujo con todo disimulo la mano por entre las cortinas y cogió la daga. Luego, al verla en plena luz y reconocerla, exclamó:

—¡Cielos!.... es la misma.... aquí tiene su nombre.

—¡Silencio! pronunció Marina; y luego con voz más dulce y tranquila, agregó:

—¡Adios!

Don Hernando volvió á pasar la mano por entre las cortinas y oprimió con ternura la mano de Marina, diciéndole:

—Siempre tú.... ¡gracias!..... espérame cuando concluya la ceremonia en tu aposento, quiero besarte los piés y las manos en señal de gratitud....

—¡Adios! ¡Adios! volvió á decir la jóven con apremio, pueden observarte, ¡adios!

Diciendo esto, imprimió un beso en la mano de Cortés, y fué á incorporarse con la servidumbre, tan tranquilamente como si nada hubiera sucedido.

El tesorero Alderete, al salir del sitio en donde pretendió consumar el asesinato, hubiera querido huir á quinientas leguas de distancia, pero vió que las salidas estaban obstruidas por la muchedumbre y maquinalmente volvió á donde se encontraba su asiento y se dejó caer en él abatidó, hundiendo su semblante cadavérico entre las manos.

Los amigos que le habian visto ir con resolucion y que le veian volver en un estado agonizante y sin llevar ya su daga en el cinto, comenzaron á inquietarse y á ponerse verdes igualmente. Ya no se fijaban en el sermon ni en nada de lo que veian, sino que se ocupaban solamente de interrogarse con la vista unos con otros. El que estaba más próximo á Alderete, se le aproximó y le hizo al oido algunas preguntas: el tesorero no le respondió. Entónces se volvió á sus compañeros y sumiendo los hombros con un gesto espresivo, les quiso dar á entender que aquel hombre habia perdido el conocimiento.

Para todos aquellos hombres, el tiempo que siguió fué de una verdadera angustia, pues aparte del calor sofocante que se sentia, la ansiedad por saber lo que habia pasado les devoraba, haciéndose en todo caso las más siniestras conjeturas.

Observaban á Cortés y veian que éste permanecía perturbable, haciendo una inclinacion de cabeza co- dando las gracias cada vez que el hermano Melreio, y esto era muy seguido, le dirigia un elogio.

Los demás asistentes que no estaban en el secreto de lo que iba á pasar estaban igualmente tranquilos.

Concluyó el sermon, todos pudieron limpiarse el sudor, toser, moverse y hacer cuanto les prestara más comodidad. Siguió la misa y luego llegó el momento de ofrecerse la comunion.

Como habia pasado cerca de una hora, el tesorero habia tenido tiempo de reponerse un poco y comprendió, al verificarse aquel movimiento, que era perdido si no se aproximaba tambien á tomar la comunion: tomó fuerzas de flaqueza, y con paso vacilante se acercó al altar. Cortés, luego que le vió llegar, bajó las gradas y acercándose cuanto pudo á Alderete, le cogió con una mano una muñeca y con la otra le mostró su misma daga diciéndole:

—¿Conoceis esto?

El tesorero perdió el color, dobló una rodilla, despues la otra y cayó de bruces azotando el suelo con la cara.

—Ese hombre se ha puesto malo, dijo Cortés con voz serena y fingiendo que no le conocia, ¡sacadlo!

El tesorero privado de conocimiento, fué llevado á su casa.

Hernan Cortés, tal vez por la primera vez en su vida, despues de recibir la comunion, oró con fervor dando gracias á Dios de haberle salvado por medio de su fiel india Marina, de uno de los más grandes peligros que habia corrido en su vida azarosa.

CAPITULO XXX.

La venganza.

Hernan Cortés, luego que pudo desprenderse de sus cortesanos, corrió á las habitaciones de Marina y le hizo una vez más sus protestas de gratitud y de cariño. No eran las joyas ni las riquezas las que halagaban á la india, y así es que Cortés para complacerla mejor la llenó de caricias, caricias que no salian por cierto del fondo de su alma como en otras veces, porque el amor iba extinguiéndose en el pecho del conquistador ó porque estaba preocupado con los negocios; el caso fué que cuando salió de allí dos gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Marina y murmuró con semblante afligido:

—¡No me ama ya como ántes!

Seguramente algun remordimiento quedó á don Hernando, motivado por su frialdad en la entrevista

que tuvo con Marina, porque más tarde se presentó en los aposentos de ésta Pedro de Alvarado, solicitando de ella una conferencia en nombre de su gefe y llevando un cofre en la mano.

—Mandad, le contestó Marina.

—El gobernador os suplica que acepteis esta ofrenda, hermosa Marina.

—¿Don Hernando?

—Sí: aquí teneis estos collares de oro, estas perlas, estas brazaletes y esta cruz de esmeraldas; cosas todas mandadas hacer para vos á nuestros mejores plateros. Esta cajita, en que están tambien, es de mucho mérito, pues que tiene incrustaciones de oro y de concha de mucho ingénio y de mucha curiosidad.

—¡Qué bueno es mi señor! exclamó Marina recibiendo el cofre, bien sabe él que su cariño y su consideracion me bastan para ser feliz y vivir agradecida.

—Os envía tambien con estos pergaminos la propiedad de cuatro principales solares en esta ciudad de Temextitan, y de dos pueblos que están á cuatro leguas de distancia, Xacalatla y Tuxtitla, con todos sus habitantes y terrenos. Podreis contar entre los dos con unos trescientos esclavos, dados todos al cultivo de las flores, de las frutas y de las legumbres.

—¡Oh! exclamó Marina, una esclava no puede á su vez tener esclavos.

—Bien sabeis que no lo sois desde que os tomó don Hernando á su servicio: más bien os podeis llamar nuestra compañera, toda vez que habeis ayud más que muchos á esta conquista.

—Decid pues á don Hernando, que acepto sus m

cedes; primero, porque todo lo que él hace está bien hecho para mí que soy su sierva y que tengo obligacion y gusto en obedecerle, y segundo, porque así podré librar á esos trescientos desgraciados de la esclavitud.

Alvarado saludó y salió de la estancia.

Marina puso á un lado todo aquello sin verlo, y se quedó meditabunda.

Al dia siguiente, Hernan Cortés mandó colocar su escudo de armas, (el que iba á servirle tal vez para cuando fuera Marqués del Valle, pues por entónces no tenia derecho á usar ninguna insignia) en un extremo de la sala principal y abajo un dosel parecido al que se le habia formado para la ceremonia religiosa.

El se puso un vestido todo negro, se encasquetó una boneta, tambien negra al uso de la que portaba en esa misma época Francisco I de Francia y empuñó la vara de justicia mayor.

Así vestido y seguido de algunos alguaciles, ocupó su asiento y dictó algunas disposiciones, miéntras llegaban las personas á quienes habia mandado que allí comparecieran.

Esas disposiciones se relacionaron en su mayor parte con las donaciones y repartimientos.

A aquellos de sus amigos y parientes que más se habian distinguido en adularle, les daba pueblos enteros y gran número de indios en calidad de esclavos.

Rodrigo de Paz le dió dos solares en México, y s pueblos con sus tierras.

Pedro de Alvarado le dió los solares que él mis-

mo habia escogido frente por frente del palacio real y de las casas de Cortés. A éste le designó además un pueblo de los ya conquistados y las provincias que él pudiera ganar en lo sucesivo.

A Pedro de Irzio, le dió Villa Rica y los pueblos que hiciera en veinte leguas.

A Pedro Vallejo, le dió el terreno comprendido entre los rios de las Palmas y del Espíritu Santo.

De esta manera fué dando y repartiendo indios y tierras á sus amigos íntimos y parientes, no sólo lo que aún permanecia valdío, sino lo que de antemano pertenecia al tesorero Alderete, á Cristóbal de Olid y á otros capitanes de la conquista que lo habian conquistado á fuerza de su brazo y cuyas posesiones habia confirmado la corte de España dándolas por firmes y valederas.

Se conocia que Hernan Cortés estaba premiando á unos segun lo que para él eran sus méritos y servicios, y castigando á otros segun el grado de antipatía que les profesaba.

Poco á poco fueron llegando las personas que habia llamado ó mandado traer á la fuerza, rodeados de alguaciles, excitando mucho su atencion todo aquel aparato y extrañándoles que Cortés por sí y ante sí, asumiera el carácter de gobernador y justicia mayor, cuando éste no se nombraba todavía por el emperador, ó mejor dicho, cuando el nombrado que era Cristóbal de Tápia no habia sido admitido; de suerte que podia decirse que todavía el gobierno de esta tierra se encontraba acéfalo, pues que nadie tenia autoridad para distribuir y quitar bienes, ni para hacer acto algu-

no que importara disposicion legítima de un gobierno. Hasta entónces Hernan Cortés sólo podia ser reconocido como gefe de las armas para pelear contra los indios y nada más, castigando cuando más las faltas y delitos del órden militar, pero de ningun modo estaba investido de facultades para obrar en otra esfera, pues que para eso estaba el cabildo que era el que tenia á su cargo el gobierno civil, miéntras el emperador no mandara un nuevo gobernador ó un magistrado, ó como quisiera llamársele, que ejerciera el cargo administrativo.

A nadie, pues, ni á los amigos mismos de Cortés se les ocultaba que éste se encontraba á la sazon absorviendo un poder que no le correspondia, y que antes bien pugnaba con las pocas pero terminantes provisiones que Cárlos V de Alemania y I de España, habia dictado respecto de las provincias de América recientemente conquistadas.

Sea como fuere, y por más que los procedimientos de Cortés causaran extrañeza, él tenia las armas y no habia más recurso que disimular y obedecer.

Cuando se fatigó de dar y quitar propiedades, procurando no olvidar en la distribucion nueva á sus allegados, ni en el despojo á sus enemigos, hizo adelantar á Cristóbal de Olid, y le dijo:

—Vos que habeis sido uno de mis más leales amigos y de mis más fieles compañeros en los trabajos de la conquista, habeis sido uno de los primeros en decir q si viniera Cristóbal de Tápia, le dariais entero acat iento.

Es la verdad, contestó Olid con voz firme.

—¿Por qué habeis dicho eso?

—Porque si Cristóbal de Tápia venia de gobernador, era porque le mandaba Su Magestad y porque yo, antes de ser servidor vuestro, lo soy de Su Magestad.

—¿Pero cómo sabiais que eran provisiones legítimas las que traia Cristóbal de Tápia?

—Porque las he visto cuando él vino ocultamente y me las mostró.

—¡Basta! exclámó Cortés interrumpiéndole y comprendiendo que podia comprometerlo si seguia haciendo más revelaciones.

Cristóbal de Olid se retiraba llevando en la mano derecha la vara de alcalde mayor, empleo que desempeñaba á contento de todos por su moderacion é hidalguía, cuando Hernan Cortés le dijo:

—Acercaos acá.

Cristóbal de Olid sin temer nada, y antes bien con paso seguro, se acercó hácia donde estaba el conquistador. Entónces éste cogió la vara que aquel llevaba, y partiéndola la arrojó al piso diciéndole:

—Ya no sois nada.

El primer ímpetu de Cristóbal de Olid, fué el de echarse sobre Cortés para vengar aquella injuria, pero ántes de que pudiera hacer movimiento alguno, dos alguaciles le sujetaron los brazos.

Cortés le dijo sencillamente:

—Tambien se os quitan junto con la vara de alcalde mayor, vuestras tierras, vuestros solares y vuestros indios. Ahora podeis ir en paz.

Los alguaciles sacaron de allí á Cristóbal de Olid,

que iba echando rayos y centellas contra el conquistador.

—Venid vos, tesorero de Su Magestad, don Julian de Alderete.

El orgulloso tesorero se levantó de su asiento como si fuera impulsado por un resorte, y contestó con voz débil:

—Aquí me teneis.

—Pues que me he determinado á hacer justicia en esta tierra, exclamó Cortés con semblante airado y dando una manotada en el brazo derecho de su sillon, en nombre de Su Magestad os quito el cargo de tesorero, que teneis.

—¿A mí me despojais? balbuceó el tesorero temblando, ¿á mí?......

—En nombre del emperador, y por convenir así á la tranquilidad de éstos sus dominios.

—Ved, señor capitan...... objetó todavía el tesorero.

—Nada tengo que ver. Mirad vos de obedecer prontamente, si no quereis......

Al decir esto, señaló con un dedo la daga que llevaba en el cinto y que no era otra que la que habia arrancado el dia anterior Marina de las manos de Alderete. Este dijo con un tono humilde que llamó á todos la atencion, pues sabian que era un hombre orgulloso y altivo:

—Obedezco.

—Señor Diego de Soto, dijo entónces Hernan Cortés dirigiéndose á aquel amigo suyo que era uno de los circunstantes y en el que acababa de fijarse, señor Diego de Soto, vos sereis en adelante el tesorero

real, en tanto que llegaren los nombramientos y provisiones de Su Majestad. Que el señor Julian de Alderete, os haga entrega en el término de tres dias de todas las cosas que tiene bajo su dependencia.

Diego de Soto, que se habia levantado y aproximado al dosel cuando fué nombrado, saludó y se fué á ocupar su asiento luego que terminó de hablar el conquistador.

Siguió llamando uno por uno á todos los demás españoles que estaban en la larga lista de sus enemigos, y les fué destituyendo de los cargos que desempeñaban á la vez que despojándolos de los repartimientos que ántes se les habian concedido. Entre los marcados como enemigos de Cortés, habia una infinidad de aventureros llegados recientemente, sobre los cuales no podia ejercer esa clase de venganzas, porque ni tenian cargos ni habian alcanzado parte de botin; pero tuvo cuidado de recomendarlos con los alguaciles, para que so pretexto de cualquier alboroto, los pusieran inmediatamente en la cárcel. Esos pobres no tenian en lo sucesivo ni libertad de salir á las puertas de sus casas, porque de allí eran llevados para que expiaran, cargados de cadenas, delitos imaginarios. Lo que hicieron algunos que contaban con recursos para moverse, fué volverse á Veracruz para embarcarse en primera oportunidad para las otras posesiones españolas. Otros más valerosos se juntaban en grupos y se internaban en países no conquistados todavía, en busca de aventuras. Preferian ser muertos luchando con los indios, á estar encerrados en las mazmorras de Cortés, sin esperanzas de recobrar la libertad.

A un español de nombre Gonzalo de Umbría que habia pretendido salirse de la tierra para ir á prestar sus servicios como anteriormente, al adelantado Velazquez, y que estaba preso á la sazon, le mandó cortar un pié para escarmiento de los demás que quisieran tomar el mismo camino.

La ejecucion tuvo lugar esa misma tarde en la plaza.

Finalmente, no contento con haber dado y quitado cargos, con haber reducido á la miseria despojando de sus propiedades hasta á los que eran simplemente sospechosos de profesarle poco afecto, mandó que Alderete saliera ántes de veinticuatro horas de la ciudad, y en el término de quince dias se embarcara en Veracruz, para donde más le conviniera; pero al efecto debia ir acompañado de Bozio y otros parciales del conquistador, los cuales llevaban instrucciones secretas de hacerlo que muriera ántes de que pusiera pié en el barco.

Esto, á lo ménos, refirieron los testigos en los varios procesos que se formaron á don Hernando Cortés.

Abandonaremos, pues, á su negra suerte al tesorero don Julian de Alderete de quien tenemos que despedirnos en este capítulo, seguros de que en lo sucesivo no volveremos á tener oportunidad de nombrarlo.

Antes de dejarlo por completo, haremos una simple reflexion: si bien como empleado real defendia los inte-ses de la corona, más obraba animado por su ambi-n personal y por el ódio que engendrara contra Cor-. Este lo sabia, temió que fuera á hacerle perjuicio

con sus informes en la corte y juzgó como más conveniente quitarlo de enmedio.

En aquella sazon, Cárlos V estaba demasiado ocupado con sus conquistas, queriendo hacerse el único señor de toda la Europa, sosteniendo combates diariamente, ya con los franceses, ya con los suizos, ya con los italianos, y Cortés, que lo sabia, se aprovechaba de las circunstancias, seguro de que en la Corte de España se habian de ver los sucesos de América y á tan larga distancia, como cosa insignificante al lado de las ruidosas y sangrientas guerras europeas. Por eso más que por otra cosa se despachaba á su sabor, seguro de que por lo pronto, no habia sobre él ningun poder en la tierra.

Por la noche de ese dia llamó á cenar, segun costumbre, á Francisco de Garay, que era el único ya que le podia infundir recelos, y hé aquí lo que en su declaracion dice el escribano Alonso Lucas que vivió con él desde el dia anterior á aquel en que Garay habia recibido su libertad en Coyoacan, y al cual habia servido de secretario en sus expediciones del Pánuco: "Estando ya el dicho Francisco de Garay en esta dicha cibdad comia é senaba á la mesa del dicho don Fernando Cortés, y el dia de navidad en la noche, del año pasado de mill e quinientos e veynte e tres años, despues de aver senado con el dicho Fernando de Cortés, se salió el dicho Francisco de Garay de su casa, y este testigo, y otro con él, y se fué á su posada y se echó en su cama, e desde á un poco, queríendo este testigo acostarse, oyó quexar al dicho Francisco de Garay y entró en su cámara y le preguntó que de qué se

quexaba, y el dicho Francisco de Garay le respondió: —"Tengo trosados y pasmados todos los myembros desde la cabeza hasta los piés, y sin duda yo estoy mortal." Este testigo le tomó un brazo y ardia muy demasiadamente, y estuvo asy quexándose hasta la mañana, que no durmió sueño, gomitando é faciendo cámaras, é otro dia en amaneciendo, este testigo se levantó e le fué á decir al dicho D. Fernando Cortés, é dixo que le iria á ver luego, que llevara de camino al Lic. Pero Loyez, y este testigo le llevó consygo é miró al dicho Francisco de Garay, é salióse de la cámara é díxole á este testigo que luego á la ora viniese un barbero é lo sangrasen, é trujesen un confesor, é fisiese su testamento, porque otro dia moriria, é asy se fizo todo aquel dia, é otro dia en la tarde murió el dicho Francisco de Garay."

Despues de este suceso, se volvió D. Herñando á su residencia en Coyoacan, rodeado como siempre de sus guardias y seguido de su numerosa comitiva.

Cuando en la noche estaba sentado á la mesa con todos sus amigos, dijo lleno de alegría:

—Ahora sí, ya no tenemos nada que nos inquiete, pues han quedado bien escarmentados todos los descontentos, y podemos gobernar esta tierra con tranquilidad. Mañana celebraremos unas justas y tendremos una solemnidad con que quiero causaros sorpresa, para lo cual llegaron en el último navío las cosas que esperaba. Habiendo dicho esto saludó y se retiró, llevando en el semblante dibujada una inmensa satisfacion.

CAPITULO XXXI.

Las justas.

Se habian visto, en efecto, llegar varias mulas cargadas á la casa de Hernan Cortés, en Coyoacan, y que las cajas cerradas se habian metido á sus habitaciones, de suerte que nadie sabia cuál era su contenido. Cortés mandó á sus criados que levantaran las tapas, y en seguida les habia ordenado que se saliesen, quedándose él solo para sacar los objetos que iban en los cajones.

Digamos lo que se veia aquí y allá sobre los muebles de sus aposentos: grandes plumeros para adornar con ellos, segun la usanza, las cabezas de los caballos, n ·tillas muy grandes y muy bordadas para los n nos, lo espuelas y todos los demás ajuares de n .tar que eran entónces el encanto del guerrero;

espadas y lanzas para justas y para combate; armaduras, cascos, manoplas y todo lo demás que constituia el traje completo del justador, deslumbrando en todas las piezas el finísimo acero; trajes de córte para damas y caballeros comprados en Francia é Inglaterra; un pendon negro con las armas de Hernan Cortés, de muchísimo más lujo que el que hasta entónces le habia servido para las ceremonias, lo mismo que otros de ménos valía que servirian para el distintivo de sus principales capitanes y así otros muchos objetos de ostentacion que recreaban la vista y satisfacian hondamente el orgullo del conquistador.

La plaza principal de Coyoacan fué adornada otra vez con flores frescas en arcos y lazos, para cuyos adornos daban su contingente los indios, tan pronto como abundante.

En un extremo de la plaza se formó un gran palco cubierto con cortinas de seda carmesí, el cual debia ser ocupado por las reinas del torneo. A los lados habia otras tribunas para las damas y empleados de la córte.

Los jueces se colocaron en otra gradería, que se dispuso más abajo del palco de las reinas.

Luego que Pedro Gallego y José Juan de Jaramillo supieron que Marina é Isabel eran dos de las reinas que iban á presidir el torneo, vinieron á echarse á los piés de Hernan Cortés, rogándole que fueran admitidos. El conquistador los mandó agregar á la lista de los combatientes, con tanto mayor gusto cuanto que ya desde ántes le habian pedido perdon, manifestándose agradecidos hasta el colmo por su generosidad y solicitando entrar de nuevo á su servicio para demostrar-

le con hechos, que estaban dispuestos á derramar por él hasta la última gota de su sangre.

Isabel se resistió mucho al principio para salir de Tenoxtitlan y trasladarse á Cuyoacan con motivo de aquellas fiestas, temerosa de que su hermano fuera á escpársele y en caso de que no se le escapara, temerosa de los reproches que habia de hacerla cuando supiera que concurria con tanta frecuencia á los regocijos de los españoles. Fueron vencidas todas sus repugnancias, principalmente cuando supo que allá podria encontrar á Pedro Gallego: de suerte que á eso de las dos de la tarde ya se encontraba en brazos de Marina. Entónces aprovechó ésta la ocasion de regalarle uno de los nuevos trajes de terciopelo cubiertos de blondas, acabados de llegar, que habia pedido á su amante con ese objeto.

Isabel se resistió todavía más á ser una de las reinas del torneo; pero al fin convino, al decirle Marina que Pedro Gallego estaba inscrito en la lista de los campeones.

Todo, pues, se encontraba en movimiento en la pequeña córte de Hernan Cortés: los indios adornaban los contornos de la plaza y el centro lo limpiaban de tal modo que no quedaba ni una yerba, ni un pedruzco, ni nada que pudiera estorbar el arranque de los corceles; los castellanos estaban divididos en grupos ocupándose unos en limpiar las armaduras y los caballos y otros en aderezar del modo más conveniente los palcos á que debian de ir las reinas, las damas, los ncianos, las autoridades y los jueces de la liza; Cor- y su secretario se encontraban en el despacho re- tando el programa de la fiesta; los justadores esta-

ban en los patios más interiores del palacio de Cortés haciendo ensayos y conviniendo golpes para que, en caso de encontrarse los amigos frente á frente, fuera ménos peligrosa la partida; las damas estaban preparando sus adornos, bañándose, arreglando sus tocados, collares y blondas, haciendo en este caso las flores naturales y las curiosidades botánicas un papel esencialísimo en algunos adornos. Finalmente, los criados iban y venian obedeciendo órdenes y nadie se estaba quieto ni callado.

El dia se prestaba admirablemente para hacer más hermosa la fiesta, pues sin ser lluvioso ni frio, despedia solo un ligero vientecillo muy fresco y el sol se ocultaba entre las nubes como si estuviera sepultado en una inmensa montaña de nieve.

Despues de la comida, se oyó el primer toque de una trompeta, lo que significaba que todo el mundo deberia prevenirse con sus arreos para concurrir á las justas. Todas las damas corrieron á vestirse y todos los caballeros á acomodarse sus armaduras y arneses de guerra.

Cortés entónces llamó á Pedro de Alvarado, á Rodrigo de Paz, á Gonzalo de Sandoval, á Cristóbal Corral lo mismo que á otros de sus oficiales de su mayor cariño y confianza y los invitó á entrar en sus aposentos.

—Aquí teneis, les dijo, la sorpresa que os preparaba. Vuestras son estas armaduras, estas espadas, estas lanzas, estos guanteletes, y todo lo que estais viendo delante. Concluidas que sean las justas, llamaremos al hermano Melgarejo y á otros dos ó tres frailes

que bendigan la ceremonia que voy á hacer de armaros caballeros. Aquí teneis ya el Cristo, las cartas evangélicas y todas las demás cosas que ordinariamente sirven para esto de armar á los caballeros.

Como era natural, de los ojos de todos aquellos capitanes saltaron chispas de gozo, y con gusto empezaron á escojer de todo ello lo que más les agradaba. Hernan Cortés habia ya apartado las mejores cosas para sí, dejando entre ellas la más hermosa hoja toledana, la más fuerte pica, el casco mejor bruñido y más vistoso, lo mismo que las cotas de malla más finas y más impenetrables. Por aquel tiempo, cuando ya en todos los pueblos civilizados se hacia uso de la pólvora, de la artillería y de las escopetas, las armaduras de los caballeros fueron simplificadas, al grado de no usar las pesadas cotas sino para las justas y torneos, dejando para la guerra solamente los cascos y algunas mallas más ligeras que dejaban una poca de más libertad en los movimientos. Los caballos tambien que apenas en el siglo anterior eran agobiados con el peso de algunas arrobas de hierro bien templado, ya en la época de la conquista solo eran defendidos por gruesas mantillas que los cubrian desde el pescuezo hasta las ancas, previniéndoles así de los golpes de dardo, de flecha y de guijarros, lo mismo que de los de lanza y espada cuando no iban con mucha fuerza.

Hernan Cortés dió el ejemplo, enseñándoles á ponerse los mil dijes que eran muy poco conocidos de uellos hidalgos que tan de la noche á la mañana .n á ser convertidos en caballeros.

Hasta dónde la vanidad puede impulsar á los hom-

bres á cometer locuras! pues Hernan Cortés, que era conquistador, que tenia ya su fama y su nombre á respetable altura, que no necesitaba más que esperar un poco para verse tan elevado como los mismos reyes, Cortés, decimos, ofuscado ya con la vanagloria de sus hazañas, y sufriendo interiormente de no ser noble ni tener alguno de los títulos que formaban entónces el orgullo de los hombres, habia llevado su debilidad hasta el extremo de encargar condecoraciones extrangeras, que fueron compradas á los nobles arruinados y libros que le sirvieran para aprender el ceremonial á que tenian que sujetarse las cortes y los magnates que las componian.

Hernan Cortés, despues de repartir aquellos dones á sus amigos, les hizo partícipes de uno de sus más interesantes secretos.

—Esta es una tierra muy poblada y muy grande y muy rica, les dijo, seguiremos conquistando las comarcas que nos faltan y tendrá que fundarse aquí un reino ó un imperio, pues que no podrá gobernarse por medio de intendencias ó capitanías. Yo he escrito sobre estas cosas al rey mismo y convendrá en ello. Si, pues, en toda esta zona ha de formarse poco más tarde un imperio, nada más propio que preparar desde ahora las costumbres. Por eso quiero armaros caballeros y usar por mi parte los títulos de gobernador y capitan general, miéntras que Su Magestad resuelve sobre si es conveniente que se forme aquí un reino dependiente en todo de la corte de España, con la cual hemos de estar siempre en buena amistad y conveniencia. Aquí hay tambien libros para que aprendais las ceremonias

de la corte, pues de hoy adelante todo lo hemos de hacer con arreglo á ella, para que el uso haga fuerza de ley.

Naturalmente qne todos estuvieron muy conformes como de costumbre, y Diego de Salamanca agregó esto por chiste:

—Si vamos á tener corte, es justo que el monarca tenga un bufon, y propongo para tal á Julian de Alderete.

—No os burleis de la desgracia, dijo Aguilar que tenia buenos sentimientos; Julian de Alderete marchó para Veracruz y tal vez no volverá.

—No volverá, dijo Cortés con voz firme.

—¡Ah! pues entónces vendrá de bufon el capitan Baldenebros.

—Ya no es capitan desde que anduvo metido en la conspiracion, dijo Rodrigo de Paz.

—Tanto mejor; quiere eso decir que necesita oficio.

Todos se rieron de esas y otras gracias que estuvo diciendo el simpre festejoso bachiller Diego de Salamanca, siguiendo en la faena de adornarse de la manera más vistosa posible para comparecer en el torneo.

Las damas, por su parte, estaban adornándose con la misma actividad, y lo mismo los oficiales de ménos categoría, procuraban presentarse limpios, cuando no vistosos ni elegantes.

Pedro Gallego y Juan de Jaramillo, fueron de los primeros en presentarse al torneo; ambos llevaban cas-- con hermosos plumages, sus rodelas muy limpias, s espuelas muy bien calzadas, y sus armas brillando mo antorchas á fuerza de haber sido pavonadas con

esmero. Sus corceles estaban regularmente enjaezados, conociéndose en todo que si les faltaba el lujo que proporciona la riqueza, tenian en cambio el aseo y los cuidados que suplen muchas veces á aquel con ventaja.

Los jueces eran cinco y se presentaron vestidos de negro á ocupar su tribuna debajo del palco de las reinas; entre los jueces se encontraban Rodrigo de Paz, Francisco de las Casas y Diego de Ocampo, parientes del conquistador. Se presentaron tambien los sostenedores del torneo, que eran como los más hábiles, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Quiñones, Pedro Ruiz de Requena y Juan Rodriguez de Villafuerte. Estos, con sus trajes nuevos, sus armas relucientes y sus caballos ricamente enjaezados, tenian todo el aire de príncipes de la más añeja monarquía.

Marina y las dos reinas habian tardado lo mismo que Hernan Cortés en presentarse, y toda la gente reunida en la plaza esperaba con impaciencia. Hé aquí explicado el motivo de la tardanza.

Cortés se habia presentado armado de punta en blanco en el cuarto de Marina; ésta sorprendida exclamó;

—¡Cómo! ¿vas tú tambien D. Hernando á entrar en la liza?

—¡Oh, sí! es mi elemento.

Entónces Marina trabajó en disuadirle de semejante empeño, haciéndole ver que no estaba bien en un hombre que tenia el gobierno de aquella tierra como él, con tantas otras responsabilidades, expusiera su vida en aquellos juegos, que ni traian provecho espe-

cial ni utilidad alguna para el gobierno; que por otra parte, le habia de ser doloroso que siendo el amo de todos fuera á recibir una herida ó un golpe, ó simplemente á ser derribado de su corcel por uno de sus inferiores. Que el ponerse á luchar así con aquellos oficiales que nada tenian que perder, era rebajarse de su autoridad, deprimir su gloria, y por último, igualarse á los que estaban muy abajo.

Se hizo necesario que estas razones fueran reforzadas con otras y con algunas lágrimas, para que Don Hernando desistiera de su empresa, pues que de tiempo atrás venia preparándola con el ánimo de hacerles ver á todos en campo abierto las dotes de superioridad que tenia como guerrero ágil é invencible.

Dejó por fin su armadura y se vistió en cambio un espléndido traje de corte, y fué á hacer compañía á las reinas en su palco. Cuando éstas aparecieron allí resonaron aplausos en toda la plaza. Ocupó el centro la española Violante del Pilar Rodriguez, hija de uno de los oficiales reales, que además de ser muy hermosa ocupaba un buen lugar en las simpatías de la corte. A su derecha se sentó la princesa Isabel y á su izquierda la ilustre secretaria y consejera de Hernan Cortés. Preciso es confesar que á pesar de las formas juveniles de doña Violante y de su color blanco, cuyo rostro parecia matizado de rosas, que á pesar tambien del tipo interesantísimo de Isabel, pareciendo un busto de cera sobre una flexible aya, Marina, con sus ojos despidiendo centellas, con su frente ancha respirando inteligencia, con su pelo negro como el azabache esparcido por su apiñonado cuello, con su boca que al sonreir sem-

braba encantos y con el conjunto, en fin, que era el de una arrogante y hermosa mujer, Marina, decimos, llevaba siempre á sus compañeras una inmensa superioridad, la cual era realzada con la modestia de sus maneras y de los colores de su traje, pues á las primeras sabia imprimir timidez encantadora, y el segundo, á pesar de ser sencillo, como á la vez era severo, le marcaba un sello indisputable de verdadera magestad. Entre las tres, la que parecia más reina á pesar de su humilde linaje era la hermosa Marina.

Como hemos dicho, las reinas fueron muy aplaudidas. Hernan Cortés, que se habia sentado á su lado, saludó como si hubiera sido para él el aplauso popular y en seguida dió órden á los jueces para que á su vez hicieran la señal de que diera principio el combate.

Isabel recorrió con la vista á los caballeros que se encontraban en el redondel, y no tardó en encontrarse con los ardorosos ojos de Pedro Gallego, que la estaban devorando; le saludó ella y él se llevó la mano al corazon, como queriendo impedir que le abriera el pecho, y luego la armadura con sus latidos. Desde aquel momento ni Isabel volvió á ver á otra cosa que á Gallego, ni Gallego llegó á quitar los ojos de la princesa.

Marina habia observado tambien que al lado de Gallego estaba Jaramillo y que éste hacia esfuerzos para que la india le dirigiera una mirada; pero ella supo manejarse de manera que sin llegar á perderlo de vista, nadie pudiera observar el interés que aquel jóven la inspiraba. Ni aun el mismo Jaramillo llegó á sentir el rayo directo de las miradas de Marina, si no era

cuando ella queria que algo percibiera él en algunas volteadas rápidas, de esas que las mujeres saben hacer con tanta gracia como habilidad.

Inmediatamente se verificaron las ceremonias que habian de preceder de la lucha: como los frailes tenian que meterse en todo, importárales ó no les importara, lo primero que se hizo fué darles entrada al redondel para que lo rociaran de agua bendita y dijeran algunos disparates en latin: cubierto este requisito; ya podian los caballeros arremeterse con toda franqueza y echarse fuera hasta los hígados, pues en caso de morir, como el juego bárbaro aquél estaba bendecido por la iglesia, tendrian que irse, si morian, á la gloria eterna.

Despues de la bendicion de la plaza, un pregonero leyó en voz alta el programa y los nombres de los caballeros á quienes la suerte habia designado para colocarse frente á frente. Primero tendrian lugar cinco encuentros singulares, esto es, de una sola persona por cada lado y concluiria el torneo con un combate general en que se colocaria igual número de caballeros por cada lado, designando la suerte á los que debian formar al lado del capitan de cada bando.

El primer encuentro tuvo lugar entre Juan Rodriguez de Villafuerte y Rodrigo Rangel: éstos eran diestros en el manejo de las armas, pero más diestros todavia en esquivar los golpes y estuvieron arremetiéndose largo rato, logrando siempre desviar la puja con el escudo, hasta que Juan Rodriguez de Villafuerte quedó vencedor.

Siguieron entrando á la liza otros caballeros y llegó su turno á José de Jaramillo: alzó la vista á ver á Ma-

rina, suspiró, y encomendándose á Dios y á su dama, puso al galope su corcel, y dió un golpe tan justo en el estómago á Pedro Ruiz de Reguera, que lo hizo levantar en alto las piernas, soltar la lanza y caer á tres ó cuatro varas, privado de sentido.

Jaramillo fué festejado y llamado al palco de las reinas para recibir las felicitaciones de Hernan Cortés. Entónces se levantó Marina y puso en el cuello del jóven un collar de cintas de terciopelo bordadas en ellas, con hilo de oro, las armas de Castilla.

Poco faltó á Jaramillo para que se quedara allí desmayado al experimentar tantas emociones seguidas; pero pudo más su fuerza de voluntad y salió de allí dejando complacidas á las reinas lo mismo que al conquistador, pues habia sabido conservarse en medio de su triunfo modesto y delicado.

Envidioso estaba Pedro Gallego de la dicha de Jaramillo y ansioso porque le llegara su turno, le llegó, en efecto, y la suerte ensañándose duramente con él, designó por su contrario al más hábil y más valiente de todos los capitanes de Cortés, al invencible Pedro de Alvarado.

El mismo Hernan Cortés, exclamó, riéndose, en el palco de las reinas, cuando vió á Gallego que con aire arrogante fué á ocupar su puesto enfrente de Alvarado: —¡Pobre muchacho! va á ser hecho trizas por Tonathiu. Yo en lugar de Gallego pedia la venia para separarme de un combate tan desigual. ¿Qué dirán los jueces?

Los jueces, en efecto, estaban deliberando: tan desigual veian aquella lucha de Alvarado y Gallego, que

no habia quien no tuviera compasion por el pobre muchacho que de seguro á la primera embestida iba á ser pulverizado por su contendiente.

Alvarado tenia uno de los más grandes, más hermosos y más fuertes caballos; las fuerzas de su brazo eran hercúleas y por lo mismo sus armas eran más pesadas y más largas que las de los otros: como ballestero nunca dejaba de acertar el tiro de ballesta, como lancero siempre ensartaba el circulito de hierro en el juego de la lanza, como mandoblista no habia otro que como él rompiera á un hombre ó á un camello de una cuhillada. Las reses que estaban consumiéndose en el mercado, ordinariamente eran muertas á puñetazos por Pedro de Alvarado, que se entretenia en estos ejercicios. En suma, era una parodia del combate de David con el gigante Goliat, y los jueces suplicaron á Gallego que escogiera otro competidor, haciéndose en su obsequio un quebrantamiento en las reglas establecidas para aquella justa.

Gallego contestó que ya sabia que iba á combatir con el campeon más terrible de aquella cristiandad y que bien sabia que tenia caballos y armas superiores, siendo más diestro en los ejercicios de ambas cosas por haberlas más practicado; pero que cualquiera que fuera su suerte mantenia el campo porque así se lo mandaba el honor: si vencia, tendria la gloria de haber luchado con el más fuerte de los justadores; si era ᵉncido, como indudablemente lo seria, nada podia nsiderarse más glorioso que haber sucumbido á los ılpes de aquel titan. Gallego, en fin, no abandona- ı jamás su puesto de propia voluntad.

Aplaudiose con júbilo la temeridad del jóven, pues que las acciones que más se acercaban á lo sobrenatural, eran entónces, como en todas épocas, las más admiradas, y los jueces dieron la señal de que comenzara el combate.

Las personas que se encontraban en el palco de las reinas, oian distintamente los latidos del corazon de la princesa Isabel, que estaba en aquellos momentos sufriendo la más viva ansiedad, y que sin parpadear siquiera, seguia atentamente todas las peripecias de aquel desigual combate.

Pedro de Alvarado, al oir la señal de los jueces, se caló la visera, arrogantemente, se afirmó en los estribos, empuñó su lanza, levantó la mano izquierda y puso á medio galope su brioso corcel.

Pedro Gallego, con ademan humilde, dirigió un saludo al palco de las reinas, y en seguida se caló la visera, levantó en alto su lanza, volvió á saludar y partió al galope....

Al dirigir su mirada Gallego, á las reinas, se habia encontrado allí con otra mirada ardiente que le habia alentado, que le habia centuplicado el valor, que le habia dicho claramente: —Animo, Gallego, vence á tu competidor y te espera, despues, el premio del combate y los brazos de tu amada.

El encuentro no produjo grandes resultados: Alvarado, desdeñoso, no tiró golpe alguno, contentándose con parar en su rodela el furibundo que le tiró su contrario: tan de lleno pegó la lanza en el escudo, que éste se rompió, y el terrible Alvarado se vió precisado á soltar por un momento los estribos. Se repuso inmediatamente

y requirió de nuevo su lanza, viniendo con más ímpetu al encuentro de su contrario y resuelto, en esta vez, á poner término á la refriega, sacando de la silla á Gallego, por medio de un golpe maestro que él solo conocia.

Gallego, por su parte, á quien la juventud hacia más ágil, y el amor daba alientos de gigante, notó el corage en que ardia su adversario, y se propuso enardecerle más, para que ya ciego, no supiera por dónde atacaba ni por dónde se defendia: ya que no con la fuerza, era preciso vencerlo con la astucia. Gallego puso de perfil su escudo, la lanza de Alvarado se deslizó, y como el golpe iba encaminado con tanta fuerza, Alvarado soltó otra vez los estribos y estuvo próximo á salirse por las orejas del caballo, si no fuera porque con un movimiento rápido se cojió de las crines, soltando, sin embargo, la lanza, que fué á reunirse con su casco, que tambien fué volando á diez varas. Alvarado, en esta vez, se puso más rabioso: el semblante se le ennegreció, y ya ciego, como Gallego queria, echando espumarajos por la boca, cojió de nuevo sus armas, introdujo el acicate en los hijares del caballo y se lanzó sobre su enemigo, con tal ímpetu, que apénas dió tiempo á Gallego de esperarlo con su lanza, á la cual vino á clavarse Alvarado, de la manera más torpe.

No hubo remedio, el gigante cayó del caballo, rolando por la tierra sin sentido, y Gallego, alzándose la visera, se volvió á saludar al palco de las reinas, con un aire lleno de modestia y como confundido de la hazaña inesperada que acababa de depararle su fortuna,

Una tempestad de aplausos respondió al éxito que habia obtenido Gallego, y en tanto que él en el redondel era felicitado, por sus amigos, los de Alvarado se habian apresurado á sacar á éste de allí, desembarazándole de sus pesadas zarandajas para untarle en seguida por todo el cuerpo los bálsamos maravillosos que usaban entónces los caballeros y con los cuales soldaban perfectamente las cabezas caidas, dándose el caso, segun decian los libros, de que alguno de ellos, al verse sin cabeza, la levantara del suelo, se la pusiera sobre los hombros, la rodeara de bálsamo y siguiera peleando, como si nada le hubiera sucedido.

Gallego fué llamado al dosel de las reinas y la misma Isabel le rodeó el cuerpo con una banda de seda que tenia los colores de Castilla y la inscripcion siguiente: "Premio á la destreza y al valor."

Gallego besó las manos que lo hacian tan feliz y bajó de allí tambaleando, ébrio con la dicha que le proporcionaban su triunfo y su amor.

Concluyó el torneo con un combate general en que volvieron á distinguirse Gallego y Jaramillo, que en realidad vinieron á ser los héroes de aquella fiesta! Hernan Cortés casi los envidiaba, al verlos tan cubiertos de laureles, de premios, de aplausos, de felicitaciones y de miradas amorosas. Acercándose á ellos en la plaza, á la cual habia descendido, los abrazó y les dijo cariñosamente:

—Vosotros tambien vais á ser en esta tarde de los escogidos, pues estoy seguro que os distinguireis en fidelidad tanto como os habeis distinguido en la justa.

Ambos jóvenes se turbaron y solo murmuraron algunas palabras inteligibles.

Cortés continuó, diciendo:

—Preparaos á ser armados caballeros, y á jurarme pleito homenaje y eterna fidelidad.

—Sí, sí, contestó Gallego, que estaba ménos turbado que Jaramilio, os debemos tanto, que nuestra sangre toda os pertenece, como á nuestro jefe y señor.

—Y no juraremos en vano, agregó Jaramillo.

Cortés siguió adelante y dió sus órdenes para que continuara la ceremonia principal, que era la de armar caballeros á todos sus amigos.

El lector sabe muy bien, que tanto Hernan Cortés, como todos sus oficiales y soldados, eran de nacimiento humilde y que juntos habian formado una legion de aventureros, que habian venido á buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Al principio, no tenian más afan que enriquecerse: para ellos no habia nada mejor que el oro, con objeto de que una vez que entrara en sus bolsillos irlo á gastar á sus lugares, teniendo ya entónces la manera de pasar una vida desahogada. Se podia decir, sin temor de engañarse, que las aspiraciones de Cortés y de todos los suyos, se reducian, cuando emprendieron la conquista, á encontrarse con algun tesoro, como el que suponian que tenia Moctezuma, el cual seria repartido, yéndose en seguida á disfrutarlo en el seno de sus familias.

Pero desde que vieron que con facilidad se habian hecho dueños de un país inmenso, poblado y lleno de riquezas, desde que vieron que tenian muchos envidiosos de su buena suerte, desde que supieron que sus

proesas habian llamado la atencion de toda la Europa, ya no se contentaron solo con el botin, sino que pensaron en engrandecerse, ya adquiriendo poder, ya conquistando títulos y honores, que solo á los grandes y bien nacidos les estaban destinados.

Por eso fué que Cortés empezó por armar caballeros á los suyos, como un principio de córte y de nobleza, y que ellos no se disgustaran de verse sacados de la humilde esfera á que pertenecian.

En el sitio en que habia tenido lugar el torneo, se levantó una especie de altar en que habia un Cristo y un libro con los evangelios, al pié un cojin de terciopelo, y cerca, sobre una mesa con tapete de seda, varias armas, cascos y otros objetos de guerra.

Por más que Hernan Cortés hubiera encargado libros para aprender en ellos las liturgias de los caballeros y las ceremonias que se acostumbraban para armarlos, lo mismo que el ceremonial en los diversos actos de la córte, su natural ignorancia, le hizo valerse del Lic. Zuazo y del fraile Melgarejo, para que ellos, segun lo que sabian ó hubieran visto, arreglaran como mejor les pareciera aquella imponente ceremonia.

Hé aquí cómo la refiere Alonso de Villanueva, testigo presencial, en la residencia tomada á Cortés:

"E despues de esto fizo parescer ante sy á Alonso de Villanueva vecino desta dicha cibdad para averiguascion del dicho de Gonzalo Mexia en la terzera pregunta de su dicho en cuanto á lo que dice quel cho D. Fernando Cortés armó caballeros, del qual mó y recibió juramento en forma de derecho e le p

guntó ques lo que sabe en razon de lo sucedido, al qual dixo: que lo que deste caso sabe es questando el dicho D. Fernando Cortés en Coyoacan, despues de ser ganada esta dicha cibdad, con toda la gente que tenia en su compañía, un dia que salió este testigo de su posada cavalgando, llegando á la plaza del dicho Coyoacan vido en la dicha plaza á las espaldas de unos cues, questaba junta cierta copia de gente e con ella el dicho D. Fernando Cortés, e fué e con él Gonzalo de Sandoval e Xpoval Corral e otros asy mesmo á pié, e que los suso dichos se hincaron de rodillas delante del dicho D. Fernando Cortés, el cual tenia en la mano una espada syn vayna, é que con ella les dió ciertos golpes de lleno en la cabeza ó en los hombros, e que asy mesmo vido que le fizieron cierto juramento e prometimiento en un libro de la iglesia que tambien vido e que no sabe lo que juraron ni que hera aquel apto mas de cuanto le vido encima de su cavallo por encima de la gente....

El testigo Gonzalo de Mexia dice:

"....Que con una capa e con una espada defenderia la tierra al rey de quie le quisiera quitar, e para este efeto desta junta e confederacion dizen quel dicho Fernando Cortés armó ciertos caballeros estando en Coyoacan pública suerte diziéndoles: "Dios os faga buen caballero e el apostol Santiago." estando hincados de rodillas antel ciñéndoles la espada, e al que asy fazia cavallero dizque le fazia leer los evangelios ...ndole cierto juramento...."

... juramento que les tomaba era éste, ni más ni ...

—¿Jurais por Dios Jesucristo Nuestro Señor y sus santos Evangelios, defender siempre esta tierra y á su capitan, siendo leales defensores de su gobierno, siempre y en todo caso, y aun contra la voluntad del rey, siedo, primero que todo, vuestro actual señor?

Una vez que decian que sí, y sobre ésto no tenian otro remedio, aunque les repugnara, les daba dos espaldarazos, les colgaba un cordon al cuello con una cruz y en seguida les abrazaba, diciéndoles, que ya eran tan caballeros como el emperador mismo, pues que para completar estas ceremonias, el hermano Melgarejo les echaba algunas rociadas de agua bendita y les dirigia algunas palabras en latin.

Sesenta fueron las personas armadas de aquella suerte, comenzando así á formarse el núcleo del futuro imperio de Cortés, esto es, del que él se imaginaba.

Concluyó la ceremonia al oscurecer, y en seguida se cenó opíparamente.

Aquella fiesta hizo época en el gobierno de Hernan Cortés, principalmente para Gallego y Jaramillo, lo mismo que para la princesa Isabel, que no cabian en sí del gozo que les habia proporcionado tarde tan venturosa.

APITULO XXXII.

En los jardines.

:io de Cortés, como hemos dicho ántes, per-
eriormente al cacique de Coyoacan, y solo
io hacerle pequeñas modificaciones interior
ıente para que quedara convertido en una
pléndida. En el centro de los diversos com-
ıs habia un parque formado de copudos ár-
ustos que despedian fragancias esquisitas
de las habitaciones una extensísima huerta
amente de espinos, en la cual habia diver-
boles frutales, rosas, enredaderas y cuanto
ı aquella época la rica Flora del Anáhuac.
en trecho se veian grutas, cascadas, estan-
tes y asientos rústicos, que daban á aquel
specto encantador.

En la noche en que habia tenido lugar la fiesta que hemos descrito anteriormente, brillaba la luna con todo su esplendor, en medio de un cielo sereno y trasparente.

Despues de concluida la cena, Cortés se retiró con sus amigos hácia su aposento, y las damas y los caballeros tomaron la direccion que les pareció más conveniente. Los aficionados á las cartas pidieron el tapete verde, y allí mismo se pusieron á jugar, otros se dispersaron en grupos para conversar tranquilamente fumando un tabaco, y las damas y otros de los caballeros, salieron á dar un paseo por el parque.

Isabel y Marina, muy embebidas en su conversacion fueron más léjos, pues despues de atravesar el parque, siguieron adelante en su paseo, penetrando en los jardines. Gallego y Jaramillo, que iban enlazados los brazos y que las habian observado, se fueron tambien detras de ellas.

Aunque la luna despedia una claridad vivísima, la oscuridad era densa debajo de los árboles, y solo de trecho en trecho dejaban éstos entrar por los claros los tibios rayos del astro de la noche. Con facilidad, pues, nuestros caballeros perdieron allí de vista á las damas que iban persiguiendo.

—¿Por dónde se han ido? preguntó Gallego.

—Por la derecha, contestó Jaramiilo.

—No, sino por la izquierda, repuso aquel; hácia este lado se percibe el rumor de sus voces.

—Pues id por ese lado y yo por este otro, y el primero que las encuentre hace una señal con un sil[illegible]

—Corriente.

Y ambos galanes se separaron, echándose á buscar con frenesí por entre los matorrales y bosquecillos de rosas á las damas que se les habian eclipsado.

Tal vez seria maliciosamente ó por grande inocencia de ellas; pero vean nuestros lectores lo que habia pasado.

—Vienen detras de nosotras Gallego y Jaramillo, observó Isabel.

—Ya los ví, contestó Marina, y es necesario darles una leccion para que cesen de perseguirnos.

—¿Cómo?

—Al entrar á la gran huerta tú te vas por la derecha y yo por la izquierda, para reunirnos en seguida en la gruta que está en el fondo.

—Me dará miedo entrar á la gruta.

—Pues entónces en el tanque grande que está al otro lado de la gruta; ¡pronto!

Y como acababan de entrar á los jardines, Marina empujó á Isabel por la derecha y ella tomó la izquierda. En esto consistió que los dos caballeros sostuvieran que las damas iban por uno y otro lado; pues por los dos habian percibido rumor de faldas y de voces.

Como Marina conocia perfectamente cada arbolillo, cada grupo de rosas, cada montesillo artificial y cada fuente, pronto hizo perder la pista á su perseguidor, burlándolo completamente. No pasó lo mismo con Isabel, que poco conocedora del terreno ó deseando --- sorprendida, se dejó atrapar de Pedro Gallego, ...a alcanzó de allí á pocos pasos.

...Sois vos, princesa? la dijo con dulce voz, luego

delicias; cuando pasaron los primeros trasportes, ella dijo:

—Sí, os amo, porque sois leal, porque sois generoso, porque sois noble, porque sois valiente. Si no os hubiera amado ántes de esta tarde, solo con vuestras galantes acciones me hubiérais enamorado.

—Vos me habeis dado ánimo para sostener un desigual combate. Si no hubiérais estado allí, yo nunca habria podido vencer á un guerrero que tenia sobre mí todas las ventajas. El amor me hizo invencible dándome fuerzas de gigante.

—Por eso habeis interesado tanto mi corazon. Yo me decia: por mí sola va á exponer su vida, por mí sola se defenderá como un tigre ántes de ceder un palmo de terreno á su adversario: por mí sola se convierte de hombre en un semidios.

—¡Pero qué inmenso fué para mí el galardon! Las bandas, las cintas, las flores que me habeis prendido en el joyel del sombrero con vuestras propias manos, son de más precio para mí que si hubiera conquistado el mundo.

—Si yo pudiera amaros más, Gallego, más os amaria.

—¡Ah! ¿entónces no me amáis todo lo que deberíais amarme?

—No digo eso: digo, que no os amo más, porque no puede haber más amor.

—¡Oh Dios! exclamó el jóven, trasportado, al oir tales palabras y oprimiendo con efusion las manos de la princesa, ¡cuán dichoso me haceis!

—Desde que me hablásteis por primera vez, sentí palpitar mi seno de vírgen y me embriagaron emocio

nes desconocidas; entónces dije, hablando conmigo misma: ¡este debe ser el amor!

—Y despues....

—Despues que me seguísteis diciendo que me amabais, despues que os lancé á las empresas de ambicion en que no pensabais y que arrostrasteis por mí los mayores peligros, despues que os ví tan obediente como arrojado y discreto, despues que os ví en la prision y á punto de sufrir por mí una mutilacion en vuestros miembros.... cuando sentí por vos tantas zozobras, tantos pesares, tantas angustias, volví á decir conmigo misma: sí, le amo, debo amarle con todo mi corazon.

—¿Y ahora?....

—Ahora, que sois á mis ojos el más arrogante de los jóvenes, ahora, que sois un héroe más grande que todos los héroes, ahora me he estado diciendo á mí misma desde por la tarde: si yo no amara á Gallego, moriria.

—Y me amais ya....

—Como una loca.... sí, te amo, dulce bien mio como ninguna mujer podria amarte, como aman solo los de mi raza. Ahora ya no puede haber entre los dos sino amor ó muerte. Amor, si nos comprendemos, si no nos separamos más, si somos la vida el uno para el otro, si fundimos nuestra existencia en una existencia. La muerte, si llegamos á faltar alguna vez á nuestros juramentos, la muerte si llegas á dearme, si llego á perderte algun dia.... la muerte si y nubes siquiera que empañen nuestra dicha.

Pedro Gallego abstraido como estaba en sus senti-

mientos, ciego por el inmenso amor que sentia, ni siquiera pensó en toda la fuerza que tenian esas palabras, ni hasta dónde iba al aceptar en aquella forma el amor de la jóven. Solo pudo responder con acento el más apasionado.

—Yo quiero vivir y quiero vivir siempre amándote.

—Está bien, dijo la jóven, ahora no te pongo ya reparo alguno desde que te he jurado mi amor. No quiero ni que tengas alta posicion, ni que tengas nada: te amo porque eres tú á quien mi corazon se entrega ciegamente. Si quieres desposarte conmigo, mañana mismo, sea, Gallego; pero si quieres que te ame sin eso, yo de todas maneras soy tuya, solo tuya delante de Dios, como lo juro en este momento. Las cenizas de mis padres sean testigos de este juramento. Desde hoy soy ya tu esposa: desde hoy tu eres el que me mandas como mi señor y yo la que te obedeceré como tu esclava......¿qué más quieres?

—No quiero nada mas para morir aquí mismo de felicidad.

Despues de estas expansiones, fácil es considerar hasta qué punto llegarian en aquella noche perfumada é incitante, los deliquios de aquel amor ahogado con una atmósfera tibia y llena de ecencias embriagantes.

Ambos jóvenes se olvidaban no solamente de Marina y Jaramillo, sino del mundo entero, para entregarse á los goces sin fin de un amor casto en el fondo pero rodeado de una naturaleza voluptuosa y salvaje que los asimilaba, que los fundia por decirlo así, con el fuego candente de su tropical exhuberancia. La temperatura de Coyoacan abrigada por bosques de eleva-

dos árboles, era en la primavera tan tibia casi como la de los trópicos y por las noches la brisa era perfumada y candente. Si no levantaba vapores semejantes al aire de las costas que cae en la cara como rescoldo, sí hacia hervir la sangre, produciendo una inflamacion calórica interiormente. Así como el agua uniéndose al calor de la tierra producia árboles, flores y perfumes, así el ambiente saturado de aromas y llevando en sus alas algun resto de los rayos del sol, se mezclaba en los senos y producia el bienestar y la pasion. Bajo esa doble influencia de la naturaleza, y de la situacion, los dos jóvenes se entregaron sin reserva á cuantas delicias encierra el amor, en una brevísima hora que habian tenido á su disposicion, pues cuando más olvidados estaban del mundo se presentó delante de ellos Juan de Jaramillo lanzando terribles maldiciones.

—¡Pesia á tal! exclamaba cansado y jadeante, Marina se ha burlado de mí hasta que ha querido .... dos veces he estado próximo á estrecharla en mis brazos, cuando veloz como el viento, ha echado á correr, desapareciendo entre los árboles. Perdonad que os interrumpa, pero yo no puedo más, he oido rumor de voces y me he llegado á vosotros para que me deis consuelo.

Los dos jóvenes amantes consolaron á Jaramillo como pudieron, haciéndole entender que Marina no era libre, que no podria sino esponer su vida y la del nismo Jaramillo cometiéndole una falta á Cortés que ste castigaria terriblemente.

Jaramillo se desquitó sentándose y poniéndose á

referírles todas sus aventuras de aquella noche en medio de juramentos y maldiciones.

Sigamos entre tanto á Marina y veamos que ella no estaba ménos apurada que Jaramillo con la inesperada aventura que le vino á las manos.

Despues de haber burlado la persecucion de Jaramillo, desviándole cuanto más pudo del lugar de la cita que tenia con Isabel en la gruta mayor, se dirigió Marina hacia aquel sitio y despues de cerciorarse que su perseguidor le habia perdido la pista enteramente, entró allí con resolucion, diciendo en voz muy queda:

—Isabel.

Viendo que no le contestaban dijo levantando mas la voz:

—¿Nó estás aquí, Tecuichpotzin?

No acababa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió asida por las manos de un hombre y oyó una voz que al pronto no pudo conocer.

—He adivinado yo quien eres, he visto dibujarse tu talle en esa puerta, he oido el timbre armonioso de tu voz, he respirado tu aliento....¡Malintzin! ¡Malintzin!

Marina quiso gritar, y aun ahogó el impulso que se le escapó para hacerlo, pero echando mano á su puñal y revistiéndose de entereza, dijo:

—¿Quién eres?

El hombre que le habia asido, que no empleaba su fuerza para detenerla y al abandonar una de sus manos notó en la osuridad el movimiento que hizo para armarse, en vez de contestar, dijo:

—¡Oh! ¡que dulce seria la muerte para mí si tu me

mataras! Malintzin hiere, aquí está mi pecho....hiere al más infeliz de los mortales.

Entónces fué cuando ella le reconoció y no pudo articular más que esta palabra:

—¡Cuauhtlizin!

—Sí, yo soy, que vine á buscarte para decirte adios ántes de retirarme á las montañas, si es que debo vivir, pues esta noche me das tu amor ó muero....

—Príncipe, ¿que es lo qne haces? exclamó Marina comenzando á comprender la terrible situacion en que se encontraha.

—¿Qué hago? ¿Pues qué cosa puede hacer un hombre que no tiene familia, que no tiene patria, que no tiene en su alma mas que un inmenso amor consagrado á una mujer que no le pertenece?....¿Qué otra cosa puede hacer sino venir á presentarse entre sus enemigos buscando la muerte?

—Por todos tus dioses Cuauhtlizin, te ruego que reflexiones y que huyas.

—¡Ah! tampoco tengo dioses; Marina, tiempo ha que me abandonaron. Hoy solo Miquiztli (1) se regocija con mis sufrimientos y Mocuilxochiquetzalli (2) me compadece, pero tambien me abandona.

—Clama al Dios de los cristianos y el Dios de los cristianos te oirá.

—Amame tú, Malintzin, y yo haré todo lo que tu me mandes....adoraré, si me enseñas, al Dios de los cristianos.

---

(1) Diosa de la muerte.
(2) Diosa de los amores honestos.

—Príncipe, ¿cuántas veces he de decirte que pertenezco á otro?

—Huye conmigo....

—No.

—Pues al ménos dime que me amas, dime que me amarás algun dia.

—Bien sabes, príncipe, que te tengo grande estimacion, cuando siempre me presto é escuharte y cuando en este momento con todo y que peligra mi vida, mi honra y lo que más estimo, mi felicidad, no doy voces; sino que quiero obligarte á que te alejes solo por el medio de la persuacion.

Como en la gruta parecian asfixiarse y como Marina iba reculando hácia la puerta, en este momento la habia traspuesto y un rayo de luz vino á iluminar el hechicero rostro de Marina. Entonces, el hijo de Moctezuma, esclamó arrebatado por la furia:

—Pero si te amo de tal modo, Malintzin que sin tí no considero que la vida es vivir.... ¿qué voy á hacer en el seno de los bosques no llevándote á tí por compañera?

—Busca y encontrarás quien pueda amarte, Cuauhtlizin.

—Mi corazon no tiene espacio para darle cabida á otro amor....no.....no....¡qué profanacion seria esa! Amarte á tí, Malintzin, es mi destino....pero si tu no me amas, mi destino es morir.

—Mira, príncipe, vuelve al palacio de tu hermana, del cual no debias haber salido....

—Mi hermana me abandonó y por eso dejé la prision aprovechando su ausencia.

—Hiciste mal, hijo mio, hiciste mal. Vuelve allí luego, yo hablaré con el Malinche, él te dará riquezas y honores porque así le conviene y despues....

—Despues me amarás?

—¡Ah! Cuauhtlizin no me obligues á decir una blasfemia ó una mentira....No me estreches á ser desleal ó inhumana. Márchate.

—Pero te has de venir conmigo?

—Insensato! ¡mil veces insensato!......

—Necesito tu amor, Malitnzin, para recobrar e aliento y la esperanza.....Necesito siquiera una promesa tuya para calmar mis ansias....Estoy resuelto á no salir de aquí sino con la dicha brillando en el semblante ó con la muerte esparcida en mi corazon.

—Bien sabes que pertenezco á otro hombre.....

Cuauhtlizin puso una de sus manos en la boca de Marina para atajar las palabras y murmuró lleno de rabia:

—Le mataria si tú me lo ordenases.

A su vez Marina como una leona herida se desprendió con un movimiento brusco de los brazos del príncipe azteca y le dijo, con los ojos encendidos de cólera, clavándole una feroz mirada:

—Pasarás por sobre mi cadáver para tocar á ese hombre....

Repentinamente aparecieron varias gentes con hachas encendidas haciendo ruido de armas y de voces.

Marina que comprendió en un instante todo el peligro que la rodeaba, echó á correr por el lado contrario deslizándose por entre los árboles y los arbustos como una sombra.

Cuauhtlizin, para quien era indiferente cuanto hubiera en el mundo que no tuviera relacion con su amor, se quedó como clavado en el mismo sitio sin fijarse en los hombres que se aproximaban. Le parecia que se encontraba sumergido en un sueño y si veia algo era la imágen de su amada, allí mismo, en el punto que acababa de abandonar y no tenia conciencia más que de que allí mismo habia oido la voz de Marina y allí mismo, acaso con más discrecion y más prudencia, habia estado á punto de apurar la copa de la felicidad.

Sin embargo, Marina habia desaparecido indignada porque de los lábios de aquel, que más debia respetar sus sentimientos, habia escuchado palabras de amenaza y de muerte....¡Oh! bien merecia el más crudo castigo solo por haber disgustado en lo más mínimo á aquella mujer que era su culto, que era su esperanza, que era su ensueño....Sí, bien merecia ser castigado por los dioses haciendo aparecer en lugar de la belleza que adoraba aquellos fantasmas que comenzaban á presentársele delante de los ojos; todavia era presa de una estraña alucinacion el príncipe, cuando se vió cogido por dos hombres que le despojaron de las armas que llevaba sin que opusiera la menor resistencia.

Los que lo aprehendian eran dos soldados de Cortés mandados por un sargento de sus guardias. Este le dirigió varias preguntas como estas:

—¿Quién eres? ¿qué haces aquí? ¿por dónde has entrado? ¿con quién estabas? ¿dónde está la mujer que hablaba contigo? ¿cómo te llamas? ¿qué quieres aquí?

Cuauhtlizin permaneció enteramente mudo. Por

una parte se encontraba abstraido en las emociones que le inspiraba su amor y por la otra no entendia sino una que otra palabra del indioma castellano.

El sargento se puso furioso por queno lograba obtener por contestacion ni siquiera un gruñido, y refunfuñando y diciendo blasfemias dió en empujar al preso é hizo que en seguida lo llevaran los soldados con los mismos miramientos, es decir á empujones.

Marina habia corrido á echarse á los piés de Hernan Cortés y le habia dicho:

—Cualquiera cosa que vengan á referirte de mi, no a creas, y ántes te ruego que me escuches.... Yo te amo á tí solo en el mundo.... tu eres mi Señor y yo soy tu esclava.... Yo no te podria ofender ni con el pensamiento. Yo te lo juro por el Dios que me has enseñado á amar: solo á tí te amo.... solo para tí quiero alentar mi vida.... solo para tí pienso, por tí soy feliz y por tí vivo.

Cortés que se encontraba metido ya en su lecho, miró á Doña Marina con estrañeza y volviéndose del lado de la pared, le dijo en medio de un bostezo:

—Déjame dormir.

CAPITULO XXXIII.

El último Moctezuma.

A la mañana siguiente, se habian mandado quitar las graderías lo mismo que todos los demás objetos que obstruian la plaza y que habian servido para el torneo, y una faena de doscientos indios fué empleada además en ir barriendo con cuidado todos los sitios que iban siendo despejados.

Despues de que estuvo bien barrida y regada la plaza, se empezó á levantar en el centro de ella una horca: ahora se iba á representar un espectáculo de distinta clase del que habia tenido lugar la víspera.

Lo que nadie sabia, era para quién se preparaba el terrible instrumento del suplicio.

La horca consistia en cuatro piés derechos cruzados de vigas por arriba, y en la del centro se ponia

una especie de carrucha por donde corria la cuerda que elevaba hasta muy alto al pobre condenado, haciéndole dar con la nuca en las vigas, y produciéndole así dos muertes al mismo tiempo.

Otras veces, cuando el ahorcado era de poca categoría, bastaba un pié derecho con un trozo de madera pegado á la punta que servia para suspender al condenado: entónces, el palo atravesado, para que tuviera mayor resistencia, se sujetaba con una cuerda á la punta que salia más arriba del pié derecho.

En esta vez, seguramente se trataba de ahorcar á alguna persona de cierta categoría, pues que se estaba poniendo en la plaza y frente al palacio de Cortés la horca de lujo.

Además de las muchas vigas que formaban el armazon, tenía abajo una tarima ó plataforma que ocupaban el confesor, cuando lo habia, y los ejecutores de la disposicion de la justicia que se ejercia sin muchos preámbulos en nombre del monarca, que era quien más ageno estaba de todas aquellas cosas.

¡Dichosos tiempos aquellos de inocencia, en que los hombres, más que si fueran bueyes ó borregos, se dejaban llevar al matadero por un hombre que pronunciaba sentencia sin apelacion, sin atenerse á más ley que á la de su capricho!

Bien es que ahora se hace lo mismo, por más que hayan aumentado las fórmulas, y muchas veces sin ellas, pues los hombres que tienen algun mando, aun en medio de los pueblos que marchan á la cabeza de la civilizacion, decapitan á diestro y siniestro á sus enemios olíticos.

La generacion presente ha visto todavía, que un general de estos tiempos no se distingue mucho de los de aquellos que llamamos de babárie; pero con todo, esos signos de feroz dominacion van desapareciendo y tal vez muy pronto, ántes de un siglo quizás, las generaciones que vienen detras de nosotros verán, como la primera enseña de la civilizacion del porvenir, el respeto sagrado á la vida bumana.

En aquellos tiempos ni siquiera habia quien pensara en una utopia semejante y los españoles, por ejemplo, si no respetaban la vida de sus paisanos y compañeros, mucho ménos respeto abrigaban por la de los indios, pues á éstos los tuvieron por animales ó cosa así, hasta tanto que un Papa vino á declarar que eran gentes.

Nuestros lectores habrán comprendido que á quien se trataba de ajusticiar era nada ménos que á Cuauhtlizin, hermano legítimo de la princesa Isabel y el último vástago de Moctezuma II, emperador de México.

Si los españoles no hubieran conquistado este imperio, si no hubieran vencido en la guerra; si Moctezuma no hubiera perdido su corona, aunque hubiera perdidola vida, otra hubiera sido la suerte de Cuauhtlizin: en vez de estar encerrado en un calabozo rodeado de guardias y cargado de cadenas, estaria á aquella hora en el palacio, en medio de la córte, amado de las mujeres hermosas, adulado de los poderosos, querido de los sacerdotes y protejido de todo el enjambre de dioses que se ocupaban en velar por el bienestar de los príncipes.... pero el destino lo dispuso de otra manera y los hombres, desde los más pequeños hasta los más grandes,

están sujetos enteramente á los designios y no solo á los designios, sino á las órdenes que sin revision dicta el destino.... Cuauhtlizin, aunque sin pensar en ello, inconscientemente, como se dice ahora, sujetábase á su estrella y se sometia con paciencia á las penas que quisieran hacerle sufrir. ¿Qué le importaba á él nada de lo del mundo, si no le amaba Marina? Ni siquiera pensaba en librarse de cualquiera modo del suplicio, que de fijo le aguardaba, pues que si pensaba en la muerte, era solo porque con ella iban á acabar sus padecimientos de amor y si la veia por instinto aproximarse, consideraba su llegada como muy natural; ¿cómo no lo habia de matar el cacique D. Hernando por celos, si él, aun sin ser amado de Marina, habia pensado ya mil veces en hundir su arma más cortante en el seno de su aborrecido rival?

No habia hecho, por lo mismo, más que adelantársele, puesto que si no lo hubieran encontrado sus criados en los jardines, lo habria él buscado despues y lo habria matado sin misericordia. ¿No era el principal obstáculo que existia para conseguir el amor de Marina? Entónces era lo más natural destruir ese obstáculo. Le habia tocado al príncipe ser el destruido y ni le pesaba, ni le llamaba esto la atencion. Le parecia tambien muy natural.

Cuauhtlizin, cargado de cadenas, como hemos dicho, habia sido sujeto á un interrogatorio, sin que hubieran logrado arrancarle una palabra sobre los motivos que le habian guiado á introducirse en los jardines del palacio, sobre su nombre y condicion, sobre quién era la mujer con que se encontraba cuando fué apre-

hendido y sobre otras varias particularidades. Fuera por no comprometer á Marina, fuera porque absorto en su amor nada le importaba lo que á su alrededor pasaba, ó fuera porque no comprendia nada, habituado como habia estado en los últimos tiempos acostumbrado á vivir entre las fieras; pero lo cierto es que se obstinó en guardar el más profundo silencio.

Sin embargo, como aquello era el principio de una córte, y las córtes siempre han sido chismosas, desde luego cundió el rumor de que Hernan Cortés mandaba ahorcar á aquel indio porque se le habia encontrado en cita amorosa con D.ª Marina. Tan fué así, que no faltaron testimonios en la residencia tomada á Cortés posteriormente, que le hicieran cargos, entre otras fechorías, de haber sacrificado á sus celos, en Coyoacan, á más de un personaje mexicano. Así lo declararon tres ó cuatro testigos delante de la real audiencia.

Oigamos, para formarnos una idea mejor, la siguiente conversacion que tuvieron en su departamento la hermosa Violante Rodriguez y la no ménos hechicera españolita María de Vera:

—¿Ya supiste, María, lo que pasó anoche? preguntó Violante, entrando en la habitacion de aquella.

—Me lo acaba de contar mi primo Anton Galindez.

—¿Todo?

—Al ménos, lo que sabe.

—Y, ¿qué es ello?

—Que nuestras dos hermosas indias Isabel y Maria, andaban anoche perdidas por los jardines con

dos españoles, y como parece que andaban jugando á las escondidillas, Marina se aprovechó para esconderse en una gruta con un antiguo amante.

—¿Pero, cómo se descubrió todo eso?

—Un sargento medio borracho, que se encontraba malo, habia ido á tomar fresco por el jardin; al pasar por uno de los bosquesillos, oyó voces, puso atencion y notó que se hablaba en lengua india, dió parte, temiendo que fuera una conspiracion, se cercó el jardin con tropas para que nadie se escapara, y se registraron todos los rincones con varias escoltas, aprehendiéndose al indio que estaba con Marina.

—¿Pero ella, cómo escapó?

—A ella la dejaron ir los soldados luego que la reconocieron.

—¿Qué dirá á todo esto D. Hernando?

—¿Qué ha de decir? Está ya acostumbrado á las escapatorias de Marina.

—Pues á mí me han contado casi lo mismo, solo que agregan que el indio es un gran personaje.

—¿Será el rey de Mechoacan?

—Dicen que es un príncipe muy gallardo.

—En fin, ahora vamos á conocerle.

—¿Pues, cómo?

—¡Como lo van á ahorcar!

—¿Al príncipe?

—Sí.

—¡Vírgen Santa! ¡Pobre de Marina!

—Pobre del desdichado que vino á caer en sus redes.

—¿Qué diantres tendrá Marina, que es una mujer tan peligrosa?

—Yo no sé, pero el caso es que tiene atractivos para todos los hombres.

En otro departamento, habia un grupo de hombres y tenia la palabra el Lic. Diego de Salamanca.

—He visto al indio, como os he dicho: está tan lleno de la mayor conformidad, ó mejor dicho, tan in-inmóvil como una estátua, negándose á contestar á todas las preguntas que le hemos dirigido en todas las lenguas que conocen nuestros clérigos; pero como D. Hernando ha dispuesto, por sí ó por nó, que se le ahorque hoy mismo en la plaza, habreis visto ya que se está levantando la horca.

—Pero he notado que no se está poniendo en la plaza la horca comun, dijo el alférez Buendia.

—Dispusimos que se pusiera la horca real, porque se le han encontrado al preso algunas insignias que indican elevada alcurnia.

—¿Será algun mandoncillo?

—Y no como quiera, sino que es un rey de ciudades, segun el número y el color de las plumas que tiene el penacho. Trae consigo mucho oro y algunas piedras finas en el cinturon y las armas, siendo el traje igual á los que portaba Moctezuma.

—¿Pero no se sabe su nombre?

—Ni su nombre ni su orígen, nada ha querido declarar.

—Se le ahorcará, eso estará muy bien hecho; pero, ¿y por qué se ha dictado tal sentencia?

—Escuchad.

Todos los del grupo rodearon al bachiller.

—Anoche fué encontrada Marina en brazos de ese príncipe desconocido.

—¿Marina?

—¡Chist!

—Entónces, el negocio es grave.

—Muy grave.

—Pues no hay que decir que D. Hernando....

—¡Chist!

El temor hizo que todos los que formaban aquel grupo se dispersaran, tomando distintas direcciones.

Resonaron luego los instrumentos militares, las tropas se reunieron en la plaza, se formaron en hileras compactas al rededor de la horca y esperaron descansando sobre las armas.

Isabel, agena á lo que sucedia, se encontraba con su servidumbre en el pabellon del palacio que se le habia destinado, haciendo sus preparativos para regresar ese mismo dia á la gran Tenochtitlan. Marina, perpleja sobre lo que debia hacer, no habia encontrado prudente avisar á Isabel que se hallaba preso su hermano, discurriendo á la vez algun medio para salvarlo.

—¿Qué haré? pensaba Marina, si hablo á D. Fernando en favor de Cuauhtlizin y le descubro que es hermano de Tecuichpotzin, confirma las sospechas que empieza á tener contra mí por una falta que tiene todas las apariencias en mi contra. Entónces encontrará culpable que haya yo estado tantas veces en el palacio de Isabel, hasta cuando era considerada ésta como la más grande aliada de nuestros enemigos;

entónces se explicará la union íntima que he contraido con la princesa; entónces pensará que hasta es el medio de que me he servido para descubrir todas las conspiraciones, puesto que me hallaba en contacto con uno de sus principales jefes. ¿Declararé á Isabel lo que pasa? Poro ella no tendrá calma, correrá á echarse á los piés del Malinche pidiéndole el perdon de su hermano, y entonces vendrá á tomar cuerpo toda la sospecha.... ¡Oh! si yo pudiera salvarle haciéndole huir por entre los mismos hombres que le custodian... pero ¿de qué manera? ¿con qué recursos cuento? Y aun suponiendo que lograra ponerlo fuera de este palacio, ¿á dónde iria que no fuese vuelto á cojer inmediatamente? ¡Dios mio! ¡que hombre tan insensato! ¿Por qué habrá venido él mismo á arrojarse á una muerte segura? ¿qué necesidad tenia de meterse á los jardines de este palacio? Y ya estando dentro, ¿por qué no huyó deslizándose por entre los árboles como yo me deslicé sin que pudieran alcanzarme?... de la misma manera él hubiera tenido tiempo de saltar las cercas, de atravesar los collados entre las sombras de la noche y de amanecer de nuevo en el palacio de su hermana como si nada hubiera sucedido. Pero en esta situacion tan comprometida, ¿qué se puede hacer?..... dicen que se está levantando ya la horca en medio de la plaza.... entonces es claro que D. Hernando está celoso de un príncipe aturdido é ignorante..... ¡Ah! el caso es que me ama con un ardor increible, el caso es que no hay pasion mas volcánica como la que devora el pecho de ese infeliz......¡Infeliz! si, porque ni siquiera para amar sabe ser oportuno é inteligente.

Si él hubiera huido como yo se lo decia....si él hubiera esperado....¡Ah! no, jamas, ni por compasion amaria más á Cuauhtlizin que á Jaramillo, ni á Jaramillo mas que á Cortés. ¡Si este hombre es mi Dios!

Perpleja como estaba Marina dejó trascurrir las primeras horas de la mañana entregada á diversas meditaciones, pero sin decidirse por ningun medio de los que se le ocurrian.

Cuando oyó las trompetas guerreras de los españoles se estremeció de piés á cabeza como si acabara de salir de una pesadilla; corrió á la ventana y vió que estaban formándose las tropas en torno de la horca que se habia levantado. Por mas acostumbrada que estuviera á aquellos espectáculos, se turbó su vista y poco faltó para que se quedara desvanecida.

Ya no cabia duda de que iba á morir allí Cuauhtlizin.

Entonces cruzó rápida una idea por su imaginacion. Hasta aquel momento nadie sabia que el preso era nada menos que un hijo de Moctezuma, hermano de la princesa Isabel. No lo conocian allí mas que dos mujeres: ella y la propia hermana del príncipe. Si acaso Isabel, atraida por la ejecucion el queria presenciarlo creyendo que se trataba de un hombre indiferente, al reconocer á su hermano gritaria, se desmayaria, causaria un escándalo. Sobre todo, quedaria aclarado un misterio que era mejor que permaneciese en la oscuridad, puesto que á todos vendria á perjudicar desde el momento en que se supiera. Hernan Cortés no per(naria que le hubieran ocultado la existencia de t príncipe, ni á Isabel, ni á Marina ni á los español(

amigos de ambos, que era natural suponer estaban en el secreto. Por consiguiente, tambien Gallego y Jaramillo, sin culpa ninguna, iban á verse perdidos.

—Pues lo que importa, agregó interiormente, es que no sepa nada Isabel: lo que importa es que no vea á su hermano para que el terrible secreto no se aclare. Si pudiera ella salvarle, si hubiera tiempo siquiera de poner en ejecucion algun plan.... ¡pero cuando ya son contados los momentos que tiene de vida ese desdichado! ¿Qué podriamos hacer para impedir que muriera? ¿Habrá quien se atreva á pedir su perdon á D. Hernando.? Por ahora solo él es quien dispone de la vida del príncipe....y....lo comprendo bien: Cortés no tendrá un generoso sentimiento en favor de ese hombre por mas que no le conozca.... Le bastaria tener la remota sospecha de que ha intentado arrebatarle una caricia de la mujer que le ama, para sentir ofendido su orgullo hasta lo mas íntimo, y cuando Cortés se siente así, no sabe perdonar.

Es necesario, pues, evitar que Tecuichpo vea á su hermano.

Diciendo esto se cubrió Marina con su manto y corrió al pabellon de Isabel. Era tiempo: habia sabido esta que iba á ser ahorcado un hombre en la plaza y se proponia salir para ir á ver la ejecucion antes de despedirse y ponerse en camino aquel mismo dia para la gran Tenochtitlan.

Ambas amigas se abrazaron y Marina tuvo arte pa- impedir que Isabel persistiera en su propósito de á ver el ahorcado, diciéndole que el padre Olmedo

se oponia á que las mujeres presenciasen la efusion de sangre.

Entoces Isabel invitó á su amiga á tomar asiento cerca de ella, y como estaban frescos sus recuerdos de la noche anterior y como no deseaba hablar de otra cosa, y como era feliz, extremadamente feliz, casi sin notar el aire grave y taciturno de Marina, empezó á referirle su amor por el oficial Pedro Gallego en medio de la mas loca alegría ¡Como no extasiarse con aquellos recuerdos! ¡Como no tener fija la imájen de su amante iluminada en la noche anterior por los claros rayos de la luna! ¡Como no figurarse estar oyendo aquella voz que era mas dulce, mas tierna, mas conmovedora que los arruyos de la noche!

Entre tanto, su hermano Cuauhtlizin era sacado del fondo de la prision que ocupaba y marchaba paso á paso hácia la plaza en medio de un respetable grupo de alabarderos. Sus manos estaban ademas ligadas con esposas y en el pié derecho tenia atada una cadena que era llevada por uno de aquellos sicarios.

Cuauhtlizin marchaba indiferente. Solo cuando observó que en una plataforma cercana al palacio estaban las damas de la corte, buscó con una sola ojeada entre ellas á Marina, y no hallándola prosiguió su camino andando lentamente pero erguida la cabeza y llena de dignidad. Se conocia que ni lo intimidaba la muerte ni pensaba en ella y que mas bien hubiera muerto con gusto á tener en frente de si á la mujer que buscaba.

Llegó siempre rodeado de los guardias y arrastrando las cadenas hasta el pié de la horca. Allí le espera-

ba una de las mas grandes humillaciones que ni siquiera podia haberse imaginado.

En aquellos momentos eran muy contados los indios que eran libres y por consiguiente muy conocidos. Solo los tlaxcaltecas que vestian de un modo particular y algunos mandones adictos ó que Cortés quiso perdonar, eran los que se habian salvado de la servidumbre, pues los demas tenian dueño y llevaban por consiguiente la marca del esclavo.

Como Cuauhtlizin ni era tlaxcalteca, ni era de los indios que habian sido especialmente agraciados dejándoseles la condicion de hombres libres, debia naturalmente cargar con la enseña de la esclavitud y era un motivo ya de severocastigo el no haber acudido á marcarse.

Por eso fué que Hernan Cortés cuando supo que el jóven indio llevaba insignias de nobleza y que ni tenia marca ni era de las personas que habian sido agraciadas, pensó que podia ser el jefe de alguna tribu rebeldey se propusoemplearcon él la mayor severidad, mandando que antes de ser suspendido en la horca se cumpliera con el requisito de ponerle en una mejilla la marca de los esclavos.

Cuauhtlizin al principio no comprendia lo que aquello significaba. Abstraido como se encontraba en sus meditaciones, pensando siempre en su amada, embebido con los recuerdos que le inspiraban la voz y la hermosura de Marina, apenas tenia conciencia de lo que pasaba á su alrededor. Pero por mas abstraido que estuviera, no pudo menos que notar con estrañeza que habia al pié de la horca una pequeña hoguera, que en

ella tenian puesto los sayones un fierro, el cual sacaban de cuando en cuando para ver si estaba suficientemente encendido: cuando estuvo de punto, cojió uno de la cabeza á Cuauhtlizin y otro tomó el fierro con la mano para aplicárselo.

Comprendió entonces el príncipe todo lo horrible de aquella humillacion, rujió como un tigre y le bastó un movimiento para desacirse de aquellos hombres que le sujetaban. Entonces se reunieron los ballesteros de la guardia y entre todos trataron de sujetarlo.

La lucha fué tremenda porque Cuauhtlizin se defendia como un leon derribando á cuantos se le acercaban y los soldados por su parte multiplicaban sus esfuerzos: llegó á un punto en que ya les parecia vergonzoso que un solo hombre con la cadena al pié, pues las esposas de las manos las habia roto, pudiera estar presentando tamaña resistencia.

Fué necesario que el que traia el fierro candente, en la mano, se aprovechara de un momento en que el príncipe estaba entretenido en la lucha para podérselo aplicar desde lejos en el cuello.

Cuauhtlizin lanzó un nuevo rujido echando espumarajos de rabia por la boca y cayó en tierra sin sentido despues de pronunciar una terrible imprecacion que pocos de los que estaban presentes comprendieron.

Aprovechándose de su desmayo le pusieron la soga al cuello y lo levantaron en alto: entonces volvió á abrir los ojos y lanzando el mas tierno de los suspiros, pronunció este nombre:

¡Marina!

En seguida espiró el desgraciado príncipe Cuauhtlizin, concluyendo de esta triste suerte, con el último varon de aquella raza, el alto linaje de los emperadores mexicanos.

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE

De las materias que contiene el primer tomo.

NOTA.—El índice de la colocacion de estampas se pondrá al fin del tomo segundo.

Doña Marina.

DOÑA MARINA.

NOVELA HISTORICA

ESCRITA

POR IRENEO PAZ.

Continuacion de la novela del mismo autor
que tiene por título

AMOR Y SUPLICIO

Segunda Parte.

MÉXICO.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE IRENEO PAZ
2ª de la Independencia número 2.

1883.

DOÑA MARINA.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Tesoro.

—Solo falta el sello real que debe poner á estos caudales vuestra hidalguía, esclamaba el nuevo tesorero real dirigiéndose á Hernan Cortés, á la vez que le señalaba los tejos de plata y oro y los cofres con joyas que estaban en uno de los corredores del palacio, listos para ser cargados en mulas ó llevados en hombros de los indios á Veracruz, para de allí embarcarlos á España, ¿quereis despacharlos ahora?

—Descuidad, don Diego de Soto, amigo mio muy querido, desde luego lo sellaremos hoy todo para que pueda salir mañana, aunque á deciros verdad mucho me pesa este tributo que damos á la corona.

—Si quisiérais decirme por qué os pesa, don Hernando......

—Porque todos los tesoros reales hasta ahora han sido muy desgraciados: el uno se fué á pique en una borrasca, el otro cayó en poder de los ingleses, otro cargamento fué robado por los piratas y los pocos que han llegado han sido devorados en la corte. Todos aquellos que solo saben entretenerse en intrigas y cuchicheos por los salones de los palacios, se lanzan como lobos hambrientos sobre la presa que nosotros conquistamos y de esta manera es como no han llegado á lucir para España ni para su magestad los grandes tesoros que hemos estado enviando, privándonos muchas de las veces hasta de lo que legítimamente nos corresponde.

—Pues si gustais, don Hernando, no mandaremos esos tesoros: al fin ha de venir nombrado un tesorero de la corte y entonces sí habrá muchos mas escrúpulos para apartar el quinto del rey.

—Es fuerza que vayan por ahora todos estos cargamentos, dijo Cortés paseando por aquellos objetos una mirada melancólica, porque ya tenia dada cuenta de ellos el desdichado Alderete, que en paz repose; pero hasta que vengan nuevos oficiales de su majestad, juro que no despacharemos ningun tesoro real.

—Amen, contestó Diego de Soto

Entonces se mandó traer á los plateros reales, les entregó Cortés el sello real que él solo guardaba y se estuvo sellando todo el dia bajo la vigilancia de Diego de Soto la plata y el oro que iba á mandarse al soberano Don Cárlos V.

Cuando hubo terminado aquella operacion, Hernan Cortés volvió á examinar objeto por objeto, fijándose

de preferencia en las joyas de raro valor que iban en los cofres.

—Todo esto servirá para adornar á las damas de todos aquellos que nada han tenido que ver con esta conquista, murmuró casi entre dientes lanzando un suspiro, nosotros no debiamos deshacernos de esas joyas tan ricas.

Diego de Soto que algo percibió de esas palabras, dijo al oido de Cortés:

—La corte tiene una noticia detallada de estos caudales dada por el anterior Tesorero Real, vos me lo habeis dicho esta mañana,

—Teneis razon, don Diego, contestó Cortés, y no hay que hablar mas de estas cosas. Ocupaos de que todo vaya biena acondicionado y hasta mas ver

—Que os guarde Díos, murmuró Diego de Soto inclinándose hasta casi tocar el suelo, pues aunque ambos personajes eran amigos y solian tratarse con llaneza, estaban allídelante del público y eran muchas las mercedes que habia recibido Soto para que dejara de manifestarse sumiso hasta la exajeracion.

Hernando se dirigió majestuosamente á sus habitaciones. Allí lo esperaban sus plateros.

—Seguidme, les dijo.

Los plateros, llevando los instrumentos de su oficio en la mano, siguieron á Cortés, quien los condujo por unos pasadizos que estaban acostumbrados á recorrer á un departamento apartado defendido por puertas herradas y por fuertes cerrojos. Llegaron á una galería débilmente alumbrada por claraboyas, se avivó en el

acto el fuego de los hornos é inmediatamente se pusieron aquellos artífices á la obra. Tenian que convertir las barras de plata y de oro en monedas contantes con el cuño del rey para que fueran á henchir las cajas particulares del conquistador. Este era un contrabando, puesto que ninguna moneda podia acuñarse si no era con destino á las cajas reales; pero como Hernan Cortés era el que mandaba mas, y se habia constituido en depositario de los cuños de su majestad y tenia al tesorero y á toda aquella gente de las orejas, pues se desprende fácilmente de semejante situacion que la habia de utilizar en provecho propio. Asi era en efecto, y Cortés, segun todos los historiadores refieren y mas que los historiadores los testigos presenciales de su conducta, se dedicó luego que pudo á reunir elementos para hacerse el hombre mas poderoso de la tierra.

Hizo que se pesaran en su presencia las barras de oro y plata que iban á convertirse en dinero aquel dia, y seguro ya de que no habia de ser defraudado, dejó á sus hombres trabajando, no sin tomar la precaucion de correr uno de los cerrojos. Allí mismo se les servia una frugal comida á las doce del dia por las mujeres que los acompañaban y al cerrar la noche entregaban por peso lo que se habia acuñado á Cortés en persona, quien iba atesorando en los grandes cofres de sus habitaciones á que nos referimos en la primera parte de esta narracion.

En aquel dia, fuera porque el ánimo de Cortés habia quedado vivamente impresionado á la vista de los tesoros reales, fuera porque no tuviera delante de sí ninguna dificultad en su administracion que le preo-

cupara, dió muestras de más codicia que nunca, consagrando todas las horas que tuvo disponibles tanto á recontar las joyas y numerario de sus cofres, como á rectificar el peso de las barras de metales preciosos con que estaban pobladas sus bodegas.

Cuando volvia de una de estas excursiones se fijó en Marina que le contemplaba melancólicamente.

—¿Eres tú? la dijo haciendo uso de este tratamiento que solo empleaba en sus momentos de buen humor, ábrazame.

Marina, cómo esos fieles compañeros del hombre, que solo esperan la menor señal de su amo para lanzarse sobre él y cubrirlo de caricias, Marina, decimos, se precipitó á los brazos de Cortés y en seguida llenó sus manos de ardientes besos.

—Veo que me amas aún, Marina mia.

—Siempre, siempre, esclamó la india con ardor.

—Así es como has logrado desvanecer mis dudas....

—Calla por Dios, Hernando, esclamó Marina atajando las palabras de aquel con su preciosa mano que le puso vivamente en la boca. En seguida ella continuó diciendo:

—Bastantes lágrimas me ha costado la muerte de aquel infortunado que no tuvo mas crímen que ser un insensato....bastantes pruebas te he dado á tí, amigo mio, para convencerte de que jamas he empañado tu amor ni con las obras ni con el pensamiento. ¿Qué digo empañarlo? Si tu amor lo conservo puro en mi alma como se conserva en medio del incienso el culto de los dioses en los altares.

—No hablemos pues de eso, Marina mia. Interésame ahora más otro asunto.

—¿Corres algun peligro?.... Manda á tu esclava.

—No: quiero concertar contigo la manera de ocultar esas inmensas riquezas que están en mi poder.

Marina hizo una mueca, como queriendo significar que esperaba se le hablara de otro asunto mas importante y el conquistador continuó diciendo:

—Yo voy á salir en breve á nuevas conquistas y no tengo á quien dejar mis tesoros......

—¡Ah! dijo Marina, desentendiéndose de lo último y fijándose en lo primero, quiere decir que todavia no estás cansado de esponer tu vida.........

—Mi deber me llama á nuevas luchas, á nuevas fatigas.

—Y bien?

—Y bien, hazme favor de seguirme.

Marina le siguió al interior de las habitaciones con la cabeza baja.

—Entra aquí

Marina entró á la espaciosa pieza en donde se encontraban los cofres de Cortés repletos de metales preciosos y de joyas riquísimas.

—Mira, dijo aquel al mismo tiempo que le brillaban los ojos de gozo.

Le enseñaba un cofre que habia abierto lleno de esmeraldas, de perlas y de diamantes.

—Esto vale mucho por allá!

—En dónde?

—En las cortes de Europa.

—¿Y qué piensas hacer con esas riquezas?

—Por ahora asegurarlas solamente.

—Y despues?

—Despues?......quién sabe!

—Quieres ahora volverte á tu país para darte mayor lucimiento?

—En tal caso siempre te llevaría conmigo.

Marina pareció asociarse desde ese momento al regocijo que experimentaba Cortés contemplando sus tesoros.

Despues del cofre de las alhajas abrió otros en que habia barras de oro purísimo; despues otros más grandes de plata pura y despues otros en que habia dinero sellado en abundancia.

—¡Oh! esclamó Marina, en presencia de tantos valores, seguramente no llegó á ser tan rico como tú el mismo Moctezuma.

—Todo esto me ha costado gran trabajo reunirlo y no quiero perderlo.

—Tienes razon; pero lo encuentras en esta tierra por todas partes, mientras que tu preciosa vida cuando se pierda........

—No volverá, dijo Cortés completando la frase.

—Y yo moriria si tu murieras.

—Pero para conservar esta misma vida que tanto amas, Marina, y para conservar estas riquezas que te parecen mayores que las que se atribuian á Moctezuma, necesito no solo mantener sino aumentar mi poder y mis conquistas. Tú no comprendes esto que te voy á decir, pero yo te lo digo porque necesito desahogar mi corazon: quiero que cuando la Europa despierte, que cuando Cárlos V, vencedor ó vencido cese

en sus empresas, se encuentre en mi á un digno competidor suyo. Si yo consigo dominar y pacificar toda esta tierra, Marina, el mundo entero llegará á temblar cuando se pronuncie el nombre de Hernan Cortés.

—¿Eres ya tan grande y quieres hacerte mas grande todavia? preguntó Marina suspirando.

—Si conocieras el resto del mundo me comtemplarias muy pequeño.

—No, no.

—Sí, sí. Más allá de esos mares hay reyes, hay emperadores, hay Sumos Pontífices, que se yo, cuantos mas que cada unò de ellos es casi tan poderoso como un Dios. Allí cualquier principillo de una corte y hasta cualquier señor de una provincia tiene grandes palacios, muchas tierras, lacayos á miles y por donde quiera que pasa se le rinde vasallaje.

—Lo mismo que á tí.

—No, Marina, no: aquello es muy distinto. Será el aire que aquí se respira, será el silencio que hay en torno de nosotros formado por largas cadenas de montañas y por bosques vírgenes interminables, será que aquí las costumbres son mas sencillas; pero á un hombre que ha visto las cortes en Europa no pueden satisfacerle ni las riquezas que hay aquí ni los homenajes de estas pobres gentes que no saben siquiera alhagar el amor propio del tirano........¡Ah! no, tú no me comprendes, Marina.

—Si te comprendo, don Hernando. Quieres hacerte de mucho poder en estas tierras que debes á tu conquista, para ir luego á brillar en medio de aquella naciones civilizadas......quieres que te contemple

allá mismo como un rey ó como un Emperador ó como un Pontífice de esos que me nombras.

Cortés conmovido no pudo contestar, pero se arrojó en los brazos de Marina y casi estuvo sollozando.

Cuando su violenta emocion hubo pasado, dijo á su hermosa secretaria:

—¿Para qué otra cosa podrian servirme todas estas joyas?

Y al decirle esto se dirigió á sus cofres, los abrió todos y se puso á comtemplarlos con arrobamiento.

Unos estaban llenos de puro oro, otros de pura plata y otros de esmeraldas, de perlas, topacios y diamantes, pero todos despedian resplandores vivísimos, todos brillaban como brilla el sol sobre una cascada de agua cristalina. Aquel tesoro no tenia sobre si los rayos del sol, pero si los últimos fulgores de la luz vespertina que entraban por una rasgada ventana. Aquella claridad incierta parecia dar mayor volúmen á los tesoros que removia y que daban á cada momento nuevos visos, que formaban un torbellino de estrellas ante las miradas llenas de codicia salvaje que en esos momentos respiraba Hernan Cortés.

Marina no pudo menos que estremecerse cuando observándolo notó que los ojos se le querian salir de las órbitas. Con tanto afan así estaba arrobado, embebido, casi frenético, mirando sus cofres.

La noche avanzaba y todavia Hernan Cortés ya que n[illegible]on la vista, con el aliento, con el instinto, con el d[illegible]o, seguia contemplando sus riquezas que apenas b[illegible]aban inciertamente en medio de la oscuridad.

Cuando ya no pudo ver, sonó las monedas de oro y plata unas con otras.

—Esto, esto, murmuraba, es lo que mas hace grandes á los hombres en Europa. Si juntamente con el nombre de esclarecido conquistador, si juntamente con el brillo de una espada que lleva á la Iberia centenares de reinos, tuviera cinco ó seis tantos mas de lo que contienen esos cofres, el mismo Papa que se llama el rey de los reyes, solicitaria darme su bendicion y despues estrechar mi mano.—Dos años mas de fatigas.... dos años mas de luchar con esos pequeños intrigantes que me manda mi pequeño rival Velazquez como el inbécil Alderete, dos años mas de conservarme aquí, contra el obispo Fonseca y todos los intrigantes de la corte..... despues.... despues ya vendrán todos á mí de rodillas, ¡Qué Dios me siga protegiendo en estos dos años!....

Al decir esto hizo la señal de la cruz y como ademas era naturalmente supersticioso, al oir la campana dando la oracion de la noche en la vecina capilla, se arrodilló, rezó un padre nuestro y luego dijo á Marina con su llaneza acostumbrada, como si nada absolutamente hubiera pasado en aquella tarde:

—Es de noche ya: era lo que esperaba para que me ayudaras en mi proyecto.

—He estado pensando en eso.

—Tú?

—Si, es necesario ocultar tus riquezas.

—Pero como sabias?......

—Yo lo adivino todo en tus ojos. ¿No quieres ausentarte y sin embargo dejar seguro tu tesoro?

—Si, porque tú la única á quien podria confiarlo, no eres bastante fuerte para defenderlo de la codicia de mis compañeros.

—Yo tengo un sitio donde lo pongas.

—¿Aquí mismo?

—Aquí: sacarlo del palacio seria imprudente.

—Yo pensaba tambien que no deberia salir de aquí. ¿En donde hay un sitio que ofrezca seguridad?

—Yo conozo uno en el jardin.

—¿Habrá necesidad de hacer una escavacion?

—Ya está hecha.

—Entonces es un sitio conocido?

—De entre los tuyos nadie sabe que existe y de entre los mexicanos ya murieron todos los que lo conocian. Es un lugar en que todavia deben existir algunas riquezas pertenecientes al cacique que habitaba este palacio.

—Podemos verlo hoy?

—Cuando gustes.

—No inspiraremos sospechas?

—No, amigo mio, ese sitio está en el jardin y para mayor seguridad se encuentra la entrada en el fondo de una gruta.

—¡Ah! ya sé, está en la gruta inmediata al lugar en que hemos pasado tú y yo momentos tan felices.

Marina cogió una mano de Cortés y la besó diciendo luego:

—Vamos.

Fueron, entraron á la gruta. Marina ayudada de Cortés separó la maleza y algunos otros obstáculos

que obstruian una ancha hendidura, encendieron una luz y penetraron en el subterráneo.

—Es lo que necesito, esclamó Cortés lleno de gozo, aquí encerraremos esas riquezas y nadie mas que tú y yo sabremos este secreto.

Luego, como si le quedara un resto de desconfianza, cogió una mano de Marina y la dijo con solemnidad:

—Júrame por nuestro amor y por el Dios de los cristianos, júrame por nuestra santa religion, que á nadie en el mundo mientras yo viva revelarás el secreto de que vas á ser poseedora.

—Lo juro por mi amor, esclamó Marina, que es mas grande que todos las cosas.

—Si yo muero, tuyo será el tesoro; pero mientras viva lo necesito para mis proyectos.

—Si tu mueres, moriré yo tambien, y aunque no muriera, de nada me serviria tu tesoro. No volveré á pensar en ello.

Cortés mas tranquilo abrazó á Marina y cuando todos los habitantes del palacio se entregaron al sueño, entre los dos estuvieron trasladando el oro, la plata y las joyas á aquel agujero, teniendo el cuidado de cubrir bien las vasijas de barro en que metieron los objetos, no pudiendo llevar los cofres por ser muy pesados y no caber por la hendidura practicada. Cuando volvieron á cubrir esta con ramas y piedras, Cortés dijo:

—¿Estás segura, Marina, de que nadie conoce escondite?

—Nadie: ya han muerto todos los que lo conoci

—Algun esclavo de los anteriores caciques....

—Aunque alguno sobreviviera, segun sus creencias y supersticiones no volverán á penetrar en esta gruta nunca.

—Estoy tranquilo, pues, sobre este particular.... durante mis ausencias, sin embargo, estarás viniendo á observar si se conserva todo lo mismo....

—Haré lo que me mande mi Señor.

—Gracias, gracias.

Y Cortés acarició á Marina con efusion.

No era el amor el que le obligaba á manifestarse complaciente sino la codicia. En aquel momento cria poder deber á Marina su futura grandeza. Su sueño de aquella noche fué uno de los mas agitados, que tuvo en su azarosa vida el terrible conquistador.

CAPITULO II.

—

Nubes.

El dia siguiente al de los sucesos que hemos referido, fué, tanto para Cortés como para Marina, de contento y tranquilidad. El primero estaba desahogado de un peso que le oprimia el alma: ya habia puesto en lugar seguro aquellos tesoros que podian uno ú otro dia hasta ser motivo de una sublevacion. En adelante iba á dar paso franco por sus habitaciones á toda clase de personas manifestándoles que toda su riqueza consistia en una buena cantidad de plata que habia separado para el gasto de las expediciones ó de los placeres que antes de partir pudieran proporcionarse. En cuanto á las grandes cantidades de oro ocultas en la cueva estaba enteramente seguro de la fidelidad y discrecion de su confidente. Ella habia jurado el sigilo y demasiado sabia que un juramento indio era en cualquiera circunstancia sagrado é inviolable. Marina primero se dejaria descuartizar que vender el secreto de

Hernan Cortés. Por eso es que este se encontraba en aquel dia tranquilo y contento.

Por lo que respecta á Marina, habia interpretado ya su situacion con este monólogo cuando se estaba acabando de levantar:—Gracias te doy, Señor de los cielos y de la tierra, por la noche deliciosa que me has concedido pasar dando quietud á mi alma y serenas emociones á mi enamorado corazon. El hombre á quien consagro mis pensamientos cuando estoy despierta y mis ensueños cuando estoy dormida, me ha dado en la noche pasada la prueba de amor mas grande que se puede dar á una mujer: me ha hecho poseedora de un secreto que para él tiene la mas grande importancia. Si no me amara él, si no estuviera seguro de mi amor, hubiera escojido á cualquiera otro por confidente. Quiere decir que á mí es á la que tiene mayor confianza, quiere decir que á su Marina es á la persona que tiene mayor estimacion. Desde hoy puedo vivir tranquila: este es un lazo entre los dos que nunca mas podrá romperse......Cuando vuelva de las nuevas guerras á que quiere precipitarse ambicioso, tal vez los años y los contratiempos le hayan hecho cambiar de resolucion. Entonces verá que es mas apetecible una vida tranquila en los campos ó en medio de los bosques, que en las cortes de los reyes donde los odios, las intrigas, la envidia y la venganza llenan de amarguras y emponzoñan el corazon. Entonces lo recibiré con el fruto de nuestro amor en mis brazos....y....no volverá á partir........estoy segura....ya no partirá mas.......no, no, no partirá.

Marina sonrió con delicia al sentir pasar por su men-

te tan alhagadora idea y cayendo de rodillas esclamó con verdadera uncion religiosa:

—Gracias, dios mio, Dios de los cristianos que te dignas hacerme la mas dichosa de todas las criaturas.

Esta corta oracion fué la única que pudieron pronunciar sus labios, en seguida se atavió lo mejor que pudo y fué á buscar á su amante.

Hernan Cortés habia acabado de vestirse y estaba casualmente haciendo un nuevo registro de sus cofres para recoger y reunir en uno solo lo que de joyas se les hubiese pasado conducir á la gruta la noche anterior.

Así es que Marina lo encontró radiente de gozo como nunca.

Ambos se abrazaron con efusion.

—Amado mio, dijo ella, que gozo siento yo cuando te observo un semblante como el que hoy tienes.

—He amanecido de buen humor, Marina mia. Me parece que me he quitado un peso de encima quedando en lugar seguro los tesoros.....porque, en lugar seguro se encuentran, ¿verdad, Marina?

—Sí, sí, ningun temor debes ya abrigar por ellos.... ¿acaso me amas menos á mí que á esos tesoros?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque has procurado poner á cubierto tu oro y tus joyas; pero ¿qué es lo que has pensado hacer conmigo?

—Llevarte seria imposible y dejarte seria abandonar aquí la parte principal de mi existencia.

Los ojos de Marina brillaron de júbilo y luego esclamó:

—Yo te seguiré como antes en todas tus fatigas.

—Imposible.

—Nada hay imposible para mi resolucion.

—¿Olvidas que llevas en tus entrañas?....

—¡Calla! se apresuró ella á interrumpir acompañando la palabra con la accion de tapar con su mano la boca del conquistador.

Añadió luego:

—Así iria contigo. Creo que soy mujer bastante fuerte para seguirte por todas partes.... Sobre todo, qué me importa morir en donde quiera que sea? ¿No muero tambien dejando de verte?......No es mas peor vivir con el tormento de no saber si vives ó mueres? ....Déjame seguirte.

—¡Pobre tonta! esclamó Cortés haciéndole una caricia, seguro de que esto solo le bastaba para vencerla, ya verás cómo tú misma me has de decir que prefieres quedarte.

—Yo haré cuanto mande mi Señor: él es quien dispone de mi vida y es tambien quien puede darme muerte.

—Ahora comeremos solos, Marina, quiero que estés á mi lado todo ese tiempo para verte y hablarte. Entre tanto voy al despacho de los negocios.

—Entonces hasta mas tarde, príncipe mio, mi Señor y mi dueño.

—Marina salió de allí con los ojos húmedos de felicidad. Hernan Cortés se fué á su despacho en donde lo esperaban su secretario, sus capitanes y un correo que con pliegos interesantes acababa de llegar de Veracruz.

Las veces en que llegaba el correo de Veracruz era en Coyoacan un acontecimiento, principalmente si el correo daba voces de que estaba atracada al puerto una nao de España, entonces todos se preparaban á saber cosas grandes y maravillosas, interesando á nuestros hoy pacíficos conquistadores, ya las nuevas de la guerra en que estaba envuelta toda la Europa, ya la situacion especial de ambas Castillas, ya las últimas intrigas de la corte y ya en fin las noticias de la isla de Cuba y de los progresos que hacian por otras partes los conquistadores de aquella época.

El secretario luego que vió á Cortés, esclamó:

—¡Correo de Veracruz!

—Despejad, dijo Cortés á los que estaban presentes, en seguida os llamaré si es necesario.

No quedaron en el salon-despacho de Cortés mas que él, su secretario y el español que habia llegado haciendo ejercicios de correo.

—Podeis despachar, dijo Hernan Cortés comenzando á fruncir el ceño involuntariamente como le acontecia siempre que llegaban comunicaciones de Veracruz.

—Solo os traigo estos dos pergaminos, dijo el correo haciendo una profunda reverencia y entregando así en actitud humilde los pliegos de que hacia referencia.

—Tomadlos y abridlos, dijo Cortés al secretario. En seguida dirigiéndose al correo:

—Ninguna otra cosa teneis que decirme?

—Agregaré á las noticias que vengan en el pergamino que ha llegado á la Veracruz una ilustre persona....

—Quién es?

—Una que os va causar la mas grande dicha, Señor.

—Acabad: ¿quien llegó á Veracruz?

—Vuestra ilustre esposa doña Catalina Suarez.

—¡Ah! Catalina!....Pues no le habia dicho yo que viniera todavia, murmuró entre dientes como si se sintiera contrariado, pero para no dar á conocer su mal humor, añadió en seguida:

—Abrid, abrid los pliegos, quizás ella misma sea la que me escribe......Mi buena y amada esposa Catalina!

En efecto, todo lo que traía el correo se reducia á decir que habia llegado en un bergantin español al puerto de la Villa Rica la excelentísima señora doña Catalina Suarez.

Cortés como habia ofrecido á la hermosa Marina, luego que concluyó su despacho volvió á su lado, aunque llevando pintadas en el semblante las huellas de la desesperacion. Ella que estaba tan acostumbrada á leèr en los ojos de Cortés, se arrojó en sus brazos diciéndole:

—Que tienes?

—Nada.

—Si......sufres, mi amado don Hernando....sufres.

—No es cosa que valga nada Marina mia.

—¡Oh! si, si; yo te conozco mucho.....estás turbado, casi quieres llorar, Señor.

Cortés siguió resistiendo, pero como era imposible de todo punto engañar á Marina, al fin le dijo:

—Y o quieres voy á confiarte el motivo de la inmensa pena que me tiene sobrecogido: doña Catalina Suarez ha llegado á la Villa Rica......

El rostro de Marina se cubrió de una palidez mortal, buscó en que apoyarse para no caer y Cortés que observó todo esto la recibió en sus brazos.

—Te lo dije, Marina.....pero eres tan tenaz.

—Sí, sí, murmuró ella con voz sorda, pasándose la mano por la frente y queriendo coordinar sus ideas.

—Vamos, Marina, ten fortaleza y no me obligues á mandar hoy mismo una órden......

—Una órden?

—Si, una órden á los capitanes de Veracruz para que hagan reembarcar á doña Catalina.

—¡Oh no!.......¿qué estas diciendo?....ella es mi ama y señora.

—Si tu crees, Marina, que vendrá á llenar de sombras nuestra ventura, ahora es fácil dictar el remedio: yo ordenaré á doña Catalina que se vuelva á la isla de Cuba.

Marina experimentó un momento de lucha el mas horrible.

—Mi porvenir depende de una palabra mia, pensó ella, si yo digo á don Hernando que deje venir á su mujer, un infierno me devorará el corazon desde el momento en que la vea en sus brazos; si yo apoyo sus deseos de mandarla otra vez á Cuba, seré despues el objeto de su encono y tal vez hasta de su desprecio. Dirá que fuí una vil que acabé de ponerle la venda en los ojos.....dirá que no tuve valor para ser desgraciada. Que venga mi rival, que venga doña Catalina .....¿qué importa? Yo me sacrificaré....Yo sabr luchar y salvarme.

Luego dijo con mas entereza á Cortés:

—Señor: hoy mismo abandono tu palacio: es preciso, es indispensable que lo dipongas todo para recibir á tu noble esposa.

—Qué dices?

—Lo has oido, Señor: yo quiero por tu bien mismo que recibas dignamente á la que es tu mujer delante de Dios y de los hombres.

—Y tú?

—Yo......

Los ojos de Marina se llenaron de lágrimas.

—Lo ves, Marina?.....tu sufres....yo no puedo pagar de esa manera los beneficios que me has hecho .....seré un ingrato si te abandono.

—Pero esto tenia que suceder.

—Siempre que nosótros quisiéramos.

—Olvidas, señor, que no te perteneces....

—Que quieres decir?

—Por un lado la religion te manda atender y recibir á la que te ha dado por esposa; por la otra, tu rey te previene que no escandalices tu pequeña corte, y finalmente los tuyos mismos que aprecian el honor desean que les dés un buen ejemplo.

—Pero no sé de que manera hablas, que me subyugas, Marina mia.

—Mi labio no pronuncia mas que palabras de verdad.

—La verdad es que me amas y que yo tambien te amo.

—La verdad es que me amaste, Señor, pero que ese amor ha pasado dejando solo recuerdos en tu corazon.

—Te amo todavia.

—No: ahora tu deseo principal es volver á abrazar á tu esposa.

—Te digo que no.

—Lo leo en tus ojos.

—¡Ah!

—En tus ojos leo tambien que quisieras llevara yo al separarme de tí la mayor tranquilidad en mi corazon. Temes, Señor que faltándome tu amor languidezca y muera como languidecen y mueren las flores á quienes faltan las gotas del rocio, como mueren tambien los pájaros en las selvas cuando su compañero ha caido muerto por las flechas del cazador.

—¡Marina mia!

—Tu quisieras que tambien mi alma estuviera fria como la tuya, que mi seno dejara de palpitar á los impulsos del amor, que se hubieran aniquilado mis esperanzas, que hubieran muerto mis ilusiones, que pudiera ir á entregar mi mano de esposa á cualquier hombre que pudiera otorgarme una limosna de cariño...... tu quisieras, en fin, Señor, verme partir sin que te atormentara el mas leve remordimiento.

—¡Oh!

—¿No es verdad?

—No, porque á pesar de cuanto tú dices siento que te amo.

—Pero mas sientes el deseo de ver y abrazar á do- Catalina.

—Lo ves, Marina, como tienes celos?

—No he de tenerlos, si ella va á arrebatarme los

restos de mi antigua felicidad? ¿No he de estar celosa de la mujer que viene á sustituirme en tus caricias?...

—Marina!

—¡Ah! pero no temas nada....ni siquiera como un recuerdo vendré á turbar tus tranquilos goces....no, ...no temas nada.....yo respetaré tu felicidad.

—Pero si lo que yo deseo mas que todo es que tu seas feliz, Marina.

—Yo lo seré sabiendo que mi Señor vive contento.

—Marina, Marina!

—Vamos comiendo juntos por la última vez. Al decir esto Marina señaló la mesa á Cortés imperiosamente.

En seguida acercó un sitial y le invitó á sentarse. Ella acercó un taburete á los piés de Cortés y se sentó allí.

—Acá, á mi lado, dijo él, tendiéndole una mano

—Este es el lugar de tu esclava.

—Pero si no eres mi esclava, eres mi.....

—¿Qué?

—Mi amiga, mi bienhechora, mi consejera....¡oh! no, no, lo declaro una y mil veces: yo no podré vivir de tí separado.

La jóven se limpió una lágrima próxima á escaparse con el reverso de la mano derecha y levantándose dijo prontamente á Cortés, acercándole las viándas.

—Amado mio.....come.....despues nos sobrará tiempo para hacer discursos.

—Tu tambien, Marina, siéntate aquí á mi lado.

Y la obligó á sentarse muy cerca.

Pero sucedió que ninguno de los dos se encontraba con apetito.

Mas que una comida de placer, segun se habia preparado, parecia un acto de duelo. Cortés estaba cabizbajo y Marina le excitaba constantemente á probar los manjares, pero con mudas señales y haciendo esfuerzos por contener los sollozos.

Los criados que servian la mesa se habian retirado discretamente.

Ahora bien: ¿realmente Hernan Cortés amaba á doña Marina y en aquel momento en que iba á perderla tal vez para siempre era cuando se apercibia de su pasion? ¿O todo aquello era fingimiento para que la fogosa india se llevara en medio de su profunda melancolía algunas esperanzas?

Ella seguramente adivinaba algo de lo que pasaba en el interior de Cortés, pues que le dijo cuando terminó la comida:

—Ahora te dejo para que hagas tus preparativos.

—¿Qué preparativos?

—¿Has olvidado á la noble Señora doña Catalina?

—¡Ah! si.

—Pues ya verás que tengo razon.

—¿Qué piensas hacer tú, Marina?

—Dejar esta noche tu palacio de Coyoacan é irme á vivir en México.

—¡Ah! pero me permitirás llevarte yo mismo.

—Eso dará lugar á murmuraciones.

[illegible]Qué me importan las murmuraciones? ¿Quién [illegible]e aquí imponerme leyes ni voluntades? ¿Acaso no [illegible] yo absoluto en mis dominios?

—Eres absoluto, Señor, pero por lo mismo, debes dar buen ejemplo.

—Me dominas, pero no me convences. Yo quiero acompañarte á México y te acompañaré.

—Si eso haces, don Hernando, mañana que llegue tu esposa lo sabrá, se lo contarán con detalles diversos y será el principio de muchos disgustos.

—Doña Catalina tendrá que saber que te debo la vida repetidas veces, que me has acompañado en los peligros, que has restañado mis heridas, que me has aconsejado acciones generosas, que me has servido de intermediaria para conquistar reinos, y que á tí, tanto yo como ella debemos nuestra fortuna: doña Catalina se convencerá de que con nada se pagan los servicios que tu sabes prestar.

—Calla, señor, los celos nunca encuentran una sola palabra de disculpa.

—Doña Catalina es orgullosa llevaria á menos encelarce de una india.....

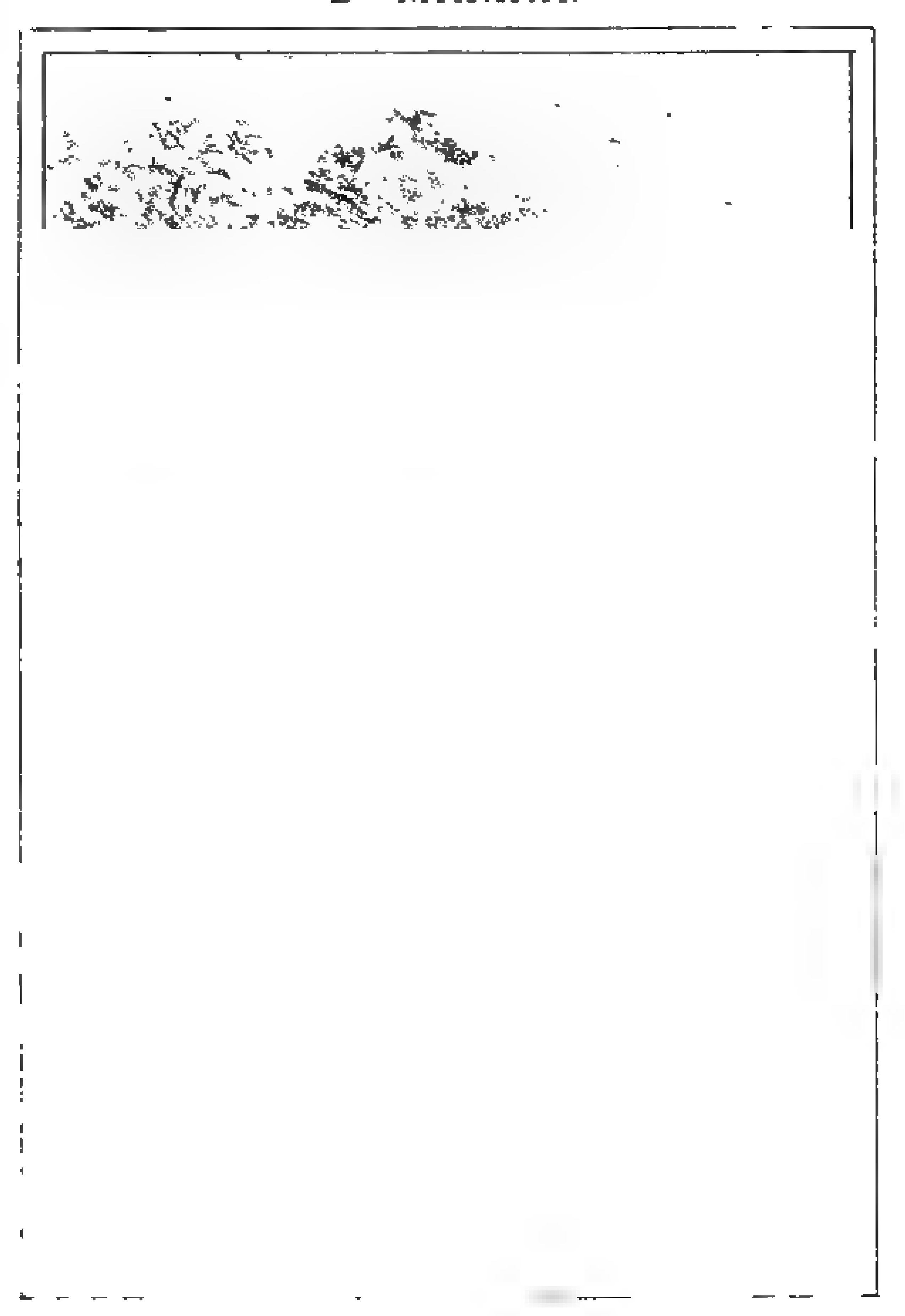
Cuando quiso Cortés ya habia soltado estas palabras.

—Marina se puso encendida de cólera ó de despecho.

—Está bien, señor, dijo á Cortés queriendo terminar ésta escena, tú como dijiste antes eres el absoluto. Tú mandas y los demas tenemos que obedecer. No seré yo quien me oponga jamás á tus mandatos. Dime que me marche y salgo de aquí al momento. Dime que me quede y sabré ser la india.... la esclava sumisa de tu esposa.

—Perdona, Marina mia, si te ofendí, le dijo Cortés entregándola á tus brazos.

Dª MARINA.



. . . . Se dejó caer sobre una peña que limitaba el ángulo del lago, demostrando la infeliz en todo su ser el mayor abatimiento.

—Tú no me ofendes nunca, señor.

—Sí, te he dicho para tranquilizarte que Catalina no tendria celos de tí....

—Yo tambien deseo que vivais tranquilos y felices.

—¿Pero no te molestaron aquellas palabras?

—No.

—¿Me perdonas?

—¿Que tengo que perdonarte?

—Eso.

—Te amo mucho, señor, para que me fije en las palabras....Yo veo tu semblante, yo acecho tus ojos, yo procuro leer en tu corazon.......Las palabras son sonidos que se lleva el viento. Lo que está aquí adentro es lo que cuidan los que aman.

—Tienes razon: con hechos y no con palabras debe probarse el amor. Tú me has probado el tuyo inmensamente.

—Ahora ¡adios! dijo Marina á Cortés saltándole al cuello y besándole los ojos.

—¿Vas á tus habitaciones?

—No dejaré nada de lo que me pertenece..... al fin es poco.

Cortés adivinó la intencion y se apresuró á contestarle:

—Todo aquí es tuyo. Mañana te decretaré nuevas tierras y posesiones á fin de que siempre tengas todo lo nesesario.

Marina no quiso oir estas últimas palabras, habia tenido tiempo de desprenderse de los brazos de Cortés y de dar un salto que la puso fuera de aquella estancia. Llegando á la suya, se echó sobre su cama cu-

briéndose el rostro con las manos, el cual prontamente se llenó de lágrimas.

Cortés se quedó murmurando:

—Tiene razon, Marina, ¡y que bien me conoce! Su amor me encanta por mas que yo no lo sienta..... á veces tambien la amo; pero es lo cierto qne ahora lo que mas me conmueve es el deseo de ver entre mis brazos á Doña Catalina.

Con esa ilusion durmió el conquistador toda aquella noche.

CAPITULO III.

Noche terrible.

Entre tanto, Marina habia formado un lio con los objetos mas precisos y con él debajo del brazo salió de aquella mansion al oscurecer sin que nadie la apercibiera.

Habia andado unos cuantos pasos cuando le vino la idea de volverse.—¿Me voy sin decirle ¡adios! por la última vez? ¿Pero no veo claro en su acento, en sus ojos, en sus esfuerzos, en todo cuanto dice y piensa que ya no me ama, que á quien ama es á su legítima esposa........? No.... ya salí de su palacio....... volverme, volverlo á ver, tener que formarme otra nueva resolucion para salir despues, es estarme causando martirios yo misma.... es matarme dos veces........

—Diciendo esto apretó el paso y se alejó resueltamente de aquel que habia sido para ella un paraíso inexplicables delicias.

Dejó aparte el camino, ó mejor dicho, la calzada

que iba directamente de Coyoacan á México, bordeó con paso lento las lagunas y por fin se dejó caer sobre una peña que limitaba el ángulo del lago, demostrando la infeliz en todo su sér el mayor grado de abatimiento.

El astro de la noche estaba iluminando la tierra con todo su explendor: el cielo no tenia ni una sola nubecilla en toda la extension que se abarcaba con la vista, sino que diáfano y sereno contribuia con su hermosura y explendidez á hacer el panorama que presentaba entonces el valle de México mas lleno de poesía y de encanto. A lo léjos se distinguian con toda claridad las cabelleras de nieve de los gigantescos Popocatepetl y Ixtlatzihuatl, rielando al ser heridos por los pálidos rayos de la luna.

En el otro extremo se veía imponente y sombrío queriendo unirse con el cielo, el gigante llamado el Axusco, que recibiendo la luz por la otra extremidad, presentaba de este lado un continente magestuoso, pero triste en medio de las sombras, como un caballero de aquellas edades embozado hasta los ojos y con el sombrero de anchas alas echado hasta las cejas, como esperando que apareciera en la vecina celosia el hechicero semblante de su dama.

Aquí y allá se veian otras montañas mas ó menos iluminadas con la luz de la luna y mas ó menos imponentes ó majestuosas.

De trecho en trecho aparecian manchones oscuros formados por los grandes bosques que antes se interponian entre los lagos y á cuyos senos no penetraba

ninguna luz por ser tan estrecha la espesura de sus árboles.

Las aguas de las lagunas por su parte movidas apenas por una leve brisa, parecian juguetear con los tibios rayos del astro de la noche, formando en su poética superficie figuras caprichosas de luz y de colores.

La peña cubierta de ligero musgo en que se dejó caer la sin consuelo Doña Marina, nuestra desgraciada protagonista, estaba, como hemos dicho, en el límite de nno de aquellos lagos y separada una legua cuando menos de la calzada que iba directamente á la Gran Tenochtitlan. A sus espaldas se levantaban masas de árboles que iban á reunirse con el bosque histórico de Chapultepec.

Nuestra heroina, reclinada en aquella pequeña piedra cubierta de musgo, tenia los piés casi en el agua de la laguna, mientras que sobre su cabeza venian á cernirse las grandes copas de aquellos inmensos árboles. La luz de la luna la bañaba, lo mismo que bañaba el agua, haciéndola brillar ténuemente en sus ondulaciones, lo mismo que bañaba tambien aquel lado de la arboleda imprimiéndole aspectos misteriosos.

En aquel momento ni los pájaros trinaban, ni las hojas de los árboles se movian, ni las aguas al impulso de los céfiros murmuraban. Ni una sola canoa se veía cruzar por el lago, ni una sombra aparecia en los bosques, ni una ráfaga de aire empujaba en el cielo á la mas ténue nubecilla. Toda la naturaleza parecia estar quieta, parecia estar muda, parecia estar respe-

tuosa ante el inmenso dolor de Marina. Ningun ruido, ningun murmurio, ningun aliento, ningun suspiro de la noche venia á interrumpir aquella fria calma, mas fria aun que la mísma muerte, aunque no como ella descarnada y amedrentadora.

El panorama general era hermoso, pero á la vez mudo y sombrío. Tenia todas las bellezas de la luz, de los colores, de la trasparencia de una noche serena, de los perfumes de las brisas y de los cristales de las nieves y de las aguas; pero le faltaba al paisaje el movimiento de una naturaleza animada. Más que un valle risueño con sus mil tesoros de belleza, parecia en aquel momento un prolongado cementerio cubierto de tumbas.

Todo parecia haberse impregnado del inmenso dolor que llenaba el corazon de Marina; todo parecia haberse cubierto de luto como ella lo estaba; todo parecia haberse puesto en concierto para ayudarla á sufrir, para ayudarla á llorar, ó si no, para oir en silencio sus sollozos.

Luego que Marina salió de la absorcion que la habia embargado desde que se dejara caer en el asiento rústico como rendida de cansancio, levantó la cabeza y cual si recobrara el conocimiento perdido, miró en torno suyo, le impresionó mucho seguramente el sosiego de las aguas y de los bosques, fijó una lánguida mirada en la luna, suspiró tristemente y dijo con voz apenas perceptible:

—Mudo testigo de los que gozan como de los que sufren, ¿cuándo has presenciado un dolor tan grande como el mio?

Derramó una lágrima, se recogió en si misma por algunos momentos y luego, segun la costumbre de los indios que manifestaban con cantos sus grandes pesares como sus grandes alegrias, sus oraciones á los dioses y sus blasfemias de desesperacion, ella comenzó así á cantar:

—"¡Viajera de los cielos! así como tú caminas siempre triste y silenciosa, así voy á andar errante por el mundo sin abrigo y sin consuelo.

Tú sabes quiénes son los desgraciados.

Tú sabes quiénes son los que gozan

Tú sabes quiénes lloran y quiénes suspiran con el corazon rebosando de esperanzas.

Esparce otra vez tus miradas y dime si encuentras una criatura mas desventurada que yo y más distante de conseguir consuelo.

Yo fuí allá en las regiones de Oriente una espiguita tostada con los calurosos rayos del sol.

Las gotas del rocío de la mañana me refrescaban y me daban nueva vida.

Era todavía pequeñita cuando los ángeles que llevan la copa del dolor empezaron á cernir sus alas sobre mi cabeza.

Estuvieron como consultándose sobre si verterian sobre mí una gota de aquel mortal veneno.

La lucha no fué prolongada.

Decidieron por mandato de designios mas altos darme á beber en la copa del sufrimiento.

La misma que me dió el sér fué encargada de la jeecucion del terrible decreto.

Ella, mi madre, fué la primera en derramar sobre mi pecho el cáliz de amargura.

¡Viajera de los cielos! Dime tú que recorres los grandes espacios tan triste y silenciosa, si has encontrado en la tierra otra criatura mas desventurada.

Pasé á manos de los mercaderes como una joya de poco precio, vendida por la misma que me habia alimentado con sus pechos.

La misma ¡ay! que me llenaba de caricias y que me llamaba su único tesoro fué la que me arrojó de si como un estorbo.

El dolor es pérfido, pues que despierta rencores adormecidos ó trae el recuerdo de angustias ya olvidadas.

¿Por qué vienen á mi mente hoy aquellas tristes memorias?

¿Por qué en esta noche serena en presencia de estas soledades, he de recordar aquellos pormenores que me martirizan el pecho?

¿No estaba ya todo eso sepultado en el olvido?

¿Es que el cielo quiere ver acumuladas sobre mí todas las desgracias juntas?

¡Viajera de los cielos! dime si en tu larga carrera has encontrado otra criatura mas desventurada.

Los mercaderes me arrebataron léjos, muy léjos, como es llevada la hoja del árbol en alas del viento á remotas regiones.

Por allá la espiguita dorada se convirtió en fruta madura que todos codiciaban.

¡Cuánto tuvo que luchar la infeliz para poderse conservar pura y casta!

Pero se cansaron aquellos de llevar consigo una mercancía inútil.

Y fueron á venderla á su Señor, que gustaba mucho de estar rodeado de olorosas flores.

Azucenas y violetas adornaban su rica mansion llenándola toda de ambientes esquisitos.

Seguramente era ténue la fragancia de la nueva flor y la separó para aspirarla en ocasion mas oportuna.

La pobre florecilla se ponia á temblar todos los dias esperando á cada momento ser hollada.

Y pasó el tiempo y la florecilla iba perdiendo su color en fuerza de sus penas y el viejo señor menos fijaba en ella sus miradas.

Pero ella seguia temblando y el terror la seguia consumiendo.

Jamás han palpitado tantas ansias ni tantas inquietudes en un corazon mas tierno y lleno de congojas.

¡Viajera de los cielos! Dime si en tus dilatadas correrias has visto una flor próxima á deshojarse que haya sufrido mas en el mundo.

Pero repentinamente aparecieron en aquella region de esclavitud los hombres blancos enviados por los ángeles del cielo.

El Señor comenzó á temblar, consultó á los oráculos y le contestaron que se aplacaría la cólera de aquellos solo con muchas dádivas.

Reunió sus tesoros y todos los entregó á los hombres blancos.

Lo que consideraba para él mas preciado, tambien

lo dió á los blancos: treinta mujeres de las mas hermosas.

Entre ellas iba la espiguita de oro, la fruta que se habia madurado, la florecita enferma, la tímida violeta....

¡Viajera de los cielos! ¿Acaso has encontrado en el mundo una criatura mas desventurada?

Los blancos se arrojaron brutalmente á devorar su presa.

La violeta, que era ya tambien una mujer en cuyo seno podia tener albergue el amor, se salvó en los brazos del que era el sol en medio de aquellos astros.

Y le amó desde luego con ternura.

Vió que sus ojos eran hermosos, vió que era noble su semblante, vió que llevaba consigo un corazon generoso y valiente. Desde ese punto le amó con locura.

El la miró al principio con desvío hasta que ella poco á poco le fué dando á conocer sus gracias.

Pudo primero fijarse en su hermosura....

Sí, el mismo la repitió muchas veces que era jóven y hermosa.

Ella añadió: "y ¡desgraciada!"

Entonces logró interesarle con el triste relato de sus desventuras.

La repitió él que no solamente era jóven y hermosa sino que era mujer de imaginacion y de talento.

Y comenzó á interesarse por ella.

Y despues la amó tambien.

Y la amó con una pasion intensa que ella leyó muchas veces en sus ojos.

La amó con el frenesí con que aman los enamorados.

La amó como se ama solo al Dios que adoran los cristianos.

Fué ella su oráculo, su religion.

Pero trascurrieron los dias, y los meses y los años...

Y fueron cayendo copos de hielo, del hielo mas frio, sobre su corazon.

Porque era muy ambicioso y temblaba á la idea sola de presentar á una pobrecita india como mujer suya en los estrados de la Corte.

Muchas veces le sorprendió en los sueños diciendo: mienten los que dicen que Marina es mi esposa ó mi manceba.... ella solo viene conmigo de intérprete porque sabe muchas lenguas.

Y ahora.... ¡pobre de mí! ahora no solo estoy abandonada de su amor, sino tambien arrojada de su presencia.

La que en otro tiempo embargó su corazon, la que antes que yo supo cautivarle, viene ahora á sus brazos, viene á robarme sus caricias, viene á procurarme el mayor de los sufrimientos.

Y no puedo ni siquiera tener el derecho de llamarme rival suya.

Ella es noble, ella es blanca, ella es su legítima esosa ante Dios y ante los hombres.

Y yo soy la pobre tórtola de los valles que ya no tie- que hacer otra cosa sino gemir en las soledades.

De hoy en mas solo estará mi corazon, sola estará mi voluntad, solo estará mi amor.... y yo vagaré sola por el mundo como vagas tú ¡oh luna! por el espacio infinito de los cielos.

Tú que siempre andas errante, tú viajera silenciosa del firmamento, dime si hay en el mundo una mujer como yo de desgraciada....»

Dejó de cantar Marina é inclinó la cabeza sobre el pecho lanzando un profundo suspiro.

El eco de su voz fué perdiéndose á lo léjos y todo volvió á quedar en silencio.

Marina permaneció así algunas horas.

Cuando recobró los sentidos, la luna habia desaparecido, quedando envueltos en negras sombras el lago y los bosques y las montañas.

Reinaba la profunda oscuridad que precede á la aurora.

Los pájaros no se despertaban todavía y solo las hojas secas que se desprendian de los árboles de tiempo en tiempo, interrumpian con el sonido que les es peculiar el profundo silencio que reinaba en la naturaleza.

La vista del lago aparecia imponente, pues aunque sus aguas permanecian tranquilas, figuraban un abismo sin fondo en medio de aquella oscuridad.

Marina observó todo aquello y con extrañeza murmuró débilmente:

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Es que quiere aparecer el nuevo dia ó es que viene otra vez á envolvernos con sus alas de cuervo la triste noche?

Se incorporó cuanto pudo para ver primero el lago,

luego las montañas, despues el bosque de árboles que tenia á sus espaldas, y por último el Oriente, por donde una muy ténue claridad se presentaba como la timida precursora del gran astro del dia.

—¡Ah sí! dijo Marina, era tiempo de que la luna se ocultara, era tiempo de que el astro de la noche huyera de entre nosotros cansado de ver tantos dolores y tantas lágrimas: la luz del nuevo dia no tarda en aparecer y yo tengo que procurarme un asilo en la Gran Tenochtitlan. ¿Iré al lado de los españoles ó iré con los mios?.... ¿Me arreglaré una mansion especial para mí sola, cuando tan acostumbrada estoy á vivir bajo la sombra de los otros?..... ¿Podré acaso ser independiente y libre?........ ¿Y para qué sirve y qué vida es la que puede llevar una mujer sola en el mundo?.... Es como una yedra sin arrimo, es como un pajarito sin el nido de su familia, es como una barquilla abandonada á la violencia de los huracanes.

—No, continuó despues de un momento, yo no podré vivir sola en una casa....... yo soy muy débil para no necesitar la proteccion de los demás. Si yo me encerrara en la soledad de unas cuantas paredes, sin amigos, sin bienhechores, sin amos acaso, me agostaria agonizante en medio de los mayores sufrimientos...... si yo no puedo ser libre........ si yo toda mi vida.... casi desde que nací, he sido la esclava de los hombres......

Al decir esto, un sollozo, que mas bien parecia un rugido, salió del fondo de su alma desgarrando su pecho, y entonces fué cuando un torrente de lágrimas apareció en sus ojos.

Lloró Marina y con su llanto se fué despejando su imaginacion poco á poco, y poco á poco desapareciendo el inmenso dolor que pesaba sobre ella con todo el peso de un mundo.

Es que las lágrimas, si no dan la tranquilidad que falta al espíritu, alivian cuando menos la enfermedad que sufre el corazon.

¡Cuántos mortales, que no han podido derramar una lágrima en los momentos de su mayor afliccion ó han perdido el juicio para siempre ó han cortado en un instante el hilo de sus dias!

Marina, despues de haber derramado aquel torrente de lágrimas, que vino á servir de desahogo á su afligido corazon, tomó su lío de viajera y echó á andar con aquella ligereza propia de su raza, encaminándose á la naciente ciudad de México.

—¿Debo olvidarle completamente ó seguiré velando por él? se preguntó ella deteniéndose de repente, ya cuando la claridad de la mañana empezaba á alumbrar su camino, ¿acaso porque él me abandona debo yo tambien abandonarle?..... ¿Pero acaso porque él me deja, dejo yo de amarle?....,.... ¿Es menos mi amor porque él es mas ingrato?.... ¿He de morir de celos mientras él está en brazos de otra?......

Ante esta idea no pudo seguir adelante en sus reflexiones, sino que cayendo de rodillas esclamó con fervor religioso:

—Dios de los cristianos que eres el Dios á quien yo verdaderamente adoro, Dios lleno de jnsticia y de bondades: tú me seguirás dando fortaleza para cumplir mis deberes, tú alumbrarás mi camino...... tú

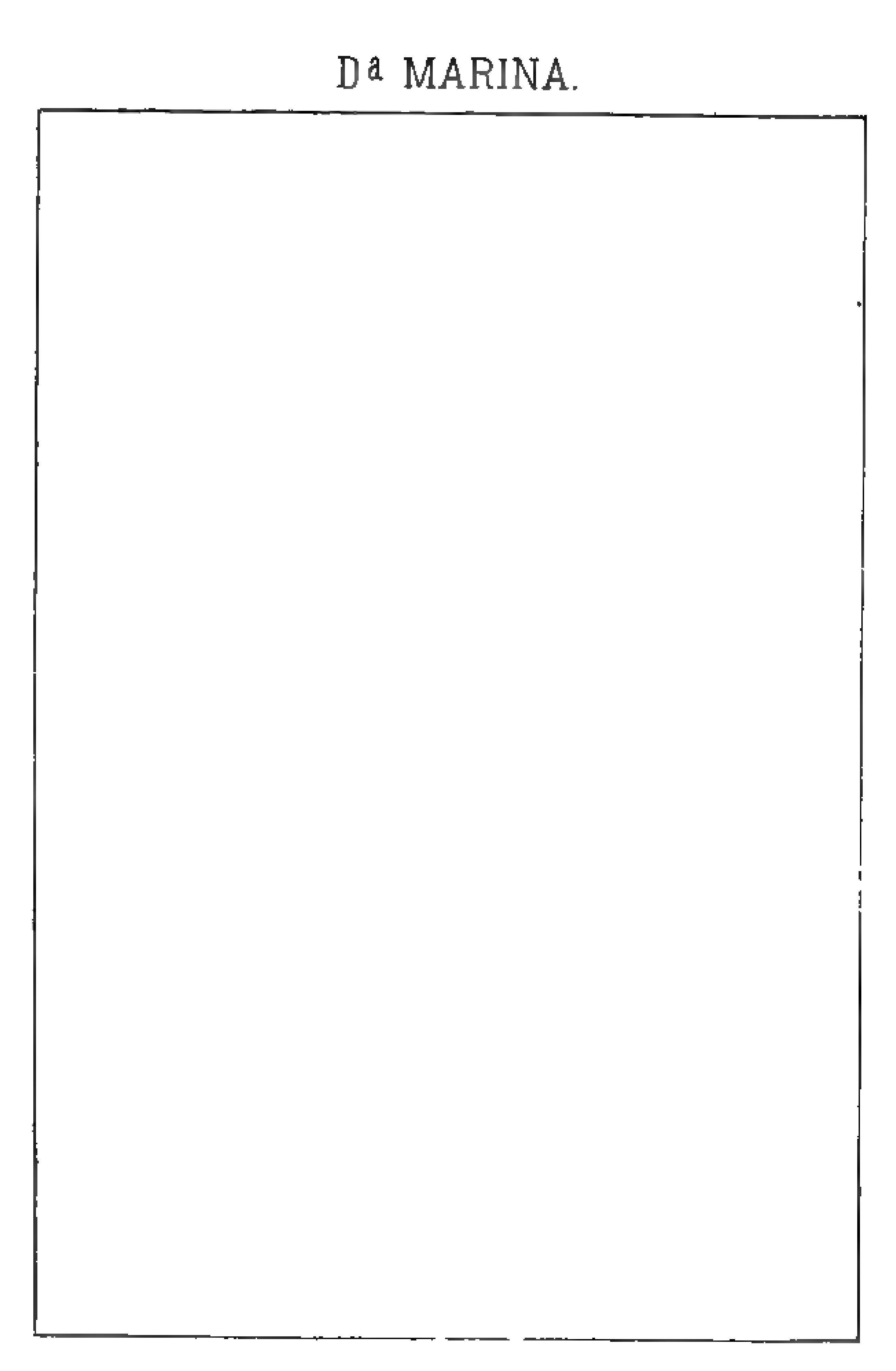
me consolarás en mis aflicciones....... ¡Dios de los cristianos que eres el mio, no me abandones tambien........ protéjeme!

Se levantó y echó á andar con resolucion, con la resolucion de los mártires.......

Cuando el sol apareció por encima de las montañas, Marina daba los primeros pasos en las calles de la ciudad de México.



Dª MARINA.



Tecuichpotzin se cruzó los brazos sobre el pecho en signo de agradecimiento y les dijo-Hablad.

CAPITULO IV.

El duelo.

Pronto se habia difundido á la sazon por el pais, la noticia de la muerte del último de los Moctezumas, y con ese motivo, el sombrío palacio de la princesa Isabel era muy visitado tanto por los indios como por los españoles. De los primeros llegaban todos los dias comisiones de los pueblos y señoríos no sujetos hasta entonces al dominio de la conquista y de los segundos visitaban á Isabel todos aquellos que no temian hacerse sospechosos al conquistador.

En la tarde de aquel mismo dia en que la descepcionada Marina habia puesto su hermosa planta en la Gran Tenochtitlan, dos diputaciones de indios de dos reinos poderosos, de Mechoacan la una y de Xalisco la otra, habian logrado penetrar sin ser sentidas hasta el palacio mismo de la princesa hija de Moctezuma.

Todavia ninguno de aquellos dos reinos estaba sometido, y muy lejos de ello hacian preparativos en grande para combatir á los conquistadores en caso de que fueran á atacarlos.

Las comitivas que traian los jefes de aquellas dos diputaciones se componian de cientos de hombres; pero todos estos se habian quedado emboscados á muchas leguas, cerca de los aguages que habia esparcidos en medio de la sierra y que les eran familiares: los jefes disfrazados con el traje azteca, que era el admitido en los barrios de México, se habian introducido en la ciudad llevando á la espalda un pequeño haz de leña en señal de que pertenecian á la entónces distinguida y privilegiada clase leñadora.

Para ser anunciados á la princesa Isabel se sirvieron de una corteza sumamente fina, arrancada á los árboles especiales de aquellas costas sometidas á los señores que los mandaban, en cuya corteza iba grabada con suma habilidad una escritura compuesta de signos y figuras, que seguramente era muy expresiva, puesto que la princesa Tecuichpotzin lanzó un grito luego que tuvo aquella estraña credencial en las manos y exclamó entre temerosa y alborozada:

—*Occenca hualca! ¡Tlalitic! ¡Tlalitic!* (1)

Cuando entraron los embajadores se adelantó el de Michoacan y tuvieron él y la princesa esta rápida conversacion:

—Aquin tehuatl? [2]

[1] **Cosa muy buena! ¡Adelante, adelante!**
[2] **—¿Quien eres tu?**
—Soy de Mechoacan.
—No me importa saber de dónde eres.

—Mechoacan no chan.

—Amo no tequiuh nic matiz campa mo chan.

—Tlein nozo tic nequi?

—Ma xinech ilhui mo toca.

—No toca yehuatl nihuey tlacatl.

Isabel mandó que se retirara toda la servidumbre é hizo adelantar á los dos enviados hasta cerca de su estrado en donde no pudo conseguir que tomaran asiento.

—Ya no soy princesa, les dijo con toda la humildad que le fué posible, ya no tengo rango ninguno: soy igual á vosotros.

—Señora, mi señora, gran señora, dijo el representante del reino de Xalisco que hasta entonces habia permanecido sin hablar, nosotros hemos sido enviados como siervos tuyos por nuestros soberanos y como siervos nos ves á tus plantas. Dobló una rodilla é hizo el ademan de coger tierra con la mano y besarla.

El otro embajador hizo lo mismo.

Tecuichpotzin se cruzó los brazos sobre el pecho y les dijo:

—Hablad.

—Me llamo yo Yaotecatl, que es el nombre de guerrero con que me distinguen en mi tierra y fuí nombrado por los Señores más poderosos de allá para venir á expresarte su dolor no solo por haber perdido á tu padre y á su gran imperio, sino porque han
do que últimamente un hermano tuyo, el último

›s qué es lo que quieres!
e me digas tu nombre y mision.
i nombre es que soy el enviado de un gran señor,

varon de tu raza, fué inmolado por el Malinche. No muy lejos se han quedado los hombres que forman mi comitiva y los presentes que fuí encargado de poner á tus plantas. Todo ello lo he dejado porque tuve noticias de que no era fácil llegar hasta tí ni con joyas de valor ni con ningun acompañamiento. En el camino me encontré á este noble de Mechoacan llamado Temachti acompañado tambien de mucha gente, mandado con el mismo fin por su soberano. Ambos, Señora, Gran princesa nuestra, venimos á ofrecerte nuestros homenajes por nosotros y por los que nos envian y á proponerte, si quieres, que nos sigas, que con nosotros tendrás libertad, respeto, honores y distinciones, de la misma manera que si estuvieras en tu propio reino y viviera el poderoso Moctezuma. Si no quisieres aceptar este humilde ofrecimiento, que será cumplido tal cual te lo decimos, ponemos á tu disposicion nuestros generales y nuestros ejércitos para que tú hagas con ellos lo que más te plazca y vendrán á pelear si tú lo ordenas, hasta perecer todos ó hasta devolverte el señorío perdido.

Dejó de hablar Yaotecatl porque observó que los ojos de la princesa se llenaban de lágrimas.

Entonces Temachti agregó estas breves palabras:

—Todo lo que ha dicho mi hermano Yaotecatl lo confirmo en nombre de mi rey y agrego qne este vería como un señalado favor tuyo que escogieras, Mechoacan para tu regia residencia: allí serias tú la primera soberana.

Isabel pensó involuntariamente en Pedro Gallego. Le halagaban mucho aquellas proposiciones: po-

derse vengar de Hernan Cortés, estar entre los suyos reverenciada, mandar ejércitos, reconquistar tal vez el poderío de su padre....era todo cuanto mas podia apetecer.

Pero entre aquellos sueños de gloria y de explendor aparecia risueña la imágen del español que la amaba y entonces se estremecia de terror al imaginarse una separacion en que iba á mediar un abismo

—Nobles señores, contestó despues de un instante de recogimiento, agradezco todo cuanto no os podeis figuraros el honor que habeis venido á hacerme en nombre de los poderosos reyes que os envian: podeis manifestarles que habeis visto correr mis lágrimas arrancadas por la gratitud; que no vacilaria en ponerme desde luego bajo su proteccion, aceptando la generosa hospitalidad que me ofrecen hasta cediéndome el poder que tienen y el mando de sus ejércitos, si no fuera porque actualmente me tiene embargado el dolor por la pérdida del último de mis hermanos y porque necesito estar aquí todavia velando los cadáveres y los intereses de los miembros de mi famllia, arrancados uno á uno por la implacable mano de Cortés. Que no vuelo ahora mismo aprovechando vuestra compañía porque tantos infortunios han agotado mis fuerzas y mi resolucion; pero que recojo y guardo sus ofrecimientos para mas tarde, encargándoles hoy solamente por conducto vuestro que no cedan ante los alhagos ni se rindan ante las amenazas, sino que sepan combatir hasta el último estremo como combatió mi marido y como supieron combatir y perecer todos los de mi familia. Decidles cuál es el Estado miserable

en que habeis visto aquí á la noble raza azteca y que por lo que os consta á vosotros mismos vale mas morir mil veces en los campos de batalla que llegar á la horrible condicion de esclavos.

Ambos señores consideraron terminada su mision y besaron otra vez la tierra haciendo las ceremonias que se estilaban en sus respectivos paises.

Antes de retirarse Yaotecatl sacó de debajo de su tilmatí un paquetito al cual quitó las primeras envolturas, apareciendo una cajita formada de dos conchas de oro:

—Guarda estas humildes joyas, hermosa y noble princesa, en prenda segura del ofrecimiento de mi señor y como recuerdo que te deja el mas humilde de tus vasallos.

La cajita de oro figurando conchas con hermosos esmaltes fué abierta manifestándose dentro dos perlas de gran tamaño y de una igualdad extraordinaria.

—Estas son dos perlas, dijo el enviado, de las que mandan á mi señor como tributo de las tierras que se encuentran mas allá de los mares.

Isabel recibió aquel valioso obsequio sumamente conmovida, ponderando la riqueza de las joyas.

Entonces Temachti siguiendo el ejemplo de su compañero sacó tambien de otro escondite otro paquetito, que desenvolvió haciendo aparecer un hermoso collar de esmeraldas hábilmente colocado en una cañita de oro maciso.

Isabel no sabia á cuál de los dos objetos debia destinarle mas consideracion.

—Divina princesa, dijo Temachti, doblando una

rodilla en tierra, recibe este presente que te envía el poderoso rey Tanguasan, Sr. de Tzinzonza y de todas las tierras que se comprenden desde allí hasta el límite de los mares.

—Dí á tu rey Tanguasan que le agradezco mucho su rico presente y que le conservaré como un recuerdo eterno de su adhesion y munificencia.

Despues de esto los embajadores se retiraron é Isabel volvió á quedar entregada al duelo que estaba haciendo por la muerte de su hermano, duelo que entre los de su raza tenia la duracion de cuarenta dias.

Como Isabel habia aceptado la religion cristiana y parte de las costumbres españolas, participaba en aquel momento el duelo que hacia de los dos tintes: la parte española se habia encargado de cerrar las ventanas y poner colgaduras negras; la parte india se habia encargado de regar flores de cierta especie, de encender fuegos azulados y de esparcir el aroma de los pebetes los cuales eran alimentados frecuentemente con incienso, copal y otras yerbas aromáticas.

Tanto Isabel como los demas habitantes del palacio llevaban cubierta la cabeza en señal de duelo y en los vestidos oscuros pendian insignias de negro color.

Marina vestia una túnica como el ala del cuervo, que arrastraba por el piso sus largas mangas, y la cabeza, como hemos dicho, la tenia cubierta con una tela oscura. Todos sus demas adornos en el cuello y orejas eran negros sentando magníficamente á la frescura de su garganta y mejillas.

En aquellos últimos dias el servicio habia retenido

en Coyoacan tanto á Pedro Gallego como á Juan de Jaramillo, así es que la tristeza de Isabel no tenia nada de fingido, pues si bien le afligia la muerte de su hermano que habia sido su inseparable compañero en los últimos dias de su vida, mas doblemente le atormentaba la ausencia de Pedro Gallego. Sin él, sin ver á su amante cuando menos una vez al dia, le parecia que estaba incompleta su existencia.

Es verdad que principalmente desde al oscurecer hasta que sonaba la queda recibia la visita de los españoles descontentos que habian hecho su casa el centro, si no de la conspiracion, cuando menos de las murmuraciones; pero ordinariamente estaba distraida y solo llegaba á tomar parte en la conversacion cuando se trataba de Hernan Cortés al cual no se cansaba de dirigir los mas tremendos cargos y las mas graves acusaciones. Era contra el único que solia desahogar su pecho femenil. Le llamaba asesino, amigo de lo ageno, déspota, interesado, vengativo, codicioso, lleno de perversos sentimientos é incapaz de llevar á cabo una accion generosa por insignificante que fuera. Isabel solia decir á los españoles que se reunian por las noches en su palacio, que ella consideraba muy superior en nobleza, educacion y moralidad á cualquiera de los últimos soldados respecto al conquistador Cortés, á quien no conocia, fuera de su valor brutal, mas que los hechos mas repugnantes como jefe de aquella expedicion y de las comarcas que habia dominado.

—¿Acaso necesitaba, decia, para apoderarse de las riquezas de mi padre dar un inútil tormento al ilustre Guatimozin? ¿Acaso ha necesitado para que se le res-

pete y se le tema haber mandado dar garrote á los mismos suyos? ¿Acaso necesitaba para ser rico tener que robar cuanto oro y piedras preciosas ha encontrado á nuestra nobleza y gente rica, cuando con solo gobernar aquí y esperar á recibir presentes hubieran ido á dar á su poder todas las joyas mas valiosas? ¿Acaso necesitaba en fin, haber derramado tanta sangre de mexicanos antes, en la guerra, y despues de la guerra, y últimamente hasta la de mi inocente hermano, cuando mas aceptable se hubiera hecho siendo generoso, humano y bueno, como lo manda la misma religion que profesa, esa santa religion que me habeis enseñado y que ha venido á purificar mi alma y mis sentimientos?

Despues que la princesa tenia esos ligeros desahogos contra Cortés inclinaba la cabeza sobre el pecho, derramaba algunas lágrimas á la memoria de su hermano y en seguida se calmaba pensando en su adorado Pedro Gallego.

En la tarde en que recibió la doble embajada de Xalisco y Mechoacan, despues que se hubieron retirado los embajadores con las ceremonias de costumbre, Isabel se dirigió á su gabinete acompañada solamente de su doncella favorita Xolotla.

—¿Que te parece esto? le preguntó colocando aquellas ricas joyas sobre una mesa de fina pizarra en donde mas realzaban su explendor.

—Primorosas, primorosas, contestó la doncella desvanecida ante aquella riqueza.

—No hay otras perlas como estas.

—¡Ah! pero este collar de esmeraldas....

—Son mejores las perlas....mira qué grandes son y qué iguales! mira que trasparentes!.... ¡mira qué lindas!

—¡Oh! sí, son muy hermosas, pero tú señora, mia, no has visto bien estas esmeraldas.

Tomó el collar Isabel y lo puso contra la luz, en el momento mismo en que otra persona de su servidumbre asomó discretamente la cabeza por entre las hojas de la puerta y pronunció el nombre de Pedro Gallego.

Isabel arrojó el collar sobre la cama sin querer mirarlo mas, se compuso un momento frente á su espejo y luego apareció en el salon donde le aguardaba el jóven radiante de alegría en medio de todas sus señaes de duelo.

CAPITULO V.

Purísimo amor.

—¡PRINCESA! exclamó Gallego poniendo una rodilla en tierra airosamente.

—Don Pedro, dijo esta dándole á besar su mano y pudiendo apenas contener los ímpetus que tenia de echarse en sus brazos.

Iba Pedro Gallego vestido de terciopelo negro y en todo su continente espresaba las muestras del duelo segun se manifestaba entonces.

Al ponerse de hinojos las largas plumas de su sombrero tambien negras barrieron el piso y la extremidad de su espada golpeó sonoramente contra las baldozas de mármol oscuro, de las cuales habian desaparecido las esteras con sus colores chillantes, al menos por aquellos dias.

Isabel consiguió, haciendo un ligero impulso, que el

jóven oficial se levantara y en seguida lo llevó de la mano al estrado.

—Siéntate, amigo mio, dijo ella, y reparando en que habia equivocado el tratamiento que usaban los españoles, procuró deshacer el equívoco agregando: —Sentaos.

—Habladme como podais mejor, hermosa Isabel, como tengais la costumbre de hablar.... El tú que usais vosotros, me parece tan sencillo, tan dulce, que de muy buena gana quisiera que lo siguierais usando conmigo.

—Como siempre sois bueno, Don Pedro, y sobre bueno sois discreto y prudente, me perdonareis mis faltas al hablar, porque todavia no conozco bien ni la lengua vuestra ni vuestras costumbres.

—Dejemos eso.

—¿Y por qué no habias venido?

—El servicio militar me ha retenido cinco dias seguidos en Coyoacan.

—¡Ah! dijo simplemente la princesa.

—Despues de aquel gran riesgo que corrí y del cual vos me salvasteis, ya no he vuelto á caer en la tentacion de ser conspirador.

—Y sin embargo, creo que Cortés no te trata mejor que antes.

—Acaso dude de mi lealtad.

—¿Por qué? Con ese hombre no hay obligacion de ser leal.

—Que decís?

—Que cuando él no sabe ser generoso, ni sincero, ni cumplido, ni hidalgo, ni noble, ni grande, no pue-

de pedir que los que le rodean le amen con sinceridad.

—Yo no le amo en efecto....

—Ni podrás amarle jamás sabiendo que ha sido cruel conmigo.

—Pero vuestro hermano fué encontrado en los jardines del palacio....

—En donde yo tambien estaba.

—Es verdad; pero vuestro hermano habia penetrado allí furtivamente.

—Y cual delito cometió?

—Se le sospechó que pretendiera cometer un rapto que podia considerarse como sacrílego.

—Pues á quien queria llevarse?

—Vos lo sabeis: á Marina.

—Y tú tambien sabes que en esa memorable noche Marina era perseguida por Juan de Jaramillo.

—¡Chist!

—Jaramillo es tu amigo y lo defiendes, mientras que á mi pobre hermano....

—No sospecheis siquiera que yo pueda ser indiferente á vuestra desgracia.

—Pero tú juzgas que la muerte de mi hermano fué justa, tú juzgas que el príncipe era culpable.....

—Yo no juzgo nada, Isabel, ni siquiera he pensado jamás que vuestro hermano podia tener alguna culpabilidad solo porque amara á Marina.... En amar no ay delito ninguno.... Líbreme Dios de imaginarme quiera que el amor ès la culpa; no, no, mil veces no. l amor es una inspiracion del cielo..... Yo repetia

sencillamente lo que se hablaba cuando tuvo lugar aquella fatal ejecucion.

—Calla, Don Pedro....no me recuerdes....

—Es mejor no recordarlo.

—¡Me ha hecho sufrir tanto Hernan Cortés!

—Si vos le odiais, yo tambien le ódio.

—¡Que si le odio! De buena gana quisiera tener las fuerzas de un hombre....

—¿Que hariais entonces?

—Me precipitaria sobre él y le atravesaria el corazon con un puñal.

—Lo decís de veras?

Isabel se echó á llorar.

—Bien sabia yo que teniais un gran corazon incapaz de secundaros en esos pensamientos....bien sabia que no seriais vos la que me impulsara á ser asesino ni cobarde....vos querriais muy bien que yo combatiera el poder de Cortés peleando frente á frente, con la visera de mi casco levantada; pero nunca me perdonariais, ni nunca me amariais, si yo fuera un miserable asesino.

Isabel sollozando atrajo á sus brazos al jóven.

—¡Qué noble y qué generoso eres! dijo rosando con sus labios la rizada cabellera del jóven.

—Me amais? preguntó él dejándose arrastrar por sus sentimientos apasionados.

—Que si te amo?....No hay palabras bastante dulces, bastante enérgicas, bastante apasionadas, ni en el idioma tuyo ni en el mio, para poderte esplicar la manera con que yo te amo, Don Pedro, para poderte decir todo lo que siento en mi corazon, para poderte es

presar todas mis ansiedades todas mis emociones....

—Continuad, continuad....

—Por la mañana, cuando vienen á cantar los pájaros en mis jardines, cuando esos pequeños séres vestidos con plumas de mil colores, comienzan á dirigirse espresivos gorgeos, modulando desde el ¡ay! gemidor hasta el acento que centellea de placer, envidio esos trinos que tanto podrian manifestarte de lo que siento en mi sér, todo trastornado por un inmenso amor. Así, digo yo, cuando oigo el acento apasionado de los pajarillos, así deberia dirigirle mis quejas á mi amante cuando no viene á verme en varios dias; y luego qne cambia el tono de la queja á la mas dulce ternura, agrego yo: esa voz quisiera tambien para decirle á mi amante que ya estoy contenta con sus disculpas, que ya no abrigo resentimiento alguno, que los que aman no deben ser rencorosos ni malos, sino que siempre han de estar inclinados á la tolerancia y á la benignidad. Despues cuando agitan sus alas y estremecen el aire con sus cantos sonoros y apasionados, digo yo: así, así deberia tener esa voz y esos conceptos inexplicables para decir á mi amante:—Tú eres el bien venido al hogar de la que te adora. Llega, llega á la cabaña en donde no debe enseñar su torvo ceño ningun disgusto, en donde no deben reinar mas que el amor y la alegría. Ya he depuesto mis ansiedades y recelos, ya he oido las razones que tuviste para no venir á verme en todo el tiempo en que ocho veces estuvo orriendo el espacio el luminoso rey de los aires.... ga, llega al pobre asilo de la que te espera con án- para contemplar el tranquilo fulgor de tus ojos que

están siempre respirando hidalguía y nobleza; llega, seguro de que solo te aguarda un corazon que late amoroso por tí y una inteligencia, una imaginacion, una voluntad entera que solo á tí te pertenecen. Llega, amado mio, llega sin temor al regazo de la que va á ser tu esposa y tu eterna compañera en las vicisitudes de la vida, llega tranquilo á los brazos de la que te ama con todas sus fuerzas, de la que te adora como si fueras un dios, de la que quiere en tus lábios beber como en una fuente inagotable su eterna felicidad.

Así se me figura que deben hablarse unos á otros los pajarillos; algun lenguaje sencillo así les debe servir para hablarse de amor; en esos gorgeos quizás van expresadas con mas dulzura sus quejas, sus reconciliaciones y sus cariños; pero yo quisiera saber unas palabras mas espresivas y mas ardientes, para decirte, una y muchas veces, Don Pedro: yo te amo, te amo, te amo.

Gallego completamente trastornado ante aquella sencilla peroracion de la jóven india, cayó de rodillas y besó sus manos con efusion, no atreviéndose á pronunciar ninguna palabra.

Isabel le contempló extasiada y llena de ternura.

Ella agregó luego:

—Me preguntas tú que si te amo? No te lo diré yo, que me siento embargada por todas las ansiedades que produce el amor, por todo el fuego de un corazon que arde en una llama constante de delirios, por toda la intensidad de una pasion sin freno; no te lo diré yo á quien parecen muy pálidas todas las expresiones para esplicar un amor tan gran-

Dª MARINA.

Y siguieron contemplándose los dos amantes de un modo indefinible

de, pregúntalo sí, á los primeros tintes de la aurora que me encuentran ya despierta, alimentada por tus recuerdos; pregúntalo á las aguas de la fuente que han recibido las lágrimas que derramo desconsolada cuando trascurren las horas y no te veo; pregúntalo á las flores de mi huerto que han oido que al besarlas murmuran mis lábios entre sus hojas muy quedo, muy quedo: ¡es para mi amante! Pregúntalo á los primeros rayos del sol que vienen á alumbrar la tierra, que siempre llegan á secar al par que la gota del rocío de las enredaderas de mi ventana, las huellas que ha dejado en mis mejillas alguna lágrima furtiva arrancada por vanas sospechas que no han tenido fundamento alguno; pregúntalo á las brisas que penetran al través de mis aposentos y que debieran haberte llevado ya millones y millones de suspiros; pregúntalo á mis esclavas cuando velan mi sueño, y ellas te dirán que aunque dormida nunca dejo de pronunciar tu querido nombre; pregúntalo á cada uno de los objetos que me rodean, á esos negros crespónes, á esos pebeteros que muchas veces agitados por el aire vienen á inundarnos con nubes de incienso, á la auras que habitan en torno de mi lecho, al yepilli con que me levanto ó al *tlacuitlahuilo* con que me acuesto, pregúntalo, por último, al gran Dios que nos escucha y al cual no se puede ocultar ninguna de las cosas de la tierra y todos te dirán de consuno, siu discrepar en lo más mínimo, con la mas completa uniformidad, todos te dirán á una voz: la princesa Isabel está muriéndose de amor por tí, te ama, te ama, te ama.

Al decir esto la princesa pasó las manos por sobre

el cuello de Gallego y lo atrajo á sí voluptuosamente quedándosele viendo con inmensa pasion.

El jóven á su vez rodeó la cintura de la princesa con sus brazos y con una rodilla en tierra se arrobó en la mas estática contemplacion.

Al fin de algunos segundos solo pudo pronunciar estas palabras en medio de la mas profunda emocion:

—¡Os adoro!

Y siguieron contemplándose los dos amantes de una manera indefinible.

Al fin la jóven fué la primera que volvió en si de aquel parasismo y dijo á Gallego con voz que apenas podia percibirse:

—Levántate, señor.... siéntate aquí á mi lado.

—Princesa, me habeis hecho en esta tarde el mas feliz de los hombres.

—Ven.... Don Pedro,...... siéntate.

—Dejadme adoraros otro momento mas.

—¿Me amas tú lo mismo que yo te amo?

—Yo no posco el encanto que vos poseeis en la palabra; yo no puedo deciros en poéticas frases que arrebatan y encienden el ánimo, cuál es la pasion que mi pecho consume; yo no sé con qué palabras poder espresaros todo lo que pienso, todo lo que siento, todo lo que os amo........ pero sabed que sois la estrella que alumbras mi camino, que sois el aroma que embriaga mis sentidos, que sois el ángel que vela mis sueños, que sois la luz que ilumina mis pensamie[illegible]s; que sois el recuerdo que multiplica mis esp[illegible]n-zas, que sois el ídolo á quien consagro todo el in[illegible]n-so de mi alma, toda la fuerza de mi voluntad, to[illegible]el

fuego santo que hay en mi corazon. Sabedlo, Isabel, si vos no me amárais como me habeis dicho que me amais, siendo que nada me quedaba que hacer en el mundo ó me entregaba á las fieras de los bosques, ó me precipitaba yo solo á las tierras no conquistadas en busca de una muerte segura, ó me desgarraba el pecho con mis propias manos. Con vos á mi lado, yo deseo distinguirme como valiente, yo quiero ser noble y grande, yo quiero conquistar para vos una corona de reina, yo quiero daros un cielo por dosel y por cetro las más grandes riquezas de la tierra.......... pero sin vos, Isabel, sin vos que sois la mitad de mi vida, la mitad de mi ser, la mitad de mi alma, es preferible ser devorado por las fieras ó por los hombres, no importa por quién, pero sí inmediatamente morir....... ¡Ser vuestro ó morir!

—Amor mio, mi bien amado....... no sigas hablando así porque se me trastorna la cabeza.............. millares de luces giran en torno de mí y me parece que voy á ahogarme en un lago de felicidad.

—Yo tambien me siento desfallecer, amado mio.... yo tambien siento que esta atmósfera que respiramos ahora llena de perfumes y de amor parece sofocarme. ¡Cuánto te amo, D. Pedro!

—Cuánto os amo yo tambien, Isabel.

Y los lábios de los dos jóvenes se unieron, sin que ni uno ni otro hubiera pensado en aquello, y el beso ..s puro unió para siempre aquellas dos almas.

..sí entrelazados ambos amantes, unidos de pensa..nto y de corazon, unidos en una emanacion de ..or, confundidas las dos respiraciones, permanecie-

ron los dos jóvenes por algun tiempo, sin que ni la sombra de una idea licenciosa viniera á turbar aquella felicidad celestial.

Nunca un amor mas puro se habia albergado en corazones mas ardientes y mas generosos.

Nunca la materia habia andado mas léjos de dos espíritus, reconcentrados en el sentimiento mas vaporoso aunque mas apasionado y ardiente.

CAPITULO VI.

Lo inesperado.

EL deliquio amoroso de nuestros dos jóvenes fué interrumpido por la llegada de algunos españoles de los que iban á matar el tiempo. Generalmente se hacian allí encontradizos los descontentos, y como sabian que la princesa odiaba á Cortés con toda su alma, cuando no conspiraban en los salones del palacio se desquitaban murmurando y quizás haciendo de mayores tamaños las faltas, abusos y crímenes del general.

Primero habian llegado Simon de Cuenca y Diego de Valdenebro, despues siguieron apareciendo Estrada, Albornoz, Dorantes, Diego de Soto y otros, hasta completar una docena. Parecia enteramente casual aquella reunion, y sin embargo, iba ya siendo la tertulia de costumbre.

A cada uno que llegaba se le ponia una pequeña mesita por delante, cubierta con una servilleta muy limpia y en seguida se les servia ó leche fresca, ó chocolate, ó miel vírgen con panecillos del país, ó cualquiera otra de sus golosinas preferidas.

El último que llegó á la reunion fué Juan de Jaramillo, que aunque reconciliado con Cortés lo mismo que Pedro Gallego, seguia participando de las ideas de los descontentos á las cuales le impulsaban mas los celos que la política de la que se ocupaba muy poco, enamorado como estaba de la bella Marina.

Gallego, de la misma manera solia tomar parte en las conversaciones que se suscitaban contra el gobernador de la Nueva España, lanzándole uno que otro epígrama cuando se le presentaba una coyuntura, porque veia que era muy del agrado de la hija de Moctezuma, la cual festejaba las gracias de su amante de la manera mas estrepitosa.

Casi siempre premiaba uno de esos donaires del jóven, trayéndole un panecillo fabricado con sus propias manos. La princesa Tecuichpo habia sido siempre muy hacendosa y en el palacio de su padre habia sorprendido los secretos de los mejores cocineros aztecas. Tenia gusto muy fino para condimentar dulces y aprovechar en pastas muy variadas las harinas que producian los variados granos de la tierra.

Jaramillo tuvo muchísimo gusto de encontrarse allí á Pedro Gallego al cual iba buscando.

Cuando todos estaban entretenidos con una noticia que acababa de dar Cristóbal de Olid, aquel hizo una señal al jóven alférez y ambos se separaron del

grupo, yéndose tomados del brazo como de paseo á una habitacion contigua.

Una vez que estuvieron solos, dijo Jaramillo á Pedro Gallego temblando de emocion:

—No sabeis si se encuentra alojada Marina en el palacio de la princesa Doña Isabel?

—Aquí? preguntó Gallego, ¿estais loco? ¿Qué habia de venir á hacer aquí Marina?

—Es que la han visto esta mañana atravesar por una calle y eso quiere decir que durmió anoche en Temixtan.

—¡Ah! entonces ser muy bien pudiera. A mí Doña Isabel nada me ha dicho de esas cosas.

—¿Quereis preguntárselo?

—Sí que la preguntaré si con ello os doy gusto.

—Mucho que me lo dais, porque ardo en deseos de verla y saber quiero en dónde podria encontrarla.

—Pero seguro estais de que Marina ha venido á Temixtan?

—Seguro: la ha visto mi escudero.

—Seguirla debió el escudero.

—Torpe anduvo en no hacerlo, pero órdenes no tenia para tal contingencia.

—Volvamos al salon para preguntar á la princesa.

Y ambos jóvenes volvieron al salon cogidos del brazo y como entretenidos en una conversacion indiferente.

Gallego se habia acercado ya á la princesa é iba á hacerle la pregunta, cuando Valdenabro dijo en voz alta:

—Seguros podeis estar de que algo grave pasa á Don Hernando cuando ha mandado que venga á Temixtan á Doña Marina.

—¿Doña Marina está en Temixtan? preguntaron varios como asorados.

—No lo creo, esclamó la princesa Tecuichpotzin, porque ya hubiera venido á verme: somos tan amigas que hasta solemos tratarnos como hermanas.

En ese momento entró un jóven indio lujosamente vestido y pronunció el nombre de Marina.

—¡Ah! esclamó Jaramillo perdiendo el color.

—Razon teniais, le dijo Gallego al oído.

—¿Qué hacemos? preguntaron varios de los que se consideraban como cogidos infraganti conspiracion.

—Quedaos quietos, dijo tranquilamente la princesa, pues que todas las gentes saben que concurrís á mi casa los mas de los dias á tomar el chocolate.

—Pero Marina nos conoce mucho y Cortés nos tiene bien marcados.

—Seria bueno ocultarnos, dijo uno.

—O salirnos por una puerta secreta.

—Nada de eso se escaparia á Marina y seria confesaros culpables cuando no lo sois, agregó la princesa.

—Os respondo, dijo Jaramillo á quien cansaban ya estos temores por causa de la llegada de Marina, de que ningun peligro correis.

Ante esta seguridad de un hombre que llevaba tanta intimidad con Cortés como con su favorita, todas las vacilaciones callaron.

Marina entró al salon tan serena como si no hubiera tenido una noche entera de sufrimientos.

De una sola mirada abarcó toda la escena y cuando sus ojos se detuvieron en Jaramillo el rubor subió á sus mejillas.

A este dió la mano al pasar, á los demas les hizo un saludo general y luego se precipitó en los brazos de la princesa diciéndola:

—Mi muy amada Tecuichpotzin....

No pudo continuar porque el llanto ahogó sus palabras y dos grandes lágrimas se desprendieron de sus ojos.

A todos sorprendió de pronto aquel llanto repentino; pero Marina haciendo un esfuerzo supremo, lo esplicó de un modo que pareció natural diciendo:

—¡Ah! mi querida princesa y hermana! ¡que tristeza me causa ver este luto y estas colgaduras....como no te veia desde entonces....paréceme que ayer mismo sucedió tu inmensa desgracia.

Al recuerdo de su hermano, Isabel tuvo tambien que llorar, viniéndole á la imaginacion todos los pormenores de aquel amor insensato que habia llevado al jóven al suplicio.

Marina como se comprende muy bien, lloraba por su dolor propio, por aquel inmenso dolor que se hacia mas vivo al lado de la felicidad de la princesa; pero esta misma á pesar de toda su perspicacia, creyó que ella era la causa del llanto y se soltó llorando tambien.

Los circunstantes guardaron un religioso silencio.

Marina comprendió que aquella situacion no debia prolongarse y dijo á la princesa:

—Perdona si tan inoportunamente he venido á avivar el motivo de tus afiicciones..... Estos Señores me perdonarán tambien.

Todos se levantaron de sus asientos y cada cual dijo á su manera que consideraba aquel exabrupto como muy natural.

Jaramillo con mas atrevimiento se acercó á Marina, le cogió una mano y llevándola respetuosamente á sus lábios á la vez que doblaba una rodilla en tierra dijo con voz temblorosa:

—Un ángel sois, Señora, un ángel que por donde quiera que vais derramais bondades y que llena de buenos sentimientos sabeis ser grande, como sabeis ser noble y generosa.

Solo los pocos que estaban en el secreto comprendieron aquel arranque de Juan Jaramillo.

—Lisonjero estais, Sr. de Jaramillo, contestó Marina con naturalidad, y con mas seguridad todavía añadió dirigiéndose á la princesa:

—He llenado un deber mio con venir á saludarte á mi llegada á Tenochtitlan, y te dejo, querida Tecuichpotzin.

—¿Me dejas? preguntó aquella con ojos atónitos y sin poderse dar cuenta exacta todavia de lo que pasaba, ¿me dejas? ¿y por qué?....¿y como habia yo de permitirlo?

—Me esperan en mi lejana casita que acaba de ser construida al Poniente.

—No yo no puedo permitir que te vayas tan léjos y....á estas horas ....ya va á comenzar á oscurecer ....no, no.

—Vine en un palanquin y hay afuera buen número de los de mi servidumbre esperándome.

—Pero no me has dicho nada....no hemos platicado todavia......¿Es que dejas á Coyoacan?..¿es que vienes á Tenochtitlan por unos cuantos dias?.... ¿Es que no te quedas en mi casa? ¿Es que no te agrade mi hospitalidad?....¿Es que me abandonas en los momentos en que mas necesito de tus consuelos y de tu sabiduría?

—Me conturbas haciéndome á la vez tantas reflexiones que me hieren el alma. A todas tus preguntas contestaré con una sola respuesta: mañana me vendré á comer contigo.

—¿Y por qué no te quedas ahora?

—Porque he venido á atender por mi misma mis negocios; me he instalado ya en mi casa y necesito con el ejemplo enseñar á los que me sirven á recogerse temprano.

—¿Quiere decir que no podré detenerte conmigo esta noche?

—No.

Ante negativa tan terminante, Isabel nó tuvo que hacer otra cosa sino inclinar la cabeza resignada.

La abrazó Marina con efusion, cubrió sus mejillas de besos y se arancó de ella ofreciéndola de nuevo verla al dia siguiente.

—¡Ah! Don Pedro, dijo reconociendo á Gallego al irse despidiendo de cada uno de los circunstantes,

perdonad si no os habia distinguido. Creo que la hermosa princesa Tecuichpotzin os permitirá venir á comer tambien con nosotros mañana.

El jóven se ruborizó hasta las uñas.

Isabel dijo con voz temblorosa:

—Permitido.

—Gracias, dijo Gallego estrechando con gratitud la fina mano de Marina.

—Hasta mañana, le dijo ésta. Adios, señores, dijo á los demas prodigando á todos hechiceras sonrisas.

Jaramillo la ofreció su brazo para conducirla á la puerta.

Marina al contacto de la mano de aquel hombre que la amaba, sintió un estremecimiento por todo su cuerpo.

El jóven español estaba por su parte tan turbado que no se apercibió de nada.

¡De cuánto le hubiera servido en aquel momento haberlo notado!

—¿Qué significará la venida de Marina á México? dijo Simon de Cuenca, que parecia uno de los mas preocupados.

—Alguna novedad hay por Coyoacan, se apresuró á contestar Diego de Valdenebro.

—Lo particular, añadió Dorantes, es que la Malitzin se viene á vivir en la casa que por el barrio de San Cosme dizque se le está fabricando.

—Y qué?

—Que está muy léjos y que si á negocios de la Corte viniera, mas al centro del real le convendrá vivir.

—Mucha razon que tiene el hidalgo Dorantes, dijo Diego de Soto, Marina no viene á mezclarse en los negocios del real.

—Quien pudiera sacarnos de dudas, volvió á decir Simon de Cuenca, es la hermosa princesa que tan suya amiga es y que tanto conoce á Marina la Lengua.

Isabel se sonrió y dijo:

—Piérdome tambien en conjeturas: por mas que conozco á Malintzin y sé adivinar sus pensamientos, en esta vez no comprendo lo que significa su venida repentina ni su estancia en San Cosme; pero me ha ofrecido venir á comer mañana y yo os prometo que despues de hablar con ella todo quedará bien aclarado.

—Tiene razon, dijeron algunos.

Otros se restregaron las manos.

Y todos por fin quedaron conformes en que para la próxima tertulia quedaria satisfecha su curiosidad.

Entre tanto, Juan de Jaramillo que habia acompañado á Doña Marina hasta la puerta, le dijo al llegar allí con la mas humilde timidez:

—Tendreis, respetada señora, mia la gran bondad de recibirme en uno de estos dias en vuestro palacio de San Cosme?

—Señor de Jaramillo, contestó Marina con voz clara, no me atreveria jamás á recibir á persona tan distinguida como vos entre aquellos escombros.

—Pero si yo os ruego que me lo dispenseis como una merced muy señalada.

—Imposible, señor, imposible: aquella morada no

está propia todavía para que la pueda ver un caballero.

—¿Sereis tan cruel, Marina....?

—Lo que tuvierais que decirme allí podriais decírmelo aquí mismo ó mañana, ú otro dia que nos encontremos en este palacio ó en alguna parte.

—Lo que tenia que deciros una y mil veces, es que os amo.

—Ya me lo habeis dicho en efecto.

—Y os lo seguiré diciendo siempre.

—Sois tenaz.

—Soy muy desgraciado.

—No os quejeis de vuestra suerte.

—Sí, no he sido descuartizado vivo como el hermano de Dona Isabel que cometió el crímen de amaros; pero mas valiera....

—¡Callad!

—¿No quereis que os recuerde á aquel desgraciado?

—Lo que no quiero es que me hagais pensar en algun castigo que á vos se aplicara.

—¿Sentiriais verme en el tormento?....

—No me hagais padecer con esas cosas, Don Juan de Jaramillo.

—Entonces me amais?...

—No vayais tan lejos....

—Sí, sí, decidme que me amais, Marina......

La jóven india estrechó la mano de Jaramillo de un modo particular y le dijo casi al oído:

—Dentro de pocos meses ya podré amaros. Ahora, ¡adios!

Y rapida como un relámpago saltó á su litera é hizo que inmediatamente empezaran á andar los criados seguidos de su acompañamiento.

Jaramillo se quedó atontado, completamente aturdido, aún tuvo que cogerse de la pared para no caer.

—Dice que podrá amarme .... murmuró, ¡oh! ¡que felicidad!

En los salones de Doña Isabel ya se estaban haciendo comentarios sobre aquella tardanza del mancebo.

CAPITULO VII.

Boda acordada.

SUNTUOSAMENTE estaba engalanado el comedor en el palacio de la princesa Doña Isabel, el dia siguiente al de las escenas que acabamos de contar, lo cual dispuso ella pretestando que iba á recibir en él á la hermosa consejera del conquistador, Doña Marina, aunque en realidad porque iba á encontrarse allí por vez primera su amante Pedro Gallego.

Desde muy temprano se habia levantado la alborotada princesa y habia estado ella misma dirigiendo todas las maniobras.

El comedor era espacioso aunque despoblado, pero ella procuró cubrirlo de rosas, para que disimulara su

aspecto solitario. La bóveda descansaba sobre torneadas columnas y las ojivales ventanas caian de un lado sobre un parque y del otro sobre los jardines. Enfrente daba saltos y murmuraba una cascada de agua cristalina que era la que iba á surtir los baños y satisfacia á todos los usos domésticos.

En el centro se encontraba una tosca mesa bastante baja, siguiendo completamente el uso azteca en sus tamaños y contornos, y al rededor de la aplastada mesa se veian esponjados cojines bordados de plumas y sedas.

Ocho pebeteros estaban constantemente perfumando aquel recinto con distintos aromas que los criados se encargaban de reponer, encargándose tambien de estar avivando la lumbre y de estender las nubecillas de humo con grandes abanicos á fin de que este no se hiciera molesto.

En contorno se veian grandes jarrones cargados de flores, lo mismo que habia lazos de flores suspendidos del techo, flores en el piso, flores sobre la mesa y por todas partes.

Al entrar alli parecia que se entraba en un templo por el raudal de luz y de aromas.

Si á esto se agrega el grato rumor de la próxima cascada y las brisas que jugueteaban sobre las enredaderas que se columpiaban desde lo mas alto de las ventanas, se vendrá á tener una idea mas cabal de la hermosura de aquel estraño comedor.

La princesa anduvo personalmente viendo que todo estuviera lípio y que nada se encontrara fuera de su lugar. Recorrió su comedor varias veces, tomando la

perspectiva de diferentes lados. Cuando estuvo satisfecha de que se encontraban bien hasta los últimos pormenores, se sonrió con agrado y dijo á una de sus parientes en que tenia mas confianza, que se habia bautizado y llevaba ya un nombre español:

—Tu, Juana, no te separes de aquí ni un momento, mientras voy á la cocina á concluir de hacer con mis manos el manjar que preparo á mis convidados: cuida de que todo permanezca aquí como está en este momento. Los perfumes que se derramen por la estancia no han de ser ni muy vivos ni muy suaves; la temperatura no ha de ser ni mas tibia ni mas fresca; la luz no ha de ser ni mas intensa ni mas opaca; las flores no han de estar mejor ordenadas ni han de ser de mas pintados colores, ni han de ser mas lozanas ni mas marchitas.... todo quiero que siga aquí como en este momento.

—Así se hará, princesa, yo te lo ofrezco y puedes irte sin cuidado, contestó Juana.

Isabel se dirigió entonces á la cocina y terminó allí de la misma manera todos los preparativos indispensables, dando la última mano por su parte á los esquisitos manjares que se habia encargado de preparar.

Cuando ya todo estuvo á su gusto, se dirigió á sus habitaciones para ocuparse de si misma con toda la diligencia necesaria, pues ya estaba muy adelantada la mañana y sus convidados no podrian tardar mucho en llegar.

Estos convidados eran dos solamente, pero con ellos habia para que se hubiera puesto en movimiento toda la casa. Fácil es comprender los motivos: queria des-

lumbrar á su amante, pero mas aún queria deslumbrar á Marina poniéndola del modo mas visible lo que una mujer enamorada podia hacer por un amante de las prendas y condiciones de Pedro Gallego. Es decir, queria lucirse con este, pero mas queria lucirse con Marina que como mujer estaba en aptitud de comprender todas aquellas inocentes coqueterias.

Xolotla y las demas doncellas de su servidumbre íntima se encargaron de arreglar su tocado y de cubrirla de galas de acuerdo con el riguroso luto que llevaba. No tenian que hacer esfuerzos para hacer resaltar la hermosura de la princesa, que fresca como una rosa primaveral, aparecia quizás mucho mas linda con su severa sencillez.

Arreglaron las abundantes madejas de su negro cabello en trenzas tejidas con mucha gracia rematadas con anchos listones negros, le dispusieron unas artisticas ondas sobre la frente, le pusieron pendientes de oro y azabache, adornaron sus brazos y piernas con ligas negras y hebillas de oro, su huepilli era de terciopelo negro con encajes blancos, su cintura leve fué ceñida con una banda tambien negra, y eso fué todo, y con eso bastó para que se viera magnificamente engalanada. Se contempló la princesa en el único espejo grande que habia adquirido á un precio enorme y se sonrió con la satisfaccion dibujada en todo su semblante. La agitacion del trabajo habia traido el color de los corales á sus mejillas y estaba bella como un ángel.

Apenas acababa de hacer las últimas indicacione á sus doncellas y éstas de ejecutarlas, cuando viniero á avisarle que allí estaba Marina,

Pedro Gallego debia haber sido el primero en llegar, pero hacia mas de media hora que se andaba matando el tiempo en los alrededores esperando ver llegar el palanquin de Doña Marina con el cortejo que debia seguirla.

Gallego, como la princesa, habia pasado una noche de ansiedad y se habia levantado con la prímera luz de la aurora. Poco era lo que tenia que arreglar en su persona, supuesto que el bozo que desde hacia poco tiempo le habia aparecido sobre los lábios, apenas empezaba á tomar forma de bigote. Sin embargo, se atuzó éste como mejor pudo, peinó con esmero sus rizados cabellos, vistió su traje de corte mas lujoso que era el único que tenia de terciopelo color de granate, esponjó las plumas de su sombrero, limpió con exageracion la empuñadura de su espada, se puso, en fin, tan elegante y tan vistoso, como se lo podian permitir sus circunstancias de oficial subalterno y aunque en estas operaciones habia empleado unas cuatro horas, todavía le quedó tiempo mas que suficiente para repasar los galantes discursos que debia dirigir á la princesa.

Por fin, no pudiendo soportar mas las estrechas paredes de su habitacion que tenia en el mismo cuartel por el rumbo de Tlaltelolco, salió á la calle y se fué paso á paso encaminando al futuro céntro de la metrópoli mexicana.

Despues que vió llegar á Marina, ya no tuvo inveniente en aproximarse tambien y llamar á las ertas del suntuoso palacio de la heredera de Mocuma,

Pedro Gallego fué anunciado y la princesa se desprendió de los brazos de Marina para ir á encontrarle llena de alegría á las puertas del salon.

El jóven dobló una rodilla y besó respetuosamente la mano de la princesa: ésta hizo impulsos para levantarlo luego y lo llevó de la mano al estrado en que se encontraba ya instalada la hermosa Marina.

Se cambiaron los saludos corteses qué entonces se estilaban y comenzaron despues una de esas difíciles conversaciones que son las que preceden generalmente en las reuniones, por íntimas que sean, antes de establecerse la confianza.

Marina decia que estaban muy adelantadas las obras de la ciudad, en las cuales no se habia fijado antes cuando estuvo alojada en la casa de la princesa porque allí tenia todo lo que necesitaba para mantener ocupada su imaginacion.

Gallego contestaba distraído y siempre dirigiendo á Isabel miradas apasionadas, que habia un gran número de trabajadores esparcidos por todas partes, los cuales como por milagro hacian aparecer de un dia para otro nuevos edificios.

Se hicieron elogios de los magníficos palacios que estaban levantándose cerca de la plaza mayor Pedro de Alvarado y algunos de los capitanes á quienes habia tocado un rico botin despues de la conquista.

Isabel dijo con mucha gracia que no parecia sino que estaba edificándose una ciudad que debia ser habitada por príncipes. Con esto aludia á que todos l oficiales de Cortés se habian adueñado inmensos t rreno para tener palacios, parques y jardine

los que tenia Moctezuma. Algunos de esos palacios eran verdaderas fortalezas, pues que estaban aspillerados, tenian torres y almenas y anchas troneras para la artillería.

Lo que sentia Gallego era que todos los bosques de cedros seculares inmediatos á la ciudad se estuvieran talando para hacer grandes vigas que sostenian los techos de la mayor parte de los palacios, pues que de esa manera iban á quitar á México su principal belleza que era verse circundado de lagos y espesísimas arboledas. Además, él acostumbraba pasear en aquellas sombrías alamedas y sentia pesar cada vez que volvia á ellas y encontraba las huellas de la destruccion.

Isabel habia dejado á la servidumbre sus instrucciones y cuando dieron la señal del medio dia en la casa del ayuntamiento, que era la hora en que comian los españoles siguiendo la costumbre dominante de las gentes de iglesia, entró Xolotla á anunciar que la comida estaba dispuesta ya para servirse.

La princesa condujo á sus convidados al comedor y estos iban admirados de cuanto veian en su tránsito y lo quedaron mucho mas cuando penetraron en aquella estancia llena de luz, impregnada de aromas y adornada con tanto gusto.

Marina no pudo menos que dar su enhorabuena á la princesa, agregándole que alli tenia mucho que aprender para dar aquel encanto á sus habitaciones apenas estaban á la vez empezando á tomar forma.

Princesa, dijo Gallego, os agradezco en el fondo mi alma la merced que me dispensais.

—¿De cuál merced hablais?

—De esta que me proporciona admirar vuestras sábias disposiciones.

Isabel se ruborizó y señaló un sitial á Gallego y otro á Marina. Ambas dejaron en medio al jóven alférez.

Las tías, primas y demás parientes de Tecuichpotzin tenian sus departamentos separados y por eso no habia mas personas á la mesa.

Gallego quedó agradablemente sorprendido de que hubiera ya sobre la mesa algunas viandas completamente españolas, lo mismo que botellas de jerez y de tinto.

Aunque la princesa no tomaba mas que agua cristalina, quiso que sus huéspedes tuvieran á la mano todo lo que fuera de su gusto, tanto mas cuanto que sabia que Marina estaba muy hecha á las costumbres españolas.

Ambos le dieron las gracias por aquella delicada atencion.

El banquete estuvo verdaderamente espléndido, por mas que se encontraran mezclados los condimentos europeos con los mexicanos, y aún eso precisamente contribuyó á darle mayor variedad y abundancia. Por otra parte, Gallego que queria dar muestras de que su gusto se asimilaba al de los indios, y Marina é Isabel de que erán de su agrado los guisos españoles, estuvieron haciendo los honores en comun á todo lo ponia sobre la mesa con muy buen apetito

Cuando los humos del jerez empezaro- -

Dª MARINA.



Marina cogió á ambos de la mano y dijo á la vez que se le rodaban las lá[illegible] [illegible] las mejillas. "Sed vosotros [illegible] felices".

efecto en la cabeza de la hermosa Marina, esta dijo con llaneza:

—Se conoce que ambos sois muy dichosos.

Los dos jóvenes se ruborizaron y Gallego respondió:

—Lo soy mucho, hermosa dama, lo soy mucho á fé mia en este momento.

—¿Quereis de este otro licor? dijo Jsabel presentándoles una jarra de oro llena del blanco néctar acabado de cosechar en los feraces campos.

—Yo sí, dijo Gallego, queriendo siempre hacer manifiestas sus buenas disposiciones hácia los gustos mexicanos.

—Sois amantes, os adorais, continuó diciendo Marina, eso se vé muy bien sin necesidad de estudiarlo para comprenderlo, y como yo no quiero serviros de estorbo, desearia que delante de mí os hablárais con la misma libertad que si estuviérais solos.

—Marina, Marina, dijo hechiceramente la princesa.

—Os ayudaré si gustais, continuó diciendo Marina con ingenuidad, ¿cuando pensais casaros?

—Que estás diciendo?

—¡Ay! suspiró el alférez.

—Digo una cosa muy sencilla: ¿cuando os casais?

—Pero quién te ha dicho?....

—Será el dia de mi mayor ventura, esclamó Gallego.

—¿Y no habeis fijado aun ese dia?

—Es cierto que amo á Don Pedro, dijo al fin Isa-

bel, haciendo á un lado sus escrúpulos; pero á él es á quien corresponde arreglar estas cosas.

—¡Cómo! dijo aquel algo trastornado, ¿es que vos, princesa, estais dispuesta ya á concederme vuestra mano?

—¿Y qué vale ahora mi mano cuando os he dado todo mi corazon.

—Entonces mañana mismo si quereis.

—Cuando mejor os plazca, Don Pedro.

—Gracias á Dios, dijo Marina, que he servido para animaros. Si no ha sido por esta pequeña reunion nuestra, quién sabe por cuántos años hubiérais seguido de inocentes amantes.

—Yo no me atrevia á pedir una merced tan grande, murmuró Gallego.

—Yo he estado temiendo mucho, manifestó Isabel, que mis gustos, mis inclinaciones, mis costumbres, no fueran de todo el agrado de Don Pedro. Entonces podria llegar á desvanecerse este amor convirtiéndose tal vez en desvío.

—¡Oh! nunca! nunca! esclamó Gallego llevándose la mano al corazon.

—Ahora ya puedo decir que me amais verdaderamente y que vamos á ser felices.

—No lo dudeis, señora, yo seré mas que vuestro amante, el esclavo de vuestra voluntad.

—No exagereis: tenedme siempre mucha estimacion, sabed disimular mis faltas y mis defectos, compadeced mi debilidad, tened presente en todas oc[illegible]- nes que no soy una mujer instruida y civilizada [illegible]io oscura y sencilla y con eso solo tendré mas q[illegible]lo

bastante para ser infinitamente dichosa. Vos contareis por vuestra parte con una mujer que tendrá el mayor empeño en teneros contento y creo que con eso os bastará para no cansaros pronto de ella.

—No digais tal cosa, Isabel, yo os amo con toda mi alma para que pueda dejar de consideraros siempre, en mi vida toda, como el ángel de mi hogar, como la bendicion del cielo, como mi dicha eterna.

—Quiera Dios que lo sintais tal como lo decís.

—A ley de caballero que como lo siento lo digo.

—Sí, os amais los dos, se conoce muy bien, dijo Marina. Dejad, pues, esas cosas que ya son tan sabidas y terminemos el punto que se refiere á la boda. ¿En qué dia os casais?

—Mañana mismo, dijo Gallego.

—Observad que debeis pedir licencia á Don Hernando y que este no me quiere, dijo Isabel bajando los ojos.

—Léjos de ello, dijo el alférez, esto es, léjos de que necesite solicitar licencia, cumplo casándome con un rescripto que ha mandado pregonar el Justicia Mayor.

—Pero vos como militar......

—No importa: es órden para todos los españoles que estamos en solteria; pero en esta misma noche me encargo de ello, estaré de regreso de Coyoacan y arregladas todas las cosas.

—¡Ah! esclamó la princesa, si vos quereis, que sea mañana.

—Será.

Marina entonces cogió á ambos de las manos y di-

jo á la vez que se le rodaban dos lágrimas por las mejillas:

—Sed vosotros muy felices....sí, deseo....quiero que seais vosotros muy felices....ya que yo no podré serlo nunca.

Marina besó á la princesa, estrechó la mano de Gallego y salió de allí hecha un mar de lágrimas sin querer escuchar ni atender á las súplicas que para que se quedara ambos le dirigian.

CAPITULO VIII.

El permiso.

CASI detras de la hermosa Marina, salió del palacio de la princesa Isabel el jóven alférez Pedro Gallego, y yendo luego por la calle algo beodo, no tanto por los tragos de los vinos diferentes con que habia rociado el almuerzo, como por su felicidad, atropellaba á todo el mundo en la carrera casi vertiginosa que llevaba.

Llegó á su cuartel sin haberse detenido en ninguna parte y en pocos minutos arregló cuanto se necesitaba para el pequeño viaje que iba á emprender en aquella misma tarde á Coyoacan.

A la media hora ya iba cabalgando por la senda mas corta, bajo la tupida sombra de los corpulentos cedros y oyametls. Su escudero le seguia á pocos pasos tambien al galope.

La pequeña corte de Hernan Cortés estaba á la sazon entretenida solamente en los juegos de azar que estaban en voga, en los que se cruzaban apuestas de algunos miles de castellanos representados en tejos de plata y de oro, en piedras preciosas y en esclavos. Algunos jugaban hasta las que iban á ser sus futuras haciendas.

La comida, segun la costumbre establecida por las gentes de iglesia, se servia á las doce del dia en punto. Duraba poco mas de una hora porque generalmente era frugal, aunque sustentadora, se dormia despues una siesta hasta cerca de las tres de la tarde, se servia á esa hora el chocolate y despues se tendia el tapete y comenzaba el juego, en el que el mismo Cortés se veia precisado á tomar parte para matar su aburrimiento.

Los conquistadores se habian acostumbrado de tal modo á las grandes emociones, á la vida de peligros y á las fatigas de una ruda campaña, que la molicie en que ahora se encontraban les llenaba de fastidio y ya que no podian por de pronto emprender grandes aventuras, reemplazaban aquella agitacion y ansiedad con las que produce el juego cuando se aventura en él toda una fortuna.

El hermano Melgarejo en esta vez era quien, despues de haber saboreado á dos carrillos su espumoso chocolate, apurado con delicia un vaso grande de agua, enjuagádose la boca y prendido un cigarrillo de hoja de maiz, daba la señal de que se tendiera el tapete.

—Vamos, Don Rodrigo, dijo el hermano Melgarejo dirigiéndose á Don Rodrigo de Paz, vos terminás-

teis ya, á lo que parece, con vuestro tazon de Maracaibo y podemos continuar la partida comenzada esta mañana.

—¿Teneis el naipe? le preguntó Don Rodrigo.

—Aquí está, contestó el hermano Melgarejo sacándose varios del manguillo.

—En cuanto á dinero, ya sabemos todos que os ha soplado bien la fortuna.

Los circunstantes que todavía tomaban el chocolate al rededor de la mesa, se rieron á carcajadas.

El padre Melgarejo algo picado, contestó luego:

—La fortuna es mudable, hermano, y nadie envanecerse podrá de saber que le sonreirá al último, pero tengo para mí que la fortuna no anda siempre sola, sino que suele ir acompañada del saber y el merecimiento.

—Ahora ya me puse á medir mis armas con vos, reverendo padre, y no hay que irme atrás, pues que si me seguis venciendo, llevaré la penitencia en el pecado.

—¿Por qué decís eso?

—Porque siempre las letras han de ser vencedoras de las armas.

—Por letrado ós tengo, hermano D. Rodrigo, como yo me tengo tambien de mí á mí por un hidalgo, que no dejará de manejar una tizona siempre que se ofrezca.

—En mi juventud aprendí algo de latin y un poco de filosofía.

—En mi juventud tambien fuí soldado y anduve á lanzadas con los moros.

—Entonces, lo que quereis probarme es que ninguno de los dos lleva al otro la ventaja mayor.

—Habeis atinado, hermano mio, tanto mas cuanto que yo solo me ocupo de las cartas y de los dados como mero entretenimiento y no para ganar riquezas.

—Entonces volvereisnos los tejos de oro que forman ya vuestras ganancias.

—Eso tampoco haré, porque entonces sin el interés de la utilidad dejaria de ser el juego un pasatiempo.

Ambos jugadores habian abierto ya sus cartas y los que habian concluido de tomar su chocolate se ponian tambien á jugar en grupos ó se aproximaban simplemente á estos sirviendo de mirones, cuando resonaron en el patio las pisadas de dos caballos llegando al galope.

Todos los circunstantes, que siempre estaban esperando alguna novedad, alargaron la cabeza para mirar por las puertas y otros se levantaron de sus asientos para ver mejor.

Atraido por el ruido seguramente, llegó tambien Hernan Cortés, viniendo de sus habitaciones al gran comedor del palacio, que era en donde estaban con mas frecuencia sus gentes religiosas y sus hombres de armas, principalmente á aquella hora despues de la siesta que era la del chocolate.

Al abrirse las puertas y dar paso á Hernan Cortés, anunciado por un ugier como se estilaba entonces, todos se levantaron y le hicieron las correspondientes cortesías prevenidas por la etiqueta.

Solo el hermano Melgarejo que gozaba de muchas preeminencias y distinciones, y Rodrigo de Paz que

era pariente próximo de Cortés y uno de sus mas allegados, continuaron jugando tranquilamente, como si por ningun lado hubiera dejádose ver el magnífico Don Hernando Cortés. A este disgustaban profundamente estas faltas de respeto á su persona y de consideraciones al alto empleo que desempeñaba; pero tenia que disimularlo, porque le hacian mucha falta las divertidas ocurrencias del hermano Melgarejo, así como las confidencias íntimas que solia tener con su primo y desde el momento en que se hubiera mostrado hosco ó exigente tendria que haber prescindido de proporcionarse tales satisfacciones.

Saludó á todos y pasando cerca del padre Melgarejo, le tocó en el hombro y le dijo:

—Tened como siempre buena fortuna, hermano.

—Os agradezco el deseo, magnífico señor, contestó su reverencia, y sabré acatarlo como si fuera una órden.

—Si tanto le alentais, dijo Rodrigo de Paz, va á ser dueño hoy mismo hasta de mi armadura de batalla.

—¿Quiénes llegaron á caballo? preguntó Cortés desentendiéndose ya de los jugadores.

—Pedro Gallego y su escudero, dijo uno de los que se habian aproxinado á una de las puertas.

—¡Ah! esclamó Cortés, ¿que vientos traerán por aquí al hermoso mancebo?

Entonces se sentó con toda la parsimonia del hombre grande que se propone dar una audiencia.

Gallego despues de poner las bridas de su caballo en manos de su escudero y de preguntar á las perso-

nas que habia por el patio en donde podria encontrar á Hernan Cortés, se dirigió al comedor en donde le indicaron que podria hallarse nuestro personaje.

—Magnífico señor, dijo el alférez descubriéndose y poniendo una rodilla en tierra delante del sitial que ocupaba el conquistador, vengo á pediros una merced y espero de vuestra noble benignidad os sirvais escucharme unas cuantas palabras.

—Levantad, jóven, y decidme antes que todo si es de reserva el asunto de vuestra peticion.

—No es de reserva, señor, sino al contrario....

—Entonces hablad, ya os èscucho.

—Sabed, señor, y á orgullo tengo que lo sepan tambien cuantos estan aquí presentes, que la hija legítima, única que quedó del emperador Moctezuma, la princesa Tecuichpotzin......

—Ya sé quien es, proseguid.

—Esa hermosísima doncella ha correspondido á mis galanteos, me ama, yo la amo tambien con frenesí y hemos convenido en casarnos mañana mismo siempre que vos nos deis licencia......

—¡Hola! ¡hola! dijo Cortés sonriendo de ver el entusiasmo del muchacho, pues el asunto es mas sério de lo que vos os imaginais.

—¡Ah! señor, yo tan sencillo me atreví á juzgarle, que hube de decirle á Doña Isabel que era la que me impulsaba á venir á hablaros, que vendria á hacerlo porque es así conveniente como mi señor que sois, pero no es indispensable, pues que casándome con ella cumplo con una de vuestras pracmáticas.

—Verdad decís, señor Gallego, manda la ley que

todos los que son casados manden traer sus mujeres sin pérdida de tiempo y que los que estén en solteria procuren casarse cuanto antes, estableciéndose recompensas y otras cosas que sabeis mejor que yo, puesto que tratais de enlazaros con la princesa; pero esta, segun entiendo, se halla casada con un indio......

—Es viuda, señor....casó á la edad de diez años y enviudó á la de trece sin haber visto nunca á su marido....

—¡Ah! si, habiame ya olvidado de esa historia.

Y como Cortés parecia proponerse martirizar al jóven, añadió:

—He oido decir que Doña Isabel que aceptó el bautismo cristiano por temor, sigue con sus prácticas gentiles en el interior de su palacio, que me cuentan está poblado de ídolos.

—Es falso, señor: yo os juro por mi honor que Doña Isabel es una buena cristiana y ello pueden testificarlo todos los ministros que están aquí presentes.

—Yo no la he confesado, dijo el hermano Melgarejo, pero la he visto asistir á la misa con devocion.

Algnnos otros sacerdotes dieron fé de la religiosidad de la princesa y aun alguno dijo que era su director espiritual.

Cortés se dió por satisfecho en lo tocante á este punto, pero luégo agregó:

—Ver necesitamos ahora, si este enlace conviene á la conquista y á las armas españolas.

Evidentemente que convenia, esto se encontraba no solo en la conciencia del conquistador, sino en su deseo, pero era muy amigo de oponer dificultades y de matar el tiempo en discusiones inútiles.

—No seré yo, señor, quien os resuelva eso, contestó humildemente Gallego, sábios consejeros teneis á vuestro lado y ellos os dirán si conviene que un castellano sea el señor en el palacio de la hija de Moctezuma.

—Vos mismo sin pensarlo habeis desatado el nudo: conviene que un castellano se haga el señor en el hogar de una india que es muy respetada y muy temida de los suyos.

Esto lo dijo Cortés en el momento en que otros envidiosos estaban pensando ya aprovecharse de aquella coyuntura para sembrar dudas y dificultades.

—Entonces ¿puedo contar con vuestro permiso? preguntó Gallego.

—No es permiso, sino mandato de la ley el que vos vais á cumplir.

—Pero sobre la ley, señor, y sobre todas las cosas está vuestra respetable voluntad.

Cortés se desvaneció de orgullo al oir aquellas palabras que resonaban en sus oidos como la mas dulce lisonja y contestó al jóven:

—Id á noticiar á vuestra novia que quedo encargado de arreglar todo lo que sea necesario para que tenga lugar la boda mañana mismo.

Gallego no quiso escuchar mas, besó la mano de Cortés, saludó á los otros caballeros y salió de allí como una exhalacion. De un brinco se puso en la montura de su caballo y luego salió de allí al galope seguido de su escudero.

Dejemos al mancebo cruzar la calzada cubierta de árboles que tenia que recorrer entre Coyoacan y Mé-

xico, que le parecia mas larga que nunca, segun las ánsias que llevaba de contar á la princesa todo lo que habia pasado, y sigamos asistiendo al comedor en donde se encontraban á la sazon todos los principales personajes de la conquista.

Unos habian formado corrillo en torno de Cortés, otros seguian tomando el chocolate y los mas estaban rodeados á las mesas del juego. El comedor era bastante espacioso para contener mas de cien personas.

Cortés, que apenas podia disimular su alegría, dijo á los que estaban mas inmediatos:

—Protégenos la fortuna, amigos mios, pues uno de mis mas grandes temores era que la hija de Moctezuma, resentida por todos los agravios que ha sufrido, no quisiera contraer enlace con ningun español.

—Regocijarnos debemos con esa noticia, agregó Diego de Ordaz, porque de todos era sabido que la dicha princesa tiene sus dares y tomares con los indios y no ha vístonos con buenos ojos á los castellanos.

—De algunos sé yo, murmuró Gonzalo de Salazar que han salido mal librados cuando han ido á ofrecer sus homenajes á la princesa.

—Ahora es bueno que apresuremos la boda antes de que vaya á arrepentirse.

—¿Pero es adicto vuestro este Pedro Gallego? preguntó el Lic. Suazo.

—Amigo era de Don Diego de Velazquez antes de venir á este real; pero en sus cortos años no se le alcanza ser intrigante y será fiel ahora á nuestra bande-

ra despues de las mercedes hechas y que voy á seguirle haciendo.

—Recordad, dijo Aguilar, que estuvo en prision por habérsele encontrado en el campo de Francisco de Garay.

—De entonces acá he llegado á convencerme de que le llevaban otras miras que no eran las de hacernos traicion.

—Podria el mancebo, dijo Diego de Soto, hacer causa comun con los españoles descontentos, pero no hará alianza ninguna con los indios. Es hidalgo antes que todo.

—Conoceisle?

—Le conozco bien, porque le he tenido en diversas ocasiones bajo mi mando.

—Pues ahora, dijo Cortés con voz firme, réstanos solo dictar las disposiciones del caso.

—Llamadme, agregó luego, al hermano Pedro Melgarejo de Urrea.

El hermano Melgarejo que estaba embebido en su juego y empeñado en tomar el desquite de unos cien castellanos que acababan de ganarle, recibió como un golpe de rayo la noticia de que tenia que abandonar su tarea. Pero como no habia remedio, tiró las cartas y se presentó á su capitan, tomando el aire humilde que le era familiar en estos casos.

—Montareis luego en vuestra mula, le dijo Don Hernando, acompañado de la gente que querais, y os pondreis eu marcha para Tenochtitlan, en donde os ocupareis desde luego de proporcionar los sacramen-

tos necesarios á Doña Isabel, para que se encuentre lista mañana á tomar el del matrimonio.

—Lo haré como lo deseais, contestó el fraile.

Y como se preparaba á dar la media vuelta, añadió Cortés:

—Tambien confesareis al alférez Pedro Gallego y y á ambos les manifestareis que yo estaré allí mañana temprano para apadrinar la boda.

—¿Teneis que mandarme alguna otra cosa?

—A vuestra discrecion dejo que desempeñeis mis encargos con el tino que os es propio.

—Complaceros procuraré como siempre que me encomendais alguna cosa.

—Tened presente que esta es una de las mas importantes.

Cortés le guiñó un ojo, el hermano Melgarejo comprendió el guiño y mandó luego ensillar su mula, procurando llevar una carga de víveres por mas que fuera demasiado corto el camino que iba á recorrer.

Hernan Cortés dispuso que salieran otras comisioues, las unas para que se engalanaran los departamentos de su palacio que estaban concluidos, las otras para que se dispusiera la capilla con sus mejores ornamentos, las otras para que convocaran al Ayuntamiento y autoridades del real, así civiles como militares, las otras para hacer que se pusieran arcos y se regaran flores por las calles que habia de recorrer la comitiva, otra para que llevara algunos presentes á Doña Isabel, entre los que se encontraba un traje encarnado de oro y sembrado de perlas, y otra, finalmente, para que escitara á los vecinos á poner colga-

duras en los edificios ya concluidos ó en construccion.

Cuando vió que ya nada faltaba, se sentó á jugar tambien con sus camaradas, demostrando en el resto de la tarde el mejor humor que hasta entonces se le habia visto.

Entre tanto, el hermano Melgarejo iba cabalgando en su mula con direccion á México, seguido de tres ó cuatro gentes de Iglesia, de un cocinero, de seis hombres de armas y de algunos indios cargados con todo lo que él creia que iba á necesitar en los dos ó tres dias que se proponia estar ausente de Coyoacan.

Cuando iba á medio camino hizo alto y dijo:

—Hagamos una posa, hermanos, y tomemos alguu refrigerio, pues ya se acerca la noche y es larga todavia la distancia que tenemos que recorrer. La colacion duró dos horas y siguió la comitiva adelante, llegando á eso de las ocho al palacio de Cortés, tres horas mas tarde de aquellos á quienes habia tomado la delantera.

Dª MARINA.



-Id á noticiar á vuetra novia que quedo yo encargado de arreglar todo lo que sea necesario para que tenga lugar la boda mañana mismo

CAPITULO IX.

Muchas peripecias.

TODOS cumplieron exactamente las comisiones que les confió el capitan general de la Nueva España, ó lo menos, se afanaron por cumplirlas en la misma noche en que se aparecieron en la ciudad.

Vamos á tratar de describir, aunque sea de un modo superficial, las estrañas y variadas escenas que tuvieron lugar en aquella noche extraordinaria. Los sucesos vinieron atropellándose unos á otros y así tenemos que referirlos.

Luego que Gallego partió para Coyoacan, Isabel preocupada con lo que habia hecho Marina y deseando pagarla sus muestras de cariño fraternal, habia mandado poner su palanquin y se habia mandado trasladar á San Cosme para consolar á su amiga.

Se encontró rondando por los alrededores á Don

Juan de Jaramillo, y desde luego le vino una idea luminosa que se propuso poner en planta.

Despues procuraremos presentar á los ojos del lector en todos sus detalles la suntuosa casa que Marina mandó construir en San Cosme, ó mejor dicho, que le mandó construir Cortés, pues que ella en nada se habia mezclado, casa que existió aún, aunque ya destrozada, en el siglo pasado, y de la cual no han dejado ni el recuerdo las modernas construcciones del aristocrático barrio de San Cosme.

No dejó de sorprenderse Marina de ver llegar á su casa á la princesa Isabel, no solo porque era la primera vez que la visitaba, sino porque apenas hacia una hora, cuando mas, que habian estado juntas; pero enérgica é inteligente como era, pudo reponerse pronto de la sorpresa y prepararse á dejar venir los acontecimientos que la pondrían en posesion de aquel misterio.

—Tu aquí, princesa? la preguntó con un candor angelical.

—Me dejó intranquila la manera inusitada con que nos dejaste: cuando sé que tu corazon es un volcan dispuesto siempre á derramar torrentes de lava, cuando sé que tienes una voluntad mas fuerte que el diamante que se esconde en el seno de las montañas, cuando sé que tienes en tu alma velada por la tranquilidad de tu semblante quizás la lucha mas desordenada de encontrados sentimientos, yo dije: Marina no es ahora feliz, Marina sufre, es fuerza consolarla.

—Calla, Isabel.

—Siquiera en cambio de la felicldad con que

esta tarde inundaste mi morada. ¿Acaso no viste mis mejillas enardecerse por la pasion, acaso no viste mis ojos húmedos con la dicha? Tú fuiste allí, tú abriste los labios, tú pronunciaste una sola palabra y ligaste desde luego á dos seres que aunque les acercaba el amor, les estaba alejando la conveniencia. El jóven partió llevando su corazon preñado de esperanzas y mañana lucirá la nueva aurora para los desposados.

—Bien, hermana, bien....eso me llena de contento, vuestra felicidad inunda tambien mi alma......yo tambien disfruto de vuestro goce celestial....

—Pero ese acento, pero esa palidez, pero esas miradas inciertas......pero esas lágrimas......todo me está diciendo, Marina, que tienes un pesar oculto.

Marina se echó llorando en brazos de Isabel y como tenia necesidad de desahogarse le refirió todo cuanto le pasaba.

Habia desembarcado ya en las costas mexicanas la esposa legítima de Cortés, este habia consentido sin manifestar una gran pena en separarse de la mujer que como á un Dios le adoraba. Doña Catalina Juarez vendria á sustituirla en los brazos de su adorado y ella no tenia mas consuelo que derramar rios de lágrimas. Habia pensado en precipitarse, loca con su pesar, en lo mas profundo de las aguas que llenan el lago, pero pensó en el ser inocente que ocupaba ya un gran lugar en su seno y....procuraba distraer sus penas con la dicha de los demas. Positivamente, el ber concluido con la indecision en que estaban los venes, alcanzando que fijaran el dia de la boda, la bia llenado de satisfaccion, sirviendo como un bál-

samo para curar las heridas que estaban martirizando su corazon.

Isabel la prodigó infinitos consuelos y cuando creyó el momento oportuno, la dijo resueltamente:

—Tú, Marina, debes desechar para siempre á Don Hernando y unir tu suerte al hombre que te ama y que hará cuanto esté en su mano por labrarte la dicha.

—De quien me hablas?

—De Juan de Jaramillo.

Marina guardó silencio, observándose por su marcada palidez que se habia emocionado.

—Al llegar aquí le he encontrado rondando por cerca de las tapias de tus jardines.....deseos me dieron de invitarle á venir conmigo, sino fuera porque antes queria cerciorarme del estado de tu corazon. Grandes son las espinas que le punzan, y las heridas que le han causado están aún destilando sangre; pero tu mal no es incurable porque te queda la razon, te queda el pensamiento, te queda el deseo de la venganza. Tú amarás en algun dia á Juan de Jaramillo.

Marina inclinó la cabeza sin atreverse á espresar su idea del momento: la de llevar un hijo de Hernan Cortés en sus entrañas.

Isabel se habia propuesto restablecer la tranquilidad en aquel corazon y veia satisfecha que no estaba lejos de conseguirlo; pero dejó su obra comenzada para proseguirla posteriormente: observó con sorpresa que su visita se habia prolongado mas de lo que deseaba, pues que ya la tarde declinaba visiblemente,

el sol se habia ocultado detrás de las montañas que circundan el hermoso Valle de México y el jóven alférez no deberia tardar de un viaje que se hacia á paso ordinario en cuatro horas de ida y vuelta.

Se despidió la princesa y Marina le rogó que la escusara si no concurria á las fiestas que necesariamente iban á ocasionar sus bodas.

Isabel, de regreso, volvió á encontrarse con la sombra del capitan D. Juan de Jaramillo clavada en la esquina de la calle. En esta vez, como la luz empezaba á ser dudosa, Isabel solo pudo conocerle por su sombrero de plumas rojas y por la capa gris con que estaba embozado hasta los ojos. Un poco mas léjos y debajo de un grupo de árboles se encontraba un escudero con dos caballos de la brida.

Como todas las puertas y ventanas de la casa de Marina se cerraron de remache despues de la salida de la princesa, Jaramillo montó en su caballo y se alejó tambien siguiendo á pocos pasos el coche portátil de la hija de Moctezuma.

Pedro Gallego habia reventado su caballo, habia subido en el de su escudero y hacia ya una media hora que esperaba impaciente á la princesa.

La ayudó á bajar del palanquin poniendo una rodilla en tierra y en seguida la refirió cuanto habia pasado. El desenlace de todo aquello era: que el magnífico D. Hernando en union de una de las principales damas de la Corte, tal vez de Doña Violante Rodriguez que era la de mas noble cuna, iban al dia siguiente á ser padrinos de su casamiento.

Por mas que la jóven estuviera preparada para este desenlace, ó quizás porque esta sea la costumbre establecida en todos los paises de la tierra entre las mujeres que van á casarse, Isabel se conmovió al oir la noticia y cayó desvanecida en los brazos del doncel.

Detrás de Pedro Gallego empezaron á llegar los comisionados enviados por Hernan Cortés, y en diez minutos cundió la noticia por todo México, tanto entre los españoles como entre los indios, de que al dia siguiente iba á tener su verificativo aquella gran boda.

Es fácil formarse juicio de las diversas impresiones que la noticia debe haber causado en unos y otros.

Algunos españoles envidiosos de ver la facilidad con que Pedro Callego iba á poseer una fortunâ, afeaban que un muchacho tan guapo cometiera la falta de enlazarse con una india, por mas que fuera bella y que llevara el ostentoso pero inútil título de princesa.

Otros se alegraban de aquella union, porque de esa manera desaparecian en parte los peligros que estaban rodeando de contínuo á los españoles. Los aztecas acabarian de someterse por completo, viendo que su única princesa caia bajo el yugo castellano pasándose á sus banderas y muchas tribus importantes, al saberlo, vendrian inmediatamente á someterse, puesto que no les quedaba otro recurso ni podian ya alimentar otra esperanza.

Entre los indios produjo la noticia tanta alarma como sorpresa y algunos hubo que propusieran levantar-repentinamente, en aquella noche, caer sobre los es-

pañoles cuando mas descuidados estuvieran, libertar á la princesa, proclamarla emperatriz y llevarla fuera para que se pusiera al frente de todos los ejércitos aliados.

El palacio de Doña Isabel estaba iluminado en aquella noche desde el vestíbulo hasta el límite de los jardines, siendo muy concurrido por toda clase de personas que entraban allí como se entra á una iglesia.

Como tanto Gallego como la princesa supieron que el padre Melgarejo estaba comisionado para venir á confesarlos, consideraron conveniente separarse para disponerse á recibir los sacramentos.

Gallego por mas esfuerzos que hizo no pudo separarse de aquella misma calle, de suerte que todos le veian rondar la casa de la mujer que dentro de breves horas iba á ser suya ante el altar.

Le parecia aquel un inestimable tesoro que debia cuidar por si mismo.

Algo muy interior le decia que habia cierto peligro de que le pudiera ser arrebatado.

Los emisarios de los indios que habitaban el valle de México, todavía en considerable número á pesar de las matanzas que hubo antes y despues de la guerra, llegaron á la presencia de la hermosa Tecuichpotzin que les recibió en un departamento distinto de aquel en que acostumbraban formar sus tertulias los españoles.

Formaban la comision un sumo sacerdote y un oficial de los ejércitos aztecas, que habia recibido el ti-

tulo de general por Guatimozin en el último dia de la lucha.

La princesa Tecuichpotzin, por mas que hiciera algun tiempo de no verles, les reconoció inmediatamente á la luz de las antorchas, y si no hubiera conocido sus facciones, de seguro habria tenido que adivinar quiénes eran al reconocer sus insignias.

Hechas todas las ceremonias de estilo, el sumo sacerdote tomó la palabra, diciendo:

—Alta princesa, hermosa soberana nuestra, venimos á tí enviados por todos los que en el valle del Anahuac te veneran como el resto divino de nuestro emperador Moctezuma, para decirte en su nombre que han sabido que vas á desposarte con un blanco y quieren saber si esto lo haces con tu voluntad ó si por la fuerza te obligan. Dígnate, gran señora, contestar primero á esta pregunta.

—Podeís decir á mis queridos hermanos, los que os envian, que yo con voluntad libre voy á unir mi destino á un jóven español, que mas tarde nos ayudará á consumar nuestra justa venganza. Decidles que por salvarles á ellos es por lo que yo me esclavizo. que así es como espero mitigar las horribles persecuciones de que son objeto. Decidles, por último, que el jóven con quien voy á casarme se llama Pedro Gallego, que yo le amo con toda mi alma, que desde mañana él será el príncipe vuestro y por consiguiente el gefe de todas nuestras tribus.

El general azteca sintió que una sombra pasaba por sus ojos y dijo:

—¡Como! ¿un blanco nuestro gefe?.... ¿Entonces en quiénes vamos á saciar nuestra venganza, si los blancos son los que han de mandarnos?

—Calla, Yoatecatl: cuando una pasion pone una venda en los ojos ó en el entendimiento, no se puede discurrir con juicio. Tú estás ciego de ódio contra los españoles.

—Tú sabes, señora, que soy el único oficial noble á quien han dejado con vida.

—Porque ignoran quién eres, lo sé: sé que el caudillo de los españoles es cruel y vengativo y puedes estar seguro de que lo aborrezco con toda mi alma; pero sé tambien que ya no tenemos fuerzas para luchar frente á frente y que ahora es necesatio dejar el lugar á la astucia.

—Si tú lo mandas, en esta misma noche damos muerte á todos los españoles; el Teopixque viene encargado de proponértelo.

—Seria insensata tentativa, porque no podriais destruir los cuarteles artillados que tiene Hernan Cortés en Coyoacan, ni podrias tampoco vencer á tantos regimientos y reales como hay desde Tlaxcallan hasta el borde de los mares. Cometeriais unos cuantos asesinatos inútiles dando pretexto á los españoles para que acabaran despues con toda nuestra raza. ¡O cielos! parece que desde que han muerto los nobles y sacerdotes en el templo, ha concluido entre nosotros la prudencia, la virtud de saber esperar, la resignacion para disimular nuestros dolores y el talento de aprovechar las oportunidades.

Los dos indios cayeron de rodillas pidiendo perdon á la princesa y ella les dijo con la magestad de una soberana:

—Id á decir á todos que esperen á que yo les hable, que no me desconfien porque no les traiciono y que respeten como á mí misma al mancebo Don Pedro Gallego, que es el único á quien amo y el único á quien puedo ligar mi cuerpo, mi voluntad y mi corazon sobre la tierra.

Esperaba ya á Isabel en sus salones una comision del Ayuntamiento.

Esta se limitó á ponerse á sus órdenes, preguntando á la princesa de dónde queria que saliera la comitiva.

Ella manifestó que saldria de su palacio, recorriendo, sin hacer ningun rodeo, las calles que mas pronto la llevarian al palacio de Hernan Cortés, en donde se verificaria la ceremonia.

En consecuencia, en esas calles fué donde mandó poner arcos de flores y cortinages el Ilustre Ayuntamiento de aquella época, en cuyo molde han seguido vaciándose los modernos.

Pedro Gallego se resolvió á entrar al palacio luego que vió á su prometida mas desembarazada de comisiones.

Acababa de salir la … -
ciar á la princesa que … s,
su gracia el magnífic… -
do Cortés, deseaba a… -

pañado de Doña Violante Rodriguez, ilustre dama de aquella Corte é hija primogénita del valiente y noble capitan Men Rodriguez, único entre toda aquella gente que podría mostrar en su árbol genealógico algun baron arrumbado y entre sus pocos papeles algun pergamino deshaciéndose de puro viejo con las armas de algun pariente noble entre sus bizabuelos.

Isabel recibió á su novio, á quien esperaba ansiosa, con marcadas muestras de regocijo. Sin embargo, una persona de mirada penetrante, hubiera descubierto en medio de la felicidad que estaba bañando aquel rostro, una sola sombra, una sombra apenas perceptible que estaba denunciando alguna lucha interior, ó cuando menos, algun desagradable presentimiento.

Isabel se sentia feliz, pero no por completo. Habia algo que le decia interiormente que no podia, que no debia abandonarse ciegamente á una loca alegría, puesto que no dejaba de estar entoldado, aunque con ligeras nubes, el cielo de su porvenir.

¿Cuáles eran esas nubes? Desde luego podian verse realzadas en el limpio espejo de su conciencia. Por una parte sabia muy bien que los indios no abandonaban jamas la idea de rebelarse, por otra parte recordaba con amargura los perjuicios que le habia causado Hernan Cortés, considerándose tristemente humillada hoy que tenia que admitirlo como padrino de su casamiento, obligada cuando menos bajo una presion moral; y por último, aun queriendo pasar por todo eso, considerándolo como pequeñeces á las que debia sobreponerse una voluntad vigorosa, quedaba la peor de todas las perspectivas, que era la de que Pedro

Gallego fuera arrebatado por los que lo mandaban en su calidad de militar y llevado léjos de ella á nuevas aventuras y nuevas conquistas, en donde la vida mas preciosa del mas amado de los hombres no pudiera estar al abrigo de un golpe traidor.... Esta sola consideracion era la que mas pesaba en el ánimo de la princesa y la que mas abatia su espíritu, apareciéndosele siempre encarnada la idea por mas que estuviera afanándose en desterrarla.

—Bien venido sea el amado de mi corazon, dijo á Gallego tendiéndole los brazos, ven á mi, dulce bien mio, encanto de mi alma; las horas que trascurren me parecen siglos no viéndote á mi lado....el tiempo corre con mucha lentitud desde que sé que voy á ser tu esposo y no llega demasiado pronto la luz del nuevo sol que ha de alumbrar el dia de nuestra eterna felicidad.

—Isabel mia, Isabel mia, pudo apenas murmurar el mancebo loco de amor.

—Dime, bien querido de mi alma, dijo la princesa con voz llena de ardiente pasion, abrazando nuevamente al jóven contra su seno y deleitándose en la luz de sus miradas, ¿no es verdad que el mayor bien para los mortales es sentirse animados por el amor, unirse en estrechos vínculos con el sér amado y estar ciertos de que aquella llama no ha de sér apagada jamás con el hielo del olvido....? ¿No es verdad, dueño mio, que tu pienses en mí todo el dia como yo pienso en tí momento por momento? ¿No es verdad que á tus solas y en medio de tus ensueños se te aparece mi imágen como á mí se me aparece la tuya, y siem-

pre serena, siempre dulce, siempre llena de ternura y de amor...... haciéndote pensar en una dicha que no ha de truncarse jamás...? Sí, sí, tu eres el ser único que el Dios de los cristianos, que nuestro amado Dios puede haberme escojido para que le adorara casi como la religion manda que se le adore á él mismo, porque yo á tí te veo tambien con un culto interior que en vano pretendería disimular.... Si no fuera yo cristiana y tuviera que escoger una religion, tu serías el único á quien elegiria como á mi dios, tu serías el único á quien consagraria todos los latidos de mi pecho, todas las ideas de mi cerebro y toda la fuerza de mi alma....

La princesa ocultó su preciosa cabeza en el seno del doncel, llena de la más viva pasion, y resplandeciente con aquellas nuevas emociones que hacian brillar sus ojos con una luz indescriptible.

Gallego besó aquella frente pura con delirio, estrechó á la jóven contra su corazon y la llevó casi en brazos á los anchos cojines que decoraban el estrado, cuando fué anunciado Fray Pedro Melgarejo de Urrea, que no dejaba de venir un poco turbado con el peso de la colacion, pero más aún con el peso del aguardiente con que la habia rociado.

—Hermanos, dijo haciendo algo de esfuerzo no solo para mantenerse derecho, sino para dar los pasos que se necesitaban para llegar al estrado, hermanos; soy yo, Fray Pedro Melgarejo, que por mandato de mi Señor Don Hernando vengo á confesaros.....con que á la obra: y procurad ir despepitando cada cual, vuestros pecados mas gordos.

Los jóvenes se sorprendieron de pronto, pero como no habia uno en el Real que no conociera al hermano Melgarejo, ni uno que no supiera que era muy campechano y amante de ponerse la mona, luego que pasó el primer momento comprendieron de lo que se trataba y estaban esperando, por lo que se dispuso á salir Pedro Gallego.

—Alto allí, amiguito, le dijo su reverencia, yo voy á confesaros á los dos juntos para acabar pronto.

—¿A los dos juntos? preguntó Gallego abriendo desmesuradamente los ojos.

—Nada de particular tiene: palomas tiernas sois vosotros sin hiel y sin malicia, y en el manguillo cargar puedo yo con los mas graves de vuestros pecados.

En ese punto tenia razon el hermano Melgarejo, y cuando el efecto que de luego á luego le produjeron las luces, hubo cesado, y él encontró su espíritu más sereno, tomó asiento entre los dos jóvenes y con más reposo comenzó á hacerles sencillas preguntas que les facilitaba el exámen de su conciencia.

Su paternidad vió muy pronto que no andaba descaminado en sus cálculos encontrando que aquellas dos almas estaban todavía demasiado puras para haber admitido el contagio de las inmundicias de la tierra.

Veniales eran apénas los pecados con que habian ofendido á Dios y el hermano Melgarejo gustoso les dió la absolucion haciendo para recibirla que se arrodillasen á sus plantas. Aquello fué lo único sério de toda la ceremonia.

—Ahora quedaos con Dios, princesa, y perdonad si

me llevo á vuestro prometido que bastante falta me hace para recorrer esas calles.

Isabel ofreció algun obsequio á su confesor y este salió tomado del brazo de Pedro Gallego, pudiendo apénas sostenerse en las piernas.

Cuando Gallego lo dejó en su cama, no acababa de trasponer la puerta de la habitacion, cuando ya oyó que su paternidad roncaba furiosamente.

CAPITULO X.

Fiesta nupcial.

Como se empleó la noehe en los preparativos de la fiesta, al amanecer el dia siguiente presentaban las calles del centro de la ciudad el aspecto más pintoresco. Desde la calle que entónces se llamaba de Moctezuma hasta el palacio de Hernan Cortés situado en la parte opuesta de las posesiones de Alvarado é inmediato á la casa municipal y plaza mayor, habia una arquería no interrumpida de ramas verdes sembrada de flores y el piso alfombrado de la misma manera. Las ventanas y plataformas lo mismo que las azoteas ostentaban cortinas blancas con figuras caprichosas prendidas con ramilletes de flores de las más esquisitas. Las aceras y las bocacalles estaban desde muy temprano inundadas de gente, principalmente de la raza indígena, vestidos todos de gala. Era tal la mu-

chedumbre que apénas dejaba paso á la multitud de trabajadores que se cruzaban llevando cestos de flores y follage. Inmenso, y casi se puede decir fabuloso, fué el contingente que llevaron los indios en materia de adornos para hacer una fiesta notable del casamiento de su última princesa.

Las músicas y los danzantes ocupaban todos los espacios libres que habia en el centro de la poblacion, los que desde muy temprano se habian entregado á sus faenas con el órden y dedicacion incansable con que lo tenian por costumbre.

La capilla que se improvisaba en un extremo de los amplios corredores bajos de la casa de Hernan Cortés y que yacía en abandono desde la última fiesta religiosa que habia tenido lugar en accion de gracias por los resultados de la conquista, habia sido revestida con nuevos cortinages y nuevos pavimentos. Toda la gente de iglesia se habia reunido allí para contribuir al trabajo, pues toda la gente de iglesia comprendia la importancia que deberia tener en el porvenir el matrimonio eclesiástico de una hija de Moctezuma con un español. La influencia que este acto iba á tener en el ánimo de la sociedad indígena seria sin ningun género de duda de más trascendencia que todas las predicaciones y todas las violencias que hasta entónces se habian puesto en planta.

El espacioso palacio, que ya estaba concluido en su parte exterior, lo mismo que en las primeras obras de los principales departamentos, fué tambien decorado con todo aquello que pudieron proporcionar los españoles y los caciques de los barrios y los alrededores.

Cañones, trofeos de guerra, estandartes de todos tamaños y figuras, cuadros, cortinas, flores, cuanto se pudo encontrar á la mano que pudiera contribuir á dar al palacio una alegre perspectiva, todo se llevó allí y fué colocado donde se creyó conveniente, segun el gusto de la época, ocupando siempre el primer lugar la floricultura indígena que en esta vez contribuyó con cantidades enormes, al grado de que los españoles se preguntaban admirados si seria posible que tan variada y tan gran cantidad de flores hubiera sido estraida en una sola noche de los rústicos jardines que ayudados por la naturaleza cultivaban los indios en lenguas de tierra que flotaban sobre las lagunas.

Pero precisamente esto era lo que facilitaba el acarreo. Si bien la mayor parte de las flores habia sido trasportada en canoas por el canal que llegaba hasta la misma casa de Cortés, otra parte no ménos considerable habia llegado en las mismas chinampas que habian sido empujadas hasta allí á fuerza de remos y de estacas, costando un trabajo que apenas puede comprenderse, conociendo las pobres chinampas que se conservan ahora como recuerdo histórico que da una ligera idea de lo que fueron aquellos elegantes jardines y conociendo la estrechez que con motivo de las construcciones guardan los pestilentes canales de esta época que ha ido arrasando poco á poco con aquellas bellezas primitivas.

Sobre esas gigantescas islas flotantes se veian centenares de indios colocados simétricamente en las estremidades haciendo con sus palancas un empuje comun que obedecia á la voz de un capataz que iba mandando las maniobras.

Cuando se veia el resultado de este trabajo, practicado en unas cuantas horas, no podia menos que confesarse que habia sido la obra de gigantes, de semidioses, siendo en realidad el efecto de una paciencia ya acostumbrada á trasportar á largas distancias aquellas propiedades que no tenian mas título que el de la posesion.

Indudablemente aquellos indios eran mas industriosos y mas tenaces en el trabajo que la raza degenerada que ahora conservamos, pues que es una verdad histórica reconocida por todos los cronistas de aquellos tiempos que los españoles pudieron edificar ciudades, templos y grandiosos edificios en más poco tiempo, relativamente, con los escasos elementos con que contaban.

La noche se pasó por los dos jóvenes que iban á desposarse como la han pasado y la seguirán pasando siempre cuantos se encuentren en iguales circunstancias. Ninguno de los dos pegó los ojos por mas esfuerzos que hizo para dormirse y su pensamiento, estuvo ocupado en las mil imágenes que pueblan un cerebro que está preocupado.

La princesa Tecuichpotzin despues de haber estado hundída por algun tiempo en un sueño desasosegado, mejor dicho, en un adormecimiento forzado que se obstinaba con una rebeldía insufrible en no fortalecerse, abrió por fin los ojos, levantó la cabeza para observar si su lamparilla estaba bien provista de perfumado aceite, y luego que se convenció de que serian inútiles los esfuerzos que hiciera para dormirse,

recogió su pensamiento y empezó á hablar consigo misma de esta manera:

—Es una lucha infructuosa la que trato de sostener con Morfeo, segun llaman los cristianos al dios que acompaña á los mortales en sus vigilias, no, no podré dormir en esta noche con la tranquilidad acostumbrada........ mi cabeza arde con el calor de tantas ideas que la cruzan confusamente y es mejor hacer con órden las reflexiones que en tropel me están atormentando. Yo soy feliz, muy feliz, y no obstante sufro en medio de esta inmensa felicidad que me rodea por todas partes. ¿Por qué sufro? ¿Es acaso porque un tranquilo sueño no viene á cerrar mis párpados como todas las noches? ¿Es el temor de perder una dicha que veo acercarse hácia mí muy lentamente? ¿Es la duda que me asalta á veces de que el doncel no pueda abrigar un amor firme y verdadero? ¿Es el remordimiento de ir á enlazar mi suerte con la de un blanco, con la de uno de esos mismos hombres que derramaron impiamente la sangre de toda mi familia? ¿Es el sobresalto que esperimentan los que tienen que cruzar por un sendero desconocido erizado de precipicios? ¿Ó qué cosa es lo que me quita el sueño y llena mi mente de visiones extrañas?........ Pero por más grandes que sean mis dudas, por más tenaces que sean mis remordimientos, por más rudas que sean las ansias que hacen palpitar mi seno con desusada irregularidad, yo siempre veo en medio de todas las sombras, en medio de todos los delirios, la soberana imágen del objeto de mi pensamiento, siempre veo aparecer triunfante una figura

que rádia sobre todas las otras, la del gentil mancebo Pedro Gallego...... ¿Sabrá amar siendo tan jóven?...... ¡Oh! sí, yo veo, yo siento el fuego que derraman sus ojos...... sus miradas me dicen más todavía que el concierto de los pájaros y todo cuanto habla la naturaleza todas las mañanas...... el rubor que cubre su semblante cada vez que me mira, me dice bien claro que germinan en su alma sentimientos que no se morirá nunca. El amor que á los dos nos tiene asidos, es lo mismo que el amor que cobija con sus alas á las tórtolas de los prados y á los cervatillos de los desiertos...... es un amor sencillo, natural que ha nacido á la vez en nuestras almas, y que no se extinguirá sino cuando ambos dejemos de existir. No, yo no dudo, yo no puedo dudar del amor de mi gallardo y dulce amante, amor que mi ternura y mis caricias sabrán hacer imperecedero.... yo no sufro temiendo que él me olvide ó me engañe...... lo que me hace permanecer insensible á la necesidad del sueño es la misma ansiedad con que espero el momento delicioso en que voy á dar para siempre mi mano, mi corazon y todo cuanto tengo al hombre que ha cautivado mi voluntad, al hombre de quien voy á ser una esclava toda mi vida; al que es mi dulce y amado bien.

No muy distintas eran las reflexiones que, dando vueltas y más vueltas sobre su cama, hacia el alférez Pedro Gallego.

—Voy á casarme, decia, voy á casarme en el dia que va á seguir á esta noche, y esto si que me parece un sueño...... pero es el caso que yo estoy ena-

morado, verdaderamente enamorado de esa jóven india á quien distinguen con el nombre de la princesa Isabel.... A pesar del título y á pesar del nombre, es una india como todas las que pueblan estas tierras...... Pero qué digo, ¡hombre profano y miserable! Isabel puede ser igual á las demas desgraciadas que forman nuestra servidumbre.... ¡oh! ¡qué diferencia tan grande! Ella tan noble, ella tan altiva, ella tan elevada, ella tan hermosa........ porque nadie puede negarme que Isabel es hermosa...... ¡Oh! si yo pudiera en un momento aparecer con ella en las cortes de Europa, ¿quién no me envidiaria? ¿Quién dejaria de admirar esos ojos rasgados, esa mirada lánguida, penetrante y ardiente á la vez, esa frente despejada y serena, esa abundante cabellera que cae como lluvia de ébano sobre sus torneados hombros, esa boca purísima cuyos lábios parecen los de un ángel, esos dientes iguales y trasparentes, ese moreno seno que parece un nido de amores, esos brazos modelados como los de una estátua griega, ese talle flexible y delicado que parece desvanecerse al andar en medio de ondulaciones voluptuosas?...... y ese pié de hada, tan sutil, tan fino, sujeto tan dulcemente en sus sandálias! En cuanto á belleza no habria quien pudiera vencerla en el mundo.... y luego en la seduccion.... y en la voz armoniosa.... y en la discrecion........ y en ese talento natural que siempre me subyuga...... No, no, ella está muy léjos de todas las demas mujeres, no solo de estas comarcas, sino del globo entero...... ella es la perfeccion en todo........ en nobleza, en hermosura, en

inteligencia, en amabilidad, en ternura, en pasion, en todo, en todo.

Pues entónces si esta es la muger que va á ser mia, ¿por qué experimento tales inquietudes? ¿Quién es el que no me tiene envidia entre todos los conquistadores comenzando desde el mismo Hernan Cortés...? ¿No es Isabel una princesa por más que no exista el trono de su padre...? ¿Quién podrá despojarla de su sangre noble ni de su grandeza de soberana?

Y si es tan elevada su posicion, y si es tan noble, y si es tan rica, y si es tan jóven y tan hermosa, ¿por qué estoy tan conmovido y lleno de variadas emociones?

¿Tengo que temer un porvenir borrascoso en el seno del hogar, siendo Isabel tan buena, tan noble, tan generosa, y sobre todo, tan inteligente....? Acaso encontrármela á ella, ¿no ha sido la más grande fortuna que podia apetecer un mortal? ¡Cuántos de los que han expuesto su vida más que yo, de los que han pasado más trabajos y sacrificios quisieran haberse encontrado como premio á sus afanes tan preciado tesoro!

Ya sé, pues, qué cosa es la que me inquieta y lo que interrumpe hoy mis sueños que de ordinario son tranquilos y profundos.. es lo inesperado de mi felicidad.. es que no creo que mañana sea dueño, legítimo dueño, de la mujer única que ha conmovido todas las fibras de mi corazon, de la sola mujer que puede hacerme el más feliz de los humanos.

Estos y otros pensamientos, embargaron la imaginacion del doncel casi toda la noche, hasta que pene-

traron los primeros fulgores de la mañana por los intersticios de la puerta que separaba su única alcoba del resto del edificio, y se sentó en la cama á registrar su equipaje.

El que en aquel momento solo era dueño de su caballo y de sus armas, lo mismo que de una ropilla usada de terciopelo perlá, que era la que le iba á servir para la ceremonia, dentro de pocas horas seria dueño de palacios y de haciendas, y de joyas valiosas y de la mano de la única princesa que quedaba de la dinastia azteca.

Por mas que fuera una monarquía desmoronada ya y sin espectativa alguna para volver á levantarse de en medio de su espantosa ruina, el jóven alferez se sentia muy impresionado bajo la idea de que podia venirle por aquel conducto, cualquier título de nobleza. ¿No estaba allá léjos conquistando á toda la Europa el emperador Cárlos V y repartiendo tronos con la misma facilidad con que repartia libreas, escudos de armas y condecoraciones? ¿No era lo mas probable que al organizarse la Nueva España ocupasen los primeros lugares del reino aquelllos que se hubieran puesto de entre los españoles más inmediatos al trono de Moctezuma?

Estos pensamientos, que eran los que no podia desechar el mancebo, nos demuestran que la princesa Isabel habia conseguido por fin hacerlo ambicioso.

Aquellas ropillas con que se estaba engalanando eran vistas por él con el desprecio con que se ve una cosa que va á servir por la última vez. Aquellas medias cuyo maltrato estaba disimulado con un calzon

largo, aquellos encajes amenazando ya deshacerse á fuerza de ser encarrujados tantas veces, aquel sombrero que de noche daba á su dueño el aire de un gran señor con sus fastuosas plumas cayendo sobre la espalda, todo aquel conjunto de prendas ya usadas y que iban á exhibirse en pleno dia y en plena luz en una ceremonia en que el dueño iba á hacer uno de los dos papelesprincipales, tendrian que mandarse pronto al basurero porque probablemente iban á ser sustituidas con telas doradas, encajes de Bruxelas y brillantes incrustaciones toledanas.

Justamente pensaba el jóven en esto último, en las armas que habia de mandar traer de Toledo, luego que fuera poderoso, cuando llamaron á su puerta.

¡Qué grata sorpresa! Su gefe, siempre magnífico, D. Hernando, no se habia olvidado de las opreturas que iba á pasar el jóven para presentarse en la ceremonia con un traje de príncipe, y le mandaba un vestido completo de los que acababan de llegar de la Corte.

Las piezas de que se componia eran de seda de color de escarlata y sembradas con hilos de plata. En lugar de sombrero llevaria una gorrilla de terciopelo como las que estaban usando en aquel tiempo los mismos reyes.

Pedro Gallego quedó deslumbrado ante aquella magnificencia, y desde aquel momento se consideró dueño de la fortuna.

Inmediatamente se colocó encima todas aquellas galas y se pavoneó delante de un pequeño espejo, en que no podia verse sino en reducidas fracciones, dándose todo el aire del mas lucido seductor.

A la vez Isabel se encontraba en la misma perplejidad, no sabiendo de que manera engalanarse para concurrir á la ceremonia. ¿Escogería entre aquellos ricos trajes bordados de pluma y de pedrería que eran la ornamentacion de la Corte de su padre en los grandes dias en que el palacio de Moctezuma era visitado por los grandes señores de las mas lejanas provincias, aquel que hubiera sido mas admirado por todas las princesas y esposas de los grandes caciques? Pero un traje de aquella naturaleza, ¿no sería mal visto por los españoles á pesar de su riqueza y majestad? ¿Una mujer cristiana podría presentarse vestida de infiel en una ceremonia religiosa de las que mas caracterizaban aquella nueva religion?..... Indudablemente estaba obligada á vestirse con los mismos trajes que usaban las damas españolas.....pero eran tan molestos, tan tristes, tan pesados, tan feos; y suponiendo que los hubiera mas hermosos, ella no tenia mas que uno solo de lujo, el que le habia servido para acercarse á las puertas bautismales, y como era muy blanco, estaba ya maltratado..... lleno de arrugas y tal vez hasta un poco sucio, llevando sobre sí las huellas del tiempo. Ademas, como en tal época todavía no llegaban las principales damas españolas y podia conseguirse con tanta dificultad una gala femenil, aquel traje participaba de los gustos indígeno y castellano. Alguna mezcla habia seguramente que caia muy mal ante la mirada segura de Isabel, que chocaba de un modo violento con su buen gusto.

Casi estaba á punto de llorar, considerando la imposibilidad en que se encontraba de presentarse vestida dignamente en aquella gran ceremonia en que

iba á ser el punto de mira de todos, habia ya arrojado léjos de sí uno por uno todos aquellos trajes que en semejante ocasion no podian servirle para nada, cuando se presentaron los enviados de Hernan Cortés, llevando en bandejas de plata un rico vestido que parecia hecho de la misma nieve tan brillantes eran así las escamas de plata de que estaba sembrado.

La princesa quedó deslumbrada ante la magnificencia de aquellas galas, y por mas que le repugnara la procedencia que traian, la vanidad le hizo suponerse que aquello era una muestra de adulacion debida á su rango y aceptar el obsequio derramando lágrimas de alegría.

Isabel pudo ya vestirse como era debido, y á decir verdad, cuando estuvo engalanada de todo á todo, es decir, calzada con las zapatillas de la época, cayendo las mangas hasta confundirse con los anchos pliegues de la túnica de terciopelo perla bordado de plata, los hombros torneados y el redondo cuello adornado con hilos de perlas y el pelo apenas recogido con una diadema de oro, de perlas y de piedras preciosas, parecia positivamente una reina.

Gallego llegó en esos momentos, y ambos jóvenes quedaron contemplándose admirados, pues que realmente cada uno de por sí estaba fascinador. Aparte de que sus galas eran buenas y sabian llevarlas, el semblante de los jóvenes estaba iluminado por la llama del amor, y siempre los semblantes de los enamorados se ven mas hermosos y mas interesantes. De seguro que en aquella mañana, fué cuando estuvieron mas hermosos en su vida la princesa Isabel Moctezuma y Pedro Gallego.

Ambos se estrecharon en los brazos, procurando no ajar sus preciosos vestidos, y esperaron en el estrado acompañados de los parientes de Marina y de los españoles amigos del alférez, á que llegara el gran conquistador.

A eso de las nueve del dia, llegó con gran pompa Hernan Cortés. Le acompañaban todo el Ayuntamiento y todos los que desempeñaban algun cargo civil ó militar, de alguna importancia. Le precedian los estandartes en que estaban esculpidas sus armas y las de la ciudad, y le seguian las músicas tocando sus instrumentos bélicos y las gentes de armas.

El conquistador penetró á los salones de la hija de Moctezuma, llevando de la mano á la hermosísima Doña Violante. Indudablemente que esta era muy bella; pero los historiadores confiesan que la hermosura de Isabel, nunca quedó opacada por la hermosura de ningúna española. Tambien Violante ostentaba un lujoso vestido de que le habia hecho gracia Hernan Cortés, aunque mucho menos rico que el que habia dado como regalo de boda á la princesa.

El vestido de Violante era tambien de terciopelo de color verde y con franjas de oro. Su tocado y el resto de sus adornos eran llevados con toda la gracia y soltura en que se distinguen las andaluzas.

De allí á poco sonaron los atabales en señal de que la gente de iglesia ya estaba lista en el palacio para recibir á la comitiva de los novios, y esta se puso en marcha á una órden de Pedro de Salamanca, que iba sirviendo de maestro de ceremonias.

Iban por delante en representacion de las clases

indígenas doce grupos de danzantes con sus músicas respectivas, á estos seguian de dos en dos unos doscientos niños vestidos todos con plumas blancas, llevando ramos de distintas figuras, de palmas, pinos, cipreses, cedros y cañas vestidas de flores. Atrás de estos iban los estandartes de cada una de las naciones que voluntariamente habian venido á someterse á Cortés. Seguian los caciques con sus respectivas comitivas y despues las niñas principales en ricos palanquines y vestidas de la manera mas fantástica, representando festones de lirios blancos. Seguian los alabarderos españoles, los regimientos, la artillería, los pendones de los distintos reinos en que estaba dividida Castilla, las músicas militares, etc., etc. Continuaba luego la comitiva en este órden: el Ayuntamiento, el tesorero y sus empleados, los hidalgos que no tenian empleo fijo, los militares que no tenian colocacion en filas, los empleados civiles, el corregidor y demas principales autoridades revestidas con todas sus insignias, algunos miembros del clero y luego una especie de caleza descubierta, llevada en hombros por los indios en que iban Isabel y Hernan Cortés, y luego otra de menos brillo y riqueza en que iban Pedro Gallego y Doña Violante. Cerraban la marcha algunas tropas de caballería y otras de los aliados que tambien se presentaron armados y procurando imitar en la marcha, el órden y la compostura que con gran trabajo estaban aprendiendo ya de las milicias españolas. Fuera de este gran concurso que formaba aquella procesion, las azoteas, las calles, las ventanas, todo estaba inundado de curiosos ofreciendo Méxi-

co, es decir, las pocas calles céntricas que estaban reconstruyéndose, una animacion y una perspectiva verdaderamente admirables. Era de tal novedad aquel espectáculo para los españoles, espectáculo que no se habia visto ni volveria á verse en la sucesion de los siglos, á causa del cambio de circunstancias, ofrecia en aquel instante tal novedad todo aquel conjunto de trajes, de colgaduras, de matices, de movimiento, de vida, de alegría, de músicas, de rumores, de danzas, de cánticos, de perfumes, de fisonomias y de tantas otras cosas que estaban contribuyendo á animar tan hermoso cuadro, que cada uno deseaba ser un pintor, un pintor maestro, para no dejar escaparlo para siempre.

Los clérigos y frailes salieron revestidos de todas sus insignias á encontrar la procesion, inundando las calles con las nubes de incienso que arrojaban sus doscientos incensarios. Entonces se adelantaron los padrinos y sus ahijados, y pié á tierra fueron introducidos bajo de palio á la iglesia improvisada bajo los arcos de los grandes corredores de la suntuosa casa del conquistador.

Al tener su verificativo la ceremonia del casamiento de los dos jóvenes, el edificio se estremeció bajo las descargas de mosquetería que se hicieron en las azoteas, lo mismo que por el estampido de los cañones que fueron disparados en la Plaza Principal.

Isabel que no estaba preparada para esto, se asustó mucho con el ruido y tuvo que apoyarse en el hombro de su esposo para no caer desvanecida. Galle á pesar del respeto que debia tener á la concurren-

la vió en aquel instante tan bella que no pudo resistir al deseo de imprimirle un beso en la frente.

Ella se estremeció, abrió los ojos y le dijo con voz débil:

—¿Qué haces?

—Perdona: me habia olvidado al verte reclinada en mis brazos, de que nos encontrábamos delante de tantos testigos.

Despues de haber concluido los cánticos y sermones que duraron todavía dos horas, que no solamente para los novios fueron mortales, Cortés abrazó á éstos deseándoles una eterna felicidad. Todos los hidalgos y damas que empezaban á formar aquella corte, pasaron tambien al lado de los jóvenes deseándoles un buen suceso, y en seguida se fueron todos á las anchas habitaciones del piso alto en donde en salones vistosos con sus adornos, estaban unas grandes mesas cubiertas de flores y frutas de las mas esquisitas en donde debia servirse la comida que estaba preparada para cosa de unas quinientas personas que era poco mas ó menos el número de los convidados.

Cortés colocó á la princesa en el sitio principal, y él tomó asiento á su lado. Luego siguieron Gallego y Violante, y despues los convidados en donde les iba marcando el maestro de ceremonias.

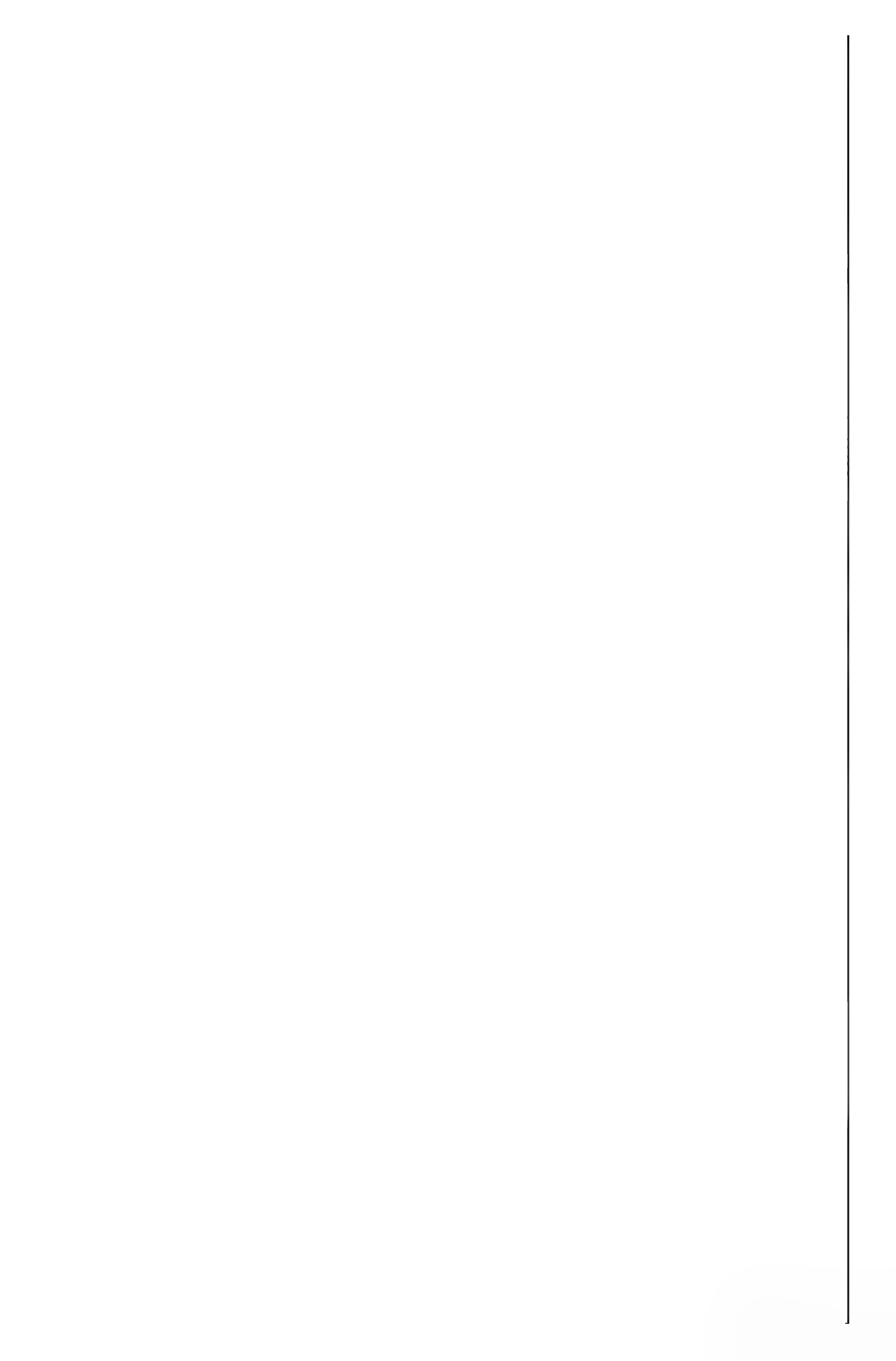
El *buffet* estuvo á la altura de la época viéndose como en los tiempos de Moctezuma, viandas de todas ...es traidas de enormes distancias por medio de un ...on de hombres que corria cada uno una legua.

...comida estuvo animada y alegre.

Por la noche fueron iluminados el Palacio de Cortés, y algunos otros edificios próximos.

A las once y media fueron conducidos los desposados á su alojamiento en la casa de la princesa. Allí tambien habia grandes preparativos de fiesta.

El casamiento de Gallego con Isabel marcó época en los anales mexicanos.



CAPITULO XI.

Campaña de amor.

Mientras que el palacio de Cortés y todo el centro de la ciudad formaban el mayor ruido con la inmensa concurrencia que los inundaba, con sus danzantes y músicas, lo mismo que con todo lo demas que contribuia á hacer la fiesta estrepitosa, los barrios de Santiago y San Cosme, que eran los únicos que estaban bien provistos de casas, aparecian enteramente desiertos, no viéndose ni una sola gente en sus tristes y solitarias calles.

El edificio que iba á ser el palacio de Doña Marina, levantábase frente al acueducto que estaba construyéndose para surtir de agua á la ciudad, en la línea de hermosas fincas que hoy forman la ribera de San Cosme.

El aspecto exterior era el mismo que se daba á to-

das las casas de aquellos tiempos, que, destinadas en lo general para que sirvieran de defensa á sus dueños, tenian toda la fisonomía de una fortaleza.

Las ventanas eran pocas, altas y bien construidas, con enrejados de madera, de fierro ó de piedra viva. Las puertas no se prodigaban tampoco mucho y si ll gaban á ser anchas de seguro que eran formadas de espesos tablones forrados con planchas de algun metal que les diera mas consistencia.

Obedeciendo á ese estilo, la casa de Doña Marina tenia en un frente de sesenta varas, solamente cuatro angostas ventanas defendidas con rejas de madera. En cambio, la azotea ostentaba por todos lados ricas almenas y graciosos torreones, conservando al lado una ancha plataforma ó azotehuela segun la moda indígena, que se cubria de plantas y servia para respirar un aire mas puro en los meses calurosos del año.

La puerta era grande como correspondia á un gran edificio, y luego se penetraba á los corredores que descansaban sobre macisos pilares de cantería de diversos colores, llenos de relieves ó arabescos, segun era la mano que los habia pulido.

El patio era grande y sombreado por los árboles de distintas zonas, que se habian trasportado allí para dar al lugar una hermosura excepcional, de suerte que se veian allí palmeras, cedros, naranjos, plátanos y nogales, mezclados en una fraternidad admirable, como solo se ve hoy en los grandes y costoso jardines de aclimatacion que ha inventado la civilizacion moderna.

Se subia luego al piso principal por una escaie

labrada esquisitamente con las piedras mas raras por sus jaspes y vetas, piedras que no desmerecen hoy al lado de los mejores mármoles, segun se ha visto en diferentes exposiciones.

Seguian en construccion los departamentos interiores en que se proponian realizar los arquitectos españoles obras de verdadero mérito, lo mismo que se habia delineado y estaba preparándose el terreno para los jardines, en los cuales iban incluidos unos que se encontraban ya en plena vejetacion y que habian correspondido á uno de los palacios ya demolidos del emperador Moctezuma, probablemente el destinado á las fiestas de la familia, que era uno de los que se encontraban por aquel rumbo.

Al único piso alto que tenia la casa, se subia como hemos dicho por una magnífica escalera, lo mejor que en labrados de cantería se podia hacer en aquellos tiempos, y se encontraba luego ya concluido un precioso departamento, que era el que estaba ocupando la famosa Malitzin, segun la solian apellidar sus compatriotas.

El departamento este se componia de un lado del corredor cubierto con pintorescas cortinas de telas indígenas: luego seguia un saloncito y otras piezas modestamente amuebladas con asientos y mesas del color de la misma madera que acababan de ser tallados: solo en el salon de recibir habia colgaduras, esteras, macetones, relieves, divanes forrados con grandes cojines de plumas y otras mil curiosidades que significaban entonces lujo y esplendidéz.

espues de estas piezas, y antes de llegar á la al-

coba de Marina, estaba un oratorio que solo contenia una escultura de la vírgen y algunas pinturas de santos, en medio de dorados y arabescos al gusto de la época.

Frente á la vírgen se encontraba un mullido cojin para arrodillarse, y en el pequeño altar cuatro lámparas de oro maciso.

En donde estaban concentradas las riquezas y el mayor lujo, era en la alcoba de Marina.

Ocupaba el centro de esta una gran cama de ébano incrustada en oro maciso: los piés eran de oro y plata como lo eran tambien las alegorías que bajaban desde el techo hasta la cabecera, formando una cauda de figuras caprichosas en que estaban realzadas sobre el rico metal las batallas de los españoles, los cañones y caballos que tanto les habian servido en la conquista, las procesiones de frailes, los navíos llegando á las costas mexicanas, las canoas de los indios yéndolos á reconocer, los volcanes situados al Oriente del valle de México coronados de blancas nieves, las danzas de los indios y todo aquello, en fin, que podia en tales circunstancias animar con su buril la inspiracion del artista.

El techo era una bóveda maestra, tanto por su forma, como por los relieves que estaban desprendiéndose de ella, como por su fantástica pintura: de los lados de aquella hermosa bóveda, pendian colgaduras que descendian en graciosos pliegues yendo á abrazar las columnas de mármol, sobre las que descansaban los estremos de la bóveda. Los capiteles de las columnas eran de oro y las bases de plata macisa, de la

misma manera seguian siendo el oro, la plata y el ébano, el componente en el resto de los muebles y adornos de aquella suntuosa habitacion.

El mismo Hernan Cortés habia mandado á sus mejores plateros para que decoraran esta parte de la casa con la mayor riqueza posible, y estos no se habian quedado cortos en meter allí riquezas que hoy nos parecerian realmente fabulosas amontonadas así en la alcoba de una mujer.

Cuando Marina estaba, allí completamente rodeada del ébano y del oro, de las cortinas de terciopelo oscuro, inundado aquello de una luz que entraba á raudales por las anchas ventanas que descendian de la bóveda, parecia una diosa en medio de una mansion hecha por los genios.

Las piezas siguientes iban á dar sobre los jardines, lo mismo que un gracioso corredor que estaba figurando una canastilla de flores.

Las piezas bajas eran ocupadas por la servidumbre compuesta solo de indios fieles, que Marina habia ido teniendo cuidado de elegir entre sus compatriotas.

Acababa la jóven de dajar su oratorio en donde habia derramado abundantes lágrimas, cuando apareció una de sus doncellas.

—¿Qué traes, Tlaxochima? le preguntó Marina.

—Un blanco que está á la puerta me entregó este *metl* (1) para que lo pusiera en tus manos.

(1.) Hoja de palma para hacer el papel de los indios.

Marina se estremeció y dijo con voz temblorosa:

—¿Un blanco te lo dió?

—Sí

—Trae.

Y Marina cogió el pergamino que estaba solo doblado en dos partes, y vió escrito allí el nombre de Jaramillo. No pudo entender lo demas que habia escrito en el mensaje, ya porque el señor Juan de Jaramillo no era muy diestro en la escritura, ya porque Marina no se habia perfeccionado todavía en la lectura de la letra de carta.

Pero Marina comprendió que Jaramillo solicitaba ser recibido en audiencia, aprovechándose de las fiestas en que estaban entretenidos los españoles, y aunque ella tuvo que sostener una lucha interior, esta fué momentánea porque comprendió que tenia que dar á aquella aventura, todo el aire de la naturalidad si no queria perderse.

Así es que se guardó el escrito y dijo á la doncella:

—Conduce tú misma al señor á aquel lugar, ¿entiendes?

Al preguntarle esto le señalaba el salon.

—Sí, gran señora.

—Pues lleva allí al blanco, le das un asiento, y en seguida vienes á avisarme á mi alcoba.

—Esta bien.

La indita fué á cumplir con su cometido y Marina se introdujo violentamente en su cuarto pensando lo que deberia hacer en aquel apuro, aunque para no

perder tiempo se arreglaba á la vez llevada de su instinto, delante de un espejo.

—¿Qué haré? se preguntaba, ¿cometeré la debilidad de recibir á Juan de Jaramillo despues de haberle prohibido que viniera?...¿Pero realmente traerá conmigo un asunto importante?.... ¿No será enviado por el mismo Hernan Cortés?....No, no lo creo así....Jaramillo no ha abandonado hece tres dias estos lugares, y ni ha visto siquiera á Cortés, ni sabe qué clase de fiesta tiene entretenidos á los españoles, ni se ocupa de otra cosa, que de suspirar y ver á mis ventanas....De seguro que Jaramillo viene impulsado por su amor que le ha hechó dar uno de los pasos mas atrevidos...sí, el me ama...me ama quizás con toda la violencia con que yo amo á Cortés, y por eso ha venido á echarse á mis plantas. Yo tambien siento frecuentemente impulsos de correr, de ir allá donde se encuentra mi bien adorado, de abrazarme á sus rodillas y decirle con todo este fuego que hay en mi alma:

—Tu me has jurado amor eterno, tu me has dicho que á ninguna mujer en el mundo amarias como á mi me has amado, que no te desprenderias jámas de mis brazos...tu me has jurado por tu Dios, por el Dios que ahora tambien es mio y que adoro porque tu le adoras, tu me has jurado con toda solemnidad que por nada ni por nadie me dejarias, que juntos viviriamos hasta que á uno de los dos viniera la muerte y lo quitara de la superficie de la tierra...... sí, tú me has jurado que solo la muerte podria desunir nuestros corazones pero nunca nuestras almas...y...hoy ven-

go á exijirte que cumplas ese juramento.....vengo á recordarte que sin ser perjuro, sin ser infiel, sin ser desleal, sin ser un pérfido tu no puedes dejarme para recibir en tus brazos á otra mujer.....Tu ya estás ligado conmigo eternamente con ese juramento y.....con ese ser tuyo que llevo en mis entrañas....huyamos de aquí si quieres....vamos á escondernos en el fondo de la montaña....vamos á disfrutar de la grandeza de nuestro amor en el seno de los bosques....buscaremos un lugar en que haya una gruta ignorada....allí cerca correrá un arroyuelo en donde apagaremos la sed y la caza que los dos persigamos juntos nos proporcionará el alimento......

Allí no tendremos joyas.... no tendremos adornos de sedas, plumas, diamantes ni perlas.... no se nos fabricarán casas de mármoles ni jardines de formas caprichosas.... allí no nos perseguirá la lisonja de los que algo están esperando de nosotros.,.... pero ¿acaso no es mas rica la naturaleza con sus cascadas, con sus flores, con sus gigantescos árboles, con sus brisas perfumadas, con sus rumores misteriosos, con sus sombras nocturnas, con sus rayos de sol atravesando las cimas de los árboles, con sus animales salvajes, con sus aves canoras, eon sus variados paisajes, con su calma y con sus mismas tempestades? Allí, en medio de esa naturaleza, donde ningun hombre ni ninguna mujer puedan vernos.... alli los dos seremos felices, porque allí tendremos nuestro mundo, allí estará con nosotros nuestro amor inextinguible, allí vivirá con nosotros la delicia, el encanto, la ventura misma que hay en los cielos....

—Así debe amarme Jaramillo, dijo despues de un rato de ensimismamiento, así debe amarme como yo amo á Cortés... porque así sucede siempre... ¡justo castigo á los que aman sin freno! Otra mujer seria la que debiera amar á Jaramillo...... Pero ya que lo comprendo todo, ya que yo sufro, ¿por qué no he de consolar á los que sufren por mi causa?.... ¿Por qué no he de dar alguna esperanza á ese hombre, siquiera porque yo no tengo ninguna?....

Y diciendo eso siguió engalanándose con la prontitud que le fué posible y luego apareció en el salon radiante de hermosura.

Jaramillo cayó de rodillas á las plantas de la jóven.

Esta, tomando su aire salvaje de otros tiempos, le dijo:

—Alza, blanco, y dime, qué quieres, qué buscas aquí, por qué has osado quebrantar mis deseos y faltar á la palabra empeñada?

—¡Oh! perdon.... perdon...., murmuró Juan de Jaramillo, sin acertar en lo que debia de hacer ante los cargos tan fuertes que le dirigia Marina.

—Levanta, y dime pronto qué es lo que buscas.

—Perdonadme primero si es que me he atrevido á quebrantar vuestros mandatos.

—Estás perdonado. Ahora dí pronto lo que quieres y márchate.

—¿Lo que quiero?..... ¡Ah! ¿por qué me habeis dicho entonces que esperara si era para mostraros tan cruel en seguida?

—¡Ah! pero entonces tú no quieres comprenderme,

jóven guerrero, dijo Marina hiriendo el suelo con el pié, como un signo de marcada impaciencia.

—Yo lo único qne comprendo es que os amo y que vos os mostrais conmigo implacable. . . . . yo lo que sé, Marina, es que no puedo vivir ya mas dias sin veros. Si por este delito merezco la muerte, tomad mi daga y hundidla en mi pecho.

—Imprudente, murmuró Marina, eres un imprudente, Juan Jaramillo. . . . Ni yo soy implacable como dices, puesto que te abro las puertas de mi cabaña para recibirte, ni tu hubieras muerto con dejar de verme en el trascurso de quince ó veinte soles. No te castigaré con tu daga por el daño que me has hecho quebrantando mis propósitos, ni siquiera te daré ningun otro castigo, porque siempre siento en mi corazon algo que me inclina á quererte; pero sí te ruego que si me amas, no vuelvas á obrar de esta manera.

—¿Pues qué debo hacer?

—Esperar á que yo te llame y pueda decirte: Juan de Jaramillo, han desaparecido los obstáculos que se oponian á que fuera tuya, aquí está mi mano.

—¿Y si no me llamais nunca?

—Yo estoy segura de que forzosamente llegará un dia en que debo llamarte.

—¿De veras?. . . . . . ¿me lo jurais?. . . . . ¿Me jurais, Marina, que depondreis en algun dia vuestras crueldades?

—No necesito jurar lo que yo sé que tiene que venir á suceder.

—Pero. . . . . ¿cuándo?. . . .

—Espera, jóven guerrero, espera....

—Decidme, Marina, por favor, cuáles son los obstáculos que se oponen á nuestra dicha y yo procuraré vencerlos cuanto antes.

—Es imposible.

—Ponedme á prueba, Marina, y vereis si tengo valor, si tengo decision, si tengo fuerza para llevar adelante la hazaña mas grande que se necesite para llegar á poseeros. ¿Es Cortés el que se opone?

—No puedo contestarte á nada de eso.

—No..... no...., no puede ser Don Hernando quien se oponga.... á él podria convenirle mi enlace puesto que está próxima á llegar Doña Catalina Juarez....

Jaramillo decia esto como hablando consigo mismo. Marina se puso horriblemente pálida al oir este nombre y dijo con voz temblorosa.

—Dices bien, Jaramillo, no será Don Hernando quien se oponga á que lleguemos á unirnos....

—¿Pues quién?....

—Seré yo misma.

—¿Vos?

—Yo, yo.

—¿La causa, la causa?

—Me atormenta la idea que cruza por mi cerebro....

—Siempre las mismas vacilaciones y las mismas reticencias.....

—¡Oh!.... déjame.

—No, decídmelo ó me hiero delante de vos.

Jaramillo sacó la daga y la levantó en actitud de hundírsela en el pecho.

—Decidme si amais á otro hombre para matarme, decidme por fin quién se opone, ó....

—El hijo de Hernan Cortés que llevo en mi seno, dijo Marina con desesperacion huyendo avergonzada de aquel aposento.

CAPITULO XII.

La corte de Tanguasan.

La noticia del casamiento de la hija de Moctezuma con un blanco se esparció por todas partes, produciendo no solo sensacion, sino hasta algo de pánico entre las grandes tribus de indios estendidas en esta parte del continente como naciones soberanas, pero obedeciendo á un sentimiento de union á que las obligaba la propia defensa para oponerse á la esclavitud que se les aguardaba con la conquista.

Como la nacion azteca era la que se habia llevado la primacia por el poder inmenso de que supieron rodearse sus monarcas, obligando á naciones muy distantes á pagar el tributo, la gran Tonochtitlan era considerada como el centro del gran territorio que se denominaba el Anáhuac y sus pobladores veian á la hija de Moctezuma, segun antes hemos dicho, como

la cabeza principal de todos ellos. Si alguna esperanza alentaban para libertarse de los blancos, esta se encontraba encarnada en la princesa Tecuichpotzin que era la única que podia hacer que á su voz se levantaran numerosas legiones de guerreros.

Así es que su casamiento con un oficial de los blancos al saberse entre los indios, les produjo el mayor desconcierto.

Los que mas se alarmaron, como era natural, fueron los reyes de Mechoacan y Xalixco: estos acababan de enviar embajadas á la princesa ofreciéndole sus ejércitos para la insurreccion, los embajadores la habian colmado de presentes y habian llevado su estremosa generosidad hasta suplicarle que fuera á ceñirse la corona de aquellos dos reinos que estaban dispuestos á recibirla como soberana, y no podian aquellos menos de suponerse que Tecuichpotzin iba á denunciarles ante los blancos como conspiradores.

Hasta entonces no habian sido dominados ni nadie osó meterse con ellos, pero siempre guardaban una actitud pacífica y no querian esponerse á mayores males si llegaban á ser sospechados siquiera de desafectos.

En el reino de Xalixco hubo grandes deliberaciones y por fin se resolvió en el consejo del rey alistar sus tropas para esperar los acontecimientos á mano armada: ellos no llevarian la guerra á los españoles, pero sí se defenderian hasta morir en caso de ser atacados. Pero no tuvieron tanto ánimo así los de Mechoacan, pues estos ó por estar muy cerca ó por encontrarse mandados por un monarca pusilánime, se

desmoralizaron á tal punto que desde luego se propusieron mandar comisionados de régia estirpe á tratar con el Malinche de la sumision de la comarca.

Era cabeza del reino de Michoacan un hombre parecido al rey Pipino de la graciosa opereta intitulada «Barba Azul»: tenia por nombre Tanguasan y por sobrenombre *Bimbicha*, que en el idioma de aquellos pueblos obedecia á un significado de los mas chuscos y al mismo tiempo de los mas injuriosos.

Tanguasan encargó de aquella delicada comision, es decir, de la de ir á doblegarse á las plantas de los españoles, á su hermano Vechichilza, que como de la misma familia era todo un *papanatas*.

No privaremos á nuestros lectores de una pequeña descripcion respecto á los incidentes que precedieron la salida del príncipe Vechichilza para México.

Una vez acordada la medida por los sacerdotes y consejeros, que eran otros tantos mandones como Tanguasan, el jefe de la embajada se presentó en el palacio de éste, seguido de numeroso acompañamiento.

El rey estaba en su trono vestido con plumas de todos colores.

Tenia Tanguasan muy cerca de sesenta años, y todavía no le salia ni una cana en las pocas barbas que le colgaban de debajo de la boca ni entre sus poblados cabellos.

A consecuencia de su buena vida y de que no sabia apurarse por nada, habia engordado extraordinariamente, de suerte que ostentaba grandes mofletes, una nariz muy ancha estendida por toda la cara, y unas

espaldas capaces de tapar la puerta de un templo. Generalmente al sentarse tenia que estar abrazándose el vientre, pues que no podia dar á sus brazos una mejor colocacion. La parte de piernas que descubria de la rodilla abajo eran unas verdaderas lonjas, y lo mismo el cuello que le rehumbraba con la gordura.

Tenia la frente estrecha, los labios muy gruesos y las orejas muy grandes, de suerte que estaban bien retratados en él todos los ídolos y figuras grotescas que en toscas esculturas le rodeaban.

Así como en la corte de Moctezuma el gusto por las artes se habia refinado hasta un grado que llamó justamente la atencion de los españoles, el extremo opuesto se veia en la corte de Tanguasan en donde estaban de moda los colores mas chillantes que menos podian armonizarse, las esculturas más grotescas, los trajes mas incómodos y de peor aspecto, las comidas mas súcias y salobres, la arquitectura mas heterogenea y las coctumbres, en fin, mas fastidiosas que pudieran haberse inventado, entre las que sobresalia un canto mohótono que el monarca se complacia en estar oyendo hasta por tres dias consecutivos. En cuanto á músicas estaba aquella Corte tan desprovista de ellas, que apenas podian acompañarse los danzantes con unos tepenahuaxtls mal construidos y que despedian voces roncas y desagradables y algunos pitos formados de arbustos huecos que producian chillidos espantosos.

El palacio de Tanguasan estaba situado enfrente de una plaza cubierta de maleza y de árboles que habian seguido su natural desarrollo, hasta formar un

bosque de pequeña altura, pues que para arboleda era aquel un bosquecillo de arbustos.

Tenia el palacio á su frente cuatro grandes puertas: la una era ovalada y servia para dar entrada á los embajadores de otros reinos; la segunda era triangular y era por donde se manejaba la servidumbre; la tercera era cuadrilonga y por ella entraban todos los dias cantando los sacerdotes y salian despues en procesion por una de las puertas laterales, y la cuarta que era exclusivamente del rey, era muy ancha y muy baja, dando exactamente su misma estatura que era casi la de un enano, con lo cual obligaba á los demas á que se inclinaran para seguirle, doblándose algunos casi hasta tocar el suelo con las rodillas.

El interior del palacio era igualmente desagradable. Contenia patios, cobertizos, grandes moles de piedra sin órden ni concierto y hendiduras en vez de puertas que daban entrada á los diversos compartimientos en que se albergaban los nobles, los sacerdotes, los soldados y las damas del serrallo, no menos por todos de unas mil quinientas personas.

En el serrallo habia doscientas jóvenes hermosas, pero una sola era preferida en todos los cambios de estacion, de manera que muchas habia á quienes no habia dado su preferencia, ni esperanzas tenian de que les tocara su turno. Vestian estas jóvenes trajes de algodon blanco que les llegaba á las rodillas, mientras no entraban al tálamo real, y las escojidas lo cambiaban desde el dia siguiente trocándolo por ropajes de plumas de los mas vistosos colores. Entonces podian ya adornar sus gargantas con collares de oro y perlas,

podian ceñirse diademas de brillantes y colgarse pendientes de caprichosas formas.

El departamento real estaba decorado con menos rudeza que los otros, pues en lugar de asientos de pino y de paredes deslustradas, se veian sillones de junco, mesas de maderas preciosas y colgaduras de plumas, rodeando con cierta simetría, los cuadros esculturales que simbolizaban algunos pasajes históricos.

Habia á la entrada de las habitaciones reales, un calendario bruñido en piedra semejante á los calendarios aztecas y otras muchas de las obras de arte que habian copiado de aquella nacion, los habitantes del reino michoacano.

Aquella mañana en que debian verificarse las ceremonias necesarias para que el príncipe Vechichilza pudiera marcharse á desempeñar su árdua mision, el palacio se adornó con los pendones del reino, con los arcos de flores y con todo lo demas que servia para dar realce á cualquiera solemnidad.

Las tropas, con sus ruidosos instrumentos de guerra, se situaron en torno de la plaza y los sacerdotes vinieron desde el templo mayor hasta el palacio, formando una procesion en que se llevaban enarboladas palmas y otra multitud de insignias. Delante y detras de ellos iban una infinidad de muchachos esparciendo en profusion el oloroso humo del copal.

Al penetrar al recinto del palacio entonaron un canto raro; y solo penetraron á la cámara real diez de los que llevaban insignias que los distinguian de los demas como superiores.

Bajo el sólio, compuesto de cortinajes de todos colores, estaba el rey sentado en un magnífico sillon que contenia por respaldo unas alegorías de oro maciso.

El trono estaba colocado á una altura considerable, y se subia á él por una escalinata cubierta enteramente de mullidos cojines de pluma.

El rey estaba vestido de toda ceremonia, pero no obstante la riqueza de sus atavios, tenia todo el aspecto que le habia conquistado el sobrenombre de "el rey Bimbicha."

Sus mejillas llenas, su cuerpo enroscado, sus anchos hombros, su vientre abultado, lejos de inspirar el respeto y veneracion que los otros reyes esparcidos en el Anáhuac, no provocaban sino á reir á mandíbula batiente.

Sin embargo, todos los circunstantes permanecieron delante de él con la gravedad y circunspeccion que correspondian á aquel acto solemne. Los nobles estaban de pié formados en línea á la derecha del trono; los sacerdotes formaban la ala izquierda.

El director de las ceremonias que se distinguia por un gran plumero en la cabeza de blanco y verde, se acercó hasta las gradas del trono, cruzó primero los brazos sobre el pecho, luego se inclinó hasta tocar el piso con las manos y dijo con voz gangosa:

—Todo se encuentra listo, luminoso señor.

—Que se verifique la ceremonia, contestó el rey.

Salió de allí el del largo plumero sin volver la espalda y en seguida entró conduciendo una procesion que pasó por delante del trono compuesta de muchachos con incensarios, de danzantes de ambos sexos,

de vírgenes coronadas de flores blancas, de sacerdotes que entonaban lúgubres cantares y de diversas insignias é idolos de piedra y de madera llevados en hombros. Detras de todos estos y mientras los grupos desaparecian por una pequeña puerta abierta en el fondo, entró el príncipe Vechichilza seguido de numeroso acompañamiento. Este se detuvo en medio de la sala con la cabeza inclinada hasta las rodillas y tocando el suelo con ambas manos.

—Príncipe Vechichilza, pronunció el rey con voz que procuró hacer patética.

Vechichilza se incorporó.

—Ahora, continuó diciendo el rey, el gefe supremo del Consejo te impondrá de los deberes de tu comision.

Se adelantó un noble anciano que estaba á la cabeza de la fila de nobles hasta colocarse en las primeras gradas del trono inmediato á Su Magestad, y desde allí estuvo repitiendo las palabras que le decia el rey por lo bajo en los siguientes términos poco más ó menos.

Decimos poco mas ó menos, porque seria imposible traducir aquella gerigonza llena de signos misteriosos.

—Príncipe Vechichilza, vas á cumplir una de las mas difíciles misiones que ha tocado en suerte á mortal alguno. Sabes ya que han ocupado el reino de Mocteznma, que era el mas poderoso monarca de la tierra, unos seres sobrenaturales venidos de regiones desconocidas que tienen á su disposicion el rayo y el trueno y que no hay ejércitos por valorosos y fuertes

que sean, que puedan oponérseles. Para llegar á la gran Tenochtitlan vencieron en pocos meses todos los inmensos obstáculos que sembraron en su camino los acolhuas, los aztecas, los chichimecas y segun pareció el mismo Teoyoaotlátohuahuitzilopochtli. (1)

Los mexicanos recurrieron á todo su podet reconcentrando en su gran ciudad á todos los guerreros de las montañas en un número fabuloso, y no obstante tuvieron que sucumbir perdiendo sus templos, sus riquezas, sus nobles, sus sacerdotes, sus palacios y todo cuanto poseian, quedando los pocos que sobrevivieron sujetos á una oprobiosa esclavitud.

Nuestra nacion, lo mismo que las otras que se encuentran al Norte y al Occidente, habian formado una alianza para defenderse de los blancos; pero el núcleo de esta alianza se encontraba en la última descendiente de Moctezuma que era la princesa Tecuichpotzin, teniendo en cuenta que era la que podia disponer de los guerreros del Oriente. Despues de esterminados los blancos, nosotros seguiríamos pagando un tributo á los mexicanos como la nacion mas poderosa.

Tales proyectos han quedado destruidos desde que la princesa Tecuichpotzin ha tenido la flaqueza de enlazarse con un blanco, adoptando su religion y renegando de la suya, lo mismo que de la independencia de su patria. Faltándonos ahora la cabeza, faltándonos la fuerza principal que la haciamos consistir á los guerreros de Oriente, acostumbrados ya á lu-

(1) Dios que manda y publica las guerras.

CAPITULO XIII.

La embajada.

Mientras estos sucesos que se desarrollaban en la corte de Tzinzonza, en la de Coyoacan se llevaba la vida monótona de costumbre. Trascurridos los tres dias de fiestas que se celebraron con distintos juegos y creciente animacion, para dar toda la solemnidad debida al matrimonio de la princesa Doña Isabel con D. Pedro Gallego, Hernan Cortés y su corte habian regresado á Coyoacân, dejando en la Gran Tenochititlan los mas gratos recuerdos.

Ni los mismos indios que habian sido testigos del boato de Moctezuma, recordaban que alguna vez se hubieran hecho festejos semejantes, ni aun en los religiosos que tenian lugar dentro del recinto del templo Mayor, en los cuales se solia bailar por tres dias y por tres noches seguidas, pues que tales solemni-

dades eran verdaderamente para la aristocracia compuesta de caciques y sacerdotes y el pueblo tomaba en ellas muy poco participio. Ahora habia sido muy distinto: fuera del culto rendido á la diosa Xochitl por cuenta del Gobierno, los españoles habian introducido los espectáculos de las justas, las carreras de caballos, los juegos de azar y maniobras militares, todo lo cual estaba dando variedad y entretenimiento á aquellas gentes y con especialidad á las que no los conocian. Las fiestas, pues, verificadas con motivo del casamiento de la hija de Moctezuma estuvieron expléndidas para los tiempos que corrian, y segun dijimos ántes, marcaron época en los recuerdos de cuatro ó cinco generaciones.

Así como debieron ser muy celebradas en una extensa comarca las bodas de Camacho descritas por Cervantes, por la riqueza y abundancia de manjares que se sirvieron en ellas, las de Pedro Gallego lo fueron, no sólo por la inmensa cantidad de víveres que se consumieron en el palacio de Cortés y en las plazas públicas, sino por las cantidades de oro que se apostaron en esos mismos lugares y por la infinidad de pormenores que contribuyeron á dar, no sólo novedad, sino explendidez á la fiesta.

El lector no podrá formarse una idea siquiera del conjunto que resultaria de la civilizacion azteca y española reunidas, que no estaban por cierto muy aventajadas, pues que era preciso estar presenciando las danzas al lado de las justas, los juegos de dados ó de naipes al lado del juego de pelota de los indios, y las músicas de unos y otros de tan distintos timbres, é

instrumentos. En lo único en que se mostraban iguales unos y otros era en los resultados de las bebidas embriagantes, pues que á unos y otros les llegaba el periodo de la alegría, el del frenético entusiasmo, para terminar, por fin, con el periodo del embrutecimiento.

Los mismos estragos que hace ahora el pulque entre el populacho y las clases ínfimas de la sociedad, los hacia desde entónces comenzando sus efectos muchas veces en las mismas testas coronadas. Hoy, por fortuna, esa bebida hedionda y mal sana, que traen á México desde los Llanos de Apam, recargada con cuantas inmundicias pueden recojerse en el camino, que desde lejos puede denunciar á la persona mal educada que abusa de ella, va por fortuna siendo reelegada únicamente á los cocheros y á los cargadores que se encuentran en el último piso de la escala social.

Pero volviendo á nuestra relacion, de la cual nos hemos involuntariamente desviado, repetimos nuestras reflexiones á propósito de aquellas fiestas á que nos hemos referido: hubiera sido necesario estar en ellas para estimarlas en todo su valor, pues habiendo de aquí á esa época una distancia de casi cuatro siglos, es difícil si no imposible, formarse de aquel contubernio un juicio acertado y mucho ménos completo.

Cada uno, pues, de nuestros lectores puede figurarse el mayor número de gastos segun el [illegible] e aquella época, en trages, en banquetes, en ilu[illegible] r- nes, en adornos, en juegos públicos y en tod[illegible]

mas que debió haber para celebrarse el más fausto, el más importante de los acontecimientos, la union de dos razas distintas representadas en un oficial de los conquistadores y en una princesa de la sangre azteca, y nosotros pasaremos á otro asunto.

Encontrábase el conquistador Hernan Cortés despachando los negocios públicos, rodeado de su secretario y algunos de sus consejeros, cuando fué anunciado un correo que venia de parte de su gracia el poderoso príncipe Vechichilza.

—¿Qué príncipe será ese? preguntó el general á los que le rodeaban.

—Yo no lo he oído mentar, dijo Rodrigo de Paz.

—Ni yo tampoco, agregó Sandoval.

—Ni yo, dijo desde una larga distancia Pedro de Alvarado el cual estaba inclinado sobre una mesa aprendiendo á escribir su nombre y una rúbrica que el hermano Melgarejo le habia enseñado.

—Que entre el correo, dijo Cortés con la voz de mando que ya acostumbraba, desde que habia observado que era un don natural que le servia para ser obedecido sin provocar observaciones.

Los ugieres introdujeron al correo en el despacho del conquistador.

—Hablad, le dijo este.

El correo produjo entónces una jerigonza ininteligible.

—¡Marina! pensó Cortés, de estos apuros era de los que siempre Marina me sacaba.

...ro Marina se habia negado obstinadamente á sa... su palacio en los tres dias que duró la perma-

nencia en México del conquistador. Este dijo en voz alta:

—Hablad á Aguilar para que venga á servirnos de intérprete.

Pero Aguilar no pudo comprender tampoco la lengua del reino de Mechoacan, y fué necesario recurrir á las pinturas y á los demas medios que se acostumbraban en los casos difíciles, para venir á comprender que aquel indio se habia adelantado á anunciar á Cortés la llegada del gran embajador del rey Tanguasan, que se tenia por el más poderoso y el más rico despues de Moctezuma.

Cortés casi dió un salto en el asiento que ocupaba al tener seguridad de que tal era ni más ni ménos la fausta nueva que aquel mensajero le llevaba. Hizo que fuera atendido como si perteneciera á gerarquía elevada, y se le volvió para que dijera de parte de Cortés al embajador que estaba dispuesto á recibirle en su palacio de Coyoacan con todas las formalidades que exijia el ceremonial de la corte.

Cuando el correo hubo salido, Cortés dejó su asiento y comenzó á dar vueltas por el salon manifestando su alborozo.

—Amigos mios, dijo dirijiéndose á los que presentes estaban, protéjenos visiblemente el apóstol Santiago á quien hemos fiado de todo corazon los resultados de esta conquista. Cuando más los sesos me devanaba pensando en cómo haria con tan escasas tropas como tenemos para dominar la gran zona poblada que todavia delante de nosotros se extiende, viene una de las tribus mas fuertes y más bien colo-

cadas, voluntariamente á someterse, pues que no es otra la mision que trae, con seguridad puede afirmarse, el enviado del rey Tanguasan. Por los huesos de mis antepasados, juraria que no es otro el objeto de esa ruidosa embajada.

—Soy de vuestro parecer, contestó el Lic. Zuazo, viendo que los otros personajes guardaban silencio, cuando los indios vienen á ofrecer la paz es porque juntamente ofrecen la sumision.

—Fundábame en eso que siempre ha acontecido, dijo por su parte Cortés, para poderme considerar seguro en mi vaticinio. Saben ellos que darnos la paz es bajo condicion de que nosotros les protejamos contra los que quieran la guerra, y nosotros para protejerlos necesitamos tener sobre ellos el dominio más absoluto.

—Y ¿teneis noticias seguras, Señor, preguntó Nuño de Guzman, tocante á que ese reino de Mechoacan valga tanto como se dice?

—Confirman á una todas las noticias que tengo que el dicho reino de Mechoacan gobernado por el dicho rey Tanguasan, que manda dicha embajada, es una tierra de labranza muy rica, que contiene minas de oro y de plata, lo mismo que bosques de maderas de grande estimacion y extensos terrenos poblados de indios trabajadores y de genio pacífico.

—Todos convienen en estas noticias que nos da el gobernador de Indias, dijo Aguilar, que era uno de los que más investigaciones hacia por el idioma que habia aprendido en el largo periodo de su cautiverio, á cuantos mercaderes de los que vienen de las costas

occidentales he pedido informes sobre las comarcas que quedan al centro de este Real, me han dicho á una voz que hay por ese lado terrenos en extremo fértiles, muchas minas de finos metales y algunas otras riquezas que seria ahora largo de referir.

—Y aunque no fuera eso así, dijo el Lic. Zuazo con grave entonacion, gran ventaja es ir extendiendo nuestro dominio sin derramamiento de sangre española.

—Y más ventaja es, añadió Cortés, que nos vengan á ofrecer lo que nosotros con muchos trabajos vamos á vernos necesitados de pedir. Ahcra lo que yo á todos os recomiendo es que trateis bien á los miembros que traen esta embajada, haciéndoles ver que si somos fuertes é invencibles cuando se nos acomete, somos tambien corteses y generosos cuando se nos busca pacíficamente. Quiero que presentemos ante sus ojos todo lo que es nuestro poder, de modo que puedan formarse una idea mucho más lejana de lo que es la verdad, porque estos indios á veces obran impulsados por la astucia, y pudiera acontecer que en vez de un embajador el tal Vechichilza fuera un espía que viniese sólo á informarse de cómo estamos en armas, en empuje y en union, pues no habrá sido difícil que por allí hayan llegado á saber nuestras desavenencias.

—No creo posible que sea cómo acabais de decir, exclamó el hermano Melgarejo, porque estos indios no necesitan de mandar embajadores para tener los informes que quieren, cuando sabemos que van todos los dias entre ellos los viajantes y mercaderes despues de haber estado muchos dias tratando con nosotros.

—Es verdad, dijo Aguilar, los indios no ponen á sus grandes caciques ó dignidades de espías, sino que se valen de otras gentes que sirven de esto.

—Yo siempre llevaré por mejor consejo lo que me ha dicho Marina, que con estos naturales es bueno vivir alerta, porque nunca vuelven á emplear los mismos recursos, y siempre están inventando todo cuanto más raro puede indicarles la astucia de que son tan favorecidos.

—Opónese á la astucia de estos naturales el genio, siempre despierto de nuestro general, dijo el hermano Melgarejo, sabiendo que con esta adulacion ganaba otro palmo en el aprecio de Cortés y ponia término á aquella plática que de tranquila podia convertirse en enojosa.

A poco vinieron á avisar que ya se divisaban los primeros hombres que venian por delante de la comitiva, y que esta no tardaria en llegar á la plaza de Coyoacan ni una media hora.

Entónces Hernan Cortés, dictó todas las órdenes que consideró convenientes para que la embajada fuera recibida.

Una comision compuesta de Pedro de Alvarado y otros oficiales salió á caballo á distancia de ménos de una milla para conducir al príncipe Vechichilza á la presencia de Cortés.

En la plaza de Coyoacan frente á la casa del Gobierno se formaron hasta unos doscientos hombres del regimiento armados de sus picas, y á la otra extremidad se colocó un cañon que habia de hacer tres

disparos en el momento de desembocar allí la Comitiva.

Hernan Cortés se colocó en su sillon dorado, debajo de los cortinajes de terciopelo que habia en la sala del despacho y rodeado del Lic. Zuazo su secretario, del hermano Melgarejo, de Rodrigo de Paz y de otros capitanes, se dispuso á recibir al enviado del rey de Mechoacan con la solemnidad debida.

Mientras que todos estos y otros preparativos se hacian por parte de los españoles, el príncipe Vechichilza habia hecho alto para ordenar su entrada.

A una distancia como de cien varas iria una descubierta compuesta de una música con cincuenta danzantes. Despues á la cabeza de la gente que formaba el acompañamiento del rey se pondria en primer término su palanquin, que acababa de ser despojado de sus adornos de camino para ser vestido de todo lujo con telas de mucha vista y de mucha riqueza.

En torno de este palanquin, aunque siempre algo atras para que no hubiera lugar á confusiones, se colocarian los palanquines de segundo órden pertenecientes ora á señores principales que por oficio ó por curiosidad habian querido venir acompañando al embajador, ora á oficiales y nobles que habian sido mandados para que vinieran incorporados á la comitiva.

En el centro fueron colocados los indios de carga hasta unos quinientos, que llevaban grandes bultos con los regalos que en fabulosa abundancia anviaba el rey Tanguasan al conquistador Hernan Cortés.

Al último iban los guerreros en número de unos trescientos á cuatrocientos, formados con alguna re-

gularidad y armados de flechas, y lanzas: estas últimas construidas bajo los modelos que habian conseguido de las que usaban los españoles, hechas, sin embargo, con materiales más ordinarios y labradas toscamente.

El cortejo todo se componia de más de mil hombres; pero habia sido seguido de más de dos mil curiosos de los pueblos por donde habian pasado, y al llegar se vió que presentaba un aspecto imponente.

Si en aquel momento, lo mismo que en otros muchos que no supieron ó no quisieron aprovechar los indios, estos hubieran querido dar un golpe, lo hubieran logrado fácilmente y no se les habria escapado uno solo de los españoles. En aquellas circunstancias que mencionamos Cortés no podia disponer en Coyoacan de más de 400 hombres, de los que sólo 200 estaban formados en la plaza; mientras que los indios, solo con los que se vieron al llegar al mismo punto, desembocando por las esquinas, completaban más de 10,000. Pero siempre estuvieron marchando desavenidos entre ellos y esto fué lo que principalmente los llevó á la esclavitud.

Cuando Vechichilza vió que estaba cerca la comision á caballo que iba á recibirlo, se apeó del palanquin y se puso de rodillas en la tierra.

Alvarado le hizo saber que no iba allí Hernan Cortés, sino que todos eran unos capitanes encargados de dar la bienvenida al embajador y de acompañarlo hasta donde estaba el general.

El malaventurado príncipe despues de aquel chas-

co, ya no quiso subir á su palanquin, sino que continuó pié á tierra el poco espacio que faltaba.

Al llegar á la plaza tuvo otro fracaso: como esta era la señal para hacerse la primera descarga, y el príncipe nunca habia oido un ruido semejante, cayó boca abajo asustadísimo y pidiendo misericordia.

A su ejemplo, los demas indios que le acompañañaban se asustaron de la misma manera, y poco faltó para que huyeran despavoridos.

Se les tranquilizó, haciéndoles comprender que la salva era en honor de la embajada, y entónces Vechichilza prosiguió su camino y entrando al salon donde se encontraba Cortés rodeado de tanta pompa, no pudo ménos el desdichado príncipe que correr y abrazarse de las rodillas de Cortés como para ponerse allí en lugar seguro.

El conquistador con tono de dignidad le obligó á que se levantara, permitiéndole que tomara asiento al pié de las gradas de aquel simulacro de docel real.

Entónces con las dificultades consiguientes á la falta de un idioma comun entre los personajes y teniendo que entenderse por la mediacion de terceras personas, entablaron el siguiente diálogo:

Cortés—Servios exponer el objeto de vuestra embajada.

Vechichilza—Yo soy enviado por mí hermano Tanguasan, rey de Mechoacan que tiene su corte en Tzinzonza, en primer lugar para darte la enhorabuena por haber destruido el imperio de los mexicanos, que habian logrado estender su dominio por muchas y dilatadas naciones, lo cual les tenia ensoberbecidos, mos-

trándose crueles é inexorables con todos los que les estaban sometidos.

Cortés—En esto yo no he hecho sino cumplir las órdenes de mi soberano que es un rey mas poderoso que todos los reyes.

Vechichilza—¿Tu rey es un Dios?

Cortés—Un solo Dios tenemos nosotros que es el aliento divino con que se han formado todas las cosas. A ese sér nadie le conoce mas que por sus obras que son: el hombre, las plantas, los animales, el sol, las nubes, las estrellas, el firmamento, lo que se entiende por creacion en fin, el universo.

Vechichilza—¡Ah! ¿y tu rey está abajo de ese Dios?

Cortés—Mi rey es un hombre, pero un hombre superior á todos los demas hombres.

Vechichilza—¿Es un hombre inmortal?

Cortés—No: es el descendiente de otros reyes que han ido ejerciendo el mando soberano en mi nacion y en otras naciones que han ido conquistando. Principalmente este último que ha sido el mas grande de todos y que se llama Carlos V. ha logrado vencer á todas las naciones rivales: hoy las tiene completamente dominadas, ejerce mando absoluto sobre muchos millares de guerreros y demas gentes, y es el mas poderoso monarca de la tierra.

Vechichilza—¿Hay muchos reyes en el Oriente?

Cortés—Esta es una parte muy pequeña respecto de la gradísima estension que ocupa el mundo, el cual tiene inmensos mares que se cruzan de uno á otro estremo con toda clase de bajeles y que nos llevan á tierras habitadas por distintas razas, ocupando esten-

siones á que no se les puede encontrar fin, por mas que se crea que no hay en la tierra alguna que no esté ceñida por los mares.

Vechichilza—¿De suerte que tú y tus guerreros no son como se ha creido séres sobrenaturales bajados del cielo para venir á castigar á Moctezuma?

Cortés—Nosotros estamos sostenidos y amparados por el apóstol Santiago que es uno de los santos que tienen mayor valimiento cerca de Dios y por eso se cree que somos divinidades; pero no somos sino hombres de carne y hueso como los demas, aunque protejidos por el cielo, y sobre todo, sostenidos por un monarca que tiene un poder sin límites y que desde su sólio de oro y de piedras preciosas está velando por nosotros. El sol se oculta todas las tardes en el ocaso y deja de contemplar á los mortales, pero mi rey nunca deja de estarnos viendo ni de estarnos cuidando. Tan luego como observara que necesitábamos de sus auxilios, se poblarian los mares de navios con gente de guerra y estas tietras serian cubiertas todas con millones de guerreros, cuyo ímpetu nadie ni nada lograria contener, pues que sabrian arrasarlo todo no dejando piedra sobre piedra.

Vechichilza con voz temblorosa.—¿Me permites, hombre admirable, que bese tus plantas? creo ver en ti algo como una divinidad y ese contacto me dará fuerzas para seguir oyendo tus prodigios.

Cortés—Despues te daré todas cuantas muestras desees de mi benevolencia, ahora concluye con el encargo de tu soberano.

Vechichilza.—Mi hermano el rey de Mechoacan,

despues de darte la enhorabuena por el término feliz de tus hazañas, te invita á que pases allá ó envíes un delegado tuyo, para hacer él mismo sus protestas de adhesion y lealtad á tí y á tu soberano, consintiendo en pagar el mismo tributo que pagaba á Moctezuma, pero con mejor voluntad, una vez que no es la fuerza ni el miedo quienes lo impelen, sino el deseo de contar con la amistad y el apoyo de los blancos.

Cortés.—¿Nada más que el tributo que pagaba á Moctezuma es lo que me ofrece el rey Tanguasan?

Vechichilza.—Y tambien los presentes de que yo soy portador y que consisten en una buena cantidad de oro y piedras que los blancos estiman en mucho valor, lo mismo que tejidos de algodon, cofres de maderas preciosas, y otras muchas cosas que te dignarás recibir para tí y tu soberano.

Cortés.—Está bien: ahora os detendreis en mi compañía una ó dos semanas mientras doy la respuesta á vuestra embajada, y sereis alojado en mi propio palacio. Vuestras gentes podrán descargarse de los dichos presentes é ir á esperaros en las afueras de la poblacion. Príncipe Vechichilza, ha concluido por hoy la audiencia.

Segun las instrucciones que habia comunicadas, se recibieron los presentes, se retiró á los acompañantes de Vechichilza, y este fué introducido en una elegante habitacion, en donde le fué servida una suntuosa comida. Despues de dos horas pasadas allí, todavia tuvo que tocarse para convencerse de que no estaba soñando.

[illegible]

CAPITULO XIV.

Llama de amor.

La llegada de la comitiva del príncipe Vechichilza en la cual venian personas muy principales de la corte de Mechoacan que todavia no habian sido presentadas ni conocidas, produjo gran sensacion en todos los alrededores de México y en la misma corte de Hernan Cortés que entró desde ese punto en mucho movimiento. Despertóse el espíritu de alegria y de fiestas tan comun á los indios y á los españoles, y ya no se pensó mas que en inventar diversiones, que siquiera por la semana vinieran á sacarles de su fatigosa monotonia.

Estaban para llegar los nuevos caciques de Tlaxca-

llan, de Texcuco, de Queechelec, con sus respectivos acompañamientos y músicas y todo ello contribuiria para la mayor animacion de las fiestas.

Cuando Vechichilza volvió en sí del deslumbramiento que le habia producido la magnificencia de la corte de Hernan Cortés, que principalmente la hacia consistir en las cosas que le eran desconocidas, pidió y obtuvo la licencia de dar á conocer á las gentes de Cortés á algunas de las personas principales que le acompañaban, que por su saber ó por su nacimiento ocupaban lugares de distincion en la corte de su soberano.

Hubo con ese motivo una reunion en aquella misma noche en uno de los salones mas espaciosos, en la que estuvieron presentes el magnífico Hernan Cortés y sus principales capitanes lo mismo que todas las damas de la Corte. Por parte de Vechichilza estuvieron él mismo y cosa de otras doce personas principales de su comitiva vestidas con sus mas ricas galas. Entre aquellos personajes llamaba la atencion por su apostura y bizarría un jóven llamado Quecholli que era sobrino de S. M. Tanguasan y del plenipotenciario Vechichilza. Es decir, fué hijo de una hermana de ambos personages, matrona que supo distinguirse por su buen juicio y por sus virtudes y que acumuló grandes tesoros para que fueran disfrutados por su único hijo que era toda su adoracion. A la vez tenia un año de muerta, y al morir, á ambos hermanos les habia hecho encargos especiales respecto de que cuidaran con interes de la suerte de su hijo, el cual habia sido precóz en inteligencia y en su desarrollo material. A la

Dª MARINA

—A su ejemplo los demas indios se asustaron de la misma manera.

vez contaba 24 años y era fuerte, vigoroso, bien formado, altivo, inteligente, de magestuoso porte y de facciones correctas y delicadas. Si bien era moreno, sus ojos negros y rasgados, su frente despejada, su nariz recta y delgada, su boca sombreada por poca barba negra, sus labios de color de rosa, sus dientes blancos formando una hilera uniforme y graciosa, su talle gentil y todo su continente en fin, le daban el aspecto de un semidios. El trage que vestia se distinguia de los que usaban en general los indios, porque no contenia colores chillantes ni profusion de adornos. Consistia en una ropilla tejida de plumas de color de rosa claro, ajustada con un cinturon de oro. Los brazos estaban cubiertos con la manga hasta el codo, mostrando el resto de un brazo musculoso pero muy bien formado. Su garganta no contenia mas que una gruesa cadena de oro con adornos de piedras finas, una especie de tunicela tambien de plumas colocadas artísticamente unas sobre otras y bajando el color, con lo que formaban un sombrio agradable, le cubria hasta media pierna, estando el resto cubierto con una faja de pieles muy finas que iba dando vueltas hasta dejar cubiertos los pies. Su noble cabeza estaba ceñida con una ligera diadema de oro que terminaba en un pequeño penacho de plumas de color mas subido. No llevaba coraza ni flechas, sino solamente una daga de oro que terminaba en punta de diamante.

Por mas que no simpatizaran las damas españolas en lo general con la raza de los indios, á los cuales encontraban aspecto repugnante, no sucedia así cuando llegaban á encontrarse frente á frente con un jóven

aseado, bien vestido y que en sus maneras y trage demostraba ser persona de caudal y de distincion. Por ejemplo: el jóven Quecholli al ser paseado por el frente de ellas formadas en línea, que era la manera con que se hacian en aquellos tiempos las presentaciones, el jóven Quecholli decimos con su figura arrogante y simpática produjo una especie de entusiasmo pasagero entre las jóvenes y aun entre las matronas, pues que casi todas se codearon al verle y se dijeron al oido unas á otras.

—¡Bonito indio!

—Es lo primero que se ve entre ellos.

—¡Qué bien vestido!

—¡Qué guapo!

—¡Es hermoso!

—¡Parece un héroe griego!

Solo Violante Rodriguez, que era la mas bella y tambien la mas fina de aquellas damas, no dijo nada, pero sus ojos se encontraron con los de Quecholli, la mirada de ambos jóvenes fué rápida como un relámpago, pero bastó para que la imágen del uno se hubiera grabado en la memoria del otro y vice-versa. Quecholli se sintió profundamente emocionado en el momento en que detuvo sus ojos en Violante. Violante sintió una extraña emocion tambien al ser mirada por aquel jóven, como si entre ambos hubiera circulado una poderosa corriente de magnetismo.

Quecholli creyó que habia visto allí á una diosa. Violante se figuró que sus ojos se habian encontrado con los del príncipe mas hermoso de la tier—

Concluida la ceremonia de la presentacion to as músicas, comenzaron las danzas y cada cual

tregó á la ocupacion mas conforme con sus gustos. Por ejemplo algunos españoles se dedicaron al juego, miéntras otros formaron corrillos para referir sus hazañas ó para hacer comentarios sobre los bienes que traeria á la conquista aquella visita inesperada de los embajadores de Michoacan.

Los españoles que formaban las comisiones encargadas de agasajar á los recien llegados, iban y venian ofreciéndoles refrescos, vino, chocolate y todo lo demas que era conforme al estilo de aquellos tiempos.

Las damas empezaron á bailar unas con otras ó acompañadas de alguno que otro castellano que entendia en materia de bailes, que por cierto eran muy pocos, y las indias mas acostumbradas todavia á este género de diversion, alternaban en mayor número poniéndose á danzar alegremente al son de sus sonoras y ruidosas músicas y tamboriles.

Quecholli ni quiso bailar, ni quiso apartarse de un sitio desde donde pudiera estar contemplando á todo su sabor á la hermosa Violante. Esta mas hecha al disimulo, solia perderlo de vista cuando se levantaba á bailar y volvia á ocupar otro asiento, ó cuando el jóven era llevado á distinto sitio á cumplir con alguna ceremonia social. Entónces Violante se sentia contrariada y no se ponia contenta sino cuando volvia á encontrarse con las tiernas miradas del príncipe Quecholli.

Antes de seguir adelante diremos que la bella española Doña Violante era hija única de Don Pedro Rodriguez, hidalgo pobre de Andalucia y amigo del padre de Cortés, quien lo habia mandado con buenas reco-

mendaciones. Fué no solo bien recibido el hidalgo, sino bien acomodados él y su hija en el mismo palacio de Don Hernando, el cual para dar muestras de generoso les habia regalado buenas tierras y gran número de indios, principalmente despues de haber sido acompañado por Violante para apadrinar el casamiento de la hija de Moctezuma.

En los momentos en que los encontramos ahora, tenia Violante una magnífica posicion, pues fuera de los bienes que ya tenia su padre Don Pedro Rodriguez y de los cuantiosos regalos que ambos habian recibido, la jóven tenia el nombramiento de primera dama de la altísima Señora Doña Catalina Juarez, la cual no dejaria andando el tiempo de agraciarla con un título de marquesa ó cosa parecida. A lo menos en la conciencia de todos estaba que Violante iba á figurar en primera línea en la nueva corte, sin que por eso hubiera llegado á provocar las envidias ni las murmuraciones, pues Violante no era orgullosa y su buen carácter lo mismo que su gran modestia le merecian ser de todos no solo estimada sino querida. Es decir, las demas mugeres que habia, aunque pocas en número, estaban muy conformes con la preponderancia de Violante y muy seguras de que era la mas merecedora de alcanzar una brillante posicion, no solo por su indisputable hermosura, sino por todos sus demas méritos que no eran escasos.

Al príncipe Quechólli le importaba poco tomar informes de Violante: á él le bastó ver que era hermosa para contemplarla con arrobamiento, como se ve una obra que encanta y que fascina, pero sin esperanzas de

patria. Quecholli se puso á admirar la hermosura de Violante, como se contempla una noche de luna, un paisage encantador ó los brillantes colores de las nuves cuando son heridas por los rayos del sol que va á ocultarse en el Poniente: ni siquiera le pasaba por la imaginacion que aquella era una muger que pudiera estar al alcance de su amor, pues que la veia como una diosa, como un ser divino é impalpable.

Solo cuando vió que sus miradas fueron comprendidas, solo cuando el iman de sus ojos fué á encontrarse con los acerados rayos que despedian los ojos de la hermosa Violante, fué cuando presa de emociones desconocidas tuvo que oprimirse el corazon con ambas manos para impedir que estallara su pecho.

La situacion del príncipe no podia ser mas rara ni mas difícil. Se encontraba repentinamente en una corte extraña, compuesta de personas que hablaban distintas lenguas y vestian los mas caprichosos trages, sin que hubiera en nada la menor regla de uniformidad, no conocia allí á nadie, pues al único que podia distinguir entre todos era al Malinche nombre con que era conocido entre los indios el conquistador Don Hernando, por consiguiente no habia á quien pudiera dirigirse para preguntar al menos el nombre de aquella princesa.

Por menos hecho que estuviera el jóven á los usos de la sociedad y por menos trato que hubiera tenido con las gentes en el mundo, no dejaba de conocer que Violante le habia dirigido en aquella noche tres ó cuatro miradas en que iban envueltas las mas dulces palabras de un idioma para él desconocido.

Las miradas de ambos se habian encontrado tres veces y algo se habian dicho en un lenguage que es comun á todas las razas por mas distantes que se encuentren.

Pero con todo y eso el jóven se hallaba mas perplejo que nunca y se le venian á la imaginacion todos estos pensamientos:

—Si esta belleza no pertenece á un ser divino, si no es ella una diosa, sino una mujer que siente y piensa como las de nuestra raza, ¿qué haré para que me oiga y me comprenda? Y aún siendo diosa, ¿por qué no he de poder amarla? ¿No experimento hacia ella el mismo respeto y la misma veneracion que me inspiran nuestros sagrados dioses? Y si esta mujer blanca, de ojos enamorados que encienden con la luz que despiden, de talle delicado, de garganta como las nieves del Ixtlacihuatl, de boca que parecen dos *Xuchiles* (1) formados por *Cinteotl* (2) de cabellos mas suaves y mas dulcemente ensortijados que los del *Xilotle* (3), puede sentir clemencia hacia un príncipe de las selvas, ¿cómo hará este para explicarle las infinitas emociones que á su vista ha sentido, el amor inmenso que le ha inspirado? Yo comprendo que necesito acercarme á ella, escuchar su voz, extasiarme al calor de sus miradas... yo necesito hacerla comprender que el príncipe Quecholli la adora......

Algo parecido estaba pasando á la vez en el interior de Violante.

Esta se decia:

---

(1) Xuchiles, ramilletes.
(2) Dios de las nieves y especialmente del maiz muy blanco y muy fino.
(3) La mazorca del maiz cuando está tierna.

—Hasta ahora á ningun tlascalteca, á ningun azteca, á ningun ser de estas tribus indígenas he considerado como hombre; todos me han parecido repugnantes ó cuando mas me han inspirado lástima por su triste situacion. Ninguno habia visto hasta ahora de continente altivo, de formas atléticas, de mirada inteligente y de belleza varonil, como este jóven indio que no cesa de mirarme sin temor de que los demas se aperciban. Á todos podia yo verlos de frente y este me hace bajar los ojos como si en los suyos existiera un magnetismo que me subyuga. Seria locura imaginar siquiera que pudiera haber algo de comun entre ambos, y sin embargo en presencia de ese hombre no me siento ni libre ni despreocupada. Ese indio no solo no es repugnante como los otros, sino que antes al contrario tiene maneras y movimientos que lo asemejan mucho á un hombre civilizado. Yo estoy segura de que le caeria muy bien un trage español y de que sabria llevarlo con elegancia. ¿Por qué será que me siento no solo inclinada á cruzar mis miradas con las suyas, sino que aún experimento satisfaccion al observar que no cesa de contemplarme? ¡Pudiera yo oirle hablar y entender sus palabras!

Y Violante, como que era mujer, sentia que su curiosidad mas se avivaba mientras mas comprendia que habia enormes dificultades para satisfacerla.

Llegó un momento en que la animacion habia subido á su mayor grado. Los efectos de las bebidas alcóholicas comenzaron á hacerse sentir y entónces los españoles se entregaron con mas ardor al juego, que era su pasion favorita, y los indios comenzaron á dan-

zar frenéticamente al compas de sus estrañas músicas. Cortés se habia retirado despues de dar la mano al embajador y á su sobrino que eran los dos personajes principales, y una vez faltando el respeto que á todos inspiraba la presencia del caudillo, ya pudieron sin freno dar rienda á su alegría, consagrando todos el más ferviente culto á Baco y á Xochitl.

El hidalgo Don Pedro Rodriguez jugaba á los dados con otros oficiales que apostaban sumas moderadas solo por entretenimiento, y Violante, mientras llegaba la hora de que se retiraran, conversaba con las damas y con los caballeros.

Acertó á pasar cerca de ella Aguilar, sin duda pensando ya en retirarse de la reunion, y la jóven le dirigió la palabra, á la vez que un tinte encarnado coloreaba sus mejillas.

—Aguilar, le dijo, ¿os vais?

—Sí, Violante, contestó él, ni mi edad ni mis otras circunstancias me permiten permanecer por más tiempo en esta galería.

Sabido es que Aguilar al ser aprehendido por los indios, algunos años antes del arribo de Cortés, era misionero y despues hizo profesion de soldado para ayudar en la conquista, pero sin abandonar del todo su primer carácter.

En esto consistió que habiendo sido al principio dueño de Marina, por haberle tocado en el reparto que hizo Cortés de las treinta esclavas que le cedió el Señor de Tabasco, tuvo que devolvérsela para evitar hablillas y, quizás más que eso, algunas tentaciones pecaminosas.

A la vez prestaba á su dueño Don Hernando servivios de cámara y cuando se necesitaba vestia los hábitos y desempeñaba oficios de sacerdote

—Quereisme oir un momento, Aguilar?

—Si que quiero, Violante, siempre estoy á las órdenes vuestras.

—Una sola pregunta queria haceros.

—Hablad.

—¿Conoceis á aquel jóven indio?

Y diciendo esto le señaló con el dedo á Quecholli, en el momento en que este se encontraba departiendo con su tio.

Aguilar siguió la direccion que se le indicaba y dijo:

—Sí que los conozco á ambos y vos tambien los conoceis.

—Quiénes son?

—Son los dos mas principales Señores que vienen en la embajada del rey de Mechoacan; el mas grande y grueso es Vechichilza hermano del monarca, y el otro jóven y gallardo mozo es su sobrino el príncipe Quecholli, palabra que quiere decir ave de gallarda pluma.

—Sospechábame ya quien habia de ser, contestó Violante que se habia puesto como unas granas, pues el jóven habia vuelto los ojos y habia hecho impulso de acercarse al notar que de él se ocupaban, y decidme otra cosa, Aguilar, ¿habeis podido entenderle su idioma?

—Tiene muy poca diferencia con el mexicano y antes bien aseméjasele mucho.

—¿Habeisle pues podido hablar?

—Con poca dificultad, hemos podido entendernos.

—Asi es que yo que conozco un poco el dialecto de los mexicanos, ¿á estos indios podria comprender?

—Trabajo os costaría, pero acabariais por entenderles: sus palabras van acompañadas de ademanes que indican mas que otra cosa lo que quieren decir. Cabalmente el mas jóven se encamina á nosotros; ahora vais á ver por vos misma como hace mas de lo necesario para que se le entienda.

El jóven principe enclavijó las manos en señal de ruego y despues hizo una profunda inclinacion en señal de respeto.

—Nos pide licencia, dijo Aguilar, para preguntarnos alguna cosa.

Luego le dijo en mexicano:

—Puedes espresarnos tu deseo, príncipe Quecholli.

—Hablo un poco el idioma de los mexicanos, el cual aprendí cuando niño porque me destinaban para venir á hacer una visita mas tarde al emperador Moctezuma.

Aunque no se expresaba con toda pureza, ni Violante era fuerte en el dialecto, no se le escapó una palabra.

Aguilar dijo entónces:

—¿Conoces á esta dama?

—La he visto aquí ahora, pero ignoro su nombre.

—Se llama Violante Rodriguez.

El jóven repitió con mucho trabajo:

—Violante Rodriguez.

—Nombre que te cuesta mucho trabajo pronunciar.

—Ya lo sé ahora, y no se me olvidará nunca.

—Comprendísteis lo que dijo?

—Sí, contestó Violante emocionada, asegura que jamás alvidará mi nombre.

El príncipe que hasta entónces habia oido la voz de Violante, dijo con entusiasmo:

—Tiene una voz tan dulce como la de los pintados pajarillos que moran en la selva.

—Le agrada vuestra voz.

Violante quiso sonreirse y para disimular su emocion, agregó luego:

—Hacedle que nos recite una de esas relaciones que acostumbran murmurar en sus cantos, pero que lo haga en su idioma nativo.

Aguilar se apresuró á trasmitir el deseo de la jóven y entónces Quecholli dijo con voz sentida:

"Todas las tardes trepaba el pastor por la montaña llevando sus ovejas.

Por las noches encendia una pequeña hoguera junto á la que calentaba sus miembros entumecidos.

Por la mañana bajaba á la llanura y él y su ganado bebian agua y descansaban del viento que habia estado azotando en la desnuda cumbre.

El pastor despues de tomar su humilde refrigerio sacaba su pequeño laúd y se ponia á cantar tiernas baladas.

Los pajarillos enmudecian y los arroyos detenian su curso para escuchar la conmovedora voz del pastor.

Los árboles se inclinaban y las nubes caminaban mas lentamente y venian á posar sobre nuestras ca-

bezas porque nadie queria perder ninguna vibracion de aquel canto.

Acertó á pasar cerca del aprisco una doncella cubierta con vaporosos velos.

Insensiblemente fué aproximándose á donde el pastor se encontraba tañendo su agreste cítara.

Y su voz era tan dulce que parecia salir no de la boca de un mortal, sino de las mismas armonías que existen en los cielos.

La deslumbrante jóven cubierta de ricas joyas á cada momento se aproximaba mas sin advertirlo.

Era tan armoniosa la voz del pastor que atraia hácia él á los séres sensibles é insensibles.

Cantaba el amor sin comprenderlo.

Cantaba á la esperanza sin haber sabido nunca que habia mas mundo que el que estaba en su presencia limitado por los bosques del monte mas cercano.

Repentinamente enmudece y una palidez mortal cubre su rostro.

Es que ha visto á la jóven doncella que muy próxima le contempla en éxtasis y le escucha arrobada.

Ella con sus ojos anegados en lágrimas le ruega que siga cantando.

El la dice que es el mismo ideal que ha visto en sus sueños y le pregunta su nombre.

La hermosa doncella vestida con celestial ropage le contesta que ha venido solo por oirle cantar.

El pastor de rodillas y con las manos enclavijadas en señal de ruego, le dice que le ama con pasion desde el primer dia en que la vió dormido.

¿Me has visto en sueños? le pregunta.

Sí, y te amo desde entónces con delirio.

¡Infeliz! contesta la jóven mirándole compasivamente, yo no soy de la tierra sino de los espacios infinitos.

Y la bella imágen de aquella diosa se desvaneció en los aires.

El enamorado pastor fué encontrado al dia siguiente en el fondo del arroyo rodeado de sus ovejas.

La llama de amor le devoró como desgarra á todos los pechos apasionados."

Calló el jóven y Violante le dió las gracias por su condescendencia, conociéndose que aunque no habia comprendido la relacion estaba impresionada.

—Es simpático este jóven, dijo Aguilar á Doña Violante: deberiais tomarlo á vuestro cargo para convertirlo.

—Lo tomaré, contestó ella gustosa.

Aguilar hizo saber á Quecholli que al dia siguiente se reunirian en el aposento de Violante.

Los ojos del príncipe se humedecieron de ternura y se retiró de allí pálido de emocion y de contento.

CAPITULO XV.

Maniobras Militares.

Siguieron ocho dias en que Cortés y los suyos hicieron cuanto estuvo de su parte para divertir á los extranjeros presentándoles nuevos espectáculos, mientras tenian lugar dos acontecimientos que esperaba: uno, que acabaran de reunirse en México hasta mil doscientos soldados españoles que habia mandado concentrar con sigilo para hacer un aparato de fuerza delante de los embajadores del rey de Mechoacan, y otro, el dia que habia fijado á Cristóbal de Sandoval encargado de dar custodia y acompañamiento á Doña Catalina para que llegara á México mientras se acababa de ornamentar el palacio que iba á habitar la ahora ilustre

dama. Decimos *la ahora ilustre dama* porque una de las principales amarguras de Cortés en su vida privada habia sido el enlace que habia contraido con una mujer de baja condicion y á cuyo hecho habia atribuido el retardo con que habian venido á realizarse sus aspiraciones. Los parientes por parte de su mujer, que eran todos soldados y personas de la ínfima clase del pueblo, mas bien que para ayudarle, le habian servido mientras estuvo en la Corte y en la isla de Cuba de estorbo, y debido á esa circunstancia tuvo las mas grandes dificultades para proporcionarse influencias y dinero.

Sea como fuere, habiendo subido á tan gran altura Cortés, tenia que subir tambien de la misma manera su consorte, y considerársela ya como una ilustre dama, partícipe de los muchos títulos que se daba su marido y que necesariamente de un dia á otro deberian ser confirmados por el Emperador.

Durante los ocho dias á que hacemos referencia hubo justas en la plaza, hubo carreras y juegos de cañas; hubo diversiones teatrales, escursiones á los alrededores, introduciéndose en cada dia alguna variedad á la diversion.

Naturalmente el Príncipe Quecholli y la hermosa Violante tuvieron oportunidad de encontrarse muchas veces, fuera de las dos horas diarias que con permiso de Don Pedro Rodriguez y con intervencion del padre Aguilar destinaba la segunda á procurar la conversion del primero.

El jóven se dejaba convertir insensiblemente y oponiendo solo una resistencia estudiada que le permitie

ra estar el mayor tiempo posible al lado de Violante. Esto le servia para aprender algunas palabras de español lo mismo que á ella para confirmar sus débiles conocimientos de los dialectos que hablaba su discípulo y como el trato inspira confianza y como el amor hace milagros, en aquellos ocho dias habian hecho ambos jóvenes mas adelantamientos que los que hubieran podido hacer en seis meses de consagracion asiduo al estudio. Así es que Quecholli sabia ya de memoria algunas oraciones pronunciadas en español y conocia las palabras suficientes para decir á Violante que era la mas hermosa, la mas pura, la mas ideal de las mujeres; y ella por su parte poseia la facilidad de poder decir en tres dialectos diferentes: Príncipe Quecholli; despues que estés convertido y que mi Dios sea el tuyo, podremos dedicarnos á otras conversaciones profanas.

—Pero si yo no tengo duda de que tu Dios es el mas grande, el mas poderoso, el que gobierna á todos los demas dioses y tiene cuidado de las cosas que suceden en los cielos y en la tierra.

—¿Lo ves, príncipe, como no estás bastante instruido?

—¿Por qué?

—Hablas de otros dioses que no existen.

—¡No existen los dioses que se adoran en esta comarca!

—No, ya te lo he dicho: esos se llaman ídolos.

—Y que son ídolos?

—Unas figuras horrorosas inventadas por la imaginacion de los ignorantes.

De esta manera llegaba á convenirse en que todavia no era tiempo de entrar en estas materias, pues que aquella era de por sí demasiado escabrosa para poder abordarla antes de llegar á la cima.

—Pero yo no me doy prisa á instruirme decia al fin Quecholli con desaliento, porque entonces dejaré de ser tu discípulo.

—Seguirás despues siendo mi amigo.

—Y llegará mas pronto de lo que deseo el dia en que tenga que marcharme.

—Podrás quedarte si te agradan nuestras costumbres y nuestra religion.

—Mis tios son muy rígidos y no lo consentirán.

—Entonces volverás mas tarde: lo que te interesa es hacerte cristiano para que conozcas la verdad.

—Mis tios reprobarán que yo tome otra religion.

—Cuando conozcas bien esta que estás ahora aprendiendo, tu mismo te empeñarás en hacerla comprender á tus tios.

—Será imposible.

—No lo será porque entonces te sentirás iluminado con una luz divina.

—Violante! Violante! acababa por decir el jóven impaciente, opones muchas y muy fuertes barreras á mis deseos.

—Y cuales son tus deseos?

—Decirte lo que siento en mi corazon.

La jóven se ruborizaba y se apresuraba á contestar.

—¡Silencio!......Está prohibido por Aguilar que hablemos de otra cosa que no sea de la religion cristiana.

El príncipe suspiraba, y resignado pero no vencido, porque seguia devorando á la hermosa Violante con la mirada, se ponia á repetir trabajosamenie las oraciones que ella le enseñaba.

Habian trascurrido los ocho dias y el noveno fué de gran movimiento en la morada del conquistador. Se habia dado órden de que todo el mundo estuviera listo para marchar y se ignoraba cual era la sorpresa que habia estado preparando. Todos preguntaban con curiosidad ¿á donde iban? y nadie podia dar una respuesta satisfactoria.

Cuando los preparativos estuvieron hechos marchó la gran comitiva por una senda cubierta de árboles y de pronto fué cuando se les presentó un espectáculo estraño y agradable, al salir de la arboleda. Habian llegado á un estremo del canal que se enlazaba con las varias lagunas que rodeaban la ciudad de México, en donde estaban atracados dos hermosos bergantines con sus velas amainadas y sus palos empavesados. La tripulacion recibió á la corte con salvas de artillería y de escopetas y Cortés ordenó que se dividiera el acompañamiento en dos mitades para colocarse á bordo de las embarcaciones.

Tal espectáculo, enteramente dispuesto para los embajadores de Mechoacan, les llenó de admiracion y mas se sorprendieron cuando observaron que los bergantines impelidos solo por sus infladas velas comenzaron á moverse, sin que fuera necesario hacer uso de los remos que solo se llevaban á precaucion.

La navegacion fué feliz hasta llegar á las inme-

diaciones de la gran Tenochtitlan la cual empezaron á rodear lentamente.

Entónces trajo Cortés á Vechichilza y á su sobrino á lo mas elevado del puente, y allí empezó á darles esplicaciones sobre todos los sucesos que habian estado sucediéndose durante el asedio que sufrieron los mexicanos.

Allí donde veis aquel monton de ruinas, les decia, estaba antiguamente uno de los grandes palacios de Moctezuma; aquel que veis allí con grandes ventanas y almenas negras es el palacio de la princesa Tecuichpotzin la hija de aquel emperador: las almenas están pintadas de ese color por el luto que guarda aun por algunos miembros de su familia, ahora está como sabeis enlazada recientemente con un jóven español de los mas nobles y de los mas denodados oficiales de nuestro ejército; aquel que veis allí es el palacio que está construyendo con grandes esfuerzos el capitan Diego de Alvarado, pero luego que esté concluido será mejor que cualquiera otro de los de nuestra nacion: aquel otro que está frente por frente es el mio y ya está terminándose; han entrado en él las mejores piedras con que estaba revestido el Templo Mayor y sus techos están sostenidos por siete mil vigas de cedro que se han labrado en los alrededores, por carpinteros aztecas, en ménos de dos meses. Si el mueblage y adornos correspondieran á la obra que en él se ha emprendido, ningun rey del mundo podria jactarse de poseer un palacio mas rico, mas suntuoso, ni mas extenso. En el centro de esas casas nuevas que se están levantando por miles de trabajadores como veis,

estaba el antiguo mercado de los mexicanos que era una obra de mucho mérito por sus dimensiones y por su rara construccion adecuada á todos los objetos que pueden servir para el comercio de los hombres. A pesar de que hace más de un año que se están estrayendo piedras de aquel monton de ruinas parece que nunca han de agotarse, son las que estaban allí acumuladas como un monumento de paciencia y de trabajo, formando el Gran Templo Mayor en que se veneraba con toda pompa al dios Huitzilopochtli. Dentro de su recinto fué donde Alvarado hizo que fueran pasados á cuchillo mas de quinientos nobles y sacerdotes, hecho que sirvió grandemente para que los mexicanos fueran dominados, pues ya no habia ni quien los alentara, ni quien los dirijiera, ni quien diera sábios consejos á su monarca. Allí está la calzada por donde tuvimos que salir huyendo en la Noche Triste, en que por impericia de los que nos atacaban, no quedamos todos muertos, porque les habria bastado hacer un pequeño esfuerzo para alcanzarnos y destruirnos, pues á pesar de que siempre nos acompaña el apóstol Santiago, hubo un momento en que á fuerza de tanto pelear sentimos agotadas nuestras fuerzas. Allí veis el lugar en que Alvarado llamado Tonatiuh por los indios, escapó milagrosamente de ser alcanzado y muerto, ese capitan en el momento mismo en que lo cercaban, sirviéndose de su lanza y ayudado por los santos de su devocion, hizo un impulso y . . . se puede decir que voló, pues que nunca se ha visto que un mortal haya dado un salto semejante. Todas esas calles permanecen humeadas todavía, porque por ellas

haciamos avanzar nuestras máquinas de guerra que muchas veces fueron destruidas á pedradas, pero despues de haber destruido á nuestra vez calles enteras por el incendio que era necesario propagar para abrirnos camino. Allí está el palacio de Axayacatl en donde establecimos nuestros principales cuarteles y en donde Moctezuma recibió una pedrada que le dirigieron los mismos suyos cuando subió con objeto de aplacarlos, á aquella azotea, que es la que está mas avanzada hacia la ciudad. Este es el barrio de Tlaltilolco, el mas estenso y el mas poblado de todos. Las casas que veis con almenas pertenecen á los caciques á quienes todos los demas obedecen y por conducto de los que se les obligá á trabajar en las obras. Todavía viven aquí mas de doscientos mil indios, pero tan pacíficos que como estais observando parece que las casas están desiertas. Las mugeres están encerradas hilando en la rueca ó haciendo la comida, mientras los hombres están repartidos en las obras de la ciudad y en las del campo.

De esta manera dieron la vuelta á la ciudad los dos bergantines, mientras Cortés iba esplicando detalladamente todo lo que se alcanzaba con la vista, y los michoacanos mas admirados á cada momento del poder de los españoles, apenas comprensible por las relaciones maravillosas que estaban oyendo.

Los bergantines se detuvieron lo mas próximo que fué posible al palacio de Cortés, en frente de cuyo edificio estaban formados los regimientos, los soldados de á pié y la artillería.

Allí tuvieron que pasar los embajadores por un

nuevo martirio: los pobres no podian acostumbrarse á los imponentes estallidos del cañon, ni siquiera á las descargas de la fusilería, pues que siempre involuntariamente tenian que taparse los oidos y hacer demostraciones que denunciaban si no el miedo, al menos una gran excitacion nerviosa.

Como se habia gastado la mayor parte del dia en esta escursion, se dejó el resto de la fiesta militar para el dia siguiente, dando magníficos alojamientos á los visitantes en las mejores habitaciones del palacio.

La humildad de Vechichilza de que dió muestras al principio, al grado de que su mismo sobrino tuvo que reprenderlo con suma dureza, fué desapareciendo poco á poco, dando lugar á cierta satisfaccion producida por tantos agasajos que estaba muy lejos de esperar.

—¡Cómo! decia á sus solas, ¿será posible que yo sea aquí un personage de tanta importancia, que se estime como muy elevada la mision que desempeño ó que tengan los españoles muy alta idea de mi herma• mano Tanguazan y de las pacíficas gentes que gobierna? Ello es, que.... ¡quién sabe! siempre estos blancos son pocos y si todos los que moramos en esta comarca llegarámos á ponernos de acuerdo para esterminarlos, una vez que son mortales, los hariamos desaparecer de un solo golpe. Verdad es que son valientes, que tienen máquinas de guerra formidables, que pelean montados sobre sus caballos con doble ventaja sobre nosotros; pero verdad es tambien que los mexicanos supieron vencerlos muchas veces y que al fin

hubieran salido triunfantes si no les traicionan tan pérfidamente sus mismos amigos y aliados.

Vechichilza se durmió acariciando la idea de que realmente era un hombre importante. Por lo menos en sus manos estaba en aquellos momentos la paz ó la guerra en el porvenir, segun los informes que diera á su rey y á los gefes de las naciones que poblaban la zona occidental del Anáhuac.

A la mañana siguiente fué despertado por los rumores que producian los instrumentos bélicos de los españoles.

Cortés habia dispuesto que en la estensa plaza mayor formaran todas las tropas españolas, para hacer algunas evoluciones que figuraran un simulacro de guerra.

Sobre la azotea de su palacio se puso una gran enramada y debajo de ella se formó un estrado, ocupando el centro una especie de trono en que fueron colocados solamente dos regios sillones que fueron ocupados por él y por el embajador Vechichilza. Las damas, los empleados civiles y los eclesiásticos ocuparon los demas asientos, y luego que todos estuvieron colocados, se dió la señal para que comenzaran á practicarse los movimientos militares.

Habria, como tenemos dic
tos á mil cuatrocientos solda
ria, caballeria y artilleria. Al
como unos tres mil bien alin
de la plaza.

Mandaban las evoluciones Pedro de Alvarado co-

Dª MARINA.

La navegacion fué feliz hasta las inmediaciones de la gran Tenochtitlan, la cual empezaron á rodear lentamente.

mo gefe superior y el capitan Briones como inteligente por haber estado en las guerras de Italia.

Despues de haberse hecho algunos movimientos esclusivamente con las tropas españolas de infanteria y de artilleria, que para aquellos embajadores era cosa que mucho les admiraba, movieron tambien la caballeria y entónces la admiracion de aquellos no tuvo límites, pues ver á tantos hombres con sus cascos brillantes, con sus medias armaduras muy reluciéntes, con las lanzas al aire y yendo como si fueran en las alas del viento, haciendo un ruido imponente con el tropel de los caballos, les parecia que presenciaban la carga dada por una legion de demonios, segun ellos se figuraban en sus creencias á los espíritus malignos.

Llegó el momento en que debieron maniobrar los indios, entónces se lanzaron sobre la columna compacta de los españoles, y esta no necesitó mas que disparar algunos cañonazos para dispersarlos, siendo en un segundo perseguidos y envueltos por la caballeria.

Esta maniobra por supuesto hecha con toda precision estaba convenida y ensayada.

—Malinche, si no eres un dios, dijo Vechichilza á Cortés muy entusiasmado, son los dioses, los que te han armado y hecho tan poderoso. Será inútil de hoy en mas combatir contigo porque nadie podrá vencerte contando con esos soldados y esas máquinas de guerra. Yo quiero que mi hermano se incline ante tu poder y se inclinará.

Cortés muy satisfecho estrechó entre las suyas las

manos del embajador, diciéndole con toda malicia:

—Contadme vos por amigo vuestro.

Desde ese momento quedaron entendidas ambas potencias contratantes.

CAPITULO XVI.

Catalina Juarez.

—Detencisme mas de lo que es debido, hidalgo, dijo Doña Catalina ímpetuosamente, entrando una mañana al aposento de Sandoval y cansada ya de estar esperando.

—Señora gobernadora, contestó éste levantándose y haciendo una profunda inclinacion, dictad vuestras órdenes en otro sentido, que no sea el de salir de aquí, pues el gobernador no quiere que os presenteis en la córte sino cuando esté terminado vuestro palacio.

—Sabeis, Señor de Sandoval, que esto que me está pasando me hace suponer muchas cosas?

—Podeis, magnífica señora, imaginaros todo lo que gusteis, por mi parte solo os ruego tengais en consideracion que yo soy un humilde soldado que tiene que obedecer ciegamente los mandatos de su general......

—Y cuales mandatos son estos?

—Acompañaros con todo respeto y dedicacion, teniendo cuidado de no dejar con vos esta Villa Rica, si no es despues de haber recibido órden para ello.

—Confírmome mas y mas en lo que me han contado: no hay tal palacio, ni tal córte, ni tal conveniencia de que yo me presente en cierto dia para que se me hagan ciertas ceremonias; lo que hay es que mi marido D. Hernando tiene una manceba....

—Señora....

—Sí, una tal india que dizque es muy jóven y muy hermosa.

—Tócame no contestaros á eso palabra alguna.

—Tambien sé que vos sois el mas amigo y el mas fiel servidor de D. Hernando.

—Honor tal tengo, magnífica señora, contestó Sandoval inclinándose.

—Pero yo no necesito saber la verdad de vuestros lábios, cuando la sé por otros que me la han dicho.

Sandoval volvió á inclinarse sin contestar.

—Detiéneme D. Hernando en esta Villa Rica, que no es mas que un rico purgatorio, porque quiere pensar maduramente si mas conviene á sus planes y propósitos que yo me quede retirada de su persona ó que vaya á compartir su cariño con una manceba.

—Señora, esa que llamais manceba no es mas que

una pobre esclava que entre otras pagó como tributo, á nuestro capitan el cacique que mandaba en Tabasco cuando á aquel punto nosotros arribamos; pero esa india asiste á los consejos y está con cierta frecuencia al lado de D. Hernando porque es entendida en muchos idiomas de los indios y aún por eso llámanla á ella los mismos castellanos conquistadores, Marina la Lengua.

—¡Ah!.... ¿llámase Marina esa india que vive al lado de Cortés?

—Marina llámase esa india que le ha salvado de muchos peligros y que le ha enseñado el mejor camino que deberia seguir.

—Marina tambien queria llamar D. Hernando á la primera hija que tuviéramos, porque ese nombre ha sido siempre muy de su agrado.

—¿Ordenaisme alguna cosa? preguntó Sandoval inclinándose y queriendo poner fin á aquella conversacion.

—Os ordeno que salgamos de aquí ahora mismo.

—Mandadme descuartizar, señora, pero nó me mandeis que yo desobedezca las órdenes que mi señor me tiene dadas.

—No lo desobedecereis haciendo solo que nos internemos algo mas en el Real: aquí hace un calor que nó puede soportarse y la vista del mar me hace mucho daño. Figúrome á veces que D. Hernando hechizado por esa india ó me manda volver á la Isla ó dispone que vaya á ser el pasto de los tiburones.

—Ruegoos, señora, que conserveis ocultos vuestros pensamientos sobre tal particular; y puesto que que-

reis cambiar de villa, os llevaré á Medellin ó Tlaxcallan.

—Llevadme adonde querais con tal de que salgamos de aquí muy en breve.

No habia acabado de decir esto Doña Catalina Juarez, cuando fué anunciado un correo de México que llevaba cartas para ambos personages.

Cortés besaba las manos á Doña Catalina y le noticiaba que estaban ya terminadas sus habitaciones en el Palacio que le destinaba, y le suplicaba se pusiera cuanto antes en camino para la gran Tenochtitlan, que era visitada á la sazon por embajadores de algunos reinos que estaban organizados mas allá del terreno que se habia podido conquistar, reinando en el Real con ese motivo una animacion que era necesario que la vireyna viniera á realzar con su presencia.

Cortés le daba ya en su carta el tituto de Vireyna, pues se figuraba y con razon que al tenerse pleno conocimiento en España de sus grandes conquistas se le daria cuando menos la investidura de Virey sobre toda la tierra en que lograra establecer su dominio.

A Sandoval le decia simplemente que logrados sus deseos de tener concluidas las hermosas habitaciones de Doña Catalina á la cual queria que se le recibiera con toda la pompa debida á una soberana, deseaba que se pusieran cuanto antes en camino para que unos embajadores de Mechoacan y otros puntos que allí habia pudieran ser testigos de las imponentes ceremonias que con ese motivo iban á verificarse, y le encargaba le pusiera correos en el camino sobre las jorna-

que hicieran para que no les faltaran ni las escoltas ni los víveres que debian encontrarse en cada posada.

Esta noticia vino á cambiar por completo á Doña Catalina, pues de hosca y feroz como estaba, se tornó en alegre y bulliciosa.

Casi se vió tentada á dar un abrazo á Sandoval luego que este leyó las cartas dirigidas á la esposa de Cortés, quien no habia tenido ocasion de aprender ni las primeras letras, y lo que hizo fué decirle:

—Sabeis vos, amigo mio, que yo estoy dispuesta á partir ahora mismo y por mi parte os suplicaré que aunque sea sin escolta ni bastimentos nos pongamos en marcha desde luego.

—Sereis obedecida, contestó Sandoval con su habitual formalidad.

Y ambos dictaron sus disposiciones á fin de poder dejar la costa aquella misma tarde.

Era Doña Catalina Juarez, segun refieren los historiadores, una mujer de condicion muy baja, ignorándose por qué motivo, Cortés que era soldado de cierta distincion para su época y al menos hijo de un hidalgo respetable, habia ido á escoger á su compañera de entre la hez del pueblo de Sevilla.

De consiguiente ignórase quienes fueron los padres de Doña Catalina, y se sabe solamente que era una mujer ordinaria y que sus parientes todos, de condicion mas que humilde perjudicaban á cada momento á Cortés en vez de servirle de alguna cosa, pues para que se le mandaran nombramientos y concoraciones que habia ganado con sus servicios, se scutió mucho en la Corte, exponiendo sus enemigos

que era tanto como arrojar á una cloaca todas aquella cosas que eran para dar realce á los méritos y noble cuna de los hombres.

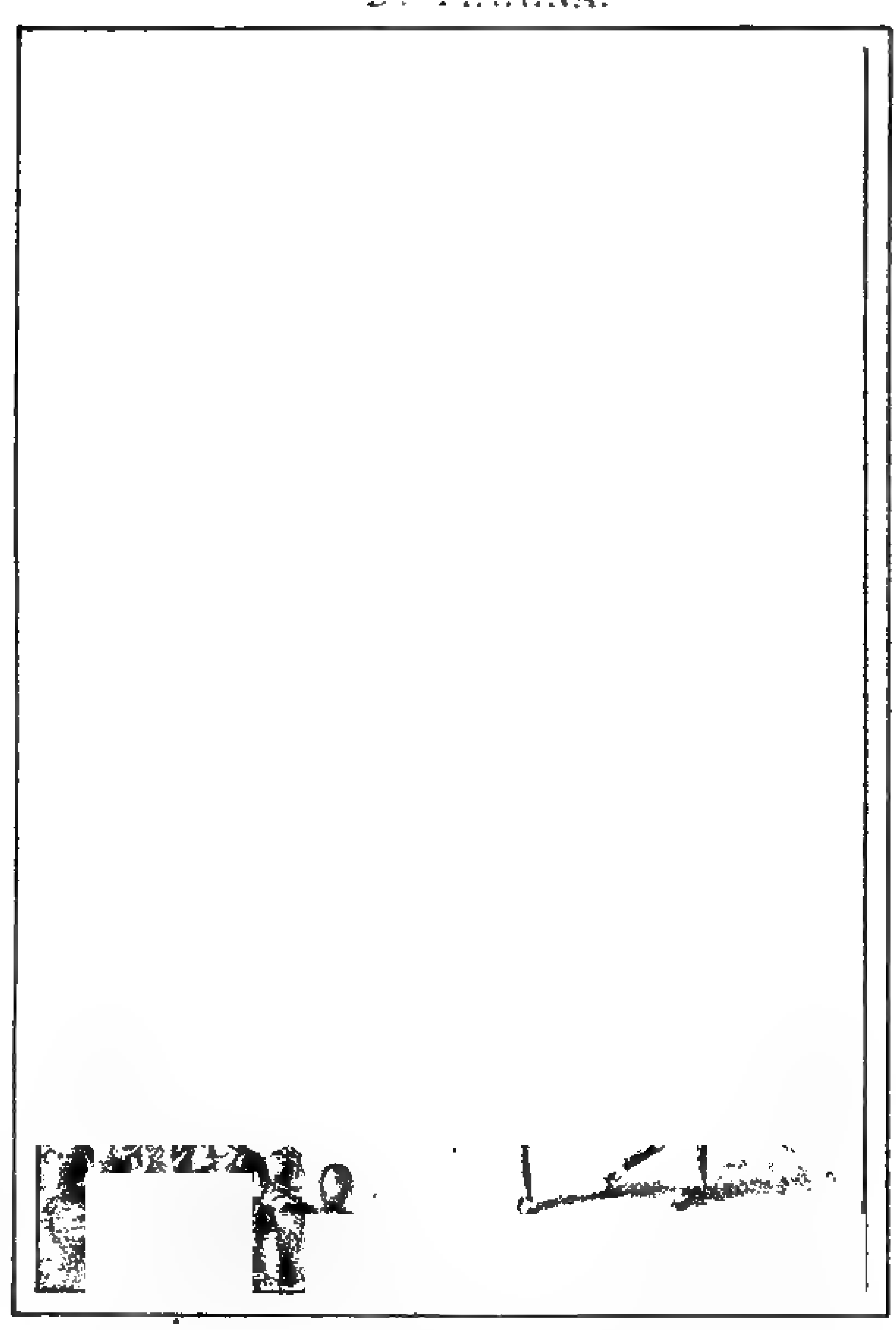
Nosotros tenemos que presentar á Doña Catalina tal como nos la encontramos despues de haber vivido en Cuba por muchos años al lado de Cortés y de otras personas con quienes tuvo que tratar, mas elevadas que ella en condicion.

Desde que fué subiendo el nombre de Hernan Cortés, fueron subiendo tambien las consideraciones que se guardaban á Doña Catalina, primero porque su consorte fué el favorecido de Velazquez para confiarle la flota espedicionaria que se envió á visitar las costas de Yucatan, y despues porque se supo que él mismo era ya dueño de un imperio, de suerte que estaba en trato continuo con toda clase de altas y poderosas personas.

De esta manera, Doña Catalina, por más ruda que fuera desde su orígen, tenia que empezar á aprender ciertas maneras que tenian que adherírsele insensiblemente de las gentes de distincion.

Se veia por lo mismo en ella gran mezcla del pasado con el presente, en cuya mezcla tenia necesariamente que sobreponerse lo primero sobre lo segundo, y como sucede generalmente, en las situaciones más críticas era cuando aquella señora cometia alguna falta en relacion con su humilde cuna.

Por lo que respecta á la parte material, Doña Catalina Juarez demostraba que habia sido hermosa, pues en medio de su extrema gordura se reconocia



Malinche, si no eres un dios, dijo Techichilza á Cortés; son los dioses los que te han armado y hecho tan poderoso.

que habia tenido grandes y expresivos ojos, bonita boca y un juego de fisonomía seductor.

Seguramente ese no sé qué de algunas mujeres que no son bellas en la estension de la palabra, fué lo que enamoró á Hernan Cortés, encontrando en Doña Catalina toda la sal de una andaluza.

Su voz, á pesar de no estar en toda la frescura de la juventud, conservaba un timbre agradable y tenía tambien hermoso pelo que sabia acomodar con gracia en su tocado.

Todas aquellas circunstancias que debieron hacerla aparecer encantadora diez años ántes, hoy no dejaban más que algunos vestigios. Doña Catalina habia engordado mucho, su tez se habia tostado con los rayos del sol en sus frecuentes viajes, y sólo le quedaban ya algunos restos de hermosura.

Su talle que habia sido delgado y gentil, hoy era grueso y ordinario.

Su boca que habia sido un nido de perlas, se encontraba ahora muy maltratada, notándosele la falta de dos dientes siempre que hablaba ó se sonreia.

Su color que era apiñonado, esto es, rosado como se ve un piñon partido, era ya casi indefinible, pues que no se podia asegurar al ver á Doña Catalina si era blanca ó trigueña.

Acomodóse, por fin, Doña Catalina Juarez en una silla de postas que se habia traído de la Habana, el cual vehículo unas veces tirado por mulas mansas y otras por indios que se remudaban de dos en dos leguas, se puso en marcha, y de esta manera pudo llegar todavía con luz á la primera posada.

El viaje de Doña Catalina fué hecho en medio de una valla formada de soldados, y de hombres y mujeres, que venian desde pueblos distantes al camino para verla pasar.

En la marcha se seguia este órden: primero la silla de posta, que ocupaba Doña Catalina acompañada solamente de una doncella; luego unas treinta damas españolas que la acompañaban en distintos vehículos y de las cuales unas iban allí con colocacion, otras como parientes de los conquistadores y las demas en busca de fortuna. Solamente Leonel de Cervantes venia allí con siete hijas todas frescas, jóvenes, hermosas, alegres y vivarachas, que bastaban para dar gran animacion á aquella carabana.

Cada silla de posta iba acompañada de oficiales montados á caballo y seguidos de peones de estribo.

Despues de las damas seguian el secretario de Doña Catalina, el capellan y algunos otros individuos de los que formaban su servidumbre personal.

Y cerraban la marcha los equipajes, los cuales ocupaban de extension en aquella marcha una media legua de terreno.

En cada paraje donde se detenia la comitiva habia necesidad de formarse un campamento que muchas veces, cuando, por ejemplo, estaban al borde de una montaña, se percibia á una distancia de muchas leguas.

Los panoramas que se iban descubriendo en cada nuevo dia de marcha eran verdaderamente [illegible]sos.

Como los primeros españoles que hicie[illegible]

correría, quedaban encantados á cada momento de cada nuevo paisaje que veian, así las damas y caballeros que componian esta nueva avalancha, lanzaban á cada momento exclamaciones de sorpresa al ver una inmensa barranca en cuyos abismos se divisaban los corpulentos árboles del tamaño de espigas de trigo, al columbrar una cadena de montañas confundiéndose con las nubes, al descubrir las plateadas simas de los volcanes asomando sus gigantescas cabezas y al entrar en los deliciosos valles cubiertos de verdura, como quien desea aspirar un aire puro ó deleitarse en la contemplacion de un hermoso espectáculo.

Aquella naturaleza vigorosa, aquellos paisajes llenos de novedad, aquella infinita variedad de colinas, de bosques, de llanuras, de cumbres, de barrancos, de lagos, de vegetales, de pajarillos, de animales silvestres, de aldeas, de rústicas viviendas, de trajes pintorescos, de indios é indias pertenecientes á diversas razas y en fin, todo cuanto se ofrecia á las jornadas de los que por primera vez recorrian estas comarcas, contribuia poderosamente á que las jornadas pareciaran cortas y á pie se hiciera divertido el camino, no obstante las molestias consiguientes á la falta de una adecuada civilizacion.

Bien es que los españoles, en los tres siglos de su dominacion, tampoco llegaron á establecer ni mayores facilidades ni más comodidad para los viajeros, y bien es que ahora mismo en que se construyen algu- nos miles de kilómetros de ferrocarril todavia falta ho para que se pueda viajar cómodamente de un mo de la República.

Sin embargo, Doña Catalina Juarez no tuvo motivos para quejarse, pues ha sido probablemente la persona que de entonces á acá ha hecho el mejor viaje de Veracruz á la ciudad de México. En todas partes encontraba una buena habitacion, un magnífico lecho y una mesa servida opíparamente. En todas partes se encontraba servidores á miles, que hasta reñian y se disputaban el placer de servirla. En donde quiera que le llegaba antojo de detenerse por parecerle el sitio agradable ó encantadora la perspectiva, con facilidad asombrosa se improvisaba una tienda de ramas, una cabaña rústica que muy bien podia servir de retrete á un emperador, y hasta un templo si queria que su capellan le dijera la misa al amanecer del dia siguiente.

Doña Catalina estaba servida al pensamiento, y tanto, que desde que salió de Veracruz no espresó ningun deseo que no quedara al punto satisfecho, fuera de que era mucha la servidumbre, se conocia que habian sido escogidos los que la formaban entre los mas inteligentes. Ademas, Cortés habia cuidado de que todos los dias saliera de México una comitiva llevando todo aquello que Doña Catalina fuera necesitando, de suerte que todos los de la carabana comprendieron que ya se estaban acercando á la capital, cuando empezaron á observar que las gentes estaban mejor vestidas y que el servicio en general era mas delicado.

—Paréceme, dijo Doña Catalina, dirigiéndose á Gonzalo de Sandoval, que mi marido tiene aquí todo el tren de un soberano.

—El soberano es de estas tierras que ha conquis-

tado á fuerza de su brazo, contestó Sandoval inclinándose, como vos por ser su consorte sois tambien la soberana.

—Sé que es el Señor absoluto, pero no es eso lo que quiero deciros, sino que Cortés sabe rodearse de lujo y de comodidad.

—Muchas riquezas hay en este suelo para que se necesite hacer esfuerzo alguno á fin de cumplir el deseo mas delicado.

—Dícese mucho en la Isla que aquí habeis encontrado el Bellosino de oro, pero yo siempre creia que fueran abultadas estas noticias para que mas hicieran rabiar al envidioso Diego de Velazquez.

—Pues es verdad que muy cortos se han quedado para ponderar estas maravillas.

—¿De veras?

—Si Señora: encantada se queda la vista al registrarse todo lo que hay que admirar en estas tierras.

—¿Y son de oro todas esas maravillas de que me hablais?

—No Señora: el oro es el que menos valor tiene entre estos naturales.

—Pero no así entre nosotros.

—Aquí la riqueza no solo está en la tierra que tiene llenas las entrañas de oro, plata y otros metales de mas valor, de nombre ignorado, sino en el gran número de habitantes reducidos hoy como veis á la esclavitud, en la inmensa variedad de frutos que ofrecen los campos, en los animales de todas clases y tamaños que habitan los bosques, en esas mismas arboledas que ofrecen las maderas mas primorosas y en el

aire sano que por todas partes se respira, dando vida y salud al cuerpo y holganza al espíritu. Dado han en creer, Señora, algunos de los conquistadores que con nosotros vienen, han dado en creer y en asegurar repito, que este es y no otro el Paraíso aquel que habitaran nuestros primeros padres y en el cual se encontraba el manzano provocativo que hizo pecar á nuestra madre Eva.

Doña Catalina sesonrió y despues de un rato de silencio dirigió á Sandoval esta otra pregunta:

—¿Y qué compostura creeis que debo yo presentar cuando llegue á esa ciudad que llamais Mextitan?

—La compóstura de una soberana: vos lo habeis dicho ha poco.

—Bueno; ¿pero estas gentes positivamente sabrán lo que es una reina?

—Casi todas las naciones que existen aquí están regidas por un monarca; pero el mas poderoso y el mas temido de todos fué Moctezuma al que nosotros vencimos y aquí en sus posesiones es donde mas se conocen y se han observado las pompas de los reyes.

—¿Y los indios creen que Don Hernando es ahora su rey?

—Los indios se lo figuran dios.

—¿Qué decis? preguntó Catalina abriendo desmesuradamente los ojos.

—Supónense que nosotros todos somos hijos del sol y que el capitan Don Hernando es un dios blanco, enviado por el Dios que gobierna todas las cosas, pero como su segundo en poder, en fuerza y en sabiduría.

Doña Catalina rió á mandíbula abierta y luego dijo:

—¡Qué chistoso será entender las lenguas de estos naturales!

—Y mas divertidas son las creencias religiosas que tienen.

—Son gentiles é idólatras, ya me lo habian dicho.

—Pero en esa parte mas que en otra alguna demuestran su esplendidez. Nosotros les hemos destruido grandes templos construidos todos con piedras enormes y de una arquitectura admirable.

—Contadme eso.

—Habeis de saber, Señora, que al poner el cerco á este Mextitan ó Tenochtitlan como le llamaban otros, ó Meseco como le llamamos ahora nosotros, desde donde nos hacian mas daño los indios era desde sus templos y principalmente del Templo Mayor consagrado á su Dios Huitzilopochtl, lo cual hizo que pensáramos en derribarlo, y lo cuál fué obra que nunca pudimos concluir aunque lo incendiamos siete veces y del dicho Templo Mayor no podemos hacer aún que desaparezcan las hullas, tan sólido y bien formado era. Pero hoy á fuerza de las predicaciones de nuestros frailes ya muchos indios son cristianos y con el mismo fervor se entregan á las festividades de la nueva religion.

Con estas y otras conversaciones fueron entreteniendo el resto del camino.

La víspera del dia en que habian de entrar á México se encontraban pernoctando en el renombrado reino de Texcoco cuando llegó un correo de gabinete anunciando que el magnífico Hernan Cortés Capitan general y gobernador de aquella Nueva España,

por mas que habia querido apresurarse á recibir en sus brazos á su amada esposa, no le habia sido posible por tener que prestar acatamiento á la etiqueta de la córte, pero que sin falta saldria al dia siguiente de México hasta una legua de distancia con lucido acompañamiento y citaba el lugar en donde deberia ponerse un docél y un palio para que ambos esposos tuvieran su feliz encuentro.

Amaneció el dia siguiente y desde una legua hasta las calles de México y puertas del palacio de Cortés, fué cubierto con arcos de flores las mas frescas, las mas olorosas, las mas alegres á la vista, de la misma manera que fué cubierto el piso con ramas de cedro y de pino, formando en seguida una verdadera alfombra de flores blancas y encarnadas.

El acompañamiento de Cortés fué formado de la manera siguiente:

Primero: el estandarte que habia adoptado para sí y para su familia con sus armas bordadas en campo azul.

Despues los estandartes que significaban cada una de sus victorias alcanzadas durante las guerras de la conquista.

Enseguida las corporaciones municipales y civiles.

Luego el clero compuesto de unos cincuenta frailes y clérigos, entre los que solo faltaba el padre Olmedo que estaba enfermo y achacoso y que muy lejos de ocuparse de farsas tenia su cuartel espiritual en Tlaltelolco dedicado á la conversion de indios.

Ocupaban un lugar distinguido los caciques y personas principales, lo mismo que muchos aztecas, oto-

mies etc. vistosamente adornados, llevando estandartes mexicanos y otras varias insignias.

Continuaban en las filas de la procesion despues algunos palanquines de señoras y caballeros pertenecientes á la nueva nobleza.

Pedro Gallego iba tambien en su palanquin llevando á la derecha á la princesa Doña Isabel.

Componíase igualmente la procesion de otros muchos grupos verdaderamente fantásticos y que servian para conservar el recuerdo de lo que habian sido las solemnidades reales en tiempo de Moctezuma....

El carro ó palanquin en que iba Hernan Cortés estaba cubierto de abanicos de oro con plumas magníficas y de los mas hermosos colores: todo el tren de Don Hernando era el de un emperador: tan imponente así iba, hundido entre sus muelles cogines.

Al encontrarse las comitivas en el sitio indicado, los dos esposos descendieron de sus vehículos y sobre alfombras de telas finísimas fueron á ponerse bajo el palio, en donde el hermano Fray Pedro Melgarejo les echó su bendicion. Se abrazaron tiernamente los dos esposos y como no era posible que hubiera un palanquin en que cupiera Doña Catalina, por estar en estremo gorda, se convino en que iria al lado de Cortés en unas angarillas que se improvisaron prontamente con ramas de árboles, flores y tejidos de plumas acolchonadas.

La gobernadora pudo sentarse en cambio en un ancho y rico sillon bordado de oro.

La impresion que produjo en toda la córte Doña Catalina fué muy desagradable, pues todos los que no

la conocian esperaban que fuera una muger hermosa y gentil, contrariándoles en estremo su obesidad.

El mismo Cortés quedó admirado observando que su cara mitad habia engordado demasiado durante su última ausencia.

La entrada de Doña Catalina á México fué tan ruidosa, que á poco tiempo figuró en España como un capítulo de acusacion contra Cortés. Por la noche cuando estuvieron solos aquellos consortes por primera vez despues de su larga ausencia, dijo ella á éste:

—¡Quien habia de figurarse que iba á cumplirse aquello de "reina mia" que me decias para enamorarme cuando eras mi pretendiente! y se echó en brazos de Cortés delirante de felicidad.

CAPITULO XVII.

El Principe Quecholli.

Los representantes del reino mazagua ó tarasco regido por el poderoso rey Tanguazan, esto es, los príncipes Vechihilza y Quecholli quedaron mas admirados todavia del poder de Cortés. El tren con que se presentó la gobernadora solo podia ser comparable con el tren que tenia Moctezuma, y todavia aquel monarca nunca pudo disponer ni de soldados de caballeria, ni de cañones, ni de animales de carga y de tiro, ni de otras muchas cosas que venian á completar el fausto y la grandeza que se respiraba en la nueva corte.

Por ejemplo los palacios del emperador mexicano que habian sido demolidos, eran muchos y estaban

llenos de objetos curiosos; pero todos juntos no podian valer en magnificencia lo que el palacio de Cortés construido con piedras de jaspes, estendido en un anchuroso espacio, artillado como una fortaleza, con cuatro elegantes torres en los cuatro ángulos y las azoteas llenas de elegantes almenas; con magníficos patios y espaciosos corredores, con anchas galerias, con bien decorados salones, con un oratorio en que se veian como principales adornos el oro y la plata, y sustentado el edificio con siete mil hermosos bigones de cedro, que se habian tomado de otros tantos árboles seculares de que estaban poblados el Tepeyac y montañas vecinas en toda la parte norte de Tenochtitlan.

Los dos representantes de la tribu mazagua ó michoacana, en aquella misma noche tuvieron la siguiente plática, en el momento de despedirse para ir á ocupar sus respectivos lechos.

Encontrábanse en el mismo palacio de Cortés, en donde, segun digimos antes, se les dió soberbio alojamiento y cada uno de ellos ocupaba una habitacion con todas sus comodidades, divididos los alojamientos por una galeria que servia de compartimiento. En esta galeria fué donde al despedirse segun la costumbre indígena tio y sobrino, el primero dijo al segundo:

—Mañana partimos.

Quecholli se volvió y dijo con voz en que se traducia la emocion:

—¿Qué dices?

—He anunciado esta noche al gran Cacique nuestra marcha.

—¿Para mañana?

—Sí.

—¿Y nos deja ir tan pronto?

—Aunque se empeñara en detenernos, nosotros no deberiamos consentirlo.

—¿Por qué?

—Porque tu tio, mi noble hermano Tanguazan, nos debe estar esperando con ansia.

—¿Acaso no le has enviado correos?

—Todos los dias; pero eso mismo que le he estado comunicando debe tenerlo ansioso de escuchar la relacion de nuestra propia boca.

—¿No le has mandado todo cuanto sucede trasladado al maguey por nuestros dibujantes?

—Todo, todo lo han estado copiando en los rollos de las cortezas de palma que traian.

—Entónces bien podiamos esperarnos mientras el sol aparece tres veces mas por el oriente.

—El que espera está siempre mas intranquilo que el que es esperado.

—Tio, hermano querido de la mujer que me trajo al mundo y que hoy está convertida en cenizas, ¡pues qué! ¿no podrias concederme el mas grande de los favores, la mas especial de las gracias. . . . . . ?

—Habla.

—Que canten tres veces los pajarillos al aparecer los primeros albores de la mañana y entónces nos vamos.

—A mí mismo que no tengo tu juventud ni tu imaginacion ardiente, me cautivan y me embriagan las cosas que se despliegan á nuestra vista: esas comidas

suculentas, esos paseos en los bergantines del Malinche, esos licores que no embriagan, pero que traen á la mente visiones encantadoras y causan adormecimientos celestiales, esos perfumes con que todo se impregna sacados artísticamente del calix de las flores mas esquisitas, esos mullidos tapices que apagan las pisadas y que sirven tantas veces para dar descanso á los miembros entorpecidos, esas músicas que parecen querer trastornar el entendimiento, esos guerreros que deslumbran con sus armas, con sus cascos y con su continente magestuoso, pareciendo mas bien que armada un ejército de semi-dioses; esas mujeres blancas, cuya tez se parece á la de los cardos y claveles, cuyas miradas atraviesan el corazon y cuya voz parece una armonía formada entre los pajarillos de los bosques, las brisas del lago y las cascadas de los arroyuelos........

—¡Tio Vechichilza!...... esclamó Quecholli queriendo desvanecerse.

—¿Qué tienes?

—Me hablas así de las mujeres blancas...... ¿conoces por ventura á Violante?

—Violante?....

—Sí, la que se llama Violante Rodriguez hija de un viejo guerrero....

—¿No la he de conocer si es sin duda la mas hermosa?

—¿Es verdad?

—¿No la he de conocer si es á la que sigues siempre con los ojos y es la que te tiene hechizado?

—Es entre todas la que mas me fascina.

—Y es la que segun he llegado á comprender trata de convertirte á su religion.

—¿A qué ocultártelo?

—Pues es lo que mas me decide tambien á mí á precipitar nuestra marcha. ¿Qué diria el rey, qué diria la nobleza, qué diria toda la noble raza de los tarascos si el príncipe Quecholli abandonara sus creencias y sus dioses?

—¿No hay un barrio aquí de mexicanos todos convertidos por un sacerdote llamado el padre Olmedo? ¿No varios indios de nuestra raza están ahora al lado de los españoles aprendiendo sus mismas creencias? ¿No está con ellos Malíntzin que conoce todas las lenguas? ¿No se ha casado con un Pedro Gallego la misma hija de Moctezuma?

—¡Quecholli! dijo el viejo suspirando, soy yo muy culpable, muy culpable.

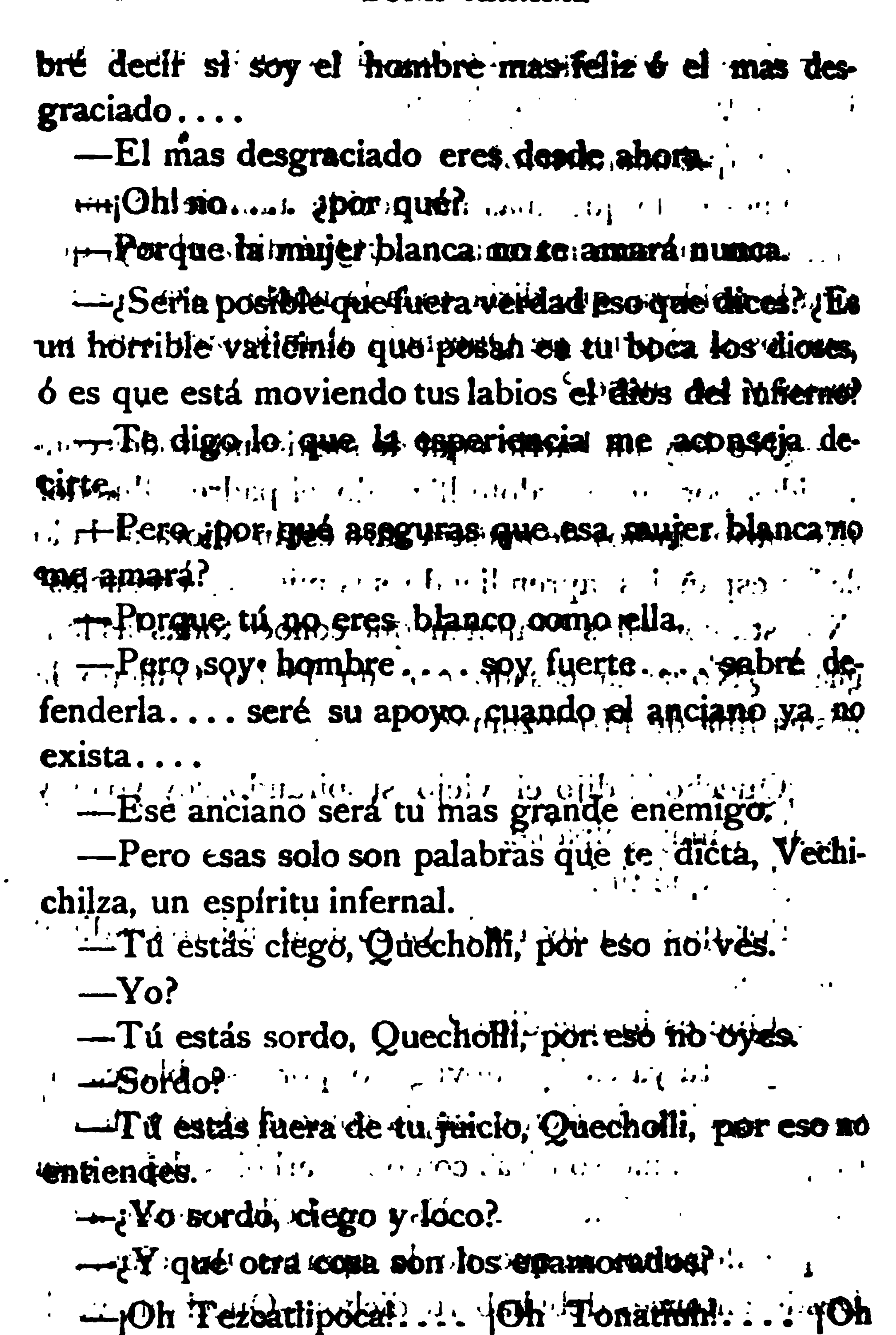
—¿Por qué tio?

—Por que es muy tarde ya cuando quiero acudir al remedio.

—¿Qué es lo que dices?

—Que tú ya estás subyugado por esa blanca de ojos rasgados, de frente limpia como el cielo y de boca que derrama sonrisas como los árboles dejan caer sus sasonados frutos.... Es muy bella y desde á poco que llegamos sé que no le apartas tus ojos.... Desde entónces debí haberte dicho:—Quecholli, vuelve tranquilo á tu cabaña, aquí vas á llenar tu espíritu de tristezas y desengaños.

—Desde aquí al momento en que partámos ya sa-



bré decir si soy el hombre mas feliz ó el mas desgraciado....

—El mas desgraciado eres desde ahora.

—¡Oh! no..... ¿por qué?

—Porque la mujer blanca no te amará nunca.

—¿Sería posible que fuera verdad eso que dices? ¿Es un horrible vaticinio que posan en tu boca los dioses, ó es que está moviendo tus labios el dios del infierno?

—Te digo lo que la esperiencia me aconseja decirte.

—Pero ¿por qué aseguras que esa mujer blanca no me amará?

—Porque tú no eres blanco como ella.

—Pero soy hombre.... soy fuerte.... sabré defenderla.... seré su apoyo cuando el anciano ya no exista....

—Ese anciano será tu mas grande enemigo.

—Pero esas solo son palabras que te dicta, Vechilza, un espíritu infernal.

—Tú estás ciego, Quecholli, por eso no ves.

—Yo?

—Tú estás sordo, Quecholli, por eso no oyes.

—Sordo?

—Tú estás fuera de tu juicio, Quecholli, por eso no entiendes.

—¿Yo sordo, ciego y loco?

—¿Y qué otra cosa son los enamorados?

—¡Oh Tezcatlipoca!... ¡Oh Tonatiuh!... ¡Oh gran Teotl Tlaloc! tú, ministro soberano, que proteges á los hombres que pierden la razon cuando son mirados por una dulce mujer que los encanta, permite

que nada de lo que dice mi buen tio pueda convertirse en prediccion sagrada, en un decreto de los dioses, porque entónces el mismo Quecholli tendrá que darse la muerte con sus manos.

—Es ya tarde, murmuró Vechichilza.

—Pero yo estoy delirando seguramente.... Violante, la hermosa blanca de ojos negros y de voz de zenzontle, me ama.... me lo dicen sus dulces miradas cuando se encuentran con las mias, me lo dice su acento que suaviza hasta penetrar en mi corazon, me lo dice el afan que demuestra porqué yo comprenda su idioma y sus creencias, me lo dicen sus sonrisas de satisfaccion y de alegria, cuando aprendo cuidadoso lo que me enseña..... me lo dice su mano que se posa sobre la mia, su aliento que me embriaga, el aire que respira.... todo, todo cuanto la rodea, me está diciendo suavemente al oído: la mujer blanca descendiente del Sol te ama..... Violante piensa en tí y se encanta de que tú la adores.

—Veo que estás loco, Quecholli.

—Si tio, pero loco de felicinad.

—Tus ideas se han estraviado hasta un punto que me hace estremecer.

—Yo sé bien que esa esperanza que alienta mi espíritu es el soplo de la nueva divinidad que estoy enseñándome á conocer.

—¡Calla!

—Solo espero comprender mejor para hacerte partícipe de esa nueva creencia que es tan dulce y tan consoladora.

—Yo no abandonaré nunca á mis dioses.

—Sí, los abandonarás, cuando sepas que son tan inútiles como los de los mexicanos.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Acaso no han derribado los españoles ciertas divinidades que habia en los templos de los aztecas? ¿En dónde está Huitzilipochtli? ¿Qué han hecho todos esos terribles dioses para vengarse de las injurias sin cuento que han sufrido? ¿No los hemos visto atados con cuerdas que los llevaban arrastrando por las calles para convertirlos en almenas del palacio de Pedro Alvarado? ¿Es posible que sea un dios un pedazo de piedra dura que nosotros mismos labramos? ¿Acaso esas figuras espantosas que estamos acostumbrados á venerar, porque en ese error nos nutrieron nuestros padres, pueden tener mas poder que el hacha que las forma?

—¿Pues cómo es el Dios de los blancos?

—El Dios de los blancos, que es el nuestro tambien, y el de todas las cosas que existen aquí abajo y en todas partes, habita un espléndido palacio en los cielos.... allá donde solo van las almas dichosas de los que se mueren amándole.... Cuesta trabajo conocer y comprender á un Dios que no se mira; pero es mejor tributar adoracion á un ser invisible que venerar en los templos esas figuras de piedra que forjamos á nuestro capricho.

—Los blancos tambien tienen ídolos en sus templos. ¿Acaso no has visitado ese aposento que llaman el oratorio de Doña Catalina, formado por los sacerdotes de Cortés?

—Esa misma fué la pregunta que yo dirigí á Vio-

haste cuando vi esas figuras que son sin embargo mas hermosas que las que nosotros adoramos.

—¿Y qué te contestó?

—Me dijo que no son dioses sino santos.

—¿Y qué es eso?

—Retratos de personas que han vivido en el mundo y que se supone que ahora se encuentran al lado de su Dios y que pueden servir de medianeros entre él y los que habitan la tierra.

—Curiosas cosas tienen esos cristianos.

—Pero siempre superiores á las nuestras. ¿No ves como manejan sus armas y las hacen disparar proyectiles que arrasan cuanto encuentran, haciendo uso de materias que nos son desconocidas? ¿No ves como se han provisto de esos animales que llaman caballos y los cuales les sirven no solo para salvar en poco tiempo grandes distancias, sino para atropellar y dar alcance al enemigo cuando se desordena? ¿No has notado qué dulzura y qué armonía tienen sus instrumentos de música? ¿No has comido sus viandas y bebido sus vinos mejores que los nuestros? ¿No ves que sus ropas se avienen á cubrir las necesidades, siendo á la vez vistosas y formadas de raros tejidos? . . . ¿No has visto cuántas materias tienen para imitar el oro y la plata, únicos metales que nos eran conocidos y cómo saben sacar provecho de todo aquello que nosotros despreciábamos? ¿No observas como construyen sus palacios haciéndolos á la vez fuertes y hermosos? ¿No has visto sus embarcaciones para cruzar los lagos y los mares? ¿No has observado tambien que siendo ellos pocos pueden establecer el órden y buen gobier-

no sobre muchos? ¿No desde que llegaste, te has sentido inferior á Cortés creyéndolo á él una divinidad?

—Todo es verdad.. ¿y qué deduces de tales cosas?

—Deduzco que si los blancos nos ganan en armas, en vestidos, en fuerza, en poder, en inteligencia, en artes y en cuanto es conocido en nuestras tierras, deben tambien ganarnos en religion.

—No dudo que sea mejor que la nuestra; pero por esa supersticion hemos de abandonar nosotros la que nos enseñaron nuestros abuelos?

—Dime, Vechichilza, ¿no fuiste tú el que ayer abandonaste tu cuchillo de pedernal que llevabas en el cinto para poner en su lugar el de acero que te regaló el Malinche?

—Si, porque esta daga es mas reluciente, mas fuerte, mas hermosa......

—Pues lo mismo abandonaremos nuestras armas, nuestros métodos para pelear, nuestros trages y todo cunato tenemos, para adoptar lo que tienen de mejor que nosotros los españoles: del mismo modo dejaremos nuestra religion para tomar la suya.

—Yo te llamaba hace poco insensato y veo que en ocho dias has aprendido mas que en el resto de tu vida anterior.

—Dos cosas me han abierto el alma á la vez.

—¿Cuáles son?

—El amor que profeso á esa blanca tan seductora y el aliento del nuevo Dios que adoro que ha soplado sobre mi inteligencia.

—No te comprendo.

—Ya me comprenderás cuando te hagas cristiano.

—Mucho lo dudo.

—Y si te digo que en esta misma noche vás á tener un sueño intranquilo pensando en estas maravillas que has oido de mi boca?

—¿Qué significaria?

—Significaria que los espíritus del bien habrian venido á aconsejarte que siguieras la sánta, la pura, la hermosa religion de los cristianos.

—Cuando yo comprenda todo eso, que ha ser difícil porque ya soy viejo para que pueda aprender nuevas cosas, entónces reflecciónaré lo que mas me convenga.

—Yo te ofrezco que cuando lleguemos al lado del rey Tanguazan, yo ya te habré enseñado esas creencias en el camino.

—¿De suerte que convienes en que sea nuestra marcha mañana?

—¡Oh! no tan pronto.

—Reflecciona en que mientras pase mas tiempo menos resolucion has de tener para separarte de tu amada.

—Lo comprendo bien.

—Entonces decídete á partir luego.

—Quiero solo preguntarla......

—Si te ama tambien?

—Sí.

—Y si te dice que no te ama.

Quecholli se puso, extremadamente pálido y contestó:

—No será ella tan iuhumana; pero si fuere así tan

inmensa mi desgracia..... si mi corazon estuviera engañado....

—¿Qué.... qué?

—Yo no podré sobrevivir..... yo me mataré.

—¡Desgraciado!..... ¿y eso es lo que te enseña tu nueva religion?

—¿Para qué queria esa religion entónces?

—¿Qué dices?

—No sé lo que digo..... estoy blasfemando..... si ella no me ama..... pediré á Dios resignacion segun me enseñan mis nuevas creencias..... Hasta mañana, Vechichilza!

Y Quecholli salió del aposento precipitadamente.

CAPITULO XVIII.

Primer relámpago

Los dias que se siguieron á la llegada de Doña Catalina fueron de grande animacion en México, á cuya ciudad llegaron comisiones de todos los pueblos y cacicazgos dependientes de Cortés, con los presentes de costumbre.

Unos presentaban á la gobernadora cestos de frutas diversas de variados aromas y colores, ó jaulas con pájaros de hermosísimos plumages y de armonioso canto; otros llevaban exquisitas labores de mano, formando adornos para los vestidos ó para los salones; y finalmente, otros llevaban algunas curiosidades de oro y plata, que eran las que veia con más

interes la matrona Doña Catalina Juarez. Sin embargo, estos últimos comenzaban á escasear y ya no los prodigaban tanto los indios, desde que pudieron convencerse de que aquellos metales eran los que más valor tenian en las naciones civilizadas.

Mientras que Doña Catalina era objeto de todos aquellos agasajos, entre los cuales entraban con mucho las músicas, las danzas y los saraos que organizaban los nuevos caballeros y damas de la nacion española, Cortés no dormia sobre sus laureles, sino que habiendo llenado su propósito de ofrecer á la vista de Vechichilza un buen conjunto de tropas, empezó á mandar las expediciones que tenia proyectadas para seguir conquistando el Oriente del Anáhuac con el fin, se comprende bien, de tener la comarca limpia en una extension dada y por supuesto sin ningun enemigo á la espalda, para poder libremente aventurarse en el interior de los reinos poderosos de Xalixco y otros más al Occidente, que segun parecia, iban á costarle algunos sacrificios. Con ese propósito hizo que Pedro de Alvarado con 120 caballos, 300 peones de á pié y cerca de 10,000 indios auxiliares marchara á hacer la conquista de Quahutemalan, que Cristóbal de Olid tambien con algunas tropas marchara á la de Hibueras y á Orozco lo mandó á sujetar la provincia de Guayaccic, despues llamada Oaxaca.

De consiguiente, los tres dias primeros despues de la llegada de Catalina fueron de mucha entretencion para ella y su marido, lo mismo que para todos los españoles, á quienes produjo gran novedad el acompañamiento de aquella en el cual venian cuando mé-

nos unas cincuenta isleñas castellanas listas para casarse, fuera de otras tantas que venian como la esposa de Cortés á incorporarse con sus maridos.

Solamente Leonel de Cervantes traia consigo á siete hijas, como se dijo ántes, todas hermosas, de las que la menor contaba trece años y veinticinco la mayor de ellas llamada Inés, y la cual se hizo distinguir, si no por su ilustracion, cuando ménos por sus reelevantes prendas y su hermosura nada vulgar.

El palacio de Cortés estaba, de consiguiente, sumamente animado, pues no solo era reconocido como el cuartel general de los soldados, sino como el centro de la corte que comenzaba á organizarse con nuevas damas y caballeros.

Habia ya en México una poblacion como de tres mil españoles ocupando una area de veinte manzanas, en el centro de la ciudad en la cual se habian improvisado habitaciones á medida que iban llegando, ó se albergaban en las casas ya construidas de sus compatriotas, y los barrios estaban poblados por millares de familias aztécas, de suerte que el movimiento que ofrecia ya la poblacion, principalmente por las obras que estaban haciéndose, podia llamarse notable y causaba admiracion á los que veian la ciudad por primera vez, pues se imaginaban que llegaban á un desierto, á un monton de ruinas ó á un pobre agrupamiento de rústicas cabañas y se iban encontrando con cien palacios, con soberbios templos en construccion y con jardines perfectamente bien cultivados que podrian lucir en cualquier capital de Europa. Ni siquiera se podia creer que apenas hacia un corto número de me-

ses, de dos ó tres años tal vez, que había pasado por allí el hacha destructora de la conquista.

Si trescientos mil hombres por lo ménos se habian ocupado en ayudar á Cortés á destruir la antigua Gran Tenochtitlan, al grado de no dejar piedra sobre piedra, otro número igual de trabajadores traidos de los pueblos comarcanos, entre los que se encontraban alhañiles, carpinteros, pintores, se estaban ocupando con una actividad prodigiosa, en hacer desaparecer las ruinas, produciendo el milagro de hacer que naciera sobre ellas la moderna México, floreciente y risueña ciudad que se anunciaba ya como la reina y señora de una mitad del continente americano.

La novedad que causó el primer dia la llegada de Doña Catalina fué debilitándose poco á poco y cuando ni ella ni Don Hernando tuvieron quien les importunara, pudieron encontrarse solos y desocupados un momento en el principal salon del edificio que servia á ambos personajes de recibimiento.

El salon de que nos ocupamos, y en el cual se encontraban á la sazon los gobernadores de la Nueva España, presentaba un aspecto suntuoso con sus colgaduras de terciopelo, con sus sillones llenos de entorchados, con sus otomanas en el estrado cubiertas de ricas pieles, con sus lunas de Venecia sobre chimeneas de mármol italiano, con sus jarrones aztecas y sus esculturas fabricadas por los artífices indios de mas nota, y con tantas y tantas preciosidades como allí se veian, que le daban á la sala una fisonomía especial, resaltando en todo el gusto morisco sobre los gustos español é indio, pues de este último solamen-

te tenian allí lugar sus esculturas, sus jarrones despidiendo gratos perfumes y sus ricas esteras de mimbres bordadas de plumas riquísimas; tapices que no podian ostentar ni los soberanos de Europa.

Acababan de retirarse algunas damas y caballeros para acompañar á los mercaderes que habian sido los últimos en venir á presentar sus homenajes á Doña Catalina y esta se habia quedado reclinada sobre una otomana, contemplando aquel régio salon; miéntras volvia de la puerta de acompañar á las damas su egregio esposo, al cual dirigió la palabra en estos términos:

—Tengo ya de llegada tres dias á vuestro alcázar, señor capitan general, mi ilustre esposo, y sueño paréceme todavia estar viendo estas riquezas que son nuestras segun vos me decis, y yo lo veo, pues recuérdanme los dias aciagos en que si no llegamos á padecer hambres, sí pasamos por necesidades que á veces me hicieron llorar.

—Nuestras son estas riquezas todas, magnífica señora, y más los indios que recibireis para vos sola de nuestro repartimiento que se debe como tributo á la alta soberana de estos reinos que su marido ha conquistado á fuerza de su brazo, y no hay para que recordar antiguas miserias que ya pasaron. Hoy teneis á vuestra disposicion cuanto oro necesiteis y ademas disponeis de tanto poder, que será muy difícil que haya un deseo que no consigais mirar logrado.

—Pláceme la mudanza que ha tenido con nosotros la fortuna, y á vos, señor esposo, es á quien debo estar reconocida por este cambio; y muy feliz me con-

sideraria yo si no viniera de dias atras una grande pena aguijoneándome.

—Cuál es esa pena? preguntó Cortés.

—Os lo diré sin rodeos, porque no gusto de la discrecion hasta el extremo: ¿conoceis á una india á quien habeis puesto el nombre de Doña Marina?

Cortés se estremeció y se apresuró á contestar:

—Conózcola bien y por fuerza tenia que conocerla cuando la recibí al principio como esclava y despues la dí libre por los grandes servicios á nuestra empresa prestados por ella con un valor increible.

Al decir esto, Cortés habia sufrido una pequeña alteracion en la voz y en el semblante.

—Y á vos tambien, dueño mio, os ha prestado la dicha india sus servicios?

—A mí más que á nadie, pues que unas veces salvádome ha la vida y en otras me ha dado consejos, propios para llevarme por el mejor camino en esta que ha sido una de las más rudas y una de las más pesadas conquistas.

—No sé como puedo contenerme cuando me hablais con tanto interes de esa Marina que ha sido vuestra.......

—Callad, Doña Catalina!

—No callaré porque me asiste gran justicia para reprocharos vuestra conducta aleve.....

—Ved que os propasais.....

—Y qué me importa propasarme si libre soy para decir todo cuanto siento?

—No sois tan libre, desde el momento en que por vuestra condicion de alta señora, teneis que dar ejem-

plo de virtudes, de discrecion, y más que todo, de fineza....

—Con eso quereis recordarme mi humilde alcurnia....

—No quiero recordaros nada, señora, sino sólo que estais en el palacio del gobernador de aquestas tierras, que vos sois la gobernadora y que seria mal que fueran á repetirse vuestras palabras en esa ciudad que comienza á poblarse.

—Por eso he aguardado á que quedáramos solos para poder deciros mis quejas con amplia libertad.

—No os olvideis de que todas las paredes de los palacios oyen.

—Oyen? preguntó Catalina con extrañeza.

Cortés estuvo á punto de reise.

—Creia que habriais oido hablar de ese proverbio tan sabido en las córtes.

—¡Ah! ya, quereis desviarme del asunto recordándome mi humilde origen.

—Haced todo lo posible, os lo suplico, para que en nuestras conversaciones me lo hagais olvidar.

—Difícil ha de serme, pero no evitaré el procurarlo.

—Y yo tendré que agradecéroslo rendidamente.

—Ahora prosigamos en mi demanda.

—Como gusteis, Doña Catalina, dijo Hernan Cortés con enfado.

—Es una cosa pública que vos me habeis sido infiel durante esta ausencia. Al desembarcar en Villa Rica supe que os acompañaba á todas partes la dicha Doña Marina.

En la Isla lo supe tambien, pero consideré que eran calumnias ó cuentos de vuestros enemigos y los relegué al desprecio; pero ya en estas tierras no he sabido otra nueva siempre que he preguntado por mi esposo, sino que ha estado entregado á las aventuras amorosas, comó cualquier mozo de veinte años y que principalmente ha tenido gusto en hacer vida comun con la india Doña Marina.

—Propuéstome he escucharos hasta el fin lleno de la mas grande paciencia y no penseis en que vais á conseguir alterarme. Podeis proseguir.

—Pues bien, Don Hernando, esto es lo único que deseo y quiero: traedme aquí á Doña Marina.

—¿Estais loca?

—Deciaisme ha poco que ningun deseo que yo manifestara como soberana de estos pueblos dejaria de ser cumplido; pues no tengo otro ni lo tendré, que ver delante de mí á esa Doña Marina.

—Manifestad otra clase de deseos, Catalina, ese es necio, y sobre ser necio es ridículo.

—¿Entónces yo soy ridícula?

—Hablo del deseo que espresais, Señora. Todas las damas y caballeros, todos los oficiales y gentes del pueblo se burlarian de nosotros si yo consintiera en cumplimentar esa necedad vuestra.

—Como querais: yo sabré hacerme obedecer si es que valgo algo en esta tierra como mujer del conquistador.

—Mucho valeis por vos misma, sin añadir el mérito que por mi parte pudiera daros: sois dama y en donde quiera que encontreis caballeros os obedecerán;

pero vos os cuidareis bien de provocar un lance como ese que primero produciria hilaridad y despues.....

—Y despues?....

—Y despues os seguiria pesando siempre.

—¿Me amenazais?

—No os amenazo: os hago entender la razon.

—La razon es que yo tengo sobrados motivos para estar celosa de esa mujer.

—No os digo que sí, ni os digo que no.

—¡Ah! ¿no intentais siquiera justificaros?

—Para qué? ¡si estais ciega! ¡si estais temblando de cólera!..... ¡si no os encontrais en estado de escuchar nada!

—Sí os escucharé, si me decis la verdad.

—Pues la verdad es que debeis moderar vuestros ímpetus, que debeis tener siempre presente que ya estais elevada á una altura en que es preciso tengais mucho cuidado con vuestra fama, que debeis en fin dejar vuestras quejas para otra ocasion mas propicia. Si cuando llegais apenas, os venis contra mí como si fuéseis mi enemiga, ¿qué me dejais esperar para cuando tengamos meses de estar viviendo uno al lado del otro?

—No me oireis murmurar jamás una queja si me ofreceis y me cumplis dos cosas.

—Decid cuales son y veré de complaceros.

—La una es que me hagais conocer de una manera ó de la otra á Doña Marina, y la segunda que la desterreis mandándola á donde segun dicen se encuentran sus padres.

—Es huérfana de padre, y la madre para poder ca-

sarse fué la que la vendió á unos mercaderes, dijo Cortés para dar tiempo á meditar su contestacion.

—Sea lo que fuese, es lo que os pido y os juro que jamas volveré á quejarme.

—Es un capricho vuestro que......

—No es capricho, Hernando, es necesidad que siento en mi corazon para que podamos en lo sucesivo vivir tranquilos y felices.

—Pues es imposibe complaceros.

—¿Imposible....? ¿y por qué?

—Porque me pedis cosas muy injustas y á las cuales yo no puedo acceder como gobernador, ni dar motivos mas de los que hay para que vayan acusaciones contra mí á la corte de España.

—Engañaisme representándome dificultades que no existen ni pueden existir.

—En primer lugar, Doña Marina es libre, tiene concedidas por sus servicios casas, propiedades, tierras y pueblos, es dama principal y nadie puede disponer sobre su voluntad ni imponerle gravámen alguno. Yo mismo no pudiera obligarla á venir á esta residencia si ella no quisiera prestarme acatamiento.

—A vos os obedecerá.

—Pero yo no seré quien la intime á que venga para llenar vuestro capricho.

—Para darme una reparacion.

—Pensad como gusteis.

—Al menos podeis devolverla á su país.

—Tampoco.

—No tendreis mas trabajo que escribir una órden.

—Pero no la escribiré.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento en que haga tales injusticias en mi gobierno yo mismo tengo que considerarme como indigno de seguir siendo tal gobernador.

—Entónces por no hacer agravios á otros me los haceis á mí.

—No os hago ninguno.

—Si me los haceis desde que os negais á complacerme.

—Porque solo es un capricho mujeril

—¿Es cierto ó no es cierto que Marina....?

—Callad, Doña Catalina, ó me obligais á tomar una determinacion para hacer cesar este coloquio que ya va cansándome.

—¿Y creeis que á mi no me ha cansado venir oyendo desde que salí de Cuba que mí tálamo estaba ocupado por una persona que no pertence á la raza humana?

—¡Jesus! dijo Cortés, como dudando si debia ó no dar crédito á aquellas palabras.

—Os lo repito, los indios no son gentes.

—Muchos blancos quisieran tener el juicio que ellos.

—Y vuestra india es un animal mas inmundo que todos.

—Agotais mi paciencia, Doña Catalina.

—Vos habeis agotado la mia desde antes.

—¡Basta!

—Bastará cuando pongais á mi disposicion á esa.. á esa granuja.

—Nunca la vereis

—Entónces la defendeis vos?

—Sí.

— Pues sobre vos mismo ejerceré mi venganza.

Cortés se sonrió. Doña Catalina no pudiendo resistir mas se levantó impetuosamente y al abandonar el salon dijo á su marido entre lágrimas y sollozos:

—Sois un pérfido.

CAPITULO XIX

El Beso.

Entre las personas que habian venido formando el cortejo de Doña Catalina, se encontraba un hombre que no podria llamarse jóven y que tampoco podria decirse que era viejo; de una edad como de cuarenta y cinco años, bien conservado, con la barba negra aun, y muy poblada, ancho de espaldas, robusto, de hermosos ojos aunque de dura fisonomía, habia llegado á hacerse extraordinariamente simpático á la esposa de Hernan Cortés, al grado de haberle ofrecido ésta que seria su protegido. No traia al Real mas caudal que su espada, ni mas representacion que su gentil persona, pero con eso le habia bastado para obtener

á los pocos dias de llegado á México un solar dentro de la ciudad y una colocacion en palacio.

Llamábase este individuo Diego de Soria, y aunque no tenia ni letras, ni caudal, ni por donde le viniera el olor siquiera de la sangre noble, dábase suma importancia y desde luego daba á conocer sus humos de vano y presuntuoso.

En el mismo dia de llegado preguntó por Don Pedro Rodriguez, le dijeron que vivia en uno de los aposentos del palacio con su hija y se encaminó luego allá llevando una carta de un hermano que aquel habia dejado en la Isla de Cuba.

Preguntó por el viejo, le introdujeron al aposento y cuando pudieron acostumbrarse sus ojos á la media oscuridad que allí reinaba, observó que en el otro extremo de la estancia se encontraba un grupo de personas que poco á poco fué reconociendo. El uno era un sacerdote. Don Pedro le dijo que era Aguilar, muy conocido ya por las crónicas de su cautividad que habian corrido de boca en boca.

—¿Y quién es el otro?

—Es un jóven del reino de Mechoacan, sobrino del cacique que allí gobierna, que ha venido con Vechilchilza.

—¿Y qué hace?

—Mi hija y Aguilar instrúyenle en la religion cristiana.

—Curiosa paréceme la cosa.

—¿Quereis aproximaros?

—Solo por ofrecer mis homenajes á vuestra hija Violante, que me dicen es hermosa y discreta.

—Es mi única hija, Don Diego, ¿qué quereis que os pueda decir de ella?

Diego de Soria tuvo oportunidad de ver mas de cerca á Violante y de admirar su maravillosa hermosura; pero á la vez comenzó á formarse desde luego una tempestad en su corazon al notar que los dos jóvenes, maestra y discípulo, se ocupaban muy poco de los que les rodeaban, casi reconcentrados en sí mismos.

—Esto no es ya ni celo religioso de la bella castellana para hacer cristiano al indio, ni deseos de éste para aprender nuevas cosas, dijo para sus adentros, figúraseme que ambos mozos pelan la pava, como decimos allá en Cuba

Al dia siguiente tomaron mas cuerpo sus sospechas. No se encontraban en el aposento, ni Don Pedro Rodriguez ni Aguilar, y solo cuidaba á Violante una dueña que daba cabezadas mientras el mancebo se encontraba absorto contemplando á Violante.

Tan completamente abstraidos estaban los jóvenes, que no apercibieron la presencia de Diego de Soria sino cuando éste les dirigió la palabra.

Violante se estremeció asustada y Quecholli volvió la cara con enojo como quien es interrumpido en una de las ocupaciones mas dulces y mas importantes.

Diego de Soria vino al cabo á comprender su inoportunidad y se retiró refunfuñando.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras sí, se vió con ánimo de volverse, pero requirió su espada y dijo á la vez que iba alejándose:

—¿Será posible?.... pero yo no lo debo consen-

tir.... sobre todo, Violante es hermosa, es la mejor dama que he visto aquí hasta ahora y Doña Catalina mi soberana y protectora me la ha ofrecido por esposa.... Por mas bella que sea Violante, no podrá nunca desechar la mano de un caballero como yo.... ni mucho menos dar á un indio de estos la preferencia.... Seria indigno de Violante, seria indigno de esta Corte, seria indigno de la colonia, toda que la mas bonita mujer que tenemos, fuera á pertenecer á un salvaje.... ¿Entónces de que nos serviria ser nosotros los conquistadores si ellos eran los que disponian de nuestras mujeres?

Refleccionando así llegó á la cámara de la gobernadora, le espuso sus sospechas y ésta le ofreció influir con Don Hernando para que de una vez despidiera á la embajada.

Así sucedió en efecto: Cortés indicó á Vechichilza que estaba deseoso de saber lo que el rey de Mechoacan resolveria despues que aquel le diera cuenta de su mision y quedó fijada la marcha para el dia siguiente.

Como fin de fiestas se acordó que en aquella tarde se verificaria un paseo en canoas por todos los canales inmediatos, á cuya escursion concurririan los caballeros y las damas que acababan de llegar, lo mismo que los nobles mazaguas y tarascos.

Vechichilza previno á su sobrino Quecholli que estuviera listo porque ya el Malinche le habia indicado que precisamente al dia siguiente al aparecer el primer albor de la aurora en el Oriente, la comitiva tendria que ponerse en marcha para regresar á sus hogares.

Quecholli suspiró é inclinó la cabeza como hombre que se resigna pero que no se rinde á su destino.

Inmediatamente se empezaron á aderezar las mejores canoas hasta unas trescientas, las cuales fueron vestidas de flores, de banderas, de telas blancas y de todo aquello que servia para darle un aspecto más gracioso y más pintoresco.

El mismo Cortés, luego que concluyó la comida, dió la señal de la marcha tomando de la mano á Vechichilza para encabezar el movimiento y en pocos minutos estuvieron todos en el embarcadero, ocupando las canoas segun les fué pareciendo conveniente.

En un barquichuelo de los más primorosos se acomodaron Aguilar, Violante, dos ó tres amigas de esta, una dueña y el príncipe Quecholli invitado por aquella.

Don Pedro habia sido llamado por Cortés para que fuera en su acompañamiento.

Al observar esto Diego de Soria, iba á lanzarse sobre aquella canoa para cometer quizás una imprudencia; pero en el mismo instante oyó la voz de Doña Catalina, quien le ordenó amigablemente, sin observar la emocion que á apuel dominaba, que se sirviera acompañarla.

Soria se arrancó un puñado de barbas y pasó humildemente á ocupar el sitio que se le designaba, pero no sin dirigir al jóven Quecholli miradas centellantes. Era ya tan claro aquello que el príncipe no pudo ménos de estremecerse al observar los movimientos bruscos del castellano.

—Ese hombre ama á Violante, pensó Quecholli.

Pero al venirle este pensamiento fijó una mirada rápida sobre la jóven para descubrir el efecto que en ella habia causado la cólera de Diego de Soria.

Violante estaba tranquila. Su mirada límpida se fijó en la del jóven, al cual sonrió con ternura. Quecholli sonrió tambien, se avergonzó de aquel arranque de celos infundados que podian haber sido adivinados por la hermosa castellana, y ya no se ocupó de otra cosa más que de contemplar á esta con adoracion. Los hombres de su tribu que habia colocado allí para que condujeran la barca, la llevaban suavemente al impulso de los remos, y entónces Violante que quiso aprovechar aquella oportunidad para continuar su obra, promovió su conversacion favorita diciendo al príncipe:

—Cuando se contempla la naturaleza como ahora, amigo mio, es cuando se comprende más que hay un Dios criador de todas las cosas, pues que de otra manera no tendrian sus leyes eternas, su armonía, su utilidad ni su admirable procreacion.

—Comprendo bien que hay un Dios autor de la naturaleza. Tú lo has dicho.

—Pero vos debeis comprenderlo, sentirlo.

—Lo comprendo y lo siento.

—¿Es decir que estais conforme en dejar vuestros dioses y en aceptar nuestra religion?

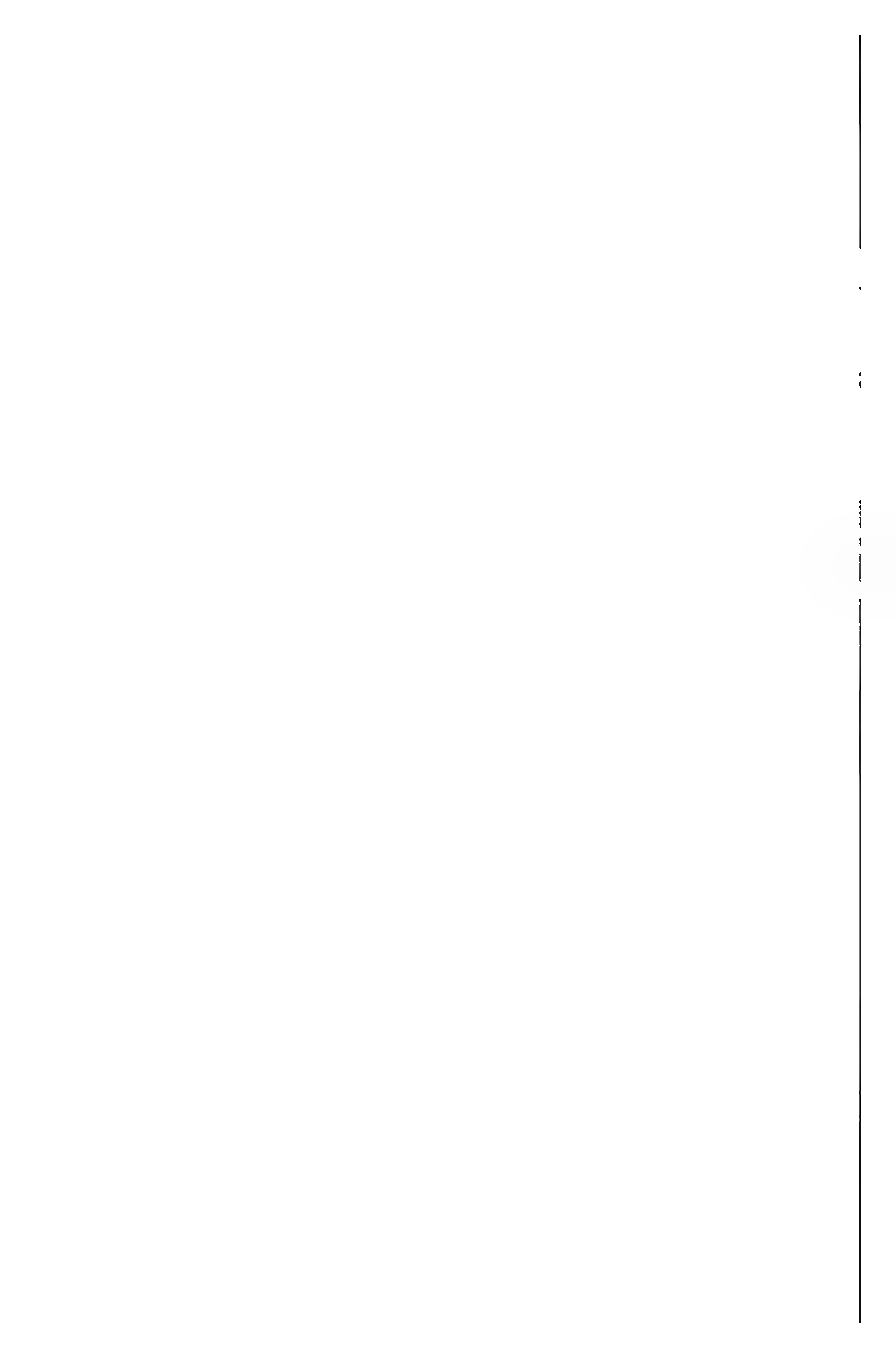
—Sí, contestó Quecholli con temblorosa voz: pues que siempre creia estar cometiendo un grave delito volviendo así la espalda á la creencia de sus padres.

—Ya sabeis que hoy es nuestra última entrevi
que al volver de este paseo, Aguilar y yo sere-

Dª MARINA



Doña Catalina no pudiendo resistir mas se levantó impetuosamente y al abandonar el salon dijo á su marido entre lágrimas y sollozos:_ ¡Sois un pérfido!



padrinos para que uno de nuestros sacerdotes os bañe en las aguas bautismales.

—Yo hago todo lo que tú me mandes que haga, reina mia.

—Pero necesitais vos mismo demostrar vuestra más firme voluntad para recibir esas aguas.

—Te digo que cuanto tú me digas que crea he de creerlo; que cuanto tú me digas que ame, he de amarlo, que cuanto tú me digas que haga, he de hacerlo.

—¿No os sentis verdaderamente persuadido de que nuestro Dios y nuestra religion son los mejores, cuando estais en presencia de esta naturaleza?

—Cuando te estoy viendo á tí principalmente conozco que eres la hija de los cielos, y cuando oigo tu voz dulce y cadenciosa, me parece oir esos coros de ángeles que dices están al lado del trono de nuestro Dios cantándole alabanzas.

Por más que la jóven quisiera hacer uso de su prestigio sobre el ánimo de Quecholli, tuvo que renunciar á su propósito de hacerle sentir la verdad de la religion en su interior mismo, pues saturado de amor como se encontraba, todo lo referia á su ardiente sentimiento, sin que fuera posible separarlo de aquella idea fija que le dominaba por completo. El comprendia á Dios en tanto que Violante se empeñaba en que lo comprendiera; él adoptaba una nueva religion porque era la de Violante y porque esta le decia que debia aceptarla; él oia con interes, y se puede decir hasta con delicia, todo aquello porque era la voz de Violante la que se lo comunicaba. Por lo demas, ni comprendia toda la estension de las nuevas creencias que

se le imponían, ni su espíritu agitado estaba en situacion de recíbir aquellas lecciones que le parecian encantadoras, en tanto que eran vistas al traves del prisma de su inmensa pasion.

Pero ántes de seguir adelante, tenemos que dar algunos detalles acerca del órden en que iban las canoas para que el lector pueda comprender mejor las escenas que en este capítulo van á continuarse relatando.

Hernan Cortés, Vechichilza, el padre Melgarejo, el Lic. Zuazo y Rodrigo de Paz, ocupaban la primera embarcacion dirigida por hombres muy vigorosos, la cual iba abriendo la marcha.

Seguia á esta la canoa en que iba Doña Catalina Juarez, á la cual acompañaban cosa de unas veinte damas y caballeros, viéndose entre estos últimos á su lado al preferido Diego de Soria.

Atras de esta, que era una gran canoa, iba otra mas pequeña en la cual se encontraban sentados en primera línea Violante y Quecholli, luego Aguilar y despues otras cinco jóvenes amigas de aquella.

Las otras embarcaciones continuaban sin órden alguno, adelantándose ó retrasándose segun la, voluntad de las personas que las dirigian.

En el centro iban las músicas de los españoles y de los indios que se alternaban con sus sonatas.

El golpe de vista que ofrecian todas aquellas canoas siguiéndose unas en pos de otras, por los canales y luego desembocando en el lago, era verdaderamente espléndido. La canoa de Cortés iba vestida de gal detes de vivos colores, ostentando en su popa un

sel de terciopelo encarnado y sobre este dosel se veia un palio de raso blanco sostenido por columnas doradas. Los sillones en que ibañ los concurrentes eran de terciopelo con grandes borlas colgantes y sustentadas sobre gruesos pies de plata.

Las demas embarcaciones estaban vistosamente engalanadas aunque no con tanto lujo, estando llenas de colgaduras, cubiertas con toldos de diversos colores y algunas completamente cubiertas de ramas verdes y de flores.

A este grupo que podemos llamar oficial tenemos que agregar el de los millares de canoas de indios que á distancia iban siguiendo á la comitiva, lo cual venia á dar al espéctaculo un carácter especial como no puede haberse visto otro jamas en el mundo, pues lo que principalmente llamaba la atencion de los españoles era el gusto que tenian los indios para componer sus canoas, la agilidad con que se dejaban arrastrar por estas y los diversos matices de sus vestidos con que sabian engalanarse, y los cuales solian presentar grupos fantásticos de la mas admirable novedad

Las músicas, los gritos, las conversaciones, el golpe de los remos, el aire dando repetidas ondulaciones á las banderas, todo aquel movimiento, todo aquel ruido producido por aquella muchedumbre de canoas llenas de gente, completaban la animacion del cuadro.

Cuando las canoas salieron de los pintorescos canales, sombreados por una cadena de gigantescos árboles ue entrelazaban sus ramas en la cumbre, una ráfaga e viento vino á inflar los toldos y el trueno de la tempestad retumbó á lo lejos; pero como todavia las nu-

bes que causaban aquel rumor estaban ocultas detras de las montañas, la comitiva continuó su paseo sin temor, aventurándose en lo interior de la laguna.

En pocos minutos los picos del Itztlazihuatl y el Popocatepetl por el Oriente y el del Axusco por el Sur, se cubrieron de espesas nubes y estas comenzaron á avanzar como si quisieran encontrarse sobre las cabezas de los escursionistas.

Doña Catalina Juarez, la esposa de Cortés, dirigia de vez en cuando la palabra á Diego de Soria, pero este iba probablemente muy preocupado, porque apenas contestaba á la gobernadora, á tal extremo que en una vez ésta le dijo con enojo:

—¿Pero no me estais escuchando, Don Diego?

Don Diego llevaba la mirada fija en la canoa que les seguia y en aquellos momentos precisamente, el viento la habia impreso un movimiento brusco, teniendo Violante que coger una mano de Quecholli para conservar el equilibrio. Seria de intento ó no, pero ambos jóvenes habian permanecido cogidos de la mano mas tiempo del que habia sido necesario para recobrarse á bordo de labarca la tranquilidad.

Soria tuvo entónces ímpetus de lanzarse como un rayo destructor sobre la cabeza de Quecholli.

—¡Eh¡ Don Diego; volvió á decir de nuevo Doña Catalina; pero en esta vez tuvo que sacudirlo por un hombro; ¿me escuchais ó no? ¿qué es lo que venis viendo con tanta atencion?

—Perdonadme... pero es que yo no puedo sufrir eso.

—¿Qué es lo que decis?

—Nada... ese indio Quecholli.

Doña Catalina prorumpió en una carcajada. Fuera que le parecieran muy ridículos los celos de Don Diego de Soria provocados, segun era sn creencia, por una criatura irracional, fuera porque ella sintiera alguna inclinacion hácia su protegido y aquello la hiiera en lo íntimo del alma, exclamó despues de haberse reido con todas sus ganas:

—Os vais volviendo muy chistoso, señor capitan.

—Os ruego que me perdoneis, Señora....

—Pero á la vez que chistoso, estais tambien descortés con las damas y.... eso nunca gusta.

—¿Os hé ofendido?

—Sí: porque cuando yo hablo no se debe volver la cara á otra parte.

—¿Y no tendreis indulgencia con un pobre hombre como yo, Señora, que ni siquiera piensa en haceros ofensa alguna y que antes bien os ama y os reverencia?

—Os tengo grande estimacion, Don Diego, y por eso os perdono. Pero que no os acontezca más volver la cara, aunque sea para mirar á la doncella de vuestros galanteos, cuando os esté hablando vuestra soberana.....

—Deponed ya vuestro justo enojo, Señora.

—La tarde está fria, hace un aire que quiebra los huesos y esto me pone mala.

—¿Quereis que os cubra con estas pieles?

—Sí.

Doña Catalina se dejó cubrir con indifereucia y Diego de Soria pudo dirigir á hurtadillas otra mirada á la señora de sus pensamientos.

La comitiva siguió vogando por aquellas aguas y las nubes seguieron tambien formando una masa en toda la extension que podia abarcarse con la vista.

Hubo alguno que indicó lo conveniente que seria volverse; á lo cual contestó Cortés:

—Es inútil ahora y de todos modos tendremos que mojarnos. Yo conozco mucho estos lagos y voy á llevaros á donde guareceros.

Apenas se acababan de decir estas palabras cuando la tempestad se desató con toda violencia. Los relámpagos sucedian á los relámpagos, los truenos sucedian á los truenos y con mucha frecuencia Violante tenia que asirse de Quecholli y éste la estrechaba en sus brazos sin pensar siquiera en la tormenta.

La última vez en que Soria dirigió sus miradas de investigacion para aquella canoa los vió en una actitud semejante.

—Primero era la mano y ahora se tienden ya los brazos.... ¿será posible que Violante dé su preferencia á ese indio salvaje?

Y luego el impulso del viento y de la tempestad separó la canoa en que iba Soria de la canoa vecina, como fueron separadas todas al principio en medio de gritos y risotadas de alegria, aunque en otras veces en medio de verdaderas exclamaciones de espanto.

—No temas nada, hermosa mia, dijo Quecholli á Violante, observando que el seno de ésta palpitaba con terror, te juro por nuestro Dios amado que yo te llevaré sana y salva á los hogares en que das á tu padre la dicha.

Ella estrechó la mano del jóven y éste la trajo á su

pecho para protejerla contra los furiosos ímpetus de la tempestad.

La luz comenzaba á estinguirse, la fuerza del viento les impedia volverse, los torrentes de agua que caian les impedia conocer siquiera por que rumbo se encontraban, las canoas en su mayor parte se habian dispersado por el temor de que se rompieran chocando unas con otras, algunas se habían ido ya á pique y la situacion en general no dejaba de ofrecer sérios peligros.

Quecholli con su vista perspicáz habia descubierto á traves de la nutrida lluvia y de los relámpagos, una arboleda próxima y dijo á sus hombres que hácia aquella direccion encaminaran la canoa.

—¡La isla de los misterios! dijo un remero mexicano de otra canoa que tambien habia tocado á tierra. (1)

Violante se estremeció.

Quecholli le preguntó que queria decir aquel nombre estraño.

—Lo ignoro, contestó Violante.

—De todas maneras, aquí debemos ampararnos, y saltando á tierra, se agruparon como pudieron debajo de los árboles mientras pasaba la tempestad.

Quecholli y Violante quedaron casi á solas en medio de unos arbustos que apenas daban asilo á dos personas por su poco follaje, ofreciendo solo la ventaja de un asiento formado por un brazo de árbol.

En este se sentó Violante y Quecholli se puso á sus piés de rodillas.

1 Todavía ahora existe aunque desprovista de vejetacion, por el rumbo de Chalco, la Isla Misteriosa, á la cual hizo una expedicion de grandes trascendencias una comision científica del Club de Caza y Pesca.

Ya la jóven no oponia resistencia alguna á aquellas manifestaciones de amor.

El la dijo, una vez puesto á sus plantas, y estrechando su mano con fuezra:

—Que feliz soy, hermosa Violante! por tí conozco á Dios, por tí vaga mi alma en nuevos horizontes.... por tí tambien he aprendido á amar con mas ternura y con mas resignacion.... ¡Cuánto es lo que te amo!

—Callad! si fueran á oirnos....

—El rumor de la tempestad apaga mis palabras.. yo deseo oir las tuyas.... nunca me has dicho que me amas..... yo lo adivino porque escucho tu voz apasionada.... porque lo leo en tus ojos.... pero no me lo has dicho.

—Si, os amo.... murmuró la jóven al oído de Quecholli.

Este, trastornado, estuvo á punto de desvanecerse y tuvo necesidad de rodear el talle de la jóven con sus brazos para no rodar por el césped.

—Como no he de amaros si sois tan bueno, tan dócil, tan gallardo y tan inteligente! Si, os amo, príncipe.... os amo como vos me amais, con todo el corazon.

Ambos jóvenes se apróximaron incoscientemente haciendo que sus labios se encontraran.

A ese tiempo brilló la luz de un relámpago y se oyó la voz de un hombre que habia visto claramente aquel beso, esclamar:

—¡Maldicion!

CAPITULO XX.

GOLPE INESPERADO.

Habíase al fin retirado la embajada de Michoacan, no sin que los amores de Quecholli y de Violante hubieran dejado de producir algun ruido en aquella pequeña corte.

La misma Doña Catalina que tan amante era de mezclarse en las vidas agenas, fué la que mas contribuyó á que se hiciera grande el escándalo, si escándalo alguno podía haber en el amor silencioso de los dos jóvenes.

Se trataba sin embargo del primer caso que iba á darse de que una española pusiera sus ojos enamorados en los de un indio salvaje.

Eso era al menos lo que se decia en las tertulias de palacio.

—Sortilegio debe ser, esclamaba Doña Maria de Vera, el que ha empleado el indio Quecholli, para así poner una venda en los ojos de nuestra Violante.

—Hechicero debe ser el tal indio, y si no ya verán como Violante en una de estas noches es llevada por las brujas al reino de Mechoacan.

Todos reian á carcajada tendida y solo Doña Catalina Juarez no festejaba estas gracias, preocupada con el interes forzado que se veia obligada á tener en que aquellos amores fueran desvanecidos como un soplo. Diego de Soria, que tenia con ella grandes Intimidades, le habia escrito dos líneas asegurándole que estaba desesperado y que en aquella misma noche debian quedar arreglados sus asuntos.

¿Qué habia pasado entre Doña Catalina y el caballeroDiego de Soria, que así se permitia ser con aquella de imperioso? Indudablemente algo secreto existia entre ambos, pues que Doña Catalina ocultó el billete cautelosa y estuvo el resto del dia desasosegada.

Siguieron llegando los caballeros y la conversacion continuó bajo el tema del dia, que era la embajada del rey de Mechoacan: con ese motivo cada castellano de aquellos tuvo oportunidad de decir alguna agudeza con el tono picante que entónces dominaba. ¿En qué otra cosa habia de emplearse el ingenio y la sátira si no era lanzando burlas contra aquellos desgraciados que tan distantes estaban de la civilizacion europea?

—Figúrome ya al rey Bimbicha, decia el teniente Segura de la Frontera, desde que he conocido á sus embajadores....

—Perdonad, señor de la Frontera, el nombre Bimbicha que dais al rey mechoacano no es el nombre de bautismo.

Todos prorumpieron en una carcajada.

—Es verdad, repuso aquel, no me acordaba que su nombre de pila es Tanguazan.

Todos volvieron á reirse.

—¿Y cómo os lo figurais? le preguntó el licenciado Pero López,

—Me lo figuro muy largo y muy apergaminado, rodeado de enanos y juglares, lo mismo que de las damas de la córte. ¿No sabeis vosotros que S. M. Tanguazan es muy dado á las mujeres?

—¿Seria verdad? preguntó alguno, simplemente para dar motivo á que el otro soltara la lengua.

—Pues uno de los de la comitiva que acaba de partir me aseguró que aquel famoso rey, sin embargo de pasar de los cincuenta años, tiene un serrallo con más de doscientas doncellas.... es decir, con más de doscientas indias, en todas las cuales ha tenido uno ó dos hijos, no obstante que á muchas de ellas no ha logrado verlas todavía.

Las damas se ruborizaron y los caballeros tuvieron que volver el rostro para ocultar la risa.

En ese momento el ugier anunció á Don Diego de Soria.

Todos saludaron con profundas inclinaciones de cabeza al altivo favorito de Doña Catalina, quíen despues de haber dado las buenas noches en general, fué á ocupar el asiento que se le tenia preparado cerca de su soberana.

—Por qué habeis tardado tanto? le preguntó ella viéndole con cierta ternura.

—Teníame de servicio el capitan general, contestó Soria en voz alta.

Esto queria decir que siendo privado de Doña Catalina tenia que serlo tambien de Hernan Cortés. O

más claro, que en unos cuantos dias Soria se presentaba á los españoles que formaban la colonia de México como el personaje mas importante despues del gobernador, á pesar de tener unos cuantos dias de llegado. Era del número de aquellos que con sus *manos limpias*, sin haber pasado trabajos ni haber corrido el menor riesgo, venian á aprovecharse de los beneficios de la conquista.

Esto, como era natural, provocaba odios y sublevaciones interiores que con el tiempo tenian que estallar en forma de luchas intestinas formidables.

Siguieron llegando las damas y los capitanes, los empleados de categoría civiles y militares, las damas más encopetadas y todos cuantos acostumbraban concurrir dos veces por semana á las tertulias de la casa de Don Hernando.

A veces se improvisaba una música con los españoles que sabian tocar un instrumento, á veces se jugaba y se bebia y en otras se jugaban juegos de prendas ó se bailaba el minuet de la corte. Otras, como en esta noche, se conformaban los concurrentes conversando, pues que ya demasiado habian tenido con las fiestas que se dieron con ocasion de que formara una idea del poder español la embajada mechoacana.

Cuando se hubo servido el vino catalan y la conversacion empezó á generalizarse formándose un ruido monótono parecido al golpeo de las olas sobre una cadena de rocas, Diego de Soria se aproximó al oido de Doña Catalina y la dijo con ira mal comprimida:

—Ya lo veis: no ha venido Violante.

Doña Catalina suspiró é hizo cándidamente esta pregunta.

—Para que queriais que viniera?

—Ya os he dicho que la quiero llamar mi esposa.

—De veras lo quereis?

—Y vos me habeis ofrecido ayudarme en esta empresa.

—Os lo he ofrecido, pero casi me arrepiento de ello.

—¡Como! Doña Catalina.... vos?

—Callad ó me comprometeis....

—Perdonad, Señora; pero yo no puedo consentir en que vos falteis á vuestra palabra.

—Palabra que vos me habeis arrancado en un momento de despecho.

—Sea como querais, me la habeis dado.

—Y la cumpliré.... solo que quiero me dejeis deciros que me siento con impulsos de retirarla.

—Es ya un punto de honor para mi vencer los rigores de la hermosa Violante.

—Me asesinais, Don Diego.

—Olvidad aquellas cosas: considerad el lugar en que estámos, el elevado sitio que ocupais, el peligro que corremos ambos si la mas puequeña indiscrecion....

—Se que nos ahorcarian, y sin embargo, Don Diego....

—Que quereis decir?

—Que yo lo daria todo por no veros casado.....

—Con Violante?

—Con ninguna muger.

—Pensad, Señora.......

—Solo pienso en aquella dichosa isla de Cuba...

Soria comprendió que Doña Catalina de propósito habia dejado pasar la mano cuando empinaron los li-

cores espirituosos de aquella noche con el fin de estar impertinente; pero él sin querer quitar el dedo del renglon, le dijo con toda brusquedad:

—Ofrecedme que pronto se realizará mi union con Violante Rodriguez, ofrecédmelo, porque de lo contrario......

—De lo contrario que?

—De lo contrario os ofrezco yo que me marcharé luego á la primer conquista que se presente para hacerme matar por los indios.

Doña Catalina cambió de color y dijo procurando hablar con aplomo.

—Ya os he dicho que voy á ayudaros.

—Pero yo quiero que sea muy pronto.

—Estais aun celoso del indio Quecholli?

—Que quereis? yo mismo he presenciado que Violante no se mostraba agena á sus galanteos.

—Ha llegado á haber esplicaciones entre ellos?

—No lo creo.

—Pues entonces......

—Sin esplicarse, ella por seguir sus inclinaciones novelescas y él impulsado hasta la locura por la belleza de Violante....

—¿Qué?

—Quien sabe?...... Tal vez se han estrechado la mano....tal vez se han dirigido cántigas de amor.

—Todos los cortesanos sáben de memoria las endechas que le cantaba el príncipe indio todas las noches á Violante.

—Pues todo eso me hacé insistir en este matrimonio.

—¿No os asusta, Don Diego, saber de antemano

que Violante no os ama y que ántes es muy fácil creer que está enamorada de otro?

—Nada me asusta, Doña Catalina, lo que yo quiero, os lo diré con franqueza, es estar casado con cualquier dama de la córte para poder llegarme hasta vos sin desconfianza. Me habeis obligado á haceros esta confesion y.... me la perdonareis.

Doña Catalina se puso encarnada y contestó con voz temblorosa.

—Gracias.... Ahora solo falta preguntaros una cosa: ¿no os seria indiferente casaros con cualquiera otra doncella?

—No.

—Por qué?

—Porque encuéntrase ya mi amor propio empeñado. Toda la córte sabe que el indio Quecholliy y yo somos rivales.

—Como?

—Si; porque yo me he dirigido públicamente á Doña Violante.

—La habeis requebrado de amores?

—La he significado que haria todo lo posible por alcanzar su mano.

—Creo comprender todos vuestros designios.

—Feliz seré, Señora, si me habeis comprendido sin necesidad de que yo os haga peligrosas esplicaciones, que siempre podrian ser oidas por algun indiscreto.

—Por algun envidioso, querreis decir.

—Sea.

—Porque ni vos ni yo somos bien queridos por toda esta gente.

—Ya sé que nos envidian, á vos por vuestra alta posicion y á mi por el favor que me otorgais.

—Y que he empezado á hacer que os lo otorgue tambien mi marido.

—Pero ellos podrán conseguir que lo que me otorgue uno ú otro dia sea la horca.

—Tened confianza ciega en mi.

—¡Ah! si no la tuviera, nunca me hubiera arriesgado á venir á este real.

—¿Cuándo quereis que se haga el desposorio? preguntó bruscamente Doña Catalina.

—Cuando vos querais; pero si es que consultais mi impaciencia, que sea mañana mismo.

—¿Os parece que sea dentro de quince dias?

—Me place: solo que en estos quince dias será necesario que vos y yo tengamos mucho cuidado de no dejarnos coger en una celada.

—¿De quién la temeis?

—De todos y especialmente de vuestro marido.

—¿De Don Hernando?

—Muchos hay que por congraciarse con el gobernador y por alcanzar sus dones y beneficios, son capaces de inducirle contra nosotros.

—¿Atentaria él contra su esposa?

—Os aconsejo que no cerreis del todo los ojos cuando os acosteis.

—¡Vaya! dijo Doña Catalina sonriendo, bien veo que á pesar de estar cercana vuestra boda siempre me conservais alguna estimacion.

—¡Oh! mucha, Señora, mucha. Bien sabeis que si no

soy mas espresivo en mis demostraciones es porque me estorba mucho la inmensa altura en que estais colocada.

—Y á la que yo os haré llegar algun dia.

—¡Oh Catalina!

—¡Callad! Entra ahora Don Hernando seguido de sus gentes.

En efecto apareció en la puerta del salon el conquistador seguido del padre Melgarejo, del Lic. Zuazo, de Rodrigo de Paz y de seis ó siete mas á quienes se consideraba como sus inseparables.

Se fué en derechura á Doña Catalina á la cual besó la mano respetuosamente, dirigió algunas frases á las damas, estrechó la mano de algunos caballeros y en seguida tomó asiento á la derecha de su esposa.

—Supóngome, dijo á Diego de Soria, que habreis tratado de tener camplacida á la gobernadora mientras yo llegaba.

—Señor, pronunció Soria con acento humilde, he estado pidiendo una gracia que acabo de alcanzar de mi alta soberana.

—¿Cuál es? preguntó Cortés desentendiéndose de aquellos sonantes títulos dados á su mujer.

Esta, se apresuró á intervenir:

—Figuraos la idea que se le ha metido á Don Diego en la cabeza; quiere que lo casemos mañana mismo.

—¿Y con quién? preguntó el conquistador.

—Con Doña Violante Rodriguez.

—Hermosa dama! esclamó Cortés algo picado, pues que desde que habia apadrinado acompañado de ella el casamiento de Pedro Gallego la habia cobrado gran-

de aficion, y aun mas de una vez habia pensado ya poner en planta ciertos proyectos.

—¿Aprobais? preguntó Diego de Soria, observando la nube que pasaba por el semblante de Cortés.

—Consultarélo con su padre que ha entrado á esta sala con mi acompañamiento.

—Tal vez no fuera conveniente....

—Perdonad, dijo entónces Doña Catalina, yo he ofrecido á Don Diego que dentro de quince dias será la boda.

—Una semana mas ó una semana menos importa poco. Llegará el dia de que se haga la boda que es lo que conviene segun las cédulas que he puesto en vigor y lo que manda nuestra santa religion.

—Amen, dijo por lo bajo Diego de Soria.

—Ahora que venga por aquí Don Pedro Rodriguez.

La voz de Cortés fué escuchada y mas de cuatro de sus oficiales se apresuraron á hablar al viejo capitan Pero Rodriguez que permanecia en un apartado rincon de la sala departiendo con Aguilar.

—Venid.

—Os habla Don Hernando.

—Nuestro capitan os necesita.

—Os llama el gobernador.

Todo esto y algo mas le dijeron á Pedro Rodriguez, y él, mas aturdido que medroso, se apresuró á comparecer ante su gefe.

—¿Podreisme decir, le preguntó Cortés, por qué no habeis traido con vos á Violante?

—Violante está enferma, Señor, contestó el anciano.

—¡Enferma! esclamó Soria perdiendo el color.

Doña Catalina lo reparó y le dijo muy quedo:

—Esa enfermedad no impedirá el matrimonio.

—Siento mucho que no se encuentre aquí, añadió el conquistador, queria hacerla sabedora de una buena nueva.

—Si quereis que un humilde criado vuestro sea portador de esa nueva.

—Decidle que su mano me ha sido pedida.

—Su mano?.... ¿á vos? preguntó el viejo perdiendo su aplomo.

—Sí, ahora yo soy aquí el padre de todos.

—Teneis razon.... ¿y quién es él....?

—Aquí lo teneis: es el invicto capitan Don Diego de Soria.

—¡Ah! vos.... Don Diego, sois.... el que.. pretende honrarme.....

—Dispensadme si antes no me dirigí á vos, amigo Pedro Rodriguez, pero bien sabeis que se necesitaba primero el permiso de nuestro gobernador y el de su augusta esposa.

Al poco rato llegó el viejo sollozando casi á la habitacion de su hija que hacia poco le habia comunicado su pasion por Quecholli, á la cual dijo:

—Hernan Cortés me ha camunicado que quiere casarte, hija mia.

—¿Con quién?

—Con Diego de Soria.

—¡Dios mio! gritó Violante con voz que nada tenia de humana, y cayó desmayada.

CAPITULO XXI.

Nubarrones.

La velada terminó aquella noche sin que hubiera habido otra novedad.

Solo cuando se iban ya á acostar los gobernadores dijo Doña Catalina á Cortés con cierto tono lleno de acritud:

—Parecióme haberos visto que os demudábais cuando se habló del casamiento de esa muñeca....

—De quién me hablais?

—De Violante Rodriguez.

—Siempre andais con estos incovenientes, Catalina y tengo que decíros una cosa, muy formalmente.

—¿Cual?

—Que ya me vais colmando la paciencia!

—¿Eso decis á vuestra esposa.... á la capitana de este Real?

—Eso digo á vos, Doña Catalina, porque en realidad desde que habeis venido os habeis mostrado como nunca os habia conocido de impertinente.

—Es que antes no me habiais dado motivo de celos.

—Ni ahora tampoco.

—Ahora sí: vuestros amores públicos han sido los de Marina; vuestros amores privados son los de Violante.

—Os engañais: jamas he dicho á esa jóven una sola frase de amor.

—Y ha sido vuestra compañera cuando servísteis de padrinos á la hija de Mactezuma.

—Es la verdad: fué la que encantré mas hermosa, mas elegante y mas inteligente entre las pocas mujeres que teniamos.

—¿Por qué no os acompañó Doña Marina en esa ceremonia?

—Porque ella se negó completamente.

—¡Ah! ¿luego la invitásteis? preguntó Doña Catalina con voz alterada.

—Naturalmente: ¿no considerais que lo mas importante en esta conquista es asegurar, imponer, engarchar á los indios á las ceremonias religiosas?

—¿Y qué?

—Que mucho importaba que fueran indias de pura raza las que aparecieran en los principales casamientos.

—¡Pero decis que Marina no quiso prestarse á hacer el papel que le imponiais!

—Digoos, y es la verdad, que Marina se rehusó á ser madrina de Doña Isabel.

—Estaria de ella celosa.

—Al contrario! son muy amigas una de la otra.

—Pues entónces......

—Aconsejóme la misma Marina que Violante fuera mi compañera.

—¡Já! ¡Já! ¡já! con eso me quereis demostrar que la india no es celosa.

—Os repito que Violante es una jóven honesta, y muy respetada entre nosotros.

—Para vosotros, y especialmente para vos, no hay honestidades ni respetos.

—Estais equivocada, Catalina.

—Pues está allí el ejemplo que vos habeis puesto: sustituir á vuestra esposa con una india hedionda y detestable.

—Reportáos, Catalina, si no quereis que yo tambien os falte al respeto.

—¿Me amenazais con pegarme Don Hernando?

—De tal modo me provocais y de tal manera haceis arder la sangre en mis venas con esas palabras, qne no parece sino que víboras salen de vuestros labios....

—Siempre me estais insultando......

—Yo no sé si en adelante podré seguirme conteniendo.... Provocaisme tanto....!

—Pues si, os lo repito, aunque me asesineis: la india Marina es una salvaje ordinaria, que no debia haber reemplazado nunca á vuestra esposa, que será lo desagradable que vos gusteis, pero que siempre vale muchísimo más que esa bestia de estas selvas.

—Vos dejais de valer mucho desde que sois ta poco noble, tan poco generosa y tan poco discreta.

—¡Ah! entónces Marina....

—Creo que profanais ése nombre poniéndolo en vuestros labios.

—¿Qué habeis dicho?

—Si lo oisteis, á qué repetirlo? Si no lo oisteis, á qué empeñarme en provocar estas riñas que van tomando el carácter de diarios escándalos?

—¿Parece que no quereis que nombre á vuestra manceba?

—No provoqueis al leon, Catalina.

—Pues no habeis dicho otra vez que yo soy la pantera?

—Sois una mujer que siempre me estais causando disgustos.

—Y acaso soy yo feliz con todo lo que vos me haceis?

—Yo no os hago nada.

—¿Qué os pareceria, si imitando vuestra pérfida conducta, tomara yo un amante?

—En caso de que yo fuera celoso como vos, bastante tendria que reclamaros la intimidad que traeis con Diego de Soria.

—¿Qué es lo que decis? exclamó Catalina desconcertada.

—Que si yo diera crédito á las hablillas y si me preocupara con esas cosas de amoríos, mañana mismo mandaba descuartizar á Diego de Soria, mientras que á su cómplice la hacia embarcar para las Islas.

Era fácil conocer que estas palabras hicieron hon-
-. impresion en Doña Catalina, y guardó silencio por
gunos segundos dejando caer la cabeza sobre su
ultado pecho.

Hasta aquel momento Doña Catalina habia permanecido sentada al borde del lecho, mientras que Cortés estaba de pié con los brazos cruzados á dos varas de distancia. Llevaba este un hermoso vestido azul, oscuro de terciopelo con franjas de oro, entre cuyos pliegues aparecia brillante y ornado con diamantes el puño de oro de su preciosa daga.

El pequeño sombrero estaba inclinado sobre las cejas y la pluma sombreaba una parte de su quemado semblante. En aquella imponente actitud en que se encontraba Cortés cuando acababa de pronunciar con voz solemne aquellas aterrorizadoras palabras, parecia un rey imponiendo sobre sus súbditos una voluntad soberana.

Doña Catalina estaba vestida de raso blanco, siendo los ahuevados que bajaban por la enagua del vestido de terciopelo verde oscuro.

En su tocado habia algunas hermosas plumas y sobre su pecho brillaba una cruz de diamantes.

El aposento estaba iluminado por cuatro bujias que venian á reflejar su luz directamente sobre el airado rostro de Doña Catalina.

—¿Y cuando pensais desterrarme de vuestros Estados? preguntó despues de un momento de silencio.

—Tan pronto, Señora, como vos continueis haciendoos intolerable con vuestra conducta.

—¿Y creeis tan fácil echarme de vuestro palacio, de vuestro lecho, de vuestros dominios?

—Cuando vos llegáreis á ponerme en ---chez, será obra de pensarlo y hacerlo.

Dª MARINA.

Antes que el escándalo, prefiero mataros...... Dª Catalina, si no os callais vais á obligarme á poneros una mordaza, y si todavia insistis... ¡por Dios vivo ! os juro sepultarmi daga en las entrañas.

—¿De suerte que ya no hay sobre vos ninguna justicia, ni ningun poder?

—Aquì en esta tierra, Doña Catalina, bien lo sabeis, yo soy el único soberano.

—¿Y no temeis á las excomuniones que os habian de enviar los frailes que dirigen la iglesia?

—Los frailes no alzan el pié ni la mano si yo no se los mando. Vais á hacerme reir si me amenazais á mí con las excomuniones.

—¿No creeis que os alcancen aqui las órdenes y mandatos de los soberanos de España?

—No.

—Que es es lo que osais decir?

—Que los soberanos de España estan ahora muy entretenidos en sus asuntos para venir á ocuparse de los nuestros.

—Ellos se ocuparian si osarais repudiar á vuestra esposa.

—Repitoos que no se ocuparian de una muger como vos.

—¿Como yo? ¿que me quereis decir con eso?

—Lo que deciros quiero es, que ni las personas que tengan valimiento en la córte se harán oir ahora del emperador.

—Pues yo os juro......

—No jureis......es inútil

—¿Entónces tengo que ser esclava vuestra?

—Doña Catalina, escuchad esto que voy á deciros: nada tendreis que temer ni que sentir de mi miéntras no me busqueis. ¡Ay de vos el dia en que colmeis la medida de las importunidades!

—Oidme bien lo que voy á contestaros, Don Hernando: ninguna queja tendreis de mi mientras seais amante y obsequioso con la que es vuestra muger ante Dios y ante los hombres. ¡Ay de vos el dia en que os empeñeis en reducirme con amenazas y malos tratamientos!

—¿Que hareis?

—Olvidar toda consecuencia, hacer de nuestro matrimonio el infierno y traer despues sobre nosotros el escándalo.

—¡Pesiami! que ya lo habeis traido mas de lo que os figurais.

—Yo?

—Vos. Esta mañana sin ir mas léjos he sorprendido una conversacion entre dos hidalgos.

—¿Y que era lo que vuestros hidalgos decian?

—Esto: uno preguntaba al otro: ¿conoceis vos á Doña Catalina, la esposa del gran conquistador? Si la conozco, contestó el otro, ¿quien no tiene aquí noticias de esa mujer?—Sabeis ya lo que las lenguas murmuran acerca de ella?—Dícese que tiene un amante y que á mas de eso observa un trato duro con el capitan, recordando sin duda los tiempos de su oscuridad.....

—¡Basta! esclamó Doña Catalina levantándose como herida por un rayo.

Nada le causaba tan hondo disgusto como que se le recordara la condicion humilde de donde la h... sacado Cortés.

—Pues no os digo la mitad de lo que se cu...

—Si para injuriarme solo habeis entrado á mi alcoba, ¡salid de aquí!

—Yo saldré despues de haberos puesto al tanto de todas mis intenciones.

—Ya no quiero escucharos.

—A pesar vuestro me escuchareis.

—Os digo que salgaís de aquí, Don. Hernando.

—Mi sola voluntad es quedarme.

—Me obligareis á dar voces.

—Y me obligareis á mi á cerraros la boca

—Inaguantable va siendo vuestro comportamiento.

—Y el vuestro? ¿Quién ha provocado esta querella? ¿Quien provoca las que tienen lugar casi todos los dias y que se van haciendo ya públicas entre los españoles y aun entre los indios?

—Señor, estais abusando de mi debilidad.

—Yo no abuso de nada, lo único que hago es pediros permiso para usar mis derechos de esposo y de soberano.

—Pues que quereis?

—Amonestaros por última vez......

—Estoy cansada de vuestras amonestaciones.

—Os tengo que repetir lo mismo que varias veces os he prevenido: en esta pequeña corte en que faltan asuntos á la mordacidad, es necesario vivir con sobrada cautela. Doña Catallna, habeis dado ya mucho lugar á que nuestros nombres anden en lenguas, y libreos Dios de que llegue el dia en que por vuestra causa seamos despreciados.

—Siempre amenazándome! exclamó Doña Catali-

na con un gesto iracundo que á otro que no fuera Cortés hubiera infundido terror.

Entonces trató de abrirse paso con intencion de lanzarse á otro aposento.

D. Hernando conoció la intencion y tomándola por los brazos y obligándola otra vez á sentarse en su lecho la dijo con voz imperiosa:

—Quedaos allí!

Doña Catalina se quedó al principio como anonadada y luego con acento terrible, dijo:

—Usais de la violencia!

—Sí.

—¡A mí!.... ¡favor! gritó Doña Catalina procurando levantarse.

Cortés volvió á dominarla con sus dos manos de los brazos, cogiéndola como si fuera con tenazas de hierro y en seguída llevó su pañuelo de seda á la boca de su mujer, diciéndola de manera que no habia lugar á duda:

—Antes que el escándalo prefiero mataros.... Doña Catalina, si no os callais, vais á obligarme á poneros una mordaza, y si todavia insistís, por ¡Dios vivo! os juro sepultaros mi daga en las entrañas.

Ante el aire y el tono del conquístador, Doña Catalina no solo guardó silencio sino que se puso lívida y empezó á temblar.

Cortés la dijo entonces:

—De esta noche depende todo nuestro porvenir, Doña Catalina. O volveis á ser la muger cariñosa de otros tiempos y entónces tendreis en mí á un hidalgo dispuesto á hacer todos los sacrificios que hayan que

hacerse por su dama, ó.... dejo de ser vuestro marido para convertirme en vuestro verdugo. ¡Escoged!

—Ya lo sois, puesto que me tratais peor que los salvajes de estas tierras tratan á sus mujeres.

Doña Catalina no pudo, por mas que hizo, despues de tantas emociones contener uu torrente de lágrimas y empezó á sollozar de un modo estrepitoso.

Si Cortés se alarmó antes por los gritos de su mujer, ahora no se alarmaba menos por aquel modo de llorar que podia oirse en la pieza inmediata. Doña Catalina pues, lo que queria era el escándalo á todo trance.

Cortés comprendió que no habia otro recurso que ceder y fingiéndose conmovido se dejó caer á los piés de Catalina diciéndola con voz que queria ser muy tierna.

—Perdonadme.... yo nunca pensé que pudiera ocasionar vuestras lágrimas.

Doña Catalina separó el pañuelo de los ojos para observar el semblante de Cortés y como persona contrariada en sus designios.

Entónces y mientras podia calcular si aquella actitud era sincera, agregó siempre llorando:

—Ya no sois mi amante esposo.... sois mi tirano.

—Catalina, por piedad......

—Desde que esa pérfida india os ha enhechizado....

Cortés, sin embargo, no podia permitir que Doña Catalina dirigiera tan frecuentes y rudos ataques á aquella mujer, á quien debia no solo los consejos sino las horas mas felices que habia tenido en su vida, y la dijo en tono de ruego:

—Haced á un lado esos celos..... que no tienen fundamento alguno, y menos ahora, os lo aseguro bajo mi fé de caballero.... os pido como el mas grande de vuestros favores que no pronuncieis ese nombre....

—¡Siempre la amais! suspiró Doña Catalina.

—Serán pues los celos los que tienen loca á esta mujer, pensó Cortés.

Luego agregó en voz alta:

—Os juro que ya no existe nada de comun entre ambos.

—¿La habeis abandonado? ¿habeis pagado con perfidia esos favores que tanto decantais?

—Es ella quien ha dejado la hospitalidad española cuando supo que veniais.... sin duda para no ofender vuestras susceptilidades.

—¿De suerte que es verdad que ha estado viviendo bajo el mismo techo de vuestros palacios?.....

—Era mi intérpre, era mi secretaria, era mi guia, era mi consejera, y tenia por deber que acompañarme á todas partes.

—Pero últimamente....

—Ultimamente tambien me ha salvado la vida dos veces. Una cuando el tesorero Alderete habia desenvainado su daga para herirme en el corazon, y otra cuando se me pusieron las mil celadas que sabeis en el camino de aquí á Villa Rica por órden de vuestro amigo y protector Don Diego de Velazquez el adelantado de Cuba.

—No me agrada que esteis así, murmuró Doña Catalina, indicando á Cortés que no debia permanecer de rodillas.

—Otorgadme vuestro perdon y me incorporaré.

—Os perdono, Don Hernando: soy mujer, soy generosa.... soy la dama mas alta de estas tierras y debo tener una alma mas levantada que todas juutas. ¡Venid á mis brazos!

—¡Oh Catalina!

Los dos se abrazaron: ella siguió derramando abundantes lágrimas reclinada en el pecho de Cortés.

Despues que hubo pasado un momento, dijo ella con voz que prccuró hacer dulce:

—Perdonadme vos tambien, mi amado Don Hernando, os amo con todo mi corazon...... estoy celosa.... estoy enferma...... yo no sé que es lo que tengo que aún siento mi juicio estraviado.... otorgadme vuestro perdon, os lo suplico de rodillas.

Y quiso positivamente caer de rodillas, pero su esposo estuvo listo para no permitírselo.

Ella seguia sollozando muy emocionada y lanzando tétricos suspiros.

Cortés acercó sus lábios á la frente de Catalina y la dijo con risible emocion:

—Estais perdonada.... sí, os perdono de veras á pesar del mucho mal que me habeis hecho causándome en esta noche al sufrimiento mas acerbo de mi vida.

En seguida para no dar lugar á nuevas discusiones, agregó prontamente:

—Dormid bien, que yo tengo necesidad de ir á dis poner que salgan las rondas,

—Me dejais?

—Pero vuelvo muy pronto.

Lo que el conquistador se proponia con esto, fácilmente se comprende: queria acabar de deslumbrar al embajador, y que las primeras impresiones que tuviera el rey Tanguazan fueran para subyugarle por completo.

Apenas acababa de dejar el rey su capital, Tzinzonza, con un rico acompañamiento de tropas y sacerdotes, cuando se le presentó un mensajero de Vechichilza anunciándole que aquel venia ya en camino, y que llegaria al dia siguiente.

—¿Estás seguro de que viene ya mi querido hermano? preguntó Tanguazan lleno aun de vacilaciones.

—Viene, majestad, contestó el emisario inclinándodose hasta tocar el piso con las manos.

Entonces el rey ordenó que la comitiva siguiera adelante. Ésta, como hemos dicho antes, era numerosa y brillante, yendo de más á más prevenida con víveres y todo lo necesario para una larga expedicion.

El gobierno del reino habia quedado encomendado á un consejo de sumos sacerdotes, dispuestos á hacer la felicidad de sus súbditos por todo el tiempo, poco ó mucho, que durara la ausencia del soberano.

Al dia siguiente tuvieron su feliz encuentro las dos comitivas sobre una planicie sembrada de árboles, en la cual se veian varias cabañas diseminadas, pertenecientes á los pacíficos labradores que cultivaban aquellos campos.

Si bien la campiña tenia en lo general el aspecto salvaje de las selvas americanas, en aquel lugar

veíanse aquí y allá grandes cuadros de terrenos perfectamente cultivados que indicaban la laboriosidad de aquellos moradores.

A la noticia de la llegada del rey Tanguazan todos habian salido á rendirle homenaje cargados de dádivas que consistian en frutas, semillas y flores, que daba en abundancia aquella feracísima tierra.

Ambos hermanos descendieron de sus literas, se abrazaron y en seguida pidieron alojamiento en la mas próxima cabaña.

Allí tomaron asiento sobre bancos de mimbre, y cerca de una mesita en la cual debia servírseles próximamente un apetitoso almuerzo.

—Y bien, dijo el rey no pudiendo dar tregua á sus inquietudes ¿qué hacías?

—El Malinche no me dejaba regresar.

—¿Cómo te recibió?

—Con toda la pompa de un soberano.

—¿Te preguntó por mí?

—Tomó muchos informes sobre tu persona y sobre tu reino.

—Cuenta, cuenta.

—Necesitaria toda la elocuencia de los dioses para referirte las maravillas que me ha enseñado, todo lo que tienen los blancos de sobrenatural en armas, en idioma, en tropas, en telas, en comodidades, en todo, en todo.

El rey daba señales de no caber en su asiento, y como si le pareciera que su hermano iba lento en su relacion, le dijo apresuradamente.

—Dímelo todo.

—Como la gran ciudad de los aztecas está reparándose por haber quedado destruida en la guerra.....

—Desaparecieron los templos y palacios?

—Quedando en su lugar montones de ruinas.

—Castigo merecido á esos orgullosos...... Prosigue.

——El Malinche está habitando en en otra pequeña corte llamada Coyoacan, que fué á donde tuvimos que ir á buscarle.

—¿Se sorprendió con tu llegada?

—Ya tenia aviso de ella, y mandó que me salieran á recibir algunos esforzados guerreros llenos de brillantes atavíos.

—¡Quién hubiera visto eso!

—Luego que llegamos á la plaza principal, se dejó oir un estrépito espantoso, muy parecido ai trueno de las tempestades.

—¿Y qué era?

—El ruido de las armas....

—¡Ah si! Luego es verdad que las armas de los españoles vomitan fuego y producen detonaciones que aturden.

—Todo lo que nos han contado está muy léjos de la realiead. Por mas que los he visto y vuelto á mirar me parece que los blancos no son hombres, sino seres sobrenaturales descendidos del cielo.

—Entónces la profesia azteca....

—Se ha cumplido en todas sus partes.

—Continúa.

—El ruido que hicieron aquellas armas al desembocar nosotros á la plaza, fué súbito y mas imponente que el rayo. Todos los de mi comitiva cayeron azorados á tierra cubriéndose los oídos con las manos, sobrecojidos de espanto. No podian darse cuenta de lo que aquello significaba, hasta que los blancos nos explicaron que era un simple disparo de sus armas, que no contenia la materias que produce la muerte, y con esto me tranquilicé y procuré tranquilizar á los mios.

—¿Entónces esas armas son enteramente iguales al rayo que despiden las mugientes nubes: que unas veces mata, otras veces brilla y produce estrépito sin causar daño?

—Así son, hermano, aunque despues pude ver con espacio esas armas que llaman cañones y de ellas te traigo algunas copias. Parecen la cosa mas fácil despues que se han visto.

—¿No crees tú que la fuerza sobrenatural de los dioses intervenga en ellas?

—Indudablemente los dioses son los que se las han inspirado, pero nosotros podriamos hacerlas lo mismo si contáramos con las materias de que se componen.

—Y viste en seguida al Malinche?

—Salió á recibirme en la puerta de su cabaña.

—¿Como es?

—Es blanco, es barbado, no es grande de cuerpo, pero se le ve firme y derecho como la encina, tiene la frente despejada, levantado hácia atras el cabello y fija unas miradas llenas de fuego que á todos hace bajar los ojos.

—¿Le tocaste, te tocó él?

—Al verle doblé las rodlllas para adorarle..........
fué un acto involuntario en mi........me pareció descubrir en su semblante toda la magestad de los dioses más desconocidos para nosotros; pero él me dió prontamente la mano y me atrajo á sus brazos.

—¿A sus brazos? gritó el rey abriendo desmesuradamente los ojos, ¿quiere esto decir que te ha abrazado?

—Si, majestad....

—A tí, á tí mismo?

—Lo mismo que á Quecholli y á los principales nobles que fueron conmigo.

El redondo rey Tanguazan dejó el asiento y salió á la puerta á fin de dar algunas órdenes de marcha. Luego volviendo á donde estaba su hermano le dijo:

—Tú irás á nuestra capital para encargarte junto con los sacerdotes, de gobernar el reino: yo quiero conocer al Malinche.

—¿Tú vas á la gran Tenochtitlan?

—Hoy mismo continúo la marcha.

—Pero....

—Quiero ver todas esas cosas....

—Y sin embargo, no acabo de contarte todavia las demas cosas.

—¿Para qué? puesto que pronto voy á verlo todo por mis propios ojos.

Despues de un rato de silencio agregó:

—¿En dónde te dió alojamiento el Malinche?

—En su propio palacio.

El rey estuvo próximo á desvanecerse.

—El, preguntó con la mirada estraviada, él te alojó en su palacio?

—Lo mismo que á Quecholli y demas personas de importancia.

—¿Y le dijiste que eras hermano mio y que eras un simple embajador?

—Todo eso se lo dije en nuestra primera entrevista delante de su córte.

—¡Cuéntame como es su corte!

—Los hombres están vestidos con telas que deslumbran y con metales que brillan tanto como el sol. Los colores de sus trages no son tan vivos como los de nuestros plumages, pero los realzan algunos adornos que necesitan verse porque no pueden describirse ni pintarse. Las hembras tienen ojos lánguidos, frente ancha, pecho blanco y levantado, manos pequeñas y suaves, lábios rojos, piés cubiertos con telas que los hermosean, brazos desnudos, redondos y cautivadores, voz semejante á la del zenzontle y un talle aprisionado por un tilmati, que no deben tenerlo lo mismo las diosas que habitan en el espacio de los cielos ó en los bosques de las montañas.

—¿Dices que son tan bellas las mugeres?

—A nada puede compararseles: Quecholli nuestro sobrino, viene locamente enamorado de una blanca llamada Violante Rodriguez.

—¿Como dices?

—Violante Rodriguez.

—El nombre me parece estraño.

—Ella es mas hermosa que todo cuanto existe.

—¡Oh! ¡oh! Esto aviva mas mi deseo de conocer á esas gentes que han venido de la otra parte del gran lago. ¿Qué hablaste con el Malinche con respecto á mi?

—Le dije que eras el mas poderoso Señor de esta comarca, despues de Moctezuma, pues que tus dominios se estendian hasta las aguas que ellos llaman mares y el número de tus súbditos era incontable.

—Y que dijo?

—Le llenó de júbilo el saber que tus posesiones llegan hasta unas aguas para ellos desconocidas y lo primero que me dijo fué que te pidiera el permiso para mandar á un número de sus soldados á reconocerlas.

—¿Que hacen ellos para dominar esas aguas turbulentas?

—Tienen unas grandes canoas que llaman bergantines, en las cuales pueden caber hasta doscientas y trescientas personas.

—Son las mismas que emplearon para vencer á Guatimozin?

—Las mismas que yo he visto en los lagos, pero ellos tienen otras canoas mas grandes en el puerto de Villa Rica, en donde traen sus cañones y sus soldados, logrando con ellas atravesar distancias que no se pueden medir ni con el pensamiento.

—¿Será cierto que hay otros pueblos mas allá de los mares?

—Ellos me han enseñado unos dibujos que llaman mapas, con los cuales pretenden demostrar que hay naciones muy poderosas, y tantas cuantas no se pue-

den contener en la memoria de ningun hombre, pero que el rey mas grande y mas temido es el qué gobierna el país de estos extrangeros.

—Bien quisiera yo ver eso.

—Y yo tambien.

—Prosigue, hermano mio, prosigue contándome todas esas maravillas.

—Quien sabe todo eso, que yo no he podido aprender, y aun un poco del idioma de esos blancos, es nuestro sobrino Quecholli, pues él se pasaba los dias y las noches al lado de esa blanca jóven y ambos estaban hablando sin descanso.

El rey se levantó y dijo que le llamaran á Quecholli:

El jóven apareció al momento.

—Me dice tu tio, esclamó S. M. Tanguazan que tu vienes enamorado de una blanca bellísima.

—Las dos cosas son ciertas, magestad, dijo el sobrino haciendo las reverencias acostumbradas.

—¿Que muchas horas pasabas á su lado?

—Todas cuantas ella quiso permitirme.

—Que ambos hablaban y se entendian?

—Es verdad.

—¿En que idioma?

—Ella me enseñó muchas frases de su lengua y yo la hablaba en el mexicano que casi lo comprende.

—¿Puedes hablar como los blancos?

—Todo lo que Violante me enseñó á decir.

—¿Te enseñó como es su religion?

Quecholli cambió una mirada con su tio Vechichil-

za temiendo que le hubiese denunciado. Este lo comprendió y le hizo seña de que podia estar tranquilo.

—Fué en sus creencias en lo que tomó mas á su cargo instruirme ayudada de un sacerdote cristiano.

—Explícame todo lo que puedas sobre ese punto.

Quecholli hizo suscintamente, pero con elocuencia suma, una descripcion de las creencias católicas, segun se le habian podido dar á conocer y en la forma en que él pudo entenderlas.

Tanguazan despues de escuchar tantas maravillas inclinó la cabeza y se quedó meditabundo. Despues de un momento preguntó:

—¿Y todas esas miles y miles de gentes que viven formando naciones al otro lado de los mares creen en ese mismo Dios?

—Todas esas naciones han podido averiguar de un modo cierto que el Dios que adoran los cristianos es el Dios verdadero.

—¿Y nuestros Dioses?

—A nuestros Dioses les llaman ídolos asquerosos y sangrientos.

El rey se estremeció lleno de supersticiones y dijo:

—Calla!

—Desde que veo que el Dios de los blancos es tan grande, murmuró Quecholli con vóz tan serena como segura, nuestras divinidades no me causan mas que lástima.

—Por qué?

—Porque me parecen feas y ridículas.

—Calla! volvió á decir el rey casi temblando.

Habian servido el almuerzo y habia permitido el rey Tanguazan para no estar solo, que comieran con él Vechichilza y Quecholli.

Durante el poco tiempo que duró aquel frugal almuerzo compuesto de unas cuantas viandas campestres, el rey estuvo muy preocupado dirigiendo preguntas á uno y otro de los que estaban á su lado.

Lo que mas le interesaba era lo que mas habia huido de preguntar: ¿seria súbdito ó aliado de Hernan Cortés? ¿Que habia arreglado su hermano el embajador sobre este punto?

Pero lo principal estaba adelantado: que era saber que podia irse á la corte de Cortés y regresar impunemente: ¿para qué servía tomar otros informes de su hermano si él mismo iba á tener tiempo de fijar su situacion con el conquistador?

—Te vienes conmigo á México, dijo á su sobrino Quecholli levantándose de la mesa.

—Yo? preguntó el sobrino trastornado de alegria.

En seguida, sin contenerle la majestad del rey, no pudo resistirse al gusto de dar un abrazo á su tio.

Ambas comitivas se pusieron media hora despues en comino en sentido opuesto. Vechichilza para Tzinzonza. Tanguazan y Quecholli para México.

CAPÍTULO XXIII

¡Tigre!

Doña Catalina habia ofrecido á Diego de Soria toda su proteccion, á fin de que tuviera lugar cuanto antes su proyectado enlace, y ya no pensó mas que en cumplirle su palabra, tanto mas cuanto que él la habia hecho entender que no iba á ser mas que un pretexto para que ambos disfrutaran de mas libertad en aquella corte, que por lo mismo que era pequeña se prestaba más para la murmuracion.

Doña Catalina despues de su reyerta con Hernan Cortés, pensó que iba á vengarse superabundantemente apresurando el casamiento de Diego de Soria. En consecuencia apenas se levantó aquella mañana mandó llamar á Violante.

La jóven se presentó bastante pálida en la alcoba de Doña Catalina.

—¡Jesus! ¿que teneis? la preguntó esta, ¿estais enferma?

Violante no pudo contestar, un sollozo le embargó la voz en la garganta y en seguida comenzó á derramar muchas lágrimas.

—Sentaos, hija mia, dijo Doña Catalina y contadme todo lo que os pasa. No teneis madre y yo quiero serlo para vos. Abridme vuestro corazon.

—Señora. . . . murmuró Violante.

—Vamos: hablad.

—Creo, Señora, que mas estoy enferma del alma que del cuerpo.

—¿Sería entonces cierto que estais enamorada, hechizada mas bien dicho, por el indio Quecholli?

—Le estimo en efecto, porque es bueno y generoso, le amo, podría quizás agregar, aunque sin asegurarlo, porque no he llegado á darme cuenta del estado de mi corazon; pero no son esos sentimientos los que me aniquilan sino el temor de que se me obligue á tomar por esposo á un hombre á quien no tengo estimacion ni confianza.

—De eso precisamente quiero hablaros, querida Violante.

—Pues ya habeis oído la opinion que tengo del matrimonio que me proponeis.

—¿No conoceis aun, no habeis tratado aun, á Diego de Soria?

—Le he conocido, le he tratado lo bastante para encontrar en él á un hombre que no conviene á mi felicidad.

—¡Ah! esclamó Doña Catalina mordiéndose los labios.

—Sé que le distinguis con vuestra proteccion y no quisiera ofenderos, ofendiéndole.

—Sí, os estimaré que midais vuestras palabras al hablar de Diego de Soria.

Estas frases las pronunció Catalina con suma altanería.

—En cuanto yo pueda contenerme, Señora, os juro que me contendré.

—¿Tanto así os repugna Don Diego?

—Si conociera yo lo que es el odio, podria deciros que le tengo el mayor aborrecimiento.

—¿Pero: cual es la causa, hija mia?

—Yo no sé... puede este recelo instintivo, provenir del tono imperioso que comenzó á usar conmigo desde la primera vez que me vió...... ó mas bien, que comencé á tenerle mala voluntad desde que le ví lanzár miradas de rencor y de amenaza al príncipe Quecholli.

—De ahí viene todo, murmuró Doña Cotalina.

Y luego despues de un corto silencio, dijo en voz alta-

—Dejémos todo eso y vamos hablando de vuestra conveniencia y del interes que manifiesta Don Hernando para que se haga este matrimonio.

—¿Que decis, Señora? preguntó Violante agitada: vuestro augusto esposo se interesa en que dé yo mi mano á Diego de Soria?

—Como lo habeis oído.

—¡Ah!... y yo que creía ... perdonad que tuviera esa vanagloria....

—¿Que era lo que creiais?

—Que Don Hernando me profesaba alguna estimacion.

—Pues así prueba que os la tiene.

—Nunca, no, nunca de ese modo.

—Lo que mejor deberiais hacer era acostumbraros á ver ese matrimonio como una cosa hecha.

—¿Pero os empeñais vos, se empeñará vuestro ilustre esposo en casarme contra mi voluntad?

—¿Que sabeis vos cual es la voluntad de las doncellas cuando todavia estan en una temprana edad como la vuestra? Debeis figuraros, Violante, que á vuestra edad casi siempre son los padres los que influyen y determinan en esa voluntad de que hablais.

—Yo juzgo imposible que os empeñeis vosotros en hacerme desgraciada.

—No lo sereis con un marido como Diego de Soria.

—Si no le amo . . . .

—Escuchadme y haced lo posible porque penetren mis razones en vuestro entendimiento. ¿Decis que os habeis apasionado del indio Quecholli?

—Pues bien, si es preciso decirlo, os lo confieso á vos como el secreto mas íntimo de mi alma: yo amo á Quecholli.

Doña Catalina se rió á carcajadas.

Violante que habia caido de rodillas y enclavijado las manos en ademan suplicante y grave á la vez, se levantó mirando á aquella que se reia, con estrañeza.

—¿Habeis perdido el juicio, Violante?

—¿Por qué me preguntais eso?... ¿Por qué os reis?.... ¿Por qué me destrozais de esa manera el corazon?

—Escuchad, hija mia, dijo Dª Catalina, asustándose casi del aspecto que iban tomando las cosas.

Cogió de la mano á Violante, y la atrajo hácia el canapé que ocupaba, haciéndola sentar á su lado. Luego prosiguió:

—Es necesario que reflexioneis, no solo en que seríais la burla de todos los españoles si os llegáseis á casar con el indio Quecholli, sino en lo que seria de vuestra vida despues de uno ó dos años, con la sola idea de que debeis estar unida á él para siempre.

—¿Por qué se burlarian de mí? ¿por qué no habia de ser feliz unida eternamente á un hombre generoso, inteligente y bueno como el príncipe Quecholli?

—Se burlarian de vos creyéndoos loca, pues hasta ahora ninguna española ha imaginado siquiera que podia haber indios capaces de tener inteligencia, ni de comprender lo que es el amor: ninguna ha creido, ni de lejos, que podia hallarse en los brazos de un hombre de estos á quienes con dificultad nos acostumbramos á figurarnos siquiera que piensan. Seríais desgraciada despues con un marido semejante, porque no comprenderia vuestras costumbres, vuestras inclinaciones, vuestros deseos, ni vuestra religion.

—Quecholli comprende todo eso...... Quecholli es ya cristiano.

—Me quereis hacer creer que en diez ó doce dias pudísteis haberle enseñado todo lo que le era necesario aprender?

—Preguntádselo al padre Aguilar.

—Generalmente nuestros sacerdotes exageran las conquistas que hacen en las cerradas cabezas de los indios.

hacer sino prepararos á recibir la bendicion nupcial en uno de estos dias.

Fué tan rudo este golpe, pasó tan rápidamente Violante de los sueños de gloria en que se engolfaba, á tan espantosa realidad, que por algunos segundos no pudo articular palabra, sino que se quedó mirando á Dª Catalina con aire atolondrado.

Y para mitigar el mal que habia hecho, agregó Dª Catalina:

—Diego de Soria os ama, está prendado como no podeis figuraros de vuestros hechizos, os hará eternamente feliz.

—Imposible, murmuró Violante moviendo la cabeza.

—Pues ya os lo digo.

—Correré á echarme á los piés de D. Hernando.

—No hagais tal, porque nada conseguireis.

—¿Está, pues, decretada mi perdicion?

—Lo que queremos es salvaros.

—¿Salvarme de qué?

—En primer lugar del rídiculo en que cairíais casándoos con un indio; en segundo lugar de vuestra condenacion por tolerar dejaros engañar de un hereje y despues del tormento que vendria á recaer en vuestra vida una vez que el tiempo os quitara la venda de los ojos.

—Señora, exclamó Violante cayendo de rodillas delante de Dª Catalina, en vuestra voz, en vuestras miradas, en todo estoy leyendo que es irrevocable mi sentencia de muerte...... no...... no lo es, puesto

que vos sois compasiva.... Pero.... en fin, en vuestro semblante leo que se tiene ya como un hecbo seguro mi casamiento con Diego de Soria....Yo apelo á vuestra bondad, señora...... yo os ruego con el mayor acatamiento que me eviteis ese sacrificio, que me salveis de ese abismo que estais abriendo á mis piés.... Yo.... delante de Dios os lo juro: yo no daré mi mano á Diego de Soria, porque la tengo ofrecida á otro hombre.....no.... no se la daré.....os juro que no se la daré....Salvadme, vos, señora.

—¿Estais pensando entónces en negaros á obedecerme, en negaros á obedecer á Don Hernando?

—Os suplico que no me pongais en el caso de hacer uso de toda mi débil resistencia.

—¡Ah! esa es otra cosa: conoceis ya que sereis vencida.

—Vosotros sois todopoderosos y yo soy una débil criatura.

—Levantad, Violante.

—Si no me prometeis lo que os pido.......

—Ved que no está en mi mano.

—Vos lo podeis todo, señora.

—Está empeñada ya nuestra palabra.

—Vosotros no podeis responder de una voluntad agena.

—Bien sabeis que Don Hernando es aquí el señor absoluto de todas las cosas.

—Sí, señora, sí: sé que puede disponer de nuestras vidas y nuestras haciendas; pero sé tambien que es benigno y misericordioso, sé que nadie llega á sus puer-

tás pidiéndole una merced, que no se la otorgue. Vos tambien sois buena, y por eso á vos me dirijo pidiéndoos que me salveis.

—¡Salvaros!.... ¿pero de qué es de lo que tengo que salvaros, cuando es vuestro bien el que busco y el que deseo?

—Os repito, señora, que mi mayor desdicha seria unirme á Diego de Soria.

—Pero el caso es que ya está decretado.

—¿Entónces no hay misericordia?

—No.

Violante se levantó indignada:

—Por última vez, señora, dijo con la voz conmovida y con la mirada fija, ¿no os compadeceis de mí? ¿no me tendeis vuestra mano generosa?.... ¿no me dais amparo?

—Os he dicho que no puedo.

—Entónces yo sabré lo que debo hacer, dijo Violante con tono de seguridad, como si acabara de tomar una firme resolucion.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Dª Catalina alarmada.

—Mi deber, señora.... mi santo deber.

—Por mi parte he cumplido con el mio, previniendoos. Antes de ocho dias estareis unida con Dicgo de Soria.

—¡Jamás!

—¿Qué es lo que decís? ¿os revelais contra nuestra autoridad?

—No contra vuestra autoridad, sino contra la más cruel de las injusticias.

—¡Silencio!

—Ya que comencé á decíroslo, debo acabar: se necesita ser muy inhumanos para hacer el daño que me haceis.

—Callad, digo.

—Si de esta manera abusais de vuestro poder con séres débiles.... ¿qué se puede aguardar de vuestra justicia?

—¡Salid de aquí!

—¡Ah, señora! Vosotros los que os encontrais llenos de fuerza y de poder, creeis que no hay energía suficiente en las criaturas que no tienen otro apoyo que el de Dios en el cielo y el de su resignacion en la tierra.......

—¿No habeis entendido? ¡quiero que calleis!

—Sí, callaré, señora; sí, os llenaré de mi respecto y hasta de mi santa reverencia si quereis; pero no querais inundar de hiel mi pobre corazon, no querais hacerme el más infeliz de los séres humanos... Sí... ya os veo compadeceros de mí, señora.... ¿es verdad que cedeis?...... ¿es verdad que no me sacrificareis?

—Hablad con D. Hernando; yo ya os he dicho mi pensamiento, y no cederé.

—¡Hablar con D. Hernando, despues que vos e habeis impuesto vuestra voluntad!

—¿Qué decís?

—Que seria inútil mi ruego, que derramaria mis lágrimas en vano, si vos lo habeis inducido á formar ese enlace.

—Y á mí, ¿qué me importa?

—Diego de Soria es vuestro protegido.

Dª Catalina se vendió al oir estas palabras, pues que perdió el color y la voz se le hizo temblorosa.

—¿Qué osais decir?....

—Vos sois, señora, la que va más lejos de lo que yo digo.

—¡Me estais insultando, Violante!

—¿Yo, señora?

—¿Qué habeis dicho?

—Nada. Vos sois la que os habeis puesto lívida cuando os dije que Diego de Soria es vuestró protejido creyendo que os iba á decir otra cosa.

—Menguada sois, Violante.... por mi vida que si no salís de aquí....

—Eso deseo, señora, pero antes quiero que revoqueis vuestra sentencia.

—La cólera me ciega ya, y no podré contenerme.

—Asesinadme, será mejor, si es que algun mal os he hecho para que tanto me odieis.

—Marchaos, os digo.

—No antes de que me dejeis mi libertad.

—No os vais?

—No.

—Pues entonces os arrojaré de aquí á la fuerza.

Diciendo esto, Doña Catalina se lanzó sobre la hermosa y débil Violante, á la cual hizo salir de la habitacion, dándola terribles empellones.

En esos momentos apareció en el vestíbulo Hernan Cortés seguido de varios oficiales.

CAPÍTULO XXIV.

LOS PROMETIDOS.

Bien pronto se supo en México que el rey Tanguazan iba á llegar con toda su corte.

Esto sirvió de pretexto para que el conquistador mandara organizar nuevas fiestas.

Queria deslumbrar con el fausto á aquel pobre monarca, más que lo que habia deslumbrado á su embajador.

Habian llegado cinco naves á Veracruz provistas de nuevos aventureros, de nuevas armas, de nuevos atavíos, de nuevas provisiones de boca, y de otras muchas curiosidades que iban á utilizarse en aquel evento.

Todo el mundo se alegraba: solo dos mujeres parecian completamente estrañas á todo aquel movimiento.

La una era Marina, que sepultada en su palacio, no daba señales de existencia.

La otra era Violante Rodriguez, que permanecia en

el fondo de sus habitaciones entregada á su mas profundo dolor.

Bien es cierto que la pobre jóven habia recibido grandes muestras de consideracion y de consuelo por Hernan Cortés que habia llegado en la escena anterior, cuando era atropellada por Doña Catalina; pero el maltrato de ésta y las atenciones de aquel era lo que menos le importaba ante su matrimonio ya del todo dispuesto con Don Diego de Soria.

Su padre mismo, que la adoraba y que comprendia el pesar de que era presa, parecia que tambien la abandonaba á su negra desventura.

Pero Rodriguez, qne habia sido llamado varias veces á los consejos de la Corte, y que habia resistido heróicamente sosteniendo las repugnancias de Violante, acababa de ceder al fin seducido mas que por las razones por las promesas que se le habian hecho.

Se le habia ofrecido un puesto de honor cerca del tesorero real y algunas propiedades en las nuevas tierras de Moctezuma, que iban á conquistarse, de las cuales se apoderaria bien pronto su yerno Diego de Soria.

En la noche á que nos referimos, tres dias despues de los anteriores sucesos, Pero Rodriguez se aproximó á Violante que leía cerca de una lámpara en un libro de devociones, y la dijo tomándola en sus brazos.

—Violante, hija mia, toda resistencia es inútil.

La jóven volvió vivamente la cabeza para leer su sentencia de muerte en los ojos del anciano. Este agregó con voz firme:

—Somos súbditos y debemos á nuestro señor la más humilde obediencia.

—Comprendo, dijo la jóven que se habia levantado apoyándose en el respaldo de la silla; venís á notificarme, padre mio, que debo considerar perdida mi última esperanza.

—Ofuscada estás, hija mia, como yo lo estaba, para no comprender el bien que se te hace.

—¿Vos creeis que se me hace un bien casándome con un hombre á quien aborrezco?

—Tambien creía yo que te haría desgraciada dando tu mano á un hidalgo á quien parece que profesas desvío; pero es necesario reflexionar varias cosas, antes de cerrar los oídos á todo razonamiento.

—Concluyamos, señor, ya que sabeis demasiado que mi mayor tormento consiste desde hace dias, en estar oyendo estas proposiciones: ¿habeis otorgado ya vuestro consentimiento para esta boda?

—Han héchome ver los muchos dones que se tienen preparados para tu prometido, que te elevarían de la condicion más humilde á la más alta; han héchome ofrecimientos que no seria discreto rehusar; han díchome......

—Contestadme terminantemente: ¿os habeis comprometido, si ó no, á darles mi mano?

—Violante, hija mia....

—Os ruego que me contesteis.

—Pues bien, sí.... me he comprometido.....

—¡Basta! Ahora yo sabré lo que tengo que hacer.

Y la jóven, sin escuchar mas palabras se dirigió á

su dormitorio, se echó vestida en su lecho y derramó allí un torrente de lágrimas.

Esa noche fué para aquella hermosa criatura una eternidad de penas, de sollozos, de presentimientos funestos y de verdadera agonía.

Pero Rodriguez, que estuvo inquieto gran parte de la noche, se acercaba con frecuencia á la alcoba de Violante, aplicaba el oido á la cerradura de la puerta siempre encontraba á su hija sollozando.

—Esto pasará, habia dicho despues de varias vacilaciones y se habia echado tambien en su cama cerca del amanecer.

Doña Catalina y Diego de Soria, luego que supieron que el rey Tanguazan venia en camino con toda su corte, supusieron, como era natural, que allí venia Quecholli y convinieron en que era preciso apresurar el casamiento.

Doña Catalina no tuvo que hacer mas que esta pequeña réplica á Diego de Soria:

—¿Pero es que realmente estais enamorado de Doña Violante?

—Es mi opinion, señora, la que veo comprometida, contestó el hidalgo.

Con esto de *mi opinion* queria decir: es mi amor propio el que está empeñado.

—Figuraos, agregó, lo que seria de mí, si llegara el indio Quecholli y me arrebatara á la mujer que he pretendido por esposa.

—Teneis mucha razon, le contestó Doña Catalina.

Y en seguida dispuso que los clérigos se ocuparan de formalizar todo lo que se necesitaba para que tu-

viera lugar la boda al dia siguiente por la mañana, antes de la llegada de la comitiva de Tanguazan, que debia verificarse por la tarde.

Estando tan adelantadas así las cosas, Diego de Soria se vió precisado á presentarse en los aposentos de su futura esposa. Pudo haberse hecho acompañar del mismo Hernan Cortés para que le sirviera de padrino con su novia, como lo iba á ser el dia siguiente ante el altar; pero prefirió presentarse solo, temiendo sin duda que otro presenciara la tormenta que presentía.

Vestia Violante un traje de color de rosa bajo, que hacia resaltar más su interesante palidez. En efecto, aquellas mejillas y aquellos lábios que ántes eran rosas encendidas, ahora parecian blancas azucenas ó frescos nardos, á quienes habia quedado toda su frescura y lozania despues de haber pasado la noche fuera de su tallo.

Anchas fajas de pelo, naturalmente ensortijado, caian por sus hombros, y en la frente eran sostenidos los bucles por un delgado hilo de oro que venia figurando una diadema muy sencilla.

La torneada pierna y el breve pié se dibujaban muy bien detras de la trasparencia del vestido, apareciendo hechicera la hermosa Violante en aquella actitud voluptuosa.

Al aparecer Diego de Soria levantó Violante sus hermosos ojos negros, y se quedó mirando sin demostrar emocion alguna al que iba á ser su esposo.

Parecia que más bien aguardaba y deseaba ella esta visita.

Ni un músculo de la cara le hizo traicion, sino que parecia conservar toda su tranquilidad.

Señaló un sitial á D. Diego, y colocando su labor en una mesita inmediata, le dijo con voz dulce, muy dulce, pero revestida de cierta severidad:

—Hacedme el favor de sentaros.

—Me permitís besar vuestra mano? preguntó D. Diego, inclinándose casi hasta tocar el suelo con la cabeza.

—Tomad mi mano, contestó Violante.

Y agregó luego que aquel la hubo besado:

—¡Y ojalá sea por la última vez!

—¿Qué decis? esclamó Soria, reculando y como si le hubiera picado algo.

—Sentaos para que hablemos.

Diego de Soria por fin obedeció.

—Quereis decirme, señor, dijo Violante, fijando una mirada escrutadora en su interlocutor que le obligó á bajar los ojos, queréis decirme, cuál es el motivo que os induce á hacerme desgraciada?

—Sabeis bien, sin embargo, que vos sois la señora de mis pensamientos, y que lo que deseo es haceros feliz, contestó el de Soria, casi tartamudeando.

—Hacerme feliz! ¿y cómo?

—Uniendo mi nombre al vuestro, dandoos mi honor y mi escasa fortuna.

—¿Pero cuándo me habeis requerido de amores, cuándo habéis visto de mi parte la correspondencia?

—Creí....

—¿Qué fué lo que creísteis?

—Que estando vos en solteria, nada mejor podiais apetecer que casaros con un hidalgo de mi condicion.

—Pero ¿es posible que hayais pensado eso?

—Sí señora.

—Audaz sois para dar disculpas, por vida mia.

—Os juro....

—No jureis, Don Diego; no profaneis tambien la religion como estais profanando los castos sentimientos del amor.

—Como sois vos demasiado jóven y demasiado recatada, no podeis comprender que haya dos almas que se unan por convenirles para labrarse en seguida un porvenir venturoso.

—¿Sin amor?

—El amor viene en seguida á fuerza de finezas y buenos sentimientos.

—Porque.... vos no me amais, Don Diego, estoy segura de ello,

—Yo os amo, Doña Violante.

—Haceis esfuerzos para decírmelo.

—Tímido soy, ó más bien el recelo de que estimeis mal mis afectos, retráeme de haceros ardientes manifestaciones.

—¿Cuándo habeisme conocido? cuándo habeisme tratado? ¿cuándo habeis tenido la oportunidad de juzgar si tengo prendas que puedan conveniros?

—Os ví, y eso me bastó para amaros.

—Ved, Don Diego, que no me estais diciendo la verdad.

—La verdad os digo, Violante, yo os amo.

—No tiene el amor esos acentos.

—Os ví, Violante, desde luego que llegué á este real en las fiestas hechas á la bienvenida de la consorte de Don Hernando; me fijé en que teneis unos ojos que cautivan, una mirada que seduce, una voz que deleita, un talle que recrea y una hermosura en su conjunto que no tiene rival, y sentíme impresionado y juréme en mi interior hacerme dueño de vos al pié del altar. Despues vinieron los indios de la Mechoacan, os ví muy inclinada á Quecholli; hiriéronme los celos, presentóse á mi vista un abismo de desventuras si os dejaba ir á brazos de otro, y desde entónces mi pena acrece, mis deseos de llamaros mia me devoran y.... ó triunfo de vos ó perezco en la demanda.

—¿De suerte que nada os hará prescindir de este empeño?

—Nada.

—¿Y si yo os lo ruego en nombre de ese mismo amor que me profesais?

—No me lo rogareis.

—De rodillas, si es necesario.

—¿Por qué?

—Porque no os amo.... porque mi corazon, fuerza es decíroslo porque es la verdad, mi corazon pertenece á otro...

—No prosigais.

—¿A qué he de ocultaros lo que demasiado sabeis? Amo á Quecholli,

—Debia recordar que os ví unidos en un abrazo cuando resonaba la tempestad en aquella tarde cuando nos encontrábamos en la Isla desierta.

—Por eso os digo que vos lo sabeis.

—¿Lo confesais entónces?

—Qué es lo que me decís que confieso?

—Que vuestros lábios se han unido á los lábios impuros de ese bellaco indio? preguntó Don Diego con amargo acento.

—Vos lo habeis visto todo!

—¿Quecholli os ha besado?....

—Sí.

—¡Ira de Dios!

Don Diego se levantó como impelido por un resorte y quiso lanzarse á cubrir la boca, ó á hacer algo indebido con Doña Violante, pero la nube de cólera pasó como un relámpago y dijo con voz que procuró fuese serena.

—Como vuestro prometido que soy, mientras puedo ordenároslo como vuestro marido, os suplico no pronuncieis el nombre de Quecholli.

Violante sonrió con amargura.

—¿No veis, exclamó Don Diego, demostrando de veras una pena atroz, que me estoy muriendo de celos?

—Volved á ocupar vuestro asiento, señor de Soria, recobrad vuestro ánimo sereno y escuchadme ahora á mí, que no os he dicho todo lo que tenia que deciros.

—Os obedezco, dijo Soria sentándose.

—Primeramente, sabeis vos que no os amo ni os amaré nunca, porque mi corazon pertenece á Quecholli....

Don Diego hizo un movimiento de disgusto, y Violante continuó:

—Repcrtaos, os ruego, y escuchadme. Siendo mi

amor de otro, no puedo llevar á vuestra morada sino un cúmulo de desdichas. Vos con vuestros celos y yo con mi desesperacion, formaremos juntos un purgatorio que ninguno de los dos ha de poder sufrir. Vos sois discreto, vos sois entendido, vos conoceis el mundo y demasiado podeis presentir que no es un hogar feliz el que vamos á formar con este matrimonio.

—Razones teneis de sobra, Violante; pero me basta para destruirlas una sola: mi palabra está empeñada.

—¿Vuestra palabra?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Hernan Cortés y con Doña Catalina su mujer, que son los soberanos en esta tierra.

—Pero esa palabra vos habeis ido á darla sin que nadie os la pidiera. Vos que les habeis pedido mi mano, podeis tornar á decirles que os ha llegado el arrepentimiento.

—Nunca.

—Ved que os hundís vos y me hundís á mí en un piélago de males.

—Primero la muerte que volverme atras y quedar en mala opinion ante la corte.

—La gente ignorante se rié de todo, Don Diego, y así como se reirian si no hubiera matrimonio, se reirán habiéndolo, pero con la circunstancia de que en este caso más os pesará.

—¡Cómo!

—Me esplicaré. En caso de que no les deis el gusto de celebrar conmigo vuestro boda, os hareis el ob-

jeto de las burlas diciendo que un indio ha sido mas fuerte que vos para vencer en el corazon de una dama, y dirán otras cosas más, que vos, por muy repetidas ya, las sabeis; pero si os casais, y tras el casamiento advierten nuestros disgustos, y que yo por más que me importen mi pena y vuestro honor sigo amando tiernamente al ídolo de mi corazon, á Quecholli...... y si á todo esto llegan á condenarnos algunos apariencias, decidme francamente si las lenguas se quedarán cortas para matar vuestra honra y la mia, para traernos en eternas hablillas en que seguramente sereis vos el que lleve la peor parte......

—¡Basta! exclamó Don Diego levantándose, yo sabré libertarme de todas esas cosas, y entretanto preparaos para venir al altar mañana mismo.

—¿No me compadeceis al fin, os negais á salvarme?

—Mañana sereis mi esposa: esto es lo único que puedo deciros.

—¡Imposible! exclamó Violante, debatiéndose en medio de la mayor angustia.

—Por más que esto os pese.

—No será mientras tenga vida.

—¿Os opondreis á la voluntad mia, á la voluntad de nuestros soberanos, á la voluntad de vuestro mismo padre, que llega en estos momentos para confirmar lo que acabo de deciros?

—¡Padre mio! dijo Violante precipitándose en los brazos del anciano que entraba en aquellos momentos, vos me protegereis......

—Hija mia, contestó éste con voz sorda, acabo de

ser despedido en este momento por el gran capitan, solo porque fuí á rogarle en vuestro favor.

—¿De suerte que no hay esperanza?

—Ninguna.

—Pero si yo no puedo casarme porque le odio... porque no me inspira sino el mayor aborrecimiento.

Don Diego se sonrió y dijo con ironía:

—Lo que debeis hacer, Violante, es preparar para mañana vuestras mejores galas: aquí teneis la sortija nupcial.

Violante cogió la sortija, y dió con ella en la cara á Diego de Soria: éste quiso lanzarse sobre ella, y encontró interpuesto á Pero Rodriguez.

Al mismo tiempo Violante cayó al suelo desmayada.

CAPÍTULO XXV.

Golpe inesperado.

Sombria apareció la mañana siguiente no solo porque estaba triste y lluviosa, sino porque era la destinada para que tuviera lugar la ceremonia religiosa con motivo del matrimonio de Don Diego de Soria y de Violante Rodriguez, pues como era casi público que se violentaba á esta, y ademas, aquel favorito de Doña Catalina, era generalmente aborrecido, nadie se preparaba gustoso á asistir á las bodas, y antes bien, se hacian rumores propios mas bien para formar duelo que para disfrutar de una fiesta. Ese fué el motivo de que los mismos indios que siempre se apresuraban á traer grandes cestas y canoas cargadas de olorosas flores para cada ceremonia de aquellas, en esta vez pocos fueron las que se prestaran á contribuir con sus primores para los adornos del altar y los lugares inmediatos, á este que servian ordinariamente de iglesia.

No reinaba, pues, el movimiento que reinó cuando se casaron, por ejemplo, Gallego é Isabel, en que no

hubo uno solo de aquella nueva poblacion que no contribuyera cuando menos con su alegría, para que tuviera mayor realce aquella rica fiesta.

Solo se estaba llevando á buen término en virtud de la consigna comunicada á las personas que debian concurrir al desarrollo del programa del dia que podia concretarse á los siguientes puntos:

Los sacerdotes tendrán todo listo desde el amanecer, á fin de que puedan verificarse las ceremonias religiosas de las ocho de la mañana en adelante.

Los jovenes que van á desposarse se presentarán á la hora en que fueren llamados en las habitaciones reales, esto es, en las de la gobernadora Doña Catalina, pudiendo ir cada uno acompañado hasta de doce personas de su familia ó de sus amistades.

A la vez que se verificaba el casamiento en palacio una comision compuesta de cinco personas princípales y algunas guardias irian á recibir al rey Tanguazan y su corte que ya estaba esperando á ser recibida desde muy temprano en las goteras mismas de la ciudad.

El programa seguiria dirigido para el resto del dia entre los agasajos que deberian hacerse á la desposada y á la corte de Tanguazan, con cuyo pretesto se habian organizado casi unas fiestas reales, pues habia gran banquete en palacio, músicas en las plazas, evoluciones militares con disparos de artillería, fuegos artificiales, danzas, procesiones y todo lo mas que en aquella época servia para dar distraccion al pueplo conquistado y para entretener los malos pensamientos de los conqnistadores que luego que se fastidiaban, comenzaban á conspirar como el único de los pasatiem-

pos que podia en tales circunstancias proporcionarles fuertes emociones.

Es decir, en aquel dia marcado para que tuvieran lugar las bodas de la hermosa Violante, todos estaban obligados á alegrarse de órden suprema, por mas que el tiempo apareciera pesado con la menuda lluvia que caia y por mas que todos estuvieran mas bien para llorar compadeciendo á aquella pobre víctima que iba á ser sacrificada en aras del capricho mas insolente y mas bestial.

Por eso es que todo lo que se habia ordenado se estada haciendo, pero faltándole la animacion y la vida propia que tienen esta clase de fiestas.

Ya se concibe cual seria la noche que pasó Violante, viendo que ni su padre mismo, el único sér que tenia para que la defendiera, podia ni tenia voluntad para oponerse á aquel matrimonio que ella consideraba, no solo como la peor de las desgracias, sino como una condenacion en vida que no le habia de dar un momento de reposo ni siquiera de libertad para respirar.

En aquella misma noche habia recibido Violante la visita de los dos augustos esposos Cortés y Doña Catalina, qne habian ido á notificarle como padrinos que en la mañana siguiente se verificarian los desposorios, entregándole á la vez las presentes y las régias donas que estaban obligados á presentar como tales padrinos.

El obsequio aquel consistia en trages finísimos de los últimamente llegados de Enropa y en joyas de gran precio que deslumbraban con su brillo: Violante sin embargo apenas se dignó pasear una mirada indiferen-

te por todo aquello conservándose, en el resto del tiempo que duró la visita, con los ojos clavados en el suelo y contestando por monosílabos á las preguntas que sus augustos podrinos la dirigian.

Cuando el conquistador y su muger salieron de las humildes habitaciones de Doña Violante, esta derramó abundantes lágrimas abrazada á su anciano padre, débil y casi inútil apoyo que le quedaba en el mundo.

La noche, como dijimos antes, la pasó Violante sumida en las mayores angustias y entregada á los mas negros pensamientos.

Al lenvantarse entraron las damas que le enviaba Doña Catalina y que debian ataviarla.

Violante sin mostrar oposicion dejó que hicieran con ella lo que quisieran.

Si bien no opuso resistencia alguna como se imaginaban, tampoco se prestó en modo alguno á que la adornaran, mostrándose á todo tan indiferente como insensible.

Solo le oian aquellas mujeres suspirar de cuando en cuando, inspirándoles lástima y á veces inquietud la intensa palidez que habia invadido sus frescas mejillas y sus húmedos lábios.

A pesar de que ella se habia prestado tan poco á hacer realzar su hermosura, cuando las doncellas acabaron de vestirla y peinarla, ellas mismas quedaron sorprendidas de su gran belleza.

Los adornos todos de mucho gusto y de colores escogidos para hacer resaltar su blancura mate, le im-

primian un sello tal de distincion que parecia una reina.

Sus ojos rasgados y negros le daban el aire de una divinidad en medio de su tierna melancolía. Su mirada era triste, pero á la vez brillaba con la pasion de que estaba inundada su alma.

Las rosas blancas con que habia sido adornada su cabeza, bajándole en lazos por la espalda hasta confundirse con el corpiño, entrelazadas con sus negros cabellos, le quedaban tan bien que parecian haberse formado á propósito para servirle de adecuado adorno.

Su delgado y flexible talle, ceñido con el cinturon de seda y oro que servia para las desposadas, hacia adivinar encantos y delineamientos hermosísimos.

Violante, en una palabra, no obstante las tres noches de angustia que habia pasado, y no obstante su extraordinaria palidez, estaba divina en aquella mañana con sus atavíos de novia y con la gravedad y resignacion que aparecian retratadas en su semblante.

Las doncellas, terminada su obra, se retiraron á una extremidad del aposento, dejando á Violante sola en el pequeño estrado compuesto de unos cuantos sillones colocados sobre blancas esteras. Su padre Pero Rodriguez, fué el primero que apareció en el dintel de la puerta preguntando con voz respetuosa pero fuertemente alterada, si su amada hija habia acabado de arreglarse.

Se le dijo que sí, y pasó adelante, yendo mudo y sombrío á sentarse al lado de su hija.

A pocos momentos fué anunciado Diego de Soria. Violante se estremeció é hizo un movimiento para

huir; pero una fuerza superior, la del cansancio y la de la inutilidad de cualquier tentativa, la retuvo en su sitial, y contestando apenas al saludo del caballero, volvió á quedar sumida en sus melancólicos pensamientos.

Diego de Soria quedó deslumbrado: jamás habia visto una mujer más hermosa. Y él, que apenas hubiera osado en cualquiera otra vez levantar los ojos para mirarla, ahora se dijo para sí lleno de satisfaccion:

—Será mia.... seré el poseedor de la más hermosa española del real, y puede ser que de la mujer mas llena de atractivos que haya en el mundo.

Y era la verdad, Violante no solo se hacia notable por su belleza, sino por sus gracias infinitas, pues su manera de mirar, el metal de su voz, el movimiento de sus lábios, el ademan de su brazo, su andar airoso, eran otros tantos atractivos para los hombres y otros tantos modelos inimitables para las mujeres, por lo cual era respetada, no solo como mujer hermosa entre las hermosas, sino lo que es más ventajoso, como llena de gracias y de naturales atractivos entre las más graciosas.

Diego de Soria lo sabia; pero en quel momento en que la veía engalanada como nunca, realzándose toda su gentileza con el rico adorno, su satisfaccion interior se convirtió en vanidad, en amor propio, en orgullo, en algo más fuerte todavía, que le hinchó las arterias y que parecia estar próximo á quererlo hacer reventar.

Contempló á su prometida, no solo con interés sino

con ansiedad, con el mismo sobresalto con que el avaro debe ver su tesoro, cuando aun no está seguro de llamarlo suyo ó cuando se encuentra temeroso de que alguno se lo arrebate.

Con esa desconfianza, con esa zozobra, estuvo contemplando Diego de Soria aquel tesoro de bellezas que iba á pertenecerle, pero que aún no le pertenecia.

Pocas palabras se habian cambiado entre Pero Rodriguez y Diego de Soria, en las cuales no habia tomado parte alguna Doña Violante, cuando llegaron las damas y caballeros de Cortés encargados de conducir á la pareja á los aposentos del conquistador, que era de donde debia salir el cortejo con toda pompa, para bajar las escaleras y penetrar al corredor, en donde, como de costumbre, se habia improvisado la capilla, miéntras se terminaba alguna de las iglesias que estaban en construccion.

La palidez de Violante, si acaso era posible, pareció hacerse más intensa; sus lábios temblaron como si quisiera pronunciar algunas palabras que se desvanecieron en medio de un murmurio ininteligible.

Diego de Soria le presentó el brazo, ella colocó allí su mano estremeciéndose como puede estremecerse cualquiera persona muy nerviosa con el contacto de una víbora.

—Apoyaos bien, os lo ruego, dijo Diego de Soria con voz que aunque procuró hacer dulce, salió de sus lábios estridente y bronca.

La jóven volvió á estremecerse, y por primera vez pudo oirse su acento armonioso que pronunció apénas estas palabras.

—Descuidad, que voy bien así.

—¡Por Dios vivo que no mostreis ese desden hácia el hombre que va á ser vuestro marido, lo cual está presenciando toda la corte!

Esto lo dijo el de Soria casi rosando el oido de Doña Violante, procurando que solo ella lo oyera. Ella le contestó:

—Perdonadme.... no tengo fuerzas para nada.

Poco tuvieron que andar para llegar á los aposentos donde se albergaban el conquistador y su esposa Doña Catalina.

Violante habia levantado los ojos y habia visto el cielo nublado despidiendo una menuda lluvia: á la vez habia descubierto los arcos de flores que adornaban los corredores. Entónces exclamó casi en medio de un suspiro:

—¡Qué dia tan triste!

—¡Animo! contestó el de Soria, y vereis cómo vamos á llegar al puerto de felicidad.

Hernan Cortés y Doña Catalina salieron al vestíbulo á recibir á sus ahijados, sorprendiéndose ambos tanto de la palidez de Violante, como de su hermosura que se hacia en ella más remarcable lo mismo que con aquellas galas.

—¡Hija mia! exclamó Doña Catalina con acento hipócrita estrechando á Violante entre sus brazos, Dios quiera que el paso que vais á dar ahora sea en honra vuestra y de la nacion.

—Lo será, añadió Cortés, pues la graciosa hermosura vuestra viene á completar lo que faltaba al capi-

tan Don Diego que es esforzado y goza de nuestro favor. Formareis una casa aquí que sirva de fundamento á la nobleza futura de estas colonias, creando una generacion distinguida, noble, hermosa y gentil.

Este discurso fué contestado por una inclinacion de cabeza de los dos jóvenes.

En seguida envió á preguntar Cortés si todas las cosas estaban listas por parte de los religiosos, y habiéndole contestado que sí, se dirigió al altar toda la comitiva.

Durante el trayecto de la escalera, Violante tuvo aun fuerza para decir á Cortés:

—Acorred á mí, señor, que voy á ser llevada al altar por la fuerza.

—¡Por la fuerza! ¿Pues no vais apoyada en mi brazo con toda vuestra voluntad?

—No, señor, yo detesto á Diego de Soria.

—Exagerais las cosas: decid que no le amais, pero no que le aborreceis.

—Me dais la muerte, señor, llevándome á contraer este matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque yo amo á otro hombre...... le amo con toda mi vida.... con toda mi alma.

—¿A quién?

—¡Al principe Quecholli!

—Habia reido con gana cuando me dijeron eso.

—Pues fué la verdad....¡salvadme vos!

—No puedo: ya á estas horas ni vos ni nadie puede hacerme volver atrás.

—Ved que solo vuestra esposa Doña Catalina es la interesada en que se haga este casamiento.

—¿Que decis?

—Lo que ella misma me ha repetido.

—¡Oh! ¡oh! á cada momento voy confirmando más mis sospechas.

—¿Me salvais?

—Vos y yo tenemos que ser las víctimas....

—Señor, vos todo lo podeis.

—¡Callad!..... ya hemos llegado y todos nos observan.

Comenzó la misa, y siguieron á poco las demás ceremonias que estaban preparadas, viéndose en todo lo largo de los corredores agrupada la mayor parte de las personas que pertenecian á la colonia.

Los indios eran muy pocos, casi podia decirse que no estaban presentes mas que los que habian servido para decorar el edificio en número de unos cincuenta.

Pero los españoles sí habian concurrido, aunque no vestidos con sus mejores trajes en razon de que la mañana habia amanecido lluviosa.

De las españolas sobre todo no habia faltado ninguna.

Habian circulado varias murmuraciones, entre las que pasaba como la principal, que Violante era víctima de la violencia, y todas quisieron ver qué actitud llevaba.

Su rostro, al parecer, estaba tranquilo, y solo sus ojos se levantaban de cuando en cuando á lo alto en donde estaban las imágenes, como pidiendo á Dios misericordia.

Llegó el momento en que los sacerdotes se acercaron á la desposada para completar aquella santa union, poniendo la mano de Violante sobre la mano de Diego de Soria á la vez que ellos pronunciaban palabras misteriosas.

Violante no pudo sufrir este contacto, y rápida como el pensamiento, se apoderó de la daga que llevaba Diego de Soria en el cinto, y se la hundió ella á sí misma con toda la energía de un brazo varonil en su vírgen pecho.

La accion fué tan rápida que apenas hubo tiempo para que al golpe que se diera contestara un grito general, una exclamacion dolorosa salida de todos los labios.

Casi al mismo tiempo se vió cruzar á un hombre por en medio de la muchedumbre, el cual llegó hasta el altar y cogió á Violante en sus brazos.

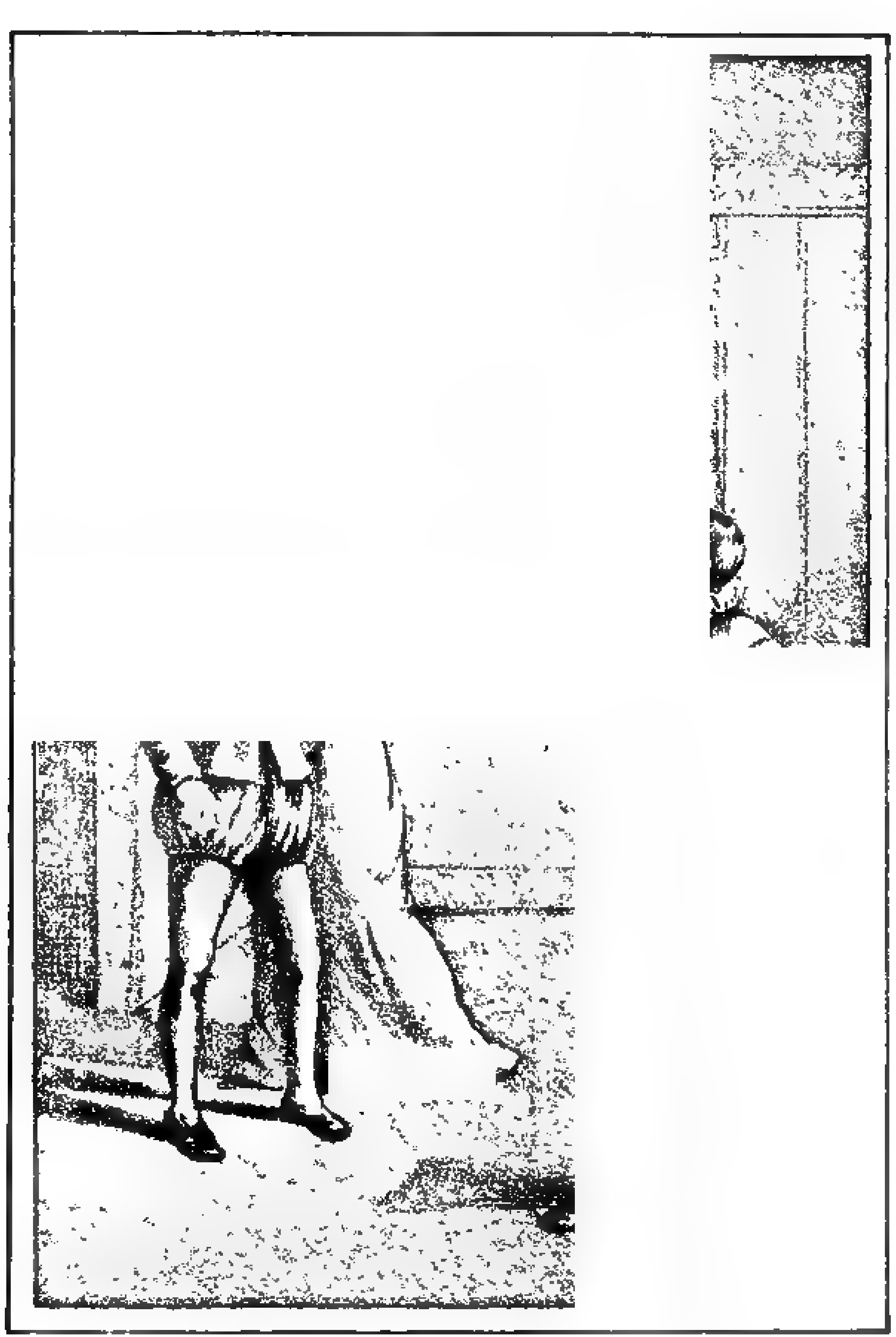
Era Quecholli! Acababa de llegar con la comitiva del rey á Palacio y supo al mismo tiempo que Violante se estaba casando.

El golpe mortal que la vió darse y la exclamacion de la concurrencion le dijeron todo lo demas.

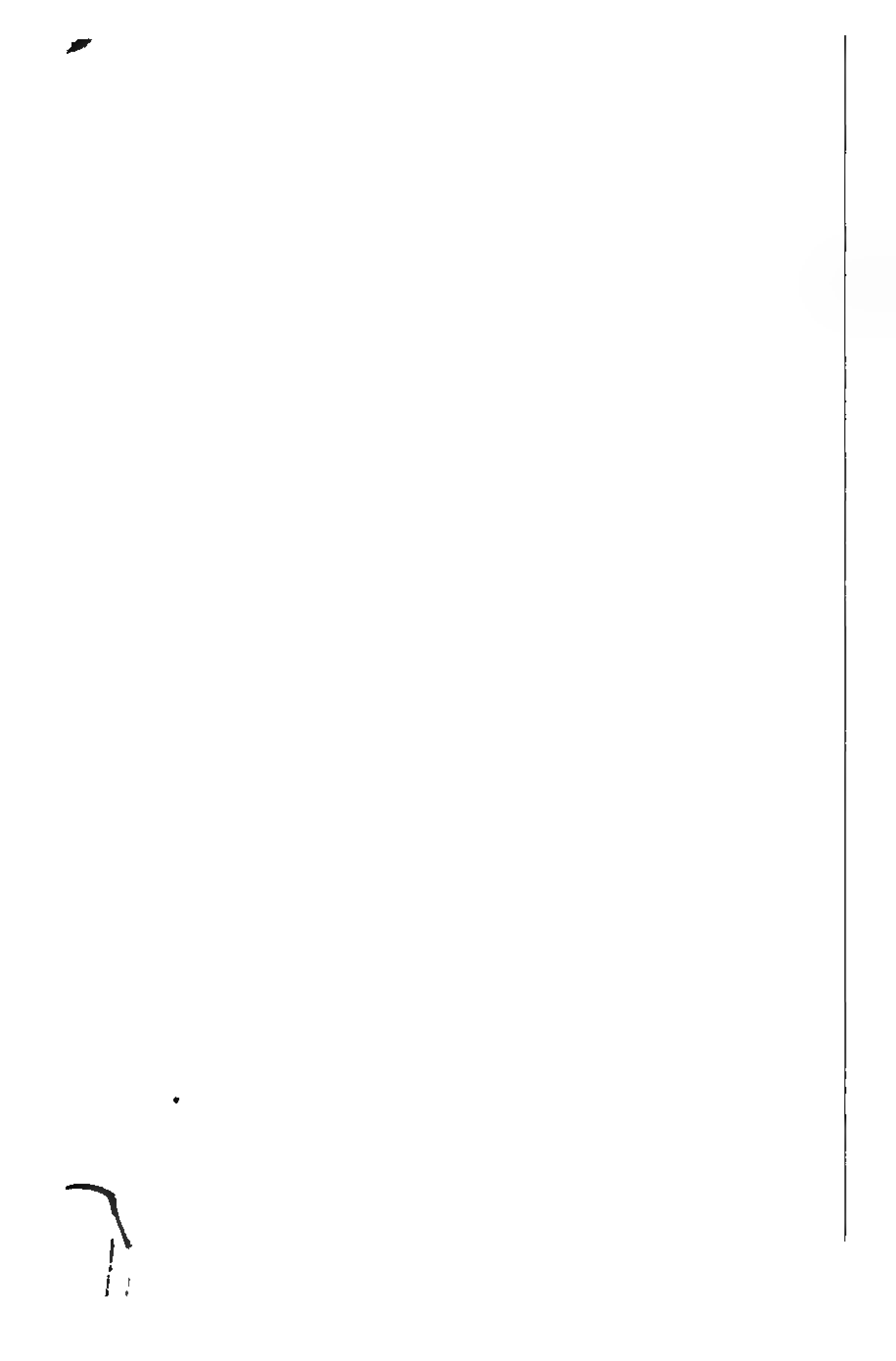
Amenazó con el puño á Diego de Soria que se habia quedado atónito y con una rudeza salvage se abrío paso llevando á Violante en brazos hasta sus habitaciones.

Este fué el trágico fin de aquella intriga de Doña Catalina Juarez.

Dª MARINA.



¡Padre mio! esclamó Violante, precipitándose en los brazos del anciano que entraba en aquel momento, ¿os me protegereis....



CAPÍTULO XXVI.

Persecucion.

Si bien recibido habia sido el embajador Vechichilza por Hernan Cortés, ¿cómo no lo seria el mismo rey Tanguazan, quien mas bien era distinguido con el sobrenombre de Bimbicha?

Lo que fué mas notable en esta visita, despues de la gordura del rey, escepcion entre los indios, y despues de su lujoso acompañamiento, poco punto menos de los que deslumbraban en la corte, lo que mas llamó la atencion, decimos, fueron las inauditas humillaciones de aquel rey bonachon y cobarde.

Le habian impresionado de tal modo los informes de Vechichilza, se habia preocupado hasta tal punto con las referencias que antes tomó sobre los españoles y de tal manera conmovieron su ánimo la apostura de Cortés y los suyos, el ruido y demas praticularidades de las armas, el tropel que hacian los caballos, todo el conjunto en fin de aquellas cosas para él desconoci-

das y verdaderamente maravillosas, que trabajo emplearon hasta los mismos suyos para obligarle á que se levantara, no una, sino muchas veses del piso, en donde se arrodillaba dando muestras de adoracion á Cortés principalmente, y despues hasta á los mismos lacayos por la originalidad de la librea.

De allí fué que á los pocos dias todos dieron en reirse de la manera mas lamentable del rey Bimbicha. Ya no era conocido entre las tropas mas que por este sobrenombre, que no tenian embarazo en pronunciar delante de los mismos suyos.

Principalmente los mexicanos que conocieron la altivez de sus reyes, de sus príncipes y de sus sacerdotes, que preferian el sacrificio de la vida á la humillacion, se hacian lenguas afeando la conducta afeminada de aquel pobre rey que solo debido á un gran azar estaba gobernando á un pueblo de hombres.

Apenas era concebible, sin embargo, que los valientes mechoacanos, que eran tan terribles guerreros como hábiles en las artes y en la industria, sufrieran á un soberano tan ignorante y tan ridículo.

En el fondo, sin embargo, tenia sus planes y los habia concebido desde mucho antes para irlos desarrollando poco á poco.

Desde luego que vió á Moctezuma rendido, pensó que á él menos que á nadie le convenia hacer resistencia, puesto que la riqueza de su reino tenia muchos enemigos y envidiosos que solo estaban esperando una oportunidad para echársele encima y saquearle.

Entónces el mejor camino que se presentaba inu

dablemente era el de pactar la sumision bajo términos ventajosos con los españoles. Si alguna vez habia tenido lugar eso del destino manifiesto con que suelen intimidar á los pueblos débiles los falsos augures, era en aquellas circunstancias en que el mismo Tanguazan, con todo y no pasar de un topo, habia comprendido que no tenia otra salida ni habia más política que la de rendirse.

Todo consistia en buscar la manera de doblar la cerviz de la manera más dulce posible, y por eso fué que Tanguazan envió á su mismo hermano á ofrecer homenajes al conquistador.

¿Cual habia sido, en resúmen, la mision de Vechichilza? Pactar la sumision del reino de Mechoacan de una manera tranquila. Por lo menos así lo habia comprendido Hernan Cortés, por más que los caciques que solian interpretar las acciones de los otros, le habian querido hacer comprender que el rey Bimbicha estaba procediendo con duplicidad.

Su conducta era hipócrita, segun los indios de Tlaxcallan, pues que estaba aliado con los jefes de otras ricas provincias al Sur y Occidente de la comarca y habia venido al centro de la Corte solo como un espia.

Cortés, preocupado con estos rumores que se se le hicieran llegar fácilmente, creyó deber tratar á Tanguazan y á los suyos con cierta desconfianza, hasta que poco á poco fué convenciéndose de que le bastarian diez soldados y un oficial para verificar la ocupacion militar de aquella provincia.

Así se propuso ponerlo en planta desde luego, enviando una expedicion mandada por Alvarado y Diego de Soria para que se hiciera un reconocimiento en el mar del Sur.

Pero antes de sumergirnos de lleno entre aquellos sucesos históricos, debemos concluir con el episodio provocado por Diego de Soria y Doña Catalina.

El acto en que Violante Rodriguez se habia precipitado sobre la daga que llevaba al cinto Diego de Soria, sepultándosela en el pecho, habia pasado como un relámpago, y como un segundo relámpago la aparicion de Quecholli, llevándose en brazos el cadáver de la jóven.

La sorpresa y el terror que produjeron aquellos inesperados sucesos dejaron como paralizada á toda la concurrencia, que despues de haber lanzado un grito al ver á Violante herida con la daga, contemplaron con mudo respeto que aquel indio la sacaba en brazos sin que nadie, ni el mismo Diego de Soria, tratara de impedírselo. Tal habia sido la impresion, la abrumadora impresion que aquel acto de salvage energía en uno y otro amante, ejerció sobre la concurrencia.

Cortés fué el primero que recobró su ordinaria sangre fria, y dió la órden en voz alta de que cada cual se volviera á su aposento sin producir el menor escándalo, prohibiendo á los testigos de esta escena que fueran á referirla á los que no la habian presenciado, pues seria tanto como dar mal ejemplo y dar muy mala idea á los indios de aquel gobierno.

Asi lo ofrecieron todos y fueron retirándose silenciosamente.

Diego de Soria pudo separarse á un lado obedeciendo á una insinuacion que le habia hecho Doña Catalina.

—Ya habeis visto, le dijo, á donde nos han conducido vuestros caprichos!

—Me reprochais, señora......

—No os reprocho nada; bastante sabeis que os amo y que estaba colosa.

—¡Catalina!

—Olvidad esto que acabo de deciros.

—No, no lo olvidaré nunca.

—Acabais de ser viudo y es un sacrilegio en estos momentos......

—Sobre el cadáver de la que se llamó por un momento mi esposa, os juro que no volveré á dar á ninguna mujer ni mi mano ni mi voluntad.

—Sed prudente......

—¿Y qué me aconsejais que haga con ese indio que ha osado sobre todos nosotros llevarse á la que iba á ser mi esposa?

—Debeis castigarle, dijo Cortés, que acababa de: oir estas palabras.

—No necesito entónces más órden que esa palabra, murmuró Soria disponiéndose á marchar sobre Quecholli qne era lo que mas le preocupaba por entónces aquel sentimiento de venganza.

Cortés le detuvo:

—No en este momento, le dijo:

—Acaba de cometer el delito....

—¿Y quereis ir á desunirle del cuerpo de Violante profanando asi el cadáver de vuestra esposa?

—¡Oh! dijo el de Soria rechinando los dientes.

—¿Qué teneis?

—No quisiera retardar mi venganza un solo momento: los dos me han burlado, los dos van á ser causa de que en adelante se me vea en esta corte con menosprecio.... Dejadme, señor, ir á castigarlo con mi propia mano.

—Llega en este momento la comitiva del rey Tanguazan, y malograríais mis propósitos. Venid, vamos á recibirle, y de él mismo conseguiremos una ámplia autorizacion para castigar á su sobrino.

Diciendo esto, Cortés tomó el brazo de Soria, y seguido de su cortejo, salió á las puertas de palacio, á donde estaba ya esperéndole el rey y su gran comitiva.

Despues que hubieron pasado las ceremonias, el mismo Tanguazan presentó la oportunidad que se esperaba, refiriéndose á la extraña conducta de su sobrino Quecholli.

Cortés le esplicó todo lo que habia sucedido, detallándole las últimas escenas, que hicieron cambiar cien veces de color á aquel rey infeliz.

—Perdon, señor, exclamó, yo no tengo la culpa.

E iba á doblar las rodillas; pero Cortés le detuvo diciéndole:

—Vos no sois culpable en manera alguna.

—Pero mi sobrino lo es.

—A él sí se le castigará.... si vos lo permitís.

—Sí, Malinche, castígalo con todo el rigor que creas necesario, y despues me lo entregarás para devolverle á su país, á donde tambien sufrirá las consecuencias de su culpa.

—Este pobre rey, dijo Cortés dirigiéndose al de Soria, cree que nuestros castigos dejan lugar á pasar del primero.

Mientras Cortés seguia distrayendo el ánimo del rey, explicándole lo que le parecia más curioso ó más notable, un fiel amigo y pariente de Quecholli, que acababa de oir la conversacion, se escurrió sin que nadie lo advirtiera, y fuese corriendo al departamento de Pero Rodriguez, que ya conocia por haber acompañado al príncipe en la embajada de Vechichilza.

—Señor, le dijo al llegar á su lado colocándose de rodillas, no quisiera turbar tu dolor, pero los momentos son preciosos.

Quecholli, que estaba contemplando embelesado el dulce semblante de Violante, mientras el viejo Pero Rodriguez sollozaba en un rincon, volvió la cabeza, y reconociendo á su amigo y compañero, le dijo:

—¿Qué quieres?

—Decirte que en estos momentos debes abandonar este palacio.

—¿Estás loco?

—Acabo de oir la conversacion que ha tenido el Malinche con el rey Tanguazan, y ambos te han condenado.

—¿A mi?

—Sí, á un feroz castigo.

—Que vengan en buena hora: ¿para qué quiero yo la vida?

—Es que no serán ellos los que te hagan mal alguno, sino aquel español que tiene por nombre Diego de Soria.

—¡Ah! si él viniera......

—Vendrá, pero acompañado de otros guerreros.

—Tal vez no.

—Cuando Tanguazan dió su beneplácito para que pudieran castigarte, el Malinche se inclinó al oido de Soria, y éste dictó órdenes á otros oficiales.

—Estás engañado.

—No estoy engañado, príncipe, dentro de poco tiempo ese capitan se presentará aqui seguido de guerreros...... serás conducido á una mazmorra, y despues que ese hombre te haya humillado y atormentado, será cuando te dará muerte.

El semblante de Quecholli se iluminó ante aquellas palabras que eran toda una revelacion, miró con ojos llenos de ternura y de amor á Violante; tomó una de sus manos frias que llevó fervorosamente á sus lábios y en seguida dirigiéndose á aquel amigo fiel que estaba aún á su lado, le preguntó:

—¿Quieres partir conmigo?

—Sí, le contestó con voz firme.

—Quizás no podamos siquiera salir de este palacio.

—No importa: yo me uno á tí y sigo tu suerte.

—Pues vamos.

Y diciendo esto, Quecholli, armado de una supre-

ma resolucion, abandonó la mano de la que habia sido su amada y salió de allí seguido de su pariente.

Ya era tiempo: en aquel instante se presentaba por el extremo del corredor Diego de Soria, seguido de algunas guardias.

Los indios no fueron vistos y pudieron seguir su camino, deslizándose por las escaleras con toda la cautela necesaria para no ser apercibidos de sus perseguidores hasta lograr ponerse en medio de la calle.

Vacilaba allí Quecholli sobre el partido que deberia tomar cuando fué reconocido por un noble de la comitiva del rey Tanguazan.

—¿Qué haces aquí? le dijo lleno de estupor, ya debias haber traspuesto la mayor distancia.

—Pues ¿qué hay? preguntó el jóven.

—Que tu tio el rey nos ha comunicado la órden de aprehenderte y entregarte al Cacique.

—¿Es cierto lo que oigo?

—Es muy cierto: el mismo Tanguazan en presencià del blanco nos ha dicho á los que estábamos delante: Id y decid á cada uno de los que vienen conmigo que está obligado á tomar preso al príncipe Quecholli y á traérmelo en seguida para entregarlo al Malinche: éste le aplicará despues el castigo que merezca.

—Entónces voy á presentarme yo mismo para que se me castigue, exclamó Quecholli delirante.

Y á la vez dió un paso en actitud de entrar al alcázar.

—¡Desgraciado! exclamó el noble que le habia abor-

dado, ¿acaso has perdido el entendimiento? Aléjate cuanto ántes, porque no tienes tiempo que perder. ¡Tu muerte está decretada!

—¿Y para qué quiero la vida? dijo aún el jóven despechado.

Entónces su pariente Cocolixtíca, este era su nombre, le dijo al oido:

—¿Quieres sufrir la ignominia de que sea Diego de Soria el que te dé muerte?

—Huyámos, dijo el jóven, dejando toda vacilacion.

Y echó á andar precipitadamente en los momentos en que se difundia la alarma por todo el palacio, diciéndose que el príncipe Quecholli habia logrado escaparse.

En efecto, Diego de Soria volvió á Hernan Cortés, diciéndole:

—Señor, el indio Quecholli ha huido.

Hernan Cortés, sin embargo de que no tenia predisposicion contra aquel príncipe, ni habia demostrado empeño en que fuera castigado, en esta vez bastó aquella noticia, que significaba una pequeña contrariedad, para sentir exaltado su ánimo: así es que contestó á Diego de Soria con el semblante encendido:

—Vos respondeisme de ese indio villano que ha venido á burlarse de vos y de todos nosotros.

—¿Me permitis perseguirlo?

—Os ordeno que salgais con todos los soldados que sean necesarios y que no volvais á presentaros aquí sin el indio Quecholli.

Diego de Soria, miéntras enjaezaban los caballos

de quince hombres que debian acompañarle en la persecucion, fué á poner en conocimiento de Doña Catalina lo que pasaba.

—Dejad ya á ese desgraciado y quedaos aquí, le dijo la gobernadora.

—¿Y la órden del gobernador?

—Don Hernando es violento y por lo mismo fácil de olvidar esas cosas.

—Señora, me deshonraria si no le obedeciera.

—Temo que tardeis mucho en esa expedicion.

—Alcanzaré al indio ántes de que haya caminado dos leguas.

—Pero si no le alcanzais, matais en el camino á otro cualquiera, lo colgais en un árbol y venis á decirle á Cortés que están cumplidos sus deseos.

—Es que yo mismo me he jurado no descansar hasta dar castigo con mi propia mano á ese perro vil.

—Id con Dios, dijo Doña Catalina, que no queria manifestarse celosa de una muerta.

Diego de Soria besó las manos de Doña Catalina y partió como un rayo.

En el patio estaban listos los quince hombres de armas, y por consejo de Cortés iban tambien tres indios sabuesos de Tlaxcallan muy conocedores de las travesías y muy listos para perseguir una presa como astutos y como adivinos.

Los informes que adquirió desde luego Diego de Soria le pusieron en buen camino. Hacia media hora que habia salido por la calzada principal el príncipe Quecholli acompañado de otro indio de elevada y robusta estatura. Ambos iban muy bien armados, y el

paso que llevaban les hacia marcar por la precipitacion.

—Son mios, dijo entónces Diego de Soria.

Y hendiendo las espuelas en los hijares de su caballo, se puso al galope seguido de su gente.

Pronto tuvo que moderar su carrera para esperar á sus indios sabuesos que se iban quedando atras.

—Para alcanzar á dos hombres que van á pié y que nos llevan media hora de ventaja, dijo Diego de Soria á los suyos, puedo estar seguro de que ántes de dos horas los tenemos en nuestro poder.

—Sí, capitan, dijo el alferez que iba á su lado, y aún creo divisar ya á dos hombres que van allí adelante por este camino.

Diego de Soria participó de la misma opinion y dictó sus disposiciones para que aquellos dos indios que iban á pié por el camino recto, fueran rodeados.

Ellos, luego que notaron que se trataba de darles caza, partieron á escape, dejando el camino á un lado y metiéndose en los sembrados.

Por más que corrieron siempre fueron alcanzados y alanceados.

Cuando Diego de Soria se llegó á reconocerlos, lanzó su exclamacion favorita:

—¡Maldicion! dijo, no eran ellos y nosotros mismos impidiéndoles estamos que nos dén razon del camino que llevan los que nosotros seguimos.

Pero como al fin los pobres indios no estaban del todo muertos, sino simplemente acuchillados, se les pudo sacar con grandes esfuerzos algunas confesiones muy confusas acerca de los fugitivos.

Indudablemente que con este rasgo particular de los indios fué con lo que más tuvieron que luchar los españoles, y por eso se explica bien el suplicio de Guatimozin y de tantos otros que sufrieron impasiblemente el tormento, sin prestarse á dar la declaracion que se les pedia.

El carácter del indio en general es concentrado, tenaz, testarudo; y no es que no comprenda por falta de una clara inteligencia, que muchas veces no se compromete á nada dando francamente una razon ó una explicacion que se le pide, léjos de eso, sabe muy bien, porque tiene la más clara comprension, hasta donde pueden llegar las consecuencias de una respuesta, pero se niega á darla con obstinacion, cuando así lo cree conveniente, aunque le cueste la misma vida. Una vez que el indío á quien se le pregunta una cosa, responde: "yo no sé nada," bien puede martirizársele con todos los tormentos, bien puede matársele de la manera más cruel y dolorosa: no se alcanzará por ningun medio arrancarle otra palabra.

¡Cuantos de esos infelices fueron sacrificados á su carácter en la época de la conquista!

Y los españoles tenian razon en indignarse llenándose de ciega rabia ante una obstinacion semejante, porque nada contribuye más á exasperar á un hombre que el ahinco que observa de negar ó de no responder para que le sea satisfecha una duda ó simplimente una curiosidad.

En este caso la irritacion del ánimo no puede tener límites.

Pero no todos los indios eran absolutamente lo mis-

mo, ni en todas las cosas se encerraban en su silenciosa obstinacion; sino que á veces hablaban mucho yendo por el extremo contrario al mismo resultado quizás, sembrando mas dudas con sus contradictorias explicaciones ó con sus respuestas vacilantes.

En aquella vez nuestros dos indios heridos se habian limitado á decir que poco ántes hábian divisado á dos hombres que se encaminaban por la falda de unas lomas que estaban enfrente á tomar las grandes montañas de Axusco al Sur de Tenochtitlan.

Como era lo más posible, Diego de Soria no vaciló en creer que aquel informe era el verdadero y dictó la órden de ponerse en marcha en aquella direccion. Lo desfavorable para sus pesquizas era que estaba al terminar la estacion de las aguas y tòdos los campos estaban enteramente boscosos con los inmensos mares de verdura que serpenteaban en distancias que ni de las más altas cumbres podian abarcarse con la vista.

Especialmente en el camino que seguian, á cada paso tenian que llamarse á grandes voces ó con el clarin para incorporarse, pues que habia veces que la sola yerba les cubria con todo y caballos.

—Paréceme que me he metido en una pesquiza imposible, dijo un poco dosalentado Diego de Soria, luego que habia pasado más de una hora en aquella persecucion.

—Con tal de que no lleguen á introducirse en el monte, los atraparemos, contestó su segundo, de nombre Felipe Bañuelos, empinándose sobre los estribos para calcular la distancia.

En aquel momento salian de la espesura y subian á una pequeña eminencia, á donde ya por otro lado estaban trepando los indios sabuesos que les acompañaban.

Cuando Diego de Soria logró hacer subir allí su caballo, ya uno de los indios que llevaba consigo tenia el brazo estendido y con el dedo señalando una direccion.

—¿Que hay? preguntó el gefe de la cuadrilla.

—Allí van, contestó uno de los indios.

—No los veo, dijo Diego de Soria.

—Ni yo tampoco, añadió Bañuelos.

Entónces el indio, cubriéndose los ojos de los rayos del sol con una mano, señaló con la otra la direccion que llevaban los perseguidos, hasta conseguir que fueran distinguidos, sin embargo de que por razon de lo poco que se dejaban ver medio cubiertos por la yerba, parecian desde allí dos puntos movibles en el horizonte.

—Particular es la vista que tienen estos indios, dijo Diego de Soria.

—Y tambien el olfato, agregó Bañuelos, estoy seguro de que más que con la vista han descubierto con el olfato á sus compañeros que perseguimos.

—Una vez que ellos han cogido la huella ya no se nos irán.

—Antes de una hora estarán en nuestro poder.

—Pues en marcha, dijo Diego de Soria, haciendo que los indios de Tlaxcallan tomasen la delantera.

De allí al punto en que Quecholli y su compañero habian sido descubiertos habria la distancia de una legua, pero como el terreno era quebrado y estaba lleno

de maleza, no se podia recorrer tan pronto ni con mucha facilidad por los perseguidores, con ventaja de los perseguidos, que al verse descubiertos empezaron á manifestarse ansiosos de ganar la montaña.

La habilidad de los indios que guiaban á Diego de Soria estaba, pues, en cortarles aquella retirada, y en ello emplearon tambien todos sus esfuerzos.

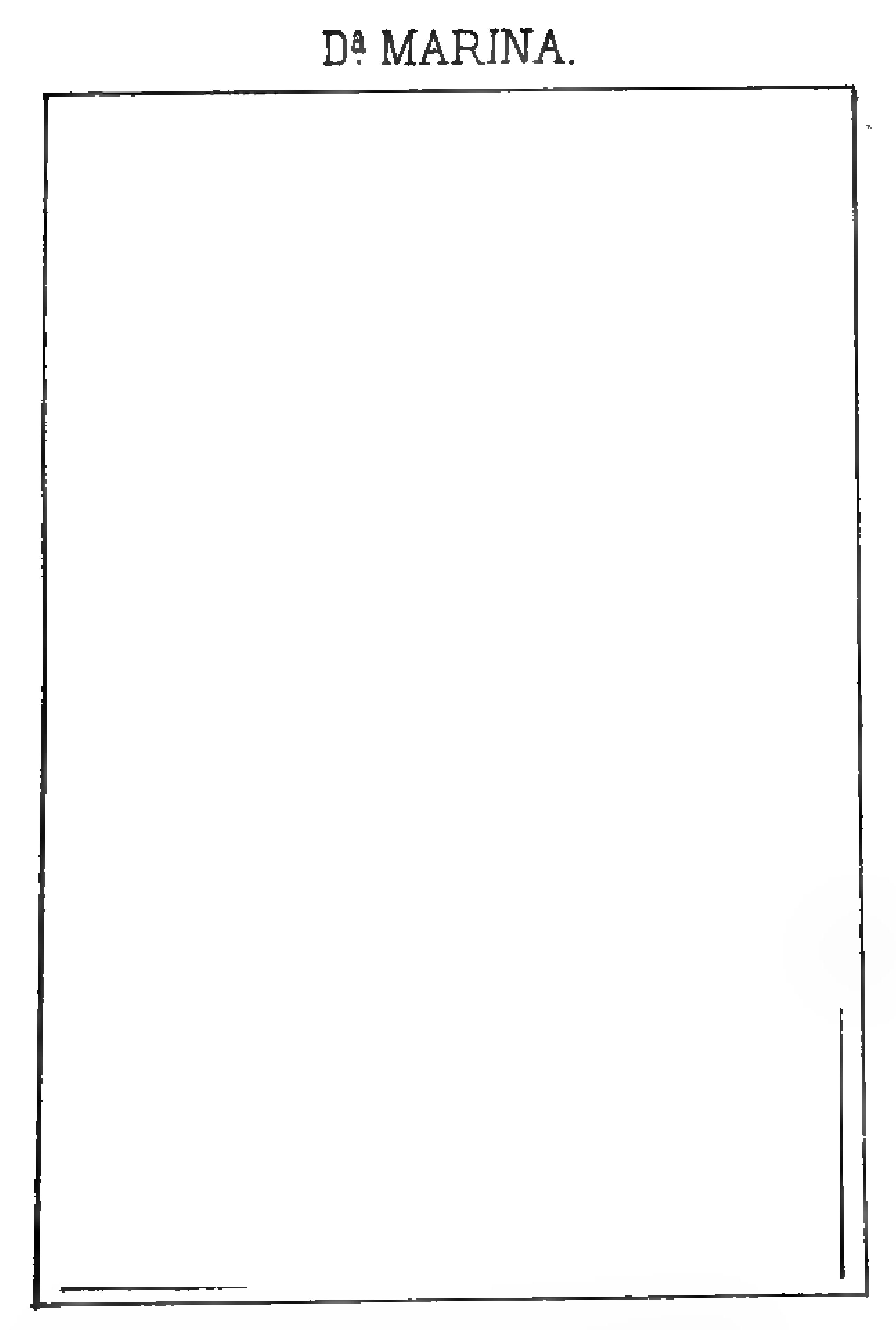
Desde aquel momento, perseguidos y perseguidores, estando á la vista, tuvieron que desarrollar una série de maniobras que concurria en los primeros á engañar y trastornar los planes de los segundos, mientras que éstos se afanaban en frustrar los proyectos bien claros de aquellos de meterse en alguna de las espesuras, todavía distantes.

Cuando la situacion de Quecholli y su compañero se vió más comprometida, fué cuando Diego de Soria dispuso que toda su gente se extendiera á la desbandada para cortarles todas las sendas que podian aquellos tener abiertas hácia los montes vecinos, quedándose él con sus indios sabuesos para un caso imprevisto.

Una vez colocados los perseguidores en esta forma, se lanzaron sobre las desdichados Quecholli y Cocolixtica, echándoles un cerco del que era imposible que pudieran escaparse, á la luz del dia, y estando todavía unas tres leguas distante la montaña.

Quecholli, y su pariente Cocolixtica, se detuvieron un momento y estuvieron deliberando al ver la-actitud que acababan de tomar Soria y los suyos, cuyas armas resplandecian á la luz del sol que recibian de lleno,

Dª MARINA.



Amenazò con el puño à Diego de Soria que se habia quedado atónito y con una rudeza salvaje se abrió paso llevando en brazos á Violante.



encontrándose entre unos y otros una distancia de poco menos de una media legua.

La vacilacion de los dos indios no duró arriba de un minuto, pues que rápidamente abandonaron la direccion hácia el cerro qne llevaban, y en lugar de seguir para el Sur, en donde se encontraba el Axusco, tomaron para el Poriente, en donde, si bien las montañas son mas pequeñas, una ancha cinta de árboles las resguardaba, extendiéndose por sus faldas á varias leguas de distancia.

La salvacion de Quecholli y su compañero dependia de que pudieran ganar, autes de ser cortados por los españoles, el primer grupo de árboles que estaba á un poco más de una legua de distancia.

Esto parecia imposible, y sin embargo, esta era ostensiblemente la decision tomada por los perseguidos en vista del movimiento indicado.

Diego de Soria gritó entónces:

—Que los que llevan mejores caballos corran á toda brida para impedirles que penetren al montecillo.

Y mientras los suyos por uno y otro lado iban tratando de ganar el terreno adelante, él y sus indios corrian atras siguiendo la línea recta que llevaban Quecholli y su compañero.

De repente desaparecieron éstos en una hondonada.

Por un momento quedaron todos detenidos, sin saber cuál era la direccion que debian de seguir. Soria hizo señal de que se continuara echando el cerco.

Cinco minutos despues, aparecieron Quecholli y su compañero desviados completamente del sendero que

llevaban, y muy cerca de un montecillo formado de arbustos espinosos.

Este no era mas que un pequeño obstáculo puesto entre Quecholli y sus perseguidores, pues que muy pronto fué franqueado el montecillo, que tendria una media legua de circunferencia, y muy pronto Quecholli y su pariente, vieron encima de ellos casi á los españoles que seguian sus huellas. La distancia se habia estrechado tanto, que ya podían oírse las voces que les dirigian para que se rindieran, desistiendo de una fuga inútil.

En esos momentos volvieron los perseguidos á desaparecer en el fondo de un barranco. Los españoles corrieron á ocupar el lado opuesto, seguros ya de haber atrapado á los fugitivos. El barranco era pequeño, y todos los declives que podian indicar un punto de salida estaban ocupados.

Diego de Soria llegó con sus indios hasta el punto en que los mechoacanos habian desaparecido. Mandó á sus indios sabuesos que reconocieran sus huellas.

Estos se pusieron como perros de caza á olfatear la presa.

Las huellas de Quecholli estaban frescas en la arena hasta un punto en que esta se encontraba sustituida por montículos de piedra viva. En la roca no era posible buscar huella alguna, y sin embargo, aquellos indios la encontraron. Para ellos no eran imperceptibles ni las gotas de sudor, ni el polvo que dejaban las sandalias de los perseguidos...... el mismo aliento que iban dejando en su veloz carrera, era adivinado, s[illegible] sentido, por aquellos hijos de las selvas. Así es [illegible]

sin vacilar, siguieron una direccion fija y llegaron pronto á la entrada de una gruta.

—Aquí están, dijeron lacónicamente señalando con el dedo la abertura hecha en la peña á Diego de Soria.

—¡Maldicion! dijo éste, se me han escapado.

Y se lanzó á la gruta con espada en mano, despues de haberse apeado violentamente del caballo; pero la prudencia vino en su auxilio, diciéndole que por allí cerca podia estar el audaz Quecholli, dispuesto á vender cara su vida, y entónces mandó reunir á sus compañeros para deliberar con ellos lo que debia hacerse.

Todos opinaron porque se guardara la entrada de la gruta por unos, mientras los demás penetraban á ella, para coger vivos á los fugitivos.

Así se hizo, lanzándose por delante á los indios tlaxcaltecas para que siguieran indicando la pista.

Tanto en dictar estas disposiciones, como en tomar un refrigerio, como en buscar leños bastantes que deberian servir de antorchas en aquellas profundidades desconocidas, se perdieron largas tres horas.

La nueva persecucion comenzó á eso de las cuatro de la tarde.

Los dos indios iban por delante alumbrando con antorchas y buscando en el piso las huellas de los fugitivos, que á cada momento perdian, burlados por las precauciones que Quecholli llevaba; detras de ellos seguia Diego de Soria con dos hombres armados con escopetas, y detras cerraban la marcha otros tres hombres llevando una luz en la mano izquierda y una espada en la derecha. En caso de que

Quecholli se resolviera á emprender una lucha aprovechándose del primer golpe que pudiera dar por sorpresa, siempre tendria que ser vencido encontrándose frente á ellos con tres campeones de refresco, aprovechándose las armas que fueran necesarias segun las irregularidades del terreno.

Cuando sentian verdadera angustia era cuando llegaban á perderse las huellas por los indios sabuesos que las seguian, entonces todos se detenian y algunos habia que propusieran el partido de volverse.

—¡Nunca! decia Diego de Soria, hemos de ver morir á ese indio ahora mismo con nuestras propias manos. Sigamos adelante.

En ese momento decian los indios:

—Por aquí van.

—No veo huella alguna, murmuraba uno de los españoles.

—Mírala aquí, decia el indio, señalando una leve descascarada reciente, hecha en el lado arrimado á una grieta.

—¿Esta?

—Sí, acaba de removerse esta tierra.

Llegaba Diego de Soria, examinaba el sitio y decia lleno de conviccion:

—Es claro como la luz: esa despostillada en el terreno es hecha por ellos mismos, por más que parezca que se arrastraron por aquí como culebras. Sigamos.

Y seguia con más ardor la persecucion.

Así siguieron hasta que un soplo de viento vino á apagar las antorchas de los que iban por delante.

—¿Qué es eso? exclamó el de Soria poniendo mano á las armas.

Al mismo tiempo sintió que le azotaba el rostro una violenta ráfaga de aire.

—¡Es particular! murmuraron algunos.

Y como los indios habian seguido marchando, temerosos de un castigo irreflexivo en virtud de habérseles apagado las antorchas, vieron á lo lejos una luz muy pálida.

Vinieron é hicieron aquella observacion á Diego de Soria.

Este se adelantó, y tambien en el fondo de la oscuridad descubrió á lo lejos un punto luminoso.

—Es una salida, murmuró con desaliento, y luego, dando una furiosa patada en el suelo, agregó:

—¡Maldicion! por ahí se han escapado.

Y guiado por aquel punto, luciente en medio de la negra oscuridad, echó á andar sin cuidarse de si era ó no seguido.

Le siguieron todos, sin que á los pocos pasos fueran ya necesarias las antorchas, pues que el paraje era suficientemente alumbrado por los pálidos rayos que penetraban al socabon por algunas rendijas abiertas á la luz del dia.

—Y bien! exclamó Don Diego, luego que llegó á aquellas aberturas, es imposible que por aquí se hayan escapado.

La luz entraba, en efecto, á traves de algunas aberturas hechas en la peña, pero tan estrechas que apenas podia caber por allí el grueso de un brazo: un hombre era imposible que cupiera por allí si no era teniendo

la facultad de quebrantarse los huesos ó de hacer elásticos sus miembros hasta lo inverosímil.

Diego de Soria tuvo que mandar por instrumentos de zapa y perder allí dos horas mientras se hacian mas anchos algunos de aquellos agujeros, por donde todavía apenas se pudo pasar con grandes trabajos.

Cuando pasó el último de los españoles, la luz del sol habia desaparecido detrás de las montañas, y comenzaban á estenderse las sombras de la noche.

Los reconocimientos no cesaron, sin embargo, en los alrededores, y pudo así encontrarse otra salida un poco mas ámplia, que fué la que los perseguidos aprovecharon.

Puestos otra vez los indios sabuesos sobre las huellas de Quecholli y su compañero, pudieron testificar que no hacia un cuarto de hora que habian salido de la gruta, segun estaban frescas sus pisadas en aquel terreno húmedo.

—Y decir que se nos han salido de entre las manos, murmuró Diego de Soria.

—Todavia los tenemos, si lanzamos nuestros caballos en pós de ellos, dijo uno de los que le acompañaban de cerca, pues segun creo estos indios no estan lejos, y aun he oído el rumor de sus pasos.

—¡Nuestros caballos! exclamó Don Diego de Soria con voz sorda, ¿y dónde cstán nuestros caballos, y los que los tienen? ¿ Sabemos siquiera en donde se encuentran ni por dónde nos encontramos á esta hora?

En efecto, el resto de los españoles se habia quedado con los caballos, resguardando la entrada de la

gruta, y era necesario esperar la luz del dia para buscarlos y llevarlos.

Despues de un lijero consejo, sin embargo, se resolvió dar un alcance á pié á los fugitivos, puesto que se encontraban tan cerca. Entre ocho hombres que eran los que se encontraban allí reunidos, bien se podia dar alcance á otros dos que deberian estar ya estenuados por la fatiga.

Desde aquel momento la fuga de Quecholli fué clara y distinta con direccion á las elevadas montañas del Axusco; pero como las sombras de la noche le protegían, y se encontraba muy cerca de las faldas, pudo alcanzarlas antes de que los perseguidores se lo impidieran.

Cuando llegaron á aquel punto, Diego de Soria dijo jadeante y lleno de rábia:

—Basta! Mañana continuaremos la persecucion.

El mismo estaba convencido de que ésta seria inútil, de que Quecholli se le habia escapado; pero muy temprano mandó recoger la gente y los caballos del sitio donde habian pasado una noche malísima y dió órdenes que indicaban que continuaba aquella faena.

Los indios sabuesos, buscaron y encontraron las huellas de los fugitivos en la falda de la montaña, las cuales siguieron los españoles, unas veces echando pie á tierra y llevando los caballos de la brida, otras veces haciendo grandes rodeos por el borde de terribles abismos. A veces creian imposible ó maravilloso que los dos hombres á quienes perseguian pudieran haber ascendido á lugares en que solo los pájaros tenian de-

recho á subir llevados en sus alas. Así llegaron al píe de una roca escarpadísima.

—Por aquí subieron, opinaron á una voz los indios tlaxcaltecas, despues de haber reconocido el terreno.

—No seria pasible, murmuró Soria moviendo la cabeza en signo de duda.

Entónces apareció Quecholli en lo alto de la montaña, y dando un alarido salvage, dijo despues en voces claras:

—¿Quieres luchar conmigo, Diego de Soria? retira un poco á toda tu gente, y bajaré.

Soria contestó que sí. Quecholli desapareció para presentarse en un punto de la roca más bajo.

—Aquí estoy yo, dijo el príncipe esforzando la voz para ser bien oído; pero tu no cumples.

—Estoy solo, le gritó el de Soria.

—Allí veo á tres de los tuyos queriéndose ocultar entre los árboles, á veinte pasos de distancia.

Entónces Diego de Soria cogió su arcabuz y apuntó á Quecholli, el cual le dijo:

—¡Cobarde!

Salió el tiro, y se vió luego á Quecholli trepar por la peña como un gato.

—Algun dia caerás en mis manos, índio miserable, gritó Don Diego mordiéndose las uñas con rabia feroz.

Quecholli contestó desde lo alto con una estridente catcajada.

CAPÍTULO XXVII.

A oscuras.

Tenemos que volvernos á ocupar de nuestra heroína, á la cual habiamos abandonado dándole el tiempo necesario para salir del apuro que conocen ó sospechan nuestros lectores.

La casa de Marina habia permanecido herméticamente cerrada por todas partes, sin que ni una luz, ni una sombra, ni un movimiento, ni un ruido denotaran que la casa estaba habitada.

Y sin embargo, José de Jaramillo sabia muy bien que dentro de aquel palacio se encontraba, no solo la bella Marina, sino además una servidumbre que pasaba de cincuenta personas. ¿Cómo hacian para guardar todas aquellas gentes tan profundo silencio? ¿Era posible que no necesitaran nada del exterior, para que guardaran tan absoluta incomunicacion, que no habia sido quebrantada en dos meses?

En efecto, dos meses hacia que José de Jaramillo

rondaba aquella casa, y en los dos meses no habia visto que puerta ni ventana se abriera, ni tampoco que apareciera luz por las noches á traves de la profunda oscuridad de que estaba rodeado aquel solitario palacio.

A él, sin embargo, le constaba muy bien que allí estaba Marina, y que allí se encontraban tambien las personas de su servidumbre.

A cualquiera otro le hubiera desanimado esta circunstancia, haciéndole abandonar un campo tan difícil de prestarse á la conquista; pero José de Jaramillo era tenaz, y á más de tenaz estaba cada dia mas enamorado de Marina, por cuya razon apenas dejaba aquel rumbo para ir á su cuartel, teniendo consagradas á semejante guardia todas las horas que el servicio le dejaba libres.

Particularmente de noche, al oscurecer, era cuando mas gustaba de hacer aquellas rondas. Por lo general no se veia importunado por nadie, pues ademas de lo desierto del parege, á aquellas horas nadie se aventuraba á penetrar entre las arboledas de la tierra firme ni menos entre los nutridos tulares, que como una emboscada encubrian las profundas ciénegas y grandes depósitos de las aguas.

:olo los indios conocedores de los canales sabian cruzar por allí llevando una ligerísima canoa de vara y media de largo por un pié de ancho, con las cuales se deslizaban por donde quiera con una habilidad prodigiosa, poniéndose en comunicacion momentáneamente con los barrios mas apartados. Un solo remo era el que les ayudaba á cortar el agua con rapidez,

sin que sin embargo hicieran mas ruido que el chasquido de una rana cuando se precipita sobre las aguas al sentir cualquier rumor alarmante.

José de Jarramillo iba á veces á caballo acompañado de un escudero que se encargaba de llevar las cabalgaduras á ser abrigados en el bosque, miéntras el doncel rondaba por frente á las rejas de su amada, y otras veces iba solo y á pié, y entónces se estaba por allí en observacion hasta mucho despues de la queda.

En una de esas noches solamente, habia creído oír un grito, algo parecido á un gemido, á un ¡ay! arrancado del fondo del alma de una mujer, que salia de la casa de Doña Marina: se habia aproximado presuroso, pero léjos de volver á repetirse, todo yació despues en el mayor silencio.

—¿Quién lanzaria ese lamento? preguntó Jaramillo, hablando consigo mismo. Yo estoy cierto de que he escuchado un grito, un grito como arrancado por un dolor repentino, luego ayes como acompañados de sollozos, luego.... ¡nada! el mismo silencio de muerte. Pero ese ligero ruido vino del lado de la casa de Marina.... aquí cerca hay otras casas tambien, pero están en otra direccion y el viento se hubiera llevado los ecos sin que yo los percibiese. La voz ha sido de mujer y vino del lado de la casa de Marina, de la reina de mis pensamientos.... en eso no tengo duda, no, no la tengo.... Pero en todo caso, ¿quién es el que ha lanzado este lamento?.... A mí me ha parecido reconocer la misma voz de Marina.... esto bien pudo ser alucinacion.

Entónces lo mejor será acercarme al postigo y lla-

mar.... es necesario que yo llame para saber lo que pasa dentro de esa casa.

Y se precipitó á la puerta, en donde ya próximo á dar dos golpes con el puño de su espada tuvo que volver ésta á la vaina, diciendo:

—¡Imposible! yo no arrostraré con este capricho la cólera de Marina.... Ella dirá que me lo ha prohibido y yo tendré que salir otra vez de allí avergonzado.

Entónces volvió á su sitio de observacion y fué la única vez que vió pasar luces y deslizarse sombras á través de las cerradas celosías de las altas ventanas que de trecho en trecho adornaban el palacio que por el rumbo de San Cosme habitaba Marina la Lengua.

En las noches siguientes no volvió á percibir nada, ni siquiera el rumor más lejano.

Y así habian trascurrido ya dos meses, sin que Marina cesase en su rigor ni Jaramillo se cansara de su constancia.

Ella, la mujer mas perspicaz, no podia ignorar que su enamorado Jaramillo se pasaba los dias y las noches rodeándose de su palacio.

Indudablemente que lo sabia, indudablemente que lo habia visto; pero si permanecia firme en su propósito de mantener cerradas las puertas, era que habia un misterio, un motivo poderoso que mas tarde se sabria, el que la obligaba á estar en aquella completa incomunicacion.

Esto era lo que pensaba Jaramillo á las sesenta y dos noches que llevaba de hacer aquella ronda, des

pues de haber dado su primera vuelta por enfrente del palacio.

A la segunda vuelta que dió por allí, divisó una luz á través de la celosía de una de las ventanas. Esto ya fué un consuelo para el despavilado amante.

—¡Vaya! dijo, despues de dos meses de oscuridad se me permite divisar alli una estrella.... ¡ojalá y fuera la de mi fortuna!

En efecto, la luz se veía con la debilidad de una estrella, por una rendija que dejaban muy poco abierta las hojas de las celosías.

Jaramillo se quedó arrobado por algunos segundos y cuando se convenció de que la luz no hacia ya ningun movimiento, ni habia otra cosa que observarse hácia aquel lado, continuó sus monótonos paseos.

Estos estaban divididos del modo siguiente: tres por el costado derecho luego que llegaba del centro de la ciudad; tres por el frente del palacio, tres por el costado izquierdo y tres por la espalda, en la que no habia mas que una tapia que encerraba los jardines; pero la cual podia ser fácilmente asaltada, cuya idea se paseó muchas veces por la imaginacion del enamorado caballero.

—Pero, ¿y si soy descubierto? se preguntaba, ¿si llego á ser sentido por los indios que rodean á Marina, que son todos sagaces y listos como perros de presa?

Estas reflexiones ú otras parecidas le desanimaban y continuaba sus paseos, esperando alguna oportunidad con una santa resignacion.

En esta noche en que ya se habian completado dos

meses y dos dias de paseos para solo conseguir al cabo de ese tiempo ver una luz débil por el intersticio de una puerta, Jaramillo estaba más sobresaltado que de costumbre, á cada momento le parecia oir ruidos extraordinarios y á cada momento tambien le parecia que se abrian las puertas del palacio y que un lacayo venia á tomarlo de la mano para conducirlo por mandato de su señora á ciertas antecámaras, á donde debia llegarse por en medio de un oscuro laberinto.

De repente detuvo sus paseos, que estaba haciendo por debajo de las altas ventanas del palacio, y aplicó el oido:

—El rumor es lejano, murmuró, y continuó su marcha bajando para el lado de la ciudad.

Detúvose otra vez á medio camino, aplicó de nuevo el oido y exclamó despues de un momento.

—¡Es particular!.... lo que se oye es un rumor de pisadas de caballerías que vienen hácia esta direccion.

Continuó escuchando y luego dijo:

—Son solamente dos caballos.... entónces no es una ronda.... ¿quién podrá ser?.... En todo caso ellos son dos y dos somos tambien nosotros. Voy á prevenir á mi escudero.

Se dirigió lentamente al bosquesillo en donde estaba su escudero esperándole con los caballos, y le dijo:

—¿Duermes García?

—Velo, señor.

—Acércanse dos hidalgos hácia esta parte.

—He oido las pisadas de sus cabalgaduras.

—Voyme á reconocerlos y si son dos en atacar

mediarás de tu parte, y si es uno solo, te estarás quieto.

—Conozco las obligaciones de los escuderos que sirven á los esforzados hidalgos.

—Está bien: entónces puedo ir segnro al encuentro de esos caballeros.

—Hacedme la señal que tenemos convenida cuando me necesiteis.

—No espero llegue el caso.

Diciendo esto Jaramillo, salió del montículo y se colocó en medio de la calle formada por las tapias de un jardin y por la arboleda de la calzada, entre el sitio en donde estaba el escudero con sus caballos y la casa de Doña Marina, como si quisiera estar al alcance y á la defensa de ambas cosas.

Efectivamente, poco despues se oyeron muy distintamente los pasos de dos cabalgaduras y el rumor de voces de las dos personas que las montaban.

La noche estaba tan oscura que no podia verse un objeto á dos varas de distancia, cuya oscuridad se hacia más densa con la sombra que proyectaban los árboles, impidiendo siquiera descubrir el brillo de una que otra estrella que aparecian en el cielo medio cubiertas por las nubes y por los vapores con que estaba cargada la atmósfera.

A diez pasos habian llegado de donde se encontraba José de Jaramillo apostado, cuando ambos ginetes se detuvieron.

Se oia que hablaban, pero lo que se decian era muy nedia voz y apenas llegaba á Jaramillo un eco con-

fuso de voces. Observó, sin embargo, que habian descendido de los caballos y que uno de ellos se los lleva ba de la brida hácia la espesura de los árboles.

—¡Hola! ¡hola! exclamó Jaramillo, paréceme que hay aquí moros en campaña.... Uno de los ginetes, que debe ser el escudero, se retira de la calle con los caballos y el otro se viene por ella como si tal cosa... Observemos.

Jaramillo se parapetó con mucho cuidado y sigilo detrás de un árbol y esperó á que pasara por allí el desconocido. Pasó, en efecto, y la oscuridad impidió que se pudiera descubrir su traje ni su estatura. Lo único que pudo decir Jaramillo, por las armas que arrastraba el recien llegado, lo mísmo que por su continente, fué esto:

—¡Es un capitan de la armada! Conozco el paso que lleva lo mismo que la espada que arrastra consigo.

Y luego que el desconocido siguió el camino adelante, Jaramillo salió de su escondite y se puso á seguirlo, pero andando con suma precaucion para evitar, no solo hacer ruido con sus pisadas, sino procurando que el choque de sus armas no produjera un ruido metálico que lo descubriria luego.

El desconocido atravesó la calle y al llegar á la esquina se detuvo como quien procura orientarse.

—¡Diablo de oscuridad! murmuró entre dientes.

Y empezó á querer buscar una puerta entre las tapias que tenia por delante.

—Paréceme, murmuró á su vez Jaramillo, que este hidalgo busca la entrada de la casa de mi Marina.

Dª MARINA.

ntonces Diego de Soria cojió su arcabuz y apuntó á
cholli, el cual le dijo:
hen te!

Y al mismo tiempo que pensó esto comenzaron á subírsele torrentes de sangre á la cabeza, y por más que queria concentrarse y discurrir, únicamente sentia que los celos le estaban dando terribles puñaladas en el corazon.

Solo esperó ya á cerciorarse de que efectivamente el desconocido buscaba la casa de Marina para lanzarse sobre él á impedirle la entrada.

—¿No soy yo su guardian, no soy yo su caballero? ¿No sabe ella que ni de dia ni de noche me aparto de estos sitios resguardando su seguridad? ¿No duerme ella tranquila porque sabe que yo estoy siempre con el arma al brazo abajo de sus celosías?

En ese momento el hidalgo habia logrado colocarse frente á la puerta de palacio de Marina, la cual logró reconocer en el fondo de la oscuridad, pues se lanzó á ella sin vacilacion.

Jaramillo de un salto vino á interceptar el camino.

—¿Quién va allá? preguntó el desconocido con voz firme y sin aparecer desconcertado por la sorpresa.

—¡Atras! contestó Jaramillo, desnudando la espada.

El desconocido dió en efecto un paso atras, se lió su capa al brazo y desnudó tambien el acero.

—¿Quién sois? preguntó con toda calma, cuando ya estuvo seguro de haberse preparado bien para la defensa.

—Un hidalgo dispuesto á disputaros la entrada de esa casa.

—¿Y qué casa es la que defendeis?

*

—Aquella que no os ha de interesar á vos, respondió Jarámillo ciego de cólera, defendeos y pronto.

—Paréceme que conozco vuestra voz, dijo el desconocido.

—¿Quereis ó nó defenderos?

—¿Es preciso pues combatir?

—Si, es que teneis empeño en seguir adelante.

—Sí tengo.

—Pues en ese caso pasareis despues de haberme vencido.

—Os venceré.

—Eso es lo que vamos á saber despues que estén ligadas nuestras espádas.

—Os venceré digo.

—¿A qué pues tanta conversacion?

—Es que no quiero mataros.

—¿Conoceisme acaso?

—Si quereis aproximaros uno ó dos pasos más, estoy seguro de que sabré quien sois.

—Y vos ¿qué quereis aqui?

—Yo vengo á mi propia casa.

—¿Vos?

—Yo mismo.

—Pues ¿quién sois vos?

—Soy Hernan Cortés y la que vive allí es Marina...

—¡Jesus! dijo Jaramillo extraviado.

Y entónces sin pensar en otra cosa, sin esperar á saber más, sin conciencia de lo que hacia, echó á correr de un modo desesperado, tomando precisamente el lado contrario de aquel en donde se encontraban sus caballos.

Hernan Cortés volvió á colocar el acero en la vaina con toda calma, y se quedó reflexionando un momento sobre aquella ventura:

—¿Quién era aquel hombre? ¿qué buscaba allí á aquellas horas? Tendria inteligencias con Marina ó estaria rondando en interés de alguna doncella que tuviera su habitacion en aquellos alrededores? ¿No estaria equivocado de casa cuando era aquella la que defendia, ó en esa misma estaria otra mujer hermosa al lado de Marina? ¿De quién era el metal de voz que habia creido reconocer, sino de alguno de sus capitanes á quienes tenia que escuchar con frecuencia?

—Saldré luego de todas estas dudas, agregó dando fuertes golpes con el puño de su espada en la puerta, los cuales fueron oidos á gran distancia en medio del silencio de la noche.

CAPÍTULO XXVIII.

Juramento.

Como el ruido de las armas habia sido escuchado anteriormente en el interior de la casa, lo mismo que el rumor de las voces de hombres que se reconvenian y amenazaban venir á las manos, apénas resonaron los primeros golpes que dió Cortés á la puerta con el pomo de la espada, cuando se abrió el postigo y aparecieron varios indios, unos detras de otros, dando las mas marcadas señales de desconfianza. El conquistador los tranquilizó manifestándose, y entónces franqueó la entrada, siendo conducido en medio de hachas encendidas por largos pasadizos, escaleras y corredores hasta llegar á las habitaciones de Marina. Esta se encontraba ya en el dintel de la puerta principal, y ceremoniosa en extremo, recibió á su antiguo amante sin dar señales de regocijo, pero tampoco sin manifestarse desdeñosa ó indiferente. El aire de Marina estaba lleno de afabilidad, pero á la vez tenia sus tintes de una humilde resignacion. No era la amante la

que se presentaba á los ojos de Cortés, sino la consejera dispuesta al sacrificio, esto es, pronta á pasar hambres, fatigas y todo género de privaciones.

—Entrad á vuestra casa, Señor, dijo á Cortés, inclinando la cabeza.

—¿No me abrazais como ántes? preguntó éste, quedándose mirándola con cierta extrañeza.

—Dignaos pasar adelante, Señor, repitió ella con tono suplicante.

Cortés comprendió que no queria ella tener explicacion alguna delante de los criados y penetró al salon seguido de Dª Marina, miéntras que aquellos á una órden suya se retiraron discretamente.

Marina fué y se sentó á alguna distancia del conquistador.

—¿Por qué tan léjos, Marina, le dijo éste, ya no me amais?

—Señor, os ruego que evitemos ese género de explicaciones y que me digais simplemente que es lo que venis á hacer á estas horas á la casa de vuestra sierva. Mandad para que seais luego servido.

Cortés recordó en el acto la aventura que acababa de tener y que ya habia olvidado, subyugado por las miradas de Marina, y dijo á ésta:

—Parece que hay por allí un cancerbero encargado de cuidar vuestro palacio.

—¿Que me quereis decir?

—Que un hombre ha desnudado la espada para impedirme que llegara hasta vos.

—¿Un hombre? preguntó Marina negligentemente.

—Sí, y vos sabeis quién es?

—Sin duda.

—¿Le conoceis?

—Como os conozco á vos, Señor.

—Decidme su nombre, si gustais.

—Mas tarde tendré que decíroslo por fuerza.

—¿Os enamora?

—Creo que sí.

—¿Y vos le amais?

—Le estimo solamente, pero le estimo de un modo que por él haria cualquier sacrificio.

—¡Ah! dijo Cortés despechado.

—Hace dos meses que ni de dia ni de noche abandona estas calles próximas y no se cansa de rondar por ellas, sin embargo de que me he manifestado con él harto insensible.

—¿No os le habeis mostrado?

—Ni un momento solo, por mas esfuerzos que ha hecho, por mas súplicas que me ha dirigido para dejarme ver.

—Permitidme os diga que vuestra conducta es muy particular.

—Rotos los lazos que creía me habian unido á vos para siempre, hoy, todo lo demas, no puedo verlo sino con indiferencia.

—Pero me habeis dicho ántes, que no sois tan indiferente con ese hidalgo.

—Por mas que no le ame ni como una sombra siquiera de como os he amado á vos, veo que por mi muere, que me ama como yo os amé, y éste recuerdo me hace ser con él agradecida.

—¿Y sabe él que vos le profesais tan grande estimacion?

—Debe sospechárselo, cuando á pesar de mis rigores no se desespera y sigue allí con una constancia que no acostumbran tener los demas hombres.

—¿Os ha hablado alguna vez?

—Muchas.

—¿Aquí?

—Solo una vez osó introducirse á mi palacio y fué agriamente reconvenido y casi lanzado de ella como si hubiera cometido un crímen.

—¿Entónces es en otros sitios en donde os ha hablado?

—¿Pero que empeño teneis en estarme arrancando estas confesiones?

—¿No tengo derecho?

—Vos teneis el derecho, señor, de ordenarme cuanto gusteis y de sujetarme á vuestra obediencia.

—¿Y bien?

—Vos no podeis ya mandar en mi corazon.

—¿Que es lo que decis?

—Que entre nosotros dos se ha abierto ya un abismo insondable.

—¡Bah! dijo Cortés sonriéndose.

—Podreis disponer de mí como vuestra amiga, como vuestra intérprete, como vuestra servidora, como la criatura mas leal que seguirá cuidando vuestra vida y haciendo todo cuanto pueda para poneros á salvo de los peligros; pero ya el lazo de amor está roto, roto completamente......

Al decir esto, suspiró Marina y una lágrima corrió por sus mejillas.

Cortés quiso lanzarse á enjugar aquella lágrima como otras veces, pero al acercarse á Marina, ésta lo rechazó con dignidad.

—Señor, le dijo marcándole el sitio en que debia permanecer inmóvil, os ruego que respeteis mi dolor.

—Pero, Marina, ¿qué estraño cambio encuentro en vos?...... ¿acaso tiene la culpa ese galante hidalgo cuyo nombre me ocultais?

—Vos mejor que yo comprendereis, señor y dueño mio, que vuestra situacion ha cambiado completamente.

—Decidme por qué, si gustais.

—Hay asuntos que no necesitan decirse para estar bien esplicados...... ¿á qué quereis lastimar de nuevo las llagas de que tengo sembrado el corazon?

—¡Marina!

—Ya pasé una noche que debió quitarme muchos años de vida, cuando abandoné vuestro palacio de Coyoacan, una noche en que sufrí todos los tormentos que pinta nuestra religion para las condenadas...... no me hagais recordar otra vez lo que padecí en esa noche horrible.

—Pero vos sola habeis querido ausentaros de aquel palacio, recobrando vuestra libertad.

—¡Mi libertad!.... ¿y para qué me hubiera servido en ese caso, si estaba acostumbrada á ser esclava?

—Os quiero decir que vos fuísteis la que quiso abandonarme.

—¡Oh! yo no os hago el cargo de haberme arrojado.... de vuestra casa.

—Asi es la verdad.

—Pero vos me dijísteis ciertas palabras....

—Sí, que venia mi esposa Doña Catalina Juarez.

Marina se lanzó á donde estaba Cortés, y le puso una mano en la boca.

—¡Callad! le dijo, no me lo recordeis.... sí, esa dama es vuestra mujer...... y conforme á vuestras leyes y costumbres esa dama es mi señora y yo soy su sierva como lo soy vuestra..... ella os pertenece conforme á vuestras leyes y á vuestro Dios.... que es el mio desde que aprendí vuestra santa religion..... conozco que por mi parte no tengo ningun derecho de turbar su felicidad...... ella es la propietaria de vuestro corazon..... ella es la que tiene el mayor derecho de estar á vuestro lado, de cuidaros y haceros feliz; pero....

—Continuad, Marina, dijo Cortés.

Los ojos de la jóven se habian empañado, y un nudo oprimia su garganta.

—¿Para qué?...... dejadme...... os lo ruego.

—No, no, decidme vuestro pensamiento completo, aunque diciéndolo me lastimeis.

—Que el cielo me castigue si yo abrigo el pensamiento de ofenderos.

—Pero me afligis......

—¿Y cómo no me afligísteis vos cuando me anunciásteis que venia vuestra esposa á acupar el lugar que yo tenia en vuestro corazon?

—Vos seguís ocupando el mismo lugar.

—No, no...... desde aquella tarde ví brillar vuestros ojos con la pasion por otra mujer...... desde aquella tarde fatal quedó pronunciado nuestro destino.

—¿Qué es lo que decís?

—Que despues de aquella horrible ofensa que hicísteis á mi amor....

—¿Ya no me amais?

—Os amo más que nunca...... pero desde esa tarde juré por todo cuanto hay de mas sagrado en la tierra y en el cielo no volver á perteneceros......

—¡Marina!

—Lo juré, Don Hernando.

—¿Y qué importan todos los juramentos si acaso me amais, Marina?

—Os amo, sí...... ¿cómo podria negarlo? os amo á pesar de que todos los dias lucho tenazmente para olvidaros...... os amo por más que me haya inspirado celos una mujer que no conozco...... os amo aunque me hayais destrozado el alma al notificarme que ya no érais mio...... os amo ofendiendo á Dios y al mundo con este amor,...... pero hay que repetíroslo: he hecho el juramento más solemne.

—¿Y qué?

—Que cuando yo juro, muero, pero no quebranto mi juramento.

—Fué un juramento vano, del cual pueden dispensaros nuestros hombres de iglesia.

—No es á nuestros hombres de iglesia á quienes tengo que satisfacer, sino á lo que está más elevado que ellos, ¡á Dios!

—Dios es bueno, y tambien os dará plena disculpa.

—No.

—Con la confesion se lava todo pecado.

—Lo juré entónces, señor, y si fuera necesario, lo volveria á jurar ahora mismo.

—¡Ah! entónces es que no me amais.

—¿No os he de amar, si en este momento hay una voz que me grita que debo amaros hasta el fondo de mi alma?......

Y Marina, sin poder contenerse, corrió á las piezas interiores.

Hernan Cortés oyó tambien que un niño recien nacido lloraba, lo comprendió todo, y corrió en pos de Marina.

Esta se lo presentó en alto, y Cortés lo besó y lo llenó de caricias.

—Este es el lazo que nos une, dijo Marina; aquella mujer es el abismo que nos separa.

—¡Esa mujer, morirá! murmuró Cortés.

—¡Silencio! exclamó Marina: en presencia de este niño, que no nos comprende, pero que nos escucha, vuelvo á repetir mi juramento: ¡jamás volveré á ser vuestra, Don Hernando!

—¡Pero qué estais diciendo, desgraciada!

—Para que veais si sé jurar y si sé cumplir mis juramentos.

—Esto es una profanacion, porque tal juramento no lo llevareis adelante.

—Os digo que cuando juro, muero pero no quebranto mi juramento.

—¡Qué obstinada sois!

—Asi somos todos los de mi raza, como lo habreis notado: eso es lo que más os ha hecho sufrir á vosotros: que somos inquebrantables en nuestros propósitos..

—Bien, Marina, comprendo que por ahora no os sacaré de esa resolucion; pero al menos seguidme hablando con la confianza con que siempre lo habeis hecho...... ¿no sois la madre de este ángel que teneis en los brazos?.... Teneis, pues, el mayor derecho.

—Vosotros sois los que habeis dado esta seriedad á nuestro lenguaje.

—En nosotros es una costumbre, ¡mientras que en vos!.....

—Te hablaré, pues, como antes, Don Hernando, eso me cuesta poco; y si te he de hablar con franqueza, me agrada.

—Réstame deciros que venia principalmente á haceros parte de un proyecto.

—¿Un proyecto?

—Sí, Marina; pasado he más de un año en completo descanso, y es fuerza salir de la molicie.

—¡Ah! entiendo, señor, te propones emprender nuevas aventuras.... nuevas conquistas.

—Es la verdad: lo he meditado bien, y preciso me es, no solo aumentar mi poder, sino quitarme por algun tiempo de la vista de mis enemigos.

—¡En qué momentos vienes á decírmelo!

Marina dió una ojeada al niño y otro á Cortés, como si quisiera volverse dos, para no separarse de ninguno.

—Os diré, Marina, en breves palabras cuál es mi proyecto: á la vez que mando una expedicion con Juan de Alvarado, Diego de Soria y otros capitanes á Mechoacan, Xalisco y otros reinos que no son conocidos, yo me iré con los demas capitanes por el Oriente, á donde hay aun muchas tierras inesplotadas.

—¿Y cómo dejas aquí tu gobierno?

—Quedará nombrado un consejo de tres personas entre aquellas que me inspiran mas confianza, y estas gobernarán mientras dure mi ausencia.

—¿No temes que esto cause aquí algunos trastornos?

—Bien pudiera ser, pero tomo mis precauciones llevándome á la mayor parte de la armada, con la cual volvería á reconquistarlo todo, si por alguien me fuera arrebatado.

—Si tal determinacion tienes tomada, señor, me alegraré mucho la lleves á cabo con gloria y provecho.

—Pero no es eso lo principal que queria participaros, Marina

—Habla, señor, y si tienes algo que mandar á tu humilde sierva, ya sabes que á ella solo toca obedecer.

—Bien comprendeis que todos os tienen por una íntima amiga mia, y yo no quiero dejaros espuesta á las iras ni á las venganzas de nadie.

Marina comprendió que Cortés podia referirse á Dª Catalina y contestó presto:

—No daré motivo durante tu ausencia de que se

me sospeche de nada: viviré aquí del todo consagrada al cuidado y amor de mi querido niño.

—No es eso lo que yo tengo imaginado respeto de vos.

—¿Pues qué? preguntó Marina comenzando á alarmarse.

—Quiero que os vengais conmigo.

—¿Que es lo que decis, Señor?

—Que no conviene os quedeis en Tenochtitlan.

Una sombra pasó por la imaginacion de Marina, una vaga sospecha que trató de hacer en vano porque se desvaneciera. Su pensamiento fué éste: Cortés quiere llevarme de aquí porque soy la única persona que conoce el secreto de sus tesoros. Pero luego dijo mirando melancólicamente al niño que conservaba en su seno.

—Bien ves que ahora me es imposible seguirte... á no ser, agregó, que me mandes que abandone aquí á éste ser inocente.

—No le abandonaréis, sino que le dejaréis muy bien recomendado á personas de confianza por poco tiempo. Os juro que ántes de seis meses habrémos regresado.

—¡Seis meses! exclamó Marina suspirando.

—Vos sois mi consejera, mi intérprete, mi amiga, ¡todo! Sin vos no me considero útil á mis empresas.... me parece que formais una parte muy importante de mi todo.

—Te seguiré, dijo Marina despues de algunas débiles vacilaciones. pero será cuando me hayas hecho un juramento.

le hicieran tantos honores militares como al gran capitan general. Ademas, Hernan Cortés, queriendo honrar la casa régia á que el deteriorado alférez Gallego habia logrado penetrar, le habia concedido algunas tierras, algunos vasallos y algunos títulos y dignidades, levantándole á la primera gerarquía militar que tenian sus capitanes preferidos que le habian acompañado en la conquista, cosa por cierto que no habia dejado de despertar grandes celos y grandes envidias.

Gallego, que no tenia edad ni perspicacia para apercibirse de esto, continuaba contento y tranquilo disfrutando de aquella felicidad que se le habia entrado sin saber por dónde.

Por su parte, la princesa Isabel habia logrado posesionarse del carácter ligero de su marido, y sabia tenerlo siempre contento, siempre á su lado, gozozo, sin hacer para ello ningun género de violencia. Hacia que Gallego prefiriera estar en el tranquilo hogar, mejor que en las reuniones de sus amigos, porque así se sentia más á su gusto. Ella misma procuraba muchas veces que fuera á buscar alguna distraccion fuera del palacio, para que aquella felicidad monótona no fuera á empalagarle.

Era una de estas mismas noches en que José de Jaramillo hacia su ronda interminable bajo las ventanas de Marina, cuando Isabel y Pedro Gallego acababan de cenar y permanecian uno al lado del otro sentados en torno de una pequeña mesa que ocupaba un extremo del elegante comedor.

Isabel dijo á Gallego colocando una de sus finas manos sobre las no menos finas del jóven militar.

—¿Cuánto tiempo tenemos ahora de habernos casado?

Gallego contestó sin vacilar:

—Tres meses.

—Siete, dijo Isabel sonriendo.

—¡Ah! pues á mi parecídome han muy pocos.

—Bueno, agregó la princesa, con eso me quieres decir que eres feliz.

—Soílo, y mucho, vida mia de mi alma.

—¿Sigues amándome, Don Pedro?

—Más que àntes de desposarnos.

—Yo lo mismo á tí: te ama con tal violencia mi corazon, que si por un momento llegara á faltarme la idea de que no te encontraba á mi lado dispuesto á seguirme amando, si me faltara el calor de tu aliento, si no estuviera segura de sentir á cada paso el fluido de tus miradas, yo me volveria loca, Don Pedro, yo no sabria seguir viviendo en el mundo.

—Pues tengo que daros respecto de eso una mala noticia.

—¿Cuál? preguntó Isabel perdiendo el color.

—Paréceme que se anuncia una salida de la armada.

—¿Una salida de la armada?

—Sí.

—¿Y bien, qué?

—Que yo tendré que salir con ella.

—No formes así mi desesperacion.... no te complazcas en atormentarme: díme pronto toda la verdad.

—Pues toda la verdad no la sé: yo solo hablé esta tarde con unos camaradas, y ellos me dijeron que Don

Hernando se disponia para mandar la armada repartida hácia varias direcciones.

—¡Ah! entónces no puedes saber, Don Pedro, si tendrás tu tambien que partir.

—Créolo, hermosa Isabel, porque los camaradas que me hablaron de esto, hiciéronme presente que no se quedaria en el real ningun hombre de armas.

—La ausencia tuya, Don Pedro, será una tumba en mi corazon, que siempre estará sin consuelo.

—Yo tampoco me resignaré fácilmente á esta próxima separacion.

—Entónces hay que inventar algun medio para que te puedas quedar á mi lado.

—Jamás lo consentiria, Isabel, porque el inventar pretestos para no acompañar á la armada me traeria deshonra.

—Tal vez no sea cierta esa noticia.

—Os diré, Isabel, que esta es la única sombra que se interpone en mi felicidad.

—Si acaso fuera cierto, yo te acompañaria para servirte de guia y de intérprete como ha servido Marina á Hernan Cortés.

—Callad, y no me propongais delirios.

—Cuando llegue el momento, que quriendo Dios no ha de llegar, veremos lo que hemos de hacer. Ahora, ya que me has recordado el nombre de Marina, me ocurrió preguntarte si sabes algo de tu íntimo amigo Don José de Jaramillo.

—Tres dias hace que no le veo, pero las lenguas dicen que está rendido como nunca al amor de la hermosa Marina.

—¿Se sabe ya ese amor?

—Muchos capitanes me lo han contado.

—Pero si lo sabe Hernan Cortés.....

—Don Hernando tiene abandonada á su consejera.

—Yo tambien he dejado de verla hace mucho tiempo....¿ qué dirá ella que es tan buena y leal amiga?

—Dudo mucho que os hubiera recibido Marina, pues segun me han contado, sus puertas y postigos permanecen cerradas como si la mansion estuviera desierta.

—¡Ah! exclamo Isabel, dejando cruzar por la imaginacion una sospecha.

—¿Qué pensais?

—Pienso que no debo dejar trascurrir el dia que viene, sin ir á ver á Marina.

—¿Por qué?

—Porque mucho me temo que sufra alguna enfermedad.

—Os habria avisado.

—No la conoces, Don Pedro: ella podria sentirse muriendo, y tendria bastante valor y suficiente resolucion para dejarse morir sin reclamar auxilio de nadie.

—Pero ya lo habria dicho Jaramillo.

—¿Acaso ha logrado hablarle?

—Creo que no: lo que hace es pasarse los dias y las noches rondando por los alrededores del palacio.

—¿Y lo sabe Don Hernando?

—Quien sabe!

—Ese pobre caballero, ¿no piensa pues en que está jugando su cabeza en este partido?

—Dícese que Cortés y Doña Marina, han cortado sus relaciones por completo.

—¿Qué causa habria?

—La llegada de Doña Catalina.

—Las damas de ésta me han contado mil cosas.

—¿Qué os han contado, mi querida Isabel?

—Que riñen agriamente todas las noches al recogerse en su alcoba ella y Don Hernando.

—Así parece ser la verdad: repítese este rumor todos los dias en el palacio.

—Pero lo que mas escandaliza á las doncellas es el descaro, segun dicen, con que Doña Catalina muestra sus favores á un hidalgo que llaman Diego de Soria.

—Si, el viudo de Violante Rodriguez.

—Dícese ademas que Cortés ha empezado á mostrarse celoso de ese capitan; por lo menos disgustado de lo que sucede.

—Disgustado sí, celoso no.

—¿Por qué nó celoso?

—Porque Don Hernando no ama á Doña Catalina.

—¡No la ama, y ha abandonado por ella á Marina!

—Vos no comprendeis acaso todavia, Isabel, que el amor cede muchas veces entre nosotros el lugar al deber y á la conveniencia.

—Así es: no comprendo.

—Don Hernando puede muy bien amar tiernamente á Marina, mucho mas de lo que puede haber amado de jóven á Doña Catalina y preferir á esta para evitarse hablillas y los cargos que van á la corte.

—Sí ya sé que Doña Catalina es muger de Cortés

ante el altar de Dios, y Marina no lo es; pero sin embargo, Marina misma me dijo como un desahogo salido de lo íntimo de su pecho que Cortés la habia abandonado, que Cortés la habia mandado casi que dejara aquella casa de Coyoacan que se habia acostumbrado á ver como suya.

—Era por que llegaba su esposa legítima, que es ante Dios y ante los hombres la primera.

—Sí, y Marina juró no volver amar mas á Cortés.

—El corazon no se manda con juramentos.

—Marina es tenaz.

—Con lo qué quereis probarme que Marina está libre, ó poco menos, para amar á José de Jaramillo.

—Para amarle no, para darle su mano de esposa, pudiera ser.

—Para lo cual seria preciso contar con Don Hernando.

—Me haces recordar insensiblemente, Don Pedro, la suerte que corrió mi hermano.

—Pero vuestro hermano no era español, ni tampoco habia logrado ablandar el corazon de Marina.

—El Malinche es con todos implacable.

—José de Jaramillo es muy estimado en toda la armada.

—Tiemblo, no obstante eso, por José de Jaramillo.

—Pues entónces mas deberiais temblar por Diego de Soria y por Doña Catalina.

—¿Por qué razon?

—Porque con ellos está ofendido el honor de Cortés, se trata de su esposa legítima.

—A la cual no ama.

—Pero es quien representa el honor del gobernador en palacio.

—A Marina la ha amado infinitamente, tiene acaso á estas horas un niño, y... siempre se les ha visto á ambos llenos de pasion y mas que nadie unidos estrachamente.

—¿Qué es lo que acabais de decirme? ¿Cortés y Marina tienen un hijo?

—Lo sabia yo hace tres meses......sabia que estaba próximo un suceso que ansiaba y temia Marina á la vez....ahora debe ser un acontecimiento de cuyo secreto los dos solos, en el misterio, han de ser los poseedores.

—¡Ah! entónces sí, teniais razon al argüirme.... ahora ya puedo tambien clamar: ¡pobre José de Jaramillo! ¡pobre amigo mio!

—Seria bueno atraerle aquí y que le dieras consejos. Por mi parte veré tambien mañana á Marina y sabré la verdad de todo lo que hemos hablado.

—Ella misma podrá deciros si es cierto que va á partir la armada.

—No me digas tal cosa, no quiero que nos separemos......¿acaso tú, Don Pedro, anhelas dejar tus hogares?

—Poneisme en dificultad de contestaros: si os digo que no anhelo salir en busca de la gloria, miento, porque creo que sois merecedora de un esposo que os ennoblezca y dé fama á vuestros blasones. Si os digo que no siento la muerte cuando me viene el pensamiento de que algun dia he de dejaros, tambien miento, porque sobre todas las glorias está nuestro amor,

que es lo que más me hace feliz en el mundo. Y por eso el amor y el deber se ponen en lucha dentro de mi alma, y por eso ni quiero pensar en partir ni en quedarme, sino que el destino sea quien venga á disponer de mi voluntad.

—¡Oh! mi amado Don Pedro! bien veo que eres conmigo amante y generoso, bien comprendo que me àmas tanto como yo deseaba en mis ensueños que me amaras cuando te conocí, bien sé el sacrificio que harias á la gloria de distinguirte en las armas si te quedaras á mi lado y dejaras de concurrir á nuevas conquistas.... yo tambien experimento una lucha interior que me hace ambicionar lo que ambicionas y que me hace tambien temblar esperando el momento de tu partida....¡Oh! yo quisiera tener el poder de los dioses.... el poder de nuestro Dios quise decir, para cubrir de laureles tu cabeza, para llenarte de gloria sin necesidad de que te espusieras á los peligros.... sin necesidad de que me dejaras un solo momento.

—Mejor es no hablar de esas cosas que nos entristecen antes de que lleguen.

—Es la primera vez desde que nos unió el padre Olmedo delante del altar, que se deslizan á traves de nuestros labios espresiones dolorosas, ¿es verdad, Don Pedro?

—Sí, vida mia, luz de mi alma.... nunca hemos estado tristes ni un solo momento desde que vos sois mia, y yo soy vuestro.

—¿Eres feliz con mi amor?

—¿Cómo podeis preguntármelo cuando lo mirais á todas horas?

Gallego aproximó más su asiento al que ocupaba Isabel, y estrechó suavemente su ligero talle. Ella se estremeció y dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro del jóven.

Él la besó la frente arrobado, y así permanecieron algunos segundos, hasta que se oyó el ruido de un tambor, lo cual hizo extremecer á Isabel.

—Me llaman, dijo Pedro Gallego agitado.

—¿Qué dices?

—Ese toque del tambor significa que todos los hombres de armas debemos acudir á nuestros cuarteles.

—¿Qué puede ser, Vírgen santa? preguntó Isabel con los ojos desencajados.

—Puede significar lo que te habia dicho antes: vamos á partir de Tenochtitlan.

Isabel abrazó á Gallego como queriendo contenerlo.

—El deber me llama, dijo Gallego con voz triste.

—¡Marcha! contestó Isabel.

Y se desprendió de los brazos de su marido para ir á caer sobre un sillon exhalando sollozos.

CAPÍTULO XXX.

¡Inesperado!

La tranquilidad acostumbrada en la nueva capital de las provincias conquistadas, ó sea la monotonía de la qne iba á ser noble ciudad de México, fué turbada de un modo extraordinario cuando menos se esperaba por una noticia de la mas grande sensacion.

Todos los hombres salian de sus casas á tomar informes, y todas las mujeres se asomaban á las puertas y ventanas con objeto de dirigir preguntas á los conocidos y no conocidos que pasaban, sobre aquel ruidoso asontecimiento.

¿Pero qué acontecimiento era el que producia semejante conmocion en la ciudad, al grado de que hasta las casas municipales se inundaban de gente de todas clases y categorías, haciendo mas ruido en todo este Belen los padres franciscanos, que no obstante estar afanados concluyendo su iglesia, se habian puesto en gran movimiento por las calles?

Pero antes de referir este suceso, que en efecto pro-

dujo grande impresion en el ánimo público, vamos á poner al lector al corriente de varios pormenores.

Hernan Gortés, despues de su conferencia con Marina, se retiró á su palacio, en el cual fué recibido con las importunidades acostumbradas de su egregia esposa, que tanto le carcomian el alma.

Despues de la *escena* de costumbre, que invariablemente tenia lugar todas las noches antes de acostarse entre los dos esposós, llenándose de recriminaciones, Don Hernando no pudo conciliar el sueño.

Toda la noche se la pasó convinando planes.

Indudablemente que tanto le servian de estorbo Marina como Doña Catalina para sus proyectos futuros: despues del engrandecimiento que se habia hecho á fuerza de su brazo y cuando estaba en toda su virilidad y razon, necesitaba aspirar á una mujer hermosa y noble, que estuviera deslumbrando en las Cortes de Europa. Un gran conquistador, el primero quizá de los de su siglo, bien merecia tener por mujer á una princesa real de las razas más puras y más noviliarias.

La proposicion que le habia hecho Marina aquella noche le venia de perlas. Era cierto que la queria entrañablemente, que habia sido su mejor consejera y su amiga más desinteresada; era verdad que su hermosura y sus virtudes no tenian grado de comparacion con las demás mujeres, pues que á todas las superaba en lealtad, en adhesion, en ternura, en humildad y en inteligencia, y era, en fin, la madre de su primer hijo, del hijo que iba á ser la mitad de su alma; pero Ma-

rina era simple y sencillamente una mujer que de nada le serviria para mantener vivo el brillo de su estrella, y necesitaba una princesa que viniera á realzar su grandeza conquistada con las armas, no aquí, sino al otro lado de los mares.

Cortés encontraba un vacio muy grande al rededor de él, desde luego que vió las maneras bruscas de su esposa, lo mismo que su progenie humilde compuesta de plebellos.

Doña Catalina no podia satisfacerle ni como mujer, ni como gran señora, ni como nada de lo que él más apetecia.

Por un instante llegó á creer que Doña Catalina habia ostentado ó sabia ostentar aire de princesa: ese aire le habia conocido en la primavera de su amor y estaba ansioso de que llegara, juzgando que sabria presentarse como una dama de alto rango. Pero su desilusion fué inmensa luego que vió que Doña Catalina venia más tosca todavía que como la habia dejado, sin duda por la costumbre de tratar con soldados rudos y humildes campesinos.

Y todavía habia crecido mas su horror cuando habia descubierto en Doña Catalina un cambio muy desfavorable al haber cambiado su situacion. Antes era cuando ménos humilde y amorosa á su manera. No sabia llorar ni hacer caricias; pero se dejaba adivinar en sus ojos la ternura. Hoy que se consideraba rica y poderosa, y habia comenzado á verse respetada, se le habia desarrollado una soberbia insoportable que la hacia dura con su propio marido, y como sus expre-

siones eran bruscas y punzantes y Cortés era en extremo irritable, la situacion de ambos iba agravándose hasta un punto en que era necesario ponerle cualquier término.

En eso meditó Cortés toda la noche. Ya sabia como se libertaria de sus compromisos amorosos con Marina, una vez que ella habia venido á su encuentro proponiéndole el medio; pero no sabia como habia de librarse de su esposa, á la cual estaba unido con vínculos indestructibles.

—Y sin embargo, esto no puede continuar así, murmuraba en silencio, á la vez que del lecho inmediato le llegaba, como el ruido más desagradable y desapasible, la respiracion pesada de Doña Catalina.

Por un momento sus puños se crisparon bajo la presion de una terrible idea y aún llegó á incorporarse en su lecho y á tomar la daga que pendia de su cabecera; mas á renglon seguido volvió á tenderse murmurando:

—No, no: seria una mancha para mi gloria. Estamos en tierras lejanas é ignoradas, de las cuales no van más ecos á Europa que los que yo hago repercutir.... podria con facilidad apagar los rumores que aquí se levantaran.... podria dar apariencias de otra cosa á lo sucedido.... pero llegarian á contar mi proceder á la princesa en quien yo ponga mis pretensiones y...... no, no morirá Catalina de esta manera.

Al amanecer del dia siguiente se notó gran movimiento en el palacio de Hernan Cortés: los palafreneros iban y venian disponiéndole todo para un viaje.

Là misma Doña Catalina hacia sus maletas, pero dirigiendo los más horribles insultos á su marido:

—¿Cree este hombre, decia á sus camareras, que todos aquí somos soldados para estar á su voluntad y que es tan fácil á nosotras como á ellos ponernos en camino á la hora que le viene en antojo?.... ¿Y por qué nos arrebata este menguado de la ciudad y de la corte para llevarnos á aquel triste poblado en que no se ven más que lanzas y cañones?.... ¡Siquiera fueran los capitanes!.... ¿Sabeis vosotras si nos acompañan en este viaje los capitanes?.... ¿Sabeis si va Diego de Soria?.... que me llamen luego al hidalgo Diego de Soria.

Y Doña Catalina con un descaro que asombró á todos hizo venir á Diego de Soria y le previno que se pusiera tambien en marcha.

—Es imposible, dijo este, yo tengo que salir dentro de dos dias para la expedicion de Mechoacan.

—Pues yo os mando que vengais con nosotros á Coyoacan y despues formareis vuestra famosa expedicion.

—El capitan general me ha ordenado que salga escoltando al rey Tanguazan.

—Direis á vuestro capitan general que yo lo he dispuesto de otro modo.

El escándalo se hizo tan grande que vino Cortés y tuvo que ser impuesto de lo que sucedia.

—Está bien, dijo á Diego de Soria, obedeced á mi esposa y despues vendreis á cumplir con mis disposiciones.

—En ese caso, ¿me permitis vos separarme de mis deberes para ir á acompañar á la gobernadora en su viaje á Coyoacan?

—La acompañereis en su viaje como ella desea y regresareis aquí mañana mismo.

Todos quedaron sorprendidos de esta debilidad de Cortés, condescendiendo hasta tal punto con los caprichos verdaderamente criminales de Doña Catalina.

A las diez de la mañana se puso en marcha toda la comitiva y las gentes salian á las puertas y las ventanas para verlos pasar. Doña Catalina iba en una carroza acompañada de Diego de Soria y detras seguian todas las damas y caballeros que formaban la corte. Despues de las doce del dia, hora en que Cortés estuvo á comer con los frailes de San Francisco, salió tambien para Coyoacan acompañado del Lic. Zuazo, del padre Melgarejo y de sus capitanes de confianza, formando otra comitiva de no ménos de cien personas.

Por la noche estuvo Coyoacan muy animado y principalmente el palacio de la gobernadora, en la cual hubo músicas, baile y banquete á la media noche.

Lo que pasó despues de esta fiesta de familia en Coyoacan, lo dirán mejor que nosotros algunos de los testigos presenciales que declararon en la residencia tomada á D. Hernando Cortés, respecto del suceso que puso en conmocion á México y sus alrededores en la mañana á que nos referimos al principio de este capítulo.

Ana Rodriguez dijo:

"A la segunda pregunta que lo que de esta pregunta sabe es, que oyó decir públicamente en esta cibdad que el dicho Don Fernando Cortés fué casado con la dicha Catalina Xuarez á ley é bendicion, en la isla de Cuba é que en esta cibdad de México por tales marido é muger fueron avidos é tenidos, é comunmente reputados, é que este testigo en esta dicha cibdad les vido facer vida maritable como tal marido é muger, porque esta testigo hera camarera de la dicha Doña Catalina Xuarez.

A la terzera pregunta dixo que lo que de esta pregunta sabe es que conosció á la dicha María de Maracayda madre de la dicha Doña Catalina Xuarez, é que en esta cibdad es público y notorio que la dicha Doña Catalina es hija de la dicha Doña María de Maracayda, pero que este testigo no conosció al dicho Diego Juarez ni sabe mas desta pregunta.

A la quarta pregunta dixo que lo que de esta pregunta sabe es, que la noche en que murió Dª Catalina Juarez, que no se acuerda este testigo que año hera ni en qué dia, vido este testigo que aquel dia ubo ciertas fiestas en casa del dicho Don Fernando estando en la cibdad de Coyoacan é que en las dichas fiestas estuvo la dicha Doña Catalina alegre é regocijada é al parecer estaba sana é sin enfermedad é que á la noche cuando se quiso yr acostar entró á fascer oracion á su oratorio que tenia en la dicha casa é quando salió la vido salir este testigo demudada de color y este testigo le preguntó que avia y ella le dixo la llevase Dios deste mundo é que este testigo la oyó rezar á Dios es-

tando en el dicho oratorio que la llevase deste mundo. Preguntada si sabe la cabsa por que la dicha Doña Catalina rezaba aquello á Dios é tenia aquel descontento asiendo tan poco tiempo como asia que era venida en estas partes é tantos dias asy mesmo que estaba absente de su marido en la isla de Cuba é al tiempo que decia esta la dicha Doña Catalina estaba con su marido é en prosperidad? dixo: que cree esta testigo que á lo que la dicha Catalina Juarez dava á conocer hera celosa de su marido é que cree que por eso tenia algund descontento porque el dicho Don Fernando festejaba á damas é mujeres que estavan en estas partes.

A la quinta pregunta dijo que aquella mesma noche vido este testigo como el dicho Don Fernando é la dicha Doña Catalina Juarez muy alegres se entraron á costar á la cámara é esta testigo como su camarera de la dicha Doña Catalina, la desnudó é acostó en la dicha su cama, sana é buena al parecer é se fué á su aposento á dormir como solia, é dejó á los dichos Don Fernando é Doña Catalina acostados como solia, é que á poco rato de aquella mesma noche estando este testigo durmiendo en su aposento vino una india á llamalle é díjole á este testigo que le llamaba el dicho Don Hernando Cortés, é este testigo se levantó é vistió é fué á la cámara del dicho Don Hernando, el qual mandó á este testigo que encendiera una lumbre porque estaba á escuras é que este testigo la encendió é entró en la dicha cámara é dijo á este testigo:—Creo ques muerta mi mujer. E este testigo llegó á la cama

do estaba la dicha Doña Catalina la cual estaba echada en sima del brazo del dicho Don Hernando muerta, é él llamándola, pensando que estaba amortesida porque varias veces se solia amorteser.

A la sesta pregunta dixo que lo que sobre desta pregunta sabe es que en una sala junto donde dormia el dicho Don Hernando é la dicha Doña Catalina estaba la guardia que guardaba al dicho Don Hernando, pero que no se acuerda si aquella noche avia guardia mas de que solo que no llamó á otros sino á este testigo é á sus criados que entraron á la dicha cámara antes que amortajasen á la dicha Doña Catalina, é que esto sabe desta pregunta.

A la sétima pregunta dixo que lo que desta pregunta sabe es que al tiempo que este testigo entró en la dicha cámara, con la turbacion no reparó en las cuentas mas de que quando amaneció una india le dió á este testigo unas cuentas de oro que la dicha Doña Catalina traya á la garganta é le dixo que las avia hayado cabe la dicha cama é que este testigo vido la dicha cama donde la dicha Doña Catalina estaba muerta, orinada, é á ella muerta como dicho tiene, é que este testigo vido á la dicha Doña Catalina Juarez despues de muerta unos cardenales en la garganta, é que este testigo con sospecha que tubo quel dicho Don Hernando avia ahogado á la dicha Doña Catalina su muger, le preguntó: que qué cardenales heran aquellos que tenia la dicha Doña Catalina en la garganta? é que el dicho Don Hernando le dixo que le avia asido de allí para la recordar cuando se amortesió, pero que

este testigo é las criadas que allí estaban sospechaban que el dicho Don Hernando la avia ahogado á la dicha Doña Catalina, é que entrellas se murmura, é questo es lo que sabe desta pregunta.

A la novena pregunta dixo que despues de amortajada la dicha Doña Catalina estubo echada en una camilla hasta la mañana é que en amanesiendo la metieron en un ataud é la llebaron á enterrar é que quando amanesció ya estaba amortajada é puesto su rebozo é que la llevaron á enterrar...."

He aquí cómo declaró, á pedimento de Juan Juarez, hermano de Doña Catalina la testigo María de Vera:

"A la segunda pregunta dixo queste testigo vido á la dicha Doña Catalina y al dicho Don Fernando en esta Nueva España pasar vida maridable en uno como marido é muger é ansy se trataban é por tales eran avidos é tenidos.

A la quarta pregunta dixo que lo que desta pregunta sabe es quel dia antes que amanesciese muerta la dicha Doña Catalina, el dicho D. Hernando Cortés é la dicha Doña Catalina su muger avian tenido fiesta é regosijo de muchos hombres é mugeres de la dicha cibdad é que la dicha Doña Catalina estuvo en las dichas fiestas el dicho dia fasta cerca de las doze de la noche sana, é buena, é alegre, é regosijada, é al parescer sin enfermedad ninguna, é quanto es lo que sabe desta pregunta.

A la quinta pregunta dixo que lo que desta pregunta sabe es, que despues de aver acavado de comer

seria á las doze, como dicho tiene, el dicho D. Fernando é la dicha Doña Catalina su muger se entraron á su cámara para se acostar, é el dicho D. Fernando se acostó, é despues este testigo é otras mugeres que tenia la dicha Doña Catalina, desnudaron á la dicha Doña Catalina é se acostó con el dicho D. Fernando en una cama, estando sana é buena al parescer deste testigo, é se fueron este testigo é los otros á acostar, é que dende á poco de rato á lo que este testigo se le acuerda, que podrian ser dos oras, fué al aposento deste testigo una yndia á dezir que llamaba D. Fernando á este testigo é á las otras mugeres, questaba mala la dicha Doña Catalina, é este testigo se lebantó é fué ella con Ana Rodriguez é en entrando en la dicha cámara del dicho D. Fernando les dixo que truxesen lumbre que hera muerta la dicha Doña Catalina Juarez, é este testigo é la dicha Ana Rodriguez truxeron lumbre é fueron á la cámara é allaron muerta á la dicha Doña Catalina echada la cabeza sobre el brazo del dicho Don Fernando é quel dicho Don Fernando se lebantó de la cama é questo es lo que sabe desta pregunta.

A la sétima pregunta dixo que lo que desta pregunta sabe es que al tiempo queste testigo é las contenidas en la dicha pregunta entraron en la dicha cámara fallaron muerta á la dicha Doña Catalina, como dicho tiene, é la cama estaba orinada, é que tenia en la garganta unos cardenales, é que Ana Rodriguez dixo á este testigo que le avia preguntado al dicho Don Fernando que que cardenales heran aquellos que

tenia la dicha Doña Catalina en la garganta é quel dicho Don Fernando le dixo que ella se avia amortizado é por la recordar la avia estirado de allí. Preguntada sy sabe quel dicho Don Fernando Cortés ahogó á la dicha Doña Catalina é de aquello heran aquellos cardenales é si quando este testigo la vido é las otras mugeres que tiene dichas sy lo creyeron ansy é lo dixeron entre ellas é lo murmuraron, dixo: que cuando este testigo vido los dichos cardenales, sospechó é creyó quel dicho Don Fernando avia ahogado á la dicha Doña Catalina su muger, é ansy lo dixo á María de Vera, disiendo que avia sido la dicha Doña Catalina como la muger del conde Alarcos é quella le dixo que callase por amor de Dios, que no lo supiese el dicho Don Fernando é questo es lo que sabe desta pregunta.

A la octava pregunta dixo queste testigo vido rebosada á la dicha Doña Catalina con una toca la garganta, pero que no sabe sy lo mandó el dicho Don Fernando ó nó.

A la novena pregunta dixo ques verdad: que se hizo un ataud en que metieron á la dicha Doña Catalina, é que quando vino la mañana ya estava amortajada é puesta en una camilla."

Siguen otra infinidad de declaraciones que varian en la forma, pero que son muy semejantes en el fondo, de las cuales hacemos gracia al benigno lector.

La muerte de Doña Catalina produjo pues una gran conmocion, tanto en Coyoacan como en la ciudad de México, formándose en una y otra parte muchos corri-

llos en donde se daba amplio paso á la murmuracion

Casi no se levantó mas que un solo clamor unánime que no fué contradicho ni por los mejores amigos del conquistador acusando á éste de haber dado muerte á su muger.

La noticia llegó por fin hasta el rincon en donde permanecia aislada Marina.

Hizo que se la volvieran á repetir y en cada vez al escucharla se ponia más pálida.

Por fin, saliendo de su estupor, dijo á una de sus doncellas:

—Corre, amiga mia, ve presto: aquí cerca ha de encontrarse D. Juan de Jaramillo, díle que suba luego.

Y cuando se quedó sola murmuró:

—Necesito arreglar cuanto ántes mi casamiento con ese jóven que tiene un nombre limpio con que cubrir el del hijo de Hernan Cortés. Mejor que sea éste su padre y no un asesino....

CAPÍTULO XXXI.

Las consecuencias.

Hernan Cortés no pudo soportar la grita que se levantó entre todos sus súbditos acusándolo de un crímen que, imaginario ó nó, no habia podido quedar envuelto entre las sombras.

Nadie se atrevió á decirle de frente lo que se murmurmaba de boca en boca, esto es, nadie le dijo terminantemente: ¡estás acusado de ser un asesino! Pero sí le repetian de dia y de noche las sospechas de la multitud, y los frailes le aconsejaron por su bien que se exhumara el cuerpo de Doña Catalina para que hicieran los médicos un reconocimiento que viniera á poner fin á las hablillas.

—Que murmuren, les habia contestado Cortés, caro le costará al que llegue á ser encontrado refiriendo como cierta tan enorme sospecha. Bien veo que hay lugar á suposiciones por lo mal que nos tratábamos y por lo repentino de su muerte; pero mis criados todos fueron testigos del dolor que me sobrecogió, y la tris-

teza que padezco está diciendo demasiado cuánto he sentido la muerte de Doña Catalina. Ya vereis como he de castigar con rigor á los que sigan murmurando.

Pero Cortés habria necesitado hacer una hoguera con todos los habitantes de sus dominios, á fin de concluir con aquellas murmuraciones que á cada momento tomaban mas cuerpo, agregándoles todo aquello de que en tales casos es susceptible la fantasía popular.

—He aquí como voy á poner término á esto, dijo á Sandoval, no terminaré aquí los quince dias del duelo como pensaba, y saldrémos todos precisamente para mañana á hacer nuestra necesaria expedicion de Ibueras.

Y en efecto, en el acto empezó á expedir todas sus órdenes, disponiendo que se llevaran á efecto las dos grandes expediciones que de tiempo atrás tenia proyectadas.

La una para el centro del continente, inexplotado todavía, ó apénas conocido de los pocos españoles que habian visitado aquellas pacíficas costas, y la otra para el interior de lo que podria ser designado como el Anáhuac ó sus límites, destinando á Nuño de Guzman, á Diego de Soria y á otros capitanes para que penetraran á Mechoacan y Xalisco hasta el punto en que les fuera posible con las tropas relativamente reducida que llevaban.

El rey Tanguazan habia abandonado ya la corte de Cortés con toda su comitiva, llevándose una pequeña escolta de españoles que iba á exhibir entre los suyos como una valiosa conquista.

El pobre rey de Mechoacan creía que era el Señor de aquellos españoles que le habia dado Cortés, como una especie de regalo, sin figurarse siquiera que desde aquel momento era un cautivo y ellos iban á desempeñar con él el papel de verdugos.

Iba muy satisfecho, extremadamente contento el rey Tanguazan, de Cortés y sus capitanes, lo mismo que de las enormes ventajas que habia adquirido ó que se habia figurado adquirir.

Desde luego contaba con la poderosa amistad del gran capitan, el cual le habia ofrecido engrandecer su reino y hacerlo respetar de sus vecinos. En cambio S. M. Tanguazan le mandaria cada dos meses una embajada portadora de los presentes regios consistentes en oro y granos, como debida recompensa á aquella distincion.

Cuando Cortés necesitara de aquel reino no habria necesidad de emplear violencia alguna, pues S. M. Tanguazan estaba enteramente dispuesto á bajar del sólio y á entregar el puesto á quien se le designara. El no queria en manera alguna pelear con los blancos ni presentar el más ligero escollo á sus conquistas. Tampoco les ayudaria, porque no era guerrero y principalmente porque no era amigo de enagenarse voluntades.

Dió la vanguardia de su ejército Hernan Cortés á Pedro de Alvarado, previniéndole que no se detuviera sino en el centro de Quahutemelan. Se componia esta vanguardia de ciento cincuenta peones de á caballo y de trescientos hombres de infantería, llevando

ademas unos tres mil mexicanos de los cuales mas de quinientos iban ocupados como bestias de carga.

Dos meses ántes habia mandado Cortés á Cristóbal de Olid con buen número de tropas para que fuera á hacer la soñada conquista de Ibueras, y á Orozco lo nombró tambien para que fuera á apoderarse de la provincia de Guayaccic ó Oaxaca, lo cual ejecutaron ámbos capitanes sin dificultad.

Pero en lo que anduvo torpe Hernan Cortés fué en dar mando de tropas á Cristóbal de Olid, á quien ántes habia humillado públicamente rompiéndole la vara de la justicia que llevaba.

Cortés probaba con esto que no sabia ser rencoroso, y efectivamente no lo era, siendo tan fácil en hacer ofensas como en olvidarlas, y aun se figuraba quizás contentar á Olid, á quien con razon debió suponer muy ofendido; el caso fué que lo restituyó á su favor entregándole aquella lejana y delicada expedicion. Olid cumplió con todas las recomendaciones que se le hicieron, pero con el ánimo, que á poco llevó á efecto, de desconocer la autoridad de Hernan Cortés, y de hacer por su cuenta aquella conquista, poniéndose de acuerdo con el adelantado de Cuba Diego de Velazquez.

Bien se conocia que Marina no estaba ejerciendo influencia inmediata en el ánimo del conquistador cuando estaba tan torpemente manejando sus intereses, pues no solo en el nombramiento de Olid anduvo descaminado sino en todo cuanto iba haciendo desde que faltara de su lado la bella Marina.

Luego que los habitantes pacíficos del Real supieron cuál era la determinacion de Cortés, se alarmaron á tal punto, que cada cual juzgó que se abandonaba la conquista de México y que habia que pensar en la manera de dejar las comodidades que se habian procurado.

Les parecia imposible que unos 500 ó 600 españoles pacíficos, que eran los que se dedicaban á las artes y oficios, que despues florecieron, pudieran, ayudados de cien empleados inútiles y de otros cien alguaciles, defenderse en caso ofrecido de los millones de indios que podian echárseles encima, y todos de comun acuerdo resolvieron impedir á todo trance la salida de Cortés. Tenian tal confianza en este hombre, que poco los interesaba que se ausentaran todos los capitanes y demás hombres de armas, á los cuales veian entrar y salir con indiferencia, con tal de que Don Hernando estuviera allí á la cabeza de la corte. Les parecia que estando presente el conquistador estaban plenamente asegurados con el temor que inspiraba á los indios, con el conocimiento que de ellos tenia y con los recursos de su inteligencia, que tantas veces le habia puesto á cubierto de todas las contingencias.

Lo primero que hicieron los vecinos de México y de Coyoacan, fué servirse del cuerpo municipal para que éste hiciera valer su influencia y en caso necesario su autoridad, á fin de impedir la salida de todas las fuerzas y principalmente la del gran capitan.

En efecto, el Ayuntamiento de México, acompa-

ñado de las personas mas principales, se dirigió á Coyoacan y allí todos juntos, valiéndose de súplicas y de los demas medios que tenian á su alcance, hicieron los esfuerzos posibles para persuadir á Cortés de que era exponer todos los frutos de la conquista, si abandonaba á aquella rica comarca á los peligros de un levantamiento de los indios, cuyas intentonas hasta entónces habian fracasado solamente por falta de concierto y no porque les abandonara la idea de recobrar su libertad.

Cortés al principio se manifestó inflexible, pero al fin convino en retardar por tres dias más su determinacion, mientras recibia noticias mas ciertas de las operaciones de sus capitanes, de los cuales, y especialmente de la infidelidad de Olid, solo le habian llegado vagos rumores. Precisamente acababan de llegar á la Villa Rica varios navios, unos procedentes de las costas comarcanas y otros de la isla de Cuba y de los puertos europeos, que seguramente deberian traerle algunas nuevas importantes.

Las noticias no se hicieron esperar.

Fueron buenas y malas.

Las buenas eran las siguientes: el monarca español habia aprobado todos los actos de Cortés desde la conquista y sus cartas eran halagadoras para él hasta lo sumo. Fuera de eso le daba los nombramientos de capitan general y gobernador de la Nueva España con permiso para escoger un escudo de armas y para portarlo como si hubiera sido armado caballero en la corte. Esto dió lugar á que se organizaran nuevas fiestas á

pesar del luto de Cortés, que nadie se apresuró á ver con respeto.

Desde luego se dieron los pregones y se mandó que la poblacion en masa se regocijara por los nombramientos que habia recibido Cortés y por las buenas noticias que se habian recibido de la buena salud del soberano.

Las noticias buenas tambien para Cortés fueron las de la muerte de Diego Velazquez el adelantado de Cuba y el nombramiento del amigo y pariente suyo Manuel de Rojas que habia ya sustituido en el gobierno de la isla al difunto.

Esta sola noticia era por sí sola la que mas podia compensar á las malas que habian venido, pues por aquel lado estaba seguro Cortés, ya que la enemistad de Velazquez habia tantas veces estado á punto de dar el traste con las empresas del conquistador.

Las malas noticias eran pocas pero contundentes: Cristóbal de Olid se habia alzado con el santo y la limosna haciendo conquistas por su cuenta en una vasta comarca, dándose el nombre de capitan general de la Nueva España. No solo se habia apropiado todos los elementos que puso en sus manos Cortés, sino que se habia proporcionado otros nuevos, haciendo una gran colecta de hombres y armas en las islas españolas. Todavía más: á consecuencia de la muerte de Velazquez todos los que no estaban contentos con el nombramiento de Manuel de Rojas, que venia á ser el jefe de un partido amigo de Cortés, como que éste era su pariente, se apresuraron á dejar la isla para

ir á engrosar el ejército de Olid que á aquellas horas podia ser de varios miles de hombres establecidos en una zona llena de ricos productos.

Hernan Cortés conocia mucho á Cristóbal de Olid y sabia muy bien de todo lo que era capaz animado por sus rencores, por su ambicion de gloria y por su deseo de levantarse á la altura del que habia sido su general, su amigo y su protector.

Como cuando el hombre está ciego por las pasiones, todo lo vé á través de un prisma empañado, Cortés no se atribuyó á si mismo el mal que le venia de aquel lado por la humillacion que le habia causado delante de toda la corte, cuando siendo Olid justicia mayor le hizo pedazos las insignias. Cortés creia que todos estaban obligados á sufrirle sus inconsecuencias aun siendo sus amigos y sus subalternos. ¿Qué era aquella pequeña falta, aquel pequeño arranque de su carácter violento al lado de la mostruosidad que acababa de hacer Cristóbal de Olid, colocándose frente á frente de su Señor?

Cortés exclamó luego que el Lic. Zuazo le hubo dado cuenta con los últimos pergaminos:

—¡Perro mal agradecido y bellaco! ¿Quién habia de pensar tan villana accion de aquel á quien colmé de favores....? ¡Con que él, el mismo Cristóbal de Olid es el que ahora se revela contra mi poder y quiere ofuscar mi glorial....¡Ah! ¡perro! ¡ah infiel! ¡ah desalmado!......¡ah pérfido!

Y dando un fuerte puñetazo en la mesa que hizo saltar los tinteros y estremecer á cuantas gentes es-

taban en la habitacion; agregó con la mirada extraviada y atragantándosele la voz en la garga nta:

—¡Juro á Dios no parar hasta que Olid quede bien castigado!

Y así diciendo salió de su habitacion y mandó que se le llevara en una litera al palacio de Doña Marina.

Esto pasaba doce dias despues de la muerte de la dama española, esposa de Cortés, que se habian pasado divididos entre las discusiones y pláticas con el cabildo, entre el luto que habia venido á ser una simple ceremonia de corte y entre las fiestas que se iniciaron tres dias antes con la simple noticia mandada por los embajadores llegados á Veracruz mientras ellos se presentaban con los despachos de los títulos y nombramientos expedidos por Cárlos V en favor del conquistador.

Marina, pues, se encontraba al corriente casi de todo lo que sucedia cuando recibió la visita de su antiguo amante. Este se hizo introducir en las habitaciones con la misma llaneza que antes y ella le recibió afectuosamente, pero séria.

—Vengo á comunicaros, le dijo Cortés, las últimas noticias que me han llegado.

—Sé, dijo ella, todo cuanto ha sucedido al rededor tuyo en estos últimos dias.

—¿Sabeis ya la muerte de mi esposa Doña Catalina? la preguntó Cortés mirándola con ojos escrutadores.

La jóven se estremeció, el carmin salió á sus mejillas y contestó con negligencia:

*

—Dejemos eso, señor, que no ha de hacer sino remover pesares que has de sentir mucho estar evocando á cada paso.

—Sí, agregó Cortés suspirando con hipocresía, mi esposa ha muerto de muerte súbita.

—Lo único que falta, contestó Márina, una vez que te empeñas en hablarme de esta muerte, es acallar las murmuraciones.

—Están acalladas desde que he dado mis órdenes á los frailes para que espliquen á la multitud lo que realmente ha pasado.

—Te equivocas, señor, los mismos frailes son los que inventan esas cosas de tí que se repiten de boca en boca.

—Bien, bien, esas murmuraciones van á cesar desde el momento en que yo me aparte de este real.

—Seguirán á la corte de España si no dejas de verme y de dispensarme tu proteccion, pues lo que mas se dice es que murió Doña Catalina para dejarte libre....porque..... ya saben que tienes un hijo en esta casa que lleva el nombre de Martin.

Esto lo dijo Marina ruborizándose.

—Y han acertado, dijo Cortés haciéndose cierta violencia para halagar á su antigua amante, Doña Catalina estaba siempre celosa de vos y yo deseoso de poderos tratar sin estorbos.

—¡Calla! yo conozco bien cuáles son tus intenciones.

—Quereis decírmelas!

—Ahora que eres libre, señor, no piensas sino en buscar un estado que te sea ventajoso.

—Os protesto......

—Es inútil que pretendas engañarme.... conozco mucho la entonacion de tu voz, adivino tu pensamiento en el brillo de tus miradas..... sé todo, todo lo que sientes, oyendo, como oigo ahora, los latidos de tu corazon.

—Me admirais siempre con vuestras penetraciones, Marina.

—Y yo apoyo esos pensamientos tuyos porque quiero tambien que seas poderoso y respetado como los mas altos señores de la tierra. Yo tambien quiero que unas tu nombre al de una de esas damas esclarecidas de que me has hablado en otras veces con tanto entusiasmo.

—¿De veras me aconsejariais vos que buscara un título entre las mejores cunas de Castilla?

—De veras quiero que te enlaces con una ilustre dama.

Al decir esto brotó una lágrima de los ojos de Marina.

—Pero llorais....

—¡Perdóname! Es la última que derramo en aras de mi antiguo amor.

—Dejadme adoraros......

Cortés, sin poder contenerse, iba á imprimir sus lábios en las mejillas de la jóven.

Esta le contuvo diciéndole:

—Recuerda que soy ya la prometida de uno de tus capitanes.

—¡Oh! murmuró Cortés con desagrado.

Y pasaron unos segundos del mas elocuente silencio, el cual fué interrumpido por el conquistador.

—Venia, dijo, á suplicaros que concluyérais pronto vuestros preparativos para que me acompañeis en este viaje, segun hemos convenido.

—¿Yo? preguntó Marina espantada, como si fuera la primera vez que tenia noticia de este viaje.

—Irá tambien Juan de Jaramillo.

—¿Pero no ves que es imposible?

—Vos me lo habeis ofrecido, y yo, ademas, os allanaré todas las dificultades.

—De ese modo no esperes nunca que cesen las murmuraciones.

—Cesarán luego que se verifique vuestro enlace.

—¿Y á dónde hemos de ir?

—A Ibueras, cruzaremos seguramente por las tierras en donde pasásteis vuestra infancia.

—Me halaga tu proposicion......En ese viaje se verifica mi enlace con Juan de Jaramillo.... en ese viaje volveré á ver los lugares en que jugaba cuando niña.... en ese viaje encontraré tal vez á la que me sirvió de madre......

Las palabras se le anudaron en la garganta, y empezó á llorar.

—Y en este viaje, en fin, añadió Cortés para distraer la afliccion de la jóven, me prestareis los mas grandes servicios que nunca me hayais prestado, pues voy á reducir á les rebeldes.

—¿Rebeldes? murmuró ella.

—¿No lo sabeis?

—No.

—Cristóbal de Olid está levantado contra mi autoridad, y se le han unido todos los indios de aquellas comarcas.

—Era lo que me habias de haber dicho primero. Vas á correr grandes peligros, vas á esponer de nuevo tu vida.... te acompañaré aunque tenga que abandonar al hijo de mis entrañas, que era el obstáculo mas poderoso que se oponia á mi marcha.

—¡Ah! dijo Cortés alegremente, viniendo vos conmigo, no temo á ninguno de mis enemigos, por más poderosos que ellos sean.

—¿Y cómo dejas arreglado aquí tu gobierno?

—Ya os lo tengo dicho en otra vez: se quedarán con el mando algunos de mis parciales mas adictos.

—Yo te repito que desconfies de todos.

—¿Qué debo hacer entónces?

—No sé que deba aconsejarte en esta ocasion.

—Si dejo de gobernadores á mi primo Rodrigo de Paz, á Alonso de Estrada y al Lic. Alonso de Zuazo, que son hechuras mias, ¿crees que llegarán á faltarme?

—¿No te ha faltado Cristóbal de Olid, que era todo tuyo, que te debia toda su fortuna?

—¡Pesia á mí! que debia habérmelo figurado desde que quité de sus manos la vara de alcalde y desde que le ví que andaba entendiéndose con Cristóbal de Tapia; pero no hay con estos otros los mismos motivos.

—¿Cuándo quieres que sea esta marcha?

—Mañana, si estais dispuesta.

—Yo estoy lista á seguirte cuando tú me lo ordenes.

—Entónces voy ahora mismo a señalar la junta de gobierno.

—Te aconsejo solo una cosa, ya que de todas maneras han de traicionarte.

—¿Cuál?

—Deja pocas tropas mandadas por un capitan que te sea fiel.

—Dejaré con la artilería, que no podré llevarme, á Francisco de Solís.

—Bien.

—Ahora permitidme un favor.

—Ordena á tu esclava....

—Dejadme despedirme del niño.

Marina corrió y trajo á su hijo en los brazos.

Cortés le llenó de caricias, besó tambien á Marina, y salió de allí derramando lágrimas.

CAPÍTULO XXXII.

Heroismo.

Muy poco tuvo que trabajar Marina para hacer saber á Juan de Jaramillo que necesitaba hablarle. Todas las personas de su servidumbre le conocian y bastó que una doncella saliera á la esquina del palacio para que allí encontrara al doncel suspirando de amor como todos los dias.

—Mi señora te llama, le dijo la india mensajera, deteniéndose delante de Jaramillo con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que dices?

—Que mi ama me envia á llamarte.

—¿Marina?

—Sí.

—¿Es esto posible?....repítemelo otra vez...... no sé si debo creerte.

—Mi ama Marina Malinolli, quiere que subas á su aposento.

Jaramillo no se hizo repetir otra vez mas la noticia y en dos zancadas se puso en los corredores altos del palacio: allí le esperaban otras dos mugeres de la servidumbre que le condujeron entre nubes de incienso á la sala principal en donde el lujo de los adornos deslumbraba.

Marina no estaba allí. Como la escena que habia tenido con Cortés la hubiera conmovido haciéndole derramar lágrimas, tuvo que hacer algunas ablusiones y que reformar su tocado para que desaparecieran las huellas que habian quedado impresas en su semblante.

Ademas, la coqueteria, natural en las mugeres, la habia impulsado á poner mayor esmero en sus adornos.

Jaramillo estaba allí en el salon esperándola, pareciéndole un sueño todavia que fuera llamado por la muger que le habia inspirado tan inmenso amor.

Pocos minutos habian pasado cuando apareció allí Marina radiante de hermosura. Llevaba un vestido de color azul pálido pegado casi á sus redondas caderas y haciendo resaltar el suave carmin de sus mejillas; llevaba su cabello unido con una cinta de azul mas subido, desparramado en negras ondas por la espalda; llevaba los brazos á medias descubiertos y las mangas colgadas hasta casi tocar el piso, y por último, iban coquetamente calzados sus diminutos pies con unas sandalias de terciopelo blanco bordadas de oro y perlas.

Jaramillo puso una rodilla en tierra para saludar á la dama y ella le tendió la mano obligándole á que se

levantara llevándole hácia uno de los mullidos asientos que decoraban el régio salon.

Jaramillo estrechó con efusion la mano de Marina y en seguida se dejó conducir como un niño.

Cuando Marina se hubo sentado cerca del sillon que ocupaba Jaramillo, le dijo con voz dulce y cariñosa.

—Perdona, jóven, que me haya permitido mandarte á llamar con una de mis doncellas.

—Que yo os perdone la dicha que me dais, prorumpió el oficial como sorprendido de aquel exordio, ¿de que he de perdonaros yo, si os amo, y siempre estoy dispuesto á obedeceros?

—Te he llamado, Jaramillo, para comunicarte cosas muy importantes.

—Hablad.

—Tu me has dicho que me amas, ¿no es cierto?

—Es cierto que os amo y por mi honor lo juro.

—Lo sé: bastante me lo tienes demostrado pasándote los dias y las noches en torno de mi palacio.

—Solo por vos...,.unas veces esperando veros, otras afanándome inútilmente por escuchar vuestra voz, pero siempre por estar cerca de donde estais respirando.

—Lo he visto y te estoy muy reconocida.

—La constancia tiene al fin algun premio: ¿cual es el que vos me deparais? ¿acaso se ha ablandado vuestro corazon que hasta ahora ha sido de roca?

—Siempre te he estimado, pero no podia engañarte diciéndote que te amaba.

—¿Y ahora me amais?

—Lo que quiero decir es que estoy ahora muy cerca de amarte.

Marina para pronunciar estas palabras tuvo que hacer un esfuerzo porque no sabia mentir. El amor que profesaba á Don Hernando era inmenso y le parecia imposible arrancárselo del corazon para dar lugar allí á otro afecto de la misma naturaleza.

Jaramillo se quedó viendo á Marina con extrañeza, y luego añadió:

—Bien; no quiero ni exijo de vos hoy otra cosa. Para un hombre que ha esperado ser feliz solo con percibir el semblante de su amada por en medio de las sombras, ¿cómo no ha de serle grato el saber que está próximo á conseguir el amor que apetece?

—Tú, Don Juan, me has pedido en otras veces solamente una esperanza y yo te doy ya una realidad.

—¿Y no me veis ya dichoso?

—No: receloso es como te veo.

—Perdonadme, pero creo que no me podeis amar con todo el fuego con que yo os amo, porque teneis ocupados el corazon y el pensamiento en otra pasion muy grande.... ¿acaso me equivoco?

—No.

—¡Cielo santo! esclamó Jaramillo, mirando al cielo.

Marina queriendo mitigar aquel dolor inmenso pensó en un recurso.

—Te lo habia dicho ya, dijo con tono de profunda tristeza, te lo habia repetido mil veces que yo no podia mandar en mi corazon.

—Y yo os pedia una esperanza....

—Ese misterio.... ese imposible.... ese abismo puesto entre los dos.... de que en algunas veces te hablaba....

En ese momento se oyó llorar al niño en una de las piezas inmediatas y Marina gritó con esa voz que solo pertenece á las madres cuando su hijo las llama con el lenguaje inarticulado del llanto:

—¡Es él!

—¡Ah! exclamó Jaramillo como un hombre que sueña.... ¡es un niño que llora!

Marina habia ya desaparecido.

Jaramillo empezó á hacerse un mundo de reflexiones.

—Ya me lo habia dicho Marina, y sin embargo, hoy me sorprendo como si fuera la primera vez que lo supiera: ya me habia dado á entender que llevaba en el seno un hijo de D. Hernando.... y yo no queria creerlo, es decir, lo creía porque lo estaba viendo y no lo creía porque me parecia imposible que Marina dejara de ser pura.... ¡Allí está la verdad! Ese niño que llora me dice con toda elocuencia cuál viene á ser mi situacion. Marina sin ser casada con Don Hernando tiene con él un hijo.... hoy que Don Hernando está viudo......

Y una horrible sospecha se grabó tenaz en la imaginacion de Jaramillo.

—Sí, eso es, dijo, por eso la muerte de Doña Catalina.... Marina dijo que tenia que comunicarme cosas importantes y yo la estuve constantemente interrumpiendo.... esas cosas importantes pudieran ser un concierto con Don Hernando.... que hace poco estuvo en estos mismos aposentos.

Se dió una palmada en la frente, y dijo con frenesí:

—¡Maldito pensamiento y cómo te empeñas en

atormentarme.... Pero al fin y al cabo es la verdad.... Don Hernando y Marina tienen que casarse para que ese hijo pueda ser legítimo.... además ella ama á Cortés, le ama, sí.... me lo ha dicho.... he estado siendo testigo de ello mucho tiempo..... y sabiéndolo me he empeñado en amar á esa muger.... porque yo la amo con una pasion en que no me he arredrado ni tener que medir mis armas con las del afortunado conquistador.... si he luchado con él la vez en que lo encontré en mi camino.... desenvainé mi espada sin saberlo y ahora la desenvainaría una y mil veces más sabiéndolo. Porque la verdad es que yo amo tanto á Marina que no podré vivir sin ella.... ¡Ah! pero ¡qué insensato soy!.... ¿Pues no me ha dicho hace poco que estaba muy cerca de amarme? ¿no me ha dicho que iba á convertir mis esperanzas en realidad?.... ¿qué es lo que me ha dicho?.... ¿acaso lo sé? ¿acaso he dejado de estar soñando desde que he entrado á esta mansion?....

Marina volvió á aparecer sonriente.

—No necesito que me perdones mi salida repentina, ¿es verdad? Mi hijo estaba llorando....

—¿Vuestro hijo?....

—Sí, mi hijo, ¿pues no lo sabes tú, D. Juan, cuando él es el que ha sido quien se ha estado oponiendo á poderte decir, como te lo digo hoy con toda mi alma: aquí está la mano que me pides?

—¿Qué estais diciendo?

—Que ahora ya puedo hablarte con toda franqueza: capitan Jaramillo, mil veces me has dicho que me aceptabas por esposa aunque supieras que era la aman-

te de Cortés, aunque te figuraras que llevaba un hijo suyo en mi seno.... Pues bien, eso era para mí un obstáculo que ahora ya no le es si acaso me amas todavía....

Jaramillo cayó de rodillas.

—¿Es posible, dijo con la voz temblorosa, no estoy soñando?

—¡Cuánto me amas! murmuró la jóven.

—Sí, os amo como un loco.

—¿Y quieres todavía desposarte conmigo?

—¡Oh! siempre, siempre.... será para mí la suprema felicidad.... yo me casaré con vos y partirémos de aquí muy léjos.

—He aquí que tocas el punto más delicado.

—¿Qué decis?

—Siéntate, D. Juan, para que hablemos con toda calma.

—Me alarmais.... me asustais.... ¿será posible que se escape otra vez la felicidad, que creo tener asida entre mis brazos?

—Oyeme, jóven, y procura moderar tus arranques, pues que todo lo que voy á decirte es sencillo y claro como ese cielo que estamos divisando por las abiertas ventanas.

—Ya os oigo con tranquilidad.

—Don Hernando ha estado en esta casa.

—Le he visto salir de ella.

—Y ha venido á anunciarme que mañana parte con toda su gente.

—¡Ah!

—Atiende que esto es lo principal.

—Os escucho.

—Cortés me ha dicho que consiente en casarnos pero que ha de ser léjos de aquí.... en el camino, quien sabe si en la misma tierra que me vió nacer.

—Comprendo: quiere llevaros consigo.

—Me ha hecho un juramento.

—¿Cuál?

—El de respetarte y respetarme.

—¿Pero vais con él?

—Y tu vienes de la misma manera.

—¿Y no temeis que los celos me hagan un dia volver á desenvainar la espada, como ya la desenvainé en otra noche fatal?

—No: porque toda la armada sabrá que soy tu prometida y yo estaré siempre á tu lado.

—¿No podriais escusaros de partir?

—¿Crees que no lo he intentado? Don Hernando no ha querido ceder y yo me he acordado de que ese y mayores sacrificios le debe mi gratitud. Por él dejé de ser esclava, por el soy rica, por él voy á ser la esposa de uno de sus más nobles capitanes.

—¡Oh! ¡Marina! ¡Marina! esclamó Jaramillo, estrechando una mano de la jóven y á la vez derramando una lágrima.

—Depon tus temores, Don Juan, le dijo ella, yo.... comienzo á amarte.... puedo decir tal vez que ya te amo.... Ya sabes que entre nosotros los juramantos no se quebrantan y que ántes sabemos morir..... pues bien, yo te juro por las dulces sonrisas de mi querido

hijo, que es lo más santo que conozco, yo te juro morir ántes que serte infiel, ¿estás contento?

—¿No he de estarlo, si lo único que yo he querido es que me dejeis amaros en silencio?..... Yo os juro tambien que os amaré rendido y constante.

—Bien, dijo entónces Marina radiante de gozo, ahora separémonos para volvernos á reunir mañana en el viaje.

—¿Creeis que Don Hernando...... volvió á preguntar Jaramillo con un resto de desconfianza.

—Me lo ha jurado y lo obligaré á cumplir su juramento. Además, toma esta prenda que te asegura de que no volveré á ser de otro hombre sino tuya.

Marina imprimió un beso en los lábios del jóven y lo sacó hasta la puerta ébrio de placer. Ella apénas pudo regresar al aposento de su hijo oprimiéndose el corazon con las manos. Una vez allí se irguió y dijo:

—¡Volor!

CAPÍTULO XXXIII.

La marcha.

El movimiento que hubo en todo el real, esto es, tanto en Tenochtitlan como en Cuyoacan con motivo de la salida de Cortés, fué inusitado. Si bien él ofreció solemnemente al ayuntamiento y vecinos que no se alejaria, pues que su ánimo era no pasar de Tlaxcallam ó tal vez de Zempoallam, en donde establecería sus operaciones militares para obrar sobre Olid y sobre los diversos pueblos de indios que se le insurreccionaban, como todos conocian su ardor, su constancia y su sed inagotable de aventuras y de conquistas, pocos eran los que creían en su vuelta próxima y mucho ménos los que sabian que le acompañaba en la escursion Doña Marina y sus más valientes capitanes: esos si no comunicaban á los demas sus sospechas, sí se decian para sus adentros:—Don Hernando no volverá si no obtiene venganza cumplida del que es ahora su rival poderoso Cristóbal de Olid.

Así es que principalmente los vecinos pacíficos estaban muy desmoralizados.

Este movimiento de que hablamos tenia lugar al dia siguiente de la manera que hemos referido y en el que definitivamente se habia designado por Cortés para la salida.

Aunque se habia anunciado ésta para las seis de la mañana, eran las diez y todavía no podia verificarse.

Varios grupos tanto de indios como de españoles se habian formado en la esquina del Palacio para ver salir á Cortés con sus tropas. Los mercaderes habian abandonado sus puestos, los plateros sus talleres y todos los demás sus trabajos, pues lo único que les preocupaba es que se iban á quedar abandonados, en poder casi de los indios, desde el momento en que les faltara el apoyo de las tropas y principalmente el del nombre del conquistador, que era lo que más influencia ejercia en toda la comarca.

Formarémos mejor juicio si nos acercamos á algunos de esos grupos y procuramos escuchar algunas de sus conversaciones:

—Paréceme, Sr. Diego de Badajoz, que no se queda en el Real ningun regimiento, decia un señor pequeño á otro muy estirado.

—En esas mismas estoy yo, contestó éste acariciándose la barba, y aún bien hariamos en dejar estos lugares, si es que no queremos quedar en ellos.

—Yo por mí tengo que decir que eso es imposible: cuento con una muger y seis chiquillos, alguna hacienda tengo ya ganada que no puedo llevarme y primero moriré defendiendo mis cuartos.

—Lo mismo digo yo, hidalgo; pero creo que vamos á pasarla mal.

—Vuestra merced puede muy bien domiciliarse en las atarazanas.

—Os equivocais; esas están hechas solamente para las familias de los militares, para la poca gente de armas que se queda, para el veedor, el factor, el tesorero real, el alguacil mayor, los alcaldes y regidores. A nosotros los mercaderes ó simples vecinos nos dejan á que hagan de nosotros lo que quieran los indios.

—No harán nada porque nos defenderémos.

—¿Y con qué armas?

—Teneis razon: ¡quién sabe lo que va á ser de nosotros!

En otro grupo en que habia muchas personas rodeando á un lacayo que acababa de salir del palacio, se oia la conversacion siguiente:

—¿Qué noticias hay?

—Que el gobernador va á partir luego.

—¿Con todos los regimientos?

—Se queda la artillería y unos doscientos ballesteros encargados de cuidar el Real como alguaciles.

—Doscientos ballesteros son muy pocos.

—Pero ayudados de los cañones....

—Es que los cañones no pueden salir de las atarazanas, ¿quién los movería?

—Pero en quedándose los tesoros de Don Hernando, dice otro acercándose al grupo, podemos creer que estamos en seguridad.

—¿Y cómo sabeis que no se lleva sus tesoros? le dice uno sonriéndosele maliciosamente.

—Lo sé porque lo sé, contestó el otro.

—Decir eso y no decir nada, es lo mismo

—¿Vos lo creis así?

—Sí que lo creo.

—Pues bien, os diré simplemente que Don Hernando no se va muy léjos de esta ciudad de Temextitan, y que hay una persona de sus allegados que me ha dicho que no se lleva sus tesoros.

—¿Qué sabeis vos de eso? le preguntaron al page.

—Que nuestro capitan no se lleva sus tesoros porque no quiere exponerlos en la guerra.

—¡Es verdad! exclamaron dos ó tres de los agrupados, ¿cómo habia de llevarlos?

—Tengamos confianza en Dios, dijo uno que tenia todo el aspecto de sacristan.

—Amén, contestaron los otros, y se separaron para ir á saber nuevas cosas ó platicar las mismas en los otros grupos.

Las alarmas iban en creciente á medida que se iba aproximando la hora de la marcha, segun era el movimiento que se notaba en el palacio. Ya los regimientos habian estado saliendo paulatinamente á formarse dos leguas afuera de la poblacion, lo mismo que unos cinco mil indios de tropas auxiliares. Quedaban en la plaza los bagages y unos cien lanceros que iban á servirles de escolta, lo mismo que la guardia de Cortés, compuesta de cincuenta hombres muy bien montados y armados.

Veamos ahora cuál era la causa que detenia á Cortés hasta las once de la mañana, no obstante haber dispuesto la salida para las seis.

Se habia reunido en palacio el cabildo y las nuevas autoridades.

Por fin se habia consentido en dejar partir á Cortés con tal de que no se alejara mucho y volviera pronto, cosa que habia ofrecido, sin costarle trabajo persuadirlos de que era la verdad, puesto que no le convenia perder aquella conquista y aquel gobierno que tanto trabajo le habian costado.

—Es la verdad, se dijeron por lo bajo los regidores, el capitan no ha de querer perder el terreno conquistado.

—Ni el poder que tiene.

—Buen cuidado tendrá de volverse pronto.

Y bajo esta seguridad que les daban aquellas razones, lo mismo que el acento firme de Cortés, convinieron en quedarse y en seguir desempeñando la autoridad que se les habia confiado.

Una vez que Don Hernando hubo conseguido que retiraran sus instancias deteniéndole, habló de esta manera en presencia del cabildo y de todos sus paniaguados allí reunidos:

—Por el poco tiempo que voy á faltar del Real, quiero que queden las cosas arregladas de esta manera: mi primo Rodrigo de Paz queda en posesion de esta mi casa y con el cuidado de mi hacienda, teniendo los cargos de alguacil mayor y regidor de casa y corte.

Rodrigo de Paz se levantó muy contento, besó la mano de su primo, y le dijo con la voz conmovida:

—Os agradezco tan señalada distincion, y os ofrezco corresponder á ella con todo lo que tengo de fuerzas.

Cortés continuó sin inmutarse.

—Nombro gobernadores en mi corta ausencia al Lic. Alonso de Zuazo, que tiene toda mi confianza, como secretario que ha sido mio, y para que tenga mejor acierto en su gobierno, le asocio al tesorero real Alonso de Estrada, que despues de ser muy amigo mio, ha merecido de su Magestad la aprobacion de su encargo.

Ambos personajes se levantaron, besaron la mano á Cortés y le dieron las gracias por aquella merced.

—Y el contador Albornoz, ¿no se encuentra en este lugar? preguntó Cortés.

—Acaba de caer enfermo, le contestaron.

—Me habia ofrecido venir conmigo.

—Le he visto hace dos horas, contestó Salazar, y estaba disponiéndose á montar á caballo, pero he visto su semblante tan demudado, que le he forzado á meterse en la cama.

—¡Oh! exclamó Cortés contrariado.

—Figurábame que le habiais de nombrar tambien gobernador por ser tan sábio en el consejo como valiente en la guerra.

Alonso de Estrada lanzó una mirada fulminante á Salazar, la observó Cortés y vino á determinarle á aceptar el consejo.

—Razon teneis, señor de Salazar, el contador Albornoz formará parte tambien del gobierno.

Salazar se sonrió con satisfaccion, mirando al soslayo á Estrada, y luego dijo en su interior:

—Ya tomé venganza de que á mí no me haya nom-

brado por intrigas de Estrada: ahora ya dejo la discordia sembrada entre estos gobernadores.

—El factor y el veedor se vendrán conmigo.

Ambos personajes se inclinaron y contestaron que ya estaban listos á obedecer la órden del gobernador.

—Ahora, dijo Cortés, que ya quedan arreglados, tanto el gobierno como el cabildo, recomiendo á todos juntos y á cada uno en particular, la mayor armonía entre sí y la mayor prudencia, pues si los indios llegan á comprender que hay alguna rencilla, ó algun descuido, ó alguna debilidad, ó algun temor, ó alguna desavenencia ó cosa semejante, de seguro que se armarán y darán sobre vosotros y no dejarán uno solo, pues que no les bastará mas que revestirse de ánimo y concertarse unos cuantos para disponer á poco de grandes ejércitos. Lo que sobre todo os encargo es que marcheis con uniformidad en los asuntos, tanto más cuanto que no hay muchos en que ocuparse, sino es dejar las cosas que sigan marchando naturalmente. Si hubiere correos de España, despachádmelos para contestarlos yo; en dar mercedes y quitarlas, no os metais sino en guardar el órden, y en evitar que se cometan delitos ó injusticias en el Real, que es solo lo que os queda encomendado. Pensad en que el gobierno que os dejo es un gobierno interino, que no seria necesario sino que lo tuviera un oficial de mis guardias, pero que lo he querido dejar á personas de distincion como á vosotros, para que se vea aquí y en el mundo entero que lo que hemos conquistado es un

vasto imperio, y que los que están á su cabeza son personas nobles y entendídas. Asi, pues, guardaos de que me llegue de vosotros queja alguna, pues que si he sido siempre generoso y bueno, llegará el tiempo en que sea severo y hasta cruel para castigar al que se salga de mis provisiones.

Como viera que este discurso habia causado la impresion que deseaba, apresurándose los nombrados á jurarle entero acatamiento, les tendió los brazos y derramó con ellos las lágrimas acostumbradas en cada despedida.

Mientras que esto pasaba en el palacio de Cortés, en el de la princesa Isabel acaecia otra escena de sentimiento. Pedro Gallego, armado de punta en blanco, tenia á su esposa en los brazos, y le decia tiernamente:

—Si no fuera porque yo soy noble, porque soy caballero, porque es mi profesion la de las armas, porque tengo la obligacion de defender mis banderas, porque debo obediencia á Hernan Cortés, que es mi señor y padrino, Isabel, yo os juro que no os abandonaria.

Ella, olvidándose de aquel tratamiento que solo podia usar cuando estaba en calma y con trabajo, le dijo:

—Todo eso es verdad, esposo mio, pero yo no quiero que te marches...... un presentimiento horrible me dice que te alejas de mí para siempre.

—¡Oh! no lo creais así, yo volveré.

—Pero si yo te he visto en mis sueños arrebatado por séres con alas de rosa..... yo siento aquí, en mi corazon, que esta separacion ha de ser eterna....

—Yo volveré, yo volveré.

El pobre oficial no encontraba otras palabras para convencerla.

—Yo bien sé que tú lo deseas, que tú lo quieres; pero el destino......

—Callad, hermosa mia, os forjais visiones que no tienen fundamento alguno.

—Los de mi raza no se engañan nunca en sus vaticinios.... ¿Acaso no sabiamos todos que habiais de venir antes de saber que existia otro mundo mas allá de los mares?...... ¿Acaso mi padre no sabia que habia de morir cuando viniérais? ¿Acaso Guatimozin no pronosticó todo lo que ha sucedido?

—¿Y vos, Isabel, habiais imaginado siquiera que iba yo á ser vuestro esposo?

—No solo lo habia imaginado, sino que siempre lo habia tenido como una realidad.

—¿Antes de conocerme?

—Sí.

—Deponed, vida mia, esos temores.

—No puedo, no puedo...... Miéntras tú estés separado de mí no será vida la mia.....Puede ser que vuelvas...... mis deseos de volverte á ver son inmensos..... pero ¡ay! mi corazon me dice desde ahora que no volverás.

—¿Creed que voy á morir en la guerra?

—No me lo preguntes..... lo que temo es que te separes de mi lado..... aquí nada te faltará..... aquí serás feliz.

—Lo sé, mi bella Isabel; pero soy jóven, me siento vigoroso y necesito que los laureles de la guerra ven-

chado, se lo hubiera hecho sospechar Marina que apenas llegada á su casa habia empezado á estudiar á las personas que le rodeaban y habia encontrado que aquellas dos fisonomías patibularias nada bueno ofrecian. Estuvo acechándoles, y oyó algunas palabras de la siguiente conversacion tenida al aire libre pegados á una cerca de piedra, en donde se creian enteramente solos.

—Ninguna buena espina me dá que este Don Hernando se haya empeñado en traernos consigo.

—Ni á mí tampoco, Paralmides, pero esto nos servirá para servir mejor á los amigos que nos han enviado.

—Vos sois el factor, Salazar.

—Y vos el veedor, Chirinos.

Júzguese con qué interés no se aproximaria Marina conteniendo el aliento para oir todo lo mas posible de una conversacion que ofrecia ser tan interesante.

—Pues por lo mismo teniamos que estar en la principal cuidad de la Nueva España.

—O no.

—¡Como!

—Porque á nosotros nos corresponde ver y juzgar lo que hace Cortés.

—Esa es lo mision secreta que tenemos, pero en realidad nuestro empleo demanda que estemos allí donde se encuentran los oficiales reales.

Reinó un momento de silencio, y luego se oyó la voz grave de Chirinos:

—¿Vais descontento Salazar?

—Si os he de hablar con franqueza, me hubiera agradado mas quedarme.

—¿Por qué?

—Solo por tener el gusto de jugarle una mala pasada al tesorero real, que desde nuestra llegada me está viendo con ojeriza.

—Veo que aborreceis tanto como yo al dicho Don Alonso de Estrada.

—Tengo muchos motivos.

—Yo sé que siempre está informando mal de nosotros.

—A mí el mismo Don Hernando me ha dado conocimiento de algunas hablillas del de Estrada.

—¿Hablillas? quejas formales contra nosotros ha mandado á la corte de España.

—Pues ya tendrá bastante sarna que rascar con el contador Albornoz.

—¿No visteis la mirada que os dirigió cuando aconsejásteis á Cortés que le dejara unido el consejo de gobierno?

—Hubiera querido que sus ojos fueran rayos para matarme.

—Y en la primera os matará.

—Veremos quién mata á quién.

—Lo que yo sé deciros es que esos gobernadores no van á caminar con mucha armonía.

—Tendrán que dejarse mandar por Rodrigo de Paz que tiene mas valimiento.

—Mas valimiento sí; mas ciencia y mas conocimiento del gobierno que los otros, no.

—Yo os aseguro que no hay otro mas ladino que el tal Rodrigo de Paz.

—Es capaz de trastornar un reino con sus intrigas, pero no dominará el saber del Lic. Zuazo.

—¡Quién sabe! Muchas veces sirve mas la astucia que las letras.

—Allá lo veremos.

—Lo que interesa es que volvamos nosotros á México, porque allí están las riquezas, allí las intrigas, allí está el verdadero poder.

—Os olvidais de que tenemos sobre nosotros un encargo y una responsabilidad.

—Donde se lo sospeche Hernan Cortés nos manda ahorcar.

—Buen cuidado tendrá de no hacerlo, porque ¿no sabeis que ha de responder de nuestras vidas al emperador?

—¿De veras?

—Yo mismo he visto las cortes reales.

—Pero esas.......

—Fueron alcanzadas por los amigos que nos mandaron á averiguar lo que hubiera de cierto sobre las acusaciones hechas á Cortés.

—Así me lo imaginaba.

—Entónces nuestro sitio está donde quiera que esté el jefe de la armada.

—Sabiéndolo y teniéndolo como un mandato nos hace acompañarle.

—¡Ca! pues ahora caigo en la cuenta.

—¿En la cuenta de qué?

—En la cuenta de que iba á nombrarnos para formar parte del consejo de gobierno, y luego se arrepintió.

—Se arrepintió para no deslucir en presencia vuestra á su secretario el Lic. Zuazo, y á su primo Rodrigo de Paz.

—¿Deslucirles?

—Sí, porque nosotros, Peralmides, aquí como estamos, bajo este humilde traje de hidalgos peregrinos, sabemos más que esos letrados de cocina y que todos esos capitancillos de aldehuela.

—¿Hasta que el mismo Don Hernando?

—¡Vaya si no sabremos más que ese aventurero!

—Es que ha dado grandes pruebas....

—¿Grandes pruebas de qué? de que le protege mucho la fortuna.

—Verdad es una y otra cosa.

—Ya vereis si vuelve con nosotros á Tenochtitlan, ó villa real de México, como le llama á la ciudad el de Estrada y Galindes!

—¿Qué sucederá?

—Que hemos de valer muy poco si no quitamos el poder de sus manos.

—Hubo en tesorero real que lo pretendió antes que nosotros, y cara pagó su temeraria empresa.

—Erase D. Julian de Alderete un hombre muy lleno de vanidad, pero muy vacio de entendimiento.

—Está muy bien, Sr, de Zalazar, convengo en que lograreis todas las aventuras que os proponeis; pero no es ese vuestro principal encargo.

—Escrupuloso sois, Peralmides Chirinos, en eso

del cumplimiento de encargos y por ello os doy mi enhorabuena.

—¿Vos nó?

—Yo tambien, solo que al mismo tiempo busco en medio del cumplimiento de mis deberes algo que á redundar venga en provecho personal.

—Nosotros hemos venido con ciertos mandamientos reales....

—Nombrados factor y veedor.

—Eso en la apariencia....

—Con el encargo de nuestros amigos que nos consiguieron empleos tales de vigilar á Hernan Cortés y darles cuenta de cada una de sus palabras, de cada uno de sus hechos y hasta de cada uno de sus suspiros.

—Esto es lo mismo que yo decia.

—Pero no es un mandamiento real.

—¿Lo creeis así?

—Lo creo, porque no lo es, sino encargo particular de nuestros amigos.

—De acuerdo con la Corte.

—No lo niego: la Corte de España está toda interesada en conocer la conducta que sigue aquí Cortés.

—Era lo que os decia.

—Pero la Corte no nos ha nombrado para venir á tomarle residencia.

—¿Pues para qué nos ha nombrado?

—Para factor y veedor.

—Y tambien para decir la verdad sobre todo lo
se atribuye á este Don Hernando.

Dª MARINA.



rina imprimió un beso en los labios del joven

—Esto es un especial encargo y no el de nuestro nombramiento.

—Pero que tenemos que cumplirlo como leales, sea hecho por nuestros amigos y protectores ó sea hecho por el real consejo de su Magestad.

—Y lo cumplirémos, Peralmides, solo que al cumplirlo harémos en nuestro favor todo lo que sea deseable.

—No me opongo.

—Convenidos estamos, si no me equivoco, en que fuera de nuestros cargos tenemos que espiar constantemente á Don Hernando, y dar cuenta con lo que haga y hasta con lo que piense.

—Eso es.

—Pero sin que estemos vedados de apoderarnos del gobierno de estas tierras y hacer tambien nuestra fortuna con el oro de los indios.

Ambos interlocutores callaron por breves segundos. Chirinos reanudó la conversacion, diciendo:

—¿Y qué juicio es el que os habeis vos formado de este Don Hernando Cortés?

—El mismo que vos, estoy seguro.

—Decidme el vuestro.

—No os lo he ocultado ántes de ahora: yo creo que el tal Hernan Cortés es un grandísimo bellaco, capaz de cosas muy grandes tratándose de valor y resolucion y de cosas muy mezquinas como vengativo y cruel.

—Así por lo ménos lo hemos visto.

—Y si no, allí está lo que hizo con Doña Catalina, muger.

-¿Vos creeis?....

*

—Así lo creo, como que lo tengo ya escrito en e. libro de mis memorias en que todos los dias voy apun tando cuanto le veo ó cuanto le sospecho.

—Eso de Doña Catalina lo han dichos muchos, pero yo no lo creo.

—Pues para creer que él la mató sobran motivos.

—¡Válgame Dios! y qué increible parece.

—Sabeis que estaba sana y contenta, la vísteis en la fiesta que no cesaba de reir y de chancearse con Diego de Soria; todos hemos sido testigos de que cenó con apetito y ambos esposos se han despedido despues de la media noche muy festejosos y risueños. A pocas horas de esto se trasmite la nueva de que Doña Catalina ha muerto; y vamos á verla, y está amortajada, y preguntamos qué ha pasado, y oimos los rumores de los criados asegurando todos que han encontrado la cama en desórden, que los hilos de cuentas de oro andaban esparcidos entre las sábanas y que la muerta tenia grandes cardenales en la garganta.... ¿cómo quereis que se dude de qué clase de muerte ha muerto Doña Catalina?

—Teneis razon: todo está contra Don Hernando.

—¿No lo informareis vos tal como os lo refiero?

—Así lo testificaré á la Corte.

—Pues eso es nada para los puntos que yo tengo tomados y que espero seguir tomando ahora que van con nosotros Doña Marina la manceba de Cortés y todos sus principales capitanes.

— Con astucia, fingiéndoos siempre los mansos, vereis como vamos á sorprender muchas cosas.

Marina movió algunas hojas secas para aproximar-

se y poder oir mejor, éste ruido fué notado por Salazar y dijo luego:

—Regresémonos que pudiera nuestra ausencia dar algo que decir.

Y lentamente, y como personas ocupadas en una conversacion de poco interés, entraron de nuevo en su alojamiento que estaba pared de por medio del de Cortés.

Este habia recibido dos correos de México: uno mandado por el tesorero Estrada, en que le decia que no podia marchar de acuerdo con los otros gobernadores porque todo lo querian hacer ellos, y el segundo por el contador Albornez, el cual en términos mesurados le suplicaba lo relevara de aquel pesado encargo, pues que desde el momento mismo de su partida, como podrian testificarlo Rodrigo de Paz, Solis y otros. Estrada habia querido echársele encima con la espada desnuda, promoviendo altercados con pretexto de las cosas más insignificantes.

Cortés al leer estos despachos dió un puñetazo sobre la mesa y esclamó:

—Al fin no me dejarán estos perros judíos hacer mi expedicion con tranquilidad, sino que me han de obligar á volverme y estarme allí encerrado como una murgerzuela. Si abandono esa ciudad de México, puedo perderla con esas gentes tan para nada buenas y si no prosigo mi marcha, Cristóbal de Olid engreido con las ventajas que ha conseguido puede hacérmela pasar muy mal, dándose aires con la Corte de que él ha hecho las conquistas y viniéndose tal vez con una armada más grande que la mia que fácilmente puede

conseguir.... ¡Oh! menguados gobernadores que no me dejan ni siquiera la tranquilidad de espíritu para llevar adelante mis planes.... Que se pierda, pues, México, pero que se cumpla mi venganza. Solo quiero que la fortuna siga protegiéndome seis meses más y podré ser el Señor más grande de la tierra.

En este momento entró Marina al aposento de Cortés y le manifestó con signos convenidos, que tenia que hablarle de asuntos importantes.

Cortés ordenó que salieran todas las personas que habia allí presentes. Cuando salió el último, Marina cayó á los piés de Cortés, y le dijo:

—Acabo de sorprender algunas palabras en una conversacion que puede servirte mucho, mi Señor.

—Que es lo que habeis oido?

—Que eres espiado aquí mismo, por dos personas de muy alta categoría por mandato de los que forman allá en tu tierra la Corte de España.

—¿Qué es lo que dices?

Marina entónces refirió á Cortés todas las palabras que habia oido y que reunidas podian dar una completa idea de la conversacion.

Marina no conocia á aquellas dos personas que apénas tenian de llegadas al Real unos tres meses, pero por su conversacion, por los dictados que se daban y por haberles oido nombrarse, vino á cuentas de que eran dos oficiales reales de mucha importancia.

—Y bien, ¿qué hacer? murmuró Cortés, ¿he de mandarlos ahorcar aquí mismo?

—No, contestó Marina, ellos mismos han dicho que serias perdido si los mataras.

—Entónces....

—Mándalos á Tenochtitlan y allí se encargarán ellos mismos de matarse unos con otros.

—¡Ah! dijo Cortés alumbrado por aquel rayo de luz, siempre vos tan sabia consejera como amiga fiel.

Y mandó llamar luego á su presencia á Salazar y á Chirinos.

—Acaban de mandarme correos de México, les dijo, en que se me avisa que aquello anda mal: vos factor, que sois tan prudente, y vos, veedor, que ejerceis por vuestra energía dominio en todos, vais allí como gobernadoros tambien para que domineis con vuestra sabiduría en el consejo. Decid á aquellos, y vosotros tenedlo entendido, que Cortés sabrá ahorcar á todos los que no obedezcan sus mandatos.

Salazar y Chirinos saludaron y salieron. En el semblante del primero iba dibujada una sonrisa siniestra.

CAPÍTULO XXXV.

La historia de Marina

La medida dictada por Cortés, tuvo la particularidad de dejar á todos contentos. Él y sus capitanes se vieron librados de las miradas de dos personajes estraños, á quienes no podian menos que mirar con desconfianza. Salazar y Chirinos no pudieron tampoco disimular su alegría, y se volvieron á México tan pronto como recibieron los pliegos y las instrucciones de Hernan Cortés.

Cuando habian andado una media legua, Don Peralmides no pudo contener más su curiosidad, y dijo á Salazar, que llevaba los pliegos:

—Ved allí una sombra de hermosos árboles para tomar descanso.

—¿Descanso cuando de salir del campamento acabamos?

—¿Y no podriamos examinar las instrucciones y los mandamientos de Cortés?

—Perded cuidado, Chirinos, que una cosa será lo

que ordene Cortés y otra la que nosotros hagamos. Para que me entendais mejor, en llegando á México, romperemos los pliegos que nos convengan y obraremos como mejor nos venga en voluntad.

Y así fué, en efecto, como obraron estos nuevos gobernantes, segun podremos verlo despues. Ahora vamos á seguir á Cortés y á los que le acompañaban en su expedicion, entre los cuales iba nuestra heroína principal, llamada por algunos españoles y aun por el mismo Don Hernando, la joya más rica de la Nueva España.

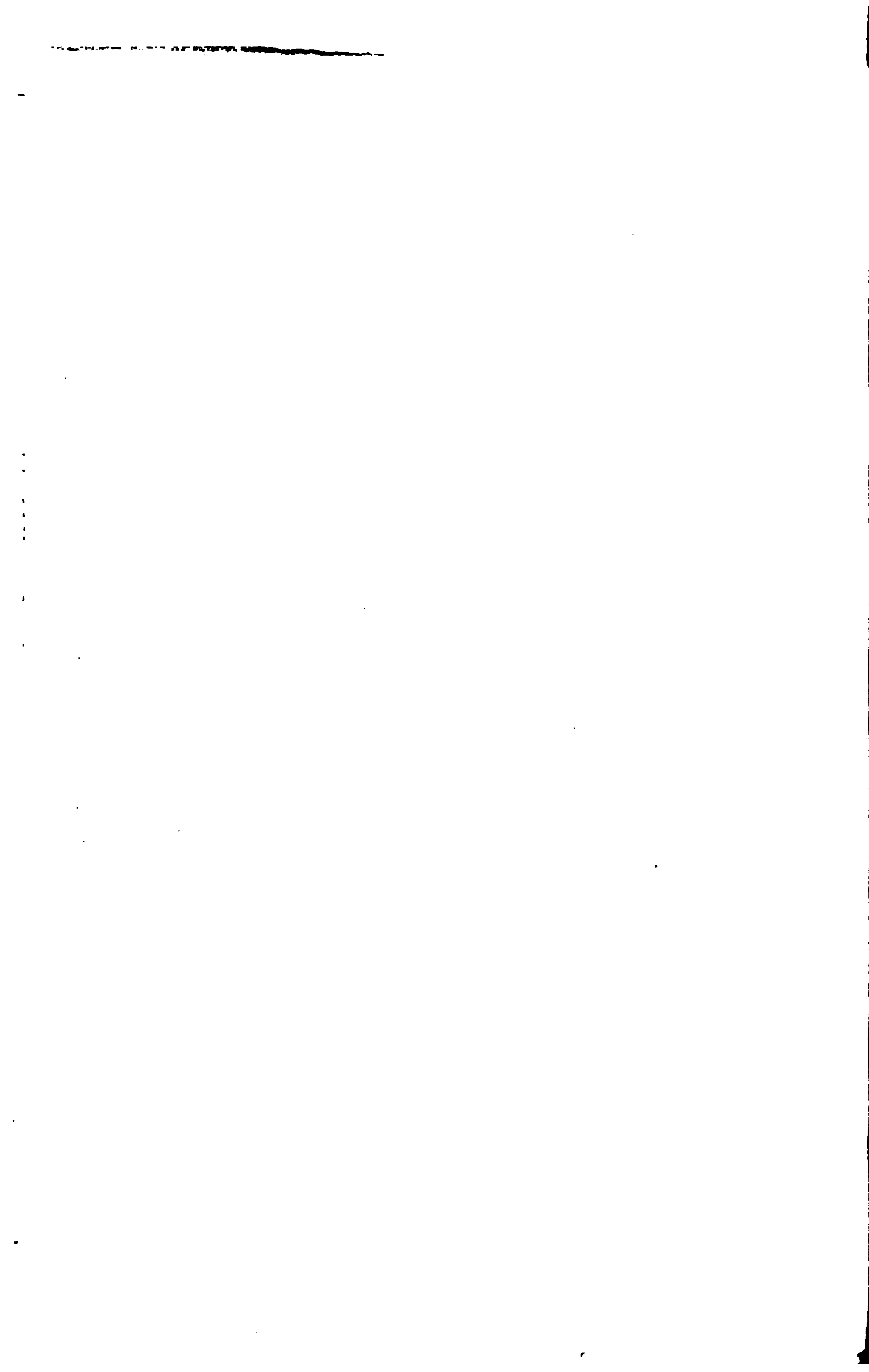
Con la lentitud propia de aquellos tiempos, Cortés pasó el Popocatepetl, y se internó en la cadena de montañas que defienden la entrada al valle de Oaxaca, á donde llegó despues de muchos dias de fatigosa travesía.

Juan de Jaramillo, como prometido de Marina, tenia el permiso de alojarse siempre en las mismas habitaciones, lo cual le proporcionaba la ventaja de estar vigilando siempre á los antiguos amantes. Este habia sido el ánimo de Cortés: hacer testigo á Jaramillo de sus acciones para que fuera deponiendo los celos que le devoraban. Es verdad que á veces el conquistador se tomaba libertades disculpables hasta cierto punto por sus relaciones anteriores con Marina; pero entónces ésta le hacia reportarse y se presentaba al lado de Jaramillo amante y cariñosa, como queriéndole demostrar que á él pertenecia solamente y á él seguiria perteneciendo toda su vida.

En una noche de estas, despues que Don Hernan-

Dª MARINA.

Marina movió algunas hojas para aproximarse y poder oir mejor.....



do habia pretendido atraer á sus brazos á Marina, esta se desprendió de ellos y corrió á donde estaba Jaramillo, diciéndole:

—Ven, amigo mio, vamos á hablar solos en donde nadie nos escuche.

Jaramillo la siguió algunos pasos hasta llegar á un arroyo poco profundo, en donde era una música suave el rumor de las cristalinas aguas que se deslizaban por entre las peñas.

—Aquí estaremos bien, dijo ella, la noche es fresca y el sitio es agradable para que conversemos.

Ella ocupó un banco cubierto de musgo y él cayó de rodillas á los piés de Marina, y estrechó su talle suavemente.

La luna iluminó entónces con todo su esplendor aquel pintoresco cuadro.

—Hablad, amor mio, murmuró Jaramillo.

—Yo no quiero pasar ya de estas tierras sin que nos unamos en matrimonio, Don Juan, dijo sencillamente la jóven.... no quiero que sufras los celos que te inspira Cortés.

El mancebo quedó tan aturdido, que no supo ni qué contestar, y se contentó con llevar á sus labios las manos de la jóven, estrechándolas despues ardientemente contra su corazon.

—Sí, amor mio, mi bien amado, quiero que liguemos nuestra suerte en estas tierras, antes de llegar á las mias, á donde deseo aparecer como esposa de un esforzado capitan.

—Sí, sí, contestó Jaramillo.

—Mañana mismo, en nuestra primer jornada, al tomar el primer descanso, iré á Cortés y le diré: cásanos. Precisamente es domingo, se colocará un altar en la mejor cabaña, y allí el sacerdote nos unirá para siempre.... ¿quieres, Jaramillo?

Jaramillo, como si saliera de un profundo sueño, suspiró y contestó:

—¿Qué es lo que me preguntais, amada Marina, miá, que conmueve todo mi sér y parece inundado mi corazon de felicidad? ¿Acaso es otra cosa lo que más apetezco? ¿Acaso no sois vos la que tiene ocupada mi imaginacion, ya despierto, divagado con vuestra imágen, yo dormido, con los sueños en que siempre oigo vuestro angelical acento?....

—Pues bien, ya que me amas y voy á ser tu esposa, delante de esta naturaleza suave y perfumada que nos rodea, teniendo al cielo por testigo, voy á referirte quién soy y quién he sido antes de que me conocieras. Siento la necesidad de comunicar á álguien los pensamientos que se agolpan en mi imaginacion, á medida que voy acercándome á la tierra en donde nací, y á nadie mejor que al hombre que va á ser mi compañero de toda la vida podré confiarlos.

—Hablad, Marina, contadme vuestra historia: el sitio se presta porque es hermoso, y yo ardo en deseos de saber por vuestra misma boca si es cierto todo lo que de vos se refiere.

—Siéntate á mi lado....

—No, no, aquí á vuestros piés contemplándoos, aunque esté embriagado de amor, oiré cada una de vuestras palabras con recogimiento, bebiendo una dicha

inagotable en vuestros ojos. La luna iluminará vuestro hermoso semblante, y yo no quiero perder un momento sin estaros contemplando.

Marina se recogió un instante en sí misma, y luego comenzó á hablar así con una voz dulcísima que iba á formar un duo celestial con el murmullo del torrente:

—Nací hace diez y ocho ó veinte años, segun puedo calcular por la manera de contar el tiempo que aprendí de los españoles: mi padre fué el mas bueno, pero el mas justiciero de los príncipes. Gobernaba un pueblo de guerreros, á quienes supo dirigir en los combates siempre á la victoria, haciéndose al fin respetado y temido de cuantos habian tratado de imponerle el yugo. Sus triunfos le proporcionaron un rico botin que estuvo reuniendo en doce años de lucha, y segun decia eran todas aquellas riquezas para que yo, su única hija, las disfrutase, enlazándome con el hijo del rey de Quautemallan, para que reunidos los dos pueblos, pudiera formarse un imperio poderoso que rivalizara con el de los Moctezumas que era ya el único que en toda la comarca podia llegar á sobreponérsele. Pero la muerte, en uno de los dias mas serenos, cortó el hilo de aquella vida que á mí sola estaba consagrada, y todo el poderío de mi padre pasó á mi madre, jóven y hermosa, cuando apenas podia yo contar ocho ó nueve años. Muy vagamente recuerdo á Mectlalzin, era el nombre de mi padre, quien, al encontrarse casi moribundo, hizo que me llevaran á su lado, y dijo á mi madre Tepatzula, con frases entrecortadas:—Aquí te entrego á

nuestra hija: yo voy á morir sin verla rodeada de la felicidad que desde que nació busqué para ella. Todos mis tesoros le pertenecerian si yo viviera, porque ya que no tuvimos un hijo varon habiamos determinado que fuera en su mayor edad la esposa de un gran príncipe; pero como no existiré ya sino muy poco tiempo, dispongo que esos tesoros los partan entre las dos. Si tú llegaras á casarte, porque eres jóven, y los dioses te han llenado de gracias, puedes disponer solo de aquello que te sea indispensable para pasar al lado del hombre que sea tu marido. En ese caso, quiero que todas las joyas, que todos los palacios, que todas las tierras, que todo, en fin, cuanto sabes que es mio, pase á formar el patrimonio de Mallintza, (1) este fué

(1) Segun Icazbalceta, Doña Marina es conocida en la historia con el nombre de la Malinche.—*Notas al diálogo segundo de Francisco Cervantes Salazar.*

Segun Gomara, era Doña Marina de un lugar llamado Viluta hácia Xalisco.

Ixtlilxochil sostiene que era de *Huilatlan*, palabra que quiere decir lugar de tórtolas.

Tanto Bernal Diaz, como Clavijero, asientan que Márina nació en un lugar llamado Painalla.

Bustamante se vale de un dato para afirmar que el lugar de su nacimiento fué Acayúcan; dice que allí enseñaba su casa.

Las opiniones de los autores están tambien encontradas respecto del nombre primitivo de Doña Marina. Unos dicen que habiendo recibido en el bautismo cristiano el nombre de Marina, los indios corrompieron este nombre lamándola Malina, agregándole luego el tzin, espresion de cariño, con que ornaban Malintzin; pero otros dicen que se llamaba Malinalli por ser este nombre el símbolo de uno de los veinte dias del mes mexicano y cuya traduccion es *retorcedura.*

Icazbalceta cree que el nombre primitivo de Doña Marina era Malintzin Tenépal.

Camargo dice que Marina era hermosa como una diosa, y que su fisonomía espresiva indicaba el temple generoso de su alma.

Las Casas dice que Doña Marina, á quien los indios llamaban la Malinche, refirió que habia sido hurtada de Xalisco, su tierra, y que de mano en mano vendida por los mercaderes como esclava, llegó á Tabasco y aprendió lenguas. Tomo II, Cap. CXXI, pág. 413.

Bernal Diaz, lo mismo que Solís, dicen que Doña Marina era hija de un

el nombre con que se me dió á conocer á los ocho dias de nacida al ser paseada en triunfo por todas las calles de mi ciudad natal, situada en medio de un vergel que todo el año tenia árboles vestidos de tiernas hojas y sus arbustos de rosas de mil colores y perfumes.

Muerto mi padre quedó Tapatzula con el gobierno de aquel reino, que comenzó desde luego á sentirse sumergido con la decadencia que era consiguiente á la falta de quien le habia dado vigor y respetabilidad. Mi madre entónces llamó al solio á uno de sus consejeros dándole los honores de la dignidad suprema. Yo, aunque pequeña, sentí que se fué extendiendo la mas grande melancolía en mi corazon, pues ya no eran para mí ni todas las caricias ni todos los cuidados. Un niño fué el fruto de aquella union, á los cuatro meses, y ya has oído decir lo que pasó despues.....

—¿Que pasó? referídmelo vos misma, Marina mia.

—Pasó que el hombre aquel que estaba influyendo vivamente en el corazon de mi madre la puso una venda en los ojos para que cometiera la mas negra de las abominaciones con su inocente hija, á la cual debian matar ó hacer pasar por muerta, á fin de que todas las

cacique de Goatzacoalcos, y que aprendió la lengua mexicana por haberse criado en Xicolango.

Segun Antonio de Herrera, era natural de Xalisco y fué vendida al cacique de Tabasco. Lib. I, Cap. XXI, pág. 26.

Bernal Diaz dice que Marina fué regalada á Cortés, y despues este la donó á Alonso Hernandez Portocarrero.

Se omiten otros citas históricas sobre el orígen y mombre primitivo de Marina, por no embrollar más al lector con tantas suposiciones y vaguedades. Baste decir, por último, que el autor de este libro, conformándose en lo posible con los contradictorios datos históricos que existen sobre la heroina de su relacion, ha tomado aquellos que han ido mas conformes con la índole de una obra de esta naturaleza.

riquezas del gran Rey Metlaczin, pasaran al nuevo vástago que les habian mandado los dioses. Mi madre debió haberse resistido mucho á cometer accion tan villana, porque casi todas las mañanas la veia yo con los ojos llorosos, pero una noche al fin me ví violentamente arrebatada por unos hombres que me llevaron al mercado de una ciudad extrangera á muchas leguas de distancia, en donde habia muchos mercaderes de todas las naciones, y allí fuí vendida como esclava.......

—¿Y qué sabeis ahora de vuestra madre y vuestro padrastro?

—¡Nada!...... Aquellos mercaderes me llevaron á lejanas tierras, y antes de cumplir quince años fuí vendida varias veces porque cada dueño mio me consideraba como un trasto inútil, sin embargo de que yo procuraba hacer siempre cuanto se me mandaba, y de este modo recorrí muchas tierras viviendo en medio de todas las tribus del Anáhuac y aprendiendo todas sus lenguas. Ya cuando pasé de los quince años notaron que era hermosa y entónces fuí destinada para ir á ocupar un lugar en el serrallo de algun príncipe poderoso. El mercader de esclavos que me poseia últimamente pensó sacar un buen precio llevándome á vender en la corte de Moctezuma, ya al mismo emperador, ya á alguno de los príncipes, pero como estaban en guerra los mexicanos y tlaxcaltecas, se nos obligó á retroceder en nuestro camino, y despues de andar recorriendo varios mercados, sin encontrar un hombre demasiado rico que pagara por mí el subido precio que se pedia, llegamos á unas fiestas que habia en Tabasco, allí fuí rifada en el juego de la pelota, pasé á poder de unc

de los secerdotes que habia ido allí mandado por el Cacique, al cual habian llegado las noticias de mi rara hermosura. No habia querido presentarse él mismo á disputarme en el juego ó á comprarme, temeroso de que viéndosele interesado en adquirirme, el mercader pretendiera poner muy alta su mercancía. Siendo ya propiedad del Cacique de Tabasco entré á formar parte de las reservas de su serrallo en donde habia unas doscientas niñas mas ó menos hermosas, esperando su turno para salir á disfrutar de las fiestas de aquella corte.

Pocos meses tenia de encontrarme en aquel encierro, esperando que un dia ú otro apareciera allí el terrible cacique para escoger las doncellas que le habian de asistir en el año siguiente, cuando llegaron á nosotros los rumores más alarmantes: los guerreros de la nacion habian salido todos á combatir contra unos enemigos blancos que habian aparecido en las costas, segun decian descendidos del cielo ó llevados por un carro de fuego desprendido del sol, y esos guerreros blancos acababan de hacer un destrozo en las huestes indígenas, causando el mayor terror en el ánimo del cacique. Este, luego que sufrió aquel revés, mandó emisarios proponiendo la paz y el gefe de los blancos dijo que la admitia con la condicion de que se le dejara entrar en la ciudad. El cacique entónces para aplacar la cólera del vencedor escogió á treinta doncellas, entre las cuales yo me encontraba, y servimos de regalo al capitan Hernan Cortés que nos recibió sin agasajos, pero con mucha curiosidad. Todas nosotras que temblábamos al principio llenas de temor, considerando

cuál seria la suerte que íbamos á correr despues de haber saciado el apetito de la soldadesca, no solo nos tranquilizamos sino que nos llenamos de placer, cuando empezamos á ver que aquellos guerreros blancos, no eran animales feroces como nos los pintaban ni semidioses llenos de orgullo y sedientos de venganza, sino hombres gallardos de hermosos ojos que nos miraban con dulzura y nos hablaban un idioma cadencioso como la voz del viento quejándose entre las enramadas. Hernan Cortés nos examinó á cada una de nosotras despues que volvió al palacio en que estaba alojado y nos fué repartiendo una á una, escogidas al parecer por los capitanes que se hallaban presentes.

Yo fuí la última que fuí entregada como sabeis á Don Alonso Hernandez Portocarrero, el cual muy contento de la merced que se le hacia, pues yo era sin duda la más hermosa entre todas aquellas jóvenes, segun afirmaban los españoles al verme, comenzó á dirigirme en su idioma algunas preguntas, á las cuales respondí con signos que le dejaron satisfecho, pues que demostraban que los comprendia.

Hizo entónces que el padre Aguilar nos sirviera de intérprete y entónces conté á éste que habia estado entre los mexicanos y que conocia todos los dialectos que se hablaban en esta tierra.

Hernan Cortés al oir esto hizo que le fuera repetido por Aguilar, y entónces dijo á Portocarrero:

—Os retiro la merced que os habia hecho y en cambio os regalo cinco esclavas escogidas y el oro que querais de mis cajas, pues esta india va á que-

darse á mi lado para que aprenda el español y me sirva de intérprete.

Yo me arrodillé delante de Cortés y le ofrecí que procuraria serle agradable.

Al dia siguiente me bautizó el padre Olmedo, poniéndome el nombre de Marina, y despues empezóse á confundir este nombre con el mio Mallintza ó Mallintzin, hasta que tanto por los indios como por los españoles se me ha llamado la Malinche y á D. Hernando, porque siempre hemos andado juntos ó porque los mexicanos oian mas mi nombre que el suyo, dieron en llamarle tambien el Malinche, confundiéndonos á ambos con una sola denominacion. Esta ha sido mi historia, Jaramillo, y esta es la mujer que vas á recibir en tus brazos cuando el sacerdote nos haya unido para siempre.

—No quiero preguntaros nada respecto de los amores que habeis tenido con Hernan Cortés, porque no quiero recordar mis celos ni provocarme yo mismo aflicciones y bochornos. Nunca os he pedido vuestro amor sino vuestra voluntad, y desde que me habeis ofrecido desposaros conmigo y desde que os veo dispuesta á cambiar vuestra vida por otra nueva en que se os llame la desposada de Jaramillo, no tengo que hacer otra cosa sino daros rendido las gracias y ofreceros que por mi parte seré discreto respetando vuestro pasado. Vos habeis tenido la delicadeza de confiarme vuestra historia, para que yo vea que traigo á mi lado á una mujer honesta que solo ha delinquido llevada por la fatalidad..... está bien, así recibo á esa

mujer, así me engalano con su amor y le ofrezco respetarla y amarla por todos los dias que me queden de existencia.

—Tienes un corazon noble, Jaramillo, y por eso creo que llegaré á amarte tanto como he amado al conquistador.

—¿Me ofreceis que una vez siendo mi esposa, tratareis de arrancar ese amor de vuestro corazon para consagraros toda entera á vuestro esposo?

—No me pidas imposibles, Don Juan. Amé á Don Hernando una vez y le amaré siempre; pero no tengas celos de este amor, pues desde que me ha humillado con Doña Catalina ya no volveré á ser suya. ¡Lo juro por el recuerdo de mi padre!

—Perdonadme, Marina....

—¿Me quieres así, Jaramillo?.... ¿quieres recibirme en el hogar del esposo tal como me he pintado y tal como soy, esclava primero y manceba de Hernan Cortés despues, llevando un hijo suyo?....

—Sí, sí....

—Pues entónces, hasta mañana, dijo Marina levantándose y echando á correr por encima de los peñascos como una gacela.

CAPÍTULO XXXVI.

Encuentro inesperado.

Verificóse el casamiento al dia siguiente en un pueblo llamado Ostoticpac sobre el camino que llevaban las tropas de Cortés para Ibueras. Bendijo la union de Juan de Jaramillo y Marina Malintzin Tenépal, el padre Melgarejo, siendo padrinos el capitan Pedro Gallego y en representacion de la princesa Isabel Moctezuma la jóven española Ana Briones, muger del capitan del mismo apellido. Un sentimiento de delicadeza retrajo á Don Hernando de apadrinar él esta union, lo mismo que á Jaramillo y Marina de hacerle semejante convite. Aunque todas aquellas gentes eran despreocupadas, ya porque la guerra y la necesidad les absolvia de todo, ya porque en lo general el ejército se componia de campesinos y aventureros, no dejaba de haber sin embargo, de vez en cuando, sus murmuraciones, y en esta ocasion conociéndose las relaciones íntimas de Cortés con Marina, no

dejó de criticarse aquella union, cebándose todo el rigor de la maledicencia en los huesos de José Juan de Jaramillo.

Marina fué la que en adelante se encargó de destruir todas aquellas murmuraciones, á fuerza de mostrarse reservada y séria con Cortés, miéntras que con Jaramillo estaba siempre cariñosa y comunicativa. ¿Hacia algun esfuerzo Marina para sostener esta conducta? Lo hacia heróico, porque por más grande estimacion que profesara al que le habia dado la mano de esposo, el amor habia echado profundas raices en su corazon y el recuerdo de los dias felices que habia pasado al lado de Cortés eran para ella de una duracion inextinguible. Tenia Marina un carácter enérgico y decidido que le permitia ocultar sus más profundas emociones bajo una tranquila apariencia, y de esa manera el mismo Jaramillo llegó á concebir la esperanza de que iba á ser amado. Todo consistia en que llegara á presentarse la oportunidad de alejarse de Cortés y entónces sí estaba seguro de que el corazon de Marina llegaria á ser suyo por completo.

Aquellas nupcias no habian tenido nada de particular puesto que se habian verificado sobre la marcha, es decir, lo particular que tuvieron fué que se celebraron sin grandes fiestas: de todos modos, Jaramillo y Marina quedaron perfectamente casados ante la Iglesia, ó al ménos esa fué la opinion de todos los presentes.

Para conmemorar aquel suceso, Cortés mandó levantar en Ostoticpac un monumento al estilo de la

época, consistiendo en arrastrar hasta aquel lugar con las palancas manejadas por cinco mil indios una gran piedra que posteriormente se llamó "La Piedra Gigante." Ese monumento está siempre diciendo como un recuerdo perenne que allí contrajeron su union Juan de Jaramillo y Marina Tenépal.

El ejército de Hernan Cortés siguió sus marchas unas veces por en medio de llanuras interminables, otras veces por entre lugares cenegosos en que daba el agua á la cintura de los soldados de infantería y las más por entre montañas y precipicios. De este modo atravesaron en cerca de un mes una gran parte de la zona meridional.

La marcha siguió sin embargo tan penosa, que se podrá tener una idea de ella leyendo lo siguiente, referido en sus cartas por Cortés y en los escritos de Bernal Diaz, consignado en la obra de Prescott:

"Luego que dejaron los españoles á Iztapan, dice el autor americano, entraron en un país bajo y pantanoso interrumpido de vez en cuando por plantíos y cubierto de bosques de cedro y de palo del Brasil que parecian interminables. El follage que colgaba de las copas de los árboles esparcia una sombra tan oscura, que los soldados, segun dice Cortés, no veian donde asentaban el pié. Para que mayor fuera su confusion, se vieron abandonados de los guías, y cuando para descubrir el camino trepaban á la copa de los árboles, solo descubrian una ingrata é interminable línea de bosques mecidos por el viento. La brújula y el mapa es lo que únicamente podia sacarlos de tan tenebrosa

incertidumbre; por lo que Cortés y el constante Sandoval que lo acompañaba en esta expedicion, extendieron los mapas en el suelo, para ver si encontraban algun indicio de la direccion que debian seguir. Sus recursos se agotaron hasta verse obligadas las tropas á alimentarse de bellotas y de frutas silvestres. Gran número de soldados enfermaron y muchos indios agobiados de fatiga perecieron en el camino de pura consuncion.

Cuando, por último, salieron de aquellos bosques aciagos, se encontraron con un rio más caudaloso y de mucha mayor anchura que cuantas hasta entónces habian atravesado. Los soldados desarmados y sin aliento, comenzaron á murmurar del general que les hacia penetrar cada vez más y más en desiertos deshabitados, donde probablemente dejarian sus huesos. En vano les exhortaba Cortés á fabricar un puente, mediante el cual, pudiesen pasar á la orilla opuesta: pareciales esto obra de colosal magnitud y desproporcionada á sus extenuadas fuerzas. No fué tan desgraciado cuando invitó á los indios, quienes con su obediencia sumisa avergonzaron á los españoles que pusieron manos á la obra de tan buena voluntad, que en cuatro dias le dieron término, no obstante que parecian ya prontos á sucumbir de cansancio. Y es verdad que aquel era el único modo de salir de tan intrincada posicion. El puente constaba de mil vigas del grueso de un hombre y de diez brazas de largo. El conjunto de las vigas ofrecia un paso tan seguro y una contestura tan sólida, que solo el fuego podia destruirlo. La obra llamó la atencion de los indios que acudieron á examinarla desde grandes distancias y durante muchos

años quedó el puente de Cortés como un monumento de perseverancia y energía.

La llegada del ejército á la orilla opuesta le puso en nuevos aprietos. El piso era tan flojo y húmedo, que los caballos se hundian hasta los encuentros, y algunas veces casi quedaban enterrades en el fango de los pantanos. Costaba el mayor trabajo sacarlos de allí, mas se logró cubriendo el suelo con hojas y ramas de árboles, hasta que llegaban jadeando los animales á algun riachuelo que pasaba por en medio de la ciénaga."

Esto pasaba en la cuaresma del año de 1825, cuando no habia conquista segura mas que la de México, en donde al menos se habia sustituido con una ciudad nueva la antigua, colocándose edificios de forma europea sobre las ruinas de los palacios y templos aztecas.

Cortés, por lo mismo, se encontraba en una situacion angustiosa, pues las noticias últimas que habia recibido de su capital eran enteramente desconsoladoras por el total desconcierto en que habian entrado los gobernadores, y las que esperaba saber mas adelante nada bueno le auguraban, pudiéndose decir que era dueño solo del terreno que pisaba, y que este mismo comenzaba á ser deleznable y peligroso desde el momento en que sus soldados, abrumados de bastantes fatigas, fraguaban cada dia una nueva conspiracion, siempre descubierta por Marina y siempre sofocada á fuerza de energía por Hernan Cortés, hasta que cesaron en parte aquellos trabajos llegando á zonas pobladas, y se puede decir conocidas, pues que por allí habia pasado ya la civilizacion europea distinguiéndo-

se más que por otra cosa por las cruces y las imágenes de los santos que se encontraban ya en los teocallis al lado de ídolos deformes ó de nuevas divinidades qne habia hecho surgir la aparicion en el suelo de otros séres estraños.

La casualidad hizo que llegaran Cortés y los suyos á un punto llamado Acolan, que era el centro de toda aquella civilizacion y que hizo exclamar á Marina, al oir lo lengua, al reconocer los edificios y al ver el traje de las gentes:

—Aqui fué donde pasé mi infancia.

—¿Qué decís? le preguntó Juan de Jaramillo.

—Que esta es mi tierra.... sí.... que esta es mi tierra porque la reconozco.... porque los latidos de mi corazon me dicen que debo reconocerla.

—¿No estareis engañada, Marina mia?

—Yo tenia muy pocos años cuando salí de aquí; pero no me cabe duda de que antes ví muchas veces esos árboles que dan sombra á la playa, y ese palacio que tenemos al frente y que era el de mis padres.

Y Marina cayó de rodillas y dió grancias á Dios de que la hubiera conducido otra vez al sitio, en que segun ella creía, se habia deslizado su niñez.

Segun la costumbre observada en todos los lugares en que entraba Cortés pacíficamente, se convocó á los mandarines y caciques principales de aquella provincia. El rey y la reina mandaron luego una diputacion encargada de anunciar al conquistador que solo estaban esperando que tomara algun descanso para irle á hacer una visita.

Cortés contestó:

—Decid á vuestros soberanos que para mí no hay mas fatiga que la de hacer el bien á los mios y á los habitantes de los pueblos que vengo recorriendo: que yo siempre estoy dispuesto á recibir á los jefes de las ciudades y mas á los de esta que indica civilizacion y opulencia.

Marina, que habia servido de intérprete, volvió á esclamar luego que se fueron los enviados:

—Esta es la primera lengua que aprendí en mi infancia: si no estamos en mi capital, de seguro nos hallamos en alguna de sus tributarias.

Al poco rato se dejó oir el ruido de las músicas y de las esclamaciones populares: eran los soberanos que se aproximaban con un lucido acompañamiento de nobles y sacerdotes.

El rey y la reina descendiron de sus palanquines al llegar á la puerta del palacio en que fué alojado Cortés, y fueron introducidos con su acompañamiento á una gran sala baja, en que esperaba Cortés rodeado de sus principales capitanes y de su intérprete Doña Marina. Alguna voz interior decia á esta que iba á verificarse un acontecimiento terrible, porque su corazon parecia quererle romper el pecho con sus latidos. A medida que más se aproximaba la llegada de los reyes, más se notaba en la fisonomía de la jóven una emocion desconocida.

Bastaron á ésta las primeras palabras que dejó oir la reina, le bastó contemplar por un momento su fisonomía, observar un poco el rostro del rey y de los demás que le acompañaban, para lanzarse á los brazos de aquella, esclamando:

—Madre mia!....

Un rayo que hubiera caido á los piés de los reyes, no les hubiera impresionado tanto como aquel arranque de Marina, poniéndose ambos lívidos como la muerte, y no acertando á lo que debian hacer ni decir, cayeron ambos de rodillas delante de Cortés. Entónces Marina les dijo para tranquilizarlos:

—Soy yo, soy tu hija, soy Malintzin, abrázame.

—¿Tú Malintzin?...... esclamó la reina con la voz mas turbada, y mirando á su marido con ojos de interrogacion, sin decidirse á tender los brazos á su hija.

—¿No me reconoces? le dijo Marina....

—Sí.... sí.... tú eres.... ya veo que los dioses te han mandado que te me aparezcas para mi castigo.... ¡Oh! bien sabes que desde entónces no he tenido ni un dia ni una noche de tranquilidad.

—No soy aparicion que te mandan los dioses.... vuelve en tí...... soy tu verdadera hija....... soy realmente Malintzin.

Entónces la matrona, pues que la madre de Marina no era todavía anciana, impelida mas bien por el instinto que por la voluntad, estrechó á Marina entre sus brazos y dejó escapar un torrente de lágrimas.

La escena muda que siguió fué tan elocuente y tan conmovedora, que no hubo uno entre los concurrentes que no llorase. Todos sabian de memoria la historia de Marina, y todos comprendieron que aquel encuentro inesperado de la madre y la hija, producia en ambas sensaciones de gusto y de dolor, que debieron estremecer aun á los mas duros de corazon.

Principalmente Jaramillo y Cortés, que eran los que mas á fondo conocian aquella historia, fueron los que mas se conmovieron ante aquella escena repentina é inesperada.

Despues de pasados los primeros trasportes de alegría, la reina volvió á recobrar sus temores, temiendo el castigo terrible que debia traerle su infame culpa.

—Malintzin, le dijo, dí al terrible capitan que te conduce, que como justo juez me mande imponer el castigo que me corresponda. Estoy dispuesta á expiar mi crímen en la horca..... Yo fuí sola la culpable.... el rey es inocente.

El rey, que habia permanecido mudo, dijo como un autómata:

—Yo soy inocente.

—Nada temas, dijo Marina abrazando otra vez á su madre.... yo era la única que podia guardarte algun rencor, y ya me has visto en tus brazos derramando lágrimas.... ¡Yo te perdono!

El rey y la reina cayeron otro vez de rodillas, pero en esta vez delante de Marina, á la cual besaban las manos y el vestido en señal de agradecimiento.

Marina puso fin á esta escena diciendo con aire imperativo:

—¡Basta! no hay que mostrar tanta humillacion delante de estos españoles.... ya dije yo que nada teneis que temer y que estais perdonados.

Marina, queriendo entónces destruir todas las malas impresiones, se desciñó su diadema de perlas, su collar de oro, sus pendientes llenos de brillantes, y to-

das las demas joyas que traía, y con ellas engalanó á su madre, diciéndole:

—Ahora sí soy muy dichosa: tengo á mi marido y tengo á mi madre; conozco una religion que nos enseña á ser buenos, y que nos manda perdonar las injurias.... ¡Ya soy dichosa!

Entónces abrazó á su madre y á Jaramillo derramando un torrente de lágrimas.

Bernal Diaz, el historiador que presenció esta escena, dice con su lenguaje sencillo: "Y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente, y se lo juro amen."

CAPÍTULO XXXVII.

Duelo á muerte.

La conquista de Michoacan fué encomendada, como dijimos antes, á Nuño de Guzman, á Diego de Soria y á otros capitanes escogidos por Hernan Cortés para que tomaran posesion de las provincias occidentales.

Esta conquista no ofrecia dificultad alguna, toda vez que el mismo rey de Michoacan se habia apresurado á someterse de la manera mas espontánea. La entrada de los españoles por aquellos pueblos, era pues, un paseo triunfal hecho bajo arcos de flores, seguidos de las músicas y obsequiados en todas partes con largueza.

Era tanto lo que el rey Tanguazan se habia humillado á Nuño de Guzman, que éste sentia remordimientos de tener que deponerlo él mismo de su trono, y so pretesto de que debia internarse á la conquista de Xalisco, dejó á Diego de Soria encargado de aquella penosa comision.

—De la manera que mejor podais os compondreis para este asunto, dijo Nuño de Guzman á Soria en el momento de despedirse de él y ya montado en su caballo.

—Paréceme, contèstó el segundo, que no tengo que gastar mas miramientos que quitarle la corona de la cabeza y echarlo fuera de su palacio: de ese modo todos entenderán que quedó sin ser la autoridad del país este monarca.

—Obrad como os parezca mejor; pero siempre empleando los mejores medios de prudencia para no enojar á los indios.

—Descuidad.

—No olvideis que esta es mi retirada mas segura para en caso de qne me reciban mal las otras tríbus que se encuentran extendidas de este lado hasta la orilla del mar.

—Yo me encargo de cuidaros, y procurar que esta salida la tengais siempre abierta.

—Confio en vuestro valor, pero mas en vuestra prudencia. ¡Adios, Diego de Soria!

—¡Adios, Nuño de Guzman! que el apóstol Santiago proteja vuestras armas.

Diciendo esto, se separaron los dos jefes, y todos los sacerdotes y nobles de la corte de Tanguazan que, contemplado esta conferencia desde lejos, adivinaban quizás lo que de ella iba á surgir, se apresuraron á rendir pleito homenaje á Diego de Soria, que quedaba allí como absoluto.

—Bien, dijo este, llevadme á los salones del rey en donde tengo que hacer justicia.

Le condujeron al salon del trono, subió á él empuñando un largo baston que les hizo comprender á los indios, se presentaba la autoridad, y comenzó á dictar sus disposiciones.

—Rey Tanguazan, dijo dirigiéndose al mofletudo monarca, desde ahora dejais de ser aquí el soberano.

—Ya lo sabia, señor, dijo el pobre hombre con la voz temblorosa, desde que te he traido aquí á tí y á los tuyos, he depuesto mi poder y he renunciado á él voluntariamente.

—Está bien: tengo encargo de mi señor Hernan Cortés, de darte las gracias á nombre de nuestro poderoso soberano el rey mas grande de la tierra.

—Mucho me agradaria conocerle.

—El tendrá presente al ejercitar sus bondades que vos habeis cedido el puesto sin necesidad de que se ejerciten sobre vuestro reino ningunas violencias. Vuestros súbditos deben estar tambien agradecidos, pues que gracias á vuestra sábia conducta se han librado de los rigores de la guerra.

—Entre mis súbditos hay muchos que hubieran querido pelear porque son guerreros indomables; pero las madres, las esposas y los ancianos, bendicen á los dioses que nos han librado de la calamidad de la guerra.

—Por ahora en nombre de mis soberanos podré solo haceros algunas mercedes que consistirán en las tierras que necesiteis para vos y los de vuestra familia, en las casas que vos mismo elejireis, menos esta que la ocupo yo mismo en nombre de mi rey, y tam-

bien podreis fijaros el número de esclavos que os sean necesarios.

Tanguazan cayó de rodillas sin saber cómo expresar su gratitud por aquellas mercedes.

En seguida, Soria imitando en todo lo que habia hecho Cortés en México, nombró á algunos de los nobles que habian empezado á inspirarle mayor confianza para que se encargaran del gobierno de los barrios y de los pueblos inmediatos.

Así que habia atorgado todas las mercedes que le vinieron en antojo, dijo dirigiéndose á la asamblea:

—No veo por aquí á uno de los nobles principales de este reino, que debia encontrarse presente.

Todos empezaron á verse inquietos como preguntándose quién seria el noble que faltaba.

—¿En donde está vuestro augusto sobrino el príncipe Quecholli? preguntó por fin el de Soria dirigiéndose al ex-rey con semblante airado.

—Yo te juro que no lo sé, dijo el infeliz haciendo todos los ademanes posibles que pudieran atestiguar su inocencia.

—¿Es posible que no sepais vos en dónde se encuentra Quecholli?

—Los dioses son testigos de que ahora no lo sé.

—¡Ah! pero lo habeis sabido antes de que entrárais á este recinto .

—Desde que llegásteis vosotros, Quecholli abandonó la ciudad y no se ha vuelto á saber su paradero.

—Vosotros me respondereis de que se le encontrará.

—Señor.... esclamó el rey con tono suplicante y

como dando á entender que era gran sacrificio el que queria imponerle.

Entónces, el de Soria levantando la vara en alto, dijo con voz solemne:

—Os impongo en nombre de mi rey á todos los que estais aquí presentes la obligacion de ir ó despachar gente en vuestro lugar que vaya á buscar por todos lados al príncipe Quecholli, el cual ha mandado nuestro soberano que se le remita á España como una muestra de la hermosura de vuestra raza y de vuestra capacidad. Pero si el prínipe Quecholli no se dejare coger vivo me lo entregareis muerto, como tambien es órden de S. M. por el desacato que cometerá en no presentarse. El que lo traiga vivo ó muerto merecerá un premio y el castigo será igual para todos si Quecholli no comparece.

—Quecholli aquí está, dijo una voz que se dejó oir de arriba, á donde volvió Soria la cabeza.

Quecholli estaba asomado por una ventanilla: en sus lábios vagaba una sonrisa de burla muy pronunciada.

—Diego de Soria, continuó, si no eres un cobarde puedes venir á las colinas que están al Norte de la poblacion sólo ó acompañado: allí me encontrarás.

Diego de Soria se levantó rabioso y esclamó señalando la claraboya por donde acababa de desaparecer el rostro airado de Quecholli:

—Pronto, pronto.... dadle caza.... apoderaos de ese rebelde...... os mando que le prendais.

Pero nadie se movió, abismados como estaban, con lo que acababa de suceder.

Los pocos españoles que rodeaban á Diego de Soria no se resolvieron á dejarlo solo temiendo una conspiracion, ni ménos aventurarse en los laberintos de un palacio que no conocian, en el cual podia existir lista una celada.

Los indios por su parte no se apresuraron tampoco á perseguir á Quecholli, ya porque se habian sorprendido de su audacia, ya porque querian darle tiempo á que se pusiera en salvo, ya porque fingieran no comprender que á ellos se dirigia tal órden.

Viendo Diego de Soria que todos permanecian impasibles bajó él mismo las gradas del trono, y dijo á los suyos:

—Apresurémonos á cortar la salida á ese bergante.

Y dictó, una vez fuera del salon, algunas disposiciones que vinieron á resultar tardías, pues el mismo ex-rey Tanguazan vino á decirle que ya Quecholli habia salido por una puerta que estaba en un extremo de los jardines del palacio, y que ya se estaba oyendo la vocería de los indios que lo acompañaban sobre las lomas inmediatas de la ciudad.

Diego de Soria dijo entónces á Tanguazan:

—Disponed que me sigan quinientos de vuestros mejores guerreros.

Tanguazan contestó riéndose con una risa enteramente bonachona:

—Yo no tengo guerreros, desde que he despositado en tus manos toda mi autoridad. Yo soy un siervo tuyo, pero no tengo más poder para disponer de un solo hombre.

Diego de Soria se sintió con ánimo de castigar con

su propia mano al que le hablaba de aquella manera, pero vió tal aire de candor en la fisonomía de Tanguazan que se conformó con decirle:

—Sois un mentecato.

Y en seguida mandó á los suyos que alistaran armas y cabalgaduras para ponerse al momento en campaña.

Disponia de cien hombres escasos, pues que Nuño de Guzman se habia llevado lo florido y mejor de las tropas, considerando que Diego de Soria se quedaba en un país amigo en donde no le iba á ser necesario usar de las armas sino de la prudencia. De estos cien hombres escogió Diego de Soria los 30 mejor montados y armados, y con ellos se dirigió á las posiciones que ocupaba con su gente el indio Quecholli.

No se puede decir que fuera aquello una insurreccion popular ni ménos que importara un acto de rebeldía contra la canquista, pues los que acompañaban al príncipe eran sólo sus parientes y amigos que no llevaban más mira que ayudarle en la empresa de tomar venganza de una injuria personal. Así lo hizo saber Tanguazan al gobierno de México lo mismo que á Nuño de Guzman, á quienes les mandó correos dándoles explicaciones de lo que pasaba.

Segun él, Diego de Soria perseguia encarnizadamente á su sobrino Quecholli por ciertos disgustos que habian tenido en Tenochtitlan, y el último habia tomado solo una actitud de defensa remontándose con un grupo de amigos á las montañas. No creía que esto pudiera tener más consecuencias que la muerte de alguno de los contendientes.

Diego de Soria con sus 30 hombres de caballería parecia un punto negro en el horizonte en medio de aquellas inmensas llanuras, limitadas por las eminencias que ocupaba Quecholli con los suyos que eran el principio de una cadena de cerros.

Luego que el príncipe tuvo conocimiento de que los españoles aparecian á lo léjos formados en pequeños grupos de guerra, subió al punto más elevado para contarlos. Viendo que eran tan pocos, estendió la vista por todas direcciones, buscando las reservas ó las columnas de apoyo de aquella tropa insignificante. ¡Nada! no se presentaba delante mas que Diego de Soria con treinta guerreros.

Aquello era el colmo de la audacia y de la temeridad: Quecholli podia tener consigo quinientos guerreros bien armados, y en caso necesario podia venirle un auxilio compuesto de miles de las aldeas inmediatas, que eran propiedad de su madre, y que le reconocian á él como su señor.

Quecholli sintió tristeza al considerar que tenia que pelear contra aquel reducido número de soldados.

¿Qué hacer ante aquella situacion? No podia huir, porque se estimaria su retirada como cobardía, y no como rasgo de nobleza. No podia limitar sus tropas á un número igual al que traia Diego de Soria, porque los soldados de éste tenian la ventaja de las armas. No podia lanzar á todos sus guerreros para envolver á los españoles, porque el solo número los agobiaria, y seria aquel un triunfo sin gloria, debido solo á la fuerza y no al valor.

Cuando los españoles estuvieron mas cerca, Quecholli destacó unos parlamentarios. Estos llevaban á Soria el mensaje de que si queria podria reducirse aquel combate á un encuentro personal; que no era justo que las demás personas que acompañaban á ambos jefes fueran á derramar su sangre en una contienda en que no se trataba mas que de la animosidad que existia entre dos hombres, siendo ya preciso que uno de los dos desapareciera de la superficie del mundo.

Diego de Soria esclamó:

—¡Ah! es un combate de brazo á brazo el que me propone ese indio miserable.... ¡Sea! id á decirle que estoy dispuesto á cruzar con él mis armas, aunque no debiera sino ordenar á los mios que le impusieran el castigo de la horca.

Todos los españoles que le acompañaban, trataron de oponerse; pero él les hizo comprender que era el único medio que tenia de salir de aquel aprieto, y les encargó que todos estuvieran listos con sus armas para el momento en que matara á Quecholli, dando sobre los otros tras la sorpresa para acabar con ellos, pues los indios siempre perdian el ánimo cuando llegaba á faltarles el jefe. Que una vez estando allí y teniendo que pelear, serian abatidos por el número, si no empleaban un ardid aprovechando la cuyuntura que se les presentaba.

Aquel estraño torneo quedó, pues, definido, señalándose el terreno que estaba al pié de las lomas, que por cierto se presentaba llano y despejado, para que tomaran su lugar los contendientes. Los españoles se

formaron en ala de un lado, los indios cercaron las lomas y los mantenedores de la liza se situaron en medio de unos y otros en una superficie plana, embrazando Soria su acero y Quecholli su mahuatl ó maza de armas, formada de fuerte enclno y dientes de pedernal muy bien bruñidos.

Cuando estuvieron listos el uno enfrente del otro, Quecholli dijo á Diego de Soria:

—Quiero que me mates, ¡oh blanco! ya que me has hecho tan infeliz, privándome de la mujer que tanto amaba..... ¿para qué quiero ahora la vida?

—Sí te mataré, perro indio, contestó Diego de Soria, pues eres tú tambien el que ha venido á echar lodo sobre mi limpia estrella.

Los ojos de Quecholli, al oir esas palabras, brillaron con extraño resplandor, y dijo:

—Ella, desde el cielo, me está pidiendo que la vengue.... Violante, amada mia, te ofrezco esa sangre impura que voy á derramar....

No pudo continuar porque Soria, ciego de cólera, se le echó encima con la tizona levantada. Quecholli paró el golpe, y en seguida dió dos vueltas á su maza de armas haciéndola brillar, y la dejó caer de lleno sobre la cabeza de Soria, el cual perdió el equilibrio, arrojó sangre por boca y narices, y cayó de espaldas con los brazos abiertos, sin oirse ya su respiracion, sino como el estertor de la muerte.

La más viva sorpresa reinó en el campo de los españoles, así como los más grandes gritos de alegría resonaron en las lomas, que como hemos dicho, estaban coronadas por los indios.

El alférez Bustillos, que iba de segundo de Soria, se dirigió á los suyos, diciéndoles:

—Estad listos para retirarnos, voy á parlamentar.

Y se avanzó á donde estaba Quecholli inmóvil, contemplando el cadáver tendido en el suelo de su rival.

—¿Nos permitís retirarnos, llevándonos el cuerpo de Diego de Soria?

Entónces Quecholli, como saliendo de un profundo sueño, dijo:

—Nada temas, blanco: yo respondo de tu vida y de las de los tuyos. Puedes llevar tranquilamente ese cadáver.

Ya era tiempo de que Quecholli volviera á sus amigos, pues insolentados por el triunfo, comenzaban á formar un cerco en torno de los españoles, arrojando sus conocidos gritos de guerra.

Quecholli les ordenó que se estuvieran quietos, debiendo escoltar á los españoles pacíficamente.

Mandó formar una camilla de ramas, y luego hizo que ocho de los suyos colocaran el cuerpo de Soria, y lo cargaran llevándolo á la ciudad.

Bustillos no pudo menos que estrechar la mano del príncipe, diciéndole:

—Estimo mucho vuestra nobleza.

CAPÍTULO XXXVIII

Los gobernadores.

Ahora demos una ojeada sobre lo que pasaba en México, desde que cayó allí la manzana de la discordia, representada por alazar y Chirinos.

La poblacion presentaba ya un aspecto mas elegante, pues estaba concluida la iglesia de San Francisco, muchos grandes edificios, entre los cuales se encontraban el palacio real, las casas de Cortés, las de Alvarado, de la princesa Isabel y de otros muchos españoles que habian á porfia empeñádose en tener sus habitaciones lujosamente decoradas y con una conveniente situacion en los lugares céntricos de la ciudad.

Las noticias favorables que habian cundido por todas partes respecto de los conquistadores, hacian que multitud de indios vinieran de tierras lejanas á traer sus mercancías, que cambiaban por cuentas de vidrio, espejos, telas y otras curiosidades europeas, que les habian sido hasta entónces totalmente desconocidas. A la vez llegaban á las costas mexicanas constante-

mente carabelas henchidas de efectos de ropa y comestibles, lo mismo que de aventureros de ambos sexos, que venian á América en pos de la fortuna.

Así, pues, la nueva ciudad de México, segun el testimonio del mismo Cortés, en unas cartas dirigidas á Cárlos V, tenia una poblacion de mas de ochenta mil almas, siendo cuando menos una cuarta parte de europeos, si no era que llegaban ya á la mitad: tanta prisa así se habian dado en venir á esplotar las riquezas, que era fama se veian regadas en la misma superficie de la tierra.

Por consiguiente la ciudad de México no solo presentaba ya un agradable aspecto con sus torres y palacios, sino que se veia muy bien poblada, llena de movimiento comercial, y abundante en productos para los hombres que la gobernaban, lo cual hacia que el poder se apeteciera por cada uno de los que tenian el menor título para fundar una aspiracion. Era ya un poder que dejaba ver las seducciones del profundo respeto y de la obediencia pasiva de ochenta mil personas, lo mismo que el tributo de las mismas y de los pueblos inmediatos que rendian una muy regular suma de efectos que se convertian en buenos castellanos de oro.

Habian trascurrido ya unos dos meses de la partida de Cortés, se sabia perfectamente el fin desastroso que habia tenido el rebelde Cristóbal de Olid, el cual fué muerto por un comisionado de Cortés, llamado Francisco Las Casas, pero se sabia á la vez que Don Hernando estaba empeñado en nuevas conquistas y aventuras, habiéndose internado á regiones hasta en-

tonces completamente desconocidas, de las cuales era muy difícil que saliera, lo cual fué considerado como el momento mas oportuno para Salazar y Chirinos que tenian vastos planes que desarrollar.

Encontrarémos á nuestros personages en la casa del primero que estaba situada hácia el palacio de las aves de Moctezuma que hoy se llama calle de Tacuba, y la cual habia adornado ya suntuosamente. Tenia varios lacayos, diez mulas de silla, cuatro negros que habia hecho traer para que le sirvieran más tarde de cocheros y algunas otras manifestaciones de lujo que eran vistas entónces con suma admiracion.

Era la hora de la siesta, se acababa de traer á nuestros personages dos tazas de espumoso chocolate, que fué servido sobre una mesita china en el gran salon, y despues de esto se ordenó al criado que se retirara y cerrara la puerta:

—Es la primera vez desde hace nueve dias que nos hallamos enteramente solos, mi buen amigo Señor Chirinos.

—Y tanto como lo deseaba, Señor de Salazar! dijo el interpelado, al mismo tiempo que daba un trago de chocolate, que como estaba muy caliente le quemó las fauces y lo hizo poner colorado.

—Es tiempo ya de que vos y yo nos dividamos el poder sin otros intermediarios ni estorbos.

—A decíroslo iba, aunque paréceme que de diferir habemos en la forma, pues que no puedo acceder á lo que en diversas ocasiones me habeis manifestado, porque yo tengo horror á la sangre....

—¡Qué niño sois! dijo Salazar, sumergiendo con

dos dedos un pedazo de pan en la espuma del chocolate.

—¿Por qué?

—Porque hay deseos que no pueden lograrse sino es quitando á ciertas gentes de en medio.

—Puedéseles inutilizar sin suprimirlas.

—No es fácil.

—Empléanse los medios y si no surten......

—Es á donde quiero veros venir: si no surten......

—Se puede llegar en último caso á la extremidad.

—Es decir, á matar á quien sea necesario.

Chirinos se estremeció, y para disimular su aturdimiento ó debilidad, se apresuró á darse una segunda quemada con un fuerte sorbo del chocolate.

Pasó un pequeño intervalo de silencio en que ambos siguieron tomando su brebage á sopas, hasta que Salazar que concluyó el primero apuró un vaso de agua cristalina y se levantó para ir á arrojar al corredor la parte que habia dejado en la boca.

Cuando volvia, dijo á Peralmides Chirinos:

—Ya es tiempo, hidalgo, de que el poder sea nuestro, y en prueba de ello os hago saber que Rodrigo de Paz, está hoy preso y debe ser ahorcado mañana.

—¡Rodrigo de Paz preso! exclamó Chirinos queriendo ahogarse con la sopa de chocolate que masticaba.

—Pues no! ¿Acaso hay alguno que se oponga más á nuestros planes?

Chirinos no pudo continuar en la tarea en que estaba, tambien se levantó y comenzó á dar vueltas por el salon al lado de su colega el señor de Salazar.

Con voz temblorosa se atrevió á decir á este:

—Rodrigo de Paz es primo de Cortés, es su administrador, es el hombre de sus confianzas.... es, en fin, el que le representa en todo y por todo, una vez que habita su mismo palacio.

—Por eso mas empeño debemos tener en quitarnos ese estórbo.

—Don Hernando no nos perdonará el daño que causemos á Rodrigo de Paz.

—Don Hernando no nos dispensaría nada si volviera á tener en sus manos el gobierno que es lo que debemos impedir.

—Ved que ya hemos ido quitando á su gente para poner á la nuestra; que sus mejores capitanes no han tenido abrigo con nosotros; que sus mismas mercedes no han sido todas muy respetadas......

—Con lo cual hemos cumplido las recomendaciones de nuestros amigos de la Corte.

—Pero todavia quedan aquí al frente de nosotros y con mucho poder, Alonso de Estrada, el tesorero; el alguacil mayor, Zuazo; el capitan Solis y otros....

—Ejecutemos á Rodrigo de Paz que es el mas terrible de todos, y yo os respondo de que ya nadie se atreverá á abrir la boca para oponerse en un átomo á nuestras disposiciones.

—Decidme cuál es todo vuestro plan.

—Mi plan, como sabeis, no puede ser mas sencillo ni mas facil de ser puesto en ejecucion: primeramente despachamos á Rodrigo de Paz, si no qneremos que él haga lo mismo con nosotros viendo que tanto le

cumplir fielmente con los encargos que se lé habian hecho.

Los amigos secundarios, como siempre sucede, anduvieron algo torpes, pues en lugar de la reserva que se usa en tales casos, hicieron alarde del poder que les habian delegado los gobernadores, y por la noche estaba ya terriblemente alarmada la poblacion, teniendo tiempo Estrada, Albornoz y todos los amigos de Cortés de retraerse á San Francisco en donde puestos en sagrado estaban á salvo de las acechanzas de Salazar y Chirinos. El mismo Rodrigo de Paz, que fué advertido de la muerte que le esperaba, pudo escaparse de la prision y hacerse fuerte con algunos amigos en el palacio de Cortés.

—¡Mil rayos! exclamó Salazar, luego que tuvo conocimiento de todos aquellos pormenores, ese estúpido y cobarde de Chirinos tiene la culpa de todo. Al fin tendré tambien que hacerle á un lado.

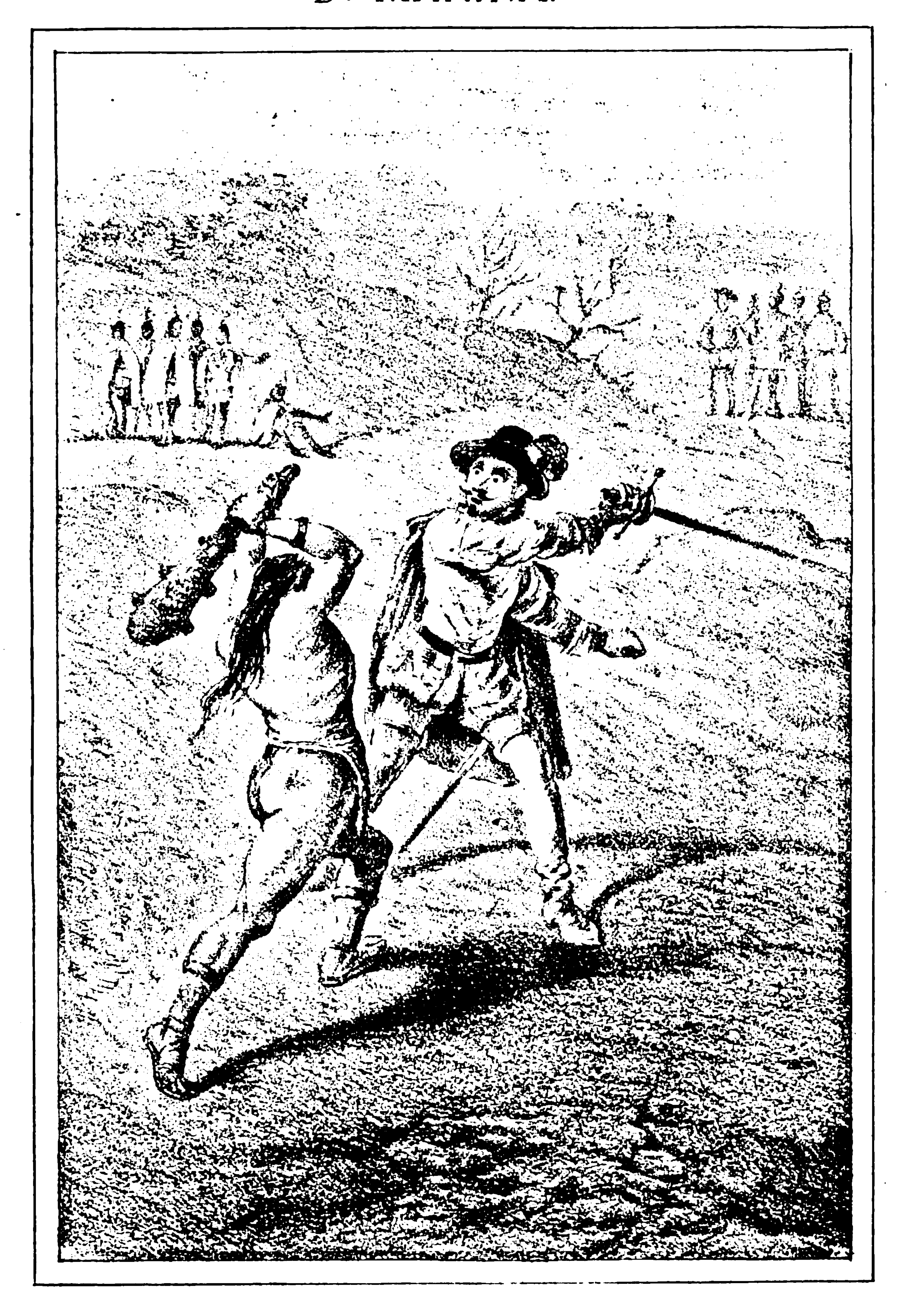
Y cuando su cómplice se le presentó, cargando la responsabilidad sobre las manos secundarias encargadas de cumplir sus órdenes, Salazar le contestó:

—Id ahora vos en persona á sacar de la casa de Cortés á Rodrigo de Paz. Tomad todas mis guardias. Obras son las que hacen falta y no lamentaciones.

Chirinos, en efecto, se dirigió con doscientos hombres bien armados y municionados á atacar el palacio de Cortés, en donde Rodrigo de Paz se habia hecho fuerte con unos sesenta hombres entre amigos y criados.

Mientras que Chirinos se presentaba por la puerta

Dª MARINA.



Ella desde el cielo me está pidiendo que la vengue......

principal, ordenando á Rodrigo de Paz que se rindiera en nombre del rey. Salazar, que temia otro fracaso por las flaquezas de su cómplice, se dirigió por calles estraviadas á uno de los costados del palacio, que estaba á la descubierta, é hizo que fueran escaladas las paredes, presentándose de súbito con su gente en medio de la que mandaba Rodrigo de Paz, que quedó aterrada con la sorpresa.

El mismo Chirinos se sorprendió de la habilidad que habia demostrado Salazar, y desde aquel momento no volvió á discutir sus determinaciones, sino que lo obedecia en todo como si fuera el último de sus subalternos, y no su colega en la gobernacion del reino.

Salazar desarmó á los parciales de Rodrigo de Paz, é hizo que se cargara á estos de cadenas, mandando que en seguida fueran ahorcados precisamente frente al templo de San Francisco, en donde estaban sus enemigos, para que les sirviera de ejemplo aquel escarmiento.

Este rasgo de audacia, ó mas bien dicho, de temeridad de Salazar, ejecutando en Paz al representante del gran conquistador, produjo el mayor terror entre todos los habitantes de México, y principalmente entre todos aquellos que eran conocidos como parciales ó amigos de Cortés, pues comprendieron que desde aquel instante no iba á haber para nadie de ellos misericordia.

Pero Salazar no queria esto solo, sino que acabara por completo la influencia de Cortés, acabando hasta el recuerdo de su nombre. Para conseguir esto, ideó un

ardid, que á lo menos en la apariencia le dió los resultados que apetecia.

Fraguó cartas y partes falsos de los destacamentos y cabildos de las poblaciones que estaban en el camino de Oaxaca, en los cuales se afirmaba que Hernan Cortés habia muerto en Ibueras á manos de los indios, y aun se daban sobre esto detalles muy circunstanciados.

Hubo hombres y mujeres, como era natural, que dudaran de la noticia, pero estos pagaron muy caro su imprudencia, pues sin compasion alguna fueron ahorcados en la plaza principal por el delito de rebeldía contra la autoridad, poniendo en duda hechos que eran notorios.

Larga fué la lista de las víctimas que hizo Salazar para conseguir, no que la creencia de la muerte de Cortés se hiciera efectiva, pues que ni él mismo la tenia, sino para lograr que nadie pronunciara el nombre del conquistador, lo cual solia traer un castigo de muerte, de destierro, de calabozo ó de azotes, segun las circunstancias del caso.

De esta manera afirmaron Salazar y Chirinos su poder, produciendo, en dos años que duró, los mayores escándalos, las mayores injusticias, los mas grandes robos y todo cuanto mas malo y mas absurdo puede constituir un mal gobierno.

El Lic. Zuazo fué desterrado á la Habana, Alonso de Estrada pudo escapar la vida, lo mismo que Albornoz, debido á la influencia de los frailes de San Francisco, que fueron los que los salvaron y quienes tuvieron que valerse para refrenar un poco á Salazar

hasta de la excomunion mayor, de la cual se burló en grande, aunque arrepintiéndose despues por temor de que lo achicharrara la gente; y por último, Salazar no respetó ni el claustro, pues allí mismo mandó hacer escavaciones para apoderarse de los tesoros de Cortés, que eran su sueño dorado y su ambicion suprema.

Un dia por fin amaneció la capital de México estremeciéndose de alegría: la nueva iba cundiendo de boca en boca, al principio en secreto, y despues sin reserva alguna, de que Hernan Cortés habia desembarcado sano y salvo en Veracruz y de que ya se dirigia con sus principales capitanes á la capital de la Nueva España.

—¿Qné hacemos ahora? le preguntó Chirinos temblando.

—Hemos perdido la partida, hermano.

—¿No nos defendemos?

—Seriamos aplastados.

—¿Pues qué hemos de hacer?

—Tomad vuestra capa y seguidme, os lo aconsejo como último recurso. Esta noche podemos retraernos en San Francisco: mañana nos mataria el pueblo á pedradas.

Chirinos se embozó en su capa, y siguió, sin chistar palabra, á Salazar.

CAPÍTULO XXXIX.

Funerales.

Apenas pudo llegar Pedro Gallego á su aposento despues de abrazar tiernamente á su esposa Isabel, pues que en el umbral, dió con su cuerpo en tierra, por más que la jóven hubiera querido sostenerlo.

—Gallego, amigo mio, mi dulce esposo, decia ella prodigándole todos los nombres tiernos que se le ocurrian, ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido?.... ¿cuál es la causa de esa palidez que cubre tu semblante?..... ¡habla! ¡habla!

Un médico español de los que habian acompañado á Cortés en su expedicion, se presentó en seguimiento de aquel jóven, y ayudó á Isabel á colocar al enfermo en su cama.

Gallego estaba realmente enfermo, y cuando pudo hablar, dijo á la princesa:

—Los médicos me habian ordenado que no hiciera este viaje, pero yo no podia vivir más sin veros.

—Pues ¿qué tienes, Don Juan, qué tienes?

—Una herida aquí.... en el pecho.

Ella prontamente le abrió el justillo, y descubrió las vendas que estaban sobre la herida.

El médico dijo entónces:

—Permitidme....

—Háblame, Gallego, te escucho.

—El herido, señora princesa, no puede hablar sin esponerse á morir en el acto. Os suplico que os retireis durante un solo instante.

—¿Yo retirarme?.... ¿Yo dejarlo?....

—Peligra su vida si no me obedeceis.... os lo juro á fé de cirujano de la armada.

La jóven estuvo vacilando y cambiando de color durante un segundo: al fin se replegó á un rincon del cuarto, diciendo:

—No estoy aquí, señor; obra como si la mujer que adora á Gallego estuviera muy lejos.

Entónces aquel doctor, que probablemente habia sido barbero en su tierra, retiró la venda que cubria el pecho de Gallego, y descubrió la herida....

Nos habiamos olvidado de decir que Pedro Gallego, enviado á reducir un pueblo de indios de Matehuallan, habia entrado con veinte hombres entre ellos, queriendo distinguirse en proezas increibles, y viendo morir á todos sus compañeros casi, se retiró con cinco que le quedaron, todos heridos, recibiendo tambien él, por querer detener el empuje de los indios, una ancha herida en el pecho, causada por una hacha de pedernal. Tan luego como sus cinco compañeros estuvieron fuera del alcance de los rebeldes triunfadores, le abando-

naron y procuraron atenderse, pues todos iban desangrándose y sufriendo terriblemente; pero como en los dias siguientes continuaron las penalidades, la herida mal cerrada volvió á abrirse con las fatigas, y solo porque el mismo Gallego hizo las mas firmes protestas de que aquello no era nada, de que podia caminar perfectamente, se le permitió venir en la comitiva de Cortés, contra la opinion de todos los que sostenian que iba á morir si no se ponia prontamente en cama sujeto á un cuidado esmeradísimo.

Pudo más el amor, pudo más el recuerdo de la hermosa Isabel que la razon y la conveniencia, de tal manera qne si Cortés no hubiera consentido en que Gallego le acompañara, éste se habria venido siempre detrás y hubiera acabado ántes en el camino.

El doctor alzó pues la venda y descubrió una herida de las mas espantosas, que no solamente estaba abierta sino llena de una supuracion que probablemente se le habia derramado ya á las entrañas.

Durante las dos horas que empleó el doctor para lavar la herida y para poner nuevas vendas, Isabel estuvo quieta en su sitio, pudiendo apénas contener la respiracion, queriendo sus ojos desprenderse de las órbitas, tal era el afan que manifestaba de ver las esperanzas que podia descubrir ora en el semblante del médico que á cada momento hacia gestos y contorsiones, ora en el aspecto de la terrible herida, ora en la mirada sombría del jóven que solo brillaba de cuando en cuando con una llama de amor purísimo y era cuando creía descubrirla cerca de la cabecera de su lecho.

Isabel, en el momento en que el facultativo se retiraba cayó á sus plantas interceptándole el paso y diciéndole con las manos enclavijadas:

—Tú que ejerces la mision santa de curar las dolencias de los que sufren; tú que tienes el don de adivinar á través de la ciencia cuando los dias de los mortales están contados; tú que has aprendido en las estrellas del cielo, en las hojas de los árboles, en las líneas de la mano á saber el porvenir de las criaturas humanas, díme si está decretado ya por Dios, por el Dios de los cristianos que pierda yo á Pedro Gallego.

—Callad, princesa.... vuestras voces pueden apresurar el fin del enfermo.....

—Decidme en nombre del cielo cualquiera cosa que sepais.

—Venid.

El astrólogo ó doctor de aquellos tiempos, que eran por lo comun una misma cosa, tomó á Isabel de la mano y una vez que estuvieron fuera del aposento, la dijo:

—Tened resignacion, hija mia, vuestro esposo está ya espirando.

—¿Qué dices? preguntó ella con la mirada estraviada y como si estuviera perdiendo el juicio.

Desprendiéndose entónces del médico se puso casi de un brinco en donde estaba Pedro Gallego, y con mucho cuidado le abrió los párpados.

Como si él comprendiera en medio de la agonía lo que ella deseaba, abrió un momento los ojos, fijó en

Isabel una mirada dulce y tranquila, hizo un esfuerzo supremo para hablar, luego para sonreir y en ese esfuerzo quedaron agotadas todas sus fuerzas, pues con él exhaló el último aliento.

Isabel lanzó un grito de desesperacion y quedó desmayada al lado del cuerpo inerte de Pedro Gallego.

Cuando volvió en sí se encontraba en su aposento, metida en el lecho y rodeada de todos sus parientes y amigos. Un médico indio que conocia perfectamente los secretos de todas las flores y de todas las yerbas, la habia vuelto en sí haciéndola aspirar un líquido lleno de fragancias.

Recordó luego la princesa su situacion y quiso levantarse: todos los que estaban presentes se lo impidieron aconsejándole el mayor reposo.

Entre tanto cundió la noticia de la muerte de Pedro Gallego, que no interrumpió sin embargo las grandes fiestas llenas del mayor regocijo á que estaba entregada la poblacion con motivo de la llegada de Cortés. Solamente el palacio de la hija de Moctezuma estaba entregado á la mayor desolacion.

Miéntras que las músicas y los danzantes pasaban por las calles haciendo el estruendo consiguiente, miéntras que los víctores se cruzaban lanzando vivas atronadores, miéntras que las campanas de San Francisco y los cañones estaban constantemente atronando los aires para festejar el arribo del conquistador, recibido entre arcos y sobre alfombras de flores, la afligida princesa derramaba torrentes de lágrimas en medio

de ayes lastimeros, infundiendo lástima á las personas que eran testigos de su inmenso dolor.

Al dia siguiente, ántes de que se verificaran los funerales del valiente y distinguido capitan Don Pedro Gallego, el palacio de Isabel se pobló de toda clase de personas que iban á acompañar el cadáver á su última morada.

Entre los concurrentes fueron de los primeros en llegar Juan de Jaramillo y la bella Doña Marina.

Esto fué nueva causa para que Isabel diera rienda suelta á la espresion de su dolor profundo, derramando nuevas lágrimas acompañadas de sollozos lastimeros.

Marina la estrechó en sus brazos prodigándole los consuelos más dulces.

—¡Ah! tú eres feliz, la dijo, tú has ligado tus destinos al hombre que amas, miéntras que Dios me arrebata á mi amado esposo cuando apénas comenzaba á gozar de la felicidad en el mundo.

El llanto apareció en los ojos de Marina, como si con él quisiera desmentir la afirmacion de Isabel, diciéndole que ella era feliz.

—Calla, le dijo, calla, hermana mia.... tú no sabes, tú no puedes saber todavía en qué consisten los grandes dolores.

—¿Qué dices? esclamó la princesa, ¿acaso puede haber mayor dolor que ver sin aliento al hombre que se adora?

—Hay pesares más grandes todavía....

—¿Cuáles?

—Yo te los expresaré alguna vez.... Consuélate Isabel, eres jóven, eres hermosa, eres rica, eres estimada y respetada de todos.... no te apresures á hundir tu corazon de niña en los tormentos que ha formado el genio del mal solamente para ciertos séres destinados á padecer sobre la tierra.

Isabel la contempló con ojos atónitos como queriendo adivinar parte de aquella terrible verdad.

Marina continuó con acento tranquilo:

—La pérdida que tienes hoy con la muerte del hombre que elegiste por esposo es tan grande, que seria delirio en mi querer empequeñecerla; pero tú tienes una alma muy grande y sabrás soportar con serenidad este dolor. Ya es hora de que vayamos á depositar en el seno de la tierra al que vuelve á ella en edad temprana. No quiero que te resignes, sino que seas fuerte delante de las demas, para sufrir.

La ayudó entónces á vertirse un traje de luto y ambas fueron detrás del cortejo fúnebre al campo santo que se encontraba en el barrio apartado de Tlaltelolco.

Las fiestas de la poblacion se interrumpieron momentáneamente para dar paso á la procesion funeral en que iban dos docenas de sacerdotes cantando responsos.

El mismo Cortés y sus principales capitanes concurrieron al entierro de Pedro Gallego, que para aquellos tiempos estuvo verdaderamente suntuoso, no faltándole ni las rogaciones de la iglesia ni las pompas mundanas.

Una vez en el cementerio, fué depositado el cuerpo en la fosa: Isabel pálida, llorosa, con el rostro desencajado, vió desaparecer la caja en que iban los restos de su amado debajo de la tierra.

Cuando estuvo la tumba cubierta, se abrazó de Mana llorando.

Fué necesario que la sacaran en brazos, casi arrebatada á la fuerza, de aquel triste lugar.

EPÍLOGO.

Poco tiempo despues fueron afirmados los gobiernos de Michoacan y Xalisco, conquistados por Nuño de Guzman y otros capitanes.

El rey Tanguazan sobrevivió poco tiempo á su melancolía.

El príncipe Quecholli desapareció en las montañas, y jamás volvió á encontrársele. Despues de haber satisfecho su venganza, emigró á tierras lejanas en donde pudiera vivir tranquilo, entregado al recuerdo de la bella española que por causa de él habia hecho el mas heroico de los sacrificios.

La princesa Isabel se casó en terceras nupcias con Thaon Cano.

Hernan Cortés, fatigado de estar luchando contra tantos enemigos de su fortuna, tuvo al fin que abandonar á México para ir á la corte á defenderse él mismo, de las mil acusaciones de que era objeto. Ya no era bastante influencia la de su poder y la de sus mas

poderosos amigos para contrarestar las prevenciones inmensas que se habian desarrollado en su contra.

Se dijo entónces, y era lo masprobable, que si bien sus negocios le hacian ausentarse de México, habia una idea que era la que mas le preocupaba: recoger en tierra mas civilizada los laureles del conquistador, dar vuelo á sus riquezas entre los magnates, lucir su persona antes de que los años vinieran á emblanquecer su cabeza, escoger finalmente, una esposa de régia estirpe que pudiera recompensarle de sus grandes fatigas. Esto fué lo que mas se dijo en su pequeña corte de México:

—Hernan Cortés va en busca de una muger noble.

Pocos decian:

—Hernan Cortés huye de sus enemigos.

Porque el general era valiente, y jamás habia vuelto la espalda al peligro.

Oigamos, sin embargo, una de sus conversaciones con el padre Melgarejo y Gonzalo de Sandoval que eran los dos amigos mas íntimos y mas fieles que le quedaban.

Acababan de morir los dos jueces que habia enviado la corte para que le tomaran residencia y esto sucesivamente, en pocas semanas, lo cual habia dado pábulo para que se le hicieran nuevas acusaciones; acababa tambien de sufrir las persecuciones un poco encubiertas de que le habia hecho objeto Estrada, á quien le entregara el mando supremo por órden del emperador, y habia regresado del destierro voluntario que se habia impuesto yéndose á vivir por algunos dias á sus posesiones de Coyoacan, cuando á la sason que estaba

tranquilamente en su palacio vinieron á decirle que se estaba urdiendo la trama de prenderle.

—Bien, dijo, si no me arcabucean esta noche, tiempo me sobrará mañana para separarme de una lucha que no temo ni huyo, pero que me causa grande desazon, porque no acarrea ningun fruto para unos ni para otros.

—Dictad vuestras órdenes, dijo Sandoval con voz firme, y todo ese gobierno de Estrada será dehecho como castillo de naipes.

—No es necesario, pronunció Don Hernando visiblemente conmovido. Id vos, Don Francisco, á decir al gobernador que puede deponer todos sus temores y recelos, y anunciadle de mi parte que mañana parto para Castilla.

—¿Vos? dijo el padre Melgarejo.

—Es idea que traigo devanándome el seso hace muchos dias.

—Esa idea no ha quedado oculta, porque es de muchos conocida, pero nosotros no habiamos querido dar crédito á la noticia.

—Podeis creerla: yo mismo de esparcirla he cuidado y ahora la corroboro.

—Si persistís en ella, yo parto con vos.

—No habia pensado dejaros.

—Ahora decidnos, si no es indiscreto preguntarlo, añadió el padre Melgarejo, cuáles son vuestros propósitos.

—A vosotros, á quienes amo con todo mi carazon, no os ocultaré ni un ápice de la verdad. Quiero ir á Castilla por tres causas: es la primera hablar yo mismo

con el emperador para desvanecer las acusaciones que sin cesar cuidan de alimentar mis enemigos. Es la segunda dar á conocer por la p
sentarme en la corte la ri
reinos que hemos conquistad
gir las recompensas que toda
trabajos. Es la tercera....p
debilidad, mi indiscrecion ó
una muger jóven entre la n
dé valimiento entre las altas
mi orígen plebello, me ha fal

Y Hernan Cortés quedó
dad, como si aquella confesio

Despues de un pequeño s
guntarle Sandoval:

—¿No creerán aquí vuest
ellos?

—No, porque saldré á la l
miento de todos.

—¿Y si al pretender iros,

—Me rehusaré á quedarm

—¿Y si os detienen por la

—¡Ay de ellos, si piensan
El leon despertará para mo
No, agregó pasándose la ma
queriendo desechar aquella
tanto.

—Yo tambien me march
Melgarejo, queriendo tornar de sombría en alegre aquella conversacion, figúraseme que hemos de tener

Dª MARINA.

Regresó á Chapultepec y fué luego á sentarse en lo alto de una peña que descansaba sobre el abismo.

en todo el camino y en la misma corte muchos besamanos.

—Sereis de la partida, hermano, dijo Cortés, y formareis el contentamiento de la mucha cantidad de gente que irá con nosotros.

—¿Llevareis á Doña Marina? le preguntó indiscretamente Sandoval.

Cortés perdió el color, y dijo despues de un corto intervalo de recogimiento:

—Marina es mujer de mi amigo Don Juan de Jaramillo, ha dado á luz un hijo que es mio...... ¡Ah! de buena gana querria presentarla en la corte; porque es la joya mas preciosa que he encontrado en nuestra conquista; pero me serviria de mucho inconveniente hasta para mis proyectos de nuevo matrimonio.

—Es verdad, dijeron á una Sandoval y Melgarejo.

El comisionado Casas llegó poco despues acompañado de otra comision que enviaba el gobernador Estrada, mandando decir á Cortés que no podia retirarse porque estaba residenciado.

—Decid al gobernador que á pesar de eso partiré mañana.

Sucedió tras eso lo que era natural que sucediera: el gobernador mandó reunir el cabildo, él mismo se trasladó á la plaza con grande acompañamiento y dispuso que se dieran pregones contra Don Hernando Cortés, despojándolo de sus bienes y títulos y ordenando que fuera reducido á prision por cualquiera que lo viera salir de la ciudad.

*

Sabedor Cortés de esto montó á caballo, y acompañado de veinte de los suyos perfectamente armados, se presentó en el lugar de los pregones.

Todo fué que lo viera Estrada, y huir despavorido hasta su casa, que convirtió luego en una fortaleza, haciendo que toda la noche velaran las rondas en las calles cercanas mientras Hernan Cortés estaba durmiendo á pierna suelta, dejando el cuidado de su persona á sus amigos y á los indios, que en masas enormes, se habian apresurado á servirle de custodia.

Fué tanto lo que se alarmó el gobernador, que al dia siguiente fué él mismo á rogar á Cortés que no se ausentara.

¡Vanos esfuerzos! La resolucion que habia tomado el conquistador era de esas que una vez adoptadas, se tienen por irrevocables.

Hernan Cortés salió de México seguido de numeroso acompañamiento, y en medio de un llanto general de los que al verlo ausentarse, creian que se iban con él la paz, el órden y la tranquilidad.

Es cierto que Cortés estaba cargado de crímenes, los más cometidos en momentos de arrebato é influido por malos consejeros, lo mismo que á veces bajo la creencia de evitar males mayores; pero tenia un buen fondo, y sobre todo, mejor querian soportar los que formaban el pueblo, indios y españoles, á uno que ya conocian, que á otros que generalmente se presentaban llenos de orgullo, inflamados de odio, sedientos de ejercer injusticias y venganzas.

¿Qué tales serian los que habian gobernado la tierra conquistada, que á Hernan Cortés se le consideraba como el padre de aquella gran familia?

Hernan Cortés se presentó en la Corte de España, al decir de los historiadores, no como un general ni como un vasallo, sino como un emperador. Su cortejo se componia de mas de doscientas personas, entre las cuales iban varios hidalgos españoles que le eran adictos, y muchos mexicanos y tlaxcaltecas adornados con todas sus galas, buen número de danzantes, bufones y juglares, así como un hijo natural de Moctezuma y otro de su amigo el cacique tlaxcalteca Maxicatzin, engalanados con todas sus insignias y joyas. Llevaba para la corona de España una rica coleccion de plantas y minerales, de fieras, de aves de rico plumaje, esquisitos trabajos de los indios de todo género, admirando tanto á los europeos esta riqueza, lo mismo que la agilidad de los saltinbanquis, que lo consideraron todo como un regalo digno del Papa.

Las piezas de oro, de plata y las maravillosas joyas que en gran abundancia llevaba consigo, produjeron una excitacion inmensa, en cuantos pudieron ver de cerca tan rico tesoro.

Los deseos de Cortés se llenaron á toda su satisfaccion, no solo por las consideraciones personales de que fué objeto, sino por los beneficios que recibió del Emperador, el cual le dió el título de Marqués del Valle de Oaxaca, y la propiedad de veinte ciudades y veinte mil vasallos en la Nueva España.

En medio de tanto brillo de que estaba rodeado,

fácil le fué encontrar una dama ilustre entre las muchas que estaban ansiosas de agradarle, y fijó sus ojos en una bella jóven llamada Doña Juana Zúñiga, hija del conde de Aguilar, sobrina del duque de Béjar, perteneciente á la línea real de Navarra.

Inútil es decir que aquellas bodas fueron de las mas pomposas, que figuraron en el regalo de boda cinco enormes esmeraldas, que llegaron á escitar la envidia de la misma reina, por su extraordinario tamaño y brillantez, por el arte esquisito con que estaban labradas y por ser las únicas que existian como aquellas en todo el mundo.

***

Volvamos ahora á México, y penetremos al nuevo retiro que se habia formado para Marina en la cumbre de Chapultepec, donde Hernan Cortés le habia construido un pequeño palacio.

Juan de Jaramillo desempeñaba, entre otros empleos, el de corregidor, y en cumplimiento de ellos tenia que pasarse el dia en la ciudad y regresar á su hogar por la noche.

Entregaba las riendas de su caballo al escudero que le acompañaba, y en seguida penetraba al castillo, en donde siempre le recibia su esposa llena de ternura, y más bien puede decirse, de bondad.

En una noche de estas se encontraban ambos á la

mesa haciendo su colacion de costumbre, cuando de repente dijo Jaramillo, fijando una mirada en el semblante de la jóven:

—Os traigo una noticia.

Marina alzó los ojos, y como si adivinase lo que iba á decirle empezó á temblar sin poderle contestar una palabra.

Jaramillo prosiguió:

—Llegó correo de España: Don Hernando ha sido muy agazajado por el emperador y por toda la corte.

—Mucho me temia que no lo fuera, cuando he pensado en la ingratitud de los hombres, contestó ella con voz débil.

—Pues hay otra cosa aún que va á sorprenderos.

—¿Cuál?

—Don Hernando se ha casado con una altísima dama de la corte.

Un rayo, que hubiera caido á los piés de Marina, no le hubiera causado mayor efecto. Se levantó del asiento como impelida por un resorte, y luego volvió á caer inerte mudando de color y sin poder articular una palabra.

—¿Qué teneis, Marina? dijo Juan de Jaramillo, comenzando á sentir un arrebato de cólera.

Ella no pudo contestar sino por sollozos, que se arrancaban de lo mas íntimo de su pecho.

—¡Ah! bien sabia yo que siempre seguiriais amando á ese hombre, dijo Jaramillo haciendo un gesto de amenaza.

Pero como si él mismo quisiera huir de una revela-

cion mas completa, abandonó el salon, lanzando en su retirada las mas enérgicas vociferaciones.

—Que si todavía le amo.... murmuró Marina, siempre llorando.... más que nunca.

Al dia siguiente fué al convento de San Francisco y entregó á los frailes á su hijo Don Martin para que se lo instruyeran en lá religion y se lo educaran.

Ella regresó á Chapultepec, y fué luego á sentarse en lo alto de una peña que descansaba sobre el abismo.

Allí, en actitud de melancolía dejó trascurrir las horas sin tener idea del tiempo que pasaba, fijando sus miradas á lo lejos como si á traves de la distancia quisiera descubrir en medio de la inmensidad la imágen de su amado.

Jaramillo llegó al oscurecer, como de costumbre, y no encontrando á Marina á su paso, preguntó por ella. Simplemente le dijeron que habia sacado á su hijo por la mañana, que habia vuelto sola y que habiendo vuelto á salir por las cercanías no regresaba todavia.

Mandó que se encendieran hachas, y salió acompañado de los criados á buscarla.

—Marina, decia primero al penetrar entre los árboles, con voz cariñosa.

—Marina, decia despues con voz más fuerte.

—¡Marina! seguia gritando desesperado.

Un silencio terrible era el único que le contestaba despues que el eco de su voz iba á perderse entre las rocas.

Así pasó la mayor parte de la noche, reigistrando todas las malezas.

Cuando fué de dia volvió á buscarla.

—Aquí está, le dijo uno de los criados, con las lágrimas en los ojos.

Llegóse Jaramillo al lugar que se le designaba.

Allí estaba Marina, en efecto debajo de las rocas, pero el cuerpo de la infeliz aparecia completamente destrozado.

FIN.

INDICE

de las materias que contiene el segundo tomo.

II.

INDICE

para la colocacion de las estampas en el tomo primero.

II.

INDICE

para la colocacion de las estampas en el tomo segundo.

PAGINAS.

II.

V

